
ROSE GATE
ENVIDIA
SERIE KAPITAL SIN
SI LA ENVIDIA LLAMA A TU PUERTA,
NUNCA SERÁ SOLO UN PECADO

ENVIDIA

Si la envidia llama a tu puerta, nunca será solo un pecado.



Rose Gate

©Marzo 2025

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial. No se permite la reproducción total o parcial d este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión, copiado o almacenado, utilizando cualquier medio o forma, incluyendo gráfico, electrónico o mecánico, sin la autorización expresa y por escrito de la autora, excepto en el caso de pequeñas citas utilizadas en artículos y comentarios escritos acerca del libro.
Esta es una obra de ficción. Nombres, situaciones, lugares y caracteres son producto de la imaginación de la autora, o son utilizadas ficticiamente. Cualquier similitud con personas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones es pura coincidencia.

Diseño de cubierta: H. Kramer
Corrección: Noni García

Índice

Agradecimientos
ÓRDEN DE LECTURA SERIE
PLAYLIST

INTRODUCCIÓN
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55

CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
CAPÍTULO 65
CAPÍTULO 66
CAPÍTULO 67
CAPÍTULO 68
CAPÍTULO 69
CAPÍTULO 70
CAPÍTULO 71
CAPÍTULO 72
CAPÍTULO 73
CAPÍTULO 74
CAPÍTULO 75
CAPÍTULO 76
CAPÍTULO 77
CAPÍTULO 78
CAPÍTULO 79
CAPÍTULO 80
CAPÍTULO 81
CAPÍTULO 82
CAPÍTULO 83

CAPÍTULO 84
CAPÍTULO 85
CAPÍTULO 86
CAPÍTULO 87
CAPÍTULO 88
CAPÍTULO 89
CAPÍTULO 90
CAPÍTULO 91
CAPÍTULO 92
CAPÍTULO 93
CAPÍTULO 94
CAPÍTULO 95
CAPÍTULO 96
CAPÍTULO 97
CAPÍTULO 98
CAPÍTULO 99
CAPÍTULO 100
CAPÍTULO 101
CAPÍTULO 102
CAPÍTULO 103
CAPÍTULO 104
CAPÍTULO 105
CAPÍTULO 106
CAPÍTULO 107
CAPÍTULO 108
CAPÍTULO 109
CAPÍTULO 110
Epílogo 1

Epilogo 2
La Autora
Bibliografía

TW: Este libro no es apto para mentes sensibles, contiene escenas crudas, duras que pueden herir la sensibilidad del lector

Agradecimientos

Llegó el momento de cerrar una etapa muy especial, y no se me ocurre mejor manera de hacerlo que con él, con Envidia, nuestro querido jefe del SKS. Este personaje tan misterioso como fascinante que lleva acompañándonos con cada uno de sus chicos.

Mis lectores asíduos lleváis esperándolo 5 años. Nació en MR. STAR, coincidimos en Hawk, lo vimos caer en Luxus, y ahora, finalmente, vais a descubrir todos sus secretos en «El Pecado más Envidiado». Es un libro oscuro, intenso, repleto de adrenalina y de instantes que os encojerán por dentro.

Espero haber estado a la altura y haberle dado a Jordan la redención que merece.

Como diría Xánder: «En la noche más oscura siempre brilla una **Estrella**», y ha llegado el día en que brille la suya (Fieles lector@s sabéis perfectamente de qué hablo).

Gracias infinitas a mi familia por su paciencia eterna, por regalarme horas, silencios (mentira, sois muy ruidosos, pero os quiero un montón) y comprensión para que pueda seguir soñando entre páginas.

A mis ceros, porque sois el corazón latente de cada historia, porque os metéis en cada lío conmigo y siempre, siempre estáis ahí cuando os necesito: Nani, Vane, Irene, y mis queridísimas Divinas (Noe, Laura y Maca). Me falta vida para agradeceros todo lo que aportáis.

A Noni, Marisa, Sonia y Marieta, las guardianas de mis palabras. Vosotras convertís mis caóticas ideas en algo digno, sois mis ojos cuando yo no puedo ver y os estaré eternamente agradecida por vuestra entrega, perfección y esas maratones extenuantes de corrección.

A Kramer, por esa portada con la que casi pierdes la paciencia buscando la esencia perfecta para nuestro jefe del club. Gracias por respetar cada uno de mis deseos y plasmarlos con tanta magia y talento.

A Tania, por tu incansable energía, entrega y ser un pilar fundamental, no solo para mí, sino para tantos autores. Ojalá esta historia cale hondo en tu corazón.

A Sandra @libro_ven_a_mi, Anita, Sergi @nosoysergi.books, Bea @bea_lalectora, Judit @el.arte.de.leer., Adriana @mrs.svetacherry, Marcos @booksandmark, Christian @surfeandolibros, Luisa @literaliabooks, Andrea @andreabooks, Yole @el_rincon_dela_yole y a todos los bookstagramers maravillosos que me acompañáis en este viaje literario. Gracias por vuestra generosidad, vuestro cariño y cada conversación que nos acerca un poquito más.

Y, por supuesto, a vosotr@s mis lector@s, que habéis querido participar en estos agradecimientos y tenéis este libro entre vuestr@s manos y habéis decidido

sumergiros en sus páginas. Espero que disfrutéis este cierre como nunca, porque todo, absolutamente todo, es por y para vosotr@s.

Con todo mi corazón para:

Mari Hoyos, Rocío, Mada, Edurne Salgado, Eva Suarez, Bronte Rochester, Piedi Lectora, Elysbooks, Maca (@macaoremor), Saray (@everlasting_reader), Vero (@vdevero), Akara Wind, Helen Rytkönen, @Merypoppins750, Lionela23, lisette, Marta (@martamadizz), Montse Muñoz, Olivia Pantoja, Rafi Lechuga, Teresa (@tetebooks), Yolanda Pedraza, Ana Gil (@somoslibros), Merce1890, Beatriz Ballesteros. Silvia Mateos, Arancha Eseverri, Paulina Morant, Mireia Roldán, Garbiñe Valera, Silvia Mateos, Ana Planas, Celeste Rubio, Tamara Caballero, Toñi, Tamara., María Jesús Lendínez.

A todos los grupos de Facebook que me permiten publicitar mis libros, que ceden sus espacios desinteresadamente para que los indies tengamos un lugar donde spamear. Muchas gracias.

A todos aquellos lectores que siempre dejáis vuestro nombre bajo el post de Facebook o Instagram:

@letrasteychocolate,Volvoreta Tximeleta, noee_albatros, @gema_morenas, Cat Rod, @_my.reading.diary_, Elizabeth Caravaca, Laura Bcn, @dary_r_h dary_r_h, proyectandocamino, @Elenasinh_books, Ángela del Río Rodriguez, kristina.kar, Jennifer @paseandoentrelibros, @eva_y_suslocuras, @asc_ortega, @mundociruelita, nosoysergi.books, Juani Rodríguez Pelayo, @lecturas_mily, nina_reus, kade_leonese, lourdes.andresgarcia, inmabl, @vanu_sa_ms, Vane Ayora Bonavila y Tamy Cano Vélez, Mirna, Judith @ju_neverstopdreaming, @magema_78, @Mirnita_Coni, Irene Moya-Angeler, Mpm76,Virhur, Salomé, Magema_78, Cristina Garcia Felix, Mis_Lekturas, Carmen Brandariz, Lilyfreitasm, Elisabet Caballol, @Llegirpersomiar, @Jessie.Eel, Wicanna9, Ana Moreno Jiménez, @Ganadorademipropiavida, Mayka Ventura Perez, Marimarmartintarin, Mar Mt, María, Arantxa Vilches, @Eclairmontserrat, Carolina Fernández San José, Viki Hernández, Lupita.Rios.127, Ana Yanci Diaz, @Cris_Lectora_21, Luzanayansivaldes, Mesumerjoentrelibros, Maryambergirl, Alejandra Pino, Laslecturasdelanore, Carolina Venegoni, Hollie Deschanel, Vanesa Barbero, Ana Flores Garin, Sonia Barrionuevo, Patry, Ana Juan, Kira Montero @Kira.1480, Gema López Uceda, @Lsr212121, Marta /Mined, Sara Ávila E Irene Caracuel, @Vanesafuentesfernandez, @Nataliaaxtscrap. Bookadictisima, @Anams666, Lourdes González, Triowood21, Andrea_Fdzre, Adriana_Roman2, Maria Martín Martis, @Magema_78, Ortegalisbet, Maru Arias, Idoia: Lilith_Lectora.

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

Lucía Soto, Zaraida Méndez, Laura (mowobooks), Mónica (elrincondeleyna), eli.p.r, Lucía Moreno, Isabel García, María Marques, Cati Domenech, @booksbyclau, Nieves Nuria, @sara_cazadoradelibros, Maria Amparo Lorente

Navarro, Sandra Ruiz, Evelyn Lima, Ana, y cruzando los dedos, Manuela Molina, Inma Bretones, Lory G, @leerconverynia, Meghan Salvador Ibáñez, Mina, Pilisanchezurena, yudith.hernandezdeyepez, Kevin Fuertes, Josep Fibla, María Victoria Lucena Peña, Gloria Cano, Nieves Muñoz, María Rubio, Gemma Pastor, @luciaanddogs, Mireia tintaypluma, Ana Moreno, Desi, Flori, 6lanca, Athene_mc, Tere Lafuente, Marijopove, Ana Paula Sahagun, Toñy Gómez, Isabel Guineton, Jennifer Escarez, Teresini, marianitacolon, Laura @7days7books, Gema Guerrero, Beatriz Maldonado Perona, Lucía Ruiz, Vanesa Rodríguez, Mariana Colón, Sylvia, Cris Bea López, Ana M.M., Beatriz Sánchez, Diana García, Yaizza Jiménez, Edurne Ruiz, Nira (lecturasdenira), Laura071180, Betsabe, Mery (elrinconcitode_mery), belloisamary04, Liletty, Menchu, Fimedinai, Sonia p. Rivero, Isabel Guardia, Cecilia, @irenita19mm, @cris.bealopez, @angela_fp16 Anuska, Valeria, Luz, Alicia Barrios, Mónica Rodrigues, Martina Figueroa, Nurha Samhan, Stephanie Lara, Sandra Rodriguez, Luz Anayansi Muñoz. Reme Moreno, Kathy Pantoja y al Aquelarre de Rose: Jessica Adilene Rodríguez, Beatriz Gómez Prieto, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López. Eva Duarte, Jessica Adilene Rodríguez, Gabi Morabito, Cristy Lozano, Morrigan Aisha, Melissa Arias, Vero López, Ainy Alonso, Ana Torres, Alejandra Vargas Reyes, Beatriz Sánchez, Alexandra Rueda, Almudena Valera, Cristina Tapia, May Fg, Andrea Bernardino Muñoz, Flori Gil, Lucia Pastor, Ana María Pereira Glez, Amelia Sánchez, Amelia Segura, Ana Cecilia Gutierrez, stylo barrio, Elena Perez, Ana de la Cruz, Ana Farfan Tejero, Kayla Rasquera Ruiz, Dolors ArtauAna FL y su página Palabra de pantera, Ana García, Ana Gracía Jiménez, Ana Guerra, Ana Laura Villalba, Ana María Manzanera, Ana Maria Padilla, Ana Moraño, Ana Planas, Ana Vanesa María, Anabel Raya, Ángela Martínez, Ale Osuna, Alicia Barrios, Amparo Godoy, Amparo Pastor, Ana Cecilia, Ana Cecy, Ana de la Cruz Peña, Ana Maria Aranda, Ana María Botezatu, Ana Maria Catalán, Ana María Manzanera, Ana Plana, Anabel Jiménez, Andy García, Ángela Ruminot, Angustias Martin, Arancha Álvarez, Arancha Chaparro, Arancha Eseverri, Ascensión Sánchez, Ángeles Merino Olías, Daniela Mariana Lungu, Angustias Martin, Asun Ganga, Aurora Reglero, Beatriz Carceller, Beatriz Maldonado, Beatriz Ortiz, Beatriz Sierra Ponce, Bertha Alicia Fonseca, Beatriz Sierra, Begoña Llorens, Berenice Sánchez, Bethany Rose, Brenda González, Carmen Framil, Carmen Lorente, Carmen Rojas, Carmen Sánchez, Carola Rivera, Catherine Johanna Uscátegui, Cielo Blanco, Clara Hernández, Claudia Sánchez, Cristina Martin, Crusi Sánchez Méndez, Chari Guerrero, Charo Valero, Carmen Alemany, Carmen Framil, Carmen Pérez, Carmen Pintos, Carmen Sánchez, Catherinne Johana Uscátegui, Claudia Cecilia Pedraza, Claudia Meza, Consuelo Ortiz, Crazy Raider, Cristi PB, Cristina Diez, Chari Horno, Chari Horno Hens, Chari Llamas, Chon Tornero, D. Marulanda, Daniela Ibarra, Daniela Mariana Lungu Moagher, Daikis Ramírez, Dayana Lupu, Deborah Reyes, Delia Arzola, Elena Escobar, Eli Lidiniz, Elisenda Fuentes, Emirsha Waleska Santillana, Erika Villegas, Estefanía Soto, Elena Belmonte, Eli Mendoza, Elisabeth Rodríguez, Eluanny García, Emi Herrera, Enri Verdú, Estefanía Cr, Estela Rojas, Esther Barreiro, Esther García,

Eva Acosta, Eva Lozano, Eva Montoya, Eva Suarez Sillero, Fati Reimundez, Fina Vidal, Flor Salazar, Fabiola Melissa, Flor Buen Aroma, Flor Salazar, Fontcalda Alcoverro, Gabriela Andrea Solis, Gemma Maria Párraga, Gael Obrayan, Garbiñe Valera, Gema María Parraga , Gemma Arco, Giséle Gillanes, Gloria Garvizo, Herenia Lorente Valverde, Inma Ferreres, Inma Valmaña, Irene Bueno, Irene Ga Go, Isabel Lee, Isabel Martin Urrea, Itziar Martínez , Inés Costas, Isabel Lee, Itziar Martínez López, Jenny López, Juana Sánchez Martínez, Jarroa Torres, Josefina Mayol Salas, Juana Sánchez, Juana Sánchez Martínez, Juani Egea, Juani Martínez Moreno, Karito López, Karla CA, Karen Ardila, Kris Martin, Karmen Campello, Kika DZ, Laura Ortiz Ramos, Linda Méndez, Lola Aranzueque, Lola Bach, Lola Luque, Lorena de la Fuente, Lourdes Gómez, Luce Wd Teller, Luci Carrillo, Lucre Espinoza, Lupe Berzosa, Luz Marina Miguel, Las Cukis, Lau Ureña, Laura Albarracin, Laura Mendoza, Leyre Picaza, Lidia Tort, Liliana Freitas, Lola Guerra, Lola Gurrea, Lola Muñoz, Lorena Losón, Lorena Velasco, Magda Santaella, Maggie Chávez, Mai Del Valle, Maite Sánchez, Mar Pérez, Mari Angeles Montes, María Ángeles Muñoz, María Dolores Garcia, M Constancia Hinojosa, Maite Bernabé, Maite Sánchez, Maite Sánchez Moreno, Manuela Guimerá Pastor, Mar A B Marcela Martínez, Mari Ángeles Montes, Mari Carmen Agüera, Mari Carmen Lozano, María Camús, María Carmen Reyes, María Cristina Conde Gómez, María Cruz Muñoz, María del Mar Cortina, María Elena Justo Murillo, María Fátima González, María García , María Giraldo , María González , María González Obregón, Maria José Estreder , María José Felix Solis , Maria José Gómez Oliva , María Victoria Alcobendas , Mariló Bermúdez , Marilo Jurad, Marimar Pintor, Marisol Calva , Marisol Zaragoza, Marta Cb, Marta Hernández, Martha Cecilia Mazuera, Maru Rasia, Mary Andrés, Mary Paz Garrido, Mary Pérez, Mary Rossenia Arguello Flete, Mary RZ, Massiel Caraballo, May Del Valle, Mencía Yano, Mercedes Angulo, Mercedes Castilla, Mercedes Liébana, Milagros Rodríguez, Mireia Loarte Roldán, Miryam Hurtado, Mº Carmen Fernández Muñiz, Mónica Fernández de Cañete , Montse Carballar, Mónica Martínez, Montse Elsel, Montserrat Palomares, Myrna de Jesús, María Eugenia Nuñez, María Jesús Palma, María Lujan Machado, María Pérez, María Valencia, Mariangela Padrón, Maribel Diaz, Maribel Martínez Alcázar, Marilu Mateos, Marisol Barbosa, Marta Gómez, Mercedes Toledo, Moni Pérez, Monika González, Monika Tort, Nadine Arzola, Nieves López, Noelia Frutos, Noelia Gonzalez, Núria Quintanilla, Nuria Relaño, Nat Gm, Nayfel Quesada, Nelly, Nicole Briones, Nines Rodríguez, Ñequis Carmen García, Oihane Mas, Opic Feliz, Oana Simona, Pamela Zurita, Paola Muñoz, Paqui Gómez Cárdenas, Paqui López Nuñez, Paulina Morant, Pepi Delgado, Peta Zetas, Pilar Boria, Pilar Sanabria, Pili Doria, Paqui Gómez, Paqui Torres, Prados Blazquez, Rachel Bere, Raquel Morante, Rebeca Aymerich, Rebeca Gutiérrez, Rocío Martínez, Rosa Freites, Ruth Godos, Rebeca Catalá, Rocío Ortiz, Rocío Pérez Rojo , Rocío Pzms, Rosa Arias Nuñez , Rosario Esther Torcuato, Rosi Molina, Rouse Mary Eslo, Roxana-Andreea Stegeran, Salud Lpz, Sandra Arévalo, Sara Lozano, Sara Sánchez, Sara Sánchez Irala, Sonia Gallardo, Sylvia Ocaña, Sabrina Edo, Sandra Solano, Sara Sánchez, Sheila Majlin, Sheila Palomo, Shirley

Solano, Silvia Loureiro, Silvia Gallardo, Sonia Cullen, Sonia Huanca, Sonia Rodríguez, Sony González, Susan Marilyn Pérez, Tamara Rivera, Toñi Gonce , Tania Castro Allo, Tania Iglesias, Toñi Jiménez Ruiz, Verónica Cuadrado, Valle Torres Julia, Vanesa Campos, Vanessa Barbeito, Vanessa Díaz , Vilma Damgelo, Virginia Lara, Virginia Medina, Wilkeylis Ruiz, Yojanni Doroteo, Yvonne Mendoza, Yassnalí Peña, Yiny Charry, Yohana Tellez, Yolanda Sempere, Yvonne Pérez, Montse Suarez, Chary Horno, Daikis Ramirez, Victoria Amez, Noe Saez, Sandra Arizmendi, Ana Vanesa Martin, Rosa Cortes, Krystyna Lopez, Nelia Avila Castaño, Amalia Sanchez, Klert Guasch Negrín, Elena Lomeli, Ana Vendrell, Alejandra Lara Rico, Liliana Marisa Scapino, Sonia Mateos, Nadia Arano, Setefilla Benitez Rodriguez, Monica Herrera Godoy, Toñi Aguilar Luna, Raquel Espelt Heras, Flor Guillen, Luz Gil Villa, Maite Bernabé Pérez, Mari Segura Coca, Raquel Martínez Ruiz, Maribel Castillo Murcia, Carmen Nuñez Córdoba, Sonia Ramirez Cortes, Antonia Salcedo, Ester Trigo Ruiz, Yoli Gil, Fernanda Vergara Perez, Inma Villares, Narad Asenav, Alicia Olmedo Rodrigo, Elisabet Masip Barba, Yolanda Quiles Ceada, Mercedes Fernandez, Ester Prieto Navarro, María Ángeles Caballero Medina, Vicky Gomez De Garcia, Vanessa Zalazar, Kuki Pontis Sarmiento, Lola Cayuela Lloret, Merche Silla Villena, Belén Romero Fuentes, Sandrita Martinez M, Britos Angy Beltrán, Noelia Mellado Zapata, Cristina Colomar, Elena Escobar Llorente, Nadine Arzola Almenara, Elizah Encarnacion, Jésica Milla Roldán, Ana Maria Manzanera, Brenda Cota, Mariló Bermúdez González, María Cruz Muñoz Pablo, Lidia Rodriguez Almazan, Maria Cristina Conde Gomez, Meztli Josz Alcántara, Maria Garabaya Budis, Maria Cristina Conde Gomez , Osiris Rodriguez Sañudo , Brenda Espinola, Vanessa Alvarez, Sandra Solano, Gilbierca María, Chanty Garay Soto, Vane Vega, María Moreno Bautista, Moraima selene valero López, Dalya Mendaña Benavides, Mercedes Pastrana, Johanna Opic Feliz, María Santos Enrique, Candela Carmona, Ana Moraño Dieguez, Marita Salom, Lidia Abrante, Aradia Maria Curbelo Vega, Gabriela Arroyo, Berenice Sanchez, Emirsha Waleska Santillana, Luz Marina Miguel Martin, Montse Suarez, Ana Cecy, Maria Isabel Hernandez Gutierrez, Sandra Gómez Vanessa Lopez Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Alejandra Lara Rico, Sakya Lisseth Mendes Abarca , Sandra Arizmendi Salas , Yolanda Mascarell, Lidia Madueño, Rut Débora PJ, Giséle Gillanes , Malu Fernandez , Veronica Ramon Romero, Shirley Solano Padilla , Oscary Lissette, Maria Luisa Gómez Yepes, Silvia Tapari , Jess GR , Carmen Marin Varela, Rouse Mary Eslo, Cruella De Vill, Virginia Fernandez Gomez, Paola Videla, Loles Saura, Bioledy Galeano, Brenda Espinola,Carmen Cimas Benitez, Vanessa Lopez Sarmiento, Monica Hernando, Sonia Sanchez Garcia, Judith Gutierrez, Oliva Garcia Rojo, Mery Martín Pérez, Pili Ramos, Babi PM, Daniela Ibarra, Cristina Garcia Fernandez, Maribel Macia Lazaro, Meztli Josz Alcántara, Maria Cristina Conde Gomez, Bea Franco, Ernesto Manuel Ferrandiz Mantecón. Brenda Cota, Mary Izan, Andrea Books Butterfly, Luciene Borges, Mar Llamas, Valenda_entreplumas, Joselin Caro Oregon, Raisy Gamboa, Anita Valle, M.Eugenia, Lectoraenverso_26, Mari Segura Coca, Rosa Serrano, almu040670.-almusaez, Tereferbal, Adriana Stip,

Mireia Alin, Rosana Sanz, turka120, Yoly y Tere, LauFreytes, Piedi Fernández, Ana Abellán, ElenaCM, Eva María DS, Marianela Rojas, Verónica N.CH, Mario Suarez, Lorena Carrasco G, Sandra Lucía Gómez, Mariam Ruiz Anton, Vanessa López Sarmiento, Melisa Catania, Chari Martines, Noelia Bazan, Laura Garcia Garcia, Maria Jose Gomez Oliva, Pepi Ramirez Martinez, Mari Cruz Sanchez Esteban, Silvia Brils, Ascension Sanchez Pelegrin, Flor Salazar, Yani Navarta Miranda, Rosa Cortes, M Carmen Romero Rubio, Gema Maria Párraga de las Morenas, Vicen Parraga De Las Morenas, Mary Carmen Carrasco, Annie Pagan Santos, Dayami Damidavidestef, Raquel García Diaz, Lucia Paun, Mari Mari, Yolanda Benitez Infante, Elena Belmonte Martinez, Marta Carvalho, Mara Marin, Maria Santana, Inma Diaz León, Marysol Baldovino Valdez, Fátima Lores, Fina Vidal Garcia, Moonnew78, Angustias Martín, Denise Rodríguez, Verónica Ramón, Taty Nufu, Yolanda Romero, Virginia Fernández, Aradia Maria Curbelo, Verónica Muñoz, Encarna Prieto, Monika Tort, Nanda Caballero, Klert Guash, Fontcalda Alcoverro, Ana MªLaso, Cari Mila, Carmen Estraigas, Sandra Román, Carmen Molina, Ely del Carmen, Laura García, Isabel Bautista, MªAngeles Blazquez Gil, Yolanda Fernández, Saray Carbonell, MªCarmen Peinado, Juani López, Yen Cordoba, Emelymar N Rivas, Daniela Ibarra, Felisa Ballestero, Beatriz Gómez, Fernanda Vergara, Dolors Artau, María Palazón, Elena Fuentes, Esther Salvador, Bárbara Martín, Rocío LG, Sonia Ramos, Patrícia Benítez, Miriam Adanero, MªTeresa Mata, Eva Corpadi, Raquel Ocampos, Ana Mª Padilla, Carmen Sánchez, Sonia Sánchez, Maribel Macía, Annie Pagan, Miriam Villalobos, Josy Sola, Azu Ruiz, Toño Fuertes, Marisol Barbosa, Fernanda Mercado, Pili Ramos, MªCarmen Lozano, Melani Estefan Benancio, Liliana Marisa Scarpino, Laura Mendoza, Yasmina Sierra, Fabiola Martínez, Mª José Corti Acosta, Verónica Guzman, Dary Urrea, Jarimsay López, Kiria Bonaga, Mónica Sánchez, Teresa González, Vanesa Aznar, MªCarmen Romero, Tania Lillo, Anne Redheart, Soraya Escobedo, Laluna Nada, Mª Ángeles Garcia, Paqui Gómez, Rita Vila, Mercedes Fernández, Carmen Cimas, Rosario Esther Torcuato, Mariangeles Ferrandiz, Ana Martín, Encarni Pascual, Natalia Artero, María Camús, Geral Sora, Oihane Sanz, Olga Capitán, MªJosé Aquino, Sonia Arcas, Opic Feliz, Sonia Caballero, Montse Caballero, María Vidal, Tatiana Rodríguez, Vanessa Santana, Abril Flores, Helga Gironés,Cristina Puig, María Pérez, Natalia Zgza, Carolina Pérez, Olga Montoya, Tony Fdez, Raquel Martínez, Rosana Chans, Yazmin Morales, Patri Pg, Llanos Martínez, @amamosleer_uy, @theartofbooks8, Eva Maria Saladrigas, Cristina Domínguez González (@leyendo_entre_historia), @krmenplata, Mireia Soriano (@la_estanteria_de_mire), Estíbaliz Molina, @unlibroesmagia, Vanesa Sariego, Wendy Reales, Ana Belén Heras, Elisabet Cuesta, Laura Serrano, Ana Julia Valle, Nicole Bastrate, Valerie Figueroa, Isabel María Vilches, Nila Nielsen, Olatz Mira, @marta_83_girona, Sonia García, Vanesa Villa, Ana Locura de lectura, 2mislibrosmisbebes, Isabel Santana, @deli_grey.anastacia11, Andrea Pavía, Eva M. Pinto, Nuria Daza, Beatriz Zamora, Carla ML, Cristina P Blanco (@sintiendosuspaginas), @amatxu_kiss, @yenc_2019, Gabriela Patricio, Lola Cayuela, Sheila Prieto, Manoli Jodar, Verónica Torres,

Mariadelape @peñadelbros, Yohimely Méndez, Saray de Sabadell, @littleroger2014, @mariosuarez1877, @morenaxula40, Lorena Álvarez, Laura Castro, Madali Sánchez, Ana Piedra, Elena Navarro, Candela Carmona, Sandra Moreno, Victoria Amez, Angustias Martin, Mariló Bermúdez, Maria Luisa Gómez, María Abellán, Maite Sánchez, Mercedes Pastrana, Ines Ruiz, Merche Silla, Lolin García, Rosa Irene Cue, Yen Córdoba, Yolanda Pedraza, Estefanías Cr, Ana Mejido, Beatriz Maldonado, Liliana Marisa Scarpino, Ana Maria Manzanera, Joselin Caro, Yeni Anguiano, María Ayora, Elsa Martínez, Eugenia Da Silva, Susana Gutierrez, Maripaz Garrido, Lupe Berzosa, Ángeles delgado, Cris Fernández Crespo, Marta Olmos, Marisol, Sonia Torres, Jéssica Garrido, @laurabooksblogger, Cristina León, Ana Vendrell, M Pulido, Constans, Yeimi Guzman, Lucía Pastor, Aura Tuy, Elena Bermúdez, Montse Cañellas, Natali Navarro, Cynthia Cerveaux, Marisa Busta, Beatriz Sánchez, Fatima (@lecturas de faty), Cristina Leon, Verónica Calvo, Cristina Molero, @lola.lolita.loliya, Mª Isabel Hernández, May Hernández, @isamvilches, May Siurell, Beatriz Millán, @Rosariocfe65, Dorina Bala, Marta Lanza, Ana Belén Tomás, Ana García, Selma, Luisa Alonso, Mónica Agüero, Pau Cruz, Nayra Bravo, Lore Garnero, Begikat2, Raquel Martínez, Anabel Morales, Amaia Pascual, Mabel Sposito, Pitu Katu, Vanessa Ayuso, Elena Cabrerizo, Antonia Vives, Cinthia Irazaval, Marimar Molinero, Ingrid Fuertes, Yaiza Jimenez, Ángela García, Jenifer G. S, Marina Toiran, Mónica Prats, Alba Carrasco, Denise Bailón (@amorliteral), Elena Martínez, Bárbara Torres, Alexandra álverez, @Silvinadg9, Silvia Montes, Josefina García, Estela Muñoz, Gloria Herreros, @Mnsgomezig, @sassenach_pol, Raquelita @locasdelmundo, Leti Leizagoyen, Soledad Díaz, Frank Jirón, Keilan.Setuto, @annadriel Anna Martin, Ivelise Rodríguez, Olga Tutiven, María del Mar, Yolanda Faura, Inma Oller, Milagros Paricanaza, Belén Pérez, Esther Vidal, Pepi Armario, Suhail Niochet, Roxana Capote, Ines Ruiz, Rocío Lg, Silvia Torres, Sandra Pérez, Concha Arroyo, Irene Bueno, Leticia Rodríguez, Cristina Simón, Alexia Gonzalex, María José Aquino, Elsa Hernandez, Toñi Gayoso, Yasmina Piñar, Patricia Puente, Esther Vidal, Yudys de Avila, Belén Pérez, Melisa Sierra, Cristi Hernando, Maribel Torres, Silvia A Barrientos, Mary Titos, Kairelys Zamora, Miriam C Camacho, Ana Guti, Soledad Camacho, Cristina Campos, Oana Simona, María Isabel Sepúlveda, Beatriz Campos, Mari Loli Criado, Monica Montero, Jovir Yol LoGar Yeisy Panyaleón, Yarisbey Hodelin, Itxaso Bd, Karla Serrano, Gemma Díaz, Sandra Blanca Rivero, Carolina Quiles, Sandra Rodríguez, Carmen Cimas, Mey Martín, Mayte Domingo, Nieves León, Vane de Cuellar, Reyes Gil, Elena Guzmán, Fernanda Cuadra, Rachel Bere, Vane Ayora, Diosi Sánchez, @tengolibrospendientes, @divina_lectura_paty, María José Claus, Claudia Obregón, Yexi Oropeza, Bea Suarez, @Victorialba67, @lady.books7, valeska m.r., Raquel Attard @missattard, @lola_lectora, Marisol, @lecturasdefaty, Lola Toro, Cati Domenech, Chari García, Lisbeth de Cuba, Vanesha, Cris, Oropeza, Montserrat Castañeda, Alicia Cecilio, Estrella, Susana Ruiz,Rosa González, Noelia, _saray89_, Mercè Munch, Maite Pacheco, Cris E, María del Carmen, Adriana Román, Arantxa_yomisma, inmamp18, @nerea_y_los_libros, Pris, Martita, Gema Gerrero,

Gisela,MariVega,CristinaPinos,@josune1981,m.jaresav,caroo_gallardoo,@beccaescribe,@rosemolinar, Tami, @elicaballol, Maruajose, Paloma Osorio, Thris, Lorena Royo, @flor.s.ramirez, Mar Llamas, @starin8, AguedaYohana Téllez, Maria Belén Martínez, @lalylloret, Mayte Ramírez, Camino Combalina, María Isabel Salazar, Teresa Hernández, Mari Titis, Paula Hernández, Valeska Miranda, María Victoria Lucena, Daniela, Cecilia, Karina García, Olga Lucía Devia, Miryam Hurtado, Susy Gómez Chinarro, Amaya Gisela, María Barbosa, Sandra Rodriguez, Montse Domingo y Elia Company, Kristibell73, ros_g.c, majomartinez_43, CamiKaze ?? , Mery Martín Pérez y Vanessa Martin Perez, zirim11, Desirée Mora, Isabel San Martín, Paky González, Maggie Chávez, Damasa, Jenny Morató, Camila Montañez, Lodeandru, Sagrario Espada, Jessica Espinoza, Davinia Mengual, Blanca Nuñez, @crisbetesponce, Orly Puente, Carmen Pacheco, Yovana Yagüe, Genuca15, Lidia GM, Lidia Verano, Judith Olivan, Elenagmailcom, Elena Carranza,Deli, Belloisamary04, Andru, Silvia Barrera, Begoña Fraga, María Isabel Epalza, María Escobosa, @cristinaadan4256, Verónica Vélez, Carolina Cieri, Sandra Salinas, MariCarmen Romero Maroto y Mayte Gallego, Michelle Llanten, Maria Jose Cortia, Miss_carmens, Ángela García, Esmeralda Rubio, Encarni Pascual, Rocítri69, Kenelys Duran, Isabel Guerra

A todos los que me leéis y me dais una oportunidad, y a mis Rose Gate Adictas, que siempre estáis listas para sumaros a cualquier historia e iniciativa que tomamos.

Ó RDEN DE LECTURA SERIE
Y OTROS LIBROS…

Para los quequeréis disfrutar de una experiencia 360º y leer los libros que están conectados con esta serie os dejo la cronología correcta. En las series os pongo en negrita el libro que es imprescindible.

1. Serie Speed (Xánder, Xánder2, Storm, Thunder, **Mr.Star** y la Vane)
2. Hawk
3. Mantis
4. Luxus
5. Ira
6. Pereza
7. Gula
8. Avaricia
9. Soberbia
10. Serie Saint Valentine Falls (Jodido Cupido, Déjate de Rodeos, Estúpido Cupido, **Échale el lazo**, Estúpido Cupido)
11. Lujuria
12. Envidia

PD: ¿Pero es necesario leer esos libros que rcomiendas para leer esta serie? No, aunque si lo hacéis, la disfrutaréis más. Bienvenid@s al Roseverso.



PLAYLIST

INTRODUCCI Ó N



Jordan

Ella estaba sentada en aquella barra, bebiendo un *old fashioned*, con la cereza roja coronando su copa.

Era guapa, muy guapa; me sacaba unos años, no demasiados, y era carne digna de admiración.

Su atuendo indicaba que era dom, sabía quién era, me aleccionaron para que lo supiera y actuara del modo que ellos deseaban.

Me acerqué con la energía adecuada, la de un sub en busca de ama, entablé conversación como si estuviera desubicado y fuera de mi ambiente, necesitaba conectar con su estado anímico, encontrar uno similar al suyo.

Jamás había costado que una mujer sintiera interés por mí y, pese a lo que ella estaba bebiendo, parecía a la defensiva. Debía bajar sus defensas.

Lo intenté con todas mis fuerzas, le supliqué que me dejara mostrarle mis habilidades. No podía fallar, me estaban observando, notaba sus ojos a través de las cámaras.

La energía de aquella mujer había cambiado. Dudaba, necesitaba aferrarme a ello, me arrodillé, le quité el zapato de tacón e introduje uno de sus dedos en mi boca para lamerlo con ahínco. Podía conseguir que una mujer se corriera solo con eso. Me habían adiestrado para complacer, y era un experto, no iba de farol.

Su piel se erizó, se estaba excitando, su otro pie buscó mi entrepierna y la estaba acariciando, sin embargo, no podía confiarme.

Sonreí trémulo al verla separar los muslos y tocarse ante mis ojos. Estaba empapada, olía a sexo, a necesidad, ellos estarían contentos si no los decepcionaba.

Movía la cadera contra sus dedos, su pecho subía y bajaba mientras se hundía en su jugo. Me relamí.

La tenía, lo había logrado… Casi podía saborear la victoria, era un deportista de élite, me gustaba ganar. Fantaseé al imaginar mi lengua entre sus pliegues. Antes de que pudiera hacerlo, ella gritó, corriéndose, sin que yo hiciera algo más que observarla.

—¿Puedo asearla, ama? ¿Tengo permiso? —Necesitaba seguir alentándola.

Ella separó los párpados con pesadez, sus pupilas estaban dilatadas.

—¿Cómo?

Busqué su mano. Lamí la humedad que rezumaba paladeando su sabor.

Ella se apartó de manera abrupta, parecía desorientada, entendía a la perfección lo que le ocurría, sabía lo que le habían metido en la copa, lo que producía.

Se levantó del taburete disculpándose, dejándome atrás.

¡Mierda! ¡Eso no les iba a gustar!

Desapareció escaleras arriba y, en cuanto lo hizo, la sentí. Chantal vino en mi busca para enganchar su correa en mi collar y llevarme a su despacho. Lo primero que sentí fueron sus dedos cruzándome la cara.

—¡Estúpido! ¿No sabes cumplir una orden cuando te la dan? —La mejilla me ardía, sin embargo, mantuve la mirada gacha, aunque mi

interior rugiera por dentro—. ¿Un año adiestrándote para esta mierda? ¿Para atemorizarla y que salga huyendo?

—Lo siento, ama.

—Más lo vas a sentir si no logras cumplir la orden que te dimos, abre la puta boca.

Lo hice sin preguntas, como me habían enseñado. Me metió una pastilla azul que no iba a ayudar a mi entrepierna y sirvió dos dedos de *whisky* en una copa.

—Bebe.

Obedecí. Era mi sino, negarme habría supuesto… Prefería no pensarlo.

—Espera a que el SX le haya subido.

Era una potente droga afrodisíaca. Cada orgasmo aumentaba la necesidad de sexo hasta llevar a quien lo consumía a un punto de no retorno. Me desearía, aunque no quisiera.

Tragué con fuerza. No me gustaba forzar a nadie a estar conmigo y, sin embargo…, no tenía opción.

Chantal me agarró de la barbilla, giró mi cara hacia las pantallas e hizo que mirara mientras me tocaba. En ellas, la mujer a la que estaba obligado a seducir se acariciaba desesperada, sin encontrar alivio. La experimentada mano de Chantal me hacía responder, sabía cómo hacerlo.

Uno, dos, tres orgasmos y Esmeralda no lograba paz.

Mi erección aumentaba, no me había dejado correrme y la Viagra no ayudaba.

—Ponte un condón. Ya sabes lo que tienes que hacer, Jordan —susurró despiadada—. No nos defraudes, o las consecuencias

serán épicas.

Me retorció las pelotas en advertencia, y yo ahogué el quejido.

Dos minutos más tarde, estaba frente a la habitación.

Tragué con fuerza y abrí sin llamar.

Esme salía del baño, envuelta en un albornoz con el pelo mojado. No parecía aliviada.

Me miró mientras avanzaba desnudo y empalmado.

Pasé las manos por sus hombros para exponer su piel enfebrecida.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Aliviarla —respondí, lamiéndole un pezón. Ella gimió, no estaba en sus cabales y yo lo sabía—. Haré lo que me pida, ama M, soy suyo para cumplir sus deseos.

Ella respiró errática, me miró y, por fin, hizo algo que me dio un poco de esperanza.

Me empujó sobre la cama sin hablar.

Reptó sobre mi cuerpo, me agarró el miembro hinchado y se encajó soltando un sonido gutural. Estaba fuera de sí, montándome con ferocidad, empapándome, retorciéndose del placer. Me clavó las uñas y los dientes en la piel. Saboreó mi sangre con succiones ávidas mientras yo gozaba de su entrega, del dolor.

Ellos no me iban a castigar.

Busqué su rostro con mis pupilas y, mientras se corría, este mutó a uno más joven, distinto.

Una máscara lo cubrió de golpe mientras sonaba *Pretty tied up*, de Guns N' Roses.

Ya no podía moverme, me habían atado de pies y manos. No veía nada y notaba el cuero golpear contra mi piel. La boca se me secó ante la invasión de una lengua suave, casi inexperta, que llenaba mi boca con sabor a cereza, y entonces estalló el dolor, sordo, seco. Un crujido desgarrador que me partió en dos ambas rodillas mientras un grito sin alma destruía la mía.

CAP Í TULO 1



Jordan

Me desperté empapado en sudor, sin aliento y con un regusto metálico en la garganta.

Hacía años que no soñaba con la noche en la que conocí a Esmeralda; mucho menos, con las sombras que vinieron después, esas que terminaron destrozando mi carrera futbolística.

Aparté las sábanas de algodón egipcio que se aferraban a mi piel como un sudario y caminé directo a la ducha, ignorando el reloj. Poco importaba la hora. Ni un solo rayo de luz se filtraba por los amplios ventanales del ático, solo las luces de la ciudad parpadeaban al ritmo de un mundo que nunca dormía.

Abrí el grifo para que el plafón efecto lluvia cayera directamente sobre mi piel. Quería que aquella pesadilla se disolviera por el desagüe.

Odiaba la sensación de no ser dueño de mí mismo, la de follar por deber, la de tomar a alguien solo porque ellos me lo mandaban, la de asumir un rol que jamás quise.

Todavía sentía arcadas al recordar mi yo de aquella época. Mirarme al espejo fue un calvario durante mucho tiempo y pasó a convertirse en un ejercicio al que me obligaba tras la terapia.

No me avergonzaba admitirlo: la necesitaba entonces y, de vez en cuando, aún recurría a mi psicólogo cuando sentía que el abismo me rondaba de nuevo.

Alcé el rostro bajo el agua templada y dejé que me reconectara con la realidad. Redescubrirme y asumir que ya no era aquel chico al que moldearon para complacer a otros, había sido una guerra larga y sucia.

Odiaba mis ojos, aquellos que habían visto tanto, quizá por eso lo primero que hice cuando me fui de España fue someterme a una queratopigmentación.

El Jordan que tocó fondo pensó que bastaría con cambiarse el tono de los iris para ver la vida de otro color.

Ya no los tenía avellana, sino azules. Quería que, al toparme con mi reflejo, me diera de bruces con la ilusión de un cielo o un mar que, bajo la superficie, contenía infinitas posibilidades, unas llenas de vida y dispuestas a sorprenderme.

Terminé de enjabonarme y observé los tatuajes que cubrían mi piel. Algunos camuflaban marcas antiguas, rastros del hombre que una vez fui.

Me sequé vigorosamente en cuanto me deshice de toda la espuma y miré el reloj.

Las cinco de la mañana, buena hora para salir a correr y llegar a tiempo para hacer un poco de guantes.

Darme de hostias siempre funcionaba para recolocar las ideas.

El aire de primavera había aliviado el frío implacable del invierno neoyorquino. Salí con ropa ligera y empecé a trotar por calles todavía medio dormidas. Las luces de los rascacielos titilaban, indiferentes a mi paso.

Tras media hora, contemplé mi *smartwatch* y busqué su número con una sonrisa torcida en los labios. La voz al otro lado de la línea tardó en responder…

—¿Te has caído de la puta cama, o qué? —gruñó.

—¿Y si te digo que ha sido fruto de una polución nocturna?

—Entonces espero que no haya sido por mí. —Reí.

—Mueve ese culo de cuervo fuera de la tuya. Desde que estás en el HSI, mueves los puños más lento. Te estás oxidando.

Oí un bufido y una voz femenina preguntando quién llamaba a esas horas.

—Sigue durmiendo, Dorothy —murmuró uno de mis expecados capitales—. Que sepas que voy a machacarte por hacer que tenga que desprenderme del calorcito de Dakota, *boss.*

—¿Tú y cuántos más, polluelo?

—Verás el polluelo la paliza que te va a dar.

—Eso se lo explicas a mis puños en veinte minutos.

—Me sobran diecinueve para que beses la lona.

Volví a sonreír, siempre había sentido cierta debilidad por aquel chico y por Corey. En algunas cosas, Raven me recordaba a mí, tan enfadado con la vida, tan dispuesto a cambiar la realidad de aquellos a quienes apreciaba…

—Dale un beso a Dakota de mi parte.

—A Dakota no la beso de parte de nadie. Los besos que le doy son todos míos y cuelga ya, que, con tanto jadeo, me la estás poniendo dura. O estás en baja forma física, o te excito...

—Dieciocho minutos —anuncié antes de colgar.

Sabía que Raven llegaría y yo necesitaba esa somanta de hostias que me había prometido.

Tampoco es que fuera a dejarme ganar, le sacaba bastantes años y, aunque quizá él fuera más fuerza bruta, yo era un buen estratega que no se dejaba amedrentar.

Cuando llegué al gimnasio, él ya estaba aparcando la moto.

Me sentía muy orgulloso de cómo le estaban yendo las cosas, tanto a él como a todos los chicos que pasaban por el SKS y eran capaces de darle un rumbo nuevo a sus vidas.

Mi club no era solo un local en el que quitarse la ropa para ganar unos miles. Corey decía que era un centro para recomponer almas rotas donde no solo se desnudaba la piel.

En parte, tenía razón. Me gustaba pensar que no solo lo forjé para que se convirtiera en un negocio fructífero, que también. Era un lugar de paso para hombres como yo, que necesitaban un sitio en el que sentirse protegidos, cuidados, donde poder coger las riendas de su vida y los fondos suficientes para ello.

El SKS formaba parte de mi misión vital, ayudaba a personas que necesitaban reencontrarse con ellos mismos, por eso, la última entrevista para convertirse en pecado siempre era conmigo. No solo debían tener un buen físico, ser atractivos o gozar de sentido del ritmo; buscaba alas rotas que reparar para que, una vez sanadas, pudieran seguir su vuelo y, por el momento, salvo algún que otro tropiezo, no me podía quejar.

Uno no acierta siempre al cien por cien.

—¿Listo para un desayuno de hostias? —preguntó Raven en cuanto pasé por su lado.

—Siempre es un gusto servírtelas calientes, ya sabes que me encanta cocinar.

Los dos nos sonreímos y entramos sin más, listos para liberar demonios.

Y mientras envolvía mis puños con las vendas, no pude evitar pensar que mi peor pelea aún estaba por llegar. Aunque no sabía contra quién.

CAP Í TULO 2



Candice. *6* meses antes

Me miré al espejo del baño y ajusté el cuello de mi camisa blanca antes de repasar con mis manos aquel moño bajo y firme que me daba aspecto de profesional implacable. No había espacio para errores ni para sentimentalismos; ese interrogatorio necesitaba a la mejor versión de Candela Estrella, o mejor dicho: Candice Star.

En este país, nadie pronunciaba bien mi nombre, así que, desde el primer semestre en la universidad, decidí facilitarles las cosas.

En cuanto volví a la sala, con paso firme y sin un ápice de duda, me incliné ligeramente hacia adelante, apoyando los codos en la mesa pulida de roble que dominaba la zona de reuniones.

El ambiente era tenso; cada palabra que salía de mi boca parecía ajustar un poco más la soga metafórica alrededor del cuello del testigo. Aquel hombre de mediana edad con traje caro y corbata desaliñada se removía en su asiento, evitando mi mirada directa porque lo tenía acorralado.

—No puede ser tan idiota.

Crucé los brazos mientras él titubeaba en busca de una respuesta coherente. El despacho estaba en completo silencio, salvo por el leve

zumbido del aire acondicionado y algún que otro carraspeo incómodo.

El tipo frente a mí, un empresario encorbatado con las manos temblorosas, no parecía entender la magnitud de sus acciones.

—Señor Morris —dije con voz firme, inclinándome de nuevo—, firmar documentos que usted mismo sabe que contienen información falsa no solo es un error administrativo. Estamos hablando de un delito grave. Falsificación de pruebas. Obstrucción a la justicia. ¿Tiene idea de lo que eso significa en una sala de juicio?

Él abrió la boca para hablar, pero la cerró inmediatamente.

—Déjeme ahorrarles tiempo a usted, al bufete y a mí.

Tomé un documento de la carpeta que tenía frente a mí y lo deslicé sobre la mesa, asegurándome de que su firma estuviera claramente visible en la parte inferior.

—Esta es la prueba que entregaremos a la fiscalía si no coopera. Y, créame, el fiscal no tendrá piedad con un tipo como usted.

El silencio se prolongó unos segundos más, hasta que finalmente el hombre soltó un largo suspiro y asintió con la cabeza. Había ganado bajo la atenta mirada de aprobación de mi jefe. Otra vez más, y eso que no se trataba de mi especialidad, solo estaba cubriendo la baja maternal de una compañera de delitos financieros.

Salir del despacho con ese sabor a triunfo no era moco de pavo, sobre todo, teniendo en cuenta que nadie me había regalado nada.

Dejé España a los dieciocho para estudiar en Yale.

¡El puto Yale!

Para ser hija de padres separados, en un matrimonio adolescente, entre una mestiza gitana y un padre de familia humilde, era todo un logro.

Vale que mi padre, tras separarse y volver con sus padres, también se sacó la carrera de abogacía con mucho esfuerzo, pero eso no le restaba mérito a lo mío… ¡Estábamos hablando de una de las universidades más elitistas de todo Estados Unidos! Y no es que entrara por enchufe, o porque la actual mujer de mi padre fuera, por aquel entonces, una de las *influencers* españolas de máximo renombre, aquí se pasaban bastante por el forro a los españoles,

aquella beca la había ganado yo solita, contra todo pronóstico, y pude sacarme la carrera aquí con todos los honores.

Aún recordaba la sensación de euforia cuando me dieron la noticia de la admisión.

Mi padre negaba traumatizado. Le daba miedo que su pequeña cruzara el charco, mientras que su nueva mujer, a la cual admiraba profundamente, no dejaba de felicitarme y decirme lo orgullosa que estaba de mí.

Mi madre y mi familia materna eran otro cantar. Para ella, lo mejor que podía hacer era buscar un hombre con dinero que me mantuviera, sin embargo, yo no había salido a ella, y desde los catorce, mi padre se hizo con la custodia, poco tenía que decir en mis decisiones.

Para mí, estudiar fuera era sinónimo de libertad, a todos los niveles.

Cuando pisé el campus por primera vez, estaba hecha un manojo de nervios.

No sabía qué esperar, la mayor parte de la información procedía de las redes sociales y las películas, nadie me había preparado para enfrentarme a Yale y su élite.

Suerte tuve de encajar a la primera con mi compañera de habitación y, para qué negarlo, de tener un físico agraciado y una mente brillante. Ambos factores propiciaron que varias hermandades se interesaran en mí, entre ellas, la más importante, la que abría las puertas a los hombres y mujeres del futuro, los Skull and Bones, quienes durante una época fueron tildados de sociedad secreta, y ahora eran una hermandad mixta, la más elitista.

Reconozco que no todo fue hincar codos y estudiar, también acudí a muchas fiestas y, en una de tantas, perdí mi virginidad, nada memorable, aunque por supuesto, con el tiempo, lo compensé.

En mi tercer año de carrera, conocí a mi némesis: Nathaniel Blake, Nathan para todos sus adoradores, y Nate, para mí.

Era brillante, competitivo y con una arrogancia innata que me sacaba de quicio. Desde el primer día que cruzamos espadas en clase de dialéctica, nos convertimos en rivales; él siempre parecía ir un paso por delante, quizá porque pertenecía a una larga estirpe de

juristas que amasaban una fortuna, aunque nunca lo suficiente para que me rindiera.

Su padre era abogado especializado en derecho penal; su madre, en financiero; su abuelo paterno, juez del supremo, y el materno, cofundador de una gran multinacional. Básicamente, se podía limpiar el culo con billetes de cien.

No me caía mal porque nadara en la abundancia, era ese desafío impreso en cada uno de sus comentarios el que me sacaba de quicio.

Todo cambió entre nosotros el último año, cuando el padre de Nate se presentó en la graduación y, ni corto ni perezoso, me ofreció un puesto en su bufete ante la atónita mirada de mi padre, cuya esperanza vital era que regresara a España con mi título bajo el brazo para trabajar con él.

Al principio, pensé que se trataba de una broma o, peor aún, un truco de Nate para humillarme y echarse unas risas, pero, cuando el señor Blake insistió en invitarme junto a toda mi familia a una cena para formalizar su propuesta y hablar de los pormenores, comencé a dudar.

Antes de aceptar la invitación, le pregunté dubitativa por qué debería acudir, si no le conocía.

Él sonrió sin enfadarse. Podría haberlo hecho con mi respuesta poco afortunada. Se limitó a alzar sus cejas pobladas y mirarme con aquellos ojos castaños tan parecidos a los de Nate.

—Mi hijo te recomendó —comentó con aplomo mientras yo trataba de mantener la compostura—. Le pregunté si consideraba que había algún alumno brillante que debiera fichar antes de que otro bufete me lo arrebatara y sus palabras textuales fueron: «Si hubiera matado a alguien, la única persona a la que confiaría mi defensa sería Candice Star». —Mi padre farfulló un: «Se llama Candela Estrella» que fue silenciado por el chistar de su mujer, quien me contemplaba orgullosa—. Me dijo que me arrepentiría si dejaba la oportunidad de contar contigo en nuestro bufete. ¿Te parece suficiente motivo, señorita Estrella? —comentó, desviando la mirada hacia mi progenitor.

—Po-por supuesto, señor.

—Entonces, les esperamos a todos en el The Inn, están invitados.

No le dio pie a mi padre a declinar la invitación.

En cuanto el señor Blake se alejó, me puse a dar saltos, porque era una oportunidad de la hostia. Mi padre me pidió que no me precipitara, y Esme que, escogiera lo que escogiese, se trataba de mi elección. Que ellos me apoyarían.

Aunque, antes de acudir a la cena, necesitaba hablar con alguien, así que les pedí que me esperaran un minuto y salí corriendo en pos de Nathan Blake, que estaba a punto de entrar en el coche.

—¿Qué pasa, Star?

Siempre me llamaba por mi apellido en inglés, decía que se sentía ridículo al pronunciarlo en español, imagino que por las risas que yo emitía.

—¿Por qué yo?

—Lo sabes, no me hagas decirlo.

Arqueé una ceja y lo miré intensa.

—O lo dices, o no pienso ir a cenar.

La comisura derecha de su labio se inclinó hacia arriba y se acercó a mi oreja provocador.

—Sería un gran error no haberte recomendado.

Tomé aire y lo solté despacio, sin apartarme, notando su aliento cálido en mi cuello.

—¿Por qué, Nate? No me soportas…

Bajó la voz y se pegó todavía más.

—Lo que no soportaba es que en penal fueras mejor.

Que lo admitiera me hizo sonreír. Se apartó.

—¿Contenta?

—Puede…

—Entonces, nos vemos a las seis, no seas impuntual.

Después de nuestra pequeña conversación, entró en el coche y se marchó.

Como comprenderás, acepté la propuesta del señor Blake, que incluía una cuantiosa suma, un piso con gastos pagados y un plan de carrera que no pude ni quise rechazar.

Durante los primeros años en el bufete, limé asperezas con Nate. Él estaba en el equipo de delitos financieros, así que tampoco es que trabajáramos juntos en el sentido literal de la palabra.

Cada cual tenía su parcela y compartíamos grupo de amigos.

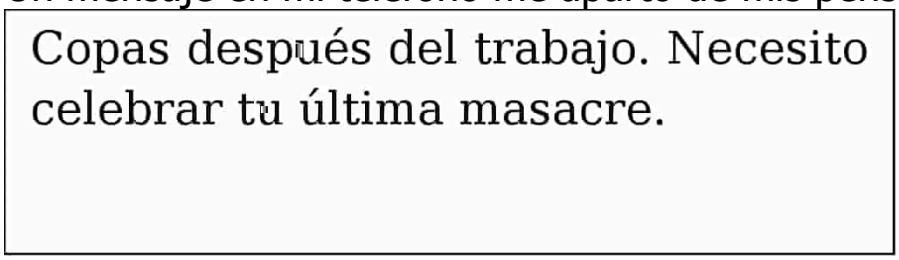
Por aquel entonces, tenía novia y todo apuntaba a que tarde o temprano se casarían. Nunca ocurrió.

Yo salía con algunos tíos, nada fijo, no me apetecía atarme a nadie en serio, pues mi carrera era lo primero y no estaba para perder el tiempo.

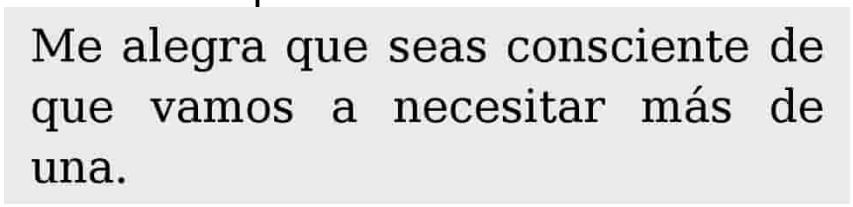
Ya no éramos enemigos; éramos colegas, compañeros de bufete y, cuando lo dejó con Georgia, después de llevar ocho años trabajando juntos, puede que cruzáramos una línea que nos convirtiese en algo más.

Una noche, tras el último juicio del año ganado y demasiadas copas en la fiesta de empresa, ocurrió sobre la mismísima mesa de la sala de juntas.

Un mensaje en mi teléfono me apartó de mis pensamientos.



Era él. Sonreí para mis adentros.



Horas más tarde, estábamos en un bar cercano al bufete.

Nathan sostenía un daiquiri de cereza, mi sabor favorito, y me miraba con esa mezcla de admiración y desafío que había aprendido

a interpretar.

—Eres un tiburón, Candy. Ver cómo destruyes a la gente en esa sala es... orgásmico.

—No exageres —respondí, aunque en el fondo disfrutaba el halago.

—No exagero. Sabes que no lo hago.

Hizo una pausa, y su tono cambió. Más suave, más íntimo.

—He estado pensando que esta vez podríamos celebrarlo de otra manera…

Lo interrumpí antes de que pudiera continuar. Sabía hacia dónde iba la conversación y no quería llegar allí, llevaba tiempo intentando que formalizáramos lo nuestro.

—Me da miedo cuando piensas…

Se acercó a mi boca para darme un pequeño mordisco en el labio.

—Sabes que no debes temer nada cuando se trata de mí. Eres consciente de que llevamos dos años desde aquella noche que…

—Nathan, estamos bien así. No compliquemos las cosas.

—¿Por qué no? —preguntó, visiblemente frustrado—. Trabajamos bien, follamos mejor, ¿qué más necesitas?

—Necesito esto —dije, señalando el espacio entre nosotros—. El equilibrio. La claridad. Y necesito mantener mi enfoque. Como tú dices, nos entendemos en el despacho y, cuando nos apetece, copulamos como animales. Punto y final.

—¿No te cansa que solo seamos eso?

—No, y a ti tampoco debería. Si lo que pasa es que se ha desatado tu reloj biológico de querer una relación estable que pueda ir a más, lo entenderé. Nunca te he pedido exclusividad.

—Lo sé, sin embargo, a mí me gustas tú. —Me apartó el pelo del hombro para depositar un beso en él.

—Tú también me gustas, pero no para que me pongas un anillo en el dedo.

Él suspiró, derrotado, pero no del todo convencido.

—Algún día vas a darte cuenta de que soy justo lo que necesitas y aceptarás. Mientras tanto, mi padre me ha pedido que te dé una noticia.

Lo miré entrecerrando los ojos.

—¿Qué es? ¿Un caso nuevo? —Negó—. Espera… ¿Se trata de los bonus?, ¿es eso?

—Frío, frío.

—Venga, ¡dímelo ya! —exigí impaciente.

—Nueva York ya es un hecho, vamos a mudarnos, Star, y esta vez, como socios del bufete.

—¡No me jodas! ¡No. Me. Jodas! —proferí exultante. Di un grito y me abalancé a sus brazos. Él correspondió pegándome a su cuerpo —. ¡Nuestro sueño hecho realidad!

—Lo sería más si aceptaras...

—Acepto. ¿En tu casa, o en la mía?

Por una vez, no había pillado su intencionalidad, y Nate lo pasó por alto.

—Me encanta cuando te da por celebrar.

—Más te gustará cuando te folle a lo bestia en esa cama tuya de dos por dos, larguémonos, Blake.

Dos meses y una semana después, estaba metiendo mi vida de Washington en las últimas cajas. Echaría de menos a mis amigas, pero, para ser justa, tenía otras que vivían en la Gran Manzana y que me moría por ver.

Vivir en Nueva York era un puto sueño, al igual que ser socia del bufete, la vida no podía sonreírme más.

Al coger el último de mis libros, cayó algo de él. Dios, ¡era una novela de mi época adolescente que mantenía como recuerdo! Sonreí al ver la portada y recordé que la compré porque una de mis compañeras de clase me dijo que era la leche, *El Infierno de Gabriel*. Una tórrida historia entre un profesor y una alumna.

Una foto se desprendió de su interior, cayendo al suelo. Al cogerla, recordé que la había usado de marcapáginas olvidándola en él.

La recogí y la observé. Recordaba a la perfección aquel día, yo rondaba los catorce.

Mi padre estaba en el centro, Esme a su lado, y mi cara de incomodidad frente a la cámara hablaba de mi enfado.

La tomaron el día de mi primer beso, aquel que mi padre interrumpió a golpe de puñetazos, y eso que no era un hombre violento.

«Jordan…».

Pese a que habían pasado veinte años, seguía recordando aquella sensación, la de ser besada por el hombre de tus sueños, que era un futbolista de élite ocho años mayor…

Durante mucho tiempo, fue mi sueño húmedo, sobre todo, después de…

Sentí un escalofrío trepando por mi columna.

¿Qué habría sido de él? Desde el accidente que sufrió, nunca más supe del chico dorado del fútbol.

Suspiré y la volví a guardar en el interior del libro, sacudiéndome el pensamiento.

No tenía tiempo para sombras del pasado. Estaba segura de que algo importante iba a llegar, y el camión de la mudanza me esperaba abajo.

—Nueva York, voy a por ti.

CAP Í TULO 3



Candice

Nueva York había sido un torbellino que llevaba varios meses intentando dominar. Todavía estaba adaptándome al ritmo frenético de la ciudad que nunca duerme. Mi apartamento era un ático minimalista en Tribeca, con grandes ventanales que daban al *skyline* de Manhattan. A pesar de su reducido tamaño comparado con los estándares de Washington, me encantaba la intimidad y la energía que transmitía. Había decorado el espacio con muebles modernos, dejando sitio para algunos recuerdos personales, como las fotos de mi padre, Esme y mi hermano en un pequeño estante.

Me llevaba diecisiete años con Andy y era un fenómeno en TikTok, alguien tenía que seguir los pasos de nuestra madre… Aunque seguía estudiando y quería cursar alguna carrera que tuviera que ver con el Social Media.

Nate, por supuesto, no podía dejarme sola ni aquí. Vivía en el apartamento de enfrente, algo que no estaba segura de si era una coincidencia o una maniobra calculada. No pasaba semana sin que llamara a mi puerta para «pedir sal», con ese Merlot que tan tontorrona me ponía.

Siempre encontraba una excusa para colarse en mi espacio, ya fuera para debatir un caso o para tomar decisiones sobre el bufete; otras, ni siquiera se molestaba en enmascarar su intencionalidad.

A veces cedía y compartíamos copas hasta que su mirada sugerente buscaba convencerme de terminar muy desnudos y sudados, aunque la mayoría de las veces lo echaba antes de que pudiera intentarlo. No quería que se hiciera falsas ilusiones, incluso lo insté a que se descargara una de esas aplicaciones para ligar y conocer gente.

No se lo tomó muy bien.

La puesta en marcha del bufete había sido un desafío monumental. Aunque Nathan y yo éramos socios, él manejaba la división de delitos financieros mientras yo me concentraba en los casos de Homicidios y derecho penal. Nuestra reputación como una extensión del despacho de su padre en Washington atrajo a clientes importantes desde el principio. Lo bueno era que eso implicaba un flujo constante de trabajo interesante. Lo malo, que apenas tenía tiempo para mí.

Sin embargo, no todo era trabajo o visitas vecinales. Nueva York también me había regalado la oportunidad de reconectar con amigas de Yale. Las chicas de mi antigua hermandad seguían siendo una constante en mi vida, más entonces que nos encontrábamos todas en la misma ciudad.

Tenía tres amigas como tres soles. En primer lugar, estaba Emily Carter, *broker* en Wall Street y la definición de *girlboss*. Era un torbellino rubio con una sonrisa radiante y un guardarropa lleno de trajes que podrían competir con los de cualquier CEO. Tenía una energía magnética, y aunque su agenda era tan apretada como la mía, siempre hacía hueco a nuestras noches de cócteles.

Luego estaba Rachel Klein, directiva *junior* en una empresa de *marketing* digital. Rachel era el equilibrio perfecto entre creatividad y ambición. Con su melena rizada y su inteligencia emocional, era la persona que necesitabas para desahogarte después de un día largo y tremendamente duro.

Finalmente, Sophie Lancaster, dedicada en corazón y Prada al sector del lujo. Sophie era la heredera de una cadena de *boutiques*

exclusivas y, aunque podía ser un poco intensa con su obsesión por la perfección, siempre sabía encontrar los mejores lugares para salir. Además, compartía conmigo un pequeño secreto que ninguna de las otras chicas conocía.

Sophie era mi excompañera de cuarto, y ambas encontramos un terreno común y de lo más inesperado.

Cuando tras una de nuestras fiestas de fraternidad, y ya solas en el cuarto, jugamos a las confesiones… Le expliqué que mi secreto más inconfesable era lo que hice una noche a los catorce, vestida de cuero y con una fusta en la mano. Juro que, pese a la oscuridad del cuarto, vi cómo los ojos se le abrían como platos.

—¡No fastidies! ¿Va en serio?

—Claro, nunca le mentiría a mi hermana en algo como esto.

—Tía, qué fuerte, ¿puedo decirte yo algo? —me preguntó, mordiéndose el labio.

—Después de lo que acabo de confesar… Pues claro…

—Convertirme en sub y que alguien me domine siempre ha sido una de mis fantasías desde que vi y leí Cincuenta Sombras.

—¿Te pone Grey?

—Me intriga lo que vi —bajó la voz—. Y me excita. He visto muchos vídeos, y siempre que quiero correrme, tengo que cerrar los ojos y pensar en…

—¿Estás segura de que quieres contarme eso?

—Sí, no puedo hablarlo con nadie y cada vez me llama más la atención, cuando has dicho lo que hiciste… No sé, he pensado que… ¿Te importaría si jugamos?

Al principio, su petición me pilló fuera de juego, nunca había estado con una chica y no sabía si estaba dispuesta a ello…

—¿Tú y yo?

—Solo quiero experimentar, saber qué se siente al ser sometida y…, bueno…, me da mucho apuro, no sé en quién confiar… Es algo un poquito fuerte, igual lo pruebo y no me va…

—Tampoco es que yo sea una experta en la materia, y no sé si me gustaría, ya sabes…, dominar a una chica…

Encendió la lamparita de noche del escritorio. Tenía las pupilas dilatadas, los labios húmedos y las mejillas rojas.

—A ver, tampoco es que yo haya estado con ninguna, me gustan los chicos, pero cuando veo escenas de dominación…, creo que también podría llegar a gustarme que me dominara una mujer. No sé…, es que todo esto me pilla muy fuera de juego.

—A mí también.

—¿Piensas que podríamos investigar? Si algo nos incomoda o nos disgusta, lo decimos y ya está… Podríamos experimentar.

—Quizá —le concedí, iluminando su mirada.

Y fue así, de una manera natural, intuitiva y totalmente *amateur*, como ambas nos introdujimos en un mundo lleno de autodescubrimiento.

Con el tiempo, Soph se convirtió en una sumisa experimentada. Yo entendí que nunca me podría enamorar de una mujer, pero sí follar con ella, recibir y dar placer era diferente a lo que podía llegar a sentir con un hombre.

Exploré a fondo mi sexualidad y, tras una larga búsqueda, supe lo que me gustaba y entendí que era *switch* en el argot del BDSM.

Preferiblemente, me gustaba dominar, aunque, dependiendo de la persona que tuviera delante o mi estado anímico, podía disfrutar cediendo el control. Para ello debía confiar mucho en la persona.

Jamás compartimos aquel aspecto con las demás chicas ni con otros estudiantes, era nuestro secreto, un vínculo único que nos convirtió en mejores amigas.

A menudo, bromeábamos sobre la cara oculta de la luna, era nuestra manera de referirnos a aquello que el resto no sabía de nosotras. Compartíamos confidencias en los reencuentros de exalumnos, por teléfono o cuando Sophie venía de visita.

Esa parcela solo me pertenecía a mí, y Nate no necesitaba saberlo. Sinceramente, dudaba que entendiera que, de vez en cuando, me gustaba hacer algo más que blandir el látigo de manera dialéctica.

En parte, mi faceta como *switch* nos distanciaba, no pensaba renunciar a ella, y tampoco es que mis sentimientos por Nate fueran

suficientes como para querer una relación a largo plazo.

Así que a otra cosa, mariposa.

Por fin tenía mi primer gran caso en Nueva York.

El trabajo siempre tenía la capacidad de reclamar toda mi atención.

Aquella mañana, mientras revisaba mi bandeja de entrada abarrotada, recibí un correo que me hizo sonreír. El asunto decía: Caso Goldstein: Homicidio mediático.

Todo el mundo medianamente informado sabía a lo que hacía referencia. El asesinato de David Goldstein, un magnate inmobiliario con una lista de enemigos más larga que su cartera de propiedades; llevaba semanas siendo noticia. La policía había detenido a su joven esposa, una modelo de veinticinco años llamada Clara Rowe, acusada de apuñalarlo en su propio apartamento en el Upper East Side.

El caso estaba lleno de giros: Clara afirmaba que se trató de defensa propia, pero la fiscalía argumentaba que lo había hecho por dinero. La cobertura mediática no ayudaba; cada tabloide pintaba a Clara como una viuda negra que había cazado a Goldstein por su fortuna.

Habíamos aceptado el caso por la notoriedad que traería, y me lo había autoasignado. Pese a que su anterior abogado logró librarla de la prisión preventiva, alegando que no había riesgo de fuga, tras pagar una desorbitada suma por la fianza, Clara no había querido que siguiera representándola y nos había elegido a nosotros, según ella, por el renombre del padre de Nate.

El correo terminaba con una nota del propio Nathan:

Sé que este caso es justo lo que necesitas para demostrar que eres la estrella de Nueva York. Adelante, fiera, me muero por celebrar tu victoria.

Suspiré y cerré el portátil. Nate tenía razón: ese era el tipo de caso que podía definir mi carrera, e iba a dejarme la piel.

Esa mañana tenía la primera reunión con Clara. Junto al correo electrónico había algunos informes que solicité. Los imprimí y

preparé la carpeta que se iría engrosando con el pasar de los días.

Cuando la tuve lista, me puse en pie, asegurándome de que era la hora acordada y entré en la sala de reuniones del bufete.

Ella estaba allí, sentada con las manos cruzadas sobre la mesa. Era aún más hermosa en persona, con una fragilidad que contrastaba con las imágenes de televisión. Sus ojos, grandes y azules, estaban enrojecidos, pero mantenía la barbilla en alto.

—Señorita Star —dijo con un acento británico impecable—, gracias por tomar mi caso.

—Llámeme Candice —respondí mientras tomaba asiento frente a ella—. Y no se preocupe, mi trabajo es que no solo la escuchen, sino que la crean.

Clara asintió, no parecía convencida. Durante la hora siguiente, desgranamos su versión de los hechos. Según ella, David había estado borracho y violento la noche del crimen, algo que no era inusual, y cuando la golpeó con un vaso, tomó un cuchillo en defensa propia.

Sin embargo, había detalles que no encajaban. El cuchillo, por ejemplo, estaba limpio cuando llegó la policía, pero había rastros de sangre diluida en el fregadero de la cocina, lo que indicaba que alguien lo había lavado, y no parecía algo que hiciera una persona «en estado de *shock*». Además, la herida de David era demasiado precisa, como si quien empuñara el arma supiera exactamente dónde apuñalar, algo que rara vez ocurre en un acto impulsivo de defensa propia. Tampoco había señales de una pelea violenta en la habitación; todo estaba demasiado ordenado para una supuesta escena de caos.

Peor aún, el testimonio de Clara tenía grietas. Afirmaba no recordar detalles clave, pero luego daba respuestas demasiado específicas, como si las hubiera ensayado. Aunque decía que David era violento, no había denuncias previas ni testigos que respaldaran su relato. Lo más desconcertante era que, según los informes financieros, David estaba a punto de modificar su testamento, lo que habría dejado a Clara en una situación muy diferente de la que en ese momento enfrentaba como viuda.

Había algo en su historia que no cuadraba, demasiadas piezas sueltas que necesitaba conectar antes de sacar conclusiones definitivas.

Al salir de la reunión, me sentí igual que en Yale cuando cruzaba argumentos con Nathan: emocionada y con el cerebro a mil por hora. Ese caso no solo iba a ser un reto profesional; también sería una prueba de hasta dónde estaba dispuesta a llegar para ganar.

—¿Cómo ha ido? —preguntó la voz masculina, tomándome por sorpresa.

Nate puso una mano en mi cintura y me atrajo contra su torso. Estábamos a solas, el personal ya se había ido, porque éramos los últimos en cerrar filas.

Emití un suspiro largo.

—Algo no cuadra.

—¿Quieres que lo hablemos? Podemos quedarnos, o si lo prefieres… —Colocó sus labios en mi cuello—. Voy a por un Merlot, y nos vemos en tu apartamento…

—Esta noche, no. Necesito estar a solas, pensar y desconectar.

—Yo puedo hacer que desconectes.

Su mano buscó el bajo de mi falda para colarse entre mis piernas y tocarme con habilidad. Sabía cómo me gustaba, así que no le costó arrancarme el primer jadeo.

—Nate… —murmuré con tono de advertencia y sin demasiada convicción.

Él siguió acariciándome, apoyando las yemas en el tejido suave de las bragas, y yo terminé por claudicar, necesitaba distraerme y sus dedos lo hacían genial.

Con la mirada vidriosa y un orgasmo descargado, solté un suspiro algo más relajada.

—¿Lo ves?, siempre sé lo que necesitas… Venga, volvamos juntos al apartamento, ya recogerás tu coche mañana.

No me sentía con fuerzas para negarme, llámame egoísta.

Tras alcanzar el rellano de nuestro edificio, nos despedimos en él.

Me di una ducha larga, me puse el pijama y coloqué las notas del caso sobre la mesa. Mientras las repasaba, alguien llamó a mi

puerta. No hacía falta ser una lumbrera para saber de quién se trataba.

Abrí y encontré a Nate sosteniendo una bolsa de papel.

—Déjame adivinar: ¿te quedaste sin sal? —pregunté con sarcasmo.

—No, esta vez te traje comida. No puedes salvar el mundo con el estómago vacío —respondió, entrando sin esperar invitación.

Dejé que se acomodara en mi sofá mientras sacaba comida china de la bolsa.

«Sería tan cómodo enamorarme de él…», suspiré para mis adentros, solo que nunca llegaría a completarme, y eso era una realidad que no podía obviar.

Fui a por un par de copas de vino. Cuando volví, me senté a su lado, él había hecho hueco sin descolocar nada y depositó los recipientes con sumo cuidado.

—Así que... ¿Qué te nubla la mente del caso Goldstein? —preguntó mientras abría un bol de arroz.

A quién iba a engañar, Nate era un abogado estupendo, y dos cerebros pensaban mejor que uno.

—Es un campo minado —admití—. Pero también es una oportunidad de oro. Si lo gano, nadie podrá cuestionar mi lugar aquí; sin embargo, ya te dije antes que hay algo que no sé…

Nathan asintió y alzó su copa en un brindis improvisado.

—Por la imparable Candice Star y su inseparable Nathan Blake.

Sonreí y entrechoqué mi copa con la suya, dimos un trago y cenamos discutiendo la declaración de Clara, contrastándola con los informes que teníamos.

Entre bocados de arroz y pollo con almendras, seguimos debatiendo. Su mente analítica era un recurso valioso, aunque nunca lo admitiría en voz alta.

—¿Y si el cuchillo fue colocado *post mortem* para desviar la atención y le rompieron el vaso para que pareciera una pelea doméstica? —sugirió él, señalando con sus palillos mientras hablaba —. Una herida tan precisa no parece producto de un impulso, y no sé, ¿ves a esa mujer, por muy altiva que sea, matando a su marido?

Lo miré, sopesando la posibilidad. No era descabellado, necesitaba barajar cualquier posibilidad.

—Lo que tengo claro es que Clara está mintiendo, válgame la redundancia, y mi intuición me dice que alguien la está ayudando.

—¿Un amante?

—Podría ser.

—Necesito averiguar quién y por qué.

Nathan se inclinó hacia mí, con ese brillo en los ojos que siempre indicaba que había atado uno de los cabos.

—¿Y si no es solo Clara? ¿Qué pasa si esto es parte de algo más grande?

La pregunta quedó suspendida en el aire, como una melodía que aún no ha resuelto su nota final. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí un escalofrío. Algo en ese caso no solo olía a sangre, sino también a peligro inminente.

CAP Í TULO 4



Jordan

El SKS estaba en plena ebullición. La primavera alteraba a todas aquellas mujeres ansiosas de polinización y, como decía Corey, les encantaba menear la colmena en busca de un buen aguijón.

¿Quién podía culparlas?

Comíamos gracias a eso, para qué mentir.

Estaba con mi amigo y encargado, observando cómo trabajaban los chicos a la perfección, todos sabían qué puesto ocupar gracias a los cuadrantes de Corey.

Ethan, alias Ira, había tomado el escenario con su característico estilo intenso. Arrastraba miradas y aplausos desinhibidos al ritmo de los golpes de cadera.

Tenía a una mujer del público contra las cuerdas, o mejor dicho, con el trasero en pompa y las manos sujetando el respaldo de la silla del escenario, mientras él emulaba una piqueta en el asfalto, salvo que lo hacía entre las nalgas de la clienta, cuyos ojos estaban en blanco.

Soberbia aguardaba su turno entre bambalinas, era la noche de su estreno y esperaba que desatara furor femenino.

El resto de los chicos estaban distribuidos entre la barra, las mesas y los reservados.

Logan, nuestro Pereza, cuya elegancia resultaba insultante, agitaba la coctelera con brío, mientras la bandeja de Avaricia lo aguardaba con paciencia. Su mirada avellana brillaba a la par que repartía sonrisas seductoras que granjearían propinas generosas.

—Ese Troy sabe cómo venderse, ¿no crees? —comentó Corey, inclinándose hacia mí y apuntándolo con el dedo.

—¿Sabes que posó para una portada de *Men's and Health*? Saca dinero de debajo de las piedras. Si lo dejara, cobraría por respirar cerca de nuestras clientas —respondí con una sonrisa socarrona.

Corey soltó una risa breve antes de mirar hacia el escenario, donde Ethan había terminado su actuación y bajaba entre aplausos con el suelo repleto de billetes.

—¿Y qué opinas de Damien? —preguntó Corey, señalando hacia una de las mesas.

Fue el candidato que Corey escogió para reemplazarlo como Lujuria, estaba inclinado hacia una mujer de cabello rojo que reía por algo que él acababa de susurrarle. Su cabello rubio oscuro caía ladeado, rozando sus ojos grises, que no dejaban de observarla con intensidad. Era seductor, eso no se podía negar.

—Tiene presencia —respondí, cruzándome de brazos—. Pero aún no sé si es porque está actuando, o porque realmente lo lleva en la sangre.

—Poco importa mientras cumpla con su jornada, no nos dé problemas y complazca a las mujeres, ¿no crees? —Asentí mientras seguía observándolo—. A las mujeres les ponen los tatuados cuya mirada rezuma peligro, acuérdate de Raven. —En eso estaba de acuerdo.

Damien era un modelo en ascenso cuya carrera se perdió tras un escándalo mediático con la hija de un político. Hay que saber dónde metes la polla siempre, en eso yo tenía experiencia, quizá por eso lo contraté.

Mis ojos se desviaron en cuanto el DJ anunció al nuevo Soberbia.

Alex Vega era de origen latino y exbailarín de tango en Las Vegas, vino a Nueva York porque creía que Brodway le abriría sus puertas y,

en lugar de eso, le dieron en las narices.

Su pelo negro estaba perfectamente peinado hacia atrás, tenía una gracilidad felina y los brillos del esmoquin salpicado en pedrería destellaban en cada giro imposible.

Una mujer suspiró cuando la acarició con la rosa roja que llevaba entre los labios, al ritmo de *Infiltrado*, de Bajo Fondo.

—Ese sí que parece un rey —murmuró Corey, medio en broma, medio en serio.

—Un rey que aún tiene que demostrar que puede mover más que su ego —repliqué.

Nos quedamos en silencio, contemplando su actuación. Tenía algo que llamaba la atención, una mezcla de control absoluto y arrogancia innata que encajaba perfectamente con el papel de Soberbia.

Aparté los ojos en el preciso instante en que sacaba a su elegida al escenario y le ponía la flor en el pelo, para terminar dándole la vuelta y paseando su mano por el centro del cuerpo femenino sin que la clienta se ofendiera.

Parecía que lo tenía dominado.

—¿Qué tal está Mary Kate? —pregunté, de repente, rompiendo el momento.

Corey sonrió, centrándose en mí.

—Cansada, pero feliz. Sunrise está obsesionada con sus pechos…

—Entonces, se parece a ti.

—No lo voy a negar y, como está haciendo alimentación a demanda, la tiene todo el día pegadita a la teta.

—Lo que yo decía, igualita a ti. —Él me sonrió cómplice—. ¿Y te ves capaz de compaginarlo todo? Ya sabes que si necesitas dejar esto…

Me frenó.

—Para el carro, *boss*, ya sabes que te lo diría. Puedo echarte una mano, verlas a ambas cada mañana hace que rinda por dos.

—Eres un puto romántico —bromeé, dándole un empujón en el hombro.

—Tal vez. —Su sonrisa se ensanchó—. Pero no me importa. Ya te tocará a ti, viejo.

—Ni de coña. —Negué con la cabeza, soltando una risa breve—. Estoy demasiado ocupado siendo padre de todos estos como para ir cambiando pañales a mis años…

—¿Tus años? ¿Debería llamarte Matusalén?

—No te creas…

Corey rio, negando.

—Eres un exagerado, pero algún día...

—No hay algún día para mí. Este soy yo. —Levanté las manos, señalándome—. Sin biberones, sin baberos...

—Pues no será por falta de candidatas. Hay algunas que se ofrecerían encantadas como voluntarias para que les pongas el babero y les des tu leche.

—i¿Estamos hablando de bebés, o de mujeres?!

—¿Existe lo uno sin lo otro?

—*Touché.*

Antes de que pudiera seguir la conversación, sentí mi teléfono vibrar en el bolsillo trasero del pantalón. Miré la pantalla y vi unas iniciales que automáticamente me enderezaron: M.S.

—Disculpa un momento. —Levanté una mano hacia Corey, y él asintió.

Acepté la llamada y salí a zancadas de la sala hacia el exterior, para subir las escaleras que daban a mi ático.

—Hola, Mistress —respondí, alejándome del ruido—. Justo estaba pensando en llamarla, por si le iba bien que nos viéramos.

Su risa, baja y llena de autoridad, resonó al otro lado de la línea.

—Qué coincidencia. Ambos estábamos pensando en lo mismo, ¿será una señal?

Un hormigueo de anticipación retorció mis pelotas.

—¿Podemos vernos?

—Para eso te llamaba.

—¿Cuándo? —pregunté, subiendo el último tramo de escaleras.

Entré en mi apartamento. Cerré la puerta detrás de mí, para dejar atrás el bullicio del SKS. La insonorización era brutal, me había encargado personalmente de ello.

—Esta noche no puedo hacerte un hueco —respondió, su tono se tornó más serio—. Hay algo importante que necesito discutir

contigo, aunque por la urgencia que he detectado en tu voz, buscaré espacio para una doma.

Me quedé en silencio por un momento, procesando lo que me estaba diciendo. Finalmente, respondí.

—Gracias, Mistress. Entonces, ¿dónde quiere que nos veamos?

—Te espero en el L&W, a media noche, ¿te viene bien?

—Le diré a Corey que cierre él.

—Me gusta cuando eres complaciente.

—Y a mí serlo con usted, Mistress.

—Nos vemos en un par de horas.

Colgué, dejando el teléfono sobre la mesa mientras me pasaba una mano por el pelo. Selene nunca pedía nada a la ligera, y el hecho de que quisiera hablar conmigo me tenía intrigado. ¿De qué se trataría? No me gustaba anticiparme, sobre todo, tratándose de ella.

La expectativa de volver a sentir sus órdenes sobre mí, desprendiéndome de toda autoridad, me hizo salivar. Me daba igual que no fuera esa noche, saber que pronto me daría lo que necesitaba era suficiente para mí.

Trabajé duramente, tanto con ella como con mi psicólogo, para asumir que esa parte de mi sexualidad, me gustara o no, formaba parte de mí, que no debía odiarla por lo que me ocurrió con ella en el pasado. Solo comprenderla y abrazarla, aunque fuera difícil.

Mi psicólogo fue quien me concertó el primer encuentro con ella, tras largos meses de terapia. Era compañera suya de profesión y conocía sus particulares gustos por el mundo de la dominación. Creyó que podría hacerme bien hablar con ella y acertó.

Todavía recuerdo la primera vez que nos vimos, fue en una cafetería, fuera del ambiente *bedesemero*.

Como buena ama, llegó unos minutos después que yo.

Nada más entrar, algunas cabezas se giraron, no porque fuera excesivamente guapa o joven, más bien era por su elegancia innata y aquella energía que solo desprendían las Alfas. Rondaba los cincuenta y tantos. Para mí, la edad nunca fue algo más que un número.

Sabía quién era yo porque me indicó con exactitud en qué mesa debía sentarme.

Se sentó en la silla que quedaba vacía y apenas nos dio tiempo a presentarnos antes de que el camarero nos interrumpiera para tomar nota.

Ella pidió un té negro, y yo me decidí por un café italiano.

He de reconocer que estaba nervioso y me sudaban las manos.

—Tranquilo, solo vamos a tomar algo, como esos extraños que quedan a través de una app *de citas para ver si son compatibles o no. Nada te impide levantarte e irte si no te sientes cómodo.*

Me gustó que no le diera miedo mi rechazo, y tener aquella posibilidad me relajó.

—De acuerdo.

—¿Qué te parece si empiezo yo? —asentí, concediéndole el turno de palabra.

Me contó cómo aterrizó en el mundo del BDSM, que fue tras pasar el duelo por el fallecimiento de su esposo. Pese a que tuvieron una vida sexual plena, sentía que le faltaba algo y no sabía con exactitud qué era hasta que se dio de bruces con ella.

Acudió a varias fiestas atípicas en busca de respuestas y se topó con una comunidad completamente desconocida que la recibió con los brazos abiertos.

Allí aprendió que el BDSM no se reduce a un grupo de sádicos adorador del cuero, las fustas y el látex, que había mucho más de lo que la gente creía a simple vista. Selene decidió embarcarse en un viaje de autodescubrimiento y, al contrario que yo, se topó con gente que le mostró otra cara muy distinta.

Al terminar su relato, se quedó en silencio y esperó a que asimilara lo que me acababa de explicar.

Sabía que era mi turno, que me tocaba abrirme a ella, quien había sido muy generosa. El problema era que mi vida no era fácil y exponerme no me apetecía demasiado, aunque fuera psicóloga.

Decidí contarle lo justo y necesario, que había tenido malas experiencias, que fui prácticamente forzado a convertirme en un

esclavo sexual y que intenté por todos los medios renunciar a esa parte que, pese a que llegué a sentir placer, me hacía daño.

Que pensaba que, si nadie me forzaba, podría renunciar a ella, y por mucho que me esforcé en hacerlo, no lograba sacármela de la cabeza.

Ella asintió comprensiva.

—Por lo que me cuentas, no fue tu parte sumisa la que te dañó, sino una persona o varias, que no entendían bien de qué va el mundo del DS, hay mucho enterado que solo le gusta blandir el látigo para descargar en otros sus frustraciones. Eso no es ser un buen amo, ese tipo de gente suele esconder su inseguridad bajo la coraza de la agresividad y son muy despiadados. A no ser que seas un sumiso al que le va el sadismo o sentirte un esclavo…

—No es mi caso. —Asintió.

—Entonces, mi consejo es que explores tu identidad dentro del BDSM. Hay muchos roles diferentes, y solo una dominatriz soberana, como es mi caso, podrá ayudarte. Las soberanas no necesitamos alzar la voz para que un sumiso obedezca. Que empleemos un tono bajo no significa que seamos benevolentes o aburridas. Jamás me ha temblado el pulso a la hora de aplicar un correctivo a un sub que me contradice, porque sé con exactitud lo que necesita de mí. —Mi boca se secó ante sus palabras—. Soy una dómina justa y exigente. No pido nada que no se me quiera entregar y soy muy consciente de que, para cualquier persona, asumir el rol de sumiso es un acto de pura generosidad, de fortaleza, y también soy experta en switch *y enseñar a otros dom. —La miré arrugando la frente—. Hay que ser muy valiente para ceder el control a otra persona. Ni los dominantes nacen amos ni lo serían sin alguien dispuesto a concederles el privilegio de ser su amo.*

»Ser elegido es un privilegio, una ofrenda que atesorar. Los sub y los dom nos necesitamos mutuamente para coexistir, y a mí me gusta cuidar de lo que se me concede.

Me gustó lo que dijo, mi entrepierna se irguió y comencé a excitarme sin esperarlo.

—Pon las manos encima de la mesa y mantén las palmas hacia arriba. Te diré cuándo es suficiente.

No hizo falta que añadiera nada más, obedecí. Las puse como Selene dijo e incliné mi cabeza en señal de respeto.

—Sí, ama. Gracias, ama.

Nos mantuvimos en silencio mientras ella terminaba de degustar su taza de té.

Mis pulsaciones se habían disparado, notaba la excitación tomando las riendas de mi cuerpo, y mi polla se enrocaba contra la pletina del pantalón.

El ejercicio duró unos diez minutos y, cuando ella tuvo suficiente, sacó una tarjeta del bolso. La deslizó sobre la mesa y se puso en pie.

—Está bien por hoy, Toyboy. ¿Te gusta ese término para referirme a ti, o prefieres otro?

—Toyboy está bien, ama, gracias.

—Puedes referirte a mí como Mistress. Contacta conmigo en el número que aparece en la tarjeta cuando te sientas preparado. Si me eliges, te garantizo que cuidaré de ti y que iremos despacio, a tu ritmo, trabajaremos para que mires de frente a tu naturaleza y la aceptes.

»Con esto no quiero decir que debas elegirme como tu dom, sino que, si te apetece, estoy dispuesta. Piénsalo bien, toma la decisión con calma y te aseguro que pondré todo mi empeño en ganarme tu confianza, sé que esta no se entrega con una hora en una cafetería.

—Gracias, Mistress. —Ella asintió.

—Gracias a ti, Jordan, puedes descansar.

No era consciente de que seguía aferrado a su orden.

Solté el aire despacio mientras ella se aproximaba a la barra para pagar y la veía desaparecer.

Aquel día supuso un nuevo comienzo, y si bien era cierto que todavía no estaba completamente reconciliado con mi parte sub, Selene era capaz de darme la paz que necesitaba cuando esta pujaba.

Regresé al club para hablar con Corey y pedirle el favor de que cerrara, tenía que ver a mi Mistress.

CAP Í TULO 5



Jordan

El aroma era lo primero que me golpeaba cada vez que cruzaba el umbral del club. Una mezcla embriagadora de cuero, sudor y sexo que siempre asociaba con entrega y control. Era un lugar donde los tejidos no cubrían la piel, sino mentes y deseos.

El aire susurraba secretos al ritmo de los gemidos y la música electrónica que resonaba como telón de fondo.

El L&W (cuero y látigo) era un santuario ubicado a las afueras del distrito financiero. Nada de luces llamativas ni letreros ostentosos; por fuera, el edificio de ladrillo rojo podía pasar desapercibido para el resto del mundo. Por dentro, era un universo completamente distinto.

Las paredes de la entrada estaban decoradas con una mezcla de arte moderno y fotografías en blanco y negro que capturaban la esencia del BDSM en su forma más pura: fuerza y vulnerabilidad, poder y rendición, para dar paso a la zona de vestuario, mazmorras y zonas comunes.

Atravesé el vestíbulo, accediendo a la sala principal. Una barra daba la bienvenida a algunos socios donde compartir copas y charlas íntimas, dejando atrás la calma calculada del ambiente.

Ahí no había espacio para el caos; todo estaba perfectamente coreografiado. A mi izquierda, una sala de entrenamiento albergaba a dos *switch* practicando con fustas, mientras un instructor experimentado las observaba y corregía sus movimientos. Al fondo, las puertas dobles de una sala más privada estaban cerradas, dejando solo ecos apagados de gemidos que se perdían entremezclados con la música.

Selene no estaba en la barra ni en las áreas comunes, me había citado en su despacho, un lugar al que solo unos pocos privilegiados tenían acceso. Crucé el pasillo alfombrado hasta la puerta negra con una placa de latón que llevaba grabadas sus iniciales: S.W. Toqué dos veces, firme pero sin prisa.

—Adelante. —La voz de Selene atravesó la puerta con una autoridad tácita, la de alguien que no necesitaba alzar el volumen para ser escuchada.

Entré y cerré la puerta detrás de mí. Su despacho era una extensión de su esencia. Una combinación de elegancia y funcionalidad. Las paredes estaban cubiertas con estanterías llenas de libros, desde clásicos sobre psicología hasta manuales de BDSM. Una mesa de madera oscura dominaba el centro, impecablemente ordenada, con un único adorno: una pluma estilográfica de diseño antiguo.

Mi Mistress estaba sentada en una silla de cuero negro, con un traje entallado de falda tipo lápiz que acentuaba su figura. Su cabello, recogido en un moño perfecto, y sus labios pintados de rojo eran las únicas concesiones a la extravagancia. Sus ojos oscuros me analizaron de arriba abajo antes de que hiciera un gesto para que me acercara.

—Jordan. —No fue una pregunta, sino una declaración, como si mi presencia allí no pudiera ser cuestionada.

—Mistress. —Incliné ligeramente la cabeza en señal de respeto mientras me sentaba en la silla frente a ella.

—Gracias por venir, sé que eres un hombre muy ocupado. —Su voz era suave, pero cargada de significado. No había espacio para las dudas cuando ella hablaba.

—Sabes que siempre acudiré si me necesitas —respondí, ajustando mi postura, consciente de cómo su mirada escrutadora parecía atravesarme.

—Es algo que valoro mucho en ti. Has hecho un gran trabajo estos años. —Se recostó ligeramente en su silla. Cruzó las piernas con la misma elegancia calculada que ponía en todo lo que hacía—. Sabes que te he llamado para hablar, porque necesito algo de ti, llamémoslo, favor personal.

Fruncí el ceño, intrigado.

—¿De qué se trata?

Ella abrió un cajón de su escritorio y sacó una carpeta negra que arrastró sobre la madera pulida. El simple gesto hizo que mi cuerpo se tensara ligeramente.

—Voy a ausentarme durante un mes o, tal vez, un poco más. Debo ocuparme de una formación especial en Europa. —Eso sí que no lo esperaba—. En mi ausencia, necesito que alguien de confianza se haga cargo de mi sumiso especial, es algo delicado, y en la única persona que confío plenamente, y que sé qué hará un buen trabajo, eres tú.

Mi corazón dio un vuelco. Selene confiándome a uno de sus sub no era un asunto menor.

—¿Quieres entregarme a tu sumiso? —repetí, asegurándome de que había oído bien.

—Sí. Es una situación poco convencional, lo admito, pero es muy vulnerable. Su caso es tremendamente especial, como te he dicho, y confío en que tú sabrás manejarlo muy bien. —Su mirada se intensificó, como si intentara medir mi reacción.

—¿Y tus otros dom? —No es que yo no lo fuera, mi condición de *switch* me permitía someter o ser sometido, era que simplemente sabía que había gente en el club muy cualificada.

—Este caso necesita una sensibilidad distinta, acudió a mí tan roto y herido como tú. —La aclaración hizo que me tensara—. No puedo concedérselo a cualquiera, no todavía.

Selene abrió la carpeta, revelando un contrato detallado en el que se especificaba con claridad sus gustos, preferencias, aquello que no toleraba, en lo que se debía trabajar, etc.

—Como te decía, Shadow es... particular. Tiene sus reglas y necesidades muy específicas. Aquí encontrarás todo lo que necesitas saber: sus límites, su palabra de seguridad, sus horarios, los ejercicios en los que debe mejorar, los objetivos…

Pasé los ojos rápidamente por el documento. Algo en las especificaciones me llamó la atención. Leí en voz alta:

—El esclavo estará en todo momento cubierto por un traje compresivo de látex, con orificios o cremalleras en lugares estratégicos que le permitan respirar o las prácticas oportunas. ¿Esto es porque le gusta la momificación? —pregunté, punteando la cláusula en la que se describía el uso constante de su vestimenta restrictiva.

—Forma parte de su entrenamiento —respondió Selene, sin titubear—. Como podrás observar, otro de los requisitos es estar privado de movilidad, tú mejor que nadie sabes lo que supone eso; confianza ciega, absoluta y plena. Si te fijas, su fantasía es ser dominado contra su voluntad, por lo que puede que te lo ponga difícil en algunos ejercicios, se queje o intente liberarse; en tu mano está que no lo consiga. Perejil es su palabra de seguridad.

»Como eres un hombre muy ocupado, te esperará en la mazmorra. Uno de los trabajadores lo ayudará a colocarse en el elemento que tenga pautado para que, cuando tú llegues, puedas dedicarte plenamente a la doma.

Suspiré con lentitud.

»Hay otra cosa más, quiero hablarte de una ama *switch* que he reclutado últimamente en mis filas. Si tuviera que elegir a mi sucesora, sería la elegida.

—Entonces, ¿por qué no le diste a Shadow?

—Porque no coinciden en horarios, no son compatibles. Su trabajo le exige dedicación casi plena, además, la tengo reservada para ti.

—¿Para mí?

—Hablaremos después de eso. ¿Qué me dices?, ¿aceptas a mi esclavo?

El término erizó el vello de mi nuca mientras desplazaba los ojos por las disciplinas que debería infringirle. Estaba habituado a ellas, muchas me las infligieron a mí.

—No estás obligado, Jordan —murmuró al verme dudar.

No lo estaba, pero era un favor que ella me estaba pidiendo y solo sería un mes o un poco más.

—De acuerdo. —Mi voz sonó firme, aunque por dentro las preguntas se acumulaban.

—No te preocupes —continuó Selene, apoyando las manos sobre la mesa—. No espero que te ocupes de él como lo haría yo. Solo necesito que sigas las instrucciones y lo mantengas a salvo, que el proceso siga tal cual lo he redactado. No es una orden, es una petición.

Asentí, todavía procesando la responsabilidad que estaba a punto de aceptar.

—Por supuesto, Mistress. Haré lo que sea necesario.

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Gracias, me alegra mucho poder contar contigo. —Selene se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre la mía—. Y ahora hablemos de ti y de tus necesidades. Quiero ofrecerte la posibilidad de seguir trabajando en tu esencia mientras estoy fuera.

—Puedo…

—No, no puedes, noté la urgencia en tu voz y sé que esta vez has aguantado más de lo esperado. Necesitas reconectar, puedo sentir tu energía sub dominándote, deseosa de salir a flote para ser acariciada. Estás al borde del precipicio y lo necesitas más que nunca, por eso quiero que me dejes ofrecerte a alguien muy especial.

—¿El ama *switch* que me has comentado? Lo siento, solo confío en ti, Mistress, esperaré a tu regreso.

—No te precipites en tu negativa. No te propondría a alguien si no supiera que puede ejercer su función a la perfección. Déjame que te hable de ella. La conocí hace unos años, en Whashington. Fue una de mis alumnas en uno de los cursos que di. Tiene una energía brillante, es empática, capta a la perfección las necesidades de los demás, incluso antes de que estos se pronuncien, y desde entonces se ha estado perfeccionando, tanto como sub como dom. Cuando me dijo que se mudaba por trabajo a Nueva York, no dudé en reclutarla a mis filas. Confío plenamente en ella, tanto es así que por

eso acepté la propuesta del curso en París. Bueno, por eso, porque me pagan una pasta y porque estoy loca por visitar la Torre Eiffel. —No pude evitar sonreír ante la emoción de su rostro—. Además, me quedaría muy tranquila si supiera que recurres a ella para cubrir tus necesidades. Es discreta, eficiente y muy intuitiva. Podría ser una experiencia interesante para ti si decides hacerme caso, demostrarte que puedes depositar tu confianza en alguien nuevo, más allá de mí.

No me hacía gracia, algo en mi interior me dijo que eso iba a complicar las cosas más de lo que imaginaba.

—Lo pensaré —respondí, finalmente.

—Me marcho pasado mañana y tengo muchísimas cosas que ultimar. Me encantaría darte una última doma, pero no estoy segura de contar con el tiempo suficiente, así que me gustaría que me prometieras que, si te ves con la necesidad, la llamarás.

Cogió una de sus tarjetas, la estilográfica y detrás anotó un número de teléfono con un nombre: Ama Candy.

Que el significado de su nombre fuera «dulce» debería haberme tranquilizado; sin embargo, no tenía por qué serlo, algunos caramelos eran de lo más duros.

—Escúchame, Jordan, te conozco lo suficiente como para saber que, si no accedes, lo vas a pasar mal mientras esté fuera, así que dale una vuelta. No te la recomendaría si no estuviera segura de que puede darte justo lo que necesitas. Si quieres verla en acción, estará aquí pasado mañana, tiene una doma a las siete en la mazmorra tres.

Esa era la acristalada, la que permitía tener espectadores.

—Gracias por pensar en mí, Mistress.

—Me gusta pensar que somos algo más que una dominatriz y su sumiso, te considero mi amigo, y como amiga, me gusta cuidar de mi círculo más próximo. —Era consciente de ello—. Te agradezco muchísimo que me hagas el favor con Shadow, le gustan los insultos y que seas un poco despreciable con él. Puedes llevarte la carpeta para preparar su próxima sesión. Además, mantenemos una relación 24/7, lo que significa que, aunque no estés presencialmente, deberás dejarle deberes diarios. Es importante que los siga y te

mande pruebas de que cumple sus cometidos. Necesita mucha disciplina.

—Entendido, Mistress.

—Si estás de acuerdo en todo, deberás firmar este contrato. Léelo con calma, necesito que lo hagas ahora, por si hay alguna cláusula que te incomode o deba modificar.

—No creo que haga falta —asumí, cogiendo el documento para leerlo a conciencia.

Media hora más tarde, salí del despacho con la copia del contrato bajo el brazo, las indicaciones para mi nuevo esclavo, una tarjeta en el bolsillo y una maraña de pensamientos aguijoneándome la cabeza.

No podía prever cómo ese favor cambiaría el rumbo de las cosas.



CAP Í TULO 6



Sepúlveda

—Está claro que nos crecen los enanos —bufé, cruzándome de brazos mientras observaba a Clara Goldstein, la joven viuda de David Goldstein, sentada al otro lado de la mesa de interrogatorios.

Parecía salida de una portada de revista: piel de porcelana, cabello perfectamente recogido y una actitud de inocencia que no me tragaba ni con una botella de tequila. Las que aparentaban ser mosquitas muertas, y llevaban un bolso Gucci, solían ser las peores.

Martínez, apoyado contra la pared a mi lado, ocultaba una sonrisa ladeada tras su taza de café aguado. Odiaba el café de la comisaría, sería una de las primeras cosas que cambiaría cuando me hicieran comisaria, si es que finalmente ocurría, porque no las tenía todas conmigo después de tener a los de Asuntos Internos olisqueándome el culo.

—¿Enanos? Más bien nos crecen las *barbies* millonarias. ¿Cuántos casos de ricachones nos están tocando en los últimos tiempos? Dicen que el dinero no da la felicidad, pero está claro que afila cuchillos. Con una mujer como esa, cualquier tío estaría dispuesto a morir… Fijo que el coño le sabe a fresa.

Le lancé una mirada de advertencia a mi amigo, aunque no pude reprimir una media sonrisa, estaba acostumbrado a sus salidas de tono.

—Céntrate, Martínez, ¿qué diría Nancy si te oyera?

—Probablemente que, si quiero fresa, me prepare un batido y que una así no estaría conmigo por muchos millones que tuviera. Fijo que, si por una de esas casualidades de la vida Clara Goldstein se fijara en mí, Nancy me envolvería con papel de regalo y añadiría una pegatina de: «No se admiten devoluciones».

—Seguro que sí —prorrumpí cínica.

No había una pareja que se llevara mejor que mi compañero de fatigas y Nancy.

—Vamos a ello… Ya lleva cinco fruncimientos de nariz, creo que el *eau* de comisaría no entra en su escala aromática de perfumes para delinquir.

—¿Quieres que te acompañe?

—Me basto sola, gracias.

Entré en la sala de interrogatorios con paso firme, dejando que la puerta se cerrara tras de mí con un golpe seco. Clara levantó la vista, sus ojos azules grandes y brillantes, como si acabara de aterrizar en una situación que no entendía, incluso le tembló el labio.

«Comediante…».

—No sé si me recuerda —dije sin preámbulos, analizando a la joven, mientras me sentaba frente a ella—. El último día que nos vimos estaba demasiado alterada y cubierta de sangre. Soy la inspectora Sepúlveda.

Clara Goldstein levantó la mirada como un cachorrito de los que venden la suavidad del papel higiénico, y a mí me pareció una actuación de mierda. No le daba ni para el premio a la peor interpretación de mi barrio.

—Sí… Lo recuerdo.

—Bien, eso hace las cosas más fáciles. —No aparté la mirada de ella mientras me reacomodaba. Su aire de fragilidad me ponía los pelos de punta. Era difícil creer que unas semanas atrás había estado en el epicentro de un asesinato brutal.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó, su voz temblorosa pero controlada.

—Queremos aclarar algunos puntos sobre su declaración —respondí con un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Ya lo he dicho todo.

—Oh, créame, señora Goldstein, su versión es… interesante. Pero todavía hay cosas que no encajan. Por ejemplo, ¿por qué tardó tanto en llamar a emergencias después de apuñalar a su marido?

—Ya se lo expliqué… Estaba en estado de *shock*.

—Claro, claro. Ahora apuñalar a su marido millonario se llama *shock*.

—¡Estaba siendo víctima de malos tratos! ¡Debería apoyarme siendo mujer!

«Lo haría, sin lugar a dudas, si la creyese y hubiera denuncias anteriores».

Apoyé los codos sobre la mesa, inclinándome hacia ella, y me centré.

—Aunque me cuesta entender cómo alguien en un estado de enajenación mental como el suyo, siendo una supuesta víctima de malos tratos, tiene la claridad suficiente como para limpiar un cuchillo antes de que llegue la policía.

—¡Yo no hice eso! —Su voz se alzó ligeramente, pero su mirada seguía firme.

—¿No? Y, entonces, ¿cómo explica que no hubiera una maldita huella en el arma del crimen? ¿Se las quemó con ácido? ¿O es que llevaba guantes de látex?

Antes de que pudiera presionarla más, la puerta de la sala se abrió bruscamente, revelando a una mujer alta, de mirada aguda, sorprendentemente atractiva y que emanaba autoridad con cada paso.

—Mi clienta no responderá a más preguntas sin mi presencia, señora. Soy Candice Star, su abogada —proclamó, cerrando la puerta tras de sí.

Me recosté en la silla, observándola con interés renovado. La señorita Goldstein cuidaba hasta la imagen de su letrada, cualquiera

que viera a esa mujer en un juzgado perdería el juicio antes de empezarlo, por suerte, yo no me dejaba impresionar.

—La reunión era solo para aclarar unos puntos que siguen borrosos y son imprescindibles para la investigación —dije, manteniendo mi tono neutral.

—Y esos puntos los aclararemos juntas, inspectora, pero no será hoy. —Candice no perdió tiempo en girarse hacia Clara, colocando una mano tranquilizadora sobre su hombro—. ¿Está bien?

Clara asintió, aliviada, haciendo un puchero que rozaba lo vomitivo, mientras su abogada tomaba el control de la situación.

—Inspectora —volvió a dirigirse a mí—, ¿puede explicar por qué no me informaron antes de traer aquí a mi clienta?

—No la hemos traído a la fuerza.

—Si lo hubiesen hecho, sería secuestro —apostilló, entrecerrando la mirada.

—Simplemente queríamos resolver algunas dudas, y ella se ofreció a colaborar.

—Que yo sepa, mi clienta ha dejado claro que estaba predispuesta, pero que no respondería sin asesoría legal. —Los tenía bien puestos. Sostuvo mi mirada, imperturbable.

—Su clienta tiene muchas cosas que explicar, señorita Star —repliqué, sonriendo con la misma agudeza que ella.

—Y lo hará, en el tribunal, cuando sea el momento. Por ahora, les recuerdo que se encuentra en libertad bajo fianza, en espera de juicio y que actuó en defensa propia frente a un ataque deliberado.

—Hasta que se demuestre lo contrario…

Candice se mantuvo impasible. Hacía mucho que una mujer no despertaba interés en mí, y esa lo consiguió.

La letrada le tendió la mano a Clara y la ayudó a levantarse.

—Si no tienen nada más que decir, nos retiramos, inspectora…

—Sepúlveda —respondí. Se limitó a alzar una ceja ni demasiado fina ni demasiado gruesa, acorde con su pelo canela, pulcramente recogido. El traje chaqueta gris le sentaba como un guante.

Cabeceó en señal de afirmación, me daba a mí que era de las que no necesitaban que le recordaras algo dos veces para no olvidarlo.

Me metí las manos en los bolsillos mientras observaba cómo Candice Star seguía controlando las riendas sin despeinarse y salía de la sala con su clienta como un torbellino de determinación. La puerta se cerró tras ellas, y volvió a abrirse unos segundos después con la llegada de Martínez, todavía con su taza de café en la mano, y lanzó un silbido.

—¡Joder con la picapleitos! Si tengo un juicio, me la pido.

—No tendrías billetes suficientes, esa olía a bufete de los caros.

—A lo que olía era a que te ha interesado en cuanto la has visto… A mí no me engañas, jefa, casi atraviesas el cristal de vigilancia con los pezones, te los ha puesto de punta.

—Lo que me ha puesto de punta son los nervios. —Él apoyó un hombro contra la pared, mirándome con diversión.

—Si ahora se llama así.

—Esa abogada tiene un ego con apartamento propio.

—Quizá, pero está buena, es inteligente y me da en la nariz que serías de las que no te importaría visitarlo. Esa mujer es muy de tu estilo, con dominio de la palabra y de la lengua. —La movió descarado antes de volverse hacia el cristal, donde estaba segura de que el comisario ya estaría observándonos.

Conté mentalmente.

«Tres, dos, uno…».

—Sepúlveda, ¿qué demonios ha sido eso?

«Acción».

—La abogada de la diabla.

—Sabes que no me refería a eso —comentó, cruzándose de brazos.

—Solo hacía mi trabajo, ya que se interesa.

—¿Haciendo tu trabajo, o alienando a la abogada de una mujer que podría ser inocente?

—Con todo respeto, señor, cuando ha apuñalado a su marido, muy inocente no debe ser. Además, no me creo nada de lo que sale de esa boca. Hay algo que no cuadra en su historia, y la señorita Star no va a intimidarme, necesitaba que lo tuviera claro.

El comisario resopló, claramente frustrado.

—Necesito que uses un poco de mano izquierda en este caso. Ya tenemos suficiente con los de Asuntos Internos buscándote las cosquillas como para añadir que una de las socias de Blake & Barnes te coja ojeriza.

—¿Se refiere al nuevo bufete para clientes de élite de Nueva York?

—Veo que ya has oído hablar de él…

—Como para no hacerlo después de la página anunciándolos a bombo y platillo en el *New York Times*.

—Dicen que Oprah fue a la inauguración…, y creo que también un senador —añadió Martínez.

—No nos conviene caerles mal —apostilló el comisario.

—¿Y qué quiere que haga? ¿Que le lleve flores a su despacho?

—Unas calas negras podrían gustarle… —intervino mi amigo, ganándose una mirada reprobatoria del jefe—. Perdón, mi abuela era florista y, cuando veo a alguien, no puedo evitar pensar en las flores que podría representar.

—¡Déjate de flores, Martínez! —lo riñó para desviar la mirada hacia mí—. Y tú, quiero que seas profesional. Tienes buenos instintos, sabes que eres mi favorita. —«Cualquiera lo diría»—. Pero, a veces, tu temperamento los eclipsa.

En eso estaba de acuerdo.

Antes de que pudiera responder, uno de los agentes llamó a la puerta con urgencia en busca del comisario. Nuestro jefe se marchó, no sin antes clavarnos una mirada de férrea advertencia para atender la llamada.

Martínez y yo nos quedamos solos.

—¿Calas negras? —Hice un chasquido con la lengua que él premió con una sonrisa de suficiencia.

—Solo quería echarte un cable, el jefe te tiene en el punto de mira porque estás como un *bulldog* con hambre.

—Es que hay algo en esta historia que no… —Chasqueé la lengua.

—Lo sé…

Las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa que poco parecía tener que ver con Clara Goldstein.

—¿Y a ti qué te pasa ahora?

—No sé si darte la buena noticia…

—¿Nancy vuelve a estar embarazada?

—Eso no sería una buena noticia con un bebé en el piso… Además, creo que lo que tengo que decirte te va a alegrar más.

—Suéltalo ya, necesito un respiro.

Él dejó su taza en la mesa y cruzó los brazos.

—Mientras charlabas con la abogada sexi, me entró un correo al móvil. ¿Te acuerdas de los análisis toxicológicos de las chicas fallecidas? Mi colega de la Forense por fin dio con algo nuevo.

—¿Algo nuevo? ¿A qué te refieres con nuevo?

—Rastros de un compuesto químico que no se parece a nada conocido. No es droga ni medicamento. Es como si alguien estuviera probando algo experimental.

—No me jodas —bufé—. ¿Y nadie se dio cuenta de eso hasta ahora? —Él se encogió de hombros.

—Ya sabes cómo van estas cosas, si se salen un poco de lo que está considerado como posibilidad…

—Lo descartan y lo dejan pasar —murmuré fastidiada de que algunos no se tomaran su trabajo en serio—. Dejando la ineptitud de algunos de la Forense… ¿Estás diciendo que alguien estaba usando un compuesto desconocido con ellas?

—Exactamente. Y esto podría abrir una puerta que Vargas no va a querer cruzar.

Abrí los brazos y lo abracé con fuerza para darle un beso sonoro en la mejilla.

—Joder, jefa, ¡eso se avisa, que te hubiera puesto los morros! Para uno que me das…

—¡Cállate, César! ¡Tenemos un hilo del que tirar!

—Aunque tenemos que vigilar que Vargas no se haga con la madeja.

Asentí, sintiendo una mezcla de determinación y esperanza.

—Entonces será mejor que no le digamos nada por el momento.

—Vayamos a ver qué te cuenta tu colega de la Forense.

—Contaba con ello, jefa, su limusina la espera. —Me hizo una reverencia con aire teatral.

Estaba segura de que ya sí íbamos por el buen camino.

CAP Í TULO 7



Candice

El aire fresco de Nueva York era un contraste bienvenido al ambiente tenso de la sala de interrogatorios. Caminábamos hacia el coche en silencio, Clara y yo, cada una sumida en sus propios pensamientos.

Mientras bajábamos la rampa del aparcamiento, repasaba mentalmente mi encuentro con la inspectora Sepúlveda. Aquella mujer era un hueso duro de roer, no cabía duda. Directa, incisiva y con una habilidad casi inquietante para detectar fisuras en cualquier historia.

Me sorprendió la intensidad de su mirada, como si pudiera atravesar piel y hueso para hurgar en los rincones más oscuros de tu alma. Debería estar atenta, una mujer así era peligrosa para mi clienta, especialmente porque Clara, a pesar de su aparente fragilidad, tenía demasiados cabos sueltos que atar, yo misma veía grietas en su relato y todavía no había sido capaz de sellarlas.

Clara subió al coche, y cerré su puerta con más fuerza de la necesaria antes de rodear el vehículo para entrar por el lado del conductor. Encendí el motor, dejando que el bajo murmullo llenara el incómodo silencio.

—¿Cómo se le ocurre hablar con esa mujer sin estar yo delante? —pregunté mientras salíamos del aparcamiento.

Ella giró despacio la cabeza para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Y qué iba a hacer? Si me hubiera negado, parecería que ocultaba algo y no es así —respondió, tratando de sonar despreocupada, pero su tono la delataba.

—Solo tenía que limitarse a esperarme, es simple, no se habla sin la presencia de un abogado.

Clara suspiró y miró por la ventana, evitando mi mirada.

—Es difícil, Candice. Ellos… Ellos no me creen.

Pisé un poco más el acelerador y respiré hondo, esforzándome por no perder la paciencia.

—Por eso estoy aquí, para asegurarme de que nadie la condene sin que se haya realizado el juicio. Pero si no puede mantener la calma, está cavando su propia tumba antes de tiempo. Esa tal Sepúlveda no es cualquier policía; tiene instinto. Y, créame, no va a comprar el papel de víctima a la primera.

Clara apretó los labios, afectada por mis palabras. Pero no podía permitirme suavizar mi tono; no con tanto en juego.

—Fui una víctima.

—Una que jamás denunció a su marido y sin testigos que certifiquen que él la maltrataba.

—Los maltratadores no suelen actuar en público, y yo tenía mucho miedo de lo que pudiera hacerme, era horrible… —gimoteó.

—Debe confiar en mí, Clara. Cada palabra, cada gesto, cada mirada cuenta. Y si no está lista para eso, entonces es mejor que evite situaciones como la de hoy. Me ha contratado para que la defienda, y no puedo hacer bien mi trabajo si no asume mis peticiones.

Ella asintió, todavía mirando por la ventana.

—Lo siento… Es solo que… No sé cómo manejarlo. Todo esto es tan abrumador.

Giré hacia su calle y estacioné frente a su edificio. Antes de que pudiera salir del coche, puse una mano sobre su brazo, obligándola a mirarme.

—La entiendo, sin embargo, el tiempo de sentirse abrumada se acabó. Si quiere salir bien parada de esto, tiene que ser fuerte. Tómese el resto del día, relájese, pida un masaje a domicilio e intente dejar la mente en blanco. Quiero que, cuando nos veamos en la reunión de mañana, esté por completo enfocada. ¿Entendido?

Ella asintió de nuevo, esa vez con más convicción, antes de bajar del coche. La observé entrar en su edificio, preguntándome cuánto tiempo más podría mantener la fachada.

De regreso al despacho, el bullicio de la oficina me recibió como una bofetada. Nathan estaba de pie junto a la cafetera, mirando el teléfono móvil. Su camisa blanca perfectamente planchada y su corbata desajustada le daban un aire desenfadado que parecía atraer miradas de las asistentes legales.

—¿Problemas con el café? —pregunté mientras me acercaba a él.

Nathan se giró y me dedicó una sonrisa que parecía demasiado brillante para una mañana como esa.

—Problemas con los de la agencia de transportes, parecen haber perdido un sobre de documentación que no encuentran. ¿Es tan difícil hacer las cosas bien?

—Dímelo a mí, que he tenido que salir corriendo a por Clara Goldstein.

—¿Café?

—Por favor.

Acepté la taza que me sirvió, y nos sentamos en la mesa de la zona de descanso del personal. Acaricié la porcelana dejando que el calor me templara los nervios.

—Entonces, ¿cómo fue tu gran encuentro con nuestra clienta? —preguntó, inclinándose hacia mí.

Solté un suspiro, recordando la metedura de pata de la viuda.

—Ya le he dejado claro que no puede abrir la boca si no estoy delante. Los de Homicidios tienen una inspectora de lo más intensa. Es buena, lo admito, y no se fía de Goldstein.

—Tú tampoco.

—Ya, pero es mi clienta y no voy a dejar que destrocen mi caso antes de que llegue a juicio. Clara necesita cerrar la boca, no ir de

Juana de Arco, y trabajar mejor su relato si quiere sobrevivir a esto.

Nathan arqueó una ceja entretenido con mi frustración.

—Parece que necesitas un descanso. ¿Qué te parece si almorzamos juntos? Yo invito.

Negué con la cabeza, apretando el puente de mi nariz.

—No puedo, Nate. Tengo demasiado trabajo.

—En ese caso, cenemos juntos. Tú eliges el lugar, si no quieres un restaurante…, yo me ocupo del vino, sé cómo relajarte… —No me tocó, no hizo falta, sus palabras eran lo suficiente melosas y sugerentes como para que pudiera interpretarlas.

Habíamos follado mucho en ese tiempo, y eso, sumado a que trabajáramos juntos y fuésemos vecinos, lo estaba confundiendo, necesitaba tomar distancias.

—Lo siento, pero ya he quedado con alguien y tengo planes para esta noche, deberías hacer lo mismo.

La sonrisa de Nathan se mantuvo, pero vi cómo algo en su expresión se apagaba ligeramente. Asintió y se enderezó.

—Tal vez te haga caso —murmuró—, por lo menos deja que te traiga algo de comida cuando vuelva. No quiero que mueras de hambre mientras te ocupas de nuestro primer caso mediático.

No podía cagarla, me sentía presionada por ello, y eso solo aumentaba mi necesidad de liberar, no allí, por supuesto, tenía mis propios métodos.

—Ya sabes lo que me gusta.

—Por supuesto —asumió, poniéndose en pie para marcharse.

Me llevé el café a mi despacho y miré por el amplio ventanal a la ciudad dando sorbos pausados. Mi teléfono vibró en el escritorio. Me giré y vi el nombre de Sophie en la pantalla. Sonreí antes de contestar y dejarme caer en la silla de cuero.

—Candy, por favor, dime que no vas a cancelarme esta noche —dijo su voz cargada de dramatismo.

—Tranquila, Soph. Allí estaré, lo necesito tanto como tú.

—Ufff… ¡Menos mal! Temía que Nate y tú hubierais hecho planes.

—Lo ha intentado, no voy a mentirte, pero no, necesito una buena doma para vaciar mi mente.

—Tienes a ese hombre loco, menos mal que no me dejas tirada por él.

—Nunca lo haría, tú llegaste primero a mi vida.

—Y por eso te adoro. Yo también tengo un día de perros. Hoy he discutido con los de Vuitton, y la nueva colección de Versace me parece más de lo mismo, ¿por qué los creadores no crean y se limitan a reversionar?

—Quizá porque todo esté inventado.

—Me niego a pensar eso. Necesito que me ates como solo tú sabes hacer, mi último dom era nefasto con los nudos, y sabes cuánto me gusta la suspensión.

Su tono me hizo reír, a pesar del estrés acumulado.

—¿No fue un *boy scout*? ¿O es que tenía los dedos muy grandes?

—No fue un buen dom, punto. Creo que ni siquiera sabía para qué servía un *flogger*. Fijo que se metió en esto por ver vídeos de PornHub. Por lo menos, ahora estás aquí, y sé que puedo contar contigo para enderezar mis expectativas hasta que demos con alguien que nos merezca.

Sonreí, recordando lo fácil que era hablar con Sophie de cualquier cosa. Habíamos recorrido un largo camino desde nuestras noches de confesiones en Yale.

—Tengo que seguir trabajando, nos vemos luego, Soph.

—Prometido, ama Candy, seré una sub de lo más obediente y complaciente.

Su tono juguetón me hizo rodar los ojos antes de colgar.

Dejé el teléfono a un lado y volví a centrarme en los informes. Había algo en los documentos que me chirriaba sobremanera. Me incliné hacia atrás en mi silla, cruzando los brazos, y dejé que mi mente trabajara en el problema.

Iba a descubrir cómo sacar a la señora Goldstein indemne, costara lo que costase.

CAP Í TULO 8



Jordan

La habitación estaba en penumbra, iluminada por el tenue resplandor de la luz anaranjada del atardecer y de mi móvil, que reposaba sobre un soporte.

Respiré hondo.

Shadow estaba arrodillado frente a la cámara, con el torso erguido y las palmas de las manos descansando sobre sus muslos hacia arriba, apuntando al techo, en posición de sumisión.

Su traje de látex negro, diseñado para ocultarlo por completo, le daba un aire impenetrable, casi irreal. Solo la abertura en su máscara para la boca rompía la uniformidad de aquella segunda piel.

Había algo inquietante en la imagen que me devolvía el vídeo. Lo acababa de recibir, estaba cumpliendo mi primera orden.

La quietud opresiva, el control en sus movimientos, la perfecta inmovilidad, era impecable, el sumiso que todo amo querría tener y, aun así, algo me removía las entrañas. No se trataba de Shadow, sino de mí.

—No te muevas, Jordan —susurró la voz femenina mientras yo temblaba en el interior de la cámara frigorífica completamente

desnudo.

Llevaba más de media hora ahí dentro, con las pelotas congeladas, controlando la tiritona que me provocaron las bajas temperaturas.

—¡¿Es que no me has escuchado, pedazo de mierda?! —La fusta impactó contra mis riñones con una inquina extrema, provocando que apretara los dientes—. ¿Eso ha sido un quejido?

—No, ama.

—¿Estás seguro?

—Sí, ama.

—Pues yo creo que te has quejado, y no me gusta la basura que miente. Separa más las rodillas, quiero que tu inexistente polla desaparezca de mi vista gracias al frío, es de lo más desagradable.

Eso era imposible. Aunque estuviera helado, mi tamaño lo imposibilitaba, y ella lo sabía.

La doctora Miller se plantó delante de mí, mi madre trabajaba con ella, y ahora me parecía una mala idea habernos acostado juntos y entrar en su mundo. Lo que al principio me pareció algo excitante se había transformado en puro aborrecimiento, lo peor de todo era que no podía dar marcha atrás.

Me tenía grabado. Si esas imágenes salieran a la luz, mi carrera futbolística y la opinión que tenían mis padres de mí se irían al garete. Había hecho cosas aborrecibles fruto de las drogas que me obligaba a consumir. Nadie quiere a un tío que le rompen el culo y traga pollas en el equipo, por muy puesto que fuera, por no hablar de que iba ciego a mierdas que me hicieron perder la noción de lo que me gustaba y lo que no.

Pensar en lo que me hacían me asqueaba y excitaba, el SX me hacía entrar en una espiral de placer de la que era difícil salir.

Abrigada al máximo, se detuvo frente a mí para contemplarme. Golpeó mis rodillas con la puntera afilada de sus botas. Quería que abriera más las piernas en una posición de sumisión casi imposible, obligándome a bajar los glúteos para que el escroto me llegara al suelo. Intenté apretarme todavía más para complacerla.

—¡No es suficiente, pedazo de mierda!

Chantal era una maldita sádica.

Sus manos aplastaron mis rígidos hombros con la intención de que cediera, pero mis músculos estaban demasiado agarrotados por el frío.

—Te estás ganando un castigo, Jordan.

—No puedo bajar más, ama —mascullé con los dientes entrechocando.

—Eres pura desobediencia, pero no te preocupes, porque vas a aprender, Luka estará encantado de aleccionarte en el potro.

Mis ojos se abrieron, porque entendía la lectura que había en sus palabras. El potro significaba tener a Petrov o cualquiera de su elección dándome sin descanso ni lubricación. Me forcé al máximo para bajar.

—Se lo suplico, ama, eso no…

Puse todo mi empeño y logré que mis ingles cedieran. El dolor era máximo.

—¿Ves como puedes?, lo que ocurre es que eres de naturaleza desobediente, y por eso te tengo que castigar.

Acercó el afilado tacón a mi polla para pisar con saña. Los ojos me lagrimearon, se me cortó la respiración y ahogué el grito que brotaba de mis cuerdas vocales; si lo hacía, sería peor.

—Dame las gracias por educar a una escoria como tú.

—Gracias, ama Chantal —farfullé entrecortado.

—¡¿Cómo?! ¡Habla más fuerte, joder! —espetó ensañándose.

—¡He dicho gracias, ama Chantal! —grité agónico.

Ella me agarró del pelo y tiró de él con fuerza.

—Así me gusta, perro. Salgamos de aquí. —Tiró de la correa que llevaba enganchada a mi collar de esclavo, para que saliera a cuatro patas—. Es la hora de tu comida, y el coño me chorrea, toca alimentarte.

Reprimí un escalofrío de disgusto apartando el recuerdo. No se trataba de mí. Ni yo iba a comportarme como Chantal ni Shadow sufriría en mis manos lo que yo tuve que pasar.

Cogí el móvil para grabar mi respuesta. Selene había sido clara con las instrucciones: «Eres tú quien marca el ritmo. Mi esclavo necesita que le recuerden su lugar. Usa tu autoridad y no temas

seguir las instrucciones que él mismo ha supervisado. Si no está cómodo, romperá su silencio con la palabra clave».

Maldita Selene, siempre sabía cómo hacerme claudicar.

Apreté el botón de grabar.

Shadow había dejado por escrito que le gustaban los insultos, los menosprecios y que lo más bonito que se le podía decir era esclavo.

—Tu postura es aceptable, pero no perfecta. Corrige la inclinación de la cabeza. Quiero que se incline ligeramente hacia adelante, como si reconocieras tu lugar frente a mí. Deberás aguantar la postura durante dos minutos exactos, sin moverte ni un milímetro y sin respirar. Quiero que te acostumbres a la privación de aire. Tu aire es mío, y yo decido si vives o mueres. Hoy no mereces el aire que respiras, así que te privarás de él. Hazlo. Tienes cinco intentos antes de grabarme el vídeo perfecto y un máximo de diez minutos para mandármelo. Si no lo has logrado, serás castigado.

Envié el mensaje y dejé el móvil sobre la mesa. Le di al *play* frotándome el rostro con ambas manos al escuchar el mandato. Mi voz sonaba muy firme y autoritaria.

Necesitaba el aire del que le estaba privando a él.

Me levanté de la silla y caminé hacia la ventana, mirando las luces de Nueva York. Era absurdo que algo tan simple como un vídeo lograra sacar a la superficie todo lo que llevaba años intentando enterrar.

Mi pecho subía y bajaba con respiraciones controladas, intentando contener a una bestia que se removía con ganas de romper sus cadenas en el interior de mi pecho.

Shadow era capaz, según las anotaciones de Selene, era especialista en apnea, por lo que dos minutos no eran una barbaridad. Para alguien como él, era un paseo por el campo, aun así, todo se agitaba dentro de mí, quizá porque era un hombre y, hasta entonces, todas mis subs habían sido mujeres.

El móvil vibró. Había llegado el nuevo vídeo.

Regresé a la mesa y lo abrí. Shadow había seguido mis instrucciones al pie de la letra. La inclinación de su cabeza era sutil pero evidente, como un reconocimiento silencioso. La tensión en su cuerpo era palpable, incluso a través de la pantalla.

El látex reflejaba la luz en puntos estratégicos, resaltando cada músculo definido bajo el material. Mi mandíbula se tensó mientras observaba, el pecho no se había movido ni una sola vez. Era perfección y disciplina en estado puro.

Mi bragueta se tensó. No por él, era su estado de entrega lo que me producía excitación.

Respiré hondo y apreté el botón de grabar para hablarle una vez más.

—Bien, esclavo. Ahora quiero que limpies el suelo, veo mugre debajo de ti y no me gusta que aquello que me pertenece se ensucie.

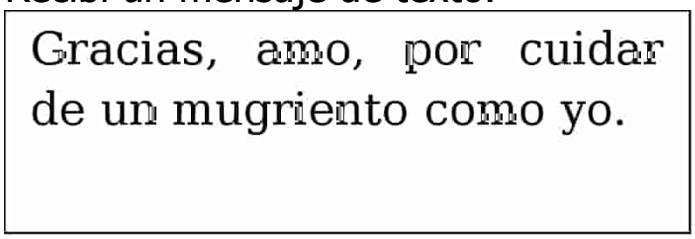
No era cierto, Shadow era un maniático de la limpieza y odiaba todo lo que tuviera que ver con las bacterias, por lo que se descalzaba antes de acceder a su vivienda y la limpiaba a conciencia cada vez que entraba o salía.

—No tolero la porquería y, si tú lo haces, quiere decir que eres mierda. —Un músculo se tensó en mi mejilla al pronunciar la última palabra—. Tu casa es mi templo, quiero ese suelo reluciente por si me apetece visitarte. Lo limpiarás con las manos a la espalda, con lo único que puedes ofrecerme ahora mismo: tu lengua. Quiero largas pasadas, e incide en las juntas. El ejercicio terminará cuando hayas acabado con todo el salón. Hazlo despacio, con precisión y a conciencia. No te detengas hasta que termines con el último rincón y envíamelo cuando esté listo.

»Responderé cuando me apetezca y, hasta entonces, deberás aguardar en posición de sumisión en la última baldosa. Si no cumples la orden como te he pedido y el suelo no está impecable, te haré volver a realizar el ejercicio desde el principio. Dame las gracias por limpiar tu mierda y ser tan considerado contigo.

Le di a enviar.

Recibí un mensaje de texto.



Terminé de leer y dejé el móvil a un lado, exhausto.

El recuerdo de la última vez que había tenido que obedecer ciegamente órdenes peores que esa seguía acuchillándome la mente. Mis dientes rechinaron.

«Esto es diferente —me dije—. Él desea lo que está haciendo, y tú estás al mando, controlando que sea seguro para él. No es lo mismo como con ellos, tú tienes el poder de decisión, y también él».

Por más que intentara convencerme, la sensación de claustrofobia seguía creciendo en mi pecho.

Tenía la garganta seca, el *bourbon* que acababa de servirme no apagaría mi sed. Odiaba cómo me hacía sentir, la forma en que removía algo enterrado tan profundo que ni siquiera Selene había logrado desenterrarlo del todo. Necesitaba salir. Necesitaba alejarme. Necesitaba tomar distancia de todo y de todos, incluso de mí.

El ejercicio estaba pensado para que durara una hora, tal vez un poco más, dependiendo del tesón que pusiera Shadow, así que decidí salir.

Fui a por el coche, busqué mi lista de reproducción y dejé que la voz de Candlemass me inundara con *Solitude.*

Casi podía escuchar las palabras de Selene retorciéndose en mi mente.

«Ve al L&W, Jordan. Necesitas esto más de lo que crees, la necesitas a ella».

La escuchaba como si estuviera sentada a mi lado, incluso por encima de la letra de la canción. No había dejado de pensar en el ama *switch* que me había recomendado, y eso me enfurecía.

Pisé el acelerador y giré sin poner el intermitente, lo que provocó varios toques de claxon que no me liberaron en absoluto. Seguía excitado y asqueado, tenía que hacer algo para calmarme o no lo lograría.

Conduje con desesperación, la doma de el ama Candy había empezado hacía media hora y, si no me daba prisa, no llegaría ni siquiera al final.

No me detuve hasta alcanzar el aparcamiento del L&W.

El de seguridad me saludó con una inclinación de cabeza, le dije que esa noche solo venía a mirar.

Caminé bajo las luces tenues y el constante de la música. El aroma del local me envolvió de inmediato, haciéndome sentir como si hubiera cruzado a otro mundo.

Fui directo a la mazmorra acristalada, al parecer, no era el único interesado en lo que pasaba allí dentro, había un buen número de *bedesemeros* congregados a su alrededor, muchos de ellos gozaban por partida doble, con la vista y con sus genitales en la boca de sus sub.

Cuando la vi, me detuve en seco.

El ama Candy estaba en el centro de la sala, estoica, con la postura erguida y muy segura, moviéndose con una precisión que parecía coreografiada. Su sumisa estaba suspendida del techo con cuerda roja, que resaltaba cada curva de su cuerpo. El rostro y la piel sonrojados, los pezones erguidos y aquella mirada perdida hablaban por sí solos del éxtasis absoluto.

Cada nudo, cada línea, era una maldita obra de arte. Salivé. La concentración del ama era hipnótica, casi como si estuviera en trance.

Tiró de uno de los extremos con fluidez, exponiendo el sexo desnudo y anegado en fluidos que lo hacían brillar, en claro ofrecimiento visual. Me dejó sin aliento.

La sub estaba completamente entregada, confiando en que ella la mantendría segura, incluso mientras la llevaba al límite.

Me apoyé en la barandilla, incapaz de apartar la mirada del cuerpo uniformado. Llevaba un corsé que se ceñía a una cintura escueta y empujaba unos pechos cremosos y desbordantes.

Si descendía por su espalda, me topaba con un trasero esculpido a base de muchas sentadillas.

El *leggin* era una segunda piel sobre unas piernas torneadas subidas a unas botas de tacón que le alcanzaban los muslos.

Sus brazos estaban desprovistos de mangas, aunque los llevaba parcialmente cubiertos por unos guantes largos.

El pelo largo estaba recogido en una cola alta, tan tensa como las cuerdas que suspendían a la sumisa, lo cual despejaba un rostro

envuelto en un antifaz que le ofrecía anonimato. Solo podía captar con claridad la perfecta forma de sus labios generosos maquillados en prístino negro.

Había algo en la manera en que se movía, en la que sus dedos trabajaban, que me hacía sentir como si estuviera presenciando algo mucho más íntimo de lo que debería. Mi piel se erizó al imaginarme en el lugar de aquella sub, atrapado, como un títere en sus cuerdas, a su merced.

Cerré los ojos y respiré hondo, intentando calmar el torbellino emocional que me inundaba y me hacía anhelar. No estaba listo para eso. No estaba listo para lo que significaba, para lo que podría desatar en mí.

Me di la vuelta en el instante exacto en que su mirada se topó con la mía, como si intuyera que su próxima necesidad se acabara de desbloquear junto a la mía.

Era absurdo, no podía verme, el cristal de la mazmorra estaba diseñado para poder mirar sin ser visto y, aun así, tuve la sensación de que el siguiente movimiento, el que llevó aquella fusta, que portaba en la mano derecha, a golpear la carne suculenta, abierta como una flor, para arrancar un profundo alarido de rendición que hizo aplaudir a los congregados presenciando un orgasmo tan impactante como brutal, iba dirigido a mí.

Me alejé lo más deprisa que pude con la polla más dura que nunca, una urgencia que hacía años que no sentía, porque, en mi fuero interno, aquella liberación era para mí.

CAP Í TULO 9



Candice

La sesión había sido brutal. No podía negarlo. Cada nudo, cada tirón controlado de la cuerda, y el absoluto dominio sobre cada respiración de Sophie fueron una descarga directa a mi sistema nervioso.

Por fin había logrado liberar toda la adrenalina acumulada después del día tan caótico que había tenido.

La doma era todo lo que necesitaba, un punto de fuga en el que desatar lo que bullía dentro de mí. El ofrecimiento del orgasmo fue casi más potente que haberlo tenido yo, eso siempre debería ser así en una sesión de DS, era un acto de generosidad por ambas partes.

Respiré hondo al pensar en aquella corriente extraña que me atravesó. Una energía nueva que brotaba tras el cristal y me empujaba hacia él, aunque no estaba segura de por qué. La percibí justo detrás de mí, a mis espaldas, alcanzándome con la fuerza atronadora de un rayo.

No sabría explicarlo del todo. Fue como un torrente que tiraba de mí, arrancándome de mi estado de concentración.

Intenté regresar a la sesión rápidamente. Sophie era mi prioridad y estaba estallando de placer, pero aquella sensación me dejó una

espina de inquietud que seguía palpitando dentro de mí.

—¡Tierra llamando a Candice! —Los dedos de Sophie chasquearon frente a mi cara, trayéndome de nuevo al restaurante.

Le sonreí y sacudí la cabeza. Estábamos en su favorito, un italiano que le encantaba a mi amiga por su boloñesa y los postres. Debo reconocer que la lasaña era de las más ricas que había probado, y Soph era adicta al Tiramisú.

Todavía tenía las mejillas encendidas y un brillo en los ojos que no traicionaba su entusiasmo, movía el pie bajo la mesa al ritmo de la música suave del local.

—¿Te has ido a otra galaxia, o es que estoy tan radiante que te has quedado embobada? —preguntó con una sonrisa traviesa mientras se inclinaba sobre la mesa.

—Las dos cosas —bromeé, tomando un sorbo del Lambrusco que acababan de servirnos—. Debo reconocer que estabas preciosa y que tu entrega ha sido increíble. Fue una sesión intensa.

—Debería ser siempre así, tus nudos son mágicos.

—Me alegra que te hayan servido.

Sophie suspiró mientras movía la copa entre los dedos.

—¿Servirme? ¿Bromeas? Fue mucho más que eso. Sinceramente, creo que nunca había sentido algo así en un *Shibari*. Me encantaría ponerte una soga en el dedo y que fueras mi ama para siempre.

El comentario me tomó por sorpresa, pero no dejé que mi expresión lo mostrara. En lugar de eso, apoyé la copa en la mesa y ladeé la cabeza con una sonrisa ligera.

—Soph, sabes que eso no es posible. Si aceptara, tendríamos que dejar de ser amigas.

—¿Y eso por qué? —preguntó, frunciendo el ceño. Su voz sonaba genuinamente herida.

—Porque el sexo y la amistad confunden a las personas. Ya me ha pasado, y no quiero que nos ocurra a nosotras. Prefiero mil veces nuestra complicidad que cualquier otra cosa que pudiera llegar a surgir. Además, ya sabes que no me enamoro de las chicas, y tú eres de perder la cabeza por tus doms.

Sophie se quedó pensativa un momento antes de asentir lentamente.

—Supongo que tienes razón. Yo tampoco sé qué haría sin nuestras confesiones. Eres la única persona que realmente me entiende.

—Y viceversa.

—¿Crees que te entiendo más que Rache?

—Nadie nos entiende a ninguna mejor que Rache, pero nosotras compartimos un secreto que tanto a ella como a Em les costaría digerir.

Sonreí, tocando el borde de su copa con la mía en un gesto de brindis.

—Cierto. Y, ¿qué pasa con Nathan? —preguntó con picardía, cambiando rápidamente de tema, mientras daba un bocado a su *pizza*.

Negué con la cabeza viéndola masticar un bocado diminuto.

—Nate es… complicado. Es un buen tipo, pero lo que tenemos no va a ninguna parte. Él busca algo más de lo que puedo ofrecer.

—¡Oh, venga ya! Su padre os ha abierto un bufete para los dos y prácticamente os ha comprado la planta de un edificio para que solo os separe una puerta que cruzáis casi a diario. Algo ha visto el perro viejo del señor Blake para apostar tanto al negro. ¡Si incluso te ha hecho socia! ¡La única mujer!

—Ha sido por mis méritos como abogada.

—No voy a ser yo quien desmerezca tu labor, pero que sepas que tanto esfuerzo por su parte es porque sabe que su cachorro bebe los vientos por ti desde la uni y te quiere en su familia.

—Tú deliras, Nate salía con Georgia en la universidad.

—¡Porque tú lo ignorabas!

—¡Era mi rival!

—Y estaba loco por tus huesos. Eres una tía difícil, Candela Estrella —dijo, empleando mi nombre de verdad con un pésimo español—, se tuvo que conformar.

—¿Durante ocho años?

—Hasta que debió ver algo que le dio pie y fuerzas para dejar a Georgia cuando esta le dio un ultimátum de boda. Todas sabíamos

que siempre fuiste su objetivo, tienes algo que nos vuelves locos a todos.

—Eres tonta… —susurré, tirándole un trozo de pan.

—Di lo que quieras, pero en el fondo sabes que es verdad.

¿Lo era? ¿El señor Blake me había hecho socia del bufete y montó mi sueño en Nueva York solo por su hijo? Esperaba que no fuera así.

—Cuéntame, ¿por qué Nate no es el hombre de tus poluciones nocturnas? ¿Qué buscas que no tenga él? Porque, hasta donde yo sé, es un partidazo: atractivo, rico, con la cabeza bien amueblada y os lleváis genial, tanto en el negocio como en la cama —punteó Sophie.

—¿Me lo estás vendiendo, o es que te ha pagado para que me cantes sus virtudes?

—Sabes que no, es simple curiosidad. ¿Qué es lo que no encuentras en vuestra relación?

—Libertad. Ya tengo suficiente con mi trabajo, las presiones de mi familia para que regrese a Barcelona y el malabarismo que me supone mantener todo bajo control. Meterme en una relación sería como añadir otra obligación más a la lista y justamente no quiero eso. Necesito hacerme un nombre y, entre tú y yo, creo que Nate no es de los que chupan botas o dan azotes.

—Eres demasiado dura y exigente contigo misma —replicó, apoyando la barbilla en su mano—, aunque estoy contigo en que no veo a Nate como un *bedesemero*. Podrías mantener esa parcela para ti.

—¿Y mentir? No sería justo.

—Ya…

—¿Y qué me dices de ti?

—Bueno, yo no me caso porque todavía no he encontrado a alguien que me llene al cien por cien, no porque sea alérgica al compromiso. Y respecto a mi desempeño laboral, todavía sigo ganándome la confianza de papá. Entré en Yale porque mi padre era exalumno y hace un montón de donaciones anuales, para qué te voy a mentir. Ni siquiera confiaba en que fuera capaz de sacarme la carrera con mi media de secundaria. Pensaban que me fundiría las

empresas a golpe de VISA y, bueno, les está costando ver que no es así.

—Los míos también han tenido que adaptarse, no te creas. A papá nunca le hizo gracia que viniera a estudiar tan lejos y, mucho menos, que aceptara la oferta del señor Blake. Mi madre, cuya aspiración siempre fue que cazara a un tío con dinero para vivir a costa de su fortuna, tampoco me apoyó en la idea de que quisiera estudiar, sobre todo, teniendo en cuenta la tirria que le tenía a mi padre y escogiendo su profesión.

» La única que me apoyó fue Esme, a quien considero más madre que la mía, y ahora mi hermano, claro. Papá estaría encantado de que volviera, siempre ha sido un poco controlador, aunque sé que lo hace por amor. Su familia es su roca y, desde que fallecieron los abuelos, está un poco más sensible de la cuenta.

Mi amiga asintió con comprensión.

—Debe ser difícil. Supongo que es una suerte que te hayas hecho un nombre por ti misma.

—Aunque creas que el padre de Nate me ha facilitado las cosas, te garantizo que no ha sido así. He sudado cada caso, he batallado en los tribunales como la que más, dejándome la piel, y he pasado muchas noches sin dormir.

—Que conste que no he puesto en tela de juicio tu capacidad como abogada, solo te digo que te quiere como nuera y por eso os ha hecho ciertas concesiones.

—Pues se equivoca si piensa que puede comprarme con un ático y un bufete en la Gran Manzana.

Ella rio.

—Eres única. Te veo rodeada de gatos de aquí a treinta años.

—Me dan alergia —mentí.

—Hay unos sin pelo la mar de monos…

—Para ti.

—Yo todavía aspiro a encontrar a alguien que le apasione mi colección de bolsos y zapatos.

—Conozco a un par de fetichistas que…

—¡Calla! —espetó, riendo a carcajadas.

La conversación se tornó más ligera mientras charlábamos de nuestras vidas sentimentales, de nuestras metas y del caos general que nos rodeaba.

Sophie, como siempre, tenía historias de sobra sobre sus citas desastrosas y las excentricidades del mundo de la moda y el lujo.

—Bueno, ama Candy, creo que esta noche se merece un brindis. —Levantó su copa con determinación.

—¿Por qué brindamos? —pregunté, siguiéndole la corriente.

—Por las mujeres fuertes, empoderadas y solteras. Que no necesitan a nadie para sentirse completas. Y por el señor Blake, que, aunque no consiga una nuera, me ha traído a la ciudad a mi mejor amiga.

Chocamos las copas con una sonrisa cómplice. Mientras bebíamos, ella la dejó en la mesa y se inclinó hacia mí con un brillo conspirador en los ojos.

—Y para cerrar esta noche épica, tengo un plan. Voy a invitarte a un sitio que te va a flipar. Créeme, no te arrepentirás.

—Esta noche no puedo. Necesito preparar la reunión de mañana con Clara Goldstein. No sé si esa mujer es muy lista o tonta de remate.

Sophie bufó.

—Vale, pero de este finde no pasa, que estoy deseando llevarte desde que aterrizaste en Manhattan, y a las chicas les flipa, podemos ir las cuatro.

—¿De qué estás hablando? —pregunté, entre divertida y curiosa —. ¿No será un *spa*?

—Es una sorpresa mucho mejor. Pero te prometo que será inolvidable. Por las noches de chicas. —Volvió a brindar.

La miré con recelo, pero su entusiasmo era contagioso, así que entrechoqué de nuevo la mía, y ambas bebimos.

No podía decirle que no. Además, después de todo lo que había pasado en los últimos días, una noche de chicas me vendría de maravilla.

CAP Í TULO 10



El fuego en la chimenea proyectaba sombras danzantes sobre las paredes del despacho. Me acomodé en mi silla hecha a medida, dejando que el calor me acariciara el rostro mientras giraba lentamente el coñac en el vaso.

Siempre me había gustado tener el fuego encendido, aunque estuviera en primavera, había algo hipnótico en el movimiento de las llamas, y a mí me gustaba jugar a ser el diablo.

Cada día que pasaba, me sentía mejor, el tratamiento experimental al que me estaba sometiendo funcionaba a las mil maravillas.

El dinero que había invertido en ReGenesis Labs había merecido cada centavo.

Creía firmemente en lo que hacían tratando el envejecimiento como una enfermedad que asesinaba a nuestras células, privándonos de vitalidad.

Según las últimas analíticas, mi edad biológica se había revertido veinte años, no solo mi cirujano había hecho conmigo el mismo trabajo casi milagroso que empleó con Demi Moore, sino que mi doctora estaba consiguiendo que mis músculos y mi vigor regresaran. El colágeno volvía a trabajar para dotar de elasticidad a

mi piel. Si seguía así, podría tener la apariencia de un hombre de cuarenta en breve, en lugar de uno de cincuenta.

Y no era el único prodigio de la ciencia que había gozado, después decían que los médicos no podían jugar a ser Dios… ¡Ja!

A mí me curaron de un cáncer terminal. Eso de que el dinero no puede comprar la salud es mentira, por lo menos ahora, lo único que ocurría era que ni la industria farmacéutica ni la médica estaban dispuestas a renunciar a la tajada que suponía el cáncer, bajo mi punto de vista algo muy respetable, porque no todo el mundo merece ser eterno. No como yo.

Podían haber cambiado mi envase, incluso la etiqueta de mi nombre, donde ahora rezaba Lucas Vílchez, pero por dentro seguía siendo cien por cien Petrov.

Di un largo trago al coñac.

Anita estaba de pie junto a la ventana, con su silueta delineada por las luces de la ciudad. La curva de su cuello, la firmeza de su postura… Era perfecta. Mi Tigritsa, feroz y salvaje.

Llevaba puesta una blusa transparente y un sujetador de lactancia hecho de fino encaje que encargué para una criatura tan sensual como ella.

Adoraba tener esos pechos rebosantes de vida a disposición de nuestro hijo y de mí.

La vida me había enseñado que no es quien engendra, sino quien educa, el que tiene la potestad de moldear a su imagen y semejanza el fruto de su educación. Por eso no pude hacerme con Esmeralda, con la ofrenda que me hizo Anita sería distinto.

Admiré su escote y salivé. Mi doctora había descubierto una enzima en la leche materna que favorecía la regeneración celular y activaba mis defensas. Beber de ellas era un vicio del que no me cansaba, siempre me gustó mamar, lo hacía con Trece, aunque no era tan placentero como con mi reina.

Me relamí al pensarlo mientras la contemplaba.

—¿Qué ves desde ahí? —pregunté con la voz cargada de intención.

Ella no se giró. Su reflejo en el cristal fue el que me devolvió una sonrisa irónica.

—Una jungla. —Se dio la vuelta hacia mí. Sus ojos oscuros brillando con esa intensidad que siempre me fascinaba—. Una que estamos a punto de conquistar.

Las comisuras de mis labios se curvaron en un gesto calculado y frío.

Ella caminó hacia mí con la gracia de un depredador, deteniéndose lo justo para tomar el vaso de coñac que había dejado en la mesa. Bebió un sorbo antes de inclinarse. Su aliento cálido rozando mi mejilla.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó, cargada de promesas.

—Por donde siempre, Tigritsa. Por el principio y con mucha paciencia. —Tomé su mentón entre mis dedos, para llevar su rostro hacia el mío. Sus labios curvaron una sonrisa que sabía a peligro.

—Paciencia —repitió la palabra como si fuera un mantra—. La misma paciencia que he tenido para llegar hasta aquí. ¿Sabes? A veces pienso en los *pipianes*[1] de Ray y Leo… —Su tono se endureció al mencionar los nombres—. Esos malditos *cerotes*[2] se creyeron intocables.

—Pero ambos sabemos que no lo son. —Mi risa fue un sonido seco, sin alegría. Acaricié su labio inferior, y ella los separó. Metí dos dedos para deslizarlos por encima de su lengua llegando al fondo de la garganta, me encantaba llevarla al límite, los juegos perversos con Anita me fascinaban—. Los pondrás de rodillas ante ti. —Seguí empujando, y ella fue controlando la respiración, dejando que la penetrara y su saliva me envolviera—. Ray dejará de ser el héroe…, y el maricón que se follaba a tu marido, el traidor reformado… Ese cabrón que no tenía huevos suficientes sabrá lo que se siente cuando una reina como tú le dé por el culo de verdad.

Anita gimió, y yo saqué los dedos para hundirlos en el licor y removerlo.

Ella se sentó sobre mis piernas ronroneante. Di un trago a la bebida y se la ofrecí de mi boca.

Nos dimos un beso largo y caliente.

—Ambos pagarán —murmuró, desenredándose de mi lengua.

—No cabe duda.

—Magaly ya está en mi red. Ni siquiera sospecha. Es tan fácil manejarla… Pronto estará lista para preñarla y que su dulce papaíto reciba un vídeo de cómo se engendró a su nieto, junto a su prueba de embarazo positivo, será algo épico. Tengo a unos cuantos hombres con la fantasía de un embarazo múltiple… Todos llenándola de esperma… —gimió.

—No apresures tu juego, es importante que goces de cada movimiento, pero con lentitud y precisión. —Estaba acostumbrado a controlar cada pieza de mi tablero. Anita era muy impulsiva, por eso necesitaba aprender—. Ray y Leo no saben que los estás rodeando, y eso es importante, porque una bestia arrinconada siempre muerde, pero una sorprendida…

Di un tirón y todos los botones de su camisa saltaron por los aires.

—Se vuelve un objetivo fácil —aseveré, bajando la parte que cubría la copa del sujetador para succionar con fuerza. Ella gritó ante mi violencia, y yo noté el premio del dulzor descargándose en mi boca.

Anita pasó los dedos por mi pelo.

—Entonces, los haré sufrir más para complacerte. —Su voz era un susurro jadeante cargado de veneno—. Primero, les arrebataré todo lo que aman, los mancillaré y… después… después, los destruiré, arrancándoles cada miembro hasta hacerlos desaparecer.

Di otra succión larga antes de apartarme, dejándole una minúscula gota suspendida en el pezón. Siempre me había gustado el arte, y ella lo era, en estado puro.

—Lo harás. Sin embargo, recuerda, Tigritsa… —susurré cerca de su oído, con voz firme—. Este juego también es mío. Cada movimiento, cada sacrificio, cada victoria me pertenecen porque tú eres mía, mi reina, la única a quien escucho y la misma que sabe que el rey siempre dicta las reglas y tiene la última palabra, porque todo lo que hago es por tu bien, para protegerte, a ti, a nuestro hijo y el imperio que estamos creando.

Ella giró su rostro hacia mí, sus ojos encendidos con desafío y devoción en igual medida.

—Dijiste que este era mi juego.

—Y lo es, lo que ocurre es que todavía eres joven, puedes cometer errores que yo soy capaz de anticipar. No te enfades porque quiera cuidar de lo que es mío y enseñarte.

No dijo nada, no necesitaba hacerlo. Era mi igual en ambición, mi reflejo en el caos.

Separó un poco los muslos, y yo sonreí, sabía lo que estaba buscando.

Nuestro ritmo sexual estaba en completa sintonía, Anita era tan caliente como yo.

—Desnúdate y túmbate sobre el escritorio.

Lo hizo con esa gracilidad innata que tenía, sin apartar su mirada de la mía, hasta que le di la espalda para ir en busca de mi tablero, una pieza tallada en mármol que fue un regalo de alguien importante que ya no estaba en mi vida.

Tenía una partida iniciada, no me importaba, la reharía.

Con cuidado de que no cayera ninguna pieza, lo puse sobre su abdomen, que se contrajo ante el frío de la piedra pulida.

Moví un alfil hacia adelante mientras sus pechos subían y bajaban con suavidad.

—Todo lo que hemos construido hasta ahora es solo el prólogo. —Mi mirada se fijó en cada pieza de tamaño grande antes de dirigirse a ella—. Ahora empieza la verdadera partida. Una de la que, esta vez, nadie escapará. Gracias al rey —dije, tomándolo en un gesto casi reverencial para pasarlo entre sus pliegues húmedos—. Y a su reina —musité, metiéndola en un vaivén abrupto que la balanceaba dentro y fuera de su calidez.

Ella gimió con el fuego crepitando a nuestras espaldas.

—Van a desear no haber nacido.

Sonreí viéndola estremecerse mientras la follaba con el ajedrez.

Sentí la certeza inquebrantable de que el tablero era mío. Y que todos los peones, tarde o temprano, caerían, igual que en ese momento, al ritmo de sus gemidos.

Mi voz se alzó con la fuerza de una sentencia.

—Que empiece el juego, Tigritsa.

CAP Í TULO 11



Ray

—¡Te lo digo, Pixar no tiene la magia de los clásicos! —Raven golpeó la mesa con su botellín vacío, su tono tan dramático hizo que casi me atragantara con la cerveza.

—¿Me estás diciendo que Dumbo, el elefante que vuela como una pluma por esas enormes orejotas, es superior a Wall-E, un robot con conciencia? —repuse, apoyándome en el respaldo del sillón mientras lo observaba con una sonrisa burlona.

—¡Dumbo tiene alma, Ray-Ban! Es puro corazón, Wall-E es un puto electrodoméstico con sentimientos, un intento barato de emocionar a las masas que no obtuvo ni la mitad de éxito.

—¿A ti qué te pasa con los electrodomésticos? ¿Acaso te dejó una tostadora? —pregunté, disfrutando de cómo su expresión se torcía entre la indignación y la diversión.

No es que a mí me apasionara ese robot cabezón, es que me molaba meterme con el rudo de mi amigo, a quien le podía el elefantito de las orejotas. Siempre fue así, desde niños.

Leo, sentado junto a mí, bufó mientras revisaba el reloj por tercera vez en los últimos diez minutos. Sparky, nuestro fiel compañero canino, después de que lo rescatáramos por jubilación, descansaba a sus pies, completamente ajeno a la tensión que flotaba en el aire.

—¿Qué hora es? —preguntó Leo, sin levantar la vista del camino.

Estábamos sentados en el porche delantero de la casa. Los tres habíamos terminado de currar y, sin las niñas en casa, decidimos

vernos para tomar unas cervezas. Dakota estaba en el estudio grabando y terminaría dentro de unas horas.

—La misma que hace cinco minutos, Papita linda —le contesté, usando el apodo que él reservaba para Ellie, nuestra hija mediana.

Leo levantó una ceja y me fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera replicar, Raven decidió intervenir.

—Por mucho que mires esa esfera, Magaly no llegará antes.

Desde que estuvo en la academia de la DEA y lo cacé para que currara en el HSI, el olfato se le había aguzado. Sabía tan bien como yo donde tenía la cabeza puesta el hombre de mi vida.

—Está bien, es una adolescente, no una fugitiva —insistió.

—No lo entiendes. Llega tarde otra vez, y no me gusta nada esa asociación donde pasa tanto tiempo.

Leo habló con un tono cargado de preocupación, pero también de rabia contenida.

—¿Qué tiene de malo la asociación? —pregunté, girándome hacia él.

Por petición de mi chico, la investigamos y no encontramos nada de lo que preocuparse, si no, jamás habríamos aceptado que colaborara.

—Lo tiene todo de malo, ¿o no recuerdas lo que le pasó en la última estuvo? Casi pierdo a mi hija. Las asociaciones siempre tienen algo raro y, si quería trabajar en una, podría haberlo hecho en la nuestra. No quiero que se meta en líos. Ya hemos pasado suficiente.

—Leo, no todas son trampas mortales —intenté sonar razonable, aunque entendía su paranoia—. No puedes pedirle que sea voluntaria en la nuestra, lo que Magaly quiere es menos control parental. Como sigas así, terminará apodándote FamilyLink.

—Prefiero eso que tener que lamentarme después —disparó, mirándome fijamente.

Solté un suspiro, entendía su preocupación, simplemente es que no podíamos tener a Magaly custodiada las veinticuatro horas del día, ya lo hicimos después de que Anita asomara su patita, lo cual no volvió a suceder. Seguramente, estaría fuera y sin ganas de volver.

—Escúchame. —Sabía que estaba pisando terreno peligroso, ya discutimos por las niñas una vez y por poco nos costó la relación—.

Magaly quiere engrosar con buenas acciones su currículum para entrar en la universidad que desea, que ayude a jóvenes a evitar embarazos no deseados o a ayudarlas a planificar su futuro si ha sucedido es maravilloso. No está corriendo entre balas, y creo que una jovencita de su edad se enfrente a esa realidad es muy positivo, mejor que cualquier condón o píldora anticonceptiva.

Leo bufó, y Sparky levantó la cabeza como si sintiera la tensión en el ambiente.

—Apoyo la moción, dudo que Magaly quiera un rabo cerca después de ver todos esos casos —me apoyó Raven.

—Lo siento, pero no confío. ¿Sabéis lo fácil que es manipular a una adolescente?

—Creo que es más fácil con un par de palabras bonitas y un vídeo de TikTok —dije, tratando de aligerar el ambiente con una broma—. ¿Cómo se llama el español ese al que sigue? Andy…

—Star —claudicó Leo mientras yo me mordía la lengua por no decir el apellido del chico por el que Magaly bebía los vientos.

Cuando la pillamos, nos dijo que era porque le gustaba aprender español de España y que ese chico la ayudaba a mejorar. Aunque lo que le gustaba era ese morenazo de pelo rizado y ojos verdes que, a la menor oportunidad, salía sin camiseta para marcar abdominales.

Raven soltó una carcajada, pero Leo no estaba para chistes.

—Magaly no es una adolescente cualquiera.

—Claro, porque es tu hija —espeté, alzando mi botellín—. Es lista, dale algo de crédito.

—Eso pensaba antes, y casi la pierdo.

El silencio cayó sobre nosotros como una manta pesada. Raven me miró de soslayo, y yo me quité las gafas y las limpié con la esquina de la camiseta, un gesto que hacía cada vez que las cosas se ponían tensas.

—Mira, entiendo que estés preocupado, pero no puedes encerrarla en una burbuja toda su vida. Necesita espacio para crecer, para cometer errores y aprender de ellos.

Leo se cruzó de brazos y miró hacia el camino, como si esperara que el coche de Magaly fuera a aparecer por arte de magia.

Le compramos uno de segunda mano, nos lo vendieron los abuelos de Dakota, con el compromiso de que los lleváramos siempre que lo necesitaran. Era viejo, pero lo tenían muy bien cuidado.

—¿Y si uno de esos errores le cuesta la vida?

Esa pregunta nos dejó a todos en silencio. Daba igual que intentara quitarle hierro para que la vida de nuestra hija no se convirtiera en un infierno. En el fondo, todos sabíamos que era una posibilidad real. Habíamos visto demasiado como para fingir lo contrario.

—Si tanto te preocupa —intervino Raven con un tono más serio de lo habitual—, ¿por qué no hablas con ella directamente? Pregúntale qué le aporta y por qué está tan involucrada.

—Ya lo hice. Me dijo que está ayudando a jóvenes que necesitan orientación y apoyo, que había trabajado mucho para que la eligieran y era la primera vez que alguien lo hacía por mérito propio. Me asusta que haya algo más que no veo o no me está diciendo.

—Entonces, tu trabajo como padre es descubrirlo, pero no como detective. —Me incliné hacia él, apoyando los codos en las rodillas—. Magaly te admira. No fuiste el único que lo pasó mal con lo que ocurrió; también ella, si lo habláis, te escuchará y, bueno, quizá logremos que no llegue tarde.

Leo asintió lentamente, pero su expresión seguía siendo sombría.

—Lo que realmente me preocupa es Anita.

Ese nombre cayó como una bomba. Dejé de jugar con las gafas, y sentí el nudo de la preocupación contorsionarse en mis tripas.

—Es cierto que sigue ahí fuera; sin embargo, tiene a la CIA buscándola, y nosotros estamos haciendo todo lo posible por encontrarla. Si es un poco lista, no volverá.

—¿Y si vuelve? ¿Esperamos a que aparezca y haga de las suyas de nuevo?

—No va a tocar a Magaly —afirmé con convicción.

—No puedes prometer eso, Ray.

Tenía razón, y ambos lo sabíamos, aunque haría todo lo posible para mantener nuestra familia a salvo, incluso si eso significaba sacrificarme en el proceso.

—Mira, Leo, sé que es difícil confiar después de todo lo que ha pasado, pero tienes que intentarlo. No estás solo en esto. Raven está aquí, yo estoy aquí, y no vamos a dejar que Anita gane, además, Magaly lleva la unidad de rastreo, ¿por qué no la miras y así te quedas tranquilo?

Le puse una en el coche y otra en el colgante que llevaba, prefería prevenir que lamentar.

—Creo que no va a hacer falta —murmuró Raven, cabeceando hacia la carretera.

A lo lejos, se veía el coche de nuestra hija acercándose.

Leo exhaló un suspiro largo, como si estuviera soltando un peso que llevaba cargando todo el día.

—Joder. —Se pinzó el puente de la nariz con alivio.

—De nada, Papita linda. —Raven le guiñó un ojo.

Yo solté una carcajada y esa vez él sonrió a regañadientes, aceptando que lo besara.

Era el hombre de mi vida, y sus hijas ahora eran las mías.

—¡Lo sientooo! —Magaly aparcó y salió del interior del vehículo con cara de bochorno—. Esta vez no ha sido culpa mía, lo juro, había un accidente, y me he chupado una retención de mil demonios. He preferido no pisar el acelerador para no poner mi vida en riesgo, respetando los límites, como siempre decís.

—¿Lo ves? —murmuré en el oído de Leo—. La estamos criando bien.

—¿Estoy castigada? —preguntó, arrugando el gesto.

—Tu padre no puede castigarte por el accidente de otros y ser prudente —intervino Raven en su defensa—. ¿Verdad que no?

Ella sonrió con alivio y besó su mejilla antes de hacer lo mismo con nosotros dos.

—Lávate las manos, tu abuela está a punto de llegar con tus hermanas.

Leo se refería a mi madre, que cada vez participaba más en nuestra vida familiar. Tenía la cena en el horno y, a lo sumo, en media hora estaríamos sentados en la mesa.

—Hecho. Gracias por no enfadarte, papi.

Leo casi se derritió. Maggie apenas empleaba ese término cuando la había liado y no quería que su padre se enfadara, era la menos cariñosa de las tres, fruto de la edad, así que, cada vez que su padre recibía una carantoña o muestra de afecto por su parte, se lo metía en el bolsillo.

Desapareció dentro de la casa, y Raven negó.

—Sí que ha crecido en este último mes… Creo que deberías ir buscando un cinturón de castidad en EBAY. No creo que esa asociación disuada a los chicos de ir a por ella.

—¡¿Lo ves?! —espetó Leo.

—No le des ideas, Cuervo, o te desplumo.

—¿Tú y cuantos más, Ray-Ban?

Me levanté de la silla, y mi amigo hizo lo mismo al ver que iba a atacar.

Nos enzarzamos en un uno contra uno que no iba a llevarnos a ninguna parte, salvo a darnos algunos golpecitos sin importancia, los fuertes los dejábamos para el ring. Leo nos riñó para que lo dejáramos de una vez.

—Sois como niños.

—Quita el como, mi vida. ¿Te quedas a cenar? —pregunté a Raven, viendo acercarse a mi madre con las niñas. Habían bajado del bus que tenía parada en nuestra misma acera.

—Qué va, tengo que ir a por Dakota, ya te lo dije…

Daisy subió las escaleras con agilidad para ir a apretujarse contra Sparky, tenía devoción por el perro que le llenaba la cara de lametones.

Ellie, por el contrario, se estrelló como una bala contra mí, era su debilidad y ella la mía.

—Menuda bendición ser recibida por tres hombres tan apuestos —aseveró mi madre.

—Mamá Elodie —la saludó Raven. La suya y la mía vivieron juntas una larga época con nosotros, le tenía mucho cariño—. Tan guapa como siempre.

—Y tú tan adulador.

—¿Cómo se han portado? —preguntó Leo, recibiendo a su suegra.

—¿Palomitas y peli de dibujos? No hay niña que se resista a eso.

Sparky levantó la cabeza de golpe, sus orejas alerta, y un gruñido bajo escapó de su garganta, rompiendo el ambiente relajado del porche. El perro, que rara vez hacía ruido sin motivo, nos puso en guardia al instante.

—¿Qué pasa, chico? —preguntó Raven, buscando en la dirección que marcaba el can.

Leo y yo seguimos su mirada hacia la línea de árboles que bordeaba el jardín. La luz del atardecer teñía el césped de tonos cálidos, pero las sombras que se alargaban entre los troncos parecían más densas de lo habitual.

—Probablemente un animal... —aventuré, aunque un nudo comenzó a formarse en mi estómago.

Sparky ladró de repente. Su sonido era seco y agresivo, casi como si estuviera advirtiéndonos. Se movió hacia la cerca, gruñendo más fuerte; su cuerpo rígido y preparado para atacar.

Magaly salió para recibir a sus hermanas y a su abuela.

—Entrad todas en casa.

La voz de Leo sonó firme pero baja, suficiente para que nuestra hija mayor reaccionara de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, deteniéndose un segundo con las niñas detrás de ella.

—Obedece. —Leo apenas desvió la vista del jardín.

—Tu padre tiene razón. Hay que lavarse las manos para la cena —lo secundó mi madre.

Con algo de reticencia, todas entraron al interior, cerrando la puerta tras de sí.

—Podría ser un mapache… —murmuró Raven, cruzando los brazos, mientras estudiaba las sombras del jardín.

—Sparky no ladra por un mapache —respondió Leo, apretando la mandíbula.

Un crujido rompió el aire. No fue muy fuerte, pero suficiente para que el rostro de Leo volviera a tensarse.

Era el sonido inconfundible de una rama seca partiéndose bajo algo pesado. O alguien.

Sparky ladró con más fuerza, avanzando hacia la cerca, como si estuviera enfrentándose a un enemigo invisible. El sol se hundía más

en el horizonte, y las sombras se hacían más profundas y difíciles de descifrar.

—¿Queréis que eche un vistazo? —se ofreció Raven—, de todas formas ya me iba.

—Te lo agradezco, seguramente no será nada —musité—. Venga, Leo, que no quiero que se me chamusquen las costillas. —Intenté mantener mi tono tranquilo, pero la inquietud que veía en su rostro me traspasaba como una hoja afilada.

—¿Y dejar esto sin revisar? —Leo me miró, su instinto protector aflorando con intensidad.

—Raven va a echar una mirada, seguro que es algún par de chavales fumando hierba, ya sabes cómo es Sparky con la maría, nunca ha tenido alma de fumeta.

Nuestro perro había dado servicio a la policía y lo jubilaron por un balazo. Mis ojos se cruzaron con los de Raven, buscando apoyo.

—Tiene razón, Leo. Además, Sparky está aquí. Si algo intenta acercarse, lo sabríais al momento. No te ralles, es por haber estado hablando de esa mala bicha que todo parece magnificarse.

Mi mejor amigo sonó convincente, aunque sus ojos seguían clavados en la cerca.

Leo apretó los labios, claramente debatiéndose entre acompañarlo o entrar. Al fin, asintió, echando un último vistazo hacia el jardín.

Me despedí de Raven, dándole las gracias, mientras Sparky seguía gruñendo en dirección a las sombras.

Por primera vez en meses, sentí que la seguridad que habíamos construido alrededor de nuestra familia podría estar resquebrajándose.

CAP Í TULO 12



Candice

La oficina parecía contener la respiración cuando Clara llegó. Vestía un conjunto de pantalón *beige* y blusa blanca impecable, pero no podía ocultar su vulnerabilidad. Su cabello recogido en una coleta baja le daba un aire elegante, aunque distante, y sus enormes gafas de sol intentaban esconder unos ojos que siempre decían más de lo que querían.

Me quedé observándola un instante antes de invitarla a sentarse. Algo en su postura, en la forma en que sus manos se entrelazaban nerviosamente sobre su regazo, gritaba que estaba incómoda.

—Gracias por venir a estas horas, Clara —intenté sonar tranquila, pero mi tono tenía un filo evidente. La última reunión que tuvimos no me dejó nada satisfecha. Demasiadas evasivas, demasiados vacíos, y tenía que avanzar para preparar el juicio.

Se sentó frente a mí con un movimiento rígido, dejando sus gafas sobre la mesa como si fueran un escudo que ya no podía sostener. Entrecruzó los dedos en su regazo, y el leve temblor de sus manos no pasó desapercibido.

«¿Qué me ocultas?».

—¿Es necesario que repitamos todo otra vez? —preguntó en un susurro inaudible—. Tengo una terrible jaqueca, el cojín del hotel me tiene muerta.

Todavía no había podido volver al piso en el que vivía porque la policía lo tenía custodiado.

—Lo lamento, pero sí, entiendo que no debe ser nada cómodo estar fuera de su hogar, aunque imagino que tampoco lo será regresar teniendo en cuenta lo ocurrido. —Ella apretó los labios—. Veamos, necesito que entienda algo. Si debemos lograr que el jurado la crea, primero preciso creerla yo. Y para eso, no puede haber secretos entre nosotras.

Su espalda se puso rígida de golpe.

—¿No cree en mí? —Me incliné ligeramente hacia adelante, buscando su mirada directa—. No le estoy ocultando nada. ¿Qué iba a sacar de ello? —su respuesta fue rápida, demasiado rápida, y el ligero temblor en su voz no me pasó desapercibido.

—Exacto, no sacará nada si me miente. Soy su abogada y mi función es defenderla con uñas y dientes, sea culpable o inocente. Necesito que entienda eso. Voy a hacer que ese jurado desee concederle una sentencia favorable, y para eso necesito entenderla, que no haya lagunas.

Me apoyé en el respaldo de mi silla mientras cruzaba las piernas. Había aprendido a detectar fisuras en la narrativa de las personas, y Clara Goldstein era prácticamente una red de grietas esperando a romperse.

—Mire, Clara. He repasado los informes de su antiguo abogado, más los de la escena del crimen para construir una defensa sólida, y su relato… —Chasqueé la lengua—. No pinta bien. —Abrí la carpeta con los informes y deslicé una hoja hacia ella.

»Por ejemplo, este testimonio de uno de los vecinos contradice lo que dijo sobre la pelea con David. ¿Por qué nadie escuchó gritos esa noche si él estaba siendo violento?

Clara se encogió ligeramente, como si el peso de la acusación le aplastara los hombros. Sus manos se aferraron al borde de la mesa, y su voz tembló al responder:

—Estaba… Era algo habitual. Aprendí a manejarlo. No siempre terminaba en gritos. —Su voz era más baja en ese momento—. David se volvía más violento si gritaba, por lo que hice del silencio mi arma. Además, nuestro piso está muy bien insonorizado, seguro que tampoco oyó los golpes y, si lo hizo, pensaba que estaba cambiando los muebles de lugar en vez de que estaba sufriendo una paliza.

Asentí lentamente, sin apartar la mirada de ella.

Podía entender eso, había hombres que no necesitaban alzar la voz para infligir violencia, no obstante, no era lo habitual, y casi siempre había algún que otro vecino que se enteraba.

—Entiendo que haya sido difícil. Pero también me cuesta creer que no haya habido un solo testigo que percibiera algo fuera de lo común.

Ella desvió la mirada hacia sus manos, y el silencio que siguió fue casi ensordecedor.

—¿Qué me dice de la herida que le costó la vida a su marido? —la interrumpí—. Ese apuñalamiento no fue un golpe de suerte. «La persona» que lo hizo sabía exactamente dónde hacerlo. La autopsia indica que fue extremadamente preciso, no el resultado de un acto impulsivo o desesperado.

—¿Cómo que la persona? ¡Fui yo! Me gustan las series policíacas y los *True Crime*. Tuve suerte al acertar, soy de retentiva fácil, ya sabe, el cerebro absorbe informaciones que uno no espera, al igual, mi subconsciente le dijo a mi mano donde debía clavarlo.

Su voz se alzó, y por un segundo, vi algo que rozaba la desesperación en sus ojos.

—Pues menuda retentiva…

—¡Fue defensa propia! ¿Cuántas veces tengo que repetirlo? Solo actué.

Me quedé mirándola en silencio. Quería creerla, pero sabía que estaba escondiendo algo, y la incertidumbre empezaba a desgastarme. Con cada palabra que decía, lo hacía más difícil.

—Defensa propia o no, necesita entender que todo esto tiene que sostenerse bajo el escrutinio de un juez, un fiscal y un jurado, no va

a ser sencillo, y si la fiscalía consigue pruebas de que alguien más estuvo involucrado…

—¡¿Alguien más?! —Parecía desconcertada—. ¿Cuántas veces debo repetir que solo estaba yo? Soy la víctima, no el monstruo que están pintando.

Su voz se quebró al final, y una lágrima rodó por su mejilla. Tomó un pañuelo de su bolso y se secó con movimientos rápidos y nerviosos.

—Me refiero —carraspeé incómoda— a que no sería extraño que una mujer guapa, vulnerable, que sufre en manos de su marido y que necesita protección, pudiera caer en los brazos de otro hombre, enamorarse y que este decidiese terminar con el problema de cuajo, lo cual explicaría la precisión, la falta de sus huellas en el arma homicida y esas «lagunas»…

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Sugiere que yo tenía un amante?

—Solo digo que no la juzgaría si lo hubiera tenido y él…

—¡No había nadie más en mi vida! ¡Nunca le puse los cuernos a David! —respondió con un tono que intentaba sonar firme. La forma en que desvió la mirada traicionó la veracidad de sus palabras.

«¿A quién proteges, Clara?».

—¿Pero…? —Se mordió el labio—. No puedo defenderla si no sé toda la verdad. —Mi voz era más dura ahora, casi un reproche.

Ella respiró hondo, cerrando los ojos un momento como si intentara reunir fuerzas. Cuando volvió a abrirlos, de nuevo había lágrimas formándose en sus lagrimales.

—Él sí me los ponía a mí, ¿vale?

—¿La engañaba?

—A no ser que la gonorrea se pida por Amazon, sí. —Alcé las cejas—. Además de convertirme en su saco de boxeo y darme palizas, me pegó una venérea.

Había visto en su expediente médico lo de la enfermedad, aunque lo achaqué a un amante por su parte. Seguro que el fiscal llegaba a la misma conclusión que yo.

—¿Y por qué no denunció?

Soltó una risa amarga.

—¿Sabe quién era mi marido? Si hubiera ido a la policía, o se me hubiese ocurrido huir, habría sido lo último que hiciera. Tenía conexiones en todas partes. Podría haberme destruido con solo chasquear los dedos. Durante años, aguanté a David, sus desplantes, su control obsesivo. Era como vivir en una prisión dorada. Al principio no se le iba la mano, hasta que una noche me cruzó la cara. Me pidió disculpas, me dijo que estaba muy nervioso, y bueno…, ya sabe cómo van estas cosas, le perdoné y la cosa fue en aumento, hasta que una de las palizas me dejó en la cama una semana. Me fue reduciendo, todo me daba miedo.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué decidió enfrentarlo esa noche? ¿Qué cambió?

Se quedó en silencio, sus ojos fijos en la fotografía de David. Parecía debatirse entre contarme algo o seguir guardándolo para sí misma. Finalmente, respiró hondo y habló:

—No tenía otra opción. Esa noche… pensé que iba a matarme. Su actitud era distinta, como si no le importara que siguiera a su lado o no. No podía soportarlo más, no podía dejar que terminara conmigo, así que decidí anticiparme y hacerlo yo.

Quería creerla, sería lo más fácil, el problema era que detectaba algo en su tono que seguía sonando calculado y seguía sin verla clavándole un cuchillo a su marido con aquella precisión.

—De acuerdo. Entonces, dígame, ¿qué pasó después? ¿Por qué el cuchillo estaba limpio cuando llegó la policía?

—¡No lo sé! —exclamó, su voz quebrándose nuevamente—. En mi mente yo… lo solté y corrí al baño. Estaba en estado de *shock*, pero no debió ser así, igual lo lavé... No lo recuerdo bien, ya se lo dije. Supongo que a eso es a lo que se refieren con lo de la enajenación mental transitoria…

La miré durante unos segundos, dejando que el silencio llenara el espacio entre nosotras. Finalmente, me incliné hacia adelante y dije:

—Clara, quiero ayudarla. Pero necesito que confíe en mí. Todo esto…, su historia, las pruebas… tienen que ser impecables. Si la fiscalía encuentra una grieta, la destruirán. Y no voy a permitir que eso pase. Pero necesito su cooperación total.

»Al fiscal no va a temblarle el pulso, la someterá a una batería de preguntas que la dejarán en entredicho frente al juez y el jurado, necesitamos que todo su argumento sea tan sólido que le sea imposible dejar una sola duda razonable que apunte a que pudo ser un acto premeditado o que obtuvo ayuda de alguien más, ¿lo comprende?

Mi tono era más suave, pero no menos firme.

Ella asintió lentamente.

—No miento.

—Muy bien, pues volvamos a analizar todas las pruebas, y no quiero que se moleste si siembro dudas en cada una de sus respuestas. Le aseguro que mi intención es prepararla para un juicio que puede ser cruel. Si no desea terminar en la cárcel, le aconsejo que piense bien antes de responder, no podemos permitirnos ningún cabo suelto. ¿Lo ha entendido?

—No soy estúpida, señorita Star, sé lo que me juego.

—Muy bien, empecemos entonces.

Pasé toda la mañana intentando arrancarle la verdad. Seguía habiendo incongruencias en su alegato, y ella sin soltar nada fuera de su guion.

Cuando se levantó de la silla, supe que no tendría más remedio que encontrarla por mi cuenta y que esa historia estaba lejos de terminar. Solo estaba viendo la punta del iceberg, y miedo me daba lo que pudiera hallar bajo la superficie.

CAP Í TULO 13



Jordan

No era fácil mirarme al espejo después de las últimas semanas. Cada línea en mi rostro parecía llevar un peso añadido, una culpa que no me pertenecía del todo, pero que no podía sacudir.

El pasado volvía a retorcerme por dentro, y las pesadillas habían regresado con mayor frecuencia, arremolinándose en mi mente, como un tornado que no me daba tregua.

Cogí aire y lo solté buscando una calma que no me llegaba, daba igual que saliera a correr al amanecer y me diera de hostias con Raven o con Ray, la congoja seguía ahí, instalada en mi pecho.

Pincé el puente de mi nariz.

—Jordan, Jordan, Jordan. ¿Cómo puedes ser tan mierda?

Estaba arrodillado frente a él, el jefe de mis padres, el hombre que me había cambiado por completo desde el momento en que mis progenitores decidieron entregarme para mi adiestramiento como futuro amo.

Ambos trabajaban en una de sus granjas de clonación humana, aunque yo no sabía, por aquel entonces, que mis progenitores eran un par de científicos pirados y que su jefe lo estaba mucho más.

No tenía ni idea, creía que trabajaban en unos laboratorios buscando curas para enfermedades, eso era lo que me habían vendido, hasta que me vi envuelto en su mundo de oscuridad.

Tenía algo más de diecinueve cuando me invitaron a la que debió ser una fiesta para que los hijos de los trabajadores se conocieran entre sí. Me sorprendió que hubiera tanta gente guapa. Debíamos ser unos veinticinco o treinta. Las edades oscilaban entre los dieciocho y los veintipocos.

Estábamos en la mansión del jefe de mis padres, quien nos dio la bienvenida. Arrancó con un discurso para darnos la chapa sobre lo importantes que éramos para el futuro, para nuestros padres y la organización… Juro que intenté no desconectar, pero la rubia que tenía delante no dejaba de frotar su culo contra mi paquete y toda la sangre se me concentró en aquel punto que poco tenía de cerebral.

Di un trago largo a mi copa, me acerqué a su oreja y le susurré un montón de guarradas que, en lugar de alejarla, la hicieron apretarse más.

Era preciosa, y mis hormonas estaban lo suficientemente revolucionadas para llevar una mano a su cintura y apretarla más contra mi erección.

La vida no podía irme mejor. Estaba jugando en segunda, y mi agente estaba en negociaciones con un equipo de primera que parecía que me quería fichar. Estaba viviendo el puto sueño de cualquier chico de mi edad.

Fútbol, tías que se morían por chupármela y esa fiesta…

Bailé, bebí y mis neuronas cortocircuitaron…

Me desperté desnudo, me dolía todo el cuerpo, incluso en zonas que no debería sentir nada.

«Pero ¿qué demonios?».

Miré a mi alrededor, los demás estaban tan desnudos y desorientados como yo. Tenía marcas rojas por el cuerpo y parecía que me hubieran partido el ojete en dos.

Me levanté tambaleante.

—¿Qué mierda…? —la pregunta murió en mis labios cuando alguien me alcanzó un albornoz para que me cubriera.

—Por favor, acompáñeme, el señor Petrov desea hablar con usted.

No comprendía nada. ¿Tanto había bebido como para terminar así?

—¿Y mi ropa? —El tipo, con aspecto de mayordomo, no respondió.

Tampoco es que pudiera negarme a seguirlo, estaba en bolas y el jefe de mis padres quería hablar conmigo. A juzgar por el estado de todos, la fiesta se había ido de madre y acababa de vivir mi primera orgía.

La puerta de un despacho intimidante se abrió. Había madera oscura por todas partes, una pared repleta de pantallas, y en las libres quedaba una estantería tipo biblioteca y muchas obras de arte. La moqueta estaba mullida bajo mis pies, parecía sacada de una historia de Las Mil y Una Noches*.*

Luka Petrov me contemplaba con aquellos ojos fríos y escrutadores.

—Buenos días, ¿qué tal la fiesta de anoche? —Tragué con fuerza —. ¿Disfrutaste?

—No, yo… No recuerdo… creo que nos pasamos… Le pido disculpas si hice algo que…

«¡¿Qué dices, idiota? Claro que hiciste algo, ¿no ves cómo estás?!».

Callé al ver cómo las comisuras de sus labios se alzaban.

—Todos hemos sido jóvenes, no debes preocuparte, la fiesta era para eso, para que gozarais y os desinhibierais…

—Pues no recuerdo una mierda.

—En eso también te puedo ayudar.

Dio a una tecla y todas las pantallas se convirtieron en una única imagen gigante. Me vi en ella.

Estaba besándome con una chica, la rubia que me gustó desde que entré, y parecía que la cosa iba bien, hasta que dos tíos se pusieron de cuclillas, mirándose entre sí, para bajarme los pantalones y los calzoncillos.

Los ojos se me abrieron como platos cuando vi lo que me hacían.

«Pero ¿qué demonios?».

Uno me agarraba la polla para comérsela y el otro me separaba los cachetes para hundir su cara en mi culo. Lo peor de todo era que

yo parecía disfrutar sin importarme quiénes fueran mis compañeros de juego.

Noté el calor adueñándose de mi cara y mi cuerpo cuando el tipo de atrás se desprendió de su ropa para agarrársela con una mano y, sin previo aviso, encajármela por detrás.

Tuve una arcada, solo me dio tiempo a girar el rostro y vaciar el contenido de mi estómago sobre la moqueta.

¡Yo no era gay! Jamás me habían gustado los tíos, y sin embargo…

Noté una mano tirando de mi pelo, devolviendo mi mirada a la pantalla en la que me estaban sodomizando mientras yo enterraba mi erección en la boca del tipo que me separaba los glúteos para que su amigo me diera bien.

Había dejado de besar a la chica, esta me estaba golpeando con una fusta y yo parecía… ¿disfrutar?

¿Cómo era posible?

—Mírate… Eres un sumiso de manual, te gusta que te dominen y te controlen, que te partan el culo, no estás hecho para dominar…

—¡¿Qué cojones dice?! —Me deshice de la mano que me sujetaba la cabeza, era una mujer—. ¡Quite esa mierda! ¡Alguien me drogó! Yo nunca habría accedido a algo así.

—¿Estás seguro? ¿Sabes a cuántos tíos les ofreciste tu culo anoche? ¿Sabes cuantas corridas tragaste y suplicaste por más golpes?

El jefe de mis padres aceleró las imágenes y, aunque me horrorizaba lo que veía, no podía apartar la vista… No podía dar crédito de que ese fuera yo.

—¿En tu equipo saben que te gustan las pollas?

—¡No! —grité horrorizado—. ¡No me gustan!

—Yo diría que sí, aunque tranquilo, los coños también te van…

La cabeza me daba vueltas.

—¿Qué narices es todo esto?

—Lo llamamos la fiesta de la naturaleza, vuestros padres quieren que averigüemos si sois dominantes o sumisos; en tu caso, las imágenes revelan que tienes alma de esclavo. No creo que a papá Stein le guste ver de lo que has sido capaz…

Al pensar en mi padre viendo esas imágenes, él que creía que la homosexualidad era una enfermedad que curar, se me retorcieron las tripas.

Petrov siguió corriendo hacia delante el vídeo y vi que sus palabras eran un reflejo de las imágenes. Tuve otra náusea y volví a vaciarme.

No entendía nada… Ni lo ocurrido ni lo que pintaban mis padres… Pero, me gustara o no, lo iba a averiguar…

El zumbido del teléfono me arrancó de mis pensamientos. Sabía quién era antes de mirar la pantalla. Selene.

Tomé aire antes de contestar, intentando revestirme con la calma que me faltaba.

—Hola, Mistress.

—Hola, Jordan. ¿Interrumpo algo? —Su tono era relajado, como si supiera que estaba al borde de un colapso y buscara suavizar la caída.

—No, nada importante —mentí, sabiendo que ella lo detectaría.

—¿Cómo te está yendo con Shadow? —su pregunta era sencilla, pero no pude evitar la tensión que me recorrió.

—Hemos tenido… algunos avances.

Evité mencionar los mensajes que había borrado porque se me escuchaba titubear. Las órdenes que parecían tan forzadas al salir de mi boca que me dejaban incluso mal sabor. Sabía que eran necesarias para el rol que debía desempeñar.

—Bien. —Hizo una pausa, como si esperara que continuara, pero al no obtener nada más, siguió—. ¿Y Candy? ¿Has contactado con ella?

Aquel nombre era como una chispa encendiendo una mecha. Cerré los ojos, recordando la imagen de la *switch* en plena doma. Su control, la intensidad con la que manejaba las cuerdas… y la sensación abrasadora que me había dejado verla. El deseo y la rabia enredados provocando que me tocara y me corriera en la ducha.

—Sí y no. —Tragué saliva—. Fui a verla en una de sus sesiones, la que me recomendó.

—¿Y qué tal?

—Intenso. —Me recosté en el sofá, masajeándome las sienes—. Me removió muchas cosas, no sé si estoy listo para esto.

—Nadie está listo, Jordan. No hasta que se lanza. Necesitas entender que no hay nada malo en ti. —Su voz era suave, pero cargada de una verdad que no quería admitir—. Sabes cómo funciona, lo hemos hablado muchas veces. Hasta que no des el paso, hasta que no cruces la línea, volverán los demonios. ¿Has tenido pesadillas estos días?

«¿Cómo lo sabía?».

«Porque es tu Mistress, pedazo de idiota».

—Sí.

—Es algo normal, necesitas llegar al borde del precipicio y saltar, darte cuenta de que el miedo no va a llevarte a otro lado que a agonizar, que para cruzar la barrera del miedo uno debe enfrentarse cara a cara con él y advertir que está en tu cabeza. Si supiera que Candy te va a afectar para mal, no te haría dar el paso con ella. Lo sabes, ¿verdad?

«¡Claro que lo sabía! Lo que no significaba que la idea me aterrara».

—Sí.

—No te estoy empujando, solo… sugiero que hables con ella. Tómate un café. A veces, un paso pequeño abre más puertas de las que imaginas, como ocurrió conmigo.

Al pensar en aquella primera vez, la polla se me puso dura.

—No creo que sea buena idea. —El nudo en mi estómago se apretaba con cada palabra—. Estoy mejor manejando esto por mi cuenta.

—Jordan. —Su tono se endureció lo justo para sacarme del ensimismamiento—. Te conozco. Sé lo que llevas dentro, lo que intentas ocultar, incluso de ti mismo. No te estoy pidiendo que tomes decisiones apresuradas, pero tampoco te cierres. Candy podría ser más de lo que crees, y no hablo solo de lo que pasó en la mazmorra, ¿quieres que esos cabrones dejen de dominarte? ¡Pues échale cojones y plántales cara!

No respondí. Mis dedos jugaban con el borde del teléfono, buscando una salida a la conversación que sabía que no existía.

—¿Por qué no la llamas? Solo eso. —Su voz volvió a ser cálida—. Es lo que hiciste conmigo, y mira hasta dónde llegaste.

Suspiré, sabiendo que tenía razón. Selene siempre tenía razón.

—Lo pensaré.

—Eso es suficiente por ahora. —Pude imaginarla sonriendo al otro lado de la línea—. Por cierto, mándame los vídeos que te pedí de las sesiones con Shadow. Quiero revisarlos para asegurarme de que estás siguiendo todo como debe ser.

—Pesan bastante. No sé si el correo…

—No hace falta que los envíes por ahí, ya lo había pensado. Tengo una nube encriptada donde guardo algunas sesiones para ir corrigiendo o viendo las evoluciones, ¿tienes algo para anotar?

—Sí. —Agarré un boli y el bloc de notas mientras ella me la dictaba.

—¿Esto es seguro?

—Como te he dicho, esto es una plataforma encriptada. Puedes subirlos sin temor, solo yo puedo acceder con los códigos.

—Está bien. Los subiré en un rato.

—Perfecto. —Hizo una pausa, y cuando habló nuevamente, su tono era más suave—. Cuídate, Jordan. Y piensa en lo que te dije, solo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé, Mistress, cuídate tú también.

—Lo hago, París es precioso en esta época, deberías programar una escapada cuando puedas.

—En algún momento.

Colgué, dejando el teléfono a un lado mientras intentaba procesar todo. Me sentía como si mi vida hubiera sido tejida con hilos que no elegí, y cada uno tirara en una dirección distinta.

Mientras subía los vídeos a la plataforma que Selene me había dado, no pude evitar mirar una de las grabaciones.

Shadow era inquietante, ¿qué hombre sentía la necesidad de vivir la opresión de aquel traje y aquella máscara?

Era tan metódico y silencioso que te hacía contener la respiración, parecía sacado de otro mundo y aguantaba tan bien el dolor… Verlo

me incomodaba.

Por un instante, me pregunté si realmente estaba ayudándolo o si solo estaba perpetuando algo más oscuro, algo que no quería admitir ni a mí mismo.

Dejé de mirar la pantalla mientras volcaba el contenido.

Era hora de aparcar la oscuridad, bajar al club y que las luces de neón, la música y los chicos me iluminaran un rato.

CAP Í TULO 14



Candice

Terminé de pasar el *goupillon* de la máscara de pestañas por las mías, ya de por sí largas y tupidas.

Eran las siete de la tarde en Nueva York, pero en Barcelona ya pasaban de la medianoche. Hacía semanas que no hablaba con mi familia, y ya tocaba.

Mi padre llevaba tiempo esperando una llamada y ya era la hora que acordamos.



Me dirigí a la mesita que quedaba frente al sofá y pulsé el botón.

Sonreí al ver la imagen de los tres aparecer, parecía una de esas fotos que te vienen con los marcos, tan guapos, tan ellos…

Esme estaba sentada a la izquierda de la imagen, mi hermano de pie, de brazos cruzados y, por su expresión molesta, juraría que lo habían arrancado de uno de sus *lives* de TikTok.

Papá, el superprotector, estaba en el último plano, protegiéndoles las espaldas, ya no llevaba la corbata puesta, pero sí su impoluta camisa blanca. Por las horas, podrían ir ya en pijama, sin embargo, estaba claro que querían darme una buena impresión, aunque no la necesitaran.

Andy cambió la cara en cuanto me vio agitar la mano con la mirada puesta en él y apareció su característica sonrisa traviesa.

—¡Cande! —saludó, inclinándose hacia la cámara como si quisiera atravesarla—. ¿Cómo va todo por la Gran Manzana?

—¡Muy bien, Drew! —respondí, riendo al verlo tan entusiasta. Le encantaba que lo llamara así.

—Joder, ¡estás que rompes! —murmuró al ver mi atuendo. Me miré de reojo: el escueto top de cuero negro y los pantalones a juego no eran mi estilo habitual, pero funcionaban para la noche que tenía planeada—. No me extraña que ganes los juicios si vas así.

—Esa boca —lo corrigió mi padre por detrás.

—Si fuera así, como tú dices, no me dejarían entrar. He quedado y voy a salir.

—¿Y cómo va el trabajo? —intercedió mi padre.

—Bien, lo normal: trabajo, caos y más trabajo —le guiñé un ojo.

—Estaba hablando yo, y me has interrumpido —protestó mi hermano.

—Cuéntame, Drew, ¿sigues revolucionando TikTok?

—Siempre, he subido mogollón de seguidores, a ver si te conectas y hacemos un *live* juntos… —respondió con una media sonrisa antes de que una voz femenina lo interrumpiera fuera de cámara.

—¡Es mi turno que me lo veo venir y, entre tú y tu padre, no vais a dejarme hablar con mi favorita de la casa! —La cara de Esmeralda me ofreció una sonrisa tan radiante como siempre.

—¡Y yo, ¿qué?! —protestó Andy.

—Tú eres mi favorito de la casa.

Mi padre carraspeó por detrás, y ella espetó un «¡que me dejéis!» que nos hizo reír a los tres.

—¡Candela! ¡Mira qué guapa estás! ¿Cómo vas? Necesito que me lo cuentes todo.

—La que está guapa eres tú, ¡mírate! Vas a tener que darme tu rutina de *skyncare* —respondí, sonriendo.

—Ya sabes, beber mucha agua, tomar fruta y verdura, una buena crema de factor solar alto, y ahora desembucha…

—Todo va bien, estoy adaptándome a Nueva York, tengo mucho trabajo, pero nada que no pueda manejar.

—Seguro que lo estás haciendo genial —respondió con entusiasmo—. Sabía que encajarías allí. Siempre fuiste tan independiente y decidida… Aunque no trabajes tanto, ¿vale? Acuérdate de vivir un poco.

—Lo intento, mírame, hoy voy a salir.

—Eso es bueno.

Andy resopló teatralmente, llamando la atención de nuevo.

—Que sepas, hermanita, que en cuanto termine el instituto, me voy a pasar el verano contigo. Ya tengo todo planeado: Central Park, Times Square, y tú serás mi guía turística personal para enseñarme dónde se mueven todas las pibitas.

—Ah, ¿sí? —pregunté, levantando una ceja con diversión—. ¿Y quién dijo que yo estaba dispuesta a soportarte todo un verano?

—Venga ya, sabes que me adoras. —Mi hermano hizo una mueca cómica y luego sonrió—. Además, ya lo tengo hablado con mamá, ¿verdad?

—Yo encantada —respondió ella rápidamente, echándole una mirada de complicidad a su hijo—. Me parece una idea estupenda, así practica el inglés y…

La voz grave de mi padre interrumpió la conversación.

—Eso es algo que tendremos que discutir, Andy. —Aquel era el tono que usaba cuando quería dejar clara su posición—. No decides esas cosas solo.

Drew rodó los ojos, pero no replicó, por lo menos había aprendido que con nuestro padre no se podía ir a las malas. Yo aproveché para intervenir.

—No te preocupes, papá. Si quiere venir, me organizaré para que no le falte de nada. Solo tiene que avisarme con tiempo.

—Ya veremos —respondió, dejando claro que aún no estaba convencido. Luego centró su atención en mí, cruzando los brazos frente a la cámara—. ¿Puedo hablar ya, señorías? —masculló, contemplando a Esme y a mi hermano, que le dieron permiso—. ¿Cómo estás? ¿Cómo van los casos?

—Bien, tengo uno gordo entre manos. —Mi tono se volvió más serio—. Es complicado, pero creo que puedo sacarlo adelante. Solo… tengo serias dudas sobre algunas cosas.

«Como la inocencia de mi clienta».

Él asintió, sus ojos clavados en mí como si intentara descifrar algo.

—Si necesitas ayuda, Candela, sabes que estoy aquí. No tienes que hacerlo sola.

—Gracias, papá. —Mi voz se suavizó—. Si veo que no puedo salir de esto, serás el primero al que llame. Por ahora, creo que puedo manejarlo.

—Espero que sea así. Recuerda que siempre puedes contar conmigo, todos estamos aquí para apoyarte.

«O por si quieres volver», me dijeron sus ojos.

Un golpe en la puerta me hizo girar la cabeza.

—Un minuto. —Les hice un gesto a la pantalla y fui hacia la entrada para abrir.

Nathan entró como si fuera el dueño del lugar, sin molestarse en saludar.

Me agarró de la cara y me dio un beso de esos que solían bajarme las bragas en cuanto su lengua estallaba contra la mía, salvo que esa vez tenía como espectadores a toda mi familia.

«¡Mierda!».

Lo aparté…

—Nate…

—Calla, por favor, esto es urgente, no te lo vas a creer, he encontrado las bragas que dejaste en mi sofá, ha sido olerlas y esta se ha puesto en guardia…

—¡Nate! —le interrumpí bruscamente, llevándome una mano a la frente, horrorizada.

—¿Qué? —preguntó, genuinamente confundido, hasta que hice un gesto con el pulgar hacia atrás y que nuestro numerito porno había sido retransmitido en directo—. ¡Oh! —Se frotó la nuca y alzó la voz, como si no hubiera hablado lo suficientemente fuerte para que todos lo oyeran—. Perdón por la interrupción, familia, Candice se dejó una cosita en casa y…

Se acercó al móvil con total confianza, ignorando mi intento de detenerlo, y saludó con un gesto despreocupado.

—Ya hemos oído que tenías sus bragas…

Ese era Andy. Mi padre le dio otra colleja mientras Esme carraspeaba y sonreía pícara.

—Nathan, ¡cuánto tiempo sin verte! ¡Qué guapo estás!

—Gracias, señora Star. —Él le devolvió la sonrisa sin pizca de vergüenza.

—Estrella, es señora Estrella —lo corrigió mi padre con el ceño de un oso pardo a punto de atravesar el cristal.

—No, en todo caso, sería Martínez, que tú y yo no somos americanos.

Suerte que mis padres hablaban un inglés excelente.

—Disculpen la confusión.

—No hay nada que disculpar, hacéis una bonita pareja, me alegra que vosotros estéis… —Lo que me faltaba, que Esme echara leña al fuego.

—No estamos —carraspeé incómoda.

Él no puso mala cara mientras hablaba con mi familia tan pancho.

—Su hija es una mujer difícil de conquistar, pero estoy trabajando en ello.

—Ya hemos visto que te la estás trabajando…

Antes de que mi padre le diera otro pescozón, Drew lo esquivó.

—Vas un poco lento, viejo…

—Verás lo lento que voy cuando deje de pagarte la línea de teléfono. —El rostro de mi hermano mutó.

—No hablarás en serio, ¿no? Era broma. Nate, tío, que no iba en serio…

Sentí cómo el calor me subía al rostro mientras papá seguía con el rictus serio.

—Eso sí, debo decirte que uses protección con mi hermana, en esta familia somos propensos a los embarazos accidentados —bromeó Andy, y esa vez sí que le alcanzó la colleja de mi padre.

Nathan, lejos de ofenderse, rio con ganas y me miró con ese brillo pícaro en los ojos que siempre conseguía desarmarme.

—No te preocupes. Si eso sucediera, me haría responsable con gusto. Y si tu hermana no tiene un anillo en el dedo, es solo porque no me deja ponérselo.

—¡Vale, ya basta! —interrumpí, sintiéndome al borde del colapso —. Creo que es suficiente por hoy. Vamos a despedirnos. *Ciao*, *ciao*, adiós, adiós, nos vemos, os llamo pronto.

Antes de que pudieran replicar, colgué la llamada y me giré hacia mi inesperada visita con los brazos cruzados.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Qué? —Se encogió de hombros con una sonrisa despreocupada—. No tienes nada de qué avergonzarte, solo intentaba ser amable; además, diría que están encantados con lo nuestro.

Lancé un suspiro exasperado, y él me contempló con esa mirada que siempre lograba ponerme nerviosa. Finalmente, se dejó caer en

el sofá, mirándome de arriba abajo.

—¿Y esto? —preguntó, señalando mi *outfit* con gesto disgustado.

—¿Qué?

—No es muy tú, pero no importa. —Se inclinó ligeramente hacia mí—. Pienso quitártelo de inmediato.

Me agarró de la cintura para que cayera sobre él y amasar mis pechos.

—Nate, ¡basta! —Levanté una mano para detenerlo—. Lo siento, no puedo. He quedado con las chicas.

Su expresión cambió en un instante.

—¿Otra vez?

—El otro día solo fue con Soph, hoy salimos todas.

Me puse en pie. Me contempló molesto.

—Últimamente parece que siempre tienes tiempo para tus amigas y nunca para mí.

—Ya hablamos sobre esto. No tenemos exclusividad. Te dije que podías salir con otras personas.

—Y yo pensé que te lo pensarías mejor. Pero ya veo que no. ¿Quieres follarte a otros?, ¿se trata de eso?

—Quiero hacer lo que me apetezca cuando me apetezca, con quien me apetezca y no deberle explicaciones a nadie, creí que te había quedado claro.

—Y yo pensé que te arrepentirías y me echarías de menos. Ya veo que no.

El telefonillo sonó, salvándome de responder. Me acerqué rápidamente a contestar.

—Ya hablaremos, Nate —le dije cuando las voces gritonas de mis amigas suplicaron que me diera prisa y bajara ya. Abrí la puerta y me volví hacia él—. En serio, no quiero discutir, y las chicas me están esperando abajo.

Él asintió a regañadientes, se puso en pie y, antes de salir, se volvió hacia mí con una mirada mezcla de frustración y cabreo.

—Que te diviertas, Candice, yo también saldré. Necesito que me dé un poco el aire y aclarar las ideas —dijo con sarcasmo antes de cruzar el rellano en dirección a su ático.

Suspiré con fuerza, odiaba hacerle daño. Después de todo, Nathan no solo era mi amigo y colega, sino alguien con quien tenía que trabajar a diario y con quien compartía intimidad.

Tendría que hablar de nuevo con él, hacerle entender mejor en qué punto estaba, aunque no sería esa noche.

Cogí el bolso y me dispuse a ir a por el ascensor. Mi vehículo era una moto, por lo que mis amigas no cabían en ella, iríamos todas en el coche de Soph y conduciría su chófer para que pudiéramos beber, necesitaba una noche de descontrol.

CAP Í TULO 15



Jordan

Bajé las escaleras del club ajustándome la chaqueta. *Bad Habits*, de Ed Sheeran, sonaba mientras el murmullo de las primeras clientas deseosas de entrar colmaban el aire. Corey me esperaba en el interior, su teléfono en la mano y una expresión que dejaba claro que algo no iba bien.

—*Boss,* tenemos un problema —dijo antes de que pudiera abrir la boca.

Suspiré.

Claro que había un problema. Era sábado por la noche, y el SKS nunca era tan simple como abrir puertas y ver cómo fluían las copas.

—¿Qué pasa ahora?

—Bryan se ha puesto malo —respondió, refiriéndose a Envidia, uno de nuestros pecados más populares. Las mujeres veían a un motero envuelto en cuero y se ponían como locas—, y por si fuera poco, Mary Kate acaba de llamarme para decirme que tiene fiebre y lleva toda la tarde con vómitos, pensaba que se le pasaría, pero…

—¿No te avisó?

—Ya la conoces, no le gusta molestar, su abuela estuvo con ella, pero tiene miedo de pegárselo, y como he venido directo de la

clínica, tampoco es que hayamos hablado.

—Anda, lárgate.

Su cara se cubrió de alivio.

—Las rotaciones ya están programadas. —Corey señaló el papel que sostenía entre las manos—. Está todo cubierto, aunque… alguien tendrá que suplir a Bryan si yo me largo.

Lo soltó con la boca pequeña.

Le lancé una mirada cargada de significado. No era la primera vez que me tocaba subir al escenario, ni tampoco sería la última. Eso sí, intentaba evitarlo.

—Ya sé que esta noche Envidia seré yo —le comuniqué con una media sonrisa.

—Sé cuánto evitas bailar ahí arriba y lo poco que te gusta hacerlo.

—Bueno, no está tan mal recordar lo que me trajo hasta aquí, además, es mi negocio y me gusta que los chicos me vean dar ejemplo. Es la única excusa que tengo para que todas esas mujeres puedan ver los resultados de las palizas a las que me someten los Wright en el gimnasio.

Le di un golpe en el hombro.

—Dirás las que les das tu a ellos.

—No siempre, Ray y Raven cada vez son más buenos. Vamos, vete a casa, cuida de tu mujer y de tu hija, que son lo más importante. Dale un beso a Kate de mi parte y dile que se cambie de médico, que el suyo no está nunca cuando se le necesita.

Corey vaciló, pero finalmente asintió.

—Te debo una. No te preocupes, todo debería ir como la seda, ya he avisado a Janelle para que te prepare la ropa.

—Eso espero, porque si no, mañana te tocará hacer inventario y poner de tu bolsillo lo que descuadre la caja.

Él rio, negando con la cabeza, mientras recogía su chaqueta y se dirigía hacia la salida. Corey sabía que no lo decía en serio, y yo que seguía viniendo al club porque no se fiaba de que me entrara el instinto suicida que nos llevó a conocernos. Siempre decía que yo cuidaba de todos, aunque la realidad era que el doctor Blackwood cuidaba de mí.

Me giré para encaminarme a los vestuarios y, en cuanto el resto de pecados me vieron aparecer, no dudaron en soltar un coro de silbidos.

—¡Mirad quién ha traído la marea! —exclamó Pereza, con una sonrisa pícara—. Pista, ni es un atún ni una sirena, aunque no descarto que lo haya empujado su cigala.

—Yo más bien creo que ha venido a probar si le funciona la nueva prótesis de cadera —añadió Avaricia desde la esquina, imitando a un cojo que arrancó varias carcajadas al resto.

Todos sabían que, si estaba entre ellos, a esas horas y en el vestuario, solo podía significar una cosa.

—Dejad de tocarle los huevos al *boss* —intervino Gula, que estaba ajustándose el cinturón—, y pasad a hacedle una buena paja a ver si lográis activarle la circulación. No te ofendas, Jordan, pero a tu edad todo va a golpe de Viagra.

—La pastillita deberías tomártela tú, que me ha dicho un pajarito que ayer por poco no se te levanta —farfulló una voz femenina, saliendo del taller de costura—. Quizá debería holgarte un poco más la zona de la entrepierna porque te corta la circulación y no te riega…

Emití una risita baja mientras Janelle se unía a la fiesta con varias prendas entre las manos.

—Atajo de principiantes —volvió al ataque, sin que ninguno se atreviera a toserle, ya sabían cómo se las gastaba la pelirroja—. Os garantizo que, si hicierais una competición para ver quién aguanta más con la bandera izada, os fundiría a todos, solo que el *boss* es demasiado caballero para dejaros en evidencia.

Su sonrisa afilada me hizo negar.

—¿Lo dices por experiencia, Jane? —preguntó Soberbia.

—Lo digo porque lo he visto ahí arriba con este par de ojos, y todavía tenéis mucho que aprender, sobre todo, tú, novato, así que vístete antes de que convierta tus pelotas en mi alfiletero particular.

Vino hacia mí contoneándose.

—Corey me dijo que fuera preparándote el vestuario, aquí tienes la chaqueta, los pantalones y el resto te lo he dejado en la taquilla.

—Siempre tan eficiente. Eres la mejor.

—Lo sé, por eso me pagas tan bien. —Me guiñó un ojo.

—La hora del recreo ha terminado, niños, necesito que os quitéis los pañales y estéis listos en menos de veinte minutos. Como Bryan no está, porque se ha puesto enfermo, yo ocuparé su pecado Capital. Corey se ha ido también, Kate está enferma, así que necesito que no me pongáis las cosas difíciles, estéis atentos y rememos todos a una, ¿entendido?

—Sí, *boss* —respondieron al unísono.

—Aquí tengo las rotaciones previstas, aguzad los oídos, porque las voy a cantar.

—¿Se aceptan peticiones? —bromeó Ira—. Yo soy muy de Bruno Mars.

—Y yo de que hoy seas tú quien te quedes a cerrar.

—Eso te pasa por bocazas —farfulló Janelle, provocando que todos los demás rieran.

Me escucharon atentos y, cuando terminé, coloqué la hoja en el plafón de la pared, por si a alguien le entraban las dudas.

Fui directo a la taquilla para desvestirme.

—Entonces, vas a salir al escenario, ¿eh? —El cinturón de Lujuria cayó al suelo y sus ojos claros quedaron suspendidos en los míos.

—Eso parece.

—¿Te estás adaptando bien al club?

—Sí, esto me gusta, no está nada mal, y bueno, me han traspasado una habitación en el Savage.

Era el lugar al que acudían algunos de los chicos para dar un servicio más completo a las clientas.

—¿Sabes que no es necesario?, ¿que trabajar aquí no implica…?

—Lo sé, lo hago porque quiero, no te preocupes, *boss*, me gusta jugar, el dinero y el sexo, además, soy de gustos caros.

—Como veas.

Terminé de quitarme la camisa y me fijé en la camiseta de rejilla que me había dejado preparada Janelle. La dejé caer por encima de mi cabeza y deslizarse sobre mis tatuajes.

Diez minutos después, me ajustaba la chaqueta de motorista.

—Estás listo para quemar el escenario, jefe —dijo Janelle, acercándose—, agáchate y te ayudo con el antifaz y el casco.

—Tú siempre tan solícita.

Le hice caso, y ella me echó un cable.

—¿Entonces?

—Siempre dispuesto para arder, pequeña Vitale.

—Le mandaré un mensaje a Lionel, no vaya a ser que necesitemos a los bomberos.

—Lo dudo, aquí ya hay mucha manguera suelta.

Los dos reímos.

Estaba más que listo. El antifaz nos confería anonimato a todos, aunque a mí no me importaba que me vieran el rostro, me lo iba a tapar para no desentonar.

El casco negro con efecto de llamas que le daba el toque final.

Tras la presentación individual de cada pecado, ocuparíamos nuestros puestos para que el espectáculo, la bebida y los billetes no dejaran de correr en ningún momento.

Subí las escaleras que me llevaban al escenario, era el primero en salir, y los chicos ya me esperaban entre bastidores. Las luces oscilaban al ritmo de la música de presentación.

El DJ dio la señal acústica desde la cabina, inundando la sala de energía al ritmo de *Highway to Hell*.

Las mujeres la reconocieron, arrancando gritos y aplausos que daban mi pistoletazo de salida.

Me bajé la visera del casco, ajusté los guantes de cuero a mis manos y di un paso hacia delante que lo cambiaría todo.

CAP Í TULO 16



Candice

El club estaba a rebosar. Por suerte, nuestra mesa tenía la mejor vista al escenario principal, básicamente, porque estaba pegada a él, cortesía de Sophie.

Mi mejor amiga tenía muchos contactos, es decir, que conocía a alguien que conocía a alguien, y que, seguramente, conocía a alguien.

El aire estaba cargado de energía, y el ambiente olía a cuero, bebidas caras y una amalgama de perfumes femeninos de lo más variopintos que exudaban feromonas a doquier. En resumen, estar en el SKS me hacía sentir viva.

—No puedo creer que me hayáis convencido para venir aquí.

Mis labios perfilaban una sonrisa de anticipación.

Emily, con su inconfundible aura de loba de Wall Street, levantó su copa de Martini y me dedicó una mirada traviesa.

—Por favor, Candice, eres la abogada estrella de Nueva York. Un poco de diversión nocturna rodeada de tíos medio desnudos, o desnudos del todo, no te matará. Además, ¿hay alguna de nosotras a quien no le venga bien un respiro? —Mis amigas negaron—.

Somos mujeres altamente cualificadas, empoderadas y sobradamente estresadas como para no merecer un punto de fuga.

En eso estaba de acuerdo, ser una mujer cien requería un gran esfuerzo, y también liberar tensión.

—La presión no es buena para el cutis, así que tenemos que liberar o nos convertiremos en pasas antes de tiempo, todas secas y arrugadas. Hay que lubricar, chicas, hay que lubricar —se sumó mi mejor amiga.

Rachel, la creativa del grupo y nuestro hombro sobre el que llorar, dio un sorbo a su mojito y rodó los ojos.

—Especialmente yo. —Suspiró dramáticamente—. Mi marido lleva semanas ignorándome. ¿Creéis que aquí alguien podría recordarme cómo se siente una mujer al ser deseada?

Soph agitó su copa de champán.

—Cariño… ¿Deseada? Aquí agitas un billete y tienes a una tribu de siete adoradores del sexo haciéndote jadear. Siempre te dije que Mark no llevaba bien tu superioridad mental. Esta noche vamos a olvidarnos de todo aquel que tenga pene, quedan prohibidos los maridos, amantes, amigos con derecho a roce y los problemas. Estamos aquí para disfrutar de esos rabos —señaló el escenario—. Y quién sabe…, tal vez catarlos, que no nos vendría mal.

—Nunca le he puesto los cuernos a Mark.

—Siempre hay una primera vez para todo. Además, estamos tan cerca que estás a la distancia óptima para abrir la boca y terminar con una polla enterrada en ella. Ninguna de nosotras se va a chivar; si hoy te apetece tener más poder de succión que la Dyson, aquí quedará —añadió Emily, llevándose el borde de la copa a los labios con una sonrisa ladina.

—¡Em! —protestó Rachel.

—¡¿Qué?! ¿Ya no recuerdas lo zorras que éramos en la universidad? Pues yo sí, y lo que pasa en el SKS se queda en el SKS —comentó, impregnada por el ambiente.

—Claro, como tú y Brandon tenéis una relación abierta —bufó Rachel.

—Preferí abrirla antes de que mis cuernos fueran más grandes que un toro de rodeos. No es un secreto que a mi marido siempre le

han gustado las faldas, las mías y las de todas las actrices que se ha podido follar en los rodajes y sus fiestas de cine, así que preferí abrir la mente y jugar al mismo juego. ¿Sabéis qué? Que no me arrepiento, así no me como la cabeza, tal vez deberías probar, tener una charla con Mark —le comentó a nuestra amiga, volviendo a beber.

Rachel estaba sonrojada, aunque ni negó ni afirmó.

El DJ acababa de anunciar que iban a salir los pecados, y yo estaba llena de expectación.

Si algo era cierto es que necesitaba relajar un poco, antes usaba a Nate para eso, el problema es que se había convertido en uno, en lugar de una válvula de escape, quizá debiera buscar en otra parte…

Las luces se atenuaron, la música atronadora llenó el lugar y los gritos y aplausos del resto de mujeres se intensificaron.

Iba a dar un trago a mi daiquiri de cereza, pero el cristal no llegó a mi boca, que ganó humedad en el mismo instante que mis ojos impactaron contra el primer pecado capital.

Lo supe desde que su aura tocó el escenario, me daba igual si era el primero y detrás saldrían seis más, yo ya lo había coronado como mi favorito.

Reunía todo lo que me gustaba en un hombre. Estaba envuelto en delicioso cuero negro, su casco ardía en llamas verdes, gracias a algún tipo de efecto, y bajo la camiseta de rejilla, del estilo de mi jersey, lucía un torso tatuado, musculoso, que me daba ganas de pasar la lengua para ver si desteñía.

Sus movimientos eran precisos, masculinos, como los de un depredador acechando a su presa. Siempre había sido muy sensitiva y captaba a la perfección su energía dual, la de alguien capaz de dominarte y, al mismo tiempo, ronronear bajo mi fusta.

Me picaron las yemas de los dedos, deseosa de azotar y… ¿ser azotada? Se me hizo la boca agua como a la mitad del resto de la sala, aunque eso no me importaba.

—El ama Candy ya ha fichado a su objetivo, ¿eh? —bromeó Soph en mi oído—. Fíjate, si incluso vais a juego, parece que se haya vestido así para ti.

Era cierto. Nuestra ropa combinaba a la perfección, yo también me había fijado.

—No sé de qué me hablas —respondí, dando un trago por fin a mi bebida.

Removí el licor con suavidad.

¿Eran imaginaciones mías, o él también me estaba mirando bajo el anonimato de la visera opaca del casco?

—Oh, vamos, Candice, si pareces lista para hincarle el diente —dijo Emily, apoyándose en la mesa con una sonrisa cómplice—. Aunque no me extraña, Nathan no tiene nada que ver con ese tío que parece emerger del mismísimo infierno.

No, no lo tenía, y eso me gustaba, junto con los tatuajes que le trepaban por todo el cuerpo como una segunda piel, supuraba una tensión animal que me daban ganas de sorber.

Lo confieso, ese tío me ponía cachonda, ¿no era ese el objetivo de mis amigas, que olvidara lo ocurrido con Nate? Pues lo habían alcanzado. Ese tío me apetecía, y sí, quería follar con él.

—Esa camiseta de rejilla es como para atrapar a ese pez, y a juzgar por cómo se le aprieta la bragueta, no tiene un salmonete, más bien el padre de todos los salmones, bien gordo y juguetón...

Las risas se intensificaron, y no pude evitar unirme a ellas mordiéndome el labio.

Una sensación familiar me recorrió cuando se aproximó hacia nuestra mesa, sin abandonar el escenario, tuve la misma sensación que cuando estaba terminando mi doma con Soph. Esa tensión extraña y poderosa que me había sacado de mi concentración.

«¿Quién demonios eres?».

Se puso de cuclillas, y llegué a pensar que me alzaría de la silla para cargarme a cuestas, sacarme de allí y follarme contra cualquier superficie.

«¿Eso te gustaría?».

«Claramente», siempre había sido una mujer muy sexual que no le temblaba el pulso para reconocer cuando alguien me atraía.

Mi gozo en un pozo. Casi de inmediato, volvió a recuperar su posición y fue hacia atrás.

Había contenido la respiración ante la posibilidad de que se cumpliera lo que me había pasado por la cabeza y, si mi amiga no me hubiese dado un pellizco, me habría quedado sin aire por la contención, y eso que todavía no le había visto la cara.

Quizá fuera mejor así, el cerebro tiende a completar aquello que no ve, y me gustaba demasiado en mi imaginación.

El espectáculo continuó, y yo seguía sin apartar la vista del motero.

—Estás tensa —dijo Sophie, inclinándose hacia mí, mientras él giraba al compás de sus compañeros. Aparté por un segundo la mirada hacia mi amiga, que parecía preocupada—. ¿Qué te pasa? ¿Es por lo que nos has contado antes de Nate?

Confieso que, en cuanto subí al coche, lo primero que hice fue poner al día a las chicas de lo que acababa de pasar en mi apartamento, tanto la interrupción de mi vecino como sus atenciones en los últimos tiempos.

—Solo quería que me dijerais que no estaba loca por rechazarlo. Lo que me pasa es que tengo demasiadas cosas en la cabeza y apenas tiempo para descargarlas.

—Bueno, pues entonces necesitas esta noche más de lo que crees. Y quizá ese tío al que no le quitas el ojo sea el afortunado. —Solté un bufido—. No pongas esa cara, te conozco lo suficiente como para saber que quieres tirártelo, y que conste que no te juzgo, tiene algo que… Ufff. —Se abanicó con la mano y se acercó a mi oído—. ¿Quieres dominarlo, o que te domine?

Acababa de hacerme esa misma pregunta y no tenía una sola respuesta.

Mi amiga lo captó, demasiados años juntas acudiendo a sesiones de BDSM.

—Mmm, interesante.

—¡Déjame, Soph! —intenté sonar seria, pero el calor me subía por el cuello, encendiéndome las mejillas.

—No puedo. Es que esto es demasiado bueno. —Mi mejor amiga me observó con una mirada divertida, y luego señaló hacia el escenario—. ¿Sabías que puedes pagar por un baile privado?

—Sophie… —le advertí, pero ella se encogió de hombros con inocencia fingida.

—¿Qué? Solo digo que sería una forma interesante de desestresarte y cumplir con lo que le dijiste a Nate, eso de que puedes estar con quien quieras, cuando quieras y donde quieras. No me digas que con ese pecado no te apetecería hacerlo, porque no te creo.

—Y haces bien.

Mi amiga soltó una carcajada.

Los pecados capitales abandonaron el escenario, y aquella bruma de atracción se esfumó con el motero.

La conversación continuó, salpicada de bromas y comentarios pícaros.

—Necesito otra bebida —dije, levantándome de un salto.

—¿Otra? ¿Ya? —preguntó Emily, levantando una ceja—. Candice, cariño, si sigues a este ritmo, acabarás en el escenario con ellos.

—Quizá es lo que quiere nuestra amiga, pecar. —Sophie me lanzó una mirada cómplice mientras yo negaba y preguntaba si querían algo más. Nadie se sumó, por lo que fui hasta la barra.

Allí había un chico con máscara, pajarita y sin camiseta. Tenía un torso fibroso, estético y carente de toda la brutalidad del tío en quien había puesto los ojos.

Su pelo rubio caía ladeado sobre uno de los ojos grises, era atractivo, sin más.

—Hola, guapa, ¿te puedo ayudar? Tenemos servicio a mesa, solo hay que esperar a que los demás salgan y cojan las bandejas.

—No puedo esperar, quiero un…

—Motero… —La voz de Soph me sorprendió por detrás y puso un billete en la barra—. ¿Cómo se llama el primer tío que ha salido al escenario?

—¿El *boss*?

—Joder, no me digas que se llama Hugo, tendría todo el sentido. A mi amiga le flipa esa marca… —El chico desplazó la mirada entre Sophie y yo con una sonrisa canalla.

—Se llama Envidia.

—Y fuera de aquí, ¿se le puede conseguir? —insistió.

—¡Sophie! —la reñí.

—A él no —aclaró—, pero a mí sí. Si os queréis divertir, os puedo hacer un dos por uno… O sea, os follo a las dos y solo pagáis un polvo.

—No es por despreciar tu oferta, nene, pero los únicos polvos que pago son los de Huda Beauty. Anda, ponnos lo que te pida mi amiga.

—¿Es que te has vuelto loca? —le pregunté a mi amiga, dándome la vuelta para reñirla en cuanto le dije al camarero lo que quería.

—Solo buscaba información… Ya sabes…, «para una amiga» —agitó las cejas—. Ese chaval está acostumbrado a las proposiciones indecentes. No te agobies, y por lo menos ahora tenemos un sobrenombre, o un apellido, se le ha escapado que es el *boss,* podría ser un dom, o el jefe de la plantilla… Quizá sea justo lo que necesitas…; dejar de darle a la cabecita y que el *boss* te domine.

La idea me excitó.

—Sus bebidas —prorrumpió el camarero detrás de nosotras.

Las cogimos y regresamos la mesa.

Lo que decía Sophie tenía todo el sentido. Las personas que están constantemente tomando decisiones sienten cierta liberación en la sumisión. En ella, se cedía el mando para que otro eligiera qué era lo mejor y la mente entraba en un estado de máxima relajación y placer.

El DJ anunció que empezaban las actuaciones individuales, el primero sería Envidia, lo que me hizo apretar el paso y sentarme de inmediato.

«Cálmate, Candice», me dije a mí misma.

—¡Que empiece el espectáculo! —exclamó mi amiga, alzando la copa y mirándome de soslayo.

CAP Í TULO 17



Jordan

El escenario no me era ajeno. Durante parte de mi vida, lo convertí en mi territorio, no me refería a ese, sino a muchos otros en los que había actuado, en los que había fingido ser quien no era, como en la mayor parte de mi vida desde que entré en el sórdido mundo al que me empujaron.

El del SKS no era lo mismo para mí, era un refugio, un lugar de canalización, transformación y liberación. Estaba sobre mi templo, aquel que erigí al resurgir de mis cenizas y desde donde podía controlar el ambiente, los sentimientos y las reacciones de las clientas.

Me sabía la coreografía de presentación al detalle, mi cuerpo estaba habituado a la música, que cambiábamos junto a los pasos cada cierto tiempo, para que las asiduas no se aburrieran. Me movía con precisión estudiada, cada paso, cada giro, cada mirada estaban ensayados hasta el punto de la perfección. Pero, esa noche, algo cambió.

Tan pronto como salí, las luces me bañaron y el rugido de la música llenó el aire. Lo sentí. Una tensión extraña, como un hilo

invisible que tiraba de mí desde algún punto del club, guiándome sin que pudiera evitarlo.

Mis movimientos seguían el ritmo potente de *Highway to Hell*, y era así justo como me sentía, como si el infierno se hubiera desatado frente a mis narices y estuviera de camino a él.

Empecé a moverme con una mezcla de energía cruda y sensualidad que siempre hacía que la multitud perdiera la cabeza mientras buscaba el foco de mi inquietud, hasta que lo encontré. Estaba allí, en una de las primeras mesas, rodeada de cientos de mujeres, aunque yo solo pudiera vibrar en la sintonía que emanaba ella.

«¿Qué demonios?».

Sus labios llenos se curvaban en una sonrisa que era tan casual como devastadora. Su cabello caía en suaves ondas alrededor de un rostro color canela de piel cálida. Aunque si tuviera que quedarme con una cosa de esa enigmática mujer, sin lugar a dudas, serían sus ojos.

¡Joder! Pese a las luces, se atisbaba aquel tono tan cristalino que navegaba entre un verde mar y un azul turquesa que cortaba el aliento y daban ganas de zambullirse.

Había una chispa en ellos que me recordaba a algo, pero no estaba seguro de a qué. Aunque lo más importante de ella no era su belleza; estaba acostumbrado a mujeres hermosas, era esa especie de corriente magnética que emanaba, me atravesaba y tiraba de mí con una intensidad que no podía ignorar, era casi sobrenatural.

El resto del club desapareció, las luces, la música, los gritos emocionados de la multitud se desvanecieron hasta convertirse en un ruido de fondo irrelevante.

Mi mente intentó buscar una explicación lógica. Tal vez era instinto, tal vez pura química, o simplemente era «ella».

Lo que tenía claro era que mi corazón bombeaba más rápido y la polla se me había puesto dura de inmediato. Estaba ardiendo en un deseo tan primitivo como imposible de contener.

No era fácil despertar aquella atracción descarnada en mí. Ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que me atravesó algo así, quizá nunca. Mi apetito sexual existía, claro, pero siempre había sido

selectivo, controlado, frío, y por ella, con su simple e inexplicable presencia, todo mi autocontrol parecía haberse evaporado, reemplazado por una necesidad voraz de entender qué era lo que me atrapaba de ella.

Cambié uno de los pasos para acercarme y mirarla a través de la protección de la visera oscura, y cuando nuestros ojos se encontraron…

«¡Mierda! ¿Qué cojones es eso?» .

Se cortó el aire que respiraba y me cargué de electricidad. Quería saltar, cogerla y llevármela a cualquier maldito lugar en el que estar solos, así, sin más, y follar mucho, muchísimo, hasta que no saliera una maldita gota de mí de tanto correrme.

Nada importaba en esa habitación llena de gente.

La música seguía sonando, mi cuerpo se movía por inercia, hasta que uno de los chicos cortó mi conexión pasando frente a mí para decirme que venía el final.

Mi mente estaba completamente embotada por ella. ¿Quién era? ¿Por qué me atraía de una forma tan desquiciante?

Cuando finalmente me alejé del escenario, con el corazón latiendo con fuerza y la respiración acelerada, me di cuenta de que no me había dejado llevar en mucho tiempo, me había permitido sentir algo que no entendía, y eso me desequilibraba.

Solté un resuello, y Janelle se acercó a mí.

—*Boss*, ¿estás bien?

«¿Lo estoy?».

—Respiras como si fuera a darte un infarto.

Tal vez, mi pulso latía tan rápido que estaba al límite del colapso. Intenté tranquilizarme.

—Quizá sea por el casco —parloteó Janelle, subiéndome la visera —. O por la goma que te constriñe las pelotas para mantener la erección. ¿Necesitas que cambie el orden y alguien te sustituya?

—No —logré farfullar—. Estoy bien.

—¿En serio? —Asentí.

—Solo ha sido un golpe de calor, se me pasará…

—Seguro que sí, porque tienes que volver al escenario, eres el primero y te tienes que desnudar.

«Era verdad…».

—¿Doy el OK para que empiece la música y la pirotecnia? —preguntó.

Sin Corey, Janelle se había quedado al mando de eso.

—Sí.

—Muy bien. Ánimo, *boss*, ¡que lo vas a petar!

No tenía elección.

Janelle hizo un gesto que prendió los minúsculos cañones de fuego mientras *Such a Whore*, de JVA, tomaba las riendas de los altavoces y yo regresaba en su busca.

CAP Í TULO 18



Candice

En cuanto volvió a aparecer, desconecté por completo.

Mis ojos entraron en modo visión túnel y mis orejas solo podían pensar en lo impropia y caliente que era la letra de aquella canción.

Él lo eclipsó todo entrando con aquella energía dominante y controladora que me erizaba al completo.

Mis pezones se pusieron duros en cuanto salió montado en una maldita Harley al escenario e hizo rugir el motor.

En mi familia, nos encantaba la velocidad. Mis tíos corrieron en carreras ilegales de coches, y yo era una forofa de las motos, había algo en ellas que me llamaba, por eso tenía una en el garaje del edificio y, de vez en cuando, salía con ella para sentir el viento contra mi piel.

Envidia detuvo el vehículo en mitad del escenario, unos hierros emergieron del suelo para fijar las ruedas y que no se pudiera caer, dándole una mayor estabilidad.

Encima, el fuego era verde, mi color. Me recordaba a Maléfica, mi villana favorita desde que vi la peli interpretada por Angelina Jolie. Seguro que, si la película incluyera sexo, sería una del BDSM.

Sin quitarse el casco, mi motorista acróbata hizo algunas peripecias de lo más sensuales contra el sillín.

Me voló la cabeza al imaginarme desnuda, sentada en él, mientras las ondeantes caderas de su dueño me penetraban al ritmo de la música y me susurraba órdenes al oído.

Iba a entrar en combustión en cualquier momento si seguía haciendo eso.

Se apartó del vehículo para premiarnos con algunos pasos de baile que parecían sacados de un espectáculo, algo subido de tono, de Las Vegas y que, particularmente a mí, me estaban llevando a otro nivel.

—Ahora viene cuando sacan a una del público. A ti no, porque, si pisas en el charco que estás dejando, te ahogas… —se rio Soph en mi oído.

Envidia caminó sobre la plataforma elevada buscando a su futura víctima cuando mis tres amigas se pusieron en pie, sobre las sillas, y decidieron gritar al unísono un: «¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ella lo necesita!», alzando una lluvia de billetes que llamaron su atención.

«Joder, ¡menuda vergüenza!».

—Pero ¡¿qué hacéis, *bitches*!? —proclamé al verlo cambiar de ruta.

—Pues un favor —aclaró Emily.

—Haz lo que yo no me atrevo y déjame que lo vea… —me suplicó Rache.

—Si te apetece hacerte un dedo, te pones una porno —farfullé.

Fue entonces cuando el pecado capital volvió a acuclillarse frente a mí y extendió su mano enguantada invitante.

«¿A quién pretendía engañar? Me apetecía e iba a hacerlo».

Respiré hondo antes de dejar caer la mía sobre el cuero suave. Mis amigas me atravesaron los tímpanos cuando me vi elevada por su agarre.

No se conformó con guiarme a la escalera, no. En cuanto mis pies tocaron el suelo, me tomó de la cintura y me elevó sin esfuerzo, pegándome a él.

Mis fosas nasales quedaron inundadas por un perfume masculino con notas de cuero y licor, algo picante, amaderado y embriagador.

Olía a follable, mamable y masticable, y yo no era de las que se quedaban quietas si algo me gustaba tanto como él. Lo que sentía era genuina atracción en su estado más puro. Por lo que, en cuanto me vi encajada, busqué su cuello sin pudor para acariciarlo con mi manicura de doscientos dólares.

Su gruñido me llenó de satisfacción. No me importó que bajara sus manos hasta mi culo para masajearlo con rudeza y empujarlo, logrando así que ascendiera sobre sus caderas.

Enrollé las piernas, ciñéndome a su cintura, gozando de la dureza que percibía en el lugar más oportuno para mi interés.

No sabía si el calor que sentía era mío, suyo, o de los dos.

Apoyó mi trasero en la parte del final del asiento de la moto e hizo que bajara una pierna hacia el suelo.

La otra permanecía en la cresta de su cadera, así pudo imitar el gesto de una profunda penetración y que las mujeres lo vieran.

Los dedos de mis pies se crisparon, y un escalofrío de puro ardor ascendió por mi vagina.

Cerré los ojos abrumada y gemí. El roce, sumado a lo que ya sentía, era demasiado intenso.

Creí escuchar una imprecación que quedó opacada por el casco, mientras sus dedos se clavaban en la piel de mi costado, expuesta por el suéter calado que poco cubría. Hinqué las uñas en su nuca sin importarme si le dolía o no.

Volvió a recolocar la pierna que tenía en dirección al suelo para devolverla a su cintura. Se subió la visera y, con un gesto que supe interpretar a la primera, me pidió que le ayudara a quitarse el casco.

Creí que ahí moriría mi fantasía sexual, porque seguro que sería muy feo. Me equivoqué.

Pese a tener el 70% del rostro cubierto por una máscara, que lo único que mostraba era una boca de labios firmes, una mandíbula cuadrada cubierta por una barba de dos días y un cuello lleno de tinta.

Supe de inmediato que aquel hombre de ojos azules era jodidamente atractivo y mi tipo.

Estaba jodida.

Tenía el pelo rubio oscuro y no era un crío, lo que me alegraba, siempre había sentido debilidad por los hombres mayores, y ese no era un chaval como el de la barra.

Sonreí como una gata hundiendo la lengua en un tazón de leche, y él lanzó el casco a un lugar que mis ojos no alcanzaron, tampoco es que me interesara su destino. Solo él. Aquí y ahora.

Se humedeció los labios, lo que me hizo desear su lengua entre las piernas, donde Envidia se apretaba.

Debió intuirlo.

Puso mis manos hacia atrás en el sillín para que me agarrara.

Hizo que mis dos pies tocaran suelo, me agarró de las caderas y pasó su lengua desde la pretina de mi pantalón hasta alcanzar mi barbilla, sin que yo hiciera nada por impedirlo.

Se oyeron gritos y no eran míos. Las mujeres estaban exaltadas, apenas podía oírlas por lo fuerte que me bombeaba el corazón.

Me tomó del pelo, tiró de él y mordió en una zona sensible del cuello mientras su entrepierna me rozaba con descaro.

«¡Dios!». Los pequeños aguijones de su barba se me clavaban sin tregua. Jadeé.

Él ascendió y se puso muy cerca de mi boca, admirándola con intensidad.

¿He dicho ya que soy de las impacientes a las que no les gusta demasiado ceder las riendas?

Sin que lo esperara, saqué la lengua, regalándole un lametazo en los labios que lo pilló por sorpresa.

Se le abrieron mucho los ojos, y una de sus comisuras se alzó, provocando que pronunciara sus primeras palabras en un tono ronco y sesgado.

—Cuidado, Chica Mala, o tendré que castigarte.

Si había un «Ábrete, Sésamo» para mí, era la palabra castigo.

Ante la amenaza, mi útero se contrajo. Definitivamente, deseaba lo que acababa de prometer.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué no lo intentas? —lo reté.

En un visto y no visto, mi culo se despegó de la moto, me vi en el suelo, boca abajo, con sus piernas inmovilizando las mías. Prácticamente, se arrancó la chaqueta y me dio una cachetada

sonora que hizo temblar mi glúteo y me hizo desear más, mucho más.

La prenda cayó al suelo y, acto seguido, se quitó la camiseta, que no siguió el mismo camino. Colocó la rejilla alrededor de mi cuello y tiró hacia arriba.

Mi torso se contorsionó en una posición forzada y, en aquella postura tensa, me embistió. Su entrepierna arrancó un firme golpeteo contra mi culo.

Quería salir de ahí, bajarme del escenario y follar.

Hacía bastante que no deseaba a alguien de una forma tan arrolladora.

La presión en mi garganta cedió. Mi pecho tocó el suelo con suavidad y, aplicándome una técnica que no entendí por mi posición, me dio la vuelta sin despeinarse, usando las piernas.

Estaba boca arriba, mi pecho subía y bajaba errático a la par que él se acomodaba en mis caderas, dejando caer su peso contra mí. Llevó el dedo índice a mi boca para pasear la yema enguantada por ella.

No podía mirar a otra parte que no fuera aquel perfecto torso cubierto de tinta.

Separé los labios y capturé el dedo que entró en contacto directo con mi lengua. Esa vez fui yo quien succionó con el desafío brillando en mis pupilas.

—Quítame el guante con los dientes —farfulló, apretando los suyos. Una vena palpitó en su cuello mientras yo acataba la orden.

Tiré de las puntas, dedo a dedo; primero, las de una mano, después, las de la otra, hasta descubrir un par de manos cubiertas de tatuajes y algunas cicatrices antiguas.

Eran fuertes, masculinas, como él. Me gustaron en cuanto las vi, y mucho más cuando sus nudillos alcanzaron mi mandíbula para acariciarla.

Llevé las mías a su torso y las pasé por los dibujos hasta hacer cima en los pezones y pellizcarlos.

Estaba segura de que no era una conducta habitual entre las clientas, o tal vez sí, lo que sí sabía era que su polla se enrocó todavía más contra mi tripa y que el sonido que brotó de su

garganta fue de pura satisfacción. Además de que no me riñó, lo que me volvía más osada.

—Eres perversa, Chica Mala, y te la estás jugando conmigo —bufó, llevando mis manos por encima de mi cabeza para sujetarlas con una de las suyas.

Se desplazó por mi cuerpo hasta ubicar su bragueta encima de mi boca y restregarse justo ahí.

No tenía ni idea de con quién estaba jugando. Si creía que me iba a estar quietecita, lo llevaba claro. Sabía jugar muy bien las cartas que me estaba dando.

Me daba igual quién me mirara.

Separé los labios y lo lamí, lo mordí con suavidad, pequeños bocados que marcaban unos límites que deseaba superar. Mi pecado favorito no se detuvo de inmediato. Su rostro se contrajo de placer, sus poderosos muslos me otorgaban cierta privacidad hasta que decidió detener el juego.

Volvió a descender hasta sentarse en mis caderas, sacándose el cinturón. Lo pasó por detrás de mi nuca y me atrajo hacia su piel.

Si no me había cortado antes, no iba a hacerlo entonces.

Pasé la lengua por la amalgama de músculos y tinta, gozando de su sabor salado.

Hubo aullidos y alguna que otra queja de: «¡Ya está bien! ¡Esto no es un privado!».

No sabía cuánto tiempo llevaba en el escenario, salvo que a muchas les parecía demasiado, a mí no y era lo único que me importaba.

Mi lengua se detuvo y lo miré. No parecía molesto.

—Ni las escuches, aquí mando yo —respondió como si me hubiera leído la mente.

—Claro que sí, Boss.

Empleé el término que le había escuchado al camarero, eso pareció sorprenderlo, aunque no dijo nada.

Cambiamos de posición. Me ayudó a levantarme para dirigirnos de nuevo a la moto, los billetes volaban a un ritmo feroz.

Me acomodó en el asiento, esa vez me puso con el abdomen contra el cuero.

Mi rostro quedaba hacia las mujeres, mientras que la moto quedaba de perfil, obligándome a estar en la parte más estrecha, en perpendicular.

Me agarré a él mientras Envidia bailaba, provocaba a las clientas y se desprendía de las botas, mostrando unos pies de buen tamaño. Era alto, por lo que unos pequeños habrían sido insuficientes.

Se desabrochó el botón del pantalón, provocando una jauría de gritos. Volvió a mí. Se me hacía la boca agua.

Me sentía como si estuviera en un cepo a punto de ser guillotinada, solo que, en lugar de cortarme la cabeza, me dio unos cuantos golpes de polla en los labios sujetándome la cara.

—Bájame la cremallera con los dientes, y hazlo con cuidado.

Reconozco que me costó un poco, sin embargo, pude cumplir la misión.

Olía a cuero y a deseo. Lo quería en el fondo de mi garganta, llenándome entera.

Se dio la vuelta y me ordenó que no me moviese.

Aprovechó para quitarse el pantalón y yo para deleitarme con su culo y aquellas piernas musculadas. Caminó a mi alrededor hasta ponerse detrás. Cubrió mi espalda con la suya. Y se acercó a mi oreja.

—Dime qué quieres, Chica Mala.

—A ti.

—¿A mí?

—Eso he dicho, Boss.

Me gustaba cómo se deslizaba esa palabra por mi lengua. A él también debió gustarle cómo sonaba, porque chasqueó los dedos y, en un visto y no visto, el suelo quedó envuelto en una especie de humo verde con aroma a bosque que nos cubría hasta las caderas.

Su mano me apretó una nalga y gemí.

—Tócame —lo invité.

No fue necesario mucho más para entender la petición.

Ojalá encontrara una serpiente pitón entre la niebla.

No habló, pero se apretó contra mí para mostrarme que estaba tan cachondo como yo.

Llevó la mano derecha a la parte delantera de mi pantalón y, con una maestría fruto de la experiencia de deslizar muchas de esas, metió su mano, saltándose la barrera de mis bragas para colar sus dedos y llenarme de gemidos.

—No quiero ruidos…

Lo entendí a la primera. Él fingía que seguía la actuación cuando lo que estaba haciendo era que me corriera. No le costó.

Estaba demasiado necesitada de lo que fuera que me estaba dando como para ponerme reticente o no darle paso.

Hundió dos dedos en mi humedad, formando la curvatura perfecta, encontrando a la primera ese lugar que sabía a ciencia cierta dónde me iba a llevar.

Restregó la base de su mano contra mi clítoris y trabajó con las yemas la diminuta zona rugosa que me puso los ojos en blanco.

Mi respiración se volvió superficial, su ritmo era devastador, me estaba atravesando de tal manera que, en pocos segundos, mis uñas se hundieron en la piel del asiento, al igual que mis dientes, para ahogar el grito incontrolable que me hizo pedazos y me catapultó a lo más alto.

La música estaba acabando cuando se retiró de mi interior. Intenté controlar el temblor que me seguía sacudiendo de cabeza a pies.

Cuando sintió que estaba calmada, me animó a incorporarme, me acompañó a la mesa bajo los aplausos enfebrecidos de mis amigas y las caras de asco de las mujeres de mi alrededor.

Me dio un beso en la mano y musitó en mi oído.

—Tu sabor me lo dejo para el camerino, Chica Mala.

Se separó, acercándome los dedos que habían estado sumergidos en mí, para que entendiera lo que quería decir.

Subió de un salto al escenario y, como guinda final, se arrancó el calzoncillo que arrojó sobre mi mesa y en mi dirección, mostrando una gruesa y preciosa erección que supe de inmediato que quería para mí.

Tras enseñarla, hizo una reverencia y se largó.

CAP Í TULO 19



Candice

—¿Qué ha sido eso? —murmuraron mis tres amigas casi al mismo tiempo.

Yo agarré mi segundo daiquiri de cereza y lo apuré de un trago.

—No sé a qué os referís —musité sin poder controlar la sonrisa que palpitaba en los labios.

—A lo que acaba de ocurrir en el escenario —comentó Rache.

—Se llama polla, repite conmigo, po-lla. —Cogió el calzoncillo y me lo tiró a la cara, haciéndome estallar en carcajadas.

—Eso no era una polla, eso era un arma de destrucción masiva. Fijo que, si le acaricias los huevos, sale un misil —anotó Emily.

—¿Y por qué tienes ese aspecto de haberte fumado un porro o echado un buen polvo? —siguió hurgando Rache—. ¿Es que ese humillo verde era extracto de cannabis, o qué?

—Más bien llevaba extracto del orgasmo de nuestra amiga, ¿no has visto lo mojados que llevaba ese tío los dedos y cómo ella mordía el asiento? —Cuando Soph hablaba, subía el pan.

—Vale, me ha masturbado y me ha regalado un orgasmo, ¿y qué? Ni que fuera la primera vez que os liais con un tío que no conocéis.

—¡No es un tío, es un pecado capital! —proclamó Emily.

—¿Y?

—¡Pues que estabas en un escenario con muchísima gente delante, os podría haber visto cualquiera! ¡Ha sido una temeridad! —espetó Rache. En eso podía estar algo de acuerdo, sin embargo…

—Por si no te has fijado, había menos visibilidad que en la peli de *Gorilas en la Niebla* —respondí—, tenía una maravillosa y espesa cortina de humo, además de una moto de gran cilindrada, dudo que alguien haya podido ver nada, es más… Sin pruebas, no hay delito, su señoría.

—¡Tenemos su calzoncillo y, si hurgamos en tu chichi, fijo que hay resto de ADN! —se carcajeó Emily.

—Ahí no vais a mirar, qué queréis que os diga, ¿que he sido una imprudente? Pues sí, pero vosotras sois las culpables de traerme aquí y que me deje llevar.

—Pues yo estoy encantada de que hayas desfogado un poco, aunque también te diré que, si fuera tú, ya estaría yendo detrás para que rematara lo que ha empezado, menudo portento…

Yo también lo había pensado, y quizá lo hubiera hecho si no me hubiese sonado el teléfono que tenía sobre la mesa.

¿Quién narices podía ser a esas horas?

Cuando vi el nombre de Nate iluminando la pantalla, me dieron ganas de no contestar. De hecho, no lo hice. Pero a la tercera llamada consecutiva, ya no me quedó más remedio.

—¿Vas a responder? —preguntó Soph, arqueando una ceja, mientras el DJ anunciaba al siguiente pecado capital.

—¿Y si le ha pasado algo? —respondí, suspirando.

No podía con la culpa si ignoraba la llamada y resultaba ser algo importante. Ella asintió, aunque con un gesto que decía claramente «espero que no arruine la noche». Necesitaba silencio, así que me dirigí al baño.

—Como no sea importante, te juro que… —musité antes de contestar.

—¿Señorita Star?

La voz al otro lado me descolocó. No me sonaba de nada.

—¿Sí?

—Disculpe, ¿es usted Candice Star? La tengo como contacto preferente en el móvil del señor Nathan Blake.

El corazón me dio un vuelco.

—Sí, soy yo. ¿Está bien? ¿Le ha pasado algo? ¿Quién es usted? ¿Se ha dejado el móvil en alguna parte? ¿Ha tenido un accidente? ¿Me llama del hospital?

Las preguntas salieron disparadas de mi boca, atropellándose unas con otras.

—Eh…, no. Bueno, yo… soy el camarero del RT60. Estaba aquí tomando unas copas hace un rato y…, bueno…, en fin, la policía acaba de llevárselo.

—¿Cómo dice? —Sentí un nudo formarse en mi estómago.

—Sí, verá… Primero estuvo hablando conmigo, después con una mujer y… De verdad, creo que es mejor que se lo cuente él, me pidió que la llamara mientras se lo llevaban. Se había dejado el teléfono en la barra.

—¿Sabe a qué comisaría lo han llevado? —Mi voz era una mezcla de incredulidad y pánico.

—Pues… la que se encarga de…, bueno, de los casos de pagar por sexo.

La ira mezclada con confusión subió de golpe por mi pecho.

—¿Perdón? ¿Pagar por sexo?

—Sí, ya me entiende.

—Eso no está penado desde hace tiempo.

—La cosa cambia si se trata de una menor…

Mis ojos se abrieron como platos mientras las palabras retumbaban en mi cabeza.

«Joder, Nate, ¡qué cojones has hecho!», dije para mis adentros, clavando la mirada en el espejo del baño, como si de alguna forma me ofreciera respuestas.

El camarero seguía hablando, intentando explicarse, pero yo apenas lo escuchaba. Mi mente ya estaba corriendo a mil por hora, pensando en cómo sacarlo del lío en el que acababa de meterse y qué implicaciones tendría.

—Gracias por llamarme. Me dirigiré a la comisaría ahora mismo y, por favor, guarde el teléfono, el señor Blake es un abogado de prestigio, es importante. Lo llamaré cuando pueda ir a buscarlo. —Colgué antes de escuchar su respuesta.

Salí del baño como una exhalación, buscando a Soph, quien seguía en la mesa absorta en la actuación del tipo que iba vestido de aviador.

—¿Qué pasa? —preguntó Sophie al ver mi cara.

—Tengo que irme. Nate está en un lío.

—¿Qué tipo de lío? —preguntó Emily, curiosa.

—El tipo de lío que implica policías, acusaciones graves y mucha mierda por limpiar.

Rachel me miró con los ojos muy abiertos.

—Voy contigo —se ofreció Soph.

—No, quédate. Está todo bien, solo… necesito manejar esto sola, vosotras quedaos y disfrutad.

—Jeoffrey está fuera, dile de mi parte que te lleve y luego vuelva a buscarnos.

—Te lo agradezco, pero…

—No hay peros, hazlo.

Le ofrecí una sonrisa a mi mejor amiga y asentí, era una cosa menos de la que preocuparme, ponerme a buscar un taxi.

En cuestión de minutos, ya estaba fuera del SKS. Jeoffrey me acompañó en cuanto averigüé en qué comisaría estaba mi socio y amigo. Por suerte, tenía contactos a los que recurrir.

Mi mente seguía girando como un tornado, tratando de entender cómo había terminado en un lío como aquel.

¿Una menor? ¿Nate? Algo no cuadraba. Y, aun así, el miedo a que fuera verdad se instaló en mi pecho.

Lo habían trasladado a la que quedaba más cerca del RT60. No importaba lo que costara, lo sacaría de ahí y después le arrancaría la piel a tiras por ser tan jodidamente idiota.

El trayecto fue un borrón de luces y ruido. Intenté serenarme y centrarme mientras llegaba.

En cuanto Jeoffrey se detuvo frente al edificio gris y anodino, supe que iba a necesitar más que mi carné del colegio de abogados para

abrirme paso.

—¿Quiere que la espere, señorita Star?

—No, gracias por traerme, de verdad. —Cabeceó y se fue.

Mi contacto me recomendó que llevara paciencia, pues los arrestos por este tipo de cargos solían ser un auténtico caos burocrático.

Cuando entré, el lugar estaba abarrotado. Personas gritando, oficiales rellenando informes y un ambiente denso que casi podía cortarse con un cuchillo. Me acerqué al mostrador de recepción, detrás del cual un oficial revisaba unos papeles con aire desganado.

—Buenas noches. Estoy aquí para ver al señor Nathan Blake. Soy su abogada. —Mantuve mi tono firme, profesional.

El oficial levantó la mirada, escrutándome con un gesto que decía: «¿Otro caso más?».

—¿Candice Star?

—Sí.

—Bien. La hemos intentado llamar, pero su cliente no recordaba de memoria su teléfono y no hemos tenido tiempo de indagar.

—Suele pasar, Google tiende a poner las cosas difíciles cuando se trata de abogados.

El oficial me miró mal.

—Espere aquí un momento.

Desapareció por un pasillo, dejándome allí con los nervios crispados. Unos minutos después, volvió acompañado de otro agente.

—Señorita Star, ¿puede confirmar su identidad? —preguntó este último.

Asentí y mostré mi carné profesional.

—¿De qué se le acusa? —pregunté directamente.

El agente suspiró, revisando una carpeta.

—Solicitación de prostitución, específicamente con una menor. Le detuvimos en el RT60 tras un operativo encubierto.

Me quedé en silencio, dejando que la información se asentara, mientras mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Necesito verlo. —Mi tono no admitía discusión.

El agente asintió con cierta resignación y me guio hacia una pequeña sala de entrevistas. Allí, sentado al otro lado de la mesa, estaba Nate. Desaliñado, con el cabello revuelto y el rostro demacrado, parecía tan desorientado que se me encogieron las tripas. Cuando me vio entrar, sus ojos mostraron una mezcla de vergüenza y alivio.

—Candice… —murmuró, con la voz quebrada.

—Dame un momento. —Me dirigí al agente que esperaba en la puerta—. Quiero privacidad para hablar con mi cliente.

—Tiene diez minutos, señorita. —El oficial cerró la puerta tras de sí, dejándonos a solas.

Tomé asiento frente a Nate, clavando mis ojos en él.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté en un tono bajo, pero cargado de tensión.

Él bajó la mirada, jugando nerviosamente con sus manos.

—Yo… No sé… Estaba en el RT60, bebiendo, intentando… no pensar.

—¿No pensar en qué?

—En ti. —Alzó la mirada, y el peso de sus palabras cayó sobre mis hombros como una losa—. En nosotros, en lo que estaba haciendo mal… Me-me dijiste que… que saliera, que conociera gente. Eso estaba haciendo. Pero entonces apareció esa chica…

Fruncí el ceño, tratando de seguir el hilo de su explicación.

—¿Qué chica, Nate? ¿Una menor?

—¡No lo parecía! Tendrías que haberla visto, ¡¿cómo iba a saber que tenía diecisiete?! ¡No le pedí la tarjeta identificativa!

—Pues deberías haberlo hecho…

—Pensé que…

—No pensaste, eso está claro… —bufé.

—Me habló, se reía, parecía que a ella sí le gustaba, coqueteamos y luego me ofreció… Ya sabes.

—¿Y aceptaste? —Mi tono se volvió más frío, más cortante—. ¿Lo viste una buena idea?

—Nunca he pagado por sexo, te lo juro, pero me sentía tan mal, tan solo que… ¡Soy un idiota!

Solté un suspiro largo, llevándome una mano a la frente.

—Nate…

Me detuve en seco, las palabras se atoraban en mi garganta, mientras mi mente viajaba al SKS, a los billetes que volaban entre el público y a ese camarero ofreciéndonos sexo a cambio de dinero. A mí me podría haber pasado lo mismo, nosotras tampoco le pedimos que nos demostrara su edad.

—Lo siento, Candice, lamento haberte decepcionado. Sé que no es excusa, pero estaba desorientado, bebido. No sabía qué hacía. Solo quería olvidarme de todo… Olvidarme de ti.

El silencio que siguió fue abrumador. Su confesión me dejó sin palabras, llenándome de culpa.

—Esto es un lío, Nate. ¿Tienes idea de la gravedad del cargo?

Él asintió, tragando con dificultad.

—Sé que la he cagado, que esto puede ser un escándalo y no ayudaría nada al bufete que trascendiera. Por favor, ayúdame. No quiero que esto arruine todo lo que hemos construido.

Cerré los ojos un momento, tratando de calmarme y pensar con claridad.

—Vale, escucha. Vamos a salir de esta, pero necesito que sigas mis indicaciones al pie de la letra. ¿Me oyes? No abras la boca, no digas nada a nadie sin que yo esté presente.

Él asintió de nuevo, con los ojos llenos de arrepentimiento.

Salí de la sala y me dirigí al oficial encargado del caso.

—Mi cliente niega saber que la persona implicada era menor de edad. Necesito que me proporcionen la información de contacto de la supuesta víctima y cualquier detalle relevante del operativo.

El oficial me miró con desconfianza.

—Lo que tenemos es suficiente para proceder con los cargos.

—¿Suficiente? —Alcé una ceja, adoptando un tono más combativo —. Porque, hasta donde yo sé, la acusación de solicitación a una menor requiere que el cliente sea plenamente consciente de la edad de la víctima. Mi cliente no lo era. Y si proceden sin pruebas claras, estarán vulnerando sus derechos.

El oficial se tensó, pero no retrocedió.

—Lo revisaré.

Asentí, dándole a entender que no iba a dar un paso atrás.

De vuelta con Nate, le di un leve apretón en el hombro.

—Van a mantenerte aquí hasta que se aclare todo. Voy a trabajar en tu defensa, pero necesitas ser honesto conmigo al cien por cien.

—Lo seré. Lo prometo.

Respiré profundamente, iba a ser una noche larga, llena de llamadas, favores y una buena dosis de presión legal. Sin embargo, no pensaba dejarlo tirado, lo sacaría de esa y después ya le pegaría una bronca monumental. No iba a dejar que esa cagada se lo llevara por delante.

CAP Í TULO 20



Sepúlveda

El rugido del motor resonaba en el interior del coche mientras Martínez conducía con su típica mezcla de relajación y concentración. Yo, por otro lado, estaba atrapada en mis pensamientos, repasando cada detalle del caso de las universitarias. Habían pasado dos semanas desde nuestra reunión con el forense, pero lo que descubrimos entonces seguía pesando en mi mente.

—¿Vas a quedarte callada todo el camino, o te arranco las palabras a golpe de chiste malo? —preguntó Martínez, lanzándome una mirada de reojo con esa sonrisa que siempre usaba para sacarme de mi ensimismamiento.

—Inténtalo y juro que me lanzo del coche en marcha —lo amenacé y volví a recluirme en mi silencio.

—Tú lo has querido, ¿por qué el váter quiere que sea otoño?

—No pienso contestarte…

—Porque está harto de ver-ano —estalló en carcajadas mientras yo me tragaba la mía porque, si algo tenía César, además de un pésimo gusto por los chistes, era una risa contagiosa—. Jefa, tienes el sentido del humor atrofiado.

—Y tu mujer el del amor, contigo se confirma que es ciego, sordo y todo lo demás.

—Lo acepto, pero no se lo digas a ella, que quede entre nosotros. Admite que, sin mis chistes, estas misiones serían un tostón.

Suspiré, pero una pequeña sonrisa se formó en mis labios.

Mi amigo tenía razón: sin sus bromas, la vida sería mucho más tediosa. Sin embargo, en ese momento, no podía quitarme de la cabeza lo que habíamos descubierto.

Regresé al día en que algo de luz quedó arrojada sobre el caso extraoficial que estábamos investigando.

2 semanas antes.

El frío metálico de la morgue siempre conseguía que mi cuerpo se tensara. Ramírez estaba allí, esperándonos con esa expresión mezcla de orgullo y preocupación que solía tener cuando descubría algo importante que se les había escapado a los demás, por eso era el mejor.

—Gracias por venir tan rápido —nos saludó presuroso el colega de César mientras ajustaba sus gafas y nos invitaba a acercarnos al ordenador. Amplió la imagen para que comprendiéramos lo que estábamos viendo—. He visto cosas raras, pero como esto…, nada.

Martínez y yo nos miramos, compartiendo esa mezcla de curiosidad ansiosa que solo surge cuando estás a punto de dar con algo grande.

—Explíquese, por favor —respondí, intentando sonar profesional, mientras contenía el impulso de exigirle que fuera al grano.

El hombre suspiró y nos contempló con una expresión de cansancio, no era de los que les gustaba precipitar las cosas.

—Cuando revisé los informes iniciales, noté que los análisis de sangre eran incompletos. Se centraron en sustancias comunes: drogas recreativas, alcohol, benzodiacepinas, lo típico. Pero no incluyeron un análisis más profundo del tejido uterino ni un perfil hormonal extendido. Decidí realizarlo yo mismo, porque algo no cuadraba.

—¿Por qué piensa que obviaron esos análisis? —Él se encogió de hombros.

—Ya sabe cómo funciona esto, el departamento busca respuestas rápidas y los recursos son los que son, sobre todo, cuando se trata de mujeres extranjeras encontradas en cunetas. —Asentí.

Martínez levantó una ceja.

—¿Y qué encontró?

—Una concentración inusualmente alta de metabolitos asociados a algo que no se encuentra en el mercado.

—¿Se refiere a una droga en estado embrionario?

—Yo no lo tacharía de droga, más bien, de medicamento, puede que esté en fase experimental. Si he tardado tanto tiempo es porque no tenemos conocimiento de que exista algo así en el panorama médico actual.

—Continúe —murmuré, interesada.

—Es una hormona sintética que actúa como sensibilizador de fertilidad. Básicamente, optimiza las condiciones del útero y regula los ciclos ovulatorios de forma imperceptible para la usuaria.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—¿Un medicamento experimental? ¿Cómo llegó algo así al cuerpo de estas chicas? —pregunté.

El forense asintió, comprendiendo nuestras dudas.

—Como le decía, este compuesto no está aprobado para uso comercial ni clínico. Apostaría el cuello a que está en fases preliminares de investigación, lo que significa que solo podría haberse administrado de forma controlada, como en un ensayo clínico... o en un experimento no autorizado.

—¿Está sugiriendo que estas mujeres estaban siendo usadas como conejillos de indias?

—Ese tipo de hipótesis se las dejo a usted, que es la experta.

—¿Podría haberse dado cuenta una de ellas de que estaba siendo tratada con algo? —preguntó Martínez, cruzando los brazos.

—Si formaba parte del programa, sí; si no, también podría darse el hecho de que no lo supieran. La hormona es gradual y no genera efectos secundarios notables. Su único propósito parece ser preparar el cuerpo para un embarazo exitoso. Pero el rastro es tan sutil que

nadie pensaría en buscarlo a menos que supiera qué buscar, y eso fue exactamente lo que hice tras consultar con un colega especializado en endocrinología experimental.

—Es decir... —Martínez dejó la frase en el aire.

—Es decir —continuó el forense—, que estas chicas fueron preparadas como si fueran terrenos fértiles antes de ser… sembradas y cosechadas. Y lo que más me preocupa es la precisión y la intención que pueda haber detrás de todo esto.

Chicas jóvenes siendo empleadas como terrenos de cultivo, úteros andantes que eran eliminados tras su cometido, eso era lo que había, y me daba muy mala espina.

¡A tomar por culo la teoría de Vargas!

Mis manos se cerraron en puños involuntarios mientras procesaba lo que acababa de escuchar. Sentía náuseas al pensar en ello. Era un nivel de manipulación y control que daba auténtico pavor.

Volví al presente cuando Martínez encendió la radio, interrumpiendo mis pensamientos con una canción de *rock* suave. Fruncí el ceño, pero decidí no decir nada. Estábamos dirigiéndonos a un almacén en las afueras, el último lugar relacionado con uno de los nombres que había aparecido en los registros del caso. Un científico con antecedentes oscuros y conexiones con laboratorios clandestinos que fue retirado de la profesión por sus métodos poco ortodoxos.

—¿Crees que encontraremos algo? —preguntó Martínez mientras giraba hacia la salida que llevaba al almacén.

—Si no lo encontramos, quizá él pueda darnos algún dato que nos acerque más a la verdad. —Mi tono era más confiado de lo que sentía.

El almacén se alzaba frente a nosotros, un edificio gris y anodino que parecía gritar «Busca en otra parte». Por eso mismo, íbamos a entrar ahí. Tanto César como yo sabíamos que, precisamente, en lugares como ese, siempre había algo que encontrar.

—¿Lista para jugar a los detectives, jefa? —bromeó mientras apagaba el motor.

—Lista para atrapar a cabrones que juegan con las vidas de mujeres inocentes. —Ajusté mi chaqueta y me aseguré de que mi

arma estuviera en su lugar antes de bajar del coche.

Se había levantado algo de viento y el aire me golpeó, despejando ligeramente la niebla de mis pensamientos.

Martínez se colocó a mi lado. Nos dirigimos con paso firme a la entrada del almacén.

Según el informe, era el último lugar que situaba a Simon Rush en algún punto, necesitábamos un poco de suerte para arrojar algo de luz, ¡joder!

Empujé la puerta con cuidado, y el sonido metálico resonó en el silencio.

El interior era aún más sombrío que por fuera.

Estanterías metálicas llenas de cajas y frascos se alzaban a ambos lados, un laberinto de pasillos oscuros repletos de medicación, utensilios y telarañas...

El olor a productos químicos era penetrante, y una gruesa capa de polvo cubría todo, lo que indicaba que el lugar había sido abandonado hacía tiempo.

—Esto tiene mala pinta —murmuró Martínez mientras movía su linterna por la estancia.

—Si la tuviera buena, no estaríamos aquí. —Mi voz era apenas un susurro mientras me acercaba a una mesa llena de papeles.

—Si no hablamos y preguntamos si podemos entrar, es allanamiento —masculló César.

—Que yo sepa, llamamos a la puerta y creímos oír un adelante. Tal vez fuera un fantasma…

—Eres tremenda, jefa —chasqueó la lengua.

Continuamos avanzando hasta lo que parecía una zona de ensayo, justo al lado había algunos papeles, un archivador y el cerco de lo que, en su momento, debió contener un ordenador.

Cuando tiré del cajón metálico, lo único que me dio la bienvenida fue un montón de carpetas vacías y un par de cucarachas.

—¡Mierda!

—¿No tienes nada, jefa?

—Alguien se ocupó de llevarse lo que fuera que hubiese aquí.

—No todo… —murmuró Martínez, mostrándome un bloc de pósit en blanco.

—No me toques los huevos, si los quieres para tu mesa, llévatelos.

—No se trata de eso, jefa… Y sobre tus huevos, a veces creo que tienes más que yo.

Bufé y él apuntó las páginas amarillas con la linterna.

—Fíjate bien.

No había tinta, pero sí el trazo que dejaba un bolígrafo al escribir en la página de encima fruto de la presión.

—¿Es un número de teléfono?

—También hay una dirección… —Eso no se veía tan bien—. A no ser que su mujer le pidiera que llamara a la tintorería y fuera a buscar su abrigo a ese lugar, quizá podamos tener algo.

—Rush no está casado.

—Mejor que mejor.

—Larguémonos y veamos dónde nos lleva tu descubrimiento. Buen trabajo.

Mientras nos dirigíamos de vuelta al coche, no pude evitar sentir que estábamos un paso más cerca de la verdad. Tenía muchas ganas de dar con ella, sobre todo, después de que me arrebataran el caso y que me intentaran implicar en el asesinato de la directora de la residencia de estudiantes de Columbia.

Algo apestaba, y el tufo a turbiedad llevaba demasiado tiempo golpeándome. Iba a dar con la verdad me costara lo que me costase.

CAP Í TULO 21



Jordan

El aroma del café recién hecho llenaba la cocina, pero su efecto estimulante apenas servía para despejar la tormenta que llevaba dentro.

Apoyado contra el ventanal, con una taza humeante en la mano, no veía más allá de los edificios, porque mi mente seguía atascada en mi última subida al escenario y la posterior bajada a los infiernos.

Habían pasado cinco días desde el sábado, cinco días desde que se me fue la cabeza y me salté todas mis puñeteras normas, las mismas que les aplicaba a todos los chicos.

«No se puede bailar solo con una clienta, porque para eso están los privados y todas tienen el mismo derecho», se iban a hartar de echármelo en cara y que les hubiera dicho que era porque justamente quería que se dieran cuenta de lo que no se debe hacer… No colaba.

Las risitas y las pullitas fueron de órdago.

Lo peor de todo era que seguía atrapado en ese bucle mental y que me arrastraba sin piedad, una y otra vez, al escenario, a ella.

Los espectáculos eran exactamente eso: es-pec-tá-cu-los. Un trabajo, una coreografía, un papel que desempeñaba con

profesionalidad cuando me correspondía. Lo había hecho mil veces, sacando mujeres del público, dejándolas jugar al borde de sus límites, encendiendo sus fantasías sin involucrarme más allá de lo estrictamente necesario. Pero aquella mujer... Aquella mujer había borrado todas las líneas.

Cerré los ojos, apreté los labios y sacudí los nudillos. Los tenía claramente perjudicados, porque me dejé las vendas e igualmente decidí que necesitaba hacer saco, un error de manual, así que los tenía bastante magullados y seguía con el malestar.

Llevé los labios contra el borde de la taza y bebí.

Tenía su aroma atascado en mi pituitaria, y no me refiero al de su colonia, sino al de los dedos. Los había olido varias veces antes de meterlos en mi boca, ávido de su sabor.

«¿Qué cojones me había hecho para que sintiera esa atracción tan brutal?».

Fui al vestuario con el cuerpo encendido y la entrepierna al borde de la gangrena. Ni siquiera podía recordar la última vez que había terminado un espectáculo con un dolor de testículos tan agudo.

Es de primero de estríper, después de ponerte la goma, si te excitas, tienes un problema, y uno de los gordos, aunque como a mí me iba el dolor, ahora tenía una marca alrededor de la polla, un morado que constataba lo mucho que me había empalmado por su culpa.

Me quité el disfraz con movimientos torpes y busqué el agua helada de la ducha, ni con el helor golpeándome la espalda logré contener la necesidad de tocarme, de hacerme una paja pensando en ella, y me gustaría decir que el daño que sufrí me frenó. No fue así, actuó de acicate, la mezcla perfecta, el chorro de semen impactó contra las baldosas mientras yo me sujetaba y las piernas me temblaban.

«¡Joder!».

Me costó calmarme, pasé varios minutos allí, hasta que no pude apurar más el tiempo, no podía romper el ritmo de la rotación.

El calor que desató en mí aquella desconocida seguía ardiendo bajo mi piel, como una quemadura que no se apagaba.

Me vestí todo lo rápido que pude y subí a la sala, me avergüenza decir que la busqué, salvo que, cuando llegué a la mesa donde la dejé con sus amigas, ella ya no estaba.

Solo las otras tres mujeres, que charlaban, reían y lanzaban billetes a Soberbia, que, encantado, les sonreía y sacaba a una al escenario, la que parecía menos entusiasmada.

Pensé que tal vez había ido al baño, pero no fue así. No volvió. Había desaparecido, y no iba a ser yo quien la buscara.

«Por el amor de Dios, ¡que tenía los cuarenta y cuatro cumplidos!».

Apoyé la taza sobre la encimera de la cocina con un golpe seco, rememorando su manera descarada de provocarme en el escenario, como si estuviera hecha para soportar todo lo que pudiera hacerle, incluso una paja en público y arrancarle aquel orgasmo…

Mi polla reaccionó ante el temblor sentido, las contracciones contra mis dedos y el gemido opacado por el sillín de la moto.

Ninguna de las sub con las que había estado había provocado esa marea de emociones, esa necesidad de premiar su entrega, con el SKS a rebosar de ojos observándonos.

Me pasé una mano por el pelo húmedo, frustrado.

No tenía tiempo para eso. Había regresado del gimnasio hacía media hora, y se suponía que debía estar repasando los números de la semana del SKS, justo después de mandarle los mensajes diarios a Shadow, pero lo único que hacía era pensar en ella.

No podía permitir que una desconocida, que seguramente no volviera a ver, me desequilibrara de esa forma. Mi autocontrol siempre había sido férreo, mi habilidad para separar el trabajo de cualquier emoción personal, legendaria… Sin embargo, su energía, su actitud retadora, su entrega, me había atrapado en una espiral que iba más allá de su aspecto físico, aunque tenía que admitir que era preciosa.

La única palabra que se me ocurría era conexión. Esa chispa invisible que tiró de mí en el preciso instante en que nuestras miradas se cruzaron; aunque ella no pudiera verme los ojos, supe de inmediato que lo sentía con la misma fuerza que yo, estaba ahí,

tirando de ambos. Era magnética, un imán que nos atrapaba sin remedio.

Estaba desquiciado, y eso no era propio de mí, necesitaba hacer algo o terminaría tan mal como Lujuria.

Al pensar en Damien, mi mente viajó automáticamente a lo ocurrido con él hacía apenas una noche.

Era pasada la media noche cuando mi móvil vibró sobre la barra del SKS. Estaba cerrando a punto de subir al ático, cuando el nombre que apareció en la pantalla me hizo fruncir el ceño.

—¿Damien? —pregunté extrañado al responder.

—Jefe… —La voz de Soberbia estaba entrecortada, como si le costara hablar—. Necesito que vengas al Savage.

Su tono me alertó al instante. Era como si le costara hablar, me puse en alerta al momento. Muchos de mis chicos estaban solos en Nueva York y les tenía dicho que, ante cualquier adversidad, me telefonearan…

—¿Qué pasa?

—Es… complicado. Por favor, solo ven, te mando los códigos de acceso para que puedas entrar. Date prisa, boss*.*

No me hizo falta más, tenía una sensación incómoda en el pecho.

El Savage estaba relativamente cerca del SKS, a unas manzanas, lo abrieron apenas una semana después de que yo arrancara con mi negocio, era uno de esos lugares de habitaciones exclusivas que mezclaban lujo y decadencia a partes iguales.

Podías rentar una habitación por temporadas, como solían hacer los chicos que se vendían, o por horas, a clientes que buscaban un rincón discreto en el que poder mantener sus affaires*.*

Bajé directo a por el coche, llegaría antes si aparcaba en el garaje del establecimiento.

No tardé ni cinco minutos, teniendo en cuenta la poca distancia que nos separaba.

Accedí sin mayor problema con las claves que Damien me facilitó.

Anduve por el pasillo de las habitaciones temáticas, diseñadas para satisfacer a los más fetichistas, lo reconozco, había venido alguna que otra vez, aunque no muchas.

La iluminación era ajustable, podías encontrar desde bañeras de hidromasaje, espejos estratégicos a mobiliario de BDSM. Nunca sabías a quién te podías encontrar detrás de una de esas puertas.

Tras poner los cuatro dígitos de apertura, la puerta de la habitación de Damien se abrió. Estaba sentado en la cama, las led rojas envolvían el cuarto de paredes tapizadas en negro, aunque en lo único que podía fijarme ahora era en él.

Las sombras no lograban ocultar las heridas que marcaban su cara: un pómulo amoratado, un labio partido, y la fina línea de sangre seca que corría su ceja izquierda.

—Joder, Damien, ¡¿qué te ha pasado?!

—No es lo que parece. —Se frotó la nuca, evitando mi mirada—. Bueno, no sé qué parece.

—Parece que alguien te ha convertido en su sparring *y su saco a la vez.*

—Vale, bueno, quizá sí sea lo que parece…

Me senté a su lado y vi que contraía el gesto, llevándose la mano a las costillas.

—¿Vas a contarme lo que ha ocurrido? ¿Por qué no has ido al hospital a que te vieran? ¿Ha sido una clienta?

—Su marido. No sabía que estaba esperándola, debió seguirnos, el aparcamiento estaba completo, así que aparqué en el descampado que hay detrás del edificio y…

—Me lo puedo imaginar… —Los maridos celosos eran lo peor y, sobre todo, si les dabas motivos, más. No era el primero ni el último de mis chicos que sufría una paliza.

—Era un jodido toro.

—Eso parece —revisé su cara de modelo.

—¿Estoy muy mal?

—Lo superarás…

Suspiré, cruzándome de brazos.

—Ahora, dime, ¿por qué no te has ido a casa?

—Me duele demasiado al respirar, no creo que pueda conducir… y… no tengo seguro médico.

«Mierda, eso es lo que era el sistema sanitario de Estados Unidos».

—Como tenía la habitación pagada, pensé que si descansaba un rato… Pero el dolor ha ido a peor, casi no puedo ni respirar.

La cosa no pintaba bien.

—Necesitas que te vea un médico. Vamos.

—Te he dicho que no tengo seguro, y tampoco quiero que nadie más lo sepa, quedaría como un imbécil si los demás se enteran. Por favor, boss*.*

—Me apellidan discreción, voy a llevarte a un sitio donde sabremos qué te pasa y sin preguntas.

Corey no estaba disponible esa noche, pero intuía que Marcus, su socio, estaría en la clínica, era un tipo serio, de máxima confianza y el novio de Janelle. Lo llevé hasta allí sin más discusión.

Había acertado, Marcus no nos hizo esperar, se lo llevó a un box e hizo que me quedara en la sala de espera.

Le pedí que no le dijera a nadie que estábamos allí como favor personal, ni siquiera a Janelle, su expresión se endureció, pero asintió.

—Los médicos tenemos secreto profesional con nuestros pacientes, Jordan.

—Lo sé, es solo que el asunto es delicado, así que mejor no preguntes, solo asegúrate de que esté bien. Haré una buena donación por las molestias.

—No es necesario, ya sabes que aquí atendemos a todo el mundo.

—Y a mí me gusta ser agradecido.

No le robé más tiempo.

Cuando Marcus terminó, me dijo que sería conveniente que Damien pasara allí la noche, pero este no quiso. Me dio un listado de medicamentos y me advirtió que necesitaba por lo menos una semana o dos de descanso. No tenía nada roto, pero sí una situación delicada.

—Yo me ocupo.

—¿Seguro?

—Sí, soy el responsable.

Él volvió a apretar los dientes y asintió.

Acompañé a Damien hasta su edificio, haciendo parada en una farmacia de guardia, le costaba caminar. Le pregunté si quería que lo acompañara hasta el piso.

—No hace falta, hay ascensor, gracias por todo, boss*, lo siento muchísimo.*

—No hay nada que sentir, solo descansa y procura elegir mejor a tus clientas o, por lo menos, no aparcar en descampados.

Le dije que dejara ahí su coche y que, cuando sintiera que podía conducir, me llamara, yo vendría a buscarlo y lo llevaría a por él. Era un cuatro latas, así que no despertaría mucho interés.

El zumbido del móvil me arrancó de esos pensamientos. Parpadeé, volviendo al presente. En la pantalla, tenía un mensaje emergente.

Shadow

Buenos días, amo. Su perro ya está despierto y listo para que lo use.

El estómago se me revolvió al leerlo. Era un maldito juego, consensuado y seguro, a él le gustaba que lo llamara así. Simplemente, no podía evitar el nudo que se formaba en mi garganta cada vez que leía los términos con los que se refería a sí mismo.

Luché contra mis propios demonios mientras respondía con un audio, sabiendo que debía mantener las reglas establecidas por Selene.

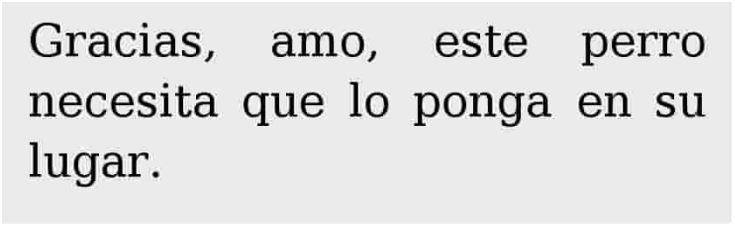
—Veo que no has tenido suficiente. ¿Es eso lo que necesitas, Shadow? ¿Que sea más duro contigo? Por mucho que te patee, siempre necesitas más, los trozos de mierda como tú merecen lo

que les pasa. —Cogí aire y lo solté despacio—. Prepárate para hoy porque no voy a pasarte una.

Endurecí al máximo mi tono para que no me temblara la voz, tembló al final. Pese a que me gustaba dominar, mi estilo era muy diferente a ese. Entendía que mi Mistress quería que asumiera que ese tipo de juegos no tenían por qué vulnerar a nadie como me pasó a mí, sin embargo, me estaba costando la vida seguir las indicaciones. Esperaba que volviera pronto.

Dejé el móvil sobre la mesa y cerré los ojos un momento. La sensación de cruzar líneas que nunca pensé cruzar, de explorar territorios que siempre había mantenido a raya, me estaba pasando factura.

Shadow



Tras leer la respuesta acompañada de su fotografía envuelto en látex y posición de sumisión, me preparé para recitarle las órdenes del día.

Al terminar, me sentía al límite, no solo por Shadow, también porque hasta que Damien se recuperara, me tocaría seguir siendo un pecado capital y, por supuesto, por la jodida desconocida. Necesitaba poner remedio a mi desasosiego, a lo mal que me sentía, y solo conocía una manera de hacerlo.

Sin pensarlo demasiado, abrí el cajón del escritorio y saqué la tarjeta que Selene me había ofrecido como válvula de escape. Según

me dijo, el ama Candy estaba al corriente de que de un momento a otro podía solicitar sus servicios.

La observé durante varios segundos, antes de tomar la decisión que estaba postergando.

Tomé el móvil y escribí el mensaje que había intentado evitar desde el día en que recibí esa tarjeta.

> Buenos días, Ama Candy, soy ToyBoy. Mistress Selene me dio su tarjeta. Necesito una doma. Solo dígame cuándo, y estaré allí.

Presioné «enviar» antes de que el pánico me hiciera cambiar de opinión. No hacía falta que le preguntara el sitio, porque las domas siempre eran en el L&W.

Mientras esperaba una respuesta, no pude evitar sentir que estaba a punto de cruzar otra línea que iba a cambiarlo todo.

CAP Í TULO 22



Magaly

Tenía el móvil en la mano, pero la pantalla seguía negra.

Había revisado los mensajes como veinte veces en cuanto salí del instituto, aunque sabía perfectamente que no habría ninguno nuevo.

La discusión con mi padre fue de órdago, y el eco de sus palabras seguía resonando en mi cabeza.

—Te he dicho que no y es que no, ahora no lo entiendes, porque todavía eres una cría. —Odiaba cuando me decía eso, y él se pensaba que era supermayor, cuando en realidad tampoco es que nos lleváramos tanto—. No sabes dónde irán a parar esas fotografías, y no me gusta que tu imagen se use para vender nada.

Ray y su madre permanecían en silencio mientras él me daba la chapa.

—Papá, te he dicho que es un maldito calendario benéfico, que vamos a participar todos, voluntarios y trabajadores. Lo recaudado es para una buena causa…

—Me conozco esas buenas causas y dónde terminan esos calendarios, colgados en camiones o en habitaciones de pederastas.

Hice rodar los ojos.

—¡Por el amor de Dios, papá!

—Te he dicho que no quiero y punto. Dile a tu jefa que no voy a firmar el consentimiento, lo siento.

Miré de soslayo a su pareja, que intentaba mantener una actitud neutral, tampoco es que esperara que alguien me defendiera, pero un poquito de apoyo no me vendría mal.

—¿Qué te cuesta? Nos dejan quedarnos con las diez fotos que más nos gusten, y es una fotógrafa famosa, lo hace gratis para colaborar por la causa.

—Me dan igual tus argumentos, no voy a cambiar de opinión, lo siento.

—Contigo siempre es igual. ¡Odio tu forma de controlarme cuando no tiene sentido! No voy a hacer nada malo, ¡y lo que tú piensas que es por mi bien no lo es! ¡Estoy harta de tanto control!

Solté un bufido y me fui dando zancadas hasta la habitación mientras desoía su llamamiento y sus amenazas de que si no entraba en razón no iba a dejar que volviera a la asociación. Lo llevaba claro.

Me estrellé contra la cama, golpeé el cojín con rabia y después me puse a llorar.

Estaba harta, cansada, entendía que nos habían pasado cosas malas, pero no todo iba a ser siempre así, y mi padre creía que sobreprotegiéndome iba a conseguir que jamás me pasara nada. ¿Y qué ocurría si me partía un rayo yendo por la calle?

Mordí el borde de mi uña mientras aparcaba. Sabía que no debía hacerlo porque mi madre siempre me decía que quedaba fatal. Pero estaba nerviosa, y con razón. La sesión de fotos para el calendario era ya, y no tenía la maldita autorización firmada.

Sabía que, en cuanto me encerré en el cuarto, Ray y su madre trataron de calmar las cosas, pero él no cedió, era la intransigencia personificada y tampoco es que la pareja de mi padre pudiera tensar más la cuerda.

Respiré hondo antes de salir. Había llegado temprano, porque quería hablar con la señora Vílchez para decirle que el ogro de mi padre me había fastidiado. Mejor enfrentar las cosas rápido que andar con el estómago en un puño todo el día.

—¡Magaly! —La voz de mi jefa me recibió con una sonrisa radiante que me hizo sentir aún más culpable. Era guapísima y su familia también era del Salvador, no se lo dije a mi padre porque, con lo neurótico que era, seguro que pensaba que me iba a secuestrar para llevarme a una mara. Me acerqué y noté el entusiasmo en sus ojos—. ¡Qué suerte que hayas podido venir antes! He tenido que convencer a la fotógrafa para que se quedara hasta que vinieras. No sabes la ilusión que me hace que participes. Todas las demás fotos ya están hechas, y solo faltas tú. Vas a salir increíble, Tessa iba a ser el mes de julio, así que nadie mejor que tú para honrar ese vacío que nos dejó a todos.

«¡Genial! Encima había guardado ese mes para mí, para honrar a la mujer que escogió mi trabajo como ganador y falleció hacía unos meses, la que me instruyó. Seguro que mi madre no hubiera puesto impedimento alguno en que me las hiciera».

—Hola, señora Vílchez —la saludé.

Todo el mundo había colaborado, porque la única que no tenía la bendición del inoportuno de mi padre, para hacer algo tan simple como posar para un calendario benéfico, era yo.

Mi sonrisa era débil, pero suficiente para que no sospechara nada.

—Tenemos todo preparado —continuó, emocionada—. Las chicas de maquillaje y peluquería están en una de las salitas de espera, y hemos montado una escena preciosa para tu sesión. Como ya te comenté, vamos a inspirarnos en Disney, ¿a qué niña o mujer no le gustaría ser una de sus princesas?

»Como representarás el mes de julio, te tocó La Sirenita. —Encima era mi princesa favorita, tenía que ser una señal—. Incluso trajimos arena de la playa para darle realismo. ¿A que es genial? Menos mal que Jona pudo hacernos un hueco, mañana se va a Groenlandia a fotografiar a los de Greenpeace para concienciar del calentamiento global, es una mujer fantástica.

Asentí, aunque por dentro me sentía como una bomba a punto de explotar. ¿Cómo iba a decirle que no tenía la firma de mi padre?

—¿Has traído la autorización? —preguntó con el mismo frenesí, como si supiera que la respuesta iba a ser afirmativa.

Mi garganta se cerró. No podía negarme, era incapaz. Si lo hacía, la fotógrafa se iría y no tendría a nadie. Por mi culpa, todo el esfuerzo que había hecho para organizar esto se iría al traste.

—Sí, claro. La-la tengo en la mochila. —Mi voz salió con un tono titubeante que no me gustó nada. Demasiado insegura. Intenté arreglarlo con una sonrisa falsa—. Eh… dame un minuto. Voy al baño y te la doy, que he venido haciéndome pis desde el instituto.

—Claro, ya sabes dónde está.

Ella asintió, todavía sonriente, mientras yo me escabullía con el corazón latiéndome a mil por hora.

En cuanto entré, saqué el móvil y busqué rápidamente un PDF de una autorización escolar que tenía guardado. Mi madre siempre me decía que no debía borrar esos documentos, porque nunca sabías cuándo podías necesitarlos. Bueno, ahora necesitaba algo más que el archivo. Necesitaba la firma de mi padre.

Respiré hondo y me concentré. Con un bolígrafo, copié su firma lo mejor que pude, usando como referencia la carta que me había firmado hacía meses para la excursión. No era perfecta, pero, con suerte, no se darían cuenta. Además, ¿quién firma siempre igual?

Tampoco iban a pasarla por un grafólogo, y dudaba que mi padre comprara el calendario de la asociación, seguro que ni se enteraba.

Cuando salí, le entregué el papel a la señora Vílchez, intentando que el labio no me temblara. Ella lo tomó sin mirar demasiado, con una sonrisa que me hizo sentir aún peor.

—¡Perfecto! Ven conmigo, que el equipo de vestuario y maquillaje te está esperando.

Me tomó de la mano para llevarme a una sala donde estaban tres mujeres trabajando. Una revisaba un carrito lleno de productos de maquillaje, otra organizaba peines y planchas, y la tercera, la estilista, sostenía un bikini diminuto de color verde iridiscente.

Tragué con fuerza, esa marca me encantaba. Mi padre no quería ni verla, porque decía que eso y nada era lo mismo. Si por él fuera, iría a la playa con un traje de buzo.

Mis ojos se abrieron como platos al verlo.

—¿Es para mí? —pregunté, aunque la respuesta era obvia.

—Por supuesto, cariño —respondió la estilista con una sonrisa—. Es perfecto para la temática de La Sirenita y, lo mejor de todo, una vez te lo hayas puesto, te lo quedas.

—¿En serio? —Ella asintió.

Sería la envidia de mis amigas, si es que algún día podía ponérmelo…

Mi rostro se puso rojo como un tomate al pensar en cierto problemilla en el que no había caído.

—No sabía que las fotos serían en bikini. No estoy…, eh…, no estoy preparada, ya sabes. —Señalé hacia abajo—. No voy todo lo bien depilada que debería.

Ella soltó una risita cómplice antes de extenderme una maquinilla de afeitar.

—No te preocupes, aquí venimos preparadas para todo. Pasa a la zona de personal, que hay una ducha, no te depiles en seco o te dolerá, y vigila que no te cortes. ¿Necesitas ayuda?

—¡No! —respondí rápidamente, sintiendo que me quemaba de la vergüenza.

—Tranquila, Magaly. Como ves, todas somos mujeres, no tienes de qué preocuparte.

No era por ellas… El nudo de nervios era culpa de mi padre.

La señora Vílchez me acompañó hasta las duchas, ofreciéndome una toalla y una pinza para que el pelo no se me mojara.

Me quité la ropa y me miré en el espejo, tenía que pasarme la cuchilla por todas partes… Intenté no tardar demasiado.

Me sequé con vigor y me coloqué el biquini observándome en el cristal.

Tragué con fuerza.

La braguita era tan pequeña que tuve que depilarme entera, no había un solo pelo fuera de lugar. Además, por detrás era tanga, supuse que me pondrían una cola, era una sirena…

El top era un triángulo invertido diminuto que no cubría demasiado. Era tendencia, para coger mayor bronceado se exponía más piel de lo normal. Además, mis pechos no eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeños, me quedaba como las chicas de las redes.

Dejé ir el aire que estaba conteniendo y salí pasándome los dedos por el pelo.

A mi regreso, todas dijeron lo fantástica que estaba, empezaron con el maquillaje y el peinado, sentándome frente a un tocador improvisado.

Las chicas trabajaban con rapidez y precisión, me sentía muy cómoda y ayudaba que me dijesen lo bien que estaba quedando.

En poco tiempo, tenía el cabello lleno de ondas, como si acabara de salir del mar, decorado con perlas y conchas, y un maquillaje que hacía que mis ojos aparentaran más grandes y brillantes.

La fotógrafa apareció entonces, con una sonrisa tan amplia que parecía que se le iba a salir de la cara.

—¡Magaly! Estás preciosa. Ven, ven, que ya tenemos todo el decorado para la mejor Sirenita de la historia.

Me llevaron a una consulta que habían transformado en una playa improvisada. Había arena, caracolas y una tela azul brillante que imitaba el agua. Me colocaron sobre una roca falsa y comenzaron a darme indicaciones.

Mi esperada cola de sirena era una especie de pareo largo hecho con seda de colores que jugaba con mi piel al escondite, mostrando y cubriendo partes estratégicas.

La fotógrafa me explicó que todo el atuendo había sido cedido por GOI, la marca de la diseñadora del biquini que patrocinaba parte del calendario y aportaba un generoso donativo, así que íbamos a darle visibilidad al diseño, además de a la causa.

—Relaja los hombros, levanta un poco la barbilla… Eso es. Perfecta. Ahora sonríe.

Al principio, estaba tan rígida como una tabla, pero las palabras de la fotógrafa me ayudaron a ir comprendiendo lo que se esperaba de mí. Me decía lo guapa que estaba, que jugara con el tejido, que probara mis propias posturas.

No sabía que una sesión pudiera durar tanto rato, aunque cuando fue enseñándome las imágenes y vi lo bien que salían las fotos, fui relajándome.

—Eso es, preciosa. Eres toda una sirena. Baila, juega.

Me pusieron música y casi terminó convirtiéndose en una fiesta en la que mi pareo cayó al suelo, pero no me importó.

Una de las chicas me roció con agua para que pareciera que el mar me había salpicado, y yo seguí dando vueltas, bailando sin control.

Para cuando el obturador hizo su último clic, estaba exultante por la experiencia. Había sido raro, emocionante y un poco aterrador, pero también divertido.

Jona me dijo que tenía muchísimo potencial y talento, que si quería un *book* profesional, cuando regresara a Nueva York, podría ir a su estudio, y ella me haría uno gratis. También se ofreció a recomendarme a algunas agencias.

No podía dar crédito, jamás se me había pasado por la cabeza que podría llegar a ser alguien en un mundo tan complejo.

Mientras regresaba a la ducha para quitarme todo el maquillaje y la purpurina, mi cabeza daba mil vueltas por lo que acababa de hacer.

Y cuando mi ropa normal volvió a estar sobre mi cuerpo, las tripas se me retorcieron por la culpa.

Puede que hubiera cumplido un sueño que ni yo misma sabía que tenía, lo que no me gustaba era que había sido a costa de falsificar la firma de mi padre, de desobedecer su orden y, aunque una parte de mí sabía que lo había hecho por una buena causa, no podía evitar sentir que había cruzado una línea complicada.

Salí de la asociación con una mezcla de orgullo y congoja que no sabía gestionar. Lo único que tenía claro era que, si papá se enteraba, estaría muerta.

CAP Í TULO 23



Anita

Sonreí y me acerqué a la zona de vestuarios para quitar las microcámaras que había instalado en los espejos antes de volver a casa.

Todo había salido como esperaba.

El calendario había sido la excusa perfecta para obtener las imágenes que queríamos de la hija de la *tronera*[3] de Elena y mi marido.

Magaly recién salida de la ducha haría salivar a aquellos hombres que iban a pagar una auténtica fortuna para participar en la preciosa noche que le tenía preparada.

Sabía que era virgen, e intervenir en una orgía con una, para embarazarla, no les saldría barato.

«Lion, Lion, Lion...», canturreé en mi mente el apodo que usaba mi difunto marido para llamarlo mientras se lo follaba.

Me moría de ganas de que viera a la que había adoptado como hija propia, aunque era la bastarda de mi marido, siendo preñada por varios hombres al mismo tiempo.

Hubiera gozado exponiéndola a un *chequeo*, el ritual a través del cual se entraba en la mara SM-666 y que incluía una violación múltiple por todos los *homeboys*[4] del grupo si eras una mujer guapa, además de una golpiza.

Daba lo mismo, les iba a dar tanta Viagra que iban a pasarse toda la noche rellenándola, uno tras otro, como un pavo en acción de gracias. Sería lo más largo y desagradable que pudiera.

Y la guinda del pastel sería la retransmisión en directo, una que le haría llegar a Lionel cuando fuera el momento y que sabía que lo haría enloquecer de impotencia. Quería que supiera lo que se siente cuando te desgarran por dentro, como hicieron conmigo.

Lo odiaba con todo mi ser, a él y al *cerote*[5] de Ray Wright, ambos habían acabado con mi mundo, y había llegado el momento de que yo les arrebatara todo lo que amaban ese par de *pipianes*[6].

Cuando llegué a casa, corrí en busca de mi marido, el único que me entendía y completaba.

Estaba en el salón, tocando *Claro de Luna* al piano, su canción favorita. Tenía muchísimo talento y una sensibilidad especial para la música o cualquier cosa que hiciera con los dedos.

Yo estaba exultante y quería celebrar nuestro triunfo parcial.

Esperé a que acabara la pieza para abrazarlo por detrás, nuestro hijo dormía plácidamente en la cuna que Luka instaló al lado del instrumento, porque al niño le relajaba.

Por lo menos, ya podía mirar a mi hijo sin que me dieran arcadas, lo toleraba.

—¿La has visto? —murmuré en su oreja a sabiendas de que habría seguido la retransmisión desde mi llamada.

—En vivo y en directo. Tiene un cuerpo que muchos querrán mancillar.

Tuve una punzada de celos. No porque Luka se tirara a otra mujer, ambos compartíamos cama y juegos, era porque se trataba de Magaly.

—¿Te ha excitado su vulnerabilidad? —quise saber.

—A mí solo me excitas tú, Tigritsa.

Tiró de mí para besarme.

Caí encima de las teclas mientras su lengua se hundía en mi boca.

«Le había excitado», lo conocía demasiado bien.

Dejó de besarme y llevó la pieza de encaje suave a su nariz para aspirar.

—Tú sí lo has hecho.

—A mí me excita lo que está por venir… —Me humedecí los labios. Los suyos se alzaron en una sonrisa perversa cargada de lujuria.

—No tienes ni idea, Tigritsa, no tienes ni idea...

CAP Í TULO 24



Candice

«¡Menuda semanita!».

Llevaba desde el sábado intentando solucionar el embrollo en el que se había metido mi socio.

Después de días de varias gestiones que me llevaron a llamadas interminables y dejar un poco de lado el caso de Clara, había conseguido que la policía retirara los cargos contra Nate.

No era algo positivo tener un bufete con alguien acusado de haber intentado tener sexo con una menor previo pago…

Di gracias a que no pudieron demostrar que la chica dijo su edad y, sobre todo, a las conexiones del padre de Nate. La situación se había resuelto antes de llegar a mayores y, en parte, era gracias a él.

Al principio, Nathan no quería inmiscuirlo. La idea de que su padre pensara que era un putero de crías no le hacía la menor ilusión, sin embargo, siempre lo protegería pasara lo que pasase, y me agradeció la intromisión. Tanto para informarlo de lo que ocurría como para que la noche de los hechos no estuviese en el calabozo.

Señor Blake al margen, por fin pude tener la charla que tanto necesitábamos para aclarar de una vez nuestra situación. Sabía que sería complicada a la par que necesaria. Seguir como estábamos solo nos traería más problemas, así que era preferible establecer unos límites, por incómodo que fuera.

Le dije que, como era incapaz de salvaguardar los límites y entender mis necesidades, había decidido cortar nuestra relación sexual.

Él juró y perjuró que ya le había quedado claro, que podría separar el trabajo del placer, pero yo ya no confiaba en eso. Su insistencia había llegado demasiado lejos, y aunque no quería perderlo como amigo y colega, debía dar un golpe encima de la mesa.

—Lo siento, Nate, la decisión ya está tomada. Por mi parte, no habrá una sola señal que te indique que quiero algo más de lo que tenemos, así que te agradecería que asumieras este nuevo rol, porque no me gustaría que nos perdiéramos y, si seguimos así, vamos a hacerlo.

Triste y con ciertas reticencias, terminó aceptando, diciéndome que era demasiado importante para él y que, si era lo que deseaba, lo iba a respetar.

Ese día tenía juicio, por lo que no lo tendría rondando por el despacho como un alma en pena.

Había planeado pasar la mañana repasando las pruebas y telefonear al forense que me recomendó el señor Blake. Y digo había porque mis intenciones no se cumplieron. Al salir del despacho a por un café, Shauna, la secretaria del bufete, me interceptó angustiada.

—Siento interrumpirla, señorita Star.

—¿Qué ocurre, Shauna?

—Tiene una visita que se ha negado a irse, lo lamento, no la tenía agendada. —Arrugué el ceño—. He querido avisarla personalmente, porque se trata de una inspectora de Homicidios, Sepúlveda me ha dicho que se llama. —«Cómo no»—. Y me ha dicho que no se iría sin hablar con usted. Da bastante miedo.

Dejé ir una exhalación.

—¿Le digo que está ocupada y que vuelva otro día? Aunque no sé si funcionará.

—Dudo que a esa mujer le sirva.

Pensé en decirle a ese grano en el culo que no atendía sin cita previa, y lo habría hecho de buena gana si no supiera que tal vez pudiera sacar información. Siempre iba bien saber qué mano tenía el oponente para ir de farol, o no.

—Llévala a la sala de reuniones y dile que me espere allí, necesito cinco minutos para poder tomarme el café.

Apuré la bebida, regresé al despacho a por la carpeta del caso y añadí algunos folios en blanco para anotaciones.

La inspectora Sepúlveda estaba sentada en una de las sillas de la larga mesa rectangular, la que dejaba los perfilados edificios a su espalda.

La estancia era sobria y las vistas cortaban el aliento, no hay que olvidar que estábamos en pleno distrito financiero, como decía Nathan: «en todo el meollo del dinero».

Cuando ocupé mi asiento, tras saludarla y darle los buenos días, estaba preparada para enfrentar su actitud autoritaria y beligerante.

—Gracias por recibirme —dijo sin parecer incómoda. Llevaba un *bleizer* azul marino, un pantalón en un tono menos, fruto de los lavados, y una camisa blanca que contrastaba con su piel morena.

—A usted por la visita. ¿Cómo puedo ayudarla?

—No se trata de cómo puede ayudarme, señorita Star, sino de cómo voy a ayudarla yo a usted a entender la realidad del caso de su clienta.

Enderecé la espalda, no era de las que iba con rodeos.

—Adelante.

—El caso Goldstein tiene tantas incongruencias que parece un colador. Simplemente quiero entender algunas cosas. Me gustaría que me explicara cómo su clienta pudo apuñalar al señor Goldstein y dejar la empuñadura impoluta si, según ella, estaba en estado de *shock* y todo fue en defensa propia.

—La mente humana es un misterio. Si tiene dudas, bastará con que hable con un psiquiatra y le explique que tras un suceso

traumático pueden darse ciertas lagunas —respondí con calma.

—La laguna de su clienta tiene el tamaño de Panamá. ¿Y qué me dice sobre la sangre diluida en el fregadero? —Sepúlveda alzó una ceja, como si me estuviera desafiando a inventar algo convincente.

—Imagino que fue hasta allí para lavarse las manos…

—La salpicadura no correspondía a alguien que fue a lavarse las manos…

—Parece saber mucho más que yo, intente rellenar los huecos.

—Era la de alguien que quiere destruir pruebas.

—Si usted lo dice... Pero eso tendrá que demostrarlo.

—Créame, lo haré.

Su actitud me enfermaba.

—Hablemos del apuñalamiento. La precisión de la herida era… impresionante, por decirlo suavemente. No parecía la incisión de alguien que actúa en defensa propia, sino la de una persona que sabía exactamente dónde clavar el cuchillo.

—Las series policíacas y los documentales de crímenes reales son bastante educativos —repliqué, manteniendo el tono firme—. Por no hablar de la suerte del principiante.

—Cómo obviar algo científicamente contrastado —respondió cínica. Sus dedos de uñas cortas tamborilearon sobre la mesa—. El caso es que me intriga muchísimo que nadie conociera la naturaleza violenta de David Goldstein, todos con quienes he hablado lo calificaban de hombre cabal. Ni su exmujer ni sus amigos ni sus vecinos ni los hombres y mujeres con los que trabajaba. Es más, su exesposa me comentó que el motivo de su separación fue que él quería tener hijos y ella no, por lo que me lleva a plantear que, si comenzó con su clienta, fue con la intención de formar una familia.

—Clara me dijo que ella nunca tuvo la intención de ser madre.

—Bueno, puede que engañara a David, que discutieran por ese motivo y a ella se le escapara el cuchillo de la mantequilla.

—Era el de carnicero.

—Es verdad, qué cabeza la mía…

—Lo que dice no tiene ningún tipo de sentido, además, las personas cambian, usted mejor que nadie sabe que pueden ser muy diferentes en público y en privado.

—O puede que su clienta tenga un trastorno de la personalidad múltiple y por eso no recuerde nada.

—Por favor… Si a lo único que ha venido es a volcar calumnias…

—No son calumnias, y aún no ha escuchado lo mejor.

Me quedé en silencio. Sepúlveda se inclinó hacia adelante, reduciendo la distancia entre nosotras que, dicho de paso, era bastante amplia.

—La posición del cuerpo del señor Goldstein tampoco concuerda con su versión. La científica ha determinado que el viraje del torso solo podría ser fruto de que hubiera dos personas en la estancia: una sujetándole y otra apuñalándole.

No pude ocultar mi desconcierto.

—¿Dos personas?

Mi teoría del amante cobraba fuerza.

—Exacto. ¿Tiene algo que decir sobre eso? Y no me diga que debo preguntarle a la personalidad múltiple de su clienta y que también se puede desdoblar.

Tragué saliva, buscando una respuesta.

—Es… poco probable, aunque quién soy yo para poner en entredicho algún teorema que seguro lo respalda. Al fin y al cabo, es usted quien sugirió lo de que vinieran dos en el envase de una.

Eché balones fuera.

Sepúlveda me miró fijamente, el planteamiento no le hizo gracia, a mí tampoco.

—Debe haber otra explicación plausible, allí no había nadie más. ¿O hay testigos de que sí? ¿O tal vez huellas?

La inspectora negó y sonrió con un deje de cinismo.

—No, lo que no significa que la teoría carezca de fundamento.

—Pues buena suerte con su hombre invisible…

—Dígame una cosa. ¿Sabía que su clienta estuvo acudiendo a un gimnasio en el que daban clases de Krav Maga? Se apuntó hará seis meses, y su profesor dice que tenía un talento inusual, como si ya conociera el arte marcial. ¿Le suena?

—¿Debería?

Fruncí el ceño, intentando procesar esa información. No sabía que Clara practicara aquel deporte, lo que no significaría nada si no fuera

el sistema oficial de lucha y defensa personal usado por las Fuerzas de Defensa y Seguridad israelíes.

—Además, corríjame si me equivoco, pero hacer deporte no está considerado delito ni tipificado en el código penal.

—No lo es, pero sí que su marido muriera apuñalado en su casa y en sus manos. Le recuerdo que su clienta dijo ser una mujer incapaz de defenderse hasta que lo hizo con la mala suerte de que dio en la diana. Curioso, ¿no cree?

»Ah, y por si le interesa, esa misma semana, David Goldstein había pedido cita con su abogado para hablar sobre su testamento. No voy a robarle más tiempo —comentó, arrastrando la silla hacia atrás.

Me puse en pie. La presión en mi pecho aumentaba, pero no iba a darle el gusto de mostrarlo.

—¿Y qué pretendía con su visita? ¿Qué quería decirme con todo esto?

—Que cuando el caballo parece negro, y tú lo ves negro, no suele ser blanco.

—A no ser que se hubiera caído en un pozo de petróleo.

—Siga buscando su pozo de petróleo que, mientras tanto, yo meteré a un culpable más en la cárcel. Dígale a su clienta que, si colabora y nos habla de nuestro amigo invisible, quizá podamos atenuar los cargos, y si ahora me disculpa…, tengo que marcharme, gracias por recibirme.

—Ha sido un placer —respondí, aunque mi tono era más débil de lo que pretendía.

Sepúlveda se acercó a la puerta, ajustándose la chaqueta, y se giró en el último momento.

—Su clienta estará en la cárcel muy pronto. Y usted, señorita Star, haría bien en prepararse, no vaya a ser que la envuelva con su mierda. Buenos días.

—Buenos días.

Cuando la puerta se cerró detrás de ella, dejé escapar un suspiro de frustración. La tensión explotó en mí, y di un manotazo a la carpeta que tenía delante, desperdigando los papeles por la mesa.

Estaba hasta las narices de los secretos de Clara y de esa inspectora metomentodo.

Presioné el botón del teléfono que me comunicaba con Shauna.

—Llama a Clara Goldstein de inmediato y dile que necesito que venga cuanto antes.

—Ahora mismo.

Pincé las comisuras de mis ojos y le di vueltas a las últimas revelaciones, ¿quién demonios era mi clienta?

Saqué el móvil para teclear su nombre e indagar más cuando me di cuenta de que tenía un mensaje que pertenecía a mi otra tarjeta SIM, la misma que tenía integrada en el móvil para no mezclar mis dos mundos.

Me debatí entre si abrirlo o no. Lo hice para no acumular más cosas, y al leerlo, contuve el aliento. Era el sub de Mistress Selene, reconocí el nombre porque me había hablado de él.

No había abierto la carpeta de instrucciones que Selene me dejó. Según ella, era un sumiso muy especial, que requería de un enfoque delicado.

«Genial. Justo lo que necesito en un día como hoy». Pensé en ignorarlo, el problema era que Selene me caía muy bien y que me comprometí con hacerle el favor si Toyboy contactaba conmigo.

Quizá no me fuera mal del todo, una buena doma podía servir para despejar y ver las cosas con mayor claridad. Antes de responderle, entré en la *app* del club para hacer una reserva *online* de la mazmorra.

Cogí la única hora que quedaba libre, me daría tiempo a pasar por el ático, darme una ducha, cambiarme de ropa y después ir hacia allí.

Le puse la hora y le dije que esperara instrucciones sobre el atuendo que debería llevar. No quería cagarla, aprovecharía la hora del almuerzo para echarle un vistazo al informe. La respuesta vino casi de inmediato.

Gracias, ama, allí estaré.

La voz de Shauna saliendo por el altavoz me sobresaltó.

—Señorita Star, Clara Goldstein al teléfono.

—Pásamela.

Respiré hondo, preparándome para lo que venía. Era hora de enfrentarla y ponerla contra las cuerdas.

CAP Í TULO 25



Jordan

La música resonaba en el espacio oscuro decorado en colores negros y rojos que revestían la mazmorra de un ambiente casi infernal. La mezcla de bajos profundos y acordes de guitarra eléctrica vibraban contra las paredes y atravesaban mi cuerpo. La letra era un susurro casi hipnótico, una voz femenina que hablaba de entregarse al caos, de arder, de renacer y someterse a los deseos para elevarse después. Algo que parecía diseñado para arrancarme cualquier posibilidad de salir corriendo.

Algunos candelabros estaban prendidos con velas esenciales de cereza y sándalo, la luz de los led rojizos que enmarcaban las molduras era suficiente para distinguir el mobiliario de cuero y madera oscura que me rodeaba: jaulas, bancos, cadenas suspendidas del techo, un surtido de látigos, *floggers* y palas afincados en la pared, como quien va al supermercado y debe decidir qué especias comprar.

Todo brillaba impecablemente limpio, como recién pulido, los detalles metálicos reflejaban el tenue resplandor de las llamas oscilantes. Había espejos estratégicamente colocados, perfectos para

observar desde cualquier ángulo. Era un lugar diseñado para desnudarte más allá de la piel.

Estaba arrodillado, desnudo, salvo por un chaleco de arnés que cruzaba la parte alta de mi pecho. Una tira de cuero ancha decorada con un par de argollas grandes de las que salían otras dos tiras que pasaban por mi trapecio hasta engancharse en las posteriores. Dos franjas iguales, del mismo material, rodeaban la zona en la que muere el bíceps y arranca el hombro.

Podría haberme pedido que no llevara nada en la parte inferior, sin embargo, me pidió que llevara puesto un *slip* con cremallera, de los que se abren por completo.

La postura no era cómoda, sobre todo, cuando llegabas antes de tiempo, como yo. Estar con las articulaciones en la frialdad del suelo y los pies descalzos no era agradable, teniendo en cuenta que en la posición de sumisión la espalda debe estar muy recta, tensa como un arco, los muslos separados, la cabeza gacha, mirada clavada en el pavimento y las manos descansando en los muslos con las palmas hacia el techo.

La espera me estaba matando. Mi respiración era errática, corta, como si mis pulmones no pudieran expandirse por completo. La temperatura era la perfecta, ni demasiado frío ni demasiado calor, sin embargo… El sudor se condensaba en mis palmas haciendo que las apretara con fuerza cada cierto tiempo, tratando de contenerme. Mi corazón palpitaba como si alguien estuviera aporreando las puertas de mi pecho.

Intenté evadirme, pensar en otra cosa para que el tiempo pasara más rápido.

Estaba a punto de entrar al L&W cuando recordé que no había revisado los ejercicios de Shadow.

Lo hice antes de atravesar las puertas. Me extrañó que no me hubiese llegado nada con lo disciplinado que era, ningún mensaje, como si se lo hubiera tragado la tierra.

A veces, los esclavos actuaban así para provocar a sus amos, para comprobar que iban a darles el castigo que requería sus actos.

Me aparté un poco y le di al botón de grabar empleando mi tono más amenazante.

—Escúchame bien, trozo de mierda. He visto que no me has mandado nada de lo que te pedí, eres un sucio perro rastrero que no merece ni el bol en el que te sirvo la comida, o me mandas los ejercicios antes de las siete o atente a las consecuencias, no voy a tener piedad contigo, a mí nadie me falla.

Solté el botón y vi que casi de inmediato se activó el doble check *azul. Sonreí, lo sabía, me estaba probando… Seguro que ahora apretaba los huevos y tenía los ejercicios en media hora.*

De repente, pensé en Damien. Estuve tan liado que no le había preguntado cómo se encontraba. Lo llamé y contestó a los dos tonos. Su voz sonaba entrecortada.

Me dijo que tenía todo el cuerpo dolorido y tiraba de despensa porque no había podido salir a comprar, cada movimiento era un suplicio.

Me sentí mal, menudo jefe de mierda estaba hecho que ni siquiera me preocupaba por si tenía comida en casa.

Le comenté que me pasaría antes de ir al SKS y le llevaría algo caliente. Apurado, intentó persuadirme de que no me molestara.

No era molestia, sabía perfectamente lo que era estar jodido y pasar hambre. Le advertí que, le gustara o no, estaría ahí sobre las ocho, si llegaba a esa hora tenía tiempo de estar con él un rato, echarle una mano por si necesitaba cualquier cosa y después irme al curro.

Avergonzado, me explicó que el portero de su piso no funcionaba, no abría por mucho que él le diera al botón del interfono. Se lo había comentado varias veces al casero y este pasaba. Además, tampoco es que tuviera un exceso de visitas, así que no le preocupaba.

—Puedo hacerte una perdida y, cuando esté abajo, me tiras las llaves por la ventana.

—Es que estoy postrado en mi cama, doy pena, hasta tengo una botella para echar las meadas.

—Pienso trepar por la escalera de incendio, no me vas a persuadir para que no vaya.

Rio sin humor.

Me comentó que el camarero del bar de la esquina donde solía desayunar tenía una copia de las llaves, porque no era la primera vez que se las dejaba en casa, que lo telefonearía para que me diera la copia si decidía pasarme.

Su voz sonaba tan cansada que me hizo sentir peor por no haber ido antes.

Me dio las gracias, y a mí se me encogió el corazón por ello, no era un mal chico, simplemente había tenido mala suerte, como la mayoría que aterrizaba en el SKS.

Volví al presente, incapaz de apartar por más tiempo mis pensamientos del aquí y el ahora.

Había confiado en Selene cuando me habló del ama Candy. Confié en ella como nunca lo había hecho con nadie entregándome a sus domas, pero entregarle el control a alguien a quien no conocía, sin ni siquiera haber tomado un café previo, me inquietaba. Tal vez debería haber insistido en hacerlo y no haber sido tan impulsivo. ¿Y si iba mal? ¿Y si no conectábamos? ¿Y si no me daba lo que yo venía buscando? Y si… Y si… Y si…

«¡Mierda!». Mi mente se llenaba de agitación, los «y si» eran como una tormenta desatada. Estaba más tenso que nunca, notaba la presión a la que me sometía mi mente en lugar de mi dómina.

Las rodillas me ardían contra el suelo, pero no era ese dolor físico lo que me incomodaba, era otra cosa: una mezcla de nervios y necesidad que no podía controlar.

La canción terminó. Decidí levantarme. No podía más. Había sido un error. Tal vez podría escribirle, disculparme, pedirle que lo dejáramos para otro momento. Pero entonces lo escuché.

El cambio de música. Ocurrió antes de que pudiera moverme, y el repiqueteo de unos tacones sobre el suelo dándole la bienvenida a *Play With Fire*, de Sam Tinnesz.

Cada paso resonaba como un eco que caía en mi pecho vacío. Se acercaban con un ritmo deliberado, pausado, fuerte.

Mi respiración se quedó atrapada en mi garganta, y el vello de mis brazos se erizó como si un relámpago me hubiera atravesado. Su energía llenaba el espacio, una corriente brutal que apagaba

cualquier otro ruido mental, incluso la música. Era como si todo hubiera sido diseñado para amplificar el momento.

Cerré los ojos y traté de centrarme en lo que me rodeaba, en lo conocido, buscando un sosiego que no llegaba. El olor del cuero mezclado con el leve aroma de las velas. El frío traspasando la piel de mis piernas. La presión que ejercía la posición forzada. Podía escucharla dando una vuelta evaluativa a mi alrededor, observándome desde arriba, perdiéndose en cada ángulo. Nada conseguía aliviar mi desazón.

Los pasos se detuvieron. El último sonó demasiado cerca, tanto que mi cuerpo entero se puso en guardia lleno de expectación.

Y entonces, escuché su voz. La de mi nueva señora.

—Salúdame.

Su voz era firme, pero no dura, como terciopelo líquido. Un tono que no admitía discusión y que tampoco era que necesitara imponer fuerza para hacerse respetar.

Una voz que dejó claro que el control ya no era mío.

Separé los párpados para fijarme en la punta de unos zapatos rojos con plataforma y un infame tacón de aguja.

Demasiado cerca, demasiado deseables, para un fetichista de pies como yo.

Mostraba algunos de los dedos envueltos en una media de rejilla. Tenía la pedicura hecha, muy cuidada, lacada en negro, y una piel muy limpia. Eso me gustaba.

Supe lo que se esperaba de mí de inmediato. Cuando una dómina como aquella plantaba su pie así y soltaba que la saludaras, significaba que había empezado su ritual, el juego al que había accedido participar por propia voluntad. Estabas dentro, ahora todo era su dominio y yo su propiedad. Debía rendirle pleitesía como merecía.

¿Estaba dispuesto a hacerlo?

CAP Í TULO 26



Candice

Abrí la puerta de la mazmorra y sentí cómo la energía del lugar me envolvía al instante. Adoraba la mezcla de cuero, cera de cereza y el inconfundible aroma del deseo contenido.

Escogí a conciencia el tema musical. Para mí era imprescindible que el sumiso entrara en su rol desde el primer minuto, al igual que yo.

En cuanto puse mis ojos en él, apreté los muslos.

Siempre había excitación en las domas, salvo que no esperaba el impacto visual que ese hombre generaría en mí.

Incluso contuve el aire. Debía hacer mi entrada ya y no contemplarlo absorta por ese despliegue de masculinidad envuelto por aquella fina capa de fragilidad, de entrega.

Avancé con pasos firmes, dejando que el eco de mis tacones resonaran en el espacio y clavando la mirada en él.

Mi sumiso. Mi juguete. Mi alma ávida de cesión.

Estaba arrodillado; su postura era perfecta, una obra de arte viva que cualquiera admiraría.

La luz lo sumía en un efecto rojizo que me llenaba de picor las palmas de las manos cubiertas por mis guantes de doma.

Su cuerpo era imponente, con músculos esculpidos y tatuajes que se deslizaban como mapas sobre su piel, desde aquella piel suave enmarcada por el *slip* negro hasta su cuello, expandiéndose por el torso, los brazos y, seguramente, la espalda.

Me gustaban aquellos antebrazos tensos que descansaban en sus muslos. La tensión que emanaba de cada línea de su cuerpo me hacía desear pasar la lengua por cada rincón para saborearlo, pero ese no era mi cometido, no era la sumisa, todo en mí gritaba control, y su entrega me hacía la boca agua.

El BDSM no era cuestión de físico, más bien de piel, de sensaciones, de conexión, aunque cuando te encontrabas con un ejemplar como ese, era imposible no admirar su belleza.

Por fin estuve lo suficientemente cerca, no quería sonar precipitada, deseosa de hincarle el diente y adorar su anatomía con mi fusta.

La apreté entre los dedos y corroboré lo que ya intuí de lejos. Era mi tipo: varonil, seguro de sí mismo, con una fuerza contenida que invitaba a ser desafiada.

Entonces, lo vi.

El color de su pelo, la forma que dejaba a la vista aquel dibujo en su nuca debido a la inclinación y busqué la respuesta que acababa de intuir en el resto de dibujos, en la tinta que lo decoraba.

Husmeé el aroma que desprendía en un ejercicio de expansión de los sentidos, esas notas, esas líneas, ese cabello.

Juro que tuve ganas de preguntar en voz alta: «¿Envidia?».

No lo hice, no estaba en un club de estriptis, sino en la mazmorra, y ahí mi rol era diferente.

Mis pasos se ralentizaron al comprender lo imposible: había sido bendecida por la maldita diosa fortuna que había traído a mis pies al hombre que encendió mi cuerpo en el SKS.

¿Qué probabilidades había de que el destino me lo pusiera aquí, así? ¿Sirviéndomelo en bandeja? ¿Esperando mis órdenes? Mi corazón se aceleró mientras trataba de procesarlo.

Según los informes de Mistress Selene, era *switch*, como yo. Eso significaba que nuestras dinámicas podían ser tan fluidas como

quisiéramos. No había límites o roles, salvo los acordados fuera de la mazmorra, y el universo a explorar junto a él podría ser inagotable.

Había hecho los deberes, leí los informes y contaba con información privilegiada, sus gustos, preferencias y límites, estaba en una buena posición para ofrecerle exactamente lo que necesitaba... y mucho más.

Le gustaba el *spanking*, pero no como una expresión de crueldad, sino como herramienta de placer y castigo sensual. Era un amante del control, pero también del juego. Disfrutaba del *bondage*, especialmente con cuerdas que envolvieran su torso y piernas. Me encantaba la idea de llenarlo de nudos.

La privación sensorial como vendas en los ojos, tapones para los oídos o incluso una mordaza también le agradaba.

Estaba dispuesto al *roleplay*, siempre y cuando implicara poder y desafío, pero se negaba en rotundo a la feminización, eso quedaba en el apartado de límites a no traspasar.

Le gustaban los juguetes, los rituales que involucraran objetos o partes del cuerpo. El *edging* llevado al límite para aumentar la tensión y el placer.

Sus infranqueables también eran claros:

Nada que dejara cicatrices permanentes.

Nada que involucrara humillación extrema o degradación que supusiera denigrar su dignidad.

Ningún juego que implicara la pérdida absoluta de control mental.

Y un largo listado de prácticas que a mí no me llamaban nada la atención, como descargas eléctricas, convertirlo en un váter humano o una mascota, etcétera.

Sonreí dejando que la anticipación me llenara. Tener a alguien tan perfectamente diseñado para mi disfrute, ofreciéndose, era un privilegio.

Me detuve frente a él y pronuncié mis primeras palabras:

—Salúdame.

Mi tono era firme, seguro. La orden no dejaba margen de duda. Era el momento decisivo.

Desde mi posición, observé cómo sus músculos se agarrotaban. ¿Me reconocería? Pronto lo sabríamos, aunque todavía no era el

momento de que lo hiciera.

Tenía dos opciones: lamer mis zapatos, como marcaba el ritual, o levantar la cabeza y marcharse. Fueron solo unos segundos en los que contuve la respiración, lo reconozco, pero estuvieron cargados de una electricidad que me recorría desde la cabeza hasta los pies.

Entonces lo vi. Su cuerpo, imponente, comenzó a flexionarse, a arrastrarse lentamente hacia adelante. Sus labios se acercaron al cuero rojo y, cuando los rozaron con una reverencia devota, supe que ya no había marcha atrás.

La presión en mi pecho disminuyó, sustituida por una oleada de poder y satisfacción.

Él estaba ahí.

Y era mío.

La mayoría de los hombres solían hacerlo rápido, había que amonestarlos, o bien por la rapidez o porque sus bocas no ejercían la suficiente presión al recorrerlos. Él no. Podía sentir a la perfección su boca, y la sensación trepaba por mis *leggings* ajustados directa a mi entrepierna.

El coño me hormigueaba, quizá porque ya había tenido sus dedos en mi interior y sabía que era un maestro del arte digital.

Todo cobraba sentido, esa irremediable atracción, esa carga eléctrica que percibí en el club en el que trabaja y su sobrenombre… Boss*,* me gustaba y, aunque no era un apelativo al uso para un sumiso, lo prefería a ToyBoy.

Mi sub se fue arrastrando cubriendo los laterales del zapato, y sonreí al ver que se detenía deliberadamente al llegar a la parte trasera.

—No te olvides del tacón. —Aquella frase formaba parte del juego, y él lo sabía. Las amas más duras podían castigar duramente al sumiso por ello, yo no. Me estaba poniendo a prueba, al igual que yo a él, evaluándome como ama, y eso, a mí, también me gustaba porque significaba que no se entregaba a cualquiera—. Ahora el otro, tengo dos pies.

Los sumisos no solían hablar, a no ser que su ama se lo indicara o que la dom estableciera que quería respuestas o que le diera las gracias tras cada orden.

Eso todavía no lo habíamos hablado, pero lo haríamos.

Cuando hubo terminado, sabía que estaría dolorido por la posición, aunque no lo demostrara. Reptar por el suelo no era cómodo y menos después de haber estado esperándome un buen rato.

Había llegado el momento de la verdad, los dedos me hormigueaban, él había vuelto a la posición inicial, como si de una Roomba se tratara, y yo hice algo que no solía hacer, me quité el guante derecho, lo dejé caer y pasé mis dedos sin cubrir por su pelo para que la textura los envolviera.

El pequeño gesto me llenó de placer y, por el sonido que escapó de su boca, también a él.

Enredé los mechones entre ellos y tiré con fuerza hacia atrás, alzando su rostro. Ahora era yo la que llevaba la máscara, y él estaba a rostro descubierto.

Los dos abrimos mucho los ojos, aunque por motivos muy diferentes.

Tuve ganas de soltar una imprecación, porque aquel maldito pecado capital era el doble de mi sueño húmedo de la adolescencia. Jordan Stein, el jugador de fútbol del Español, el hombre al que le arrebaté mi primer beso y del que nunca más supe tras su lesión, solo que este tenía los ojos de un azul profundo, y mi Jordan de un tono pardo que cambiaba de marrón dependiendo de su estado de ánimo.

Su cara era un plus que no pensaba desaprovechar.

—Hola, Boss —le saludé, otorgándole su apelativo de sub. Él parpadeó.

—No es posible que seas tú…

—¡Silencio! —exclamé como si mis palabras fueran un látigo.

Él no se encogió, como se esperaría de un sumiso, sino que su expresión fue tomada por miles de expresiones distintas.

Que me hubiera reconocido era buena señal. Con tantas mujeres, significaba que de algún modo lo había marcado.

—Ahora eres mío, Boss, soy tu ama, no…

—¿La Chica Mala? —Alcé las cejas y esa vez no tuve piedad, golpeé con el extremo de mi fusta un lado de su cara, fui lo bastante

contundente como para que entendiera que el desafío no era bienvenido.

—Aquí soy tu ama. No voy a aceptar otro término que no sea ama Candy y, si no estás dispuesto a ello, esto termina aquí.

Solté de manera abrupta su pelo y di un paso atrás dándole el poder de la elección.

«Que lo esté, que lo esté…», rugía mi interior.

Sus ojos se desplazaron como un agujero negro desde la punta de mis zapatos a la coleta y, cuando terminó, hizo algo que deseaba profundamente: inclinó la cabeza.

—No volverá a ocurrir, ama Candy.

Tocaba cerrar nuestro acuerdo.

—¿Vas a entregarte a mí sin reservas? ¿Confiando en que voy a ofrecerte lo que necesitas en cada momento? —Un músculo en su barbilla se crispó—. Créeme, sé lo que te estoy pidiendo, la responsabilidad que conlleva, y no te estaría haciendo estas preguntas si no supiera que podemos pasarlo muy bien juntos. —Mi voz se volvió más dulce y melosa—. No quiero dañarte, Boss, solo entregarte aquello que mereces, siempre podrás decirme si algo no te gusta, te duele o te molesta. Levanta la cabeza y mírame. Necesito que lo entiendas.

Lo hizo. A veces, un silencio decía más que muchas palabras.

Había un ejercicio de conexión que no había hecho jamás con nadie y quería hacerlo con él.

Mistress Selene decía que, si mirabas a una persona durante cuatro minutos, sin titubeos, sin apartar los ojos, eras capaz de atravesar su alma y verte reflejado en ella. No era sencillo porque de hacerlo abrazarías tu propia fragilidad en el otro. Requería gran concentración, generosidad y entrega.

Respiré hondo y me dispuse a hacerlo. No puedo catalogar lo que sentí, dolía, me acongojaba, me llenaba de una emoción extraña y muchísima necesidad de abrazarlo, aunque sabía que no era lo correcto.

Tuve que controlar el escozor de mis ojos y el desasosiego hasta que los doscientos cuarenta segundos transcurrieron.

Dejé ir el aire muy despacio, buscando recuperar el control, y volví a hablar.

—¿Y bien?

Él volvió a agachar la cabeza y respondió.

—Soy suyo, ama Candy, y me siento agradecido de acatar sus órdenes.

Sonreí.

—Haré buen uso de tu confianza. De pie —ordené, salivando por lo que estaba por llegar.

CAP Í TULO 27



Jordan

Cuando sentí el tirón en el cabello, un torrente de emociones se desató en mi interior. Era un gesto tan simple y, sin embargo…, contundente.

No hubo dolor, simplemente dominio.

Mi cabeza se alzó, cediendo a la fuerza aplicada, y mis ojos se encontraron con los de ella.

Fue un golpe directo, como si todo el aire en la sala se hubiera evaporado, incluido el de mis pulmones.

Esos ojos… eran imposibles de ignorar, de olvidar.

El color, la intensidad, la chispa que ya había visto antes en mi club mientras bailábamos sobre el escenario. Y luego estaba su voz.

«Boss*…»,* me llamó como mis chicos y… Algo más, como si hubiera estado viendo a través de mí desde el principio. Tuve esa misma sensación el día en que la vi en su doma, clavando su mirada en el punto exacto donde el cristal me ocultaba, o a través del casco de motorista, y ya entendía por qué, era de esas personas extrasensitivas capaces de captar la energía. Tenía sentido tratándose de una *switch*.

Nadie me llamaba así ahí, pero en su boca sonaba diferente, personal, íntimo.

Desde luego que no sería el elegido para la mayoría de amas que buscaban que sus sub se sintieran inferiores y que ellas tenían el poder.

Mi mente corría a toda velocidad, tratando de encajar las piezas. Era ella. La mujer que había encendido cada fibra de mi cuerpo aquella noche, la que había cedido ante mí corriéndose en mis dedos, la que había saboreado con delirio mientras me la pelaba en la ducha, la que se había esfumado y había permanecido en mis pensamientos sin que pudiera arrancarla de ellos.

Esa energía desbordante y desafiante imposible de olvidar. Era un conflicto interno monumental: la dominación que se suponía que debía entregarle chocaba con mi deseo de retomar el control. Pero sus palabras, medidas y cargadas de autoridad, fueron un ancla. No estaba ahí para desafiarme, sino para despojarme de todo y dejarme a su completa disposición. Y, joder, funcionaba.

Su firmeza y claridad eran como una corriente que barría cualquier resistencia que pudiera quedarme.

«¿Vas a entregarte a mí sin reservas?». Esa frase me retumbó en el pecho. Entregarme. Confiar. Dos cosas que no hacía con facilidad. Pero cuando me pidió que la mirara, que realmente la viera, algo en mí cedió. Fue un ejercicio duro, había oído hablar de él, pero nadie me lo había hecho ejecutar, y yo tampoco se lo había realizado a nadie. Era demasiado íntimo, mucho más que el sexo.

Su mirada era un espejo y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que alguien podía sostener el peso de lo que cargaba, acunarlo y no dañarme más.

Cuando mis labios formaron las palabras: «Soy suyo, ama Candy», supe que ya no había vuelta atrás, me había entregado por propia voluntad.

Ella me hizo ponerme de pie. Llevó su mano a la parte posterior de sus pantalones y sacó de él un collar que me marcaría como suyo. En la parte central, llevaba una placa con sus iniciales.

Me inundó una oleada de anticipación cuando me pidió que me inclinara hacia delante para que ella pudiera colocármelo con

comodidad. Flexioné mi cuerpo, y ella lo ajustó hasta que se constriñó a la perfección sobre mi piel. Me puso duro al instante.

Agarró la cadena que pendía de la argolla central y tiró para que me levantara de nuevo.

Sus ojos se toparon con los míos antes de que se diera la vuelta para llevarme al centro de la mazmorra, justo debajo de las cadenas.

Su forma de moverse, pausada y calculada, hacía que la sintiera como un depredador acechando a su presa.

Cada uno de sus pasos tenía un propósito, y me envolvía más en su tela de araña.

Nos detuvimos. Sentí cómo mi piel reaccionaba al roce de su único guante mientras trazaba una línea deliberada desde mi hombro hasta mi muñeca. Era un simple gesto, pero cargado de significado, como si estuviera marcando su territorio en mí.

—La sesión de hoy será suave. Quiero ver hasta dónde podemos llegar poco a poco, no tengo prisa contigo, Boss, y si eres obediente y complaciente, no desearás que otra Ama clave sus uñas en ti como yo —murmuró, deslizando la punta de su fusta por mi torso.

Su tono era bajo, hipnótico, con una promesa de futuro que me hacía hervir la sangre. Sabía exactamente cómo jugar con mis límites, tensarlos sin romperlos, lo cual me calmaba.

Fue hacia la pared y eligió una venda de seda negra.

La paseó por mi cuerpo llenándome de anticipación hasta que me pidió que bajara un poco para envolverla alrededor de mis ojos.

«Privación sensorial», solía gustarme; no obstante, teniendo en cuenta que se trataba de ella, habría preferido verla.

En cuanto el nudo se apretó contra la parte trasera de mi cabeza, también lo hizo mi entrepierna. Mi respiración se aceleró al notar las uñas, carentes de tejido, recorrer mi pecho y detenerse en el arnés, tiró de las argollas para acercarme más a ella. El aroma a cuero y cereza se mezclaba con su perfume, creando una mezcla embriagadora. No podía verla, pero podía sentirla cerca, demasiado cerca.

—Estás temblando —susurró junto a mi oído. Las plataformas le concedían mucha más estatura de la que tenía, aunque seguía

sacándole una cabeza. Su aliento cálido envió un escalofrío por mi espina dorsal—. ¿Eso es miedo, o deseo?

Estaba esperando mi respuesta, tragué con fuerza.

—Es… ambas cosas, ama —logré decir, mi voz cargada de vulnerabilidad. En la mazmorra, no cabían las mentiras, la sinceridad era primordial para que un amo pudiera dirigir bien la sesión y canalizar las emociones de su sumiso, aunque muchos no preguntaban. Todo en ella desarmaba mi coraza. Selene tenía razón.

Ella rio suavemente, una risa cargada de confianza y satisfacción. Me hizo dar un paso atrás hasta que sentí la fría madera de un banco contra la parte trasera de mis muslos. Sin previo aviso, me empujó hacia abajo, obligándome a sentarme. Antes de que pudiera procesar lo que estaba ocurriendo, me ató las muñecas con una cuerda suave pero firme. Cada nudo era un recordatorio de que ahora yo era suyo, de que me estaba moldeando bajo su control.

Creía que iba a suspenderme en las cadenas, me equivoqué. En cierto modo lo agradecía, porque no sabía qué esperar de la sesión todavía.

Había visto sus nudos en la sesión de Shibari y sabía que era una maestra en la materia.

—Confianza… —murmuró mientras sus dedos enguantados se deslizaban por mi mandíbula, guiándome a girar el rostro hacia ella —. Te voy a enseñar a dejarte llevar, a no temer que pueda hacer algo que no te guste...

No eran palabras propias en una doma, en la que la dominatriz no le debía ningún tipo de explicación al sumiso, sin embargo, pensé que se estaba tomando licencias porque no habíamos tenido una entrevista previa. Se notaba que era empática, y su forma de dirigirse a mí funcionaba.

La sensación de su cuerpo cercano, el roce de su piel contra la mía y la firmeza en su voz me envolvieron en una mezcla de deseo y sumisión mayor que si hubiera empleado un látigo.

Se alejó momentáneamente y, de repente, sentí el impacto de la fusta contra la parte interna de mis muslos. No era doloroso, pero sí lo suficiente para captar mi atención.

Un jadeo escapó de mis cuerdas vocales haciéndolas vibrar.

—Esto no es un castigo —me dijo, golpeando de nuevo, esta vez un poco más arriba—. Esto es para recordarte quién está al mando. Separa las rodillas, Boss.

Fue deslizando la lengüeta por mi piel sensible, acercándola a mis ingles en una danza de impactos y caricias que me hicieron salivar.

No podía tener la polla más dura y deseosa de lo que me estaba ofreciendo. La evitaba descaradamente, lo que incrementaba mi deseo.

Cada toque, cada palabra, diluían el límite que yo mismo había impuesto a través de cada estallido.

Tiró de la venda, para ello acercó sus pechos a mi cara. Estaba respirando directamente de la piel de su escote y me moría de ganas de lamerlo, morderlo y hundir mi polla entre esas dulces cumbres de carne tersa.

Cuando finalmente me quitó la venda, sus ojos eran lo único que podía ver, lo único que importaba.

Había una intensidad en su mirada que parecía devorarme por completo. Por primera vez en años, sentí que podía bajar la guardia, que podía entregarme sin miedo, supe que lo captó al ver aquellos labios sexis curvarse en una sonrisa satisfecha.

«¡Mierda!», estaba jodido. No solo me había rendido a su control, sino que estaba disfrutando de cada segundo.

Dio un paso atrás, movió la fusta en el aire y el impacto cayó directo sobre uno de mis pezones. Gruñí deseoso de más.

—Te gusta…

No era una pregunta, no buscaba mi respuesta, tampoco es que hiciera falta, la evidencia estaba ahí. Mi tetilla se enrocó al instante, y ella actuó en consecuencia, haciendo algo que me pilló fuera de juego. Se agachó y dio un lametazo sobre ella.

Me tragué el «¡joder!» que vibraba en mis cuerdas vocales y rebotó en aquella mirada felina.

Mi interior suplicó que le diera el mismo trato al otro pezón.

No lo hizo. Bajó la lengua de la fusta hasta la zona de mi anatomía que más henchida estaba y la frotó contra mi polla sin apartar los ojos de mí.

Mi pecho subía y bajaba errático, me ardía, y tenía los huevos deseosos de liberación.

—¿Esto es por mí, Boss?

—Sí, ama Candy —respondí en un gruñido.

—¿Me pertenece?

—Sí, ama Candy.

—¿Puedo hacer con ella lo que quiera?

El roce y sus caricias me estaban volviendo loco. La respiración se me entrecortaba.

—Sí, ama Candy.

Parecía un maldito perro jadeante cuando cayó el primer golpe. Justo en la zona de los testículos que quedaban fuera del banco.

—Aaah.

Picó, no era un dolor descontrolado, sino estimulante.

Mi polla rebotó en el interior del *slip*. Ella descendió para acercarse a mi oreja.

—El otro día me enseñaste el rabo delante de un montón de mujeres… ¿Te gustó que lo mirara? ¿Te imaginaste cómo sería enterrarlo en mí o en mi boca?

—Cientos de veces…

Sus dedos enguantados apretaron mis testículos sin ánimo de excitar, era un castigo, soportable, pero un castigo.

—Chico malo… —Usó las palabras que yo mismo había empleado con ella—. Esa no es manera de dirigirte a tu ama.

Tenía razón, había perdido las formas.

—Lo siento, ama Candy.

Ella aflojó la presión y me acarició.

Me estaba muriendo del deseo.

—Deberás disculparte mejor.

—Haré lo que me pida para que acepte mis disculpas.

—Buen chico, Boss.

Subió una pierna al banco. Aquellos *leggings* le sentaban de vicio, y la cremallera me estaba matando de curiosidad para saber qué había detrás.

—Levanta las manos y desabrocha con cuidado.

Tenía la boca totalmente encharcada.

Obedecí, con las manos atadas entre sí. La fui desplazando lentamente para no dañarla, hasta que no dio más. Al bajar las muñecas, contuve el aliento. El tejido se dividió en dos, exponiendo lo que tanto anhelaba. No llevaba bragas y se estaba mostrando sin pudor, directamente a mis ojos.

Gruñí.

—¿Te gusta lo que ves, Boss?

Su sexo brillaba mojado, algo inflamado, deseoso de atención. Aspiré con fuerza captando su aroma.

—Mucho, ama Candy.

—Me alegro, porque este es tu castigo. No puedes tocarme salvo con los labios o con la lengua. Si no me das el suficiente placer, tú tampoco lo recibirás, ¿estamos?

—Sí, ama Candy.

Me moría de ganas de comerle el coño, eso no era un castigo, sino una bendición.

—Estoy esperando… —comentó desafiante, y ya no pude controlarme más.

Mi lengua atacó directa a su jugosidad, ella gimió.

La desplacé sin contemplaciones, arrasándola de abajo arriba, de izquierda a derecha, sorbiendo sus labios y su clítoris.

Era una puta delicia. Sabía mucho mejor en vivo y en directo que sobre mis dedos.

Hundió su mano en mi pelo, empujándome hacia ella, frotándose contra mis labios con total descaro.

Sus jadeos eran un claro indicativo de que le gustaba lo que le estaba haciendo, y a mí no podía complacerme más notar cómo se retorcía.

—Eres bueno… —masculló, llenándome la boca con sus jugos.

Tiró de mi pelo y me miró encendida. Se inclinó y pasó la lengua por las zonas húmedas, evitando mis labios.

No podía darme más morbo, estaba tan cachondo que podría correrme con un simple roce de sus dedos, o de la fusta, sin necesidad de más.

—Mmm —murmuró en mi oreja—, me gusta mi sabor en ti.

Se apartó y deshizo los nudos de mis muñecas con presteza. Tenía marcas rojas que me señalaban como suyo. Verlas me llenó de lujuria.

—Agárrate a la parte de detrás del banco y cierra las piernas.

Lo hice, y ella se sentó a horcajadas, encima de mí, con los muslos separados, encajando su coñito empapado en mi erección recubierta.

—Falta poco para que termine la sesión… —«¿Tan pronto?». Tuve ganas de maldecir—, y como has sido tan buen sumiso, te voy a dar un premio, aunque no quiero que te acostumbres…

Metió el pulgar enguantado en mi boca, y yo lo succioné. Sonrió.

—Vas a poder correrte con mis roces, pero solo cuando yo te lo indique. Si no has sido capaz de excitarte lo suficiente y correrte cuando te dé permiso, el próximo día te castigaré más duro.

«¿Bromeaba? Podía correrme en ese mismo instante, lo difícil sería no hacerlo…».

—¿Lo entiendes? —Apartó el pulgar para que pudiese responder.

—Sí, ama Candy.

—Bien. Ahora mírame y no te atrevas a apartar los ojos de los míos. —«Ni aunque me los arrancaran»—. Tienes dos minutos y treinta y seis segundos para correrte, lo mismo que dura la canción que va a sonar, aunque, como te he dicho, solo podrás hacerlo cuando yo te lo indique.

Unholy, de Kim Petras, dio el pistoletazo de salida, envolviéndonos del mismo modo que su sexo hacía con mi inflamada erección, empapando el cuero que la retenía.

No podía tocarla, aunque me muriese de ganas, solo agarrarme con fuerza a la madera pulida al mismo tiempo que ella pasaba sus manos por mi cuello iniciando aquel tortuoso vaivén.

Se estaba restregando a conciencia, su mirada se llenaba de turbidez, de lujuria descarnada, mientras la mía se ahogaba en sus jadeos.

Era preciosa, me moría por besarla, por tumbarla sobre el banco y follarla hasta quedarnos sin aliento, por llenarla por completo, en el sentido más amplio de la palabra. Notaba cómo nuestras energías se expandían, confluían y se mezclaban. No había miedo, no había

repulsión por mis actos, solo entrega, devoción y deseo en el estado más crudo de la palabra.

Apreté los dientes. Ella seguía frotándose cada vez más rápido, más fuerte, con mayor descontrol…

Los dientes se clavaron en su labio inferior, se curvó hacia atrás y tembló. Su aroma lo impregnaba todo, no podía respirar o consumir otra cosa que no fuese ella y su entrega como dom.

Conocía la canción y sabía que, como ella, estaba llegando a su fin, eran los últimos segundos.

Me contempló con todavía mayor intensidad, si es que eso era posible.

—¿Estás listo, Boss?

—Nací listo para ti…, ama Candy —mi respuesta la hizo sonreír.

—Entonces, córrete conmigo. Uno. —Se restregó—. Dos… —Jadeó y...

Mi autocontrol estalló al mismo tiempo que mis dedos agarraban su cintura.

La elevé, cambié las tornas, hice que su espalda tocara el banco y la embestí con violencia mientras ambos nos corríamos y sus piernas envolvían mi cintura.

Yo lo hice dentro de la opresión del cuero, ella contra él.

Mi boca no pudo resistir la tentación de arrasar con la suya, enredando nuestras lenguas embebidos en un orgasmo brutal.

Definitivamente, no había marcha atrás.

CAP Í TULO 28



Jordan

Estaba sonriendo. Definitivamente lo que había en mi cara, además de satisfacción, era una jodida sonrisa.

Cuando el ama Candy percibió el gesto, intentó disimular la suya y carraspeó.

—Voy a tener que castigarte duramente.

—¿Y eso por qué? —pregunté, sintiéndome más libre que nunca.

—¿Por qué? ¿Te parece poco tu desobediencia? No te pedía que… Un momento, ¿y ese tono? ¿Y esa cara?

—Perdón… —musité, mordiéndome las ganas de seguir riendo—, es que no puedes castigarme.

—¿Eso crees? Porque te aseguro que puedo ser muy cabrona si me lo propongo.

—No se trata de eso, sino de que hace varios segundos que has dejado de ser mi ama, Chica Mala… —Bajé la cabeza y le di un mordisco en el cuello.

—¿Cómo?

Cabeceé hacia el temporizador que estaba justo encima de la puerta de entrada a la mazmorra y que controlaba los minutos.

—La música iba un poco fuera de tiempo, así que cuando te puse las manos encima… Técnicamente, ya no era tu sub, por eso me permití ciertas licencias… —Ella abrió mucho los ojos sorprendida—. No me ha parecido que te molestara, a juzgar por la humedad que ha calado mi *slip*.

—Esa humedad es tuya, ese tejido que llevas es impermeable, así que no puedes sentir la mía —respondió sin moverse. La postura era muy íntima y jodidamente cómoda.

La cargué conmigo para sentarnos, seguro que un placaje no era la mejor posición para hablar.

Cuando las domas terminaban, el club daba diez minutos de cortesía para abandonar la estancia.

Solían ser instantes muy delicados por lo compartido, todas las emociones estaban a flor de piel, era importante que las energías se reequilibraran.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó nada incómoda por nuestra proximidad.

—¿Tú qué crees?

—Prefiero que me lo cuentes… —Sus manos se desplazaron por mi espalda en una caricia lenta que agradecí.

—Sí —le reconocí—, me has hecho sentir muy cómodo, pese a que no las tenía todas conmigo de que lo lograras. —Era importante tener una comunicación fluida y ser sinceros.

—Gracias por la confianza —dijo con retintín.

—No es eso, es que es complicado que yo llegue a… —No sabía cómo decirlo.

—Selene me dijo que eras distinto… Aunque no me imaginaba que tanto, ni que pudiera conectar contigo tan bien. —Sus manos habían ascendido hasta mi pelo para tocármelo con suavidad. Me gustaba que fuera cariñosa—. Me ha gustado mucho, Boss, gracias por el privilegio. —Se quitó el otro guante y siguió pasándome ambas manos por el pelo.

Me permití el lujo de cerrar un segundo los ojos y simplemente sentir el placer de la rendición.

Ella llevó mi cabeza a su pecho para que escuchara el latido rítmico de su corazón.

El gesto me gustó.

El silencio volvió a envolvernos. Era cómodo, al igual que el abrazo.

Con Selene no era así, no había sexo como tal, bueno, yo sí liberaba si la sesión había ido bien, pero… Nada parecido a lo que acababa de suceder. No sabía qué pensar.

Candy se separó de mí con cuidado y volvimos a mirarnos a los ojos sin romper la falta de palabras, ahondando el uno en el otro. Esa mujer me estaba matando de una manera que asustaba.

Cuando las luces de la mazmorra se apagaron, sus labios se apretaron contra los míos con suavidad, no era algo sexual, solo un gesto de afecto y aceptación.

Ella bajó de mi regazo, y sentí profundamente la pérdida. No quería que se marchara.

—Nunca creí que te volvería a ver y, mucho menos, en unas circunstancias como estas —murmuré, viéndola recoger sus guantes y la fusta.

Ella giró la cabeza hacia mí.

—Yo tampoco te esperaba, ha sido una sorpresa increíble.

—¿Buena? —pregunté, aunque ya supiera la respuesta.

—¿Estás buscando que te adule, Boss?

—Puede.

Ella rio sin responder.

—Tengo que irme, gracias por tu entrega.

—Gracias a ti por entender mis tempos y por tu disciplina, ama Candy.

Pasó por mi lado, le cogí la mano y deposité un beso en sus nudillos.

—¿Hasta pronto? —me escuché cuestionando.

—Solo si estás dispuesto a recibir tu castigo —musitó, alejándose mientras mis ojos no se apartaban de su silueta y la abertura que no se había molestado en cubrir.

«¡Menuda mujer!».

Había sido… Había sido… ¡Épico! Tenía ganas de reír muy fuerte y de comerme el mundo.

Por fin fui capaz de levantarme e ir al vestuario con una energía muy distinta. Si antes parecía un nubarrón de tormenta, ahora podrían catalogarme como un día soleado.

Fui directo al vestuario y me di una ducha a conciencia. El *slip* necesitaría una buena sesión de lavandería, ¡menuda corrida!

Había quedado con Damien, y aun me faltaba ir a por la cena. No podía entretenerme.

En cuanto estuve listo, me dirigí más ligero que de costumbre al aparcamiento y por poco me atropelló una moto, pasó como una exhalación por delante de mí.

Era negra y verde, a juego con los ojos de su conductora, que me observó a través de la visera alzada embutida en un mono y con un casco negro que llevaba unas orejitas de gata en lo alto.

Mi polla volvió a dar un brinco al reconocer en ella a la mujer que acababa de reconciliarme como nunca había esperado con mi parte sumisa.

Había sido como un puto milagro, tendría que llamar a Selene para darle las gracias por la recomendación, aunque no sería en ese momento.

Estaba exultante, satisfecho y muy descolocado.

Arranqué el motor y salí pisando el acelerador para incorporarme al tráfico.

Conduje por la ciudad repitiendo la sesión en mi mente, tenía a esa mujer clavándose como un mantra en cada semáforo, en cada curva, en cada cruce.

El destino se las había arreglado para ponerla frente a mí, esa vez con las reglas del juego muy claras, en una sesión perfecta que había apagado todos mis demonios, y me dejó con ganas de más.

Mi mente se negaba a dejarla ir. Su voz seguía resonando en mis oídos, mezclándose con la música suave que apenas sonaba en el coche. Había algo en su forma de mirarme, de dominarme, de llevarme hasta el límite exacto sin romperme, que me hacía un yonqui de su mazmorra.

Aunque lo que de verdad me asustó fue lo que ocurrió después, podía negarlo o tratar de opacar ese pensamiento, aunque si era

sincero conmigo mismo, sentía curiosidad, no por la dómina, sino por la mujer.

Quería conocerla, saber quién era detrás de la máscara. Quería entender por qué había sido capaz de conectar conmigo tan bien, de una manera que nadie más había conseguido.

Sonreí, porque ni siquiera sabía su nombre real. Candy era un nombre de guerra, igual que ToyBoy lo era para mí o Boss en su boca. Pero en ese momento, no me importaba. No necesitaba saber nada más para entender que quería volver a verla.

Mientras conducía hacia el restaurante chino, mi teléfono vibró en el asiento del copiloto. Eché un vistazo al nombre en la pantalla y suspiré al ver que no se trataba de Shadow.

Había revisado en el vestuario los mensajes y no tenía ninguno suyo. Estaba jugando al gato y al ratón. Pensé en lo que había dejado plasmado Mistress Selene sobre su carácter, sobre cómo le gustaba probar a sus amos para asegurarse de que realmente entendían su entrega. Los forzaba a ser algo extremos. ¿Quería extremismo? Perfecto, se lo iba a dar.

Al llegar al semáforo siguiente, pulsé el botón de grabar.

—He visto que no me has enviado nada. Tú lo has querido, perro, esta vez no me voy a contentar con unos vídeos de mierda. ¡Te vas a enterar!

La amenaza salió con un tono lo suficientemente contundente como para que incluso yo me sintiera extraño al escucharlo. Pero sabía que eso era lo que Shadow esperaba. Necesitaba sentir que había cruzado un límite, y que yo estaba ahí para traerlo de vuelta. Sano, seguro y consensuado. No era lo mismo que me pasó a mí. No era lo mismo. Ya lo entendía de un modo que escapaba a toda lógica, me sentía más sano que nunca.

Aparqué frente al restaurante y recogí el pedido.

Al regresar al coche, la emoción inicial se había apaciguado un poco, dejando espacio a la preocupación por cómo estaría Damien.

Había estado tan mentalmente nublado que tuve la sensación de que no había estado a la altura de las necesidades de mis chicos, aunque iba a ponerle remedio.

No me costó encontrar aparcamiento cerca de su edificio, lo cual agradecí.

Fui al bar que me indicó.

El camarero estaba limpiando la cafetera.

—Buenas noches —lo saludé—, vengo a buscar las llaves de…

No me dejó ni terminar la frase, se metió la mano en el bolsillo del delantal y solo hizo el esfuerzo de girarse un poco para lanzármelas.

—Gracias. Supongo —farfullé por lo bajo.

En dos minutos, estaba subiendo las escaleras del edificio, con las bolsas en una mano y las llaves en la otra.

Al parecer, el sistema de apertura no era lo único que estaba estropeado, también el ascensor.

La luz del rellano de Damien parpadeaba deseosa de fundirse de un momento a otro. Lo cierto es que el edificio dejaba bastante que desear, aunque con los precios de Manhattan, podía darse con un canto en los dientes de no estar en el Bronx.

No se escuchaban voces ni música, nada más allá de mis propios movimientos. Al llegar a la puerta, la abrí con cuidado y pronuncié su nombre, intentando sonar ligero.

—¡Ya está aquí su pedido, caballero!

Nada. No oí su respuesta. Fruncí el ceño y escuché algo de música que se colaba por alguna de las puertas.

Vivía solo, por lo que imaginé que salía de su habitación. Avancé por el pequeño pasillo, quizá estaba dormido, Damien me había dicho que la medicación lo tenía medio noqueado y dormía casi todo el día.

Seguí avanzando y me detuve un instante al reconocer la melodía. Todo el vello de mi cuerpo se erizó al reconocer *Claro de Luna*. Un escalofrío me recorrió de cabeza a pies. Odiaba esa canción por los recuerdos que evocaba en mí.

El corazón comenzó a latirme con fuerza, el eco de la sonata llenaba el silencio como una advertencia.

—¿Damien? —Mi voz sonó más seria esa vez. Seguía sin obtener respuesta.

Avancé hasta el lugar donde la música se intensificaba, una luz tenue se filtraba bajo la puerta. Tenía que estar ahí dentro.

Una corriente de aire frío me golpeó nada más abrirla. El sonido de la cortina ondeando me puso en alerta.

Hice un barrido ocular rápido y entonces me di cuenta.

«No podía ser…».

«¡No! ¡No!».

Di un grito mientras la bolsa de comida caía contra el suelo y yo corría con desesperación.

—¡Nooo!

CAP Í TULO 29



Sepúlveda

La comisaría tenía un eco extraño cuando se vaciaba. A las nueve y media de la noche, con casi todos los escritorios desiertos, se respiraba esa calma tensa que siempre quedaba tras un día cargado. Martínez se había marchado hacía un par de horas para estar con Nancy y su bebé.

Yo, por supuesto, seguía allí, revisando una vez más el último hallazgo del caso de las chicas embarazadas. Aquel maldito número y dirección anotados en el bloc de notas recuperado en el almacén que, por el momento, no nos había llevado a nada.

Habíamos intentado descifrarlo durante días, pero las letras y números parecían confusos, tal vez escritos con prisa o deliberadamente codificados. Era frustrante no dar con algo sólido. Me froté los ojos, cansada, y decidí levantarme por un café cuando escuché una llamada en la mesa de operaciones.

—Tranquilícese, señor. Necesito que respire hondo y me diga su ubicación exacta… —La voz de la agente al teléfono era firme pero contenida. Me detuve en seco, siempre atenta cuando alguien perdía los nervios al otro lado de la línea.

—¿Está seguro de que no respira? ¿Puede comprobar si tiene pulso?… Entiendo. ¿Usted es el único allí?

Me acerqué a la mesa mientras la agente hablaba, sus gestos tensos y rápidos.

—Por favor, no toque nada. Mantenga la calma. Voy a enviarle una patrulla de inmediato.

Colgó con un gesto brusco y empezó a teclear en su ordenador.

—¿Qué ocurre? —pregunté a la vez que veía cómo transmitía la información a la unidad más cercana.

—Un hombre ha llamado diciendo que ha encontrado a su amigo en el suelo de su casa con el cuello cortado. Según él, alguien le ha abierto el gaznate con un cuchillo, todavía seguía con vida cuando ha llegado, ha intentado parar la hemorragia con las manos pero… Ha sido imposible controlarla.

Mis cejas se alzaron ante la descripción.

—Todo el mundo sabe que un par de manos bastan para controlar un corte en la yugular —respondí con sarcasmo—. ¿Quién va para allá?

—Vargas y Carrey —respondió la agente sin alzar la vista.

Apreté la mandíbula. Vargas. «¡Maldito fuera!». No me fiaba de él ni un poco desde que se apropió del caso de las embarazadas echando balones fuera. Siempre metiendo la mano donde no debía.

—¿No piensas irte a casa, inspectora? —preguntó la agente, mirándome de reojo mientras terminaba de despachar la llamada.

—Claro que sí —mentí—. No voy a alargar más la jornada, voy a cobrar lo mismo.

Ella me dedicó una sonrisa ladeada.

Mi mirada se fijó en el nombre que había anotado en el bloc junto al teléfono. Reconocí ese apellido al instante.

—¿Ese es el hombre que ha llamado? —pregunté, señalando la nota.

—Sí, ¿lo conoce?

—Quizá —respondí, evitando dar más detalles—. Me marcho.

Volví a la mesa, agarré mi chaqueta y salí de la comisaría, pero no en dirección a mi apartamento. En su lugar, puse rumbo al lugar que aparecía en la nota: el edificio del denunciante.

🍏🔪🍏🔪🍏🔪

Cuando llegué al lugar, el escenario era el habitual en este tipo de casos: dos patrullas aparcadas en la entrada, una ambulancia con las luces encendidas y un grupo de curiosos intentando enterarse de qué había pasado. Subí al piso justo a tiempo para ver cómo Vargas interrogaba a un hombre con los ojos rojos e inyectados, visiblemente alterado y manchado de sangre que ya había empezado a secarse.

—¿Me puede explicar de nuevo cómo encontró a su amigo? ¿Señor Stein? —preguntó Vargas con voz seca—. ¿Me puede explicar de nuevo cómo encontró a su amigo?

Reconocí a Jordan Stein al instante. Lo conocía porque había hablado con él por otros casos. Era un tipo frío, calmado y el dueño de uno de los clubes nocturnos más populares de Manhattan.

Habitualmente era un hombre que no perdía los nervios con facilidad. En ese momento no era el caso. Aunque intentara mantener la compostura, sus palabras eran atropelladas, como si cada vez que repetía la historia la procesara un poco menos.

—Ya se lo dije… Le traje la cena, toqué la puerta, no me respondió… Entré con la llave que me dejó el camarero del bar de abajo, y… —Jordan se frotó las sienes con desesperación.

—¿Y…?

—No puede ser. No puede ser. ¡Joder!

—¿Qué no puede ser? —preguntó Vargas con esa sonrisita cínica que me ponía enferma—. ¿Lo que le ha hecho a su amigo? ¿Discutieron? Por cómo iba vestido, parecía que lo estaba esperando…

—No, yo… —Se llevó una mano a la boca, como si intentara no vomitar, o tal vez que algo no saliera de sus labios.

Decidí intervenir antes de que Vargas lo presionara más.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunté, ignorando a Vargas y enfocándome en la escena.

Un técnico forense se giró hacia mí, con el rostro pálido.

—Un hombre envuelto en látex, cara incluida. Está en el suelo de la habitación principal —señaló—, con el cuello rebanado de lado a lado, y le han grabado un mensaje en el pecho.

Miré por encima de su hombro.

Lo cierto es que la escena era dantesca.

Podía leerse un:

TE LO ADVERTÍ,
PERRO

Que me hizo fruncir el ceño.

—Parece que usaron el arma homicida para grabarlo.

—¿Antes o después de ejercer la herida mortal?

—A bote pronto, es difícil de determinar. —Asentí.

—¿Hay signos de ataduras en las manos?

—Lo sabremos con la autopsia. Como ve, lleva guantes.

Me acerqué con cuidado y me puse de cuclillas lo más cerca que pude del cuerpo.

El viento movía las cortinas.

—¿La ventana estaba abierta? —El agente asintió. Otro estaba marcando una huella de sangre en el marco.

Ya pensaría después en eso. Mi atención se centró en aquel hombre cuya imagen daba cierto repelús.

—¿Qué ha dicho? —cabeceé hacia Stein.

—Por lo poco que he escuchado, que venía a traerle la cena, pero no sé qué tipo de cena a juzgar por el atuendo de la víctima.

Cierto, ¿qué hacía ese tipo vestido de aquella manera? Quizá fueran amantes y les iban los juegos de látex y esas mierdas…

No era por juzgar, simplemente me daba bastante claustrofobia ver al tipo.

Quizá fue un juego que se les fue de las manos, había muchos amantes de lo extremo, cosas más raras se habían visto.

Mi mente empezó a conectar los posibles puntos. Un hombre que trabajaba en la noche, en la industria del erotismo… Seguro que iba dado de vueltas y podía decantarse por experiencias poco convencionales.

Me giré hacia Jordan, que seguía encogiéndose de hombros, con una mezcla de rabia y desesperación. Finalmente, dijo algo que hizo que me saltaran todas las alarmas.

—No voy a seguir hablando sin la presencia de mi abogado.

Cuando alguien estaba preocupado de que la tortilla se le pudiera girar, siempre pedía uno.

—¿Piensa que necesita uno, señor Stein? —pregunté, alzándome para acercarme a él.

Él alzó la vista hacia mí, reconociéndome al instante. Hasta entonces había estado tan obnubilado con el interrogatorio que ni se había fijado.

—Inspectora… Sepúlveda. —Yo asentí—. Su compañero parece querer inculparme de un crimen que no he cometido. Ya le he dicho que no tengo nada que ver y, en lugar de estar buscando al asesino de mi amigo, intenta arrancarme una confesión imposible, porque yo no he sido.

«Eso lo decidiré yo», pensé mientras Vargas me lanzaba una mirada de advertencia que me dejaba claro que me estaba metiendo en su territorio. Me la sudaba lo que ese gilipollas pensara.

No iba a permitir que él se interpusiera en mi camino.

Mi compañero aprovechó la pausa para acercarse a mí con esa mirada de serpiente venenosa que me daba ganas de retorcerle el cascabel de sus pelotas. Se inclinó ligeramente hacia mí y murmuró con su aliento apestoso:

—Inspectora Sepúlveda, ¿tiene un minuto?

Lo seguí hasta el salón, lejos de oídos curiosos.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —soltó en cuanto estuvimos solos.

—¿Disculpa? —respondí con una sonrisa inocente que sabía que le irritaba.

—Ya me has oído, ¿no estabas liada con el caso de Barbie Apuñalamaridos? Este es el mío, y no sé cuál es tu excusa para aparecer por aquí, pero te recomiendo que te largues antes de que la líes más de lo que has hecho últimamente.

Su tono era tan cortante que casi pude ver el filo en el aire.

—Oh, tranquilo, Vargas. No estoy aquí para quitarte el protagonismo y dejar en evidencia tu incompetencia. Da la casualidad de que estaba en comisaría durante la llamada y conozco al detenido.

—No sé por qué no me extraña… —bufó—. Tus amistades son de lo más variopintas: una novia asesina en serie, una amante, directora de residencia universitaria, que aparece muerta por un disparo de tu propia arma… —Chasqueó la lengua.

—Esa mujer no era mi amante, y yo no la maté.

—Ya, eso cuéntaselo a otro que no te tenga calada. Mientras te coman bien la almeja, no te importa quién sea.

—Cuidado con lo que dices.

—¿O? Los dos sabemos que nada como una inspectora pelota de Homicidios para saber encubrir un crimen, ¿no?

—Bésame el culo.

—No creo que te gustara, además, no eres mi tipo, soy poco de lesbianas. Y dices que eres amiguita del fan del vinilo y los cuchillos afilados. Yo de ti ya me estaría largando si no quieres que los de Asuntos Internos se afilen las uñas sobre tu cadáver. —Se acercó aún más, invadiendo mi espacio personal. No retrocedí—. Si sigues metiendo tus narices donde no te llaman, olvídate de ser comisaria. Si tu puesto dependiera de mí, tendría muy claro dónde enviarte y no sería directa a un ascenso que incluyera nuevo despacho.

Solté una carcajada amarga.

—¿De verdad crees que me importa lo que tú opines? La diferencia entre tú y yo, Vargas, es que yo no necesito vender mi integridad para ascender. Tú, por el contrario, no te importa pisar cuellos para tu conveniencia. Te digo una cosa, los polis malos siempre terminan cayendo.

El comentario hizo que su expresión se volviera como el granito.

—¿Se supone que eso va por mí? Te recuerdo que no tienes el expediente como para alardear de él. En cambio, el mío está impoluto.

La rabia burbujeó en mi interior, pero la contuve. Me acerqué lo suficiente para que solo él escuchara mis palabras.

—Los peores expedientes suelen estar ocultos tras los que aparentan ser intachables. La diferencia entre tú y yo es que puede que la mierda esté pegada bajo la suela de mis zapatos, pero ese mojón apestoso eres tú, y más temprano que tarde tu tufo a podredumbre llegará al comisario. Cuando des un paso en falso, y eso pasará, seré la primera en estar allí para verlo.

El silencio entre nosotros era como un cable tensado a punto de romperse. Vargas apretó los dientes y, finalmente, se apartó, lanzándome una última mirada gélida.

—Solo te lo voy a advertir una vez, no te metas en mis asuntos y vete a comer un coñito de esos que tanto te gustan, a ver si te quita la amargura.

Regresó al lugar donde estaba el dueño del SKS, dejando claro que pensaba seguir ejerciendo presión sobre él.

Podría haberme ido, sin embargo, me acerqué de nuevo al oír las voces.

Stein estaba perdiendo la paciencia ante tanta presión.

—No entiendo por qué tengo que ir a comisaría —espetó, visiblemente alterado—. Damien era mi amigo y mi trabajador. Solo vine a traerle la cena porque no se encontraba bien y me topé con esto. Fui yo quien llamó para que vinieran porque seguía vivo cuando entré, lo que quería decir que el asesino podía andar cerca. ¿Cómo pueden siquiera pensar que tengo algo que ver?

Carrey y Vargas se miraron entre ellos, después lo contemplaron.

—Eso nos lo cuenta mejor y más tranquilo en comisaría, señor Stein, necesitamos entenderlo todo bien, y en su relato hay ciertas lagunas…

En eso estaba con Vargas, la cosa no pintaba bien, y últimamente los asesinos parecían querer usar a la policía de coartada.

El comentario fue la gota que colmó el vaso de Jordan, quien apretó los puños y miró hacia otro lado, intentando contenerse.

No tuvo mucho éxito, en su huida se topó con el cuerpo del fallecido.

Su mirada estaba cargada de turbidez, y negó en un acto reflejo, como si siguiera sin dar crédito, y algo en su expresión me puso en

alerta, parecía… ¿Acorralado? ¿Era posible que él lo hubiese matado?

Sus ojos volaron a los míos, y tuve una sensación extraña cuando pasó por mi lado, junto a los dos agentes y susurró en mi dirección un: «Yo no he sido».

Por mal que me cayera Vargas…, eso tendría que demostrarlo.

CAP Í TULO 30



Jordan

El reloj en la sala de interrogatorios parecía moverse con una lentitud insoportable. Su tictac resonaba en mi cabeza mientras Vargas y Carrey disparaban pregunta tras pregunta, pese a haberles dicho que no hablaría sin la presencia de mi abogado, al cual llamé en cuanto puse los pies en comisaría.

—¿Por qué llevaba las llaves del apartamento, señor Stein? —Vargas dio otro paso hacia mí, inclinándose con esa sonrisa cínica que me ponía de los nervios—. No es algo habitual entre un jefe y un empleado.

Carrey, sentado a un lado, jugaba al poli bueno, con un tono que intentaba parecer comprensivo, pero no lograba esconder su intención.

—Señor Stein, queremos ayudarlo, pero necesita colaborar con nosotros. Mire, entendemos que encontró a su amigo en una escena horrible, pero si nos oculta algo…

Mi mandíbula estaba tan tensa que creí que me rompería una muela. Los miré a ambos, asegurándome de que mi mirada no mostrara miedo, aunque por dentro estuviera hecho un desastre.

—Ya les he dicho todo lo que sé. No es que tuviera la llave, me la dio el tipo del bar, le pueden preguntar a él. Damien le pidió que me la diera para que le subiera la cena tal y como habíamos acordado. Estaba mal, y no funcionaba el sistema de apertura del edificio, por lo que era más sencillo que el camarero me diera la copia de las llaves que siempre le guardaba —repetí con voz baja pero firme, fijándome en Vargas, que había empezado a pasearse como un león acechando a su presa.

—Mal… —chasqueó la lengua—, defina mal… ¿Lo suficientemente mal como para degollarlo mientras su colega lo esperaba envuelto en látex? —preguntó Vargas—. Que quiere que le diga, cuando mis amigos están mal, van en pijama, chándal o calzoncillos, no como si se fueran a enfrentar a una sesión de sadomasoquismo.

Sabía que querían hacerme perder los nervios, que esperaba una grieta en mi control para explotar. Pero no les daría esa satisfacción.

No respondí. Yo tampoco es que entendiera muy bien esa parte, aunque cuando vi el atuendo y la máscara, reconocí la ropa, era la misma que utilizaba Shadow en los vídeos. ¿Coincidencia? Lo dudaba. Quizá Damien era el sumiso de Mistress Selene, y de ser así, el móvil de mi trabajador estaría repleto de mensajes míos de lo más amenazantes que podrían malinterpretarse, por no decir que el último parecía una puta amenaza.

«¡Dios!».

—¿Y qué hay del mensaje en su pecho? «Te lo advertí, perro». Es una frase bastante directa, ¿no cree? —insistió Vargas con una mueca.

Me limité a mirarlo. Si querían respuestas, tendrían que esperar a mi abogado. Todo lo que fuera a decir me hacía parecer demasiado culpable.

La puerta de la sala se abrió de golpe, interrumpiendo el interrogatorio. Simon Hall, mi abogado, entró con un paso decidido, su maletín en una mano y una mirada que podría cortar acero en la otra.

—Esto se acabó —anunció, mirando directamente a Vargas—. Mi cliente no responderá a una sola pregunta más sin pruebas contundentes que lo involucren.

—Tenemos evidencia circunstancial que lo pone en la escena… —empezó Carrey, pero Simon levantó una mano para detenerlo.

—Circunstancial no es suficiente para mantener a mi cliente detenido. Hasta que no tengan algo sólido que no sean más que conjeturas, inspector, el señor Stein se va de aquí ahora mismo conmigo. —Mi abogado le dedicó una sonrisa tensa.

Vargas bufó, frustrado, pero no tuvo más opción que asentir. Carrey se encogió de hombros, claramente menos inclinado al enfrentamiento.

Simon me miró y me indicó con un movimiento de cabeza que lo siguiera. Me levanté, aunque sentía que todo mi cuerpo pesaba una tonelada, estaba jodido, no solo por la muerte de mi trabajador, sino porque todo apuntaba a que había sido yo.

En cuanto noté que no respiraba, pese a haber intentado contener la hemorragia, me levanté y fui hacia la ventana abierta. Lo primero que me pasó por la cabeza fue que el asesino debía haber escapado por ella, porque no me lo crucé… Tampoco es que supiera cuánto tiempo podía aguantar alguien que acababa de ser degollado, me imaginaba que poco.

No vi a nadie cuando me asomé, aunque sí vi que la habitación daba a la escalerilla de emergencia, por lo que era una buena vía de escape.

Caminaba junto a Simon como un zombi.

Cuando llegamos a su coche, no pude más, me apoyé en la carrocería y vomité. Ni siquiera sabía cómo no lo había hecho antes.

Él me tranquilizó, palmeó mi espalda diciendo que todo estaba bien, que respirara.

«¿Bien?». No había nada que lo estuviera.

Me ofreció un pañuelo para que me limpiara los restos de vómito de las comisuras.

Era de los de hilo con sus iniciales bordadas. Mi abogado era un clásico.

—Te lo lavaré.

—Puedes quedártelo, mi mujer los encarga de veinte en veinte, soy de nariz sensible y me irrita el papel.

Entré en el coche sin poder pronunciar palabra, tenía demasiadas cosas en las que pensar.

Él arrancó el motor sin decir nada, solo comentando que me tranquilizara y que iba a llevarme a mi piso.

El silencio era casi tan opresivo como la sala de interrogatorios. Mi abogado conducía con la calma que a mí me faltaba, sin intentar romper la tensión, dándome el espacio que necesitaba.

Me apoyé contra la ventana, dejando que las luces de la ciudad parpadearan como un borrón. Pero no podía desconectar. Como si una cámara lenta se hubiera activado en mi mente, recordé lo que había pasado.

Damien vestido como… Shadow estaba en el suelo. Su cuerpo emitía espasmos cubierto de negro, salvo las zonas abiertas totalmente ensangrentadas de las cuales no dejaba de brotar sangre, sobre todo, del cuello.

Se me cayó la cena al verlo, dudé unos segundos impactado al reconocer la máscara que cubría su rostro, las cremalleras estratégicas. Todo el atuendo al completo con el que se vestía para los vídeos.

Me estremecí al recordar la sangre anegando el suelo a su alrededor. Actué movido por el instinto, intenté contener la hemorragia con las manos sin éxito, aunque supiera que era absurdo. Damien intentaba hablar, pero la máscara ahogaba sus palabras. Había querido sacársela, buscar la manera de escuchar lo que decía, pero cada vez que pensaba en hacerlo, sabía que eso significaba dejar de intentar que siguiera con vida. Nunca me había sentido tan impotente.

Mis pensamientos eran un caos. ¿Cómo podía haber pasado esto? ¿Quién lo había hecho? Y más importante, ¿por qué demonios

Damien estaba vestido así? ¿Era porque estaba grabándose para mandarme los vídeos?

Pensé en mis últimas peticiones y se me revolvieron las tripas de nuevo.

El coche se detuvo frente a mi edificio, el mismo en el que estaba el club.

Seguro que Corey me había estado llamando innumerables veces, había sido incapaz de mirar el móvil en cuanto me lo devolvieron, porque no podían quedárselo sin una acusación en firme.

Simon me miró por primera vez desde que salimos de la comisaría.

—Tienes que ser honesto conmigo, Jordan. Tenemos que hablar, y ahora es el momento por muy difícil que sea.

Lo miré, considerando por un segundo contarle todo. Pero ¿cómo explicarle algo que ni yo entendía?

—Déjame ordenar las cosas primero. Necesito entender qué demonios ha pasado.

Simon asintió y salió conmigo del vehículo.

Al pasar frente a la puerta del SKS, me limité a cabecear hacia el hombre que controlaba los accesos. La música retumbaba como de costumbre, señal de que Corey había obrado su magia y solucionado las cosas pese a mi ausencia. No tenía fuerzas para preocuparme por más.

Al llegar al ático, le pedí a Simon que se pusiera cómodo mientras yo me duchaba. Necesitaba deshacerme de la sangre seca de Damien, que seguía pegada a mi piel, como un recordatorio de lo ocurrido.

El agua hirviendo golpeó mi cuerpo helado, froté con saña y se teñía de rojo intenso. No lograba aliviar la tensión que me consumía. Cada gota parecía amplificar los pensamientos que corrían por mi cabeza. Mi cuerpo se llenó de espasmos, de sacudidas violentas, me deslicé hasta el suelo y me quedé allí, sentado, intentando entender los sucedido o lo que podría llegar a pasarme si se malinterpretaban las cosas.

¿Qué haría la policía con los mensajes que le había enviado a Shadow? Sabía que no eran más que parte del juego, pero si se

interpretaban fuera de contexto, podrían incriminarme.

Tiré de mi pelo empapado.

—Joder, joder, joder… —murmuré, golpeando las baldosas con el puño cerrado y destrozando todavía más mis nudillos.

Los polis no habían dejado de mirarme las manos que estaban cubiertas de sangre seca.

No sé exactamente el tiempo que estuve allí dentro, podían ser minutos o incluso una hora. Solo sé que, cuando por fin llegué al salón envuelto en un albornoz blanco, me sentía tan derrotado como cuando entré.

Mi abogado estaba sentado en el sofá con un par de copas ya servidas y la chimenea encendida. Me dejé caer pesadamente a su lado, y él me tendió un vaso. Lo vacié de un trago, sintiendo el calor del alcohol extenderse por mi pecho.

—Imaginé que necesitarías entrar en calor, aunque estemos a mayo... —Moví la cabeza afirmativamente y mi cuello se venció hacia atrás. Cerré los ojos—. Necesito que me cuentes todo lo que ha pasado —dijo, mirándome con seriedad—. Y cuando digo todo, es todo. No te dejes nada, cualquier detalle puede ser vital, deja que te pregunte algo porque debo hacerlo, no porque te crea capaz. ¿Lo mataste?

—No —respondí sin mover los párpados.

—Vale, pues entonces te escucho, necesito armar el rompecabezas y entender a qué nos enfrentamos.

Sabía que no tenía opción, que Hall tenía razón. Aunque odiaba exponer mi vida íntima, especialmente algo tan privado como mi gusto por el BDSM.

Sin mirarlo a los ojos, vomité los detalles que creí que serían indispensables para mi defensa, sin profundizar demasiado en ellos. Le expliqué la petición de Mistress Selene, mi relación con Shadow como su amo y los mensajes que habíamos intercambiado, que no tenía idea de que se trataba de Damien. Cómo lo fiché, su trabajo en el club, el día del Savage, cómo lo ayudé y el motivo que hizo que le llevara la cena.

La expresión de Simon se fue endureciendo a medida que hablaba.

—¿Puedo ver esos mensajes y los vídeos? —preguntó.

—Más bien oírlos, eran de voz. —Extraje el móvil y se lo pasé.

Su rostro se puso blanco al llegar al último.

No era de decir malas palabras, no obstante, podía leerlas en su rostro.

—Jordan, no soy especialista en derecho penal, pero… esto puede interpretarse muy fácilmente como amenazas. —Su voz era grave, y la preocupación en su mirada era evidente—. No digo que lo sean, pero el fiscal va a agarrarse a esto como si fuera un ancla. El asunto se va a poner peliagudo.

—Todo era consensuado —insistí, frustrado—, formaba parte del juego, él quería que lo tratara así.

—No digo que no. —Simon levantó las manos para calmarme—. Te creo. Pero eso no importará cuando estemos en una sala de juicio y el fiscal quiera ganar el caso. Debes ponerte en la piel del jurado, la mayoría de personas ve el BDSM como una panda de depravados a los que les gustan las fustas, los azotes, el dolor y los látigos. Pueden pensar que se te fue de las manos, así que, además de dar con quién lo hizo, necesitamos a alguien especializado en esto, alguien que pueda desmontar cualquier acusación antes de que tome fuerza para que el fiscal no pueda buscar a su culpable en ti. Nos guste o no, las cárceles están llenas de personas inocentes que parecían culpables.

—No he hecho nada. —Mi voz sonó más áspera de lo que esperaba.

—Lo que importa no es que lo hayas hecho o no, sino que seamos capaces de demostrarlo. Importa lo que puedan probar y, lamentándolo mucho, si te tienen en el punto de mira, van a enfocarse en ti porque eres el camino más fácil.

Simon se inclinó hacia adelante, apurando su copa antes de hablar de nuevo.

—Vamos, que estoy jodido.

—Escucha, tengo un colega con el que estudié en Yale que es de los mejores. Él es de Washington y abrió un bufete hace unos meses aquí en Nueva York. Hablaré con él para que coja tu caso. Confía en mí, no se lo pondremos fácil a la policía.

—No hay nada que ponerles fácil, porque yo no lo hice —gruñí, apretando los dientes.

—Y yo no dudo de ti, pero necesitamos estrategia y un abogado cojonudo especializado en estos temas. Ahora intenta relajarte un poco y dormir. Necesitas coger fuerzas para lo que está por venir.

Me palmeó el brazo.

—Gracias por socorrerme en cuanto te llamé.

—Para eso me pagas.

—No lo suficiente para lo que has hecho esta noche, pásame la minuta.

—Lo de esta noche corre por mi cuenta, sabes que voy a estar ahí siempre para ti y, entre tú y yo, no quiero que entres en la cárcel, eres un buen cliente, de los que no dan problemas y pagan siempre, serías una gran pérdida. —Me guiñó el ojo antes de ponerse en pie —. No te levantes, sé dónde está la puerta.

Me quedé en el sofá sin moverme, fijando los ojos en las llamas que me estaban consumiendo por dentro. «Relajarme. Descansar. Como si eso fuera posible...».

Mi cabeza estaba en un bucle que me llevaba a un túnel y, al final de este, solo estaba la imagen de Damien, formando parte de un lienzo macabro. Lo peor no era eso; lo peor era la canción, aquella maldita canción acompasando mis pasos cuando entré en su cuarto, la que todavía resonaba en mi interior, azotándome por dentro como si no quisiera dejarme en paz, la misma que oía cada vez que él…

Tragué con fuerza e intenté expulsar la imagen de mi cuerpo desnudo inmovilizado a la fuerza contra el potro con las piernas abiertas, sujetas por los tobillos en unos anclajes que me aferraban al suelo. *Claro de Luna* sonaba de fondo, y él se acercaba para ponerse detrás de mí, diciendo que era un mal esclavo, que le había fallado.

Yo suplicaba, lloraba, le aseguraba que no volvería a suceder, y él repetía que era por mi bien, que si no, no aprendería, mientras me escupía entre las nalgas para después…

Me doblé en dos y vomité sobre la alfombra.

Esa melodía y las imágenes del pasado, mezcladas con las del presente, me perseguirían por mucho tiempo.

CAP Í TULO 31



Candice

—i¿Cómo que has encontrado un amo que te ha puesto los ojos en blanco en el L&W?!

—¡Te lo juro por mi corsé favorito! —Su voz, enérgica y aguda, resonaba con esa pasión desvergonzada que la hacía única mientras agitaba las pestañas con descaro—. Sabes que no suelo dejarme llevar, pero fui a la fiesta de anoche, y no sé cómo explicarlo… Tenía una energía, un porte, una elegancia, un saber estar que… Supe al instante que debía probar. No me digas que es un riesgo, porque eso ya lo sé, sin embargo, tenía un no sé qué que qué se yo que me hizo conectar de inmediato. —Sabía exactamente de lo que me estaba hablando porque me pasó exactamente lo mismo que con Boss—. Tendrías que oírlo hablar, tiene uno de esos acentos que te derriten las bragas, es duro y bastante cerdo —rio—. No solo me dominó como quiso, terminé con unos cuantos doms y subs haciéndome cosas al mismo tiempo, y hoy tengo el culo que apenas me puedo sentar, por no hablar de que voy sin sujetador, cualquier roce les hace recordar a mis pezones lo que anoche sucedió. ¡Fue la hostia! Creo que no me he corrido tantas veces en tan poco tiempo, estoy

explorando nuevos horizontes, ama Candy, y pueden expandirse a límites insospechados.

—Sophie, tú cambias de horizonte cada semana. ¿Me estás diciendo que terminaste sometida en una orgía y que te hicieron *spanking*? —Su risilla la delató.

—No me juzgues, te recuerdo que rechazaste el puesto, por lo que tuve que adaptarme a las circunstancias. Tomar nuevos senderos es indispensable para descubrir paisajes recónditos que te puedan sorprender.

—¿Eres una sumisa, o una guía de viajes?

Negué con la cabeza mientras mordía un *bagel* para matar el hambre. No me había dado tiempo a salir del despacho, para variar, así que le pedí a Shauna que me trajese lo que fuera del bar de la esquina, que lo dejaba a su elección.

Sophie era un torbellino, una mezcla de energía inagotable y atrevimiento que a veces me resultaba agotador, pero nunca aburrido.

—¿Vas a volver a verle? —pregunté, tragando el bocado.

—¡Lo estoy deseando! Me puso firme en dos segundos. Creo que soy suya… Al menos, hasta que me aburra o me rompa la espalda.

—¡Serás bruta! —Sabía que no lo decía en serio.

—Tengo que presentártelo, no a Candy la dominatriz, sino a la sumisa, podría ser divertido compartir… —jugueteó con su pelo.

—¿Piensas que me interesa una doma de este tipo?

—No pierdes nada por probar… A lo mejor te gusta… Cuando terminé, estaba tan destruida que me pasé media hora sin poder hablar.

—¿En serio? Eso sí que es digno de mención. Me encantaría conocer al hombre que ha conseguido dejarte sin palabras por más de cinco minutos.

—¡Perra! —Sophie soltó una carcajada, luego hizo una pausa teatral y adoptó un tono más persuasivo, agitando las cejas en la videollamada—. Aunque, conociéndote, estoy segura de que te encantaría. Es un maestro del juego, y me apuesto lo que quieras a que terminarías rendida a sus pies.

—Deja de fantasear, Sophie. No va a pasar.

—¿Por qué no? —Hizo un puchero mientras yo negaba—. Ah, ya entiendo… —dijo con ese tono que solo presagiaba problemas—. ¿Tiene que ver con Nathan?

—¡No! —estallé como si me acabaran de arrojar un cubo de agua fría.

—Yo creo que te está afectando lo de cortar con él. ¿Piensas que podría cabrearse si hicieras lo que yo anoche?

Suspiré y apoyé la cabeza en mi mano. Sophie siempre sabía cómo remover cosas que preferiría no sacar a la luz.

—No, no es eso, volvimos a hablar y se lo dejé claro.

—Entonces, ¿qué es?

Mordí el labio, debatiéndome entre lo que debía decirle y lo que quería compartir. Sophie era mi amiga, de las de verdad, pero lo que había pasado el día anterior…

—Tuve una doma muy especial.

El chillido que soltó traspasó la barrera del sonido y por poco rompió la pantalla de mi móvil.

—¡Cuéntame todo, *bitch*! ¿Por qué no has hablado antes?

—Lo estabas haciendo tú, además, no sé si debería… —dije, intentando contener una sonrisa.

—Acabo de decirte que ayer follé en grupo, que tengo el culo y las tetas del color de las cerezas, ¿y no pensabas contarme con quién estuviste ayer? Si no lo haces, juro que aparezco en ese despacho con un cartel que diga: Esta abogada adora el BDSM y guarda secretos calientes.

—No seas melodramática.

—¡Pues confiesa!

Rendida, le pedí que jurara no decir nada a nadie.

—¡Al *plug* pongo por testigo que no le revelaré tus secretos a nadie!

—Es en serio, Soph.

—Ya, ya. De verdad. Venga, habla.

—Ayer por la tarde estuve con el tío del SKS, ya sabes, el pecado capital.

El silencio al otro lado fue breve pero intenso.

—¿Estuviste? ¿A qué te refieres? Dame un instante para que lo procese… ¿Fue al despacho?

—No, nos vimos en el L&W.

—Espera, espera, espera… ¿Estás diciéndome que estuviste en una mazmorra con el pecado? ¿El mismo al que le dejaste meterte los dedos en el escenario?

—Soph…

—¿He acertado?

—Sí. —Dio un chillido.

—¡Lo sabía! ¡Eres una zorra con suerte! —gritó tan fuerte que tuve ganas de silenciar el móvil.

—¡Baja la voz!

—No puedo. Esto es demasiado. Tienes que darme detalles… ¿Cómo pasó? ¿Quién domó a quién? ¿Te sometió? ¿Es tan bueno como parece? ¿Te hizo ver las estrellas? Seguro que con esa polla tan bestia hoy caminas como los vaqueros de las pelis antiguas de los wéstern.

—En serio, no es el momento… Estoy currando…

—¡Claro que lo es! Y, para tu información, has hecho una pausa para comer. Vamos. Suéltalo. ¿Cuantas veces hizo ese tío que te corrieras? ¿Cinco? ¿Diez?

Antes de que pudiera responder, escuché un golpe en la puerta.

—Dame un segundo, y cállate, por Dios.

Pronuncié un «adelante» mientras mi amiga me dedicaba gestos obscenos desde la pantalla.

La persona que estaba al otro lado era Nate, quien abrió con el ceño fruncido y una expresión que no auguraba nada bueno.

—¿Podemos hablar un momento? Es importante… Si no estás muy ocupada.

—¿Es Nathan? ¡Hola, Nathan! —proclamó Sophie con la suficiente fuerza para que la oyera.

—Hola, Sophie —respondió sin moverse.

—Soph, tengo que colgar.

—¡No puedes dejarme así! —farfulló—. ¡Estábamos hablando de cosas de chicas, Nate! ¿Por qué no vuelves más tarde y le traes un café?

—Para tu información, estamos trabajando —comentó molesto para que lo pudiera oír.

—Luego te llamo, lo prometo.

—Vale, pero esto no se queda aquí. Quiero saber hasta el último detalle, ¿me oyes?

—Sí, sí. Hasta luego —colgué rápido antes de que pudiera replicar.

Nathan seguía plantado en el umbral con los brazos cruzados.

—Pasa.

Entró sin titubeos y se detuvo en el centro de la sala.

—¿Qué ocurre? —pregunté, intentando sonar tranquila.

—¿Qué ocurre? —repitió, casi con sarcasmo—. No sé, Candice. Dímelo tú, se os oía desde fuera...

Su tono me hizo apretar los labios.

—¿Ahora escuchas mis conversaciones?

—No estaba con la oreja puesta si es lo que insinúas, ya te he dicho que se oía a tu amiga desde el pasillo.

—Ya conoces a Soph, se entusiasma muy rápido y le cuesta bajar el tono de voz.

—Me parece bien, siempre y cuando mantengas tu intimidad alejada de los trabajadores. Dudo que les interese saber si ayer follaste o el tío la tenía enorme, imagino que a mí tampoco me debería importar... —Soltó un bufido.

—¿Esa era la emergencia? —No pensaba entrar al trapo.

—No, tenemos una videollamada en la sala de juntas con mi padre, en dos minutos, por eso he venido a buscarte.

—¿Y no podías empezar por ahí sin traer a colación mi vida personal?

Nathan se pasó una mano por el pelo, claramente irritado.

—Lamento haber interrumpido vuestra conversación sobre tu nuevo ligue e intentar que no te conviertas en la habladuría del bufete. ¿Contenta?

Lo miré entre sorprendida y molesta. Sabía que su hostilidad era fruto de lo mismo que llevábamos arrastrando la última semana.

—Nathan… No hagas que me repita. Entre tú y yo…

—Me quedó claro el último día. No nos debemos explicaciones. —Levantó las manos en un gesto de rendición y suspiró—. ¿Podemos

irnos ya? No me apetece hacer esperar a mi padre, ya lo conoces.

Con el *bagel* a medio comer, me levanté y cogí el portátil. Seguí a Nate hacia la sala de juntas, su espalda estaba muy tensa y clavaba las suelas de los zapatos en el suelo con irritación.

Entramos en silencio, la tensión entre nosotros era palpable.

Él configuró la videollamada con una eficiencia que hablaba de su estado de ánimo: molesto y algo distraído. Cuando la imagen del señor Blake apareció en la pantalla, su voz grave llenó la sala.

—Nathan, Candice. Me alegra veros.

—Buenas tardes, señor Blake —respondí.

—Papá…

Él asintió con una leve sonrisa.

—Perdonad que no os haya convocado y esta reunión sea casi un atraco, quería preocuparme por cómo va el bufete y comentaros una cosa a ambos, aunque ya sabéis que me encanta estar al día de vuestras proezas. Como no quiero haceros perder el tiempo, iré al grano. Nathan, cuéntame, ¿qué tal va la captación de la cuenta en la que estás trabajando?

Nate enderezó la espalda y respondió con el tono profesional que solía utilizar.

—Avanzamos bien. Me reuní con el cliente hace unos días, revisamos los términos del contrato, y creo que están listos para firmar. Estamos ultimando algunos detalles que creo que podremos limar.

—Son buenas noticias —comentó el señor Blake, mostrando interés genuino.

—Sí, señor. La empresa del señor Vílchez es muy potente, sus ingresos anuales son astronómicos y tiene muchísima proyección. Sus conexiones podrían atraer a muchos clientes de los que tienen abultadas cuentas corrientes y gran reputación. Podemos arrastrarlo al bufete, siempre que hagamos un buen trabajo, claro.

—Eso suena excelente. ¿Y cómo vas a asegurar que todo quede cerrado?

Nathan pareció dudar un segundo antes de responder:

—Me ha invitado a una fiesta privada por el cumpleaños de su esposa el próximo fin de semana. Será una buena oportunidad para

fortalecer la relación, aunque…

Su mirada se deslizó hacia mí fugazmente antes de volver a la pantalla.

—No estoy muy seguro de con quién ir, me dijo que fuera acompañado.

El señor Blake soltó una carcajada.

—Eso está claro, hijo. Nuestra abogada estrella no puede quedarse fuera, es una gran oportunidad para ambos. Seguro que hay gente muy importante, ¿verdad que quieres ir, Candice?

Sentí cómo la atención de ambos se dirigía hacia mí. No podía negarme, no después de la forma en que lo había planteado y con todo lo que había hecho el señor Blake por mí.

—Claro, será un placer acompañar a su hijo —respondí con una sonrisa profesional.

Nathan solo asintió, aunque seguía esquivo.

—Perfecto —continuó el señor Blake, sin percatarse de su tensión —. Bueno, ha llegado tu turno, señorita Star, ¿cómo va el caso Goldstein?

Respiré hondo, preparando mi respuesta.

—Me gustaría decirle que avanza más rápido de lo que en realidad va. Es complicado, hay muchas contradicciones en el testimonio de Clara, y algunos puntos no terminan de encajar. He contratado a un investigador privado para que me ayude a arrojar luz sobre los detalles que mi clienta parece reacia a revelar.

El hombre asintió lentamente, su expresión era seria.

—Confío plenamente en tu criterio, Candice. Sé que puedes con eso y más. Piensa que, si haces un buen trabajo, esa mujer heredará una fortuna. Nos interesa mucho que quede contenta y asesorarla en sus asuntos económicos.

Sabía exactamente a lo que se refería, me quedaba muy claro después de tantos años trabajando para él, de sus intereses.

Nuestros clientes eran prestigio y dinero. Como él decía, no éramos hermanitas de la caridad, para eso estaban las asociaciones y las ONG a las cuales daba cada cierto tiempo algunos donativos para lavar su conciencia.

—Voy a pedirte un favor, Candice.

—Por supuesto.

—Necesito que te encargues de otro caso. —Eso me pilló por sorpresa.

—¿Otro caso? No es por falta de ganas, señor, en otras circunstancias no me quejaría, es solo que Clara me tiene completamente absorbida…

—Si necesitas más personal, tira de los becarios o contrata a alguien, no voy a oponerme.

Intenté contener mi frustración. No podía negarme, seguía siendo el jefe.

—¿De qué se trata?

—Es un caso que me ha pasado un buen amigo mío, estudiamos juntos y pertenecíamos a la misma hermandad, ya sabes lo que eso supone. —Lo sabía, era como si Soph me pidiese un favor—. Se llama Simon Hall, él te contactará, le he facilitado tu correo para que te envíe toda la documentación y tu número, aunque le he dicho que lo llamarías tú una vez te hubieses puesto al día.

»Es un caso bastante escabroso por lo que me ha comentado. Su cliente asegura que es inocente, pero… Entre tú y yo… Él no las tiene todas consigo después de lo que ha visto, ya sabes que a veces nos toca defender lo indefendible —exhaló—. Su cliente ha resultado ser un tipo con ciertas tendencias a la perversión. Todo apunta a que se le fue de las manos un juego sexual y degolló a su amante, que era su sumiso o algo así. Él mismo llamó a la policía. Cuando llegaron, la víctima estaba en mitad de la habitación envuelta en látex, degollado, y él estaba lleno de sangre.

No tuve más opción que asentir.

—Entiendo. Me esforzaré al máximo.

—Sé que lo harás, sin embargo, tampoco quiero que te compliques demasiado. Lo que vamos a sacar de ese hombre no es mucho, salvo la minuta, no puedo robarle el cliente a Simon, por lo que si intuyes que vamos a perder…, me lo dices. Si podemos traspasar el caso, hay algunos abogados de Manhattan que me deben ciertos favores. ¿Comprendes?

«Demasiado bien».

—Sí, señor.

—Muy bien, pues os dejo, cuidaos y me seguís informando, que he quedado con el senador para echar una partida de golf. Ah, y Candice… —dijo antes de colgar.

—¿Sí?

—Gracias por todo de nuevo. —Sus ojos se desplazaron significativamente hacia Nate y después me sonrió.

La pantalla se quedó en negro, dejando un silencio incómodo en la sala.

Nathan no dijo nada mientras recogía sus cosas, y yo me limité a hacer lo mismo.

—Bueno, parece que vienen unos días interesantes —comenté, intentando romper la tensión.

Él soltó un resoplido, sin siquiera mirarme.

—Si tú lo dices.

Y sin más, salió de la sala, dejándome con una mezcla de irritación y cansancio.

Volví al despacho sin muchas ganas de acabarme el *bagel* que ya estaba frío.

Tenía que hacer algunas llamadas para atar el tema de Clara Goldstein y después centrarme en el nuevo caso que acababa de arrojarme encima.

Abrí el portátil y, en cuanto desplacé el ratón para reactivarlo, apareció un *mail* en la pantalla.

Podría haberlo dejado para después, pero no me gustaba que se me acumularan los correos por responder.

En cuanto lo abrí, mi corazón dejó de latir y me faltó el aire en los pulmones.

El remitente era el amigo de fraternidad de mi jefe y en el asunto rezaba:

Caso Jordan Stein

Reconocería aquel nombre en cualquier lugar del mundo. ¡No podía ser!

CAP Í TULO 32



Candice

El agua caliente llenaba la bañera, envolviendo mi cuerpo en una calidez reconfortante y una bruma húmeda que aromatizaba la estancia gracias a los aceites esenciales relajantes.

Solía llenármela hasta arriba, poner un buen puñado de sales de cereza y jazmín, suficiente gel de espuma de baño para generar una manta de burbujas que me cubriera y prender unas cuantas velas para beberme en su interior una buena copa de vino helado.

Lo hacía cuando estaba saturada, con la cabeza al límite del colapso, no era para menos, tenía los músculos de las cervicales agarrotados.

Mi mente no podía detenerse.

Cerré los ojos, dejando que el vapor y los aromas hicieran su trabajo, intentando liberar los fantasmas que llevaba arrastrando toda la tarde, tras abrir el correo de Simon Hall que destapó la caja de los truenos, una que, hasta el momento, creía inexistente.

Por desgracia, el esfuerzo fue inútil.

Tras hacer unas cuantas respiraciones profundas, pensé en cada palabra devorada, en las frases que me había obligado a analizar. Estaban impregnadas de un peso que era incapaz de ignorar,

llenándome la cabeza de conjeturas en una ruleta rusa capaz de volarme la tapa de los sesos tras cada punto y aparte.

Abrí los ojos de golpe y me incliné hacia adelante, abrazando mis rodillas mientras el agua caliente salpicaba mi piel.

«Jordan Stein. Boss. Shadow. Mistress Selene. Pecados Capitales. Jordan. Jordan. Jordan…».

«¡Dios!». Contuve las ganas de gritar y aporreé el agua.

Era como si un aluvión de piezas de un rompecabezas se hubiera desparramado frente a mí, obligándome a unirlas a la fuerza.

Las conexiones parecían imposibles, demasiado enredadas para ser reales, sin embargo, cuanto más pensaba, más sentido tenían, y lo peor es que habían estado ahí, desde el principio, desde que decidí aceptar el trabajo en Nueva York, hacerle el favor a Mistress Selene, acudir con mis amigas a ese club. Subir al escenario con él, dejar que sus dedos entrasen en mí, acceder a la doma del Boss, cargar a mis espaldas el caso del señor Blake.

Aceptar. Aceptar. Aceptar… Y, ahora, ¡¿qué?!

Respiré agitada, mi pecho subía y bajaba de manera irregular.

El informe que el señor Hall incluyó en el *mail* no había dejado lugar a dudas: Jordan parecía el responsable.

Su abogado había redactado con pelos y señales todo lo que su cliente le había confesado y añadió lo que pudo recabar de una fuente policial que se lo había filtrado.

El caso era apabullante. Cualquier abogado que se preciara sabría que con ese expediente era muy difícil que no inculparan al señor Stein y este se librara de la cárcel.

Mi jefe lo sabía, por eso me dijo lo que me dijo, perder no era bueno para el bufete, pero tampoco se dejaba colgado a un hermano de fraternidad, era lo primero que nos enseñaban cuando entrábamos en una. Otra cosa era que el señor Blake fuera estúpido.

Jordan no solo era el sub *switch* que Mistress Selene había mencionado cuando me pidió que tomara al Boss bajo mi tutela. También era quien, según Jordan, lo había puesto en contacto con Shadow para que se ocupara de él igual que hizo conmigo. La cosa

se complicaba, porque el sumiso fue encontrado asesinado en su propio cuarto y era uno de sus trabajadores del SKS.

Jordan aseguraba que no tenía idea de que se trataba de él, lo que no concordaba con que lo esperara en su piso vestido de esclavo cuando Stein aseguró que quedaron para cenar…

El agua de la bañera empezó a enfriarse, pero no me importó. Mi cerebro estaba ardiendo.

«¿Lo habría degollado como sugería la policía?».

No había rastro de que otra persona hubiera estado en el piso. Según la información a la que Hall accedió, la policía tenía el móvil de Damien West, así se llamaba el fallecido, y estaba lleno de conversaciones y vídeos que le cortarían el aliento a cualquiera que estuviera fuera del mundillo del BDSM.

Me parecía mentira que el hombre con el que había intimado fuera ese asesino despiadado.

«No puede ser… No puede ser…».

Mis manos se deslizaron por el borde de la bañera, buscando un punto de apoyo mientras trataba de organizar los punzantes pensamientos.

Volví a la escena en la mazmorra del L&W, cuando descubrí al Boss de rodillas frente a mí. Un hombre cuya energía me resultaba terriblemente familiar desde el primer instante en que lo vi sobre el escenario. Mi cuerpo lo reconoció antes que mi mente, y todo había encajado cuando finalmente lo miré a los ojos.

Esos ojos…

Pese a que parecía el hombre de mis sueños húmedos de la adolescencia, lo achaqué a un parecido extremo porque los suyos eran azules, no marrones. Era imposible que fuera la misma persona… ¡Pues lo era!

Descarté las lentillas porque no vi rastro de ellas, quizá se habría sometido a una técnica de despigmentación ocular que había ganado popularidad en los últimos años. Podía ser eso.

Esa diferencia dejó de importar cuando averigüé que se trataba de él.

Había ignorado las señales, la atracción instantánea, esa energía que tiraba de mí de aquella manera inusitada. Mi cuerpo reconoció

aquello que mi mente le negaba, era cuestión de piel, de química desatada. Nunca había sido su doble, sino Jordan todo el tiempo, y con él llegaban los recuerdos, enredados en una maraña que me arrastraba hacia ellos, hacia lo que hice, lo que hicimos…

«Jordan… Mi Jordan».

Deslicé los dedos a la parte posterior de mi cuello mientras trataba de recuperar el aliento. La sensación de opresión no desaparecía. Ahí estaba aquel veinteañero que conocí por casualidad cuando Esmeralda nos llevó a mi padre y a mí al casoplón de su recién descubierto padre biológico.

El deportista de élite, el mismo que provocaba que me temblaran las rodillas.

Mi abuelo materno era muy forofo del Español, por lo que en el bar siempre veíamos todos sus partidos. Mi madre, de los futbolistas, no tardó nada en señalármelo en la pantalla y decirme que no fuera tonta, que tenía que buscarme uno así, como el guapito que llevaba el número 12, para que me solucionara la vida.

Jordan era el chico al que mi padre odiaba con una intensidad desmesurada; en primer lugar, por lo que ocurrió con mi madrastra, y después, conmigo.

Era el mismo que yo llevaba años buscando, el que había soñado reencontrar con la suficiente madurez para plantarme delante de él y decirle eso de:

«Y, ahora, ¿qué?».

«Ahora estás jodida».

Me sumergí en el agua y contuve la respiración.

Pensé en el día en que nos conocimos, en el que lo invitaron a enseñarme la piscina climatizada en la que me zambullí a su lado.

Tenía el cuerpo de una cría que se había desarrollado demasiado rápido y que se encendía como una antorcha frente a la proximidad del futbolista.

Era tan precoz como mi madre, y por eso mi padre tenía un miedo atroz de que cometiera sus mismos errores.

Él coqueteó conmigo.

Ahora sabía que fue sin maldad. Que debió detectar mi expresión embobada y quería hacer sentir bien a aquella adolescente

hormonada. Yo me lo tomé por donde no era y actué de forma impulsiva, dejándome llevar. Cuando creí que iba a besarme, me llevé una ahogadilla y la siguiente vez no le di tiempo a reaccionar.

Me apreté contra su cuerpo, en aquel entonces más delgado y fibroso, para robarle el que fue mi primer beso, que le costó unas buenas hostias por parte de mi padre cuando nos pilló.

Nunca había sentido tanta vergüenza ajena.

En mi fuero interno, me había jodido mi novela de amor. No comprendía por qué tenía que meterse, ignoraba lo que ocurría en aquella propiedad y el motivo por el que Jordan despertaba su instinto más animal.

Lo odié por eso.

La siguiente vez que me vi con el futbolista fue fruto de la casualidad. Sucedió en un cruce, me salvó de ser atropellada tras una fuerte discusión con mi padre. Intentó calmarme y me ofreció un paseo en coche.

¿Qué adolescente no querría pasear con un futbolista guapísimo en un Porsche 718 Cayman y vomitarle todas sus frustraciones?

Me llevó a su lugar favorito, me aseguró que no había ido con nadie y eso me hizo sentir más especial todavía.

Me enseñó a descargar mis problemas sobre las nubes del atardecer y que estas se los llevaran mientras me abrazaba por detrás, convirtiéndose en un improvisado refugio.

«¡Yo sí que estaba en una nube!».

Hablamos un buen rato, le dije que mi madre estaría encantada de que estuviera aquí, pero que a mi padre le daría un parraque.

Recuerdo aquella frase que soltó y se me quedó grabada a fuego en la memoria.

—Tal vez no sea el ángel salvador que Andrés hubiera querido para su pequeña, pero a veces las cosas son como son, y no tenemos más remedio que aceptarlas como vienen.

Era tarde, tenía que llevarme a casa, no sé cómo tropecé. Evitó mi caída apretándome contra él, y después hizo algo inesperado, algo que jamás pensé que haría… Descendió sobre mi cara y me besó por voluntad propia.

Fue la primera vez que sentí aquella extraña conexión, la que desató miles de mariposas en mi estómago y me hizo desear que el tiempo se detuviera en su boca. La primera vez que alguien me metió la lengua y quise más.

En cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se llenó de arrepentimiento y de culpa. Vi lástima por mí en sus ojos y reconozco que me sentí fatal.

«¿Me había besado por pena?».

Emergí con un jadeo, el aire llenando mis pulmones ardientes por haber vuelto a la superficie tras demasiado tiempo bajo el agua. Pasé las manos por mi cara y me hundí hasta la barbilla, mirando al techo mientras las gotas resbalaban por mi rostro.

«¿Qué demonios voy a hacer ahora?».

Era una pregunta para la que no tenía respuesta. Lo único que sabía era que mi vida acababa de complicarse de una forma inesperada.

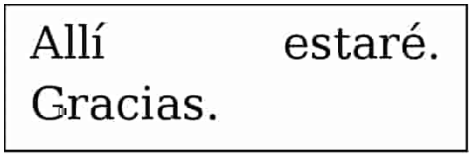
El móvil que aguardaba en la repisa vibró.

Miré la pantalla y tragué con fuerza.

Jordan Stein acababa de responder al mensaje que le envié antes de entrar en el baño desde el móvil de empresa.

En el que me presentaba como Candice Star, su nueva abogada de Blake & Associates NY, y lo citaba en mi despacho a media mañana, porque antes tenía que hacer varias llamadas y prepararme la reunión, entre ellas a Mistress Selene, la cual no había respondido al mensaje de audio que le dejé.

Jordan



CAP Í TULO 33



Jordan

El teléfono sonó temprano, sacándome de un sueño inquieto que apenas recordaba. Estaba tumbado en el sofá, con una manta a medio caer y la botella de *whisky* sobre la mesa, ahora vacía.

El nombre de Corey brillaba en la pantalla. Dudé en responder, pero sabía que no podía ignorarlo por más tiempo.

—Hola, Corey.

—¡Por fin! —exclamó al otro lado—. Joder, Jordan, ¿qué ha pasado? Te he estado llamando toda la noche. ¿Estás bien? ¿Dónde estabas?

Su preocupación era palpable y, aunque agradecí el tono, sentí un nudo en mi estómago. ¿Cómo empezar a explicarle algo tan jodido?

—Estoy… más o menos. —Me pasé una mano por la cara, intentando despejarme—. Ha sido… una noche de mierda.

—¿Estás en tu piso? Acabo de salir de la clínica y pensé en pasarme por si te encontrabas mal.

—No necesito a un ginecólogo —respondí.

—Vale, pues entonces… ¿Te apetece desayunar fuera y me cuentas?

—No, no quiero salir…, pero puedes venir si te apetece. —Pese a que no hubiera querido explicarle lo ocurrido, necesitaba un hombro sobre el que vomitar—. Necesito hablar contigo.

—Ok, pillo algo de camino. Por tu voz, creo que estaría bien algo nutritivo y analgésico, yo me ocupo.

Colgué y me quedé mirando el techo, sintiendo cómo la tensión volvía a instalarse en mi pecho.

Corey siempre había sido un amigo leal, alguien en quien podía confiar, el problema era que este era un terreno completamente nuevo y no lo quería involucrar, aunque iba a ser imposible dejarlo al margen. Necesitaba su apoyo en el club más que nunca, no estaba seguro de poder tomar buenas decisiones en ese momento.

Hablar con Simon de lo ocurrido era una cosa; hacerlo con mi mejor amigo, que no conocía mi lado más oscuro, mis sombras más profundas, era otra.

Me levanté, arreglé un poco el desorden del salón y fui a meterme bajo un chorro de agua fría para despejar el alcohol de mi organismo.

La sangre seca de Damien ya no estaba, pero la sensación de su tacto seguía pegada a mis manos.

Cuando Corey llegó, traía una bolsa de papel con unos sándwiches, café y paracetamol.

—Joder, ¡menudas ojeras! —dijo, dejando las cosas sobre la barra de la cocina—. ¿Qué demonios pasó anoche para que parezcas un oso panda resacoso y trasnochado? Dime que fue memorable…

Suspiré, señalando uno de los taburetes para que se sentara.

—No sé ni por dónde empezar.

—Empieza por lo básico. ¿Estaba buena? Tú nunca faltas al trabajo, así que tenía que ser la hostia —aseveró mientras tomaba un sorbo de café.

Apoyé las manos sobre el mármol, sin tocar la comida ni la bebida.

—Damien está muerto.

Corey dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco, sus ojos abriéndose de par en par.

—¡Hostia puta! ¡¿Qué?!

—Alguien lo mató. —Mi voz tembló, y cerré los ojos por un segundo para mantener la compostura—. Lo encontré anoche en su piso cuando fui a llevarle la cena. —Corey blasfemó de nuevo.

—¿Tú lo encontraste? ¿Qué le pasó? Era muy joven… ¿Qué dijeron los sanitarios que lo atendieron? No me lo digas… Sobredosis, mira que le dije que….

—Alguien le rebanó la yugular —acorté sin tapujos para que no siguiera elucubrando. Corey soltó un exabrupto—. Cuando entré… —tragué saliva, sintiendo el sabor amargo de las palabras que tocaba pronunciar—, lo vi en el suelo, desangrándose. Llevaba puesta… una máscara y un traje de látex. Intenté ayudarlo, Corey, te juro que intenté contener la hemorragia, pero… —Mi voz se quebró, y me pasé las manos por el pelo, frustrado.

Mi amigo se puso en pie de inmediato, su empatía le impedía quedarse sentado, vino hasta mí y me obligó a aceptar su abrazo, uno cargado de consuelo, los conocía demasiado bien y no sabía cuánto lo necesitaba hasta verme sumergido en él.

—Hablaste con la poli, supongo…

—Sí. Los llamé en cuanto vi que no podía hacer nada por él. Ahora me están investigando como si fuera el puto asesino.

—¡¿Qué?! —Corey se apartó, indignado—. ¡Eso es absurdo! ¿Cómo van a pensar que fuiste tú?

—¿Cómo no iban a hacerlo? —Solté, amargamente—. El caso está cargado de mierda y toda parece rodearme a mí. Tienen mensajes, vídeos, él…, yo… —Me masajeé las sienes—. Me limité a cumplir con las cosas que Mistress Selene me pidió que le hiciera. Les he dado razones de sobra para dudar, aunque todo es un espejismo, no era real, era un juego…

Corey se inclinó hacia mí, su expresión pasó de la sorpresa a la determinación.

—Obviando que no tengo ni zorra idea de quién es esa tal Mistress… Me importa una mierda lo que os dijerais, o a lo que jugarais, es imposible que lo mataras y punto. Te conozco.

—No esa parte de mi vida…

—¿En la que te conviertes en asesino en serie?

—Nunca he matado a nadie y no por falta de ganas…

—¿Entonces?

—Piensan que porque me van las fustas y el cuero puedo ser el culpable que buscan.

—¡A la mierda! Hay mucha gente a la que le pone el BDSM. Si te contara la de objetos que saco de anos y vaginas, fliparías. Eso no convierte a los amantes del sexo duro en asesinos en potencia y, mucho menos, tú. Se nota que no tienen ni idea de quién eres.

Sus palabras, aunque reconfortantes, me golpearon de una manera que no esperaba. Me faltaba el aire.

—¿Me crees? —pregunté. Mi voz salió más baja de lo que pretendía.

—¡Por supuesto que te creo! ¿Por quién me tomas? Yo te conozco, ellos no —Corey se puso a pasear por el salón como un león enjaulado—. ¡Es una locura que alguien siquiera lo dude! ¿Qué hay de tu abogado? ¿Qué dice? Porque llamaste a tu abogado, ¿no?

—Sí, Simon me sacó de comisaría anoche, cuando me interrogaron, por eso no pude responder al teléfono. Bueno, por eso y porque estaba en *shock*. —Él asintió—. Está haciendo lo posible. No es especialista en derecho penal, así que me ha buscado a alguien para que se ocupe del caso. Dice que el fiscal podría ir con todo.

Mi amigo se detuvo y me miró fijamente.

—Si tu abogado cree que necesitas un especialista, confía en él. Pero quiero que sepas algo: yo estoy contigo, y no soy el único. Estoy seguro de que, en cuanto los chicos lo sepan, se posicionarán de tu lado. Has ayudado a más personas de las que te imaginas. No vamos a dejar que te hundan por un bulo.

—No sé si estoy preparado para que ellos sepan que yo…

—Jordan, no tienes currando a una panda de mojigatos. Además, no vas a poder ocultarlo, si no es que no ha salido ya en las noticias, ya sabes cómo son los medios… —Eso era cierto—. Estate tranquilo, no tienes nada de qué avergonzarte. A mí me da lo mismo si tienes un cuarto rojo del placer y te da morbo jugar a ser Grey… ¿Y a los demás? Pfff, ¡si conoces todas nuestras mierdas!

—Gracias, Corey… De verdad, no sabes cuánto agradezco tus palabras.

—No me des las gracias. Solo haz lo que debes, que es preocuparte por tener al abogado más cabrón e hijo de puta que les baje los humos. Yo me ocuparé del club, seguro que Janelle no pone pegas a echarme una mano, y buscaré a dos pecados que cubran tu baja y la de… Damien. Menuda putada, a veces era un pelín capullo, pero no merecía la muerte. ¿Tienes idea de quién pudo matarlo?

Lo había pensado mucho…

—Puede que el mismo tío que le dio una paliza hace unos días. Al parecer, uno de los maridos de nuestras clientas no se tomó a bien que se llevara a su mujer al Savage…

—Es una posibilidad, dicen que los asesinatos pasionales son los más populares.

—En realidad, no lo sé, ni siquiera sabía que era él a quien estaba domando *online*. Siempre iba con máscara y un traje que lo cubría por completo, podría haber sido cualquiera.

—Menuda putada… El mundo está lleno de psicópatas que están como una puta regadera, dínoslo a mí y a Kate. —Moví la cabeza afirmativamente, ellos también habían pasado por mucho—. Cuando esto termine, vamos a tapar muchas bocas en cuanto se demuestre tu inocencia.

—¿Y si no lo consigo? Ya sabes cómo funciona esto, no basta con ser inocente…

Corey se acercó y me puso una mano en el hombro.

—Lo harás, porque no tuviste nada que ver, y porque ninguno de nosotros va a dejar que pase otra cosa y ese abogado que te ha buscado Hall será la hostia.

El peso de su confianza me emocionó más de lo que quería admitir.

Corey siempre había estado ahí para mí, y una vez más volvía a sentir su apoyo incondicional, el que nunca tuve por parte de mi familia.

—Debo estar en el despacho del nuevo abogado en media hora.

Mi segundo de abordo agarró mi desayuno y me lo acercó.

—Pues come algo, por el amor de Dios. No puedes enfrentarte a todo esto con el estómago vacío.

Sonreí por primera vez en todo el día, aunque fuera débilmente.

—Gracias.

—No me las des más, *boss*, somos amigos.

Comimos en silencio y sentí que no estaba completamente solo en aquella pesadilla.

CAP Í TULO 34



Jordan

El bufete de Blake & Associates NY estaba ubicado en uno de los edificios más impresionantes del distrito financiero. Desde fuera, la imponente fachada de vidrio reflejaba el cielo despejado de Nueva York, creando la ilusión óptica de que estaba bañado en él.

Una mezcla de elegancia y frialdad corporativa era lo primero que respirabas al atravesar las puertas del vestíbulo.

Subí en el ascensor, sintiendo cómo el peso del último día se intensificaba planta tras planta.

Al llegar a uno de los últimos pisos, las puertas se abrieron para revelar un espacio moderno, con paredes envolventes que ofrecían vistas espectaculares del *rooftop* de la ciudad. Estaba decorado en tonos grises y blancos, de manera minimalista.

El sonido amortiguado de los teléfonos y las conversaciones discretas añadían un aire de eficiencia silenciosa.

—¿Señor Stein? —preguntó una mujer detrás del mostrador de la entrada. Su voz era profesional pero amable.

—El mismo.

—Bienvenido a Blake & Associates NY. Le estábamos esperando, la señorita Star le aguarda en su despacho. Sígame, por favor.

—Un placer, Shauna —leí su nombre en la placa, y ella me sonrió.

A la gente solía gustarle que le llamaras por su nombre y no por su función.

Me condujo por un pasillo donde abogados y asistentes trabajaban en sus cubículos acristalados. Todo parecía impecable, desde los suelos pulidos hasta los trajes perfectamente entallados de quienes cruzaban miradas con nosotros.

Se respiraba clase, dinero y pocas ganas de perder el tiempo.

Finalmente, llegamos a una puerta con un nombre grabado en una elegante placa metálica:

Candice Star - Abogada Asociada

Shauna tocó ligeramente antes de abrir y me hizo una señal para que pasara.

—La señorita Star lo recibirá ahora.

Hice un ligero movimiento de cabeza y pasé al interior. La puerta se cerró con un suave clic.

El espacio era amplio y luminoso, siguiendo la línea estética de todo lo que había visto.

Había una enorme estantería llena de libros de derecho y una licorera en una esquina. Sin embargo, mi atención se centró en la figura femenina que estaba de espaldas, detrás de la mesa, contemplando la ciudad con las manos atrás.

Por un momento, el silencio fue ensordecedor.

Algo en su quietud, en cómo sostenía la tensión en sus hombros y el sutil perfume que alcanzó mi nariz mientras avanzaba me resultó familiar.

Me detuve al llegar al escritorio, ella empezó a girar, despacio, sobre sí misma.

Mi corazón dio un brinco, como si acabara de recibir una descarga eléctrica. Al terminar la vuelta completa, el mundo pareció detenerse.

—¿Qué maldita broma es esta? —escupí, incapaz de contenerme.

Ahí estaba ella, de pie frente a mí. La mujer que conocí en el SKS, la misma que me tiró del pelo en el L&W.

El ama Candy, mi nueva dom y, al parecer, mi abogada.

Ella arqueó una ceja, manteniendo una expresión serena.

—Siéntese, señor Stein, por favor.

—¿Qué dices? ¿De qué va esto? ¡Eres tú!

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios, una que era tan profesional como desafiante.

—Sí, soy yo. Candice Star, su abogada y su mejor opción. ¿Puede sentarse, por favor? Tenemos mucho trabajo por delante. ¿Le sirvo algo para beber? Parece que se está atragantando con las palabras.

Mi mente era puro caos, como si alguien hubiera tirado todas las piezas del tablero al suelo.

La mezcla de desconcierto, incredulidad y atracción que sembraba en mí me arrolló con fuerza.

No tenía idea de cómo reaccionar, era imposible que Simon supiera que Candice Star y yo… Sacudí la cabeza.

Apreté los dientes cuando sus tacones pusieron rumbo a la licorera. Ese sonido, esas piernas, ella…

Alzó las cejas aguardando mi respuesta.

Me sentía como un animal desconfiado.

—Agua —dije. Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—. Necesito estar despejado.

Ella asintió tomando la jarra para llenar un vaso.

—Buena elección.

Mientras volcaba el contenido, aproveché para recorrer el despacho con la mirada. No sabía cómo tomarme que ella fuera a representarme.

—Simon dijo que un amigo de la universidad llevaría mi caso…

—Técnicamente es así, este es el bufete del señor Blake, bueno, uno de ellos, el oficial está en Washington, y yo soy su mejor abogada penalista.

«Al parecer, no tiene abuela».

Me acercó el vaso y lo arrastró sobre la mesa. Al hacerlo, su cuerpo se flexionó y mis ojos volaron directamente a su pecho, la camisa tenía los botones superiores desabrochados.

Por muy preocupado que estuviera, era incapaz de no desear el sabor de su piel, de pensar cómo sonaría si la recorriera en ese instante con la lengua.

—Por favor, no se sienta incómodo, aquí seré solo su abogada, creo que somos lo suficientemente adultos como para separar las cosas —comentó, regresando al otro lado de la mesa.

Seguí recorriendo el espacio con la mirada para no saltar de la silla y comérmela. Pese a la compleja situación, mi cuerpo reaccionaba al margen de mi mente, su cercanía me la puso dura de inmediato.

Traté de distraerme.

Al llegar al diploma de Yale, el que la acreditaba como abogada, estreché la mirada.

El nombre grabado no era Candice Star, sino Candela Estrella.

Apreté los labios, algunos latinos americanizaban sus nombres porque no todos los ciudadanos toleraban igual de bien a los extranjeros, o a los hijos de migrantes, por mucho que hubieran nacido aquí.

La hipocresía americana no tenía límites, teniendo en cuenta que era un país levantado gracias a la migración.

Mis ojos vagaron hacia la estantería, donde una foto enmarcada destacaba entre los libros.

Era una imagen familiar: Una Candela más joven, vestida con toga y birrete, aparecía sonriente rodeada de una pareja más mayor. Al fijarme bien en sus caras, se me paró el corazón por segunda vez. Reconocería aquellos rostros en cualquier lugar, por muchos años que hubieran pasado.

«Esmeralda…».

Clic.

«Andrés Estrella…».

Clic.

«Mr. Star…».

Clic.

«Candela Estrella…».

Clic.

«Candice Star…».

«¡Mierda!».

«¡No, no, no! ¡No podía ser! Ella no era…».

Mi boca se secó al instante, y mis pupilas dilatadas volaron hacia su expresión de suficiencia, casi de provocación. Estaba claro que sabía quién era. ¿Lo sabía desde el principio?

Seguro que sí. ¿Cómo no la había reconocido?

En mi defensa diré que hacía veinte años y que aquella mujer poco tenía que ver con la adolescente que se cruzó en la antesala de mi decadencia.

Sabiendo lo que fue capaz de hacer en aquel entonces, estaba convencido de que así era.

—¿Algo no está bien, señor Stein? —preguntó, su tono amable pero cargado de ironía.

Mi mente era un torbellino.

Lo único que podía hacer era mirarla, buscando respuestas que ella había guardado para sí misma.

¡Era la jodida hija de Andrés Estrella y Esmeralda! La hija del ama M. La mujer que fue mi declive, la culpable de que se terminara mi carrera futbolística.

El aire se hizo pesado, sofocante.

Una mezcla de rabia, incredulidad y un dolor enterrado desde hacía años empezó a bullir en mi interior.

—¡No me jodas! —exclamé, mi voz temblaba frustrada—. ¡Tú! ¡Tenías que ser tú la hija de…!

Me levanté del asiento, mi pierna impactó dejando caer el vaso de agua que me había ofrecido. Ninguno de los dos pareció prestarle atención mientras el líquido caía al suelo.

Ella se cruzó de brazos, manteniendo una expresión firme y serena, como si hubiera estado preparada para este momento.

—Sí, Jordan. Soy la hija de Andrés Estrella. Y ahora soy la letrada que llevará tu caso.

—¡Ni lo sueñes! ¡Esto tiene que ser una maldita broma! —espeté, señalándola con un dedo acusador—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí? ¿Te mandaron ellos? ¿Es esto parte de algún maldito plan? ¡¿Cómo demonios has dado conmigo?!

—¿Plan? —replicó, incrédula.

—Está claro que no te ha pillado por sorpresa quién soy…

—La sorpresa la tuve anoche cuando tu abogado me pasó todos tus datos. Hasta entonces, creía que eras un tío que se parecía al futbolista que conocí cuando era una cría.

—¡Seguro! —bufé.

—¿Por qué debería mentirte?

—Porque… Porque… ¡Tu padre siempre quiso cortarme los huevos por lo que pasó!

—Yo no soy mi padre, y ni entonces, ni ahora, he querido tus huevos en otro sitio que no fuera en mi boca.

«Mi polla dio un brinco».

—¡Muy graciosa!

—¿Piensas que bromeo? ¡Esto no es una teoría de la conspiración, Jordan! Estoy de acuerdo en que era muy difícil que volviéramos a encontrarnos, pero el destino es caprichoso, ¿qué voy a decirte que no sepas?

—No voy a dejar que me defiendas, no cuando sé que…

—¿Qué? —me cortó—. ¿Qué sabes? No sabes nada de mí, no tienes ni idea, además de ser la puta ama de la mazmorra, resulta que también lo soy en los tribunales. —Bufé. No le importó—. ¿Piensas que es sencillo que la hija de una mestiza y un tipo que creció en uno de los barrios más humildes de Barcelona fuera becada por Yale? No solo conseguí eso, también fui la primera de mi promoción, en una universidad exclusiva y elitista que abre sus puertas a muy pocos. Al salir, no tuve que buscar empleo, porque salí con trabajo, el mismísimo señor Blake me quiso para su bufete porque vio mi potencial y creyó en mí.

»No me avergüenza reconocer lo jodidamente buena que soy porque nadie me lo ha regalado. Todo lo que tengo, todo lo que soy, lo he construido a base de mucho esfuerzo, entrega y termos de café. Y, ahora, ¿te presentas en este despacho porque un amigo de mi jefe le ha suplicado que coja tu caso y quieres salir por esa puerta porque no soportas la idea de que sea hija de mi padre? ¿O es porque no eres lo suficientemente maduro a tus años para superar lo que ocurrió con la Candela del pasado?

—Me dieron una paliza por tu culpa…

—Tenía catorce. Ca-tor-ce. ¡Supéralo!

—Como si fuera tan fácil —mascullé.

—Allá tú, pero te advierto que si no he renunciado es porque un día me salvaste el culo cuando lo estaba pasando mal, me diste algunos buenos consejos, y ahora es mi turno de dártelos. Acepta, no encontrarás un buen abogado en esta ciudad que esté dispuesto a librar tu culo de la cárcel cuando todo apunta a que eres culpable. Yo, en cambio, voy a luchar con uñas y dientes para demostrar que no lo eres.

No podía dejar de mirarla y aferrarme a ese alegato que abría miles de brechas en mi interior. Veía en su mirada cristalina que no mentía y me estaba ofreciendo la posibilidad de salvación que tanto anhelaba.

Su tono, ese que no admitía réplica, su calma, su profesionalidad, todo me irritaba más de lo que podía soportar.

La mezcla de recuerdos y emociones era demasiado.

Esmeralda, Andrés, su traición, mi caída… Y ahora ella, frente a mí, como si fuera mi ángel salvador.

—¿Sabes lo que me hicieron Esmeralda y tu padre? —gruñí, cargado de veneno.

—Sé que el padre biológico de mi madre era un cabrón. Que a mi padre no le caías bien porque querías enrollarte con Esmeralda y porque… Bueno, en fin, creía que, si yo me ponía a tiro, como estaba haciendo, acabarías sucumbiendo, y yo terminaría con una barriga como le ocurrió a mi madre.

—Yo nunca te habría hecho eso —mascullé con los dientes apretados.

—Lo sé, y por eso asumo mi parte de culpa. No puedes convertirme en el blanco de tu furia porque, pese a ser su hija, soy una persona distinta e independiente a su persona. Nuestro pasado no define nuestro futuro, y lo que ocurrió entre nosotros en Barcelona no tiene nada que ver con esto. Jordan, te voy a decir algo —murmuró, acercándose un poco y clavando sus ojos en los míos—. Puedes quedarte atrapado en el ayer todo lo que te dé la gana y eso va a seguir sin cambiar el hecho de que ahora mismo te enfrentas a una acusación muy grave que no pinta nada bien.

El corazón me iba a mil.

—¡No. Necesito. Tu. Maldita. Ayuda! —grité, dándome la vuelta para dirigirme a la puerta.

—Perfecto. ¡Sal por esa puerta, maldito cabezota, y dile a Simon Hall que tu abogada no te ha rechazado, que has sido tú quien lo ha hecho! —estalló afilada como una navaja—. Encuentra ese alguien que no sepa quién eres, alguien que no sepa de dónde vienes y que le sude la polla que todas las pruebas apunten directamente a ti. Alguien que no te vea más allá de su minuta. —Me detuve—. Llevo el suficiente tiempo en este país como para saber cómo funciona esta gente y te garantizo que, si ya te han señalado como culpable, no será fácil sacarles la idea de la cabeza. Te guste o no, te sentarás en el banquillo de los acusados siendo un hombre de moralidad cuestionable. El dueño del club de Nueva York al que seguramente habrá acudido la mujer del juez, la del fiscal o de alguno de los miembros del jurado a sabiendas de que iban a ver hombres desnudos a los que rellenar sus paquetes de billetes, por no hablar de que tal vez también acabarían con ellos en la cama.

»Y la cosa no terminará ahí, el fiscal se ocupará de cuestionar al adorador del cuero y los látigos, uno que disfruta con el dolor ajeno y que seguramente torturó a su amante, porque se le fue de las manos, porque los que juegan al BDSM son tarados con problemas mentales. Sabes tan bien como yo que no les cuesta nada juzgarnos porque todos ellos son una panda de moralistas que viven de la opinión pública, aunque sean más degenerados que tú y que yo juntos.

Sus palabras me detuvieron en seco. Cerré los ojos, apretando los puños con fiereza mientras sentía cómo la rabia y el desamparo luchaban por tomar el control dentro de mí.

—Mírame, Jordan. —Su voz era firme, pero no cruel—. Date la vuelta y hazlo.

Mi cuerpo obedeció incapaz de renunciar a la orden.

Candela deshizo la distancia entre nosotros.

—¿De verdad piensas que alguien más va a darte una oportunidad? Me he leído el expediente de cabo a rabo, he visto algunas de las pruebas, y aun así, estoy aquí, no porque mi jefe sea

compañero de hermandad de Simon Hall. ¿Sabes por qué? Porque, por más que todas esas malditas pruebas parezcan condenarte, yo sé que tú no lo hiciste, porque me enseñaste el peso que es capaz de arrastrar una nube, porque en esa mazmorra te vi y sé que tú me viste a mí.

Cogió mi mano y la llevó al centro de su pecho, en el que un corazón tronaba sereno. Después puso la mano libre en el mío, que era incapaz de dejar de acelerarse con nervios.

La sinceridad en su voz me golpeó como un martillo. Quería ignorarla, quería salir de ahí corriendo y no volver a verla nunca más, pero era incapaz de hacerlo, y su silencio…

«¡Joder! Ella volvía a estar ahí, intentando abrirse paso en mi alma».

—¿Por qué? —pregunté con la voz rota. Todo el fuego se había extinguido—. ¿Por qué quieres a alguien que nadie más querría?

Ahora mismo no solo me estaba refiriendo al caso y podía ver en su mirada que lo había captado a la perfección.

—Porque, aunque no quieras creerlo, sé reconocer a alguien inocente. Y tú, Jordan Stein, no eres un asesino.

Su mirada se mantuvo fija en la mía. Si tuviera que definirla con una palabra, sería inquebrantable.

Finalmente, suspiré, dejando caer los hombros.

—No tienes idea de lo que estás haciendo… —murmuré, más para mí que para ella.

—Tú tampoco pareces saberlo —respondió, acariciando mi mano sobre su pecho—. Ahora siéntate de una maldita vez, respira y empieza a confiar en tu abogada. Porque, aunque no lo creas todavía, estamos en el mismo equipo.

Dejé que entrecruzara los dedos con los míos y que su mano me guiara, estaba tan perdido que, en cuanto ella retiró la silla para que tomara asiento, lo hice.

Me dejé caer como si todo mi cuerpo estuviera hecho de plomo.

Candela volvió a su silla.

—Vamos a empezar por el principio, dime lo que tengo que saber para limpiar este maldito desastre. —Su tono no admitía vacilación.

Tragué saliva y asentí.

Había muchas cosas que necesitaba contarle, pero lo primero era coger fuerzas para saltar al otro lado de la barrera del pasado y centrarme en lo que realmente importaba: demostrar mi inocencia. Por muy complicado que fuese.

CAP Í TULO 35



Corey

El SKS estaba en silencio. Era extraño estar ahí a esas horas, casi siempre venía cuando ya era de noche y me marchaba de madrugada.

Me moví entre los sillones de cuero y las mesas bajas.

Ese había sido el hogar de muchos, un sitio seguro que Jordan creó para que algunos hombres recuperaran el foco.

Más allá de las clientas, ahí había habido risas, miradas cómplices y confesiones que muchos sabíamos que jamás verían la luz, porque si algo había en el SKS era confianza, la que nuestro jefe había tejido como una red de seguridad para todos nosotros.

Fui el primero en llegar, no era de extrañar, teniendo en cuenta que, cuando abandoné el ático de Jordan, fui al bar de la esquina para un segundo café y convocar una reunión bastante especial.

Llamé a Kate y le dije que hoy llegaría tarde. No hubo preguntas, solo un simple «está bien» y un: «os quiero», de mi parte.

Me aseguré de que todo estuviera listo. Con las luces encendidas, la sala principal parecía un lugar distinto. Nadie declinó la reunión, la respuesta fue inmediata cuando les dije por mensaje de voz que era

urgente, que el *boss* tenía problemas y los necesitaba a todos allí en una hora. Estaba seguro de que no me fallarían, que pospondrían cualquier cosa, porque Jordan lo hizo en su momento por todos ellos.

Uno a uno, empezaron a llegar.

Ray fue el primero. Entró con una sonrisa ladeada, sus gafas de aviador cubriéndole los ojos y un par de cajas de donuts en la mano.

—Reunión de exalumnos, ¿o qué? —preguntó, dejando la caja en la barra. Su tono era ligero, pero sus ojos, como siempre, estaban alerta.

Detrás de él, venían Leo, su pareja, y Raven, su inseparable mejor amigo. El segundo se apoyó en la barra junto a Ray mientras Leo venía a saludarme y a preguntarme por mi hija.

El siguiente en llegar fue Elon, con una caja de repostería casera que olía de maravilla.

Miró de soslayo a los donuts.

—¿Quién ha traído esa mierda industrial sabiendo que venía yo?

—No las tenía todas conmigo de que fueras capaz de hacernos algo en tan poco tiempo —asumió Ray—, aunque no te apures, esos los guardo para los chicos del ICE. No serán galletas de la fortuna, ¿verdad?

—Esas no llegarían, Autumn las abriría todas antes de que tocaran la caja —bromeó—. El mensaje me ha pillado en el restaurante, siempre tengo repostería de sobra.

Ray cogió su cara y le dio un sonado beso en la mejilla.

—Si no estuviera pillado y tú no fueras tan hetero, te pediría que te casaras conmigo…

Todos reímos.

El resto llegó en los diez minutos posteriores a la entrada de nuestro maestro de los dulces. Debo decir que fueron bastante puntuales.

Les pedí a los chicos que juntáramos algunas mesas. La antigua hornada de pecados capitales y la nueva generación embastaban bastante bien. Hechas las presentaciones de rigor, porque no todos se conocían, y algunas bromas sobre si la antigüedad era un grado o no…

Raven me lanzó una mirada especulativa.

—Tú dirás, ¿qué hacemos todos aquí?

—Es un asunto bastante delicado —comenté más serio que de costumbre.

—Dinos que esta urgencia no incluye enterrar un cadáver —prosiguió Ray.

—De ser así, tu maridito podría calcinarlo en un incendio —bromeó Elon.

—Mejor lo guardamos en una de tus cámaras frigoríficas —apuntilló el susodicho.

—Y si viene un inspector de sanidad, ¿qué? Mi suegro me cuelga de las pelotas. No, gracias.

—Si se trata de cadáveres, ya sabéis que nuestros padres tienen una empresa de reciclaje de basura —Marlon, que estaba sentado junto a su hermana, fue quien hizo la sugerencia—. Además, ahora Jane la está llevando con papá, ¿qué piensas, hermanita? —bromeó Marlon.

—Pues que mañana mismo sale un barco rumbo a África, y no me costaría nada colarlo.

—¿Podéis tomaros esto en serio, por favor? —Ese era Ares, quien no había apartado la mirada de mi expresión sombría—. Dejad que Corey nos explique lo que ocurre para que entendamos la envergadura de la situación, no creo que estemos todos aquí por un absurdo.

—No, no lo estáis —dije, intentando no perder la serenidad. Mi seriedad debió delatarme porque todos dejaron de bromear—. Antes de nada, quiero daros las gracias por venir. Sé que esto es inusual, pero necesitaba contar con vuestro apoyo, es importante.

—Tú dirás, tienes nuestra atención.

La expresión de Leo era de preocupación absoluta.

—No puede ser tan jodido, ¿no? —Ese era Bryan—. ¿Van a cerrar el club por impago o algo así?

—Es mucho peor. —Mi voz sonó más grave de lo que esperaba, y eso hizo que el ambiente se volviera más denso.

Marlon se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas.

—Vamos, no nos jodas, Corey. ¿Qué está pasando?

Tomé aire y solté la bomba.

—Jordan está metido en un follón de tres pares de cojones. Lo están acusando de asesinato, y Damien... Damien está muerto.

—¿Quién es Damien? —farfulló Elon al oído de Janelle.

—Uno de los pecados nuevos —murmuró ella, ahogando el sonido de sorpresa que emergió de su garganta.

Un silencio absoluto cayó sobre la sala como una losa.

La última hornada de trabajadores se miraron entre ellos, algunos visiblemente impactados. Uno de ellos, Alex, el bailarín de tango, frunció el ceño.

—¿Muerto? ¿Cómo que muerto? ¿Y qué tiene que ver Jordan?

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dije, mirando a cada uno de ellos—. Anoche fue a llevarle la cena porque, como todos sabéis, estaba de baja y se topó con una escena que no le deseo a nadie. Llamó a emergencias y a la poli, y ahora lo inculpan a él porque, según ellos, era el único en estar en el escenario del crimen y no hay huellas.

—¡Vamos, no me jodas! Esos capullos de Homicidios siempre hacen lo mismo, ¿os acordáis de lo que me pasó a mí? —protestó Raven.

—Demasiado bien. —Ray lo miraba tras sus gafas de brazos cruzados.

—Van a necesitar más que eso para culpabilizarlo. —Ares permanecía atento a mi relato.

—Puede que haya ciertas cosas que hagan que parezca culpable —añadí.

—¿Qué cosas? —se interesó Troy.

—Eso da lo mismo, pongo la mano en el fuego por él. Jordan nunca haría daño a uno de sus chicos —aseveró Leo.

—Yo también —se sumó Elon, cruzando los brazos—. Mirad a mi padre. Lo metieron en la cárcel por un crimen que no cometió. Haré lo que haga falta para que no le pase lo mismo al *boss*.

Uno a uno, los antiguos pecados comenzaron a expresar su apoyo. Raven incluso se levantó de su asiento, golpeando la mesa con la palma de la mano, clavando sus ojos color hielo en los míos.

—Dinos qué tenemos que hacer, Corey.

Sin embargo, Alex permaneció en silencio. Janelle, que estaba sentada a su lado, notó su actitud y le clavó una mirada cabreada. La Duendecilla era terrible cuando alguien tomaba la actitud inadecuada.

—¿Y a ti qué te pasa? —le espetó.

Él levantó las manos en un gesto defensivo.

—A ver..., tampoco conozco tanto al jefe como para poner la mano en el fuego. Apenas llevo unos meses aquí, igual que Damien, y ahora él está muerto.

Janelle estuvo a punto de lanzarse sobre su yugular, pero Marlon la sujetó por los hombros.

—Tranquila, hermanita, siempre hay un garbanzo negro en todas las ollas.

Me puse en pie, me acerqué con calma a Alex y lo miré fijamente.

—Entiendo que no lo conozcas tanto, pero no os estoy pidiendo nada que él no hiciera por todos nosotros. Si os he reunido aquí es para que entre todos encontremos al responsable y limpiar el nombre de Jordan. Eso no implica conocerlo, solo echar una mano para que se sepa la verdad. ¿Estás dentro, o no?

Alex asintió con resignación.

—Si es así…, vale, estoy dentro.

Les pedí a los nuevos que recordaran cualquier cosa útil, algo que pudiera ayudarnos. Uno alzó la mano dubitativo, como si estuviéramos en el colegio.

—Di, Mason.

—Puede que no sea nada, pero el otro día estuvo mucho rato hablando con una mujer. Cuando le pregunté, parecía preocupado. Creo que estaba metido en algún lío con una casada, pero no estoy seguro...

—¿De quién se trataba? —preguntó Ray con un tono que no admitía evasivas.

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé, ella estaba de espaldas a mí y, cuando volví a mirar, ya no estaba. Solo me dijo que había ligado con una tía que estaba muy buena y que le pagaba un pastón por divertirse con ella e ir a

sus fiestas privadas. Que si algún día me animaba, podría ponerme hasta el culo de drogas de diseño. También me dijo que le quedaba poco tiempo aquí, porque ella iba a relanzar su carrera… Os juro que no sé más.

—Si mi exrepresentante no hubiera muerto, pensaría que estabas hablando de ella —bufó Marlon.

Ray comenzó a interrogarlo con mayor intensidad, Mason se estaba apabullando, así que lo interrumpí.

—Lo mejor sería revisar los vídeos de seguridad del club. Tiene que haber algo, quizá podamos averiguar la identidad de esa mujer si es una de las asiduas…

—¿Una sesión de sofá, manta, vídeos y palomitas para salvar al *boss*? ¿Dónde me apunto? —Jane me guiñó un ojo, y yo le devolví el gesto con una sonrisa.

La tensión en la sala disminuyó un poco con su comentario, pero la determinación seguía presente.

Una gran mayoría dijo apuntarse mientras otros asumieron el rol de investigar lo que hiciera falta, pero que hoy no podían quedarse.

Lo importante era que todos íbamos a una, decididos a dar con el hijo de puta que liquidó a Damien y estaba intentando inculpar a Jordan.

Solo quedaba ponerse manos a la obra.

CAP Í TULO 36



Candice

Le creía. Llevábamos todo el día encerrados en mi despacho, y si había tenido algún resquicio de duda, el aplomo de Jordan lo había tumbado. No había un solo titubeo en sus respuestas. Contestó a cada una de mis preguntas con rotundidad mientras yo iba tomando anotaciones a diestro y siniestro, intentando recopilar cada detalle relevante.

Le pedí que me dejara visionar las imágenes de sus sesiones de doma con Shadow. Al principio, se mostró reticente, pero finalmente accedió, entendiendo que necesitaba ver a lo que me enfrentaba y que no iba a escandalizarme por lo que se reflejara en ellas.

Me tendió su móvil sin mirarme a los ojos, como si el solo acto de entregármelo le arrancara una parte de su dignidad por lo que iba a aparecer en la pantalla.

Mientras navegaba por los archivos, él se removió en su silla, cruzando los brazos como si quisiera protegerse de mi juicio.

Reconozco que eran domas crudas. Algunos ejercicios, además de humillantes, incluían prácticas dolorosas que, ante un jurado, no

jugarían a nuestro favor. Cualquiera alejado del BDSM podría tacharlo de repugnante.

Intenté mantener mi rostro inmutable, pero una de las tomas se me atragantó.

Shadow debía permanecer de cuclillas, con la cremallera trasera de su mono abierta encajado a una ristra de dildos que iban de un tamaño medio a uno gigantesco. El último era descomunal, y la orden, clara. Debía aguantar cinco minutos cuando estuviera totalmente penetrado y después moverse arriba y abajo con dureza hasta que se corriera, para terminar enfocando su ano como acto de entrega.

Había terminado con un prolapso, que era lo menos que le podía ocurrir con un acto tan bestia. Lo que más te encogía por dentro era que no había escapado un solo sonido de aquel hombre. Su umbral del dolor debía ser muy alto.

Ese vídeo ante un jurado sería…

—Es de los recientes —dijo, rompiendo el silencio. Su tono era grave, casi derrotado. Alzó la cabeza, y el malestar quedaba reflejado en su mirada—. Te juro que a mí no me gustan esas prácticas, simplemente estaba en los ejercicios de doma.

Sus ojos parecían pedir clemencia, llenos de una sinceridad desgarradora.

—Lo hice por...

—Mistress Selene —terminé por él.

Asintió.

—Seguía sus pautas y miré los vídeos para asegurarme de que Shadow las cumplía, no porque me agradara.

Paré el vídeo y aparté el móvil con cuidado. Eran las cinco y media, y el edificio se había vaciado. La mayoría de los trabajadores habían abandonado el despacho, lo que nos dejaba prácticamente a solas. El silencio del entorno hacía eco de la tensión que flotaba entre nosotros.

—Lo siento —murmuró de repente. Su voz era apenas un susurro, pero cargada de peso.

Lo miré con curiosidad, sin entender del todo a qué se refería.

—No debes disculparte por lo que acabo de ver, no soy ajena a este tipo de prácticas.

—No me refería a eso, sino a lo que dije antes, cuando te acusé a ti y a tu familia de mi declive. No tenía derecho a echarte eso en cara.

Inclinado hacia adelante con los codos sobre las rodillas y las manos entrelazadas, pareció disminuir de tamaño. Era un hombre grande, pero, en ese momento, cargaba con un peso que lo hacía parecer vulnerable.

—Disculpas aceptadas. No tuvo que ser fácil, y entiendo que pudieras sentir cierto resquemor hacia… —empecé, pero él negó con la cabeza.

—No lo entiendes —me interrumpió—. Eras una niña, y yo era un idiota que no supo ver lo que estaba pasando a mi alrededor. Mis padres me empujaron a un mundo para el que no estaba preparado, hice cosas que… Que no tuve que aceptar por muchas amenazas que hubiera recibido. Tendría que haberme enfrentado a ellas y asumir las consecuencias de mis actos cuando todavía estaba a tiempo. Al no tomar una buena decisión, la bola fue creciendo, me adoctrinaron de un modo que me redujo a una jodida marioneta de Luka Petrov.

»Siento vergüenza cada vez que pienso en todo lo que me vi obligado a hacer y no puedo culparte a ti ni a tu familia por ello. Fueron mis decisiones, mis errores, mis caídas, los que me llevaron hasta aquel punto de no retorno. Solo mías. En mi desesperación, volqué mis frustraciones en vosotros, porque no logré cumplir la misión que se me había pedido, y por ello pagué las consecuencias con lo único que tenía y me hacía feliz, mi carrera deportiva. Esme, tu padre, incluso tú, en cierta medida, fuisteis tan víctimas como yo de aquel hombre atroz y su locura. Ojalá se esté pudriendo en el infierno.

Me quedé en silencio, dejando que sus palabras se asentaran. Había algo catártico en verlo enfrentarse a sus propios demonios, pero también había algo profundamente doloroso. Sentía que, si no elegía mis palabras con cuidado, podía romperse.

—Como has dicho, esto va más allá de nosotros, y tú no tuviste la culpa de que se aprovecharan de ti, de tu vulnerabilidad, eras muy joven —dije finalmente, con la voz más firme de lo que sentía—. Esmeralda me contó parte de la historia cuando tuve edad suficiente para entender las cosas. Supongo que ella tampoco conocía plenamente la realidad en la que estabas envuelto.

—No, ella solo vio la punta del iceberg. —Extendí la mano para cubrir una de las suyas.

—Si algún día necesitas hablarlo, abrirte con alguien, compartir la carga para que sea más ligera, quiero que sepas que me ofrezco voluntaria para compartirla. No te juzgaré, si es lo que te preocupa, y para tu información, se me da bien escuchar.

—Me he dado cuenta. —Le sonreí.

—Tu caso va más allá del señor Blake y su bufete para millonarios. No voy a renunciar a tu defensa. No voy a renunciar a ti. —Pasé mi pulgar por el pliegue que se formaba entre su índice y su pulgar—. Necesitas un ancla, y pienso serla. Conduciré el timón de este barco al borde del naufragio con las dos manos y sin que me tiemble el pulso.

—Eso suena a *Titanic*.

—No va a pasarnos como a Jack y a Rose.

Mi símil lo hizo sonreír.

—¿No? ¿Porque tienes un bote salvavidas bajo la manga en el que cabemos los dos?

—Tengo algo mucho mejor que eso, fe en ti.

Sus ojos buscaron los míos con una mezcla de gratitud y escepticismo.

—¿Por qué? —preguntó, su voz cargada de incredulidad—. ¿Por qué quieres ocuparte de un caso que la mayoría rechazaría? ¿Por qué involucrarte con alguien como yo? Apenas me conoces.

Me incliné hacia adelante, apoyando las manos sobre la mesa que nos separaba.

—Porque, aunque no lo creas, mereces que alguien luche por ti. Y si nadie más está dispuesto, yo sí. No necesito conocerte más para saber que eres una buena persona, además de ser buena abogada, tengo una intuición de la hostia.

—Y mucho amor propio…

—Eso también. Por eso se me da tan bien lo que hago, un abogado no puede titubear. ¿Te molesta que sea así?

—Al contrario, me llena de envidia, me gustan las personas que se hablan bien a sí mismas y que se respetan.

—Quizá pueda enseñarte a hacerlo.

—Quizá esté tan jodido que nunca pueda.

—Nunca digas nunca con una Estrella. —Le guiñé un ojo.

Su respiración se entrecortó y, por un instante, parecía que iba a decir algo más. Pero en lugar de eso, asintió lentamente. Una aceptación tan silenciosa como poderosa.

Sentí alivio inmediato, como si una parte de la carga se hubiera aligerado.

Nos enfrentábamos a una tormenta feroz y necesitaríamos cada gramo de fuerza, cada estrategia y cada pedazo de evidencia para mantenernos a flote.

—Bien —dije, retomando mi postura profesional—. Tenemos mucho trabajo por delante, y no hay tiempo que perder.

Jordan soltó una leve risa, amarga pero genuina.

—Eres inagotable.

—¿Te supone un problema?

—Al contrario, necesito a alguien a mi lado que no flaquee.

—Entonces, has dado con la abogada correcta.

Ambos sabíamos que había mucho más en juego que un veredicto. Ese caso sería una prueba de resistencia, no solo para él, sino también para mí. No pensaba fallarle. No después de haber visto el peso que cargaba en sus hombros y la sinceridad que lo movía.

—Vamos a empezar desde el principio —anuncié, sacando mi bloc de notas—. Repasemos lo que tenemos hasta ahora. Esto no se trata solo de limpiar este desastre, también se trata de recuperarte a ti mismo y demostrar que no eres el monstruo que ellos pretenden. Deben ver que se equivocan, y para eso tenemos que perfilarlo todo muy bien, no hay margen para el error.

—De acuerdo.

Paseé la mirada sobre las notas que había ido tomando y empecé a enumerar con calma:

—Veamos entonces. Según me has dicho: tú no estabas al corriente de los gustos sexuales de Damien, no os habíais cruzado en ningún club y desconocías totalmente que fuera un esclavo de BDSM. Vuestra relación era estrictamente profesional, y jamás supiste que era Shadow debido a las cláusulas del contrato que firmó con tu dominatriz que aseguraban su anonimato. Había pedido expresamente no hablar, y que todo su físico quedara siempre totalmente cubierto...

Alcé la vista, esperando su afirmación.

—Correcto —respondió con seriedad.

—¿Tienes algún documento que lo corrobore y en el que se especifiquen las órdenes que aceptaste reproducir?

—Sí, en mi ático.

—Vale, vayamos —dije, levantándome y recogiendo mi libreta de notas.

Jordan me miró con una ceja alzada.

—¿Cómo?

—¿Algún problema? —pregunté, desafiante—. ¿Tienes la casa desordenada y los calzoncillos tirados por el suelo?

—No, es solo que podría mandártelos por correo electrónico —sugirió, cruzando los brazos—. Imagino que tendrás mejores planes que seguir trabajando conmigo.

—Se nota que no me conoces. Soy como un perro de presa. Cuando muerdo, no suelto. Si me fuera a mi casa, seguiría trabajando en el caso y, qué quieres que te diga, prefiero preparar tu defensa mirándote a los ojos en lugar de imaginarlos a través del teléfono, si es que me surge alguna duda. Necesito tener todos los ases bajo la manga antes de que los de Homicidios decidan detenerte, lo que intuyo que harán pronto. Solo así podremos evitar la prisión preventiva. ¿Tienes algo comestible en tu nevera, o paramos en algún sitio a por comida para llevar?

Jordan me miró con una mezcla de incredulidad y resignación.

—¿Siempre eres tan rotunda en todo?

—No me gusta perder el tiempo ni los rodeos absurdos. Al final terminas en el mismo punto que si hubieras cogido el toro por los cuernos desde el principio, así me ahorro vueltas inútiles.

—Tú ganas, vayamos a mi piso, pararemos en uno de mis restaurantes favoritos para coger algo.

—Genial.

Nos pusimos en pie, cogí el bolso y lo insté a que me siguiera fuera del despacho.

Cuando nos dirigíamos al ascensor, Nathan salió de su cubículo y frenó al vernos. Su mirada pasó rápidamente de mí a Jordan, deteniéndose un segundo más de lo necesario en él.

—¿Todavía trabajando? —preguntó, con un tono casual que no logró ocultar la tensión.

—Nos queda bastante —respondí, tratando de limar asperezas. Giré hacia Jordan y decidí presentarlos—: Jordan Stein, mi socio, Nathan Blake.

Ellos se estrecharon la mano. La de Nate, firme pero protocolaria; la de Jordan, un apretón cargado de un mensaje silencioso que ni siquiera yo podía descifrar.

—Tiene a la mejor abogada penalista del país, señor Stein —comentó con una sonrisa contenida.

—Eso he oído.

Ambos se estudiaban como si fueran adversarios.

«¿Qué demonios?».

—Nos vamos —dije, intentando cortar el intercambio de miradas.

Los ojos de Nate volvieron hacia mí, y el tono de su voz cambió ligeramente hacia un tono algo más suave.

—Claro, recuerda que pasaremos fuera el fin de semana, lo digo para que no hagas planes.

Fruncí el ceño.

—¿El fin de semana?

—Ya sabes, la fiesta, no será en Nueva York. Tranquila, ya lo tengo todo listo —aclaró—. Iremos en avión y nos hospedaremos en... —calló—. Disculpad… No quería importunaros con esto ahora, que son cosas privadas entre nosotros, ya lo hablaremos más tarde… —En su voz había una connotación que sugería un futuro

demasiado próximo—. Señor Stein, un placer. Candice, nos vemos luego —me guiñó un ojo y se fue antes de que pudiera responder.

No tenía dudas de que de un modo sutil había vuelto a intentar marcar territorio.

«¡Maldito Nathan!».

Cuando llegamos al ascensor, las puertas se abrieron y el espejo me devolvió nuestro reflejo. Noté cómo Jordan tenía los puños apretados. Su mandíbula también lo estaba y mantenía la mirada en el panel de botones. Algo en su postura me hizo sentir la necesidad de aclararle la situación.

—Solo somos socios —dije, rompiendo el silencio.

Jordan dejó escapar una leve risa irónica.

—Ya… ¿Nathan Blake es el hijo del hombre que te contrató al terminar la carrera?

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque te mira como si le pertenecieras, como a una posesión.

Las puertas se cerraron en cuanto apreté el botón.

—Ningún hombre me posee —repliqué con frialdad, girándome hacia él—, a no ser que yo quiera, y Nate no tiene espacio en mi vida, no en ese sentido.

Jordan arqueó una ceja y dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia, sin que se lo impidiera. Mi espalda estaba apoyada contra la pared metálica del ascensor.

—¿No? —preguntó en un murmullo ronco, sus ojos clavados en los míos con una intensidad que me dejó sin aliento.

—No —respondí, aunque mi voz salió mucho menos firme de lo que pretendía.

Su mano se apoyó en la pared junto a mi cabeza, encerrándome en un espacio que de repente parecía haberse estrechado. Su proximidad era abrumadora, y el aire parecía cargado de algo eléctrico.

—¿Y tienes en mente a alguien que quieres que lo haga? —susurró, inclinándose ligeramente hacia mí.

Mi corazón latía con fuerza, pero no estaba dispuesta a dejar que controlara la situación.

—Puede —respondí, intentando mantenerme firme.

La mirada de Jordan se deslizó por mi rostro, deteniéndose en mis labios por un segundo incendiario.

—Yo creo que sí lo tienes, Chica Mala —murmuró, alejándose apenas lo suficiente como para que pudiera respirar, pero sin romper el contacto visual.

El ascensor se detuvo con un suave ding. Las puertas se abrieron, y Jordan se apartó por completo, dejándome pasar.

—Las abogadas salvadoras primero.

—Y los mirones de culo justo detrás —murmuré, a sabiendas de que sus ojos estarían puestos en mi trasero.

Una risa ronca me precedió.

Intenté ignorar el calor en mis mejillas y la sensación de que acababa de perder una batalla que ni siquiera sabía que estaba librando.

CAP Í TULO 37



Candice

El ascensor se detuvo suavemente en el ático, y Jordan abrió la puerta con un movimiento fluido, como si ese ritual de regresar a casa fuera algo casi automático. Entré tras él, observando cómo el espacio minimalista se desplegaba ante mí. La chimenea encajaba perfectamente en el centro del salón con una alfombra gruesa extendiéndose a sus pies, invitando a sentarse frente al fuego. Las ventanas de piso a techo ofrecían una vista deslumbrante de la ciudad iluminada mientras la cocina abierta, de diseño industrial, daba al espacio una sensación funcional pero elegante.

El piano de cola en una esquina destacaba, negro y brillante, como una obra de arte clásica y sofisticada.

—¿Tocas? —pregunté, señalándolo.

Jordan siguió mi mirada y se encogió de hombros.

—De vez en cuando, no soy ningún profesional. En el colegio que estudié, te obligaban a elegir un instrumento, y a mi madre le pareció buena idea el piano, decía que quedaría muy bien en nuestro salón y que podría dar conciertos para mi familia en Navidad.

—Me encantaría escucharte —comenté sin pensar, pero él no respondió.

Caminó hacia la cocina para dejar nuestra cena.

—¿Quieres elegir el vino? —preguntó, haciéndome un gesto para que lo siguiera a una zona que quedaba detrás de la imponente cocina que era una espléndida vinoteca.

—No soy ninguna profesional. —Él me dedicó una sonrisa suave al reconocer sus propias palabras—. Aunque hice un curso de sumiller para que no me dieran cartón por botella.

—Uhhh, algo muy útil —murmuró, encendiendo la luz.

En esa habitación estrecha había una increíble colección de vinos, intenté no parecer impresionada.

—Lo es cuando pretendes trabajar de abogada para millonarios y estos solo se conforman con caldos que van de las cuatro a las seis cifras como mínimo. —Paseé la mirada y sonreí al ver uno al que le tenía muchas ganas y era un tanto difícil de conseguir.

—¿Has visto algo que te guste?

—Sí.

Quizá otra persona hubiera optado por un vino menos especial. Yo no era esa persona. Me gustaba disfrutar de la vida cuando se me presentaba la oportunidad y no sabía si pondría mis pies de nuevo en el ático, así que…

Agarré la botella con una etiqueta echa a mano.

—Interesante… —murmuró.

—Siempre lo soy. Venga, vamos a cenar, que odio la comida fría.

No añadió nada respecto a mi elección.

Regresamos a la cocina sin que pusiera pega alguna.

Jordan sirvió el vino mientras yo abría los envases de la comida de fusión asiática.

Había dejado mi bolso y los documentos en un extremo de la barra de desayuno. Ocupé uno de los taburetes altos, total, solo éramos dos como para sentarnos en la mesa.

—A ver qué te parece este tinto. ¿Habías oído hablar de él? —dijo mientras me ofrecía la copa.

—Vi un reportaje en la tele y sentí curiosidad. Sé que se producen muy pocas botellas porque pertenece a un viñedo muy pequeño,

que sus propietarios consideran cada uva, cada producción, como si se tratara de un hijo. Es tremendamente difícil conseguir que te vendan una porque eligen a sus compradores.

—Para ser una no profesional, sabes muchas cosas.

—Me gusta estar informada. ¿Qué hiciste para conseguirla? No me digas que te la regaló una clienta…

—No, conocí a los Rodríguez en una gala benéfica, nos caímos bien y… Me la hicieron llegar en Navidad, junto con una invitación para visitar los viñedos con quien quisiera.

Aspiré el aroma, hice girar el líquido en la copa y di un trago.

No pude evitar cerrar los ojos en cuanto el sabor equilibrado, entre amaderado y afrutado, acarició mis papilas. Gemí.

Cuando separé los párpados, Jordan estaba contemplando mi boca con atención.

—Está buenísimo.

—¿El vino, o yo? —Alcé las cejas y sonreí.

—¿Estás bromeando conmigo, Stein?

—Tal vez…

—Los dos —asumí sin cortarme. Él dio un trago a su copa y en su gesto había complacencia—. ¿Fuiste a ver el viñedo? —Negó.

—No he tenido tiempo y mis pecados son más de cerveza…

—Quizá podríamos ir juntos. —Él me miró sorprendido—. Para celebrar tu inocencia.

—¿Quieres acompañarme?

—No es por ti, es por el vino.

Una carcajada profunda reverberó en su boca. Se le veía tan guapo, algo más relajado…

—Lo tendré en cuenta.

—Anda, siéntate y cenemos.

—¿En la barra de desayunos?

—Soy de gustos sencillos y, aunque no lo creas, odio las formalidades. Tengo un trabajo por el que debo llevar un palo metido por el culo la mayor parte del tiempo. Cuando llego a casa, me gusta quitármelo.

Palmeé el taburete, y él aceptó la invitación.

La cena incluía palillos y servilletas, así que no necesitamos sacar cubiertos.

—Este lugar es… inesperado —murmuré, llevándome un trozo de atún rojo entre los labios.

—¿En qué sentido?

—Pensé que vivirías en un sitio más oscuro.

—¿En una cueva? —Esa vez la que rio fui yo.

—¡No! Me refiero a menos…, no sé...

—La oscuridad la llevo por dentro y también la encontrarás en mi habitación…

—¿Quieres enseñarme tu habitación? Casi no hemos empezado la cena y ya estás pensando en el postre —lo reñí juguetona.

—No pretendía insinuar que…

Volví a reír de nuevo.

—Te estaba tomando el pelo, no te incomodes.

—Este lugar es parte de lo que los demás esperan de alguien como yo…

—¿Y qué hay de lo que tú esperas de ti mismo? —pregunté, inclinándome ligeramente hacia él. No contestó, pero sus ojos se encontraron con los míos por un instante cargado de electricidad.

—A veces me cuesta saber quién soy.

Seguimos cenando en una charla cómoda que quedaba salpicada por momentos más profundos o silencios que no necesitaban ser rellenados.

—Cuéntame algo de tu familia —dije, buscando un resquicio en la barrera que él siempre parecía mantener—. Ellos…, ¿saben que estás aquí?

Jordan sonrió, pero la expresión no alcanzó sus ojos.

—Hace mucho que rompimos el contacto. No es una historia bonita, lo último que supe de mis padres fue que entraron en la cárcel.

—Lo siento.

—No tienes por qué, recogieron aquello que sembraron. Tengo una familia de mierda.

—La mayoría lo son —respondí dando otro trago.

—La tuya no lo parece.

—Quizá la parte que tú conoces no.

Jordan necesitaba recibir para dar, y yo estaba dispuesta a ello.

—Por ejemplo, ¿te imaginas lo que es criarte en un barrio en el que eres conocida por ser la hija de la mestiza adolescente que fue incapaz de guardar su pureza para el matrimonio, en mitad de una comunidad gitana? —Él negó—. Para mi abuelo, fue una vergüenza, era el padre de la que no cerró las piernas con un payo, lo que complicó todavía más las cosas.

»Mi padre nunca encajó, por mucho que se esforzara. Mi abuelo jamás le tuvo aprecio, y mi madre… No sé, tenía demasiadas ínfulas de grandeza para lo único que podía ofrecer, que era su belleza. Ella quería que me casara con un hombre rico que nos sacara de aquel barrio y nos envolviera en una vida de lujo. En lugar de eso, cuando las cosas se pusieron feas, decidí irme a vivir con papá, por no hablar de que me fui a estudiar fuera una carrera. Ella es de las que no ve en los estudios una posibilidad. A veces la llamo, aunque la comunicación es bastante fría y escasa.

—Vaya…

—No sientas lástima, hace tiempo que asumí cómo es mi madre. A mi padre le costó muchísimo conseguir el divorcio, mamá no se lo puso fácil. A veces pienso que Esme fue lo mejor que pudo pasarnos en la vida. Cuando ella llegó, fue como echar gasolina al fuego, todo se volvió un enorme incendio.

»¿Puedes creer que la acusaron de asesinar a su padre y que su única opción fue el mío? Al principio no se soportaban, y papá tuvo que acogerla en su piso porque le bloquearon las cuentas y no podía regresar a casa. Fue de locos… —Me reí, recordando el drama.

—¿Y por qué no se soportaban? No me dio esa impresión cuando los conocí.

—Mi padre la odiaba por sus prejuicios sobre las creadoras de contenido. Aunque claro, Esme es de armas tomar e hizo que cayeran todas sus defensas una a una. Al principio, el serio de mi padre le hizo una putada tan gorda que todos mis tíos lo recuerdan cada vez que se juntan.

—¿Qué hizo?

Me acerqué un poco, bajando la voz como si compartiera un secreto.

Le expliqué con pelos y señales lo que pasó y, al terminar mi relato, solo pudo soltar una carcajada.

—¡No jodas!

—Ya lo creo.

—¿Y qué pasó?

—Que Esme salió airosa, es una mujer de recursos, soltó un discurso que dejó a la prensa con la boca abierta, y al día siguiente todos los collares de sumisión quedaron agotados.

—¡Madre mía!

—Es única, y su pelo también. ¿Sabes que mi padre casi pierde su miembro por uno de sus cabellos? A mi tío César le encanta ver lo rojo que se pone mi padre cada vez que lo cuenta.

—Creo que hay ciertas cosas que prefiero no saber —replicó, pero no pudo evitar reírse conmigo.

El ambiente se volvió cómplice, relajado, pero una pregunta rondaba en mi mente. Decidí arriesgarme.

—¿Y tus padres? —Había llegado la hora de la verdad, no sabía qué esperar, si él querría responder.

Jordan dejó su copa en la barra y la giró entre sus dedos.

—Mi madre era estudiante de medicina y modelo en sus tiempos libres. Conoció a mi padre estudiando un Erasmus en Alemania. Se enamoraron y con el tiempo conocieron a un doctor que daba una cátedra en la universidad, un hombre cuya máxima aspiración era clonar seres humanos.

—¡No puede ser!

—El doctor Benedikt —continuó, ignorando mi exclamación—. Era un genio, pero también un perturbado. Mi padre, que siempre fue un alumno brillante y un friki de todas esas cosas, se convirtió en uno de sus favoritos, arrastrando con él a mi madre. No solo era un hombre obsesionado con la ciencia, también les abrió las puertas a… Bueno, a un mundo caótico. BDSM, fiestas privadas, esclavos, cosas que pondrían los pelos de punta a cualquiera.

—Creo que es el mismo hombre con el que tuvieron problemas mi tía Nani y mi tío Xánder. Aunque no se habla mucho de aquella

época en casa.

Jordan asintió con amargura.

—Mi padre intentó arrastrarme a su nueva visión de una realidad distorsionada. Yo tenía una carrera prometedora en el fútbol, sin embargo, a él le decepcionaba que no siguiera sus pasos y me dedicara al deporte. Intentó involucrarme, que me aproximara a lo que hacían a través de las fiestas para hijos de trabajadores. En aquel entonces, acababa de salir del cascarón, y mi mente no iba más allá de los partidos, las mujeres guapas y las fiestas. En la primera que acudí, conocí al responsable del proyecto de la peor manera: Luka Petrov. Mis padres me cedieron a él, aunque yo no lo supiera.

Su mirada se endureció, y el aire en la habitación se volvió más denso.

—¿Qué quieres decir con que te cedieron?

—Aquella noche me drogaron, hice y me hicieron cosas que, de salir a la luz, supondrían el fin de mi carrera futbolística. Me tenían agarrado por las pelotas. Petrov me amenazó y terminé accediendo a sus pretensiones. Me dijo que mi padre quería que fuera un amo, que jugara en sus fiestas. Pero Petrov tenía otros planes para mí… Me hizo ver el vídeo de cabo a rabo, lo que vi mientras me hablaba me hizo vomitar. Dijo que no servía, que había nacido para ser esclavo y que no le contaría nada a papá sobre todas las veces que me sodomizaron y me había corrido si yo… —Jordan se detuvo, sus palabras cargadas de algo que no se atrevía a nombrar.

Sentí un nudo en el estómago, pero decidí no presionar más. En lugar de eso, cambié el tema con suavidad.

—Está bien, no es necesario que sigas, soy buena rellenando huecos. Creo que ambos necesitamos otra copa de vino.

Jordan había dado un gran paso accediendo a contarme algo tan íntimo, mi intención era que se abriera conmigo, pero no que lo pasara mal.

—Nunca le había contado esto a alguien más allá de mi psicólogo, y le costó casi un año.

—Ya te dije que se me daba bien escuchar, puedes estar tranquilo, todo esto se queda entre nosotros.

Las copas volvieron a llenarse y seguimos cenando hasta que acabamos con todo.

Tocaba ponerse con el caso, por mucho que me apeteciera seguir charlando y conociéndolo más.

—Gracias por la cena —murmuré, ayudándolo a recoger.

—Gracias a ti por no tirar la toalla conmigo y no abandonarme.

—No podría, tengo que ganar un juicio y tú pagar mi minuta —le guiñé el ojo, y él volvió a sonreír. Me gustaba que lo hiciera, tenía la sensación de que no era un gesto que repitiera demasiado en su día a día—. Venga, veamos ese contrato, a ver qué podemos rascar de ahí.

—Voy a por él.

Mientras salía de la estancia, fui directa al ventanal, había algo hipnótico en las vistas que Nueva York le ofrecía a aquellos dispuestos a mirar. Me encantaba verla prepararse para una noche llena de luces titilantes, o sus amaneceres cargados de ruidosa vida. Había personas a las que la gran ciudad les estresaba, a mí no, quizá porque había nacido en otra, y la simple idea de residir en un pueblo me agobiaba.

Los pasos de Jordan tronaron a mis espaldas. Cuando me di la vuelta, su expresión era de máxima preocupación.

—¿Qué ocurre?

—No está.

—¿El qué?

—El contrato que firmé, creía que estaba en el otro sobre que había en el interior de la carpeta de las órdenes, pero hay otra cosa, papeles del curso de Mistress Selene. No mi contrato.

—Quizá se confundiera de sobre, recuerdo que, antes del viaje, estaba bastante estresada, seguramente lo intercambió y se llevó tu contrato a París.

—¡Mierda!

—No pasa nada, es solucionable, hablaremos con ella…

—Llevo desde ayer intentándolo sin obtener respuesta.

Yo también. Antes de que Jordan llegara al despacho, la había estado llamando sin obtenerla. No quería preocuparlo, a veces en los cursos, si incluían retiros, los móviles estaban prohibidos tanto para

que la gente no tomara imágenes indebidas como para incrementar el clima de concentración, puede que fuera eso lo que ocurría.

—Le escribiré un correo electrónico, e intentaré averiguar algo más sobre el curso, a ver si la localizo. ¿Hay algún membrete del L&W en los papeles? ¿Alguna parte manuscrita en la que aparezca su letra o su nombre? —pregunté mientras sacaba los folios.

—Creo que no.

Jordan caminaba arriba y abajo inquieto mientras yo leía el contenido con atención. Lo que teníamos no demostraba nada. Estaba hecho a ordenador, y todas las órdenes iban dirigidas a Shadow.

Sí que era cierto que hacía referencia a las características del dom, palabras de seguridad, etcétera, pero todo era muy genérico, podría haberlo escrito Jordan como recordatorio a sí mismo de la conducta que el esclavo iba a percibir.

—¿Has encontrado algo? —Negué.

Se pasó las manos por el pelo agobiado.

—No desesperes… Seguro que encontramos algo que nos sirva. Vayamos al sofá, cojo el bloc y me sigues contando.

Jordan se desplomó en el asiento con la mandíbula apretada y las manos entrelazadas frente a su rostro, como si intentara mantener la calma mientras su mente iba a mil por hora.

Me senté a su lado, colocando los papeles sobre la mesa de cristal, pero mi atención estaba en él, en esa tensión palpable que parecía vibrar en el aire.

Antes de que pudiera decir algo, el sonido de un teléfono móvil rompió el silencio, vibrando insistentemente desde el bolsillo de su chaqueta. Jordan lo sacó rápidamente y miró la pantalla, sus ojos entrecerrándose en un gesto que no supe descifrar.

—¿Quién es? —pregunté, intentando mantener mi tono casual.

—Número desconocido —respondió, su voz baja y tensa.

Se quedó inmóvil durante unos segundos que parecieron eternos, y luego deslizó el dedo para responder.

Colocó el móvil junto a su oído.

—¿Diga? —preguntó, esperando que quien estuviera al otro lado hablara primero.

Lo que escuchó pareció helarle la sangre. Se puso blanco de golpe y el teléfono se le cayó de las manos.

—¿Jordan? —murmuré, alarmada por el cambio en su expresión.

Cogí el teléfono y, sin querer, presioné el botón del altavoz.

No esperaba lo que sonó.

CAP Í TULO 38



Jordan

El sonido llenó la habitación. Cada nota de *Claro de Luna,* de Debussy, golpeaba mis oídos como un mazazo, tan dulce como letal.

No era solo música; eran gritos ahogados, sangre derramada, cadenas, dolor, vergüenza, muerte y, ahora, Damien.

No había belleza ni calma, solo un recordatorio cruel de lo que había perdido, de lo que me habían robado, de lo que había sido obligado a soportar y de su asesinato.

Mis pulmones luchaban por tomar aire.

Intenté tragar saliva, pero mi garganta estaba tan seca que apenas podía. Miré el teléfono como si fuera una bomba de relojería a punto de explotar, incapaz de apartar la vista. Eso no podía estar pasando. No podía.

—¿Jordan? —La voz de Candela llegó como un eco lejano, irrelevante, casi inaudible frente al rugido de mi mente.

«Esto es imposible».

Las notas continuaban resonando, implacables, arrastrándome al pasado. A él. A ellos. A Damien, a Petrov, a Chantal. Mi pecho dolía. Cada respiración era un esfuerzo titánico. Mis manos temblaban sin

control, cerrándose en puños hasta que las uñas se hundieron en mis palmas.

—Jordan, ¿qué está pasando? —Candela me miraba con los ojos muy abiertos, intentando descifrar mi silencio—. Habla conmigo, ¿qué está ocurriendo?

Negué con la cabeza. Las palabras no salían. No podía. Si hablaba, si lo decía en voz alta, sería como si mi pasado se volviera real. Y no podía serlo.

—Jordan. —Su voz fue más firme esa vez, un tirón que me obligó a alzar la vista hacia ella. Candela extendió una mano, pero yo me aparté como si me hubiera quemado—. Explícame qué está pasando.

Respiré hondo. O intenté hacerlo. El aire no llegaba del todo. Mi corazón latía desbocado, y mis palabras salieron a trompicones.

—Esa canción... No es una coincidencia. No puede ser una coincidencia.

—¿A qué te refieres? ¿Tiene que ver con Damien? —Asentí—. ¿Por qué? ¿Qué significa? —insistió con mayor suavidad pero igual de firme.

—Es… Es lo último que escuché cuando lo encontré. Esa canción estaba sonando mientras… mientras su cuerpo seguía caliente en el suelo, al entrar en el piso.

Candice parpadeó, procesando mis palabras, pero antes de que pudiera decir algo, continué.

—Y no solo eso… Esa música… era la que Petrov tocaba constantemente en su casa. Era parte de su ritual, una forma de… —Mi voz se quebró, y me llevé una mano a la frente—. Era su marca. Una invisible, una forma de tortura sutil que antecedía a lo que iba a ocurrir… También la ponía durante las domas, así que cuando la escucho…

—Lo entiendo —murmuró sin tocarme. La canción se detuvo y también mi corazón.

Casi podía escuchar cómo Candela pensaba, intentando encontrar una lógica, pero yo ya sabía que no la había, era imposible que la hubiera.

—¿Y si quien está detrás es alguien de tu pasado? Alguien que supiera el significado de esa melodía, que hubiera dado contigo y sea su forma de torturarte…

—¡No! —grité, interrumpiéndola. Mi voz sonó rota, desesperada. Me puse de pie, incapaz de estar quieto—. No hay nadie. ¡Nadie! La única que conocía el ritual era la doctora Chantal Miller, mi ama. Una sádica. ¡Y también está muerta!

Candela no se removió, pero sus ojos se entrecerraron ligeramente, analizando mis palabras.

—Alguien tiene que haber —dijo finalmente, su voz calmada pero decidida—. Debes hacer memoria, pensemos…

—¡Por favor, vete! —Mi voz salió como un disparo. Ella no entendía. Nadie podía entender. Necesitaba que se fuera, necesitaba estar solo. Necesitaba que el dolor cesara—. Candela, no puedes quedarte.

—No pienso irme.

—¡¿Es que no lo entiendes?! ¡¡No puedes!! —grité, mi voz cargada de furia y miedo—. No soy alguien bueno para ti. Tu padre tenía razón. ¡Aléjate de mí, por favor!

Ella se puso en pie, dio un paso hacia mí, desafiándome con su firmeza mientras yo seguía perdiendo el control.

—Estoy roto, jodido, y solo arrastro mierda a mi alrededor. No dejes que te ahogue en ella.

Alzó la mano y, antes de que pudiera reaccionar, tomó mi rostro entre sus dedos. Sus ojos se clavaron en los míos con una determinación que me desarmó por completo.

—No pienso irme a ninguna parte, Boss —dijo con calma. Mi cuerpo tembló ligeramente—. Ni ahora ni después. No pienso soltarte, sabes que puedo ser la fuerte de los dos si es lo que necesitas...

Resoplé y sacudí la cabeza. Intenté apartarme, pero ella no me dejó. Su firmeza era un muro contra el cual mis defensas se estrellaban.

—Escúchame —continuó, su tono adquiriendo un filo—. Si antes tenía claro que eras inocente, esa llamada solo ratifica que hay

alguien que quiere joderte. Es una buena noticia, porque solo debemos averiguar quién.

Mi mirada se perdió en el suelo. Mis piernas parecían incapaces de sostenerme, y me dejé caer en el sofá como si el peso de todo lo que llevaba dentro me aplastara.

—No lo sé… —Mi voz era apenas un murmullo. La miré con los ojos empañados, roto por dentro—. Te juro que no lo sé.

—Ven…

Tiró de mi mano con determinación hasta el piano.

—¿Qué haces?

—Demostrarte que esa melodía es solo eso, una canción. Estoy de acuerdo en que puede activar recuerdos en ti que son muy dolorosos, pero en nuestra mano está que podamos cambiarlos por otros…

—¿Quieres hacerme terapia de choque?

—Podrías llamarlo de ese modo.

—No funcionará.

—Hombre de poca fe… Siéntate, ¿te la sabes?

—De memoria, no solo la tocaba Petrov, también la toqué cientos de veces en el colegio, aunque no sé si podré…

—Podrás, lo harás porque puedes, porque debes y porque yo te lo ordeno, Boss.

Di un respingo al volver a escuchar el apelativo.

—Mírame.

«Como si fuera tan fácil no hacerlo».

Cogió mi mano, se la puso en el pecho y buscó mis ojos.

—Cuatro minutos.

Era el mismo ejercicio de confianza que hicimos en nuestro primer encuentro.

Podría haberme negado. No lo hice, solo respiré resignado y la miré, notando cómo azotaba mi alma, cómo buscaba llenarla de luz.

—Muy bien —murmuró, pasados los minutos—. Ahora que estás más calmado, siéntate y toca, yo estoy contigo.

No las tenía todas conmigo de que funcionara, aun así, me posicioné en la banqueta y subí la tapa.

Las primeras notas salieron titubeantes, mis dedos temblaban al tocar las teclas. El eco de cada sonido retumbaba en mi cabeza, como si la melodía se burlara de mí, recordándome todo lo que había pasado.

Candela estaba a mi lado, de pie, inmóvil como un ancla. Su presencia no era una imposición, sino un recordatorio de que no estaba solo. Cerré los ojos y dejé que las notas fluyeran, aunque cada una doliera como una herida abierta. La melodía se deslizaba entre mis dedos, vacilante pero presente.

Do..., mi..., sol..., fa..., la...

Las notas comenzaron a tomar forma en mi mente, una a una, como si las canturreara internamente para aferrarme a algo tangible.

Fa..., mi..., re..., do...

Las figuras se dibujaban con claridad, recordándome la estructura que no odiaba y había practicado en otro tiempo.

La partitura seguía viva en mi memoria, una constante imposible de borrar.

Las siguientes notas llegaron más fluidas, el ritmo se asentó ligeramente.

Sol..., la..., si bemol..., fa...

Cada pulsación resonaba dentro de mí, transportándome a un lugar donde la música había sido diversión, a veces refugio, antes de convertirse en tormento.

De repente, sentí su mano en mi hombro. No dijo nada, su gesto fue suficiente. Una chispa de algo desconocido se encendió en mí. No era alivio, ni calma, tampoco desesperación, era… un destello de voluntad. Se acercó a mi oído.

—Ahora viene la mejor parte —murmuró—, en la que te demuestras que eres capaz de cambiar la intención de la sonata para siempre, y yo te voy a ayudar. No pares, haga lo que haga, no te detengas, lo estás haciendo muy bien. —Su voz suave acarició el lóbulo de mi oreja—. Me siento muy orgullosa de ti, Boss. Vamos a convertir esta sonata en nuestra canción y para siempre.

No tenía ni idea de a lo que se refería, pero cuando la vi subirse a la zona que quedaba libre de la banqueta para alcanzar la parte superior del instrumento y sentarse en él, frente a mí, solo con los

tacones, unas medias, liguero y el único botón de la americana abrochado, dejando intuir que se había quitado la camisa y el sujetador… No pude hacer otra cosa que tragar con fuerza.

Se había deshecho el moño, su pelo caía en suaves ondas mientras se subía en la parte alta del instrumento, como una equilibrista.

Buscó el interrogante en mi mirada y me premió con una sonrisa ladina que parecía indicar un: «Sigue tocando y mira».

Separó los muslos, colocando las suelas de los zapatos en el filo de la tapa, revelando aquel lugar dulce y húmedo que tanto me gustaba.

—Recuerda, no te detengas bajo ningún concepto… —musitó, llevándose dos dedos a la boca para lamerlos y después bajarlos sin dudar.

Comenzó a pasarlos de manera sinuosa entre los pliegues, acompasando la melodía, hipnotizándome en una cadencia voluptuosa con aroma a carne especiada.

La partitura se mezclaba con las imágenes que desbordaban mis retinas, con los jadeos femeninos. Su entrega nada tenía que ver con la mía, era voluntaria, hermosa, deseable.

Comencé a conectar, el deseo tomó las riendas con vigor cuando las yemas tantearon la entrada al paraíso y hubo la primera penetración.

—¡Joder! —Se me fue una nota. Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa, y yo pude retomar el control.

El corazón me iba a mil cuando su mano libre fue en busca del único botón que sostenía mi cordura.

Se me hizo la boca agua al ver que salía del ojal, y ella sacaba sus dedos empapados en fluido para buscar el clítoris hinchado y masajearlo.

Era un maldito espectáculo.

La americana se abrió. Los dos pechos redondos, perfectos, casi simétricos, de pezones duros y tostados, me hicieron salivar…

Quería comérmela entera de abajo arriba o de arriba abajo. Fuera como fuese, el final sería el mismo.

Estaba llegando al culmen de la pieza hipnotizado por sus movimientos. La amalgama de colores que paseaban por su piel, el aroma inconfundible a sexo y sus gemidos me estaban haciendo enloquecer.

Aparté las manos del piano, dejando que el último acorde muriera en el aire.

Mi respiración era pesada, su irregularidad no era fruto de la sonata que acababa de interpretar, sino del concierto sensual que tenía delante.

Me dejé caer hacia ella, apoyé las manos en las puntas de sus zapatos y aspiré.

Candela dejó de tocarse y me miró con orgullo, llevó sus dedos impregnados de su sabor a mi boca y sorbí deseoso de todo lo que pudiera darme.

—Lo hiciste —dijo con una suavidad que no esperaba.

Sorbí con desesperación, y ella apartó las falanges de entre mis labios.

—Ahora mismo quiero hacer muchas cosas…

—¿Y quién te lo impide? —Bajó los pies haciendo sonar las teclas de manera desordenada.

—Eres increíble.

Me puse en pie sin dejar de contemplarla, notaba cómo su fuerza me cegaba, me inundaba y me hacía reaccionar.

—Desnúdate, Jordan…

—¿No me llamas Boss?

—Solo usaré ese sobrenombre cuando crea que necesites mi energía alfa, o cuando consensuemos que quieras una doma. Ahora mismo, creo que simplemente me apetece que seamos tú y yo… —Su comentario me llenó de calidez—. Le has hecho frente a la canción, y eso ha sido una proeza, ahora demuéstrate quién eres y quién quieres ser a mi lado. Yo siempre seré tu lugar seguro en el que reconocerte.

Me quité la chaqueta, y en lugar de desabrocharme la camisa, llevé las manos a su cintura para bajarla hasta las teclas, que sonaron bajo el peso de su trasero.

—Esto sí que es música celestial —murmuré, provocando su risa genuina—. Puedes leerme tan bien…—murmuré.

—Seguro que tú puedes follarme mejor.

Su respuesta descarada me hizo gruñir.

Adoraba que fuera algo soberbia y no tuviera miedo a afrontar lo que anhelaba en cada momento.

—Desvísteme —le pedí.

—Será un placer…

Me desabrochó la camisa como quien deshoja margaritas. Con la premura del que desea saber si le quieren o no. Rápido, con habilidad, y cuando mi torso se desplegó frente a ella, me arañó como una gata.

—No sabes cuánto me pone tu tinta.

—¿Solo te gustan mis tatuajes?

Los dedos siguieron bajando hasta llegar al cinturón. La hebilla tampoco se le resistió y tiró de mí hacia ella.

Su lengua se estrelló contra mi piel y la arrastró a lo largo de mi esternón. Me encantó que me saboreara.

—Me gustas por completo, y cada parte que descubro me gusta más que la anterior…

«Ya somos dos».

Lo siguiente que hizo fue encargarse del pantalón y meter una de sus manos por la bragueta para agarrar mi polla envarada y apretármela. Se mordió el labio inferior.

—¿Todo esto es por mí?

—Se pone contenta cada vez que te ve.

Le cogí la mano, la llevé a su espalda e hice lo mismo con la otra. Busqué su entrepierna abierta, para frotar mi erección contra ella.

Se le cortó el aliento.

—Dime que hoy me harás algo más que *petting*…

Su petición me hizo sonreír.

—¿Me quieres dentro? —Se lo dije en español, hasta entonces le había hablado en inglés porque era así como nos habíamos conocido, pero…, en ese momento, me apetecía reconectar con la Candela que una vez me adoró.

—Sí…, y con esta lengua.

—Con esta lengua —bromeé, chupándole los labios—. Con esta otra… —Aterricé en un pezón, y Candela enroscó las piernas a mi cintura para apretarme…

—Dios, llevo demasiado queriendo esto… —confesó—. La de dedos que me hice en la adolescencia por tu culpa.

—Desde que te conocí, pasé unas cuantas semanas deseando que fueras mayor… —confesé.

Ella dejó de frotarse por unos instantes y me miró a los ojos.

—¿Cómo?

—Voy a arder en el infierno por lo que voy a confesar y sé que está jodidamente mal, que solo tenías catorce, y yo era mayor de edad, pero… Aquel día, en la piscina y en la azotea… Tuve ganas de tener dieciséis y ser el adecuado para ti. No te besé porque sí, me gustó demasiado lo que veía reflejado en tus ojos, lo que veía de mí.

»Me sentía tan mierda y tú me mirabas tan bonito que, por una vez, quise saber lo que se sentiría estando con alguien como tú, alguien verdaderamente emocionado por estar conmigo, con ese candor y esa inocencia. También deseé que fueras mayor para hacerte esto. —Bajé en picado a su boca para besarle con hambre contenida—. Y esto…

Maniobré para sacarme la polla de la bragueta y pasarla entre sus labios hinchados.

—¡Dios, Jordan!

Hundió sus dientes en mi trapecio. Me gustó la sensación.

Se escuchaba un sonido desordenado procedente del piano. No me importaba. Estar con ella era lo mejor que me había pasado en mucho tiempo.

La bajé al suelo, le pedí que solo se quitara la chaqueta, mientras me deshacía absolutamente de la ropa que quedaba en mi cuerpo.

Cogí un condón de la cartera y me lo enfundé. Estaba apoyada en la cristalera y parecía una jodida diosa en liguero, medias y zapatos de tacón.

—Date la vuelta y pon las manos en la cristalera.

Sus palmas buscaron el frescor de la superficie helada mientras yo lamía la carne tensa. La espalda, los glúteos, entre las piernas.

Estaba tan lista que goteaba, me sentía orgulloso de que fuera por mí.

Me puse en pie, volví a pasearle la polla por su humedad, quería que me necesitara, que lo quisiera todo, porque yo se lo iba a dar.

Sus sonidos inconexos, mientras, me consumían a través del reflejo de la cristalera.

—No puedo más —farfulló.

Tampoco es que yo pudiera.

Coloqué la punta del glande en su abertura y, cuando me hundí en ella por primera vez, solo podría calificarlo con éxtasis.

Las yemas de mis dedos se hundieron en sus caderas perfectas, sus uñas podrían haber atravesado el cristal.

Me puse a penetrarla con vigor, perdido en el reflejo del bamboleo de sus tetas y ese color irreal de ojos.

Quería más, mucho más, perderme para siempre en aquella sensación que acompañaba cada embestida.

Los dos jadeábamos, nuestros cuerpos estaban salpicados en sudor. Seguí penetrándola, cada vez con más fuerza, más entrega, más abandono, encendido por el entrechocar de nuestra carne.

Llevé mis dedos a su clítoris, lo froté encendido mientras su interior líquido me constreñía.

A Candela le faltaba el aire, yo no estaba mucho mejor.

Salí, le di la vuelta, la subí a mis caderas y seguí perdiéndome en ella para encontrarme en sus ojos, como hacía siempre, con sus dedos enroscados en mi nuca y los míos memorizando su carne.

—Voy a correrme…

—Lo sé, no dejes de mirarme.

—Nunca.

Quería aguantar, resistir, hasta que ella hubiera atravesado el umbral del placer, pero ante el primer espasmo muscular de su vagina, me vi arrastrado sin remedio, pensé que lo había sentido todo en esta vida, hasta que ella lo cambió todo.

Por mucho que hubiera follado antes, nadie me había preparado para hacerlo con una Estrella.

CAP Í TULO 39



Petrov

Mis dedos se deslizaban con elegancia sobre las teclas del piano, arrancando cada nota con la precisión calculada que solo los años de práctica podían otorgar. Había algo especial en esa melodía, algo que siempre había resonado conmigo.

Claro de Luna no era solo una pieza musical; era una paradoja perfecta entre la calma y la tensión, entre la luz y la sombra. Me recordaba a la vida misma: hermosamente cruel, metódicamente impredecible.

Debería estar muerto y, sin embargo, estaba rebosante de vida, asombrosamente lúcido y con hambre de más.

Al ejecutarla, sentía fluir mi poder. La melodía era un recordatorio de que, incluso, lo más sublime podía manipularse para transmitir angustia o placer, dependiendo de la intención del ejecutante.

La delicadeza de los acordes iniciales me obligaba a mantener el control, mientras que el *crescendo* exigía que liberara una fuerza contenida, calculada, exacta. En esos momentos, era como si la música me poseyera y yo a ella, en un juego donde ambos sabíamos quién tenía el control final.

La sonata fluía en el aire, su melancolía envolvía la habitación con una calma engañosa.

El teléfono descansaba en el piano, apenas a unos centímetros de mis manos. Su pantalla iluminada mostraba que la llamada había terminado, aunque estaba seguro de que seguía resonando en su cabeza, como un eco de mi obra maestra.

Mi mujer entró en la habitación en silencio, sus pasos amortiguados por la alfombra persa se detuvieron junto al piano, observándome con una sonrisa apenas perceptible. Cuando mis ojos se encontraron con los suyos, la chispa de admiración en su mirada me arrancó una ligera curvatura en los labios.

Era tan hermosa como letal, y eso me gustaba.

—¿Torturando al enemigo? —preguntó con un tono divertido al contemplar el dispositivo que tenía clonado con las interacciones de Shadow y un VPN indetectable. Me incliné ligeramente sobre el piano.

Dejé que las últimas notas flotaran en el aire antes de responder.

—Al enemigo hay que recordarle constantemente a dónde pertenece —dije, mi sonrisa ensanchándose con la satisfacción de un trabajo bien hecho.

Ella se sentó a mi lado en el banco del piano, colocando una mano suave sobre mi pierna. Su cercanía era cómoda, la de una pareja que comparte un secreto que nadie más podía comprender.

—Es brillante, Luka —murmuró, su voz impregnada de admiración —. No sabes cuánto te admiro. Tu mente es lo que más me gusta de ti.

—Mi mente y mi fusta —le recordé, inclinándome hacia ella para pellizcarle un pezón húmedo. Mi hijo había sido amamantado hacía unos minutos. Ella jadeó.

—Esa también me gusta…

Anita no había jugado antes a los amos y las mazmorras, pero desde que la introduje en mi mundo, cada día le gustaba más.

Suspiré complacido.

—Los de Homicidios deben estar a punto de detenerle —murmuró.

—¿Y sabes a quién ha recurrido para su defensa? —Una sonrisa burlona se curvó en mis labios.

—Claro, fue un acierto invitar a Hall a una de nuestras fiestas blancas… Los vídeos que le hicimos con aquel mulato mientras esnifaba coca de su polla no serían plato de buen gusto para su mujer.

—No hay nada como conocer el entorno del enemigo para saber cómo jugar con él, y de Jordan lo sé todo, ha estado en mis manos desde el principio, y ni siquiera lo sabe.

Anita se acomodó, sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y entusiasmo.

—Fue un acierto, no te lo voy a negar. Además, que fuera compañero de fraternidad de Blake propició una gran jugada maestra, ahora tenemos a tu pequeña Estrella con él, matarás dos pájaros de un tiro de una manera soberbia.

—Se lo advertí a Andrés, podría haberse apartado del camino de mi hija y no habría sufrido las consecuencias, ahora va a tener que pagar, y su hijita será el tributo.

Pasé los dedos por las teclas, tocando un par de notas sueltas mientras hablaba.

—Me escribió Nathan para darme el nombre de su acompañante a la fiesta. —Anita se acercó a mí para poner los labios en mi cuello—. La tenemos.

—Es un trabajo meticuloso, Tigritsa, cada pieza debe estar perfectamente alineada en el tablero, como con Shadow. Me aseguré de que cada detalle fuera impecable. Como que Hall cambiara el contrato por unos papeles sin importancia del curso de Mistress Selene. Esas hojas no tienen ninguna validez. Ahora parece que las órdenes de Shadow son completamente su responsabilidad. Sin ese contrato, todo lo que sucedió con el sumiso recae sobre él.

—¿Y nuestra querida dominatriz?

Me reí, un sonido bajo y lleno de suficiencia.

—Ah, Selene. Digamos que está… indispuesta y que el lugar al que ha llegado no tiene cobertura. Va a necesitar una *ouija* para comunicarse con Jordan y que este pueda solicitarle el contrato. —La risa ronca de mi mujer me acarició—. Sin ella, para corroborar la

versión de mi querido amigo, no hay punto de apoyo, además, ya sabes que no tenía familia, ¿quién va a montar una expedición submarina en el Sena para buscarla?

Anita se mordió el labio inferior, inclinándose hacia mí.

—Eres perverso.

Asentí lentamente.

—Y sé cuánto te gusta. La estrategia es fundamental. Incluso la muerte de aquel idiota estaba calculada al milímetro. La autopsia revelará que la hora de la muerte coincide con la llegada de Jordan al edificio. Si triangulan su móvil, que lo harán, Stein será su única posibilidad. No hay huellas, y el escenario se preparó a conciencia, nuestro hombre dejó la ventana cuidadosamente abierta para que Jordan tuviese la sensación de que había huido por la escalera de emergencia cuando, en realidad, seguía en el piso, agazapado entre las sombras, disfrutando de su caída.

»Lo tenemos todo atado, Tigritsa, tan bien colocado que ni el mejor abogado podría refutar las evidencias. Una orden escrita aquí, una sesión grabada allá. La palabra que ese estúpido utilizaba grabada en el pecho del chico… Todo apunta en su dirección y, con Vargas de nuestro lado, dándonos cobertura tanto en ese caso como en el de nuestras queridas embarazadas, nada nos va a hacer caer.

Los ojos de Anita brillaron con una fascinación oscura.

—Eres un genio, Luka. Me fascina tu habilidad para mover las piezas en el tablero.

—No solo es moverlas, querida. Es saber cuándo sacrificar una para ganar la partida completa.

Ella se inclinó más cerca, sus labios apenas a unos centímetros de los míos.

—No sabes cuánto me excita verte en acción.

Lo sabía. Dejé que mi mirada se perdiera en la suya por un momento.

—Y yo de que me mires así, con tanta adoración. Será divertido ver cómo Jordan intenta salvarse de esta y la señorita Estrella pretende salvarlo de una soga demasiado apretada para que pueda rescatarlo.

—¿Vamos a celebrarlo?

La miré con hambre.

—Siempre después de ti, mi pequeña tirana.

Abandonamos la sala de música, consciente de que los peones estaban donde yo quería.

CAP Í TULO 40



Candice

El sonido insistente del móvil me arrancó del sueño. Intenté ignorarlo, revolviéndome entre las sábanas con los ojos aún cerrados, amodorrada, cómoda y terriblemente satisfecha, pero el maldito aparato no cedía.

Estiré la mano a tientas, golpeando la mesilla antes de dar con él y deslizar el dedo por la pantalla sin pensar.

—¿Diga? —murmuré. Mi voz rasposa denotaba que algún idiota de turno me acababa de despertar. Como fuera el del seguro, se iba a enterar.

—¿De quién es ese culo y esa espalda? Porque a Nathan no le pegan nada esos tatuajes…

Mis ojos se abrieron de golpe, desorientada. Parpadeé y bajé la vista al móvil, donde me encontré con la imagen de Esme en videollamada, con una ceja arqueada y una expresión de evidente disfrute en su rostro. Mi cerebro tardó un segundo más en procesar sus palabras y lo que significaban.

«¡Maldita sea! Me había quedado a dormir en el ático de Jordan después de una maratón desenfrenada de sexo salvaje que nos había llevado a quedarnos fritos casi al alba. Estaba demasiado

rendida como para volver a mi piso, y su cama era la hostia de cómoda, por no hablar de su pecho como almohada».

—¡Aaah! —solté un grito ahogado mientras intentaba cubrir la cámara con la mano. En mi nerviosismo, el teléfono se me resbaló y cayó rebotando entre las sábanas.

Me incorporé de golpe y miré a mi alrededor.

¿Dónde demonios estaba mi americana? Tiré del cobertor, pero la ropa de cama estaba atrapada bajo un cuerpo musculoso que respiraba acompasadamente.

Un vistazo rápido me confirmó lo que ya sospechaba: Jordan seguía como un tronco, con toda aquella montaña de músculos en plena exhibición.

—Esme, ¡no mires! —farfullé mientras rebuscaba desesperada el teléfono entre las sábanas.

—Demasiado tarde, ya he mirado, he visto un huevo y una teta —respondió, claramente divertida—. Aunque, por bonitas que las tengas, prefiero las vistas anteriores.

—Haz el favor de hablar más flojo —murmuré, poniéndome de pie con el maldito aparato, intentando que solo se viera mi cara en lugar de a Jordan tumbado en su habitación.

Lo que me quedaba más cerca era el baño. Cuando fui a vaciar mi vejiga la noche anterior, juraría haber visto un albornoz, era mejor opción que ir recorriendo el piso como si se tratara de una Yincana.

Salí de la cama, tropezándome con la alfombra en el proceso. Por suerte, no había sido la pata de la cama.

—Candela, ¿quieres explicarme qué está pasando? ¿Y quién es el chulazo del culazo?

—¡Nada y nadie! —exclamé, intentando priorizar mi dignidad.

Corrí en bolas entrando en el baño para localizar la dichosa prenda de rizo justo detrás de la puerta.

La ajusté un poco, no quería hacer más ruido.

—Esme, ¡te juro que esto no es lo que parece!

—Oh, no, claro que no, seguro que es mucho mejor que lo que pretendes hacerme creer —replicó ella, su tono cargado de sarcasmo.

—Eso no te lo voy a discutir, pero vamos, que fue algo… —Busqué una palabra que pudiera definirlo sin demasiado éxito—. Normal.

—Disculpa, ese tipo no tenía nada de normal, y tampoco que te acuestes con alguien saliendo con Nate, a no ser que hayáis abierto la pareja.

—Nate y yo no somos nada, por lo que no hay nada que abrir.

—Ya…

—Bueno, puede que tuviéramos algo, pero ese algo pasó a la historia.

—Pues espero que sepáis separar el trabajo del placer y, sobre todo, de lo emocional, a él se le veía bastante pillado el otro día.

Dejé ir un suspiro mientras hacía equilibrios con las mangas para vestirme sin que mi madrastra volviera a verme un pezón.

Puse el teléfono en una de las baldas que quedaban frente al espejo, usando de punto de apoyo un bote de *aftershave*, y me anudé el cinturón mejor.

Sentía mis mejillas arder cuando me enfrenté a la pantalla, donde Esme seguía observándome con una expresión mezcla de burla y curiosidad.

—Mira, ¡esto no es asunto tuyo! —le espeté.

—Candela, todo lo que haces es asunto mío. Soy tu segunda madre. Es casi mi deber moral.

Suspiré de nuevo, llevé una mano a la frente y cerré los ojos un momento, intentando calmarme.

—¿Puedes hacer como si esta llamada nunca hubiera pasado?

—¿Y perderme esta joya de conversación? Ni loca. Pero tranquila, tu secreto está a salvo conmigo… por ahora. Aunque tengo que decir que tu nuevo compañero de cama erizaría a tu padre como un puercoespín, parece más salido del infierno que del cielo que Andrés quiere para ti.

«No te haces una idea».

—Soy mayorcita como para elegir mis compañías, y solo ha sido sexo.

—A ver, que a mí me parece estupendo y tiene un muy buen… —La miré como si fuera a regañarla—. Estilo. Sí, eso es, estilo, si te gustan los cuerpos grandes con mucha tinta.

—¡Adiós, Esme! —dije, colgando la llamada antes de que pudiera añadir algo más que me incomodara.

Me agarré al borde del lavamanos, con el albornoz firmemente sujeto a mi cintura, y me tomé un momento para recuperar la compostura.

—Esto no puede estar pasando… —murmuré para mí misma mientras enterraba el rostro entre las manos.

Al levantar la mirada, me di cuenta de que el móvil volvía a estar sonando y era ella.

Bufé. No podía no responder.

—¿Qué quieres?

—No es de buena educación colgar una llamada sin que la persona que está al otro lado de la línea te cuente el motivo, y más con lo que cuestan las internacionales.

Era cierto, no le había dado tiempo a decirme nada, salvo admirar a mi compañero de cama.

—Pues entonces céntrate y dime por qué estás en la pantalla cuando en España es hora de comer.

—¿Recuerdas que en nada es el cumpleaños de tu hermano?

¡Dios! ¡Era cierto! Había estado tan ocupada que casi se me pasó por alto. Al ver mi expresión de culpabilidad, Esme asintió.

—Lo imaginaba.

—He estado tan ocupada con los casos que…

Sentí su movimiento y no me dio tiempo a avisar a un Jordan soñoliento que entraba frotándose los ojos.

Ni siquiera se detuvo donde yo estaba, se dedicó a hacer el paseíllo de la vergüenza pasando por detrás de mí con la tranquilidad de quien no tiene nada que ocultar.

Solo se detuvo cuando se topó con la taza del váter para alzar la tapa y mear.

Escuché cómo Esme contenía la respiración al otro lado de la línea.

—Pero ¡¿quién demonios es ese y dónde estás?! ¿En un hotel? ¡Qué alegría de noche! Hola, ¡soy Esme, la segunda madre de Cande! ¡Espero que la hayas hecho disfrutar con todo ese cuerpazo que tienes!

Me giré justo a tiempo para ver el perfil de Jordan contraerse. ¿Es que no se había dado cuenta de que estaba en plena llamada telefónica? Al parecer no, porque estaba meando sin pudor alguno.

Menos mal que el váter quedaba fuera del campo de visión de Esme y que con su estatura lo único que había podido ver era lo que quedaba por debajo de la barbilla. Aunque no estaba segura de si el alcance incluía aquella poderosa entrepierna.

Mi humillación ya estaba servida.

—Te dejo, Esme, y te voy a colgar.

—Vale, pero espero tu llamada para que me pongas al corriente y contarte lo del regalo sorpresa para Andy. Ah, ¡y le voy a decir a tu padre que se vaya despidiendo de la boda con el abogado, que tus gustos han cambiado! ¡Menudo chulazo!

—¡Habla español! —protesté, abochornada, mientras la risa ronca de Jordan se escuchaba de fondo.

Arrojé un sonido de exasperación y colgué de inmediato.

Me giré hacia él, lista para echarle la bronca.

—¿Y tú de qué te ríes? ¿Cómo se te ocurre aparecer como si fueras una estrella porno invitada al *talent show* de la mañana? ¡Podría haberte reconocido!

Jordan, que se estaba sacudiendo la chorra, giró ligeramente la cabeza para mirarme. Su expresión era algo más fría que de costumbre.

—¿Y qué es lo que te preocupa? ¿Que tu padre sepa que follas con otro que no es el abogado, o que soy yo el afortunado?

Aquello había sido un golpe bajo.

Sentí cómo la sangre me subía a la cara.

—Ya no follo con Nate y, para tu información, tengo más de treinta años como para tener que justificarle a papá con quién lo hago. No obstante, como comprenderás, no quiero añadir un padre ofuscado con ganas de patearte las pelotas a los problemas que ya tienes. Puede que en mi DNI superara la mayoría de edad hace mucho, pero para él me quedé en los seis.

Jordan se giró por completo, apoyándose en el marco de la ducha mientras abría el grifo.

Las baldosas negras le conferían una imagen más oscura de la que tenía de por sí. Su pelo estaba revuelto de una manera adorable y la barba necesitaba rebajarse un poco.

—Dejé que tu padre me pusiera las manos encima una vez porque lo merecía. Ahora no lo haría, y te aseguro que tendría las de perder.

La tensión se acumuló en el aire, pero antes de que pudiera responder, Jordan se metió bajo el agua como si no tuviera nada más que añadir al respecto. El vapor comenzó a llenar el espacio, y lo observé con la boca abierta, incapaz de procesar cómo había pasado de una llamada desastrosa con Esme a esa confrontación.

—¿Vienes, o te esperas? —preguntó sin molestarse en girarse para mirarme.

«Pero ¿qué se creía?, ¿que después de discutir iba a enjabonarle la espalda o chuparle la polla?»

«¡A la mierda! Estaba enfadada y no se me iba a pasar con una ducha de agua caliente».

—Me voy, tengo trabajo y a estas horas ya debería estar en el despacho.

—Ya sabes dónde está la puerta.

Tuve ganas de coger una pastilla de jabón y arrojársela a esa cabeza dura.

En lugar de eso, me largué con un regusto amargo en la garganta.

Pero ¿qué demonios le pasaba? ¡Encima de que me preocupaba por su integridad física se mosqueaba!

Era tarde, y por muy socia del bufete que fuera, debería estar trabajando hacía una hora.

Fui hasta el salón. Me vestí con la única ropa que tenía y salí del ático dando un portazo.

«¡Que te den, Jordan Stein!».

CAP Í TULO 41



Candice

El ruido de mis tacones resonó con fuerza en el suelo del despacho mientras me dirigía hacia la zona de empleados. A pesar de que intentaba concentrarme en el trabajo, no podía dejar de darle vueltas a lo ocurrido con *Jordan y su maldita actitud mañanera.*

Había estado esperando una llamada de disculpas que no me llegó.

Después de ofrecerme a echar horas extras en su piso, ayudado a enfrentar su trauma con aquella canción, y terminar enredados en una noche de pasión que me había dejado sin aliento, era lo mínimo, ¿no?

¿Y cómo reaccionaba él? Con desdén y una actitud tan fría que parecía haber borrado todo lo ocurrido entre nosotros.

Suspiré, deteniéndome frente a la máquina de café. Necesitaba un chute de energía extra que me centrara y así poder sacarlo de mi mente. No quería pensar en él, por lo menos no fuera del caso.

Igual me había extralimitado, nunca me acostaba con clientes, y Jordan se había convertido en uno. Quizá lo mejor fuera dejar en

stand by lo que fuera que hubiera surgido entre nosotros hasta haber solucionado su problema con la justicia.

No es que la idea me sedujera, pero si estaba así después de una bronca ridícula, si seguía complicando las cosas con más interacciones íntimas, podría verse perjudicado.

Llené mi taza y di un trago.

Nathan apareció en el horizonte de la pecera acristalada en la que estaba metida. Acompasaba su paso con el de un hombre y una mujer impecablemente vestidos mientras avanzaban por el pasillo central. Ambos exudaban elegancia y confianza, el tipo de personas que no necesitaban esforzarse para impresionar.

En cuanto estuvieron frente a la sala de personal, me miró de arriba abajo, sin disimulo, y aunque intenté no mostrar mi incomodidad, sabía exactamente lo que él estaba viendo: la ropa que llevaba puesta ayer.

Sentía que cada arruga y pliegue de mi camisa gritaban a los cuatro vientos que había pasado la noche fuera de casa y, sin embargo, no aparté la mirada de la suya. Me había visto marcharme de la oficina con Jordan y no era estúpido, aunque quizá pensara que me había ido a tomar una copa con las chicas tras la reunión con mi cliente, y que terminé en la casa de algún lobo de Wall Street con hambre de sexo sin compromiso.

El hombre y la mujer me observaron con interés, sus expresiones perfectamente neutrales, pero con un brillo de curiosidad en los ojos, que se quedaron clavados en mí. No tuve más remedio que acercarme, hubiera sido extraño que no lo hiciera tras la atención desatada.

Nate, siempre el diplomático, sonrió.

—Dejen que les presente a mi socia del bufete. Candice Star, el señor y la señora Vílchez.

Mi mente conectó de inmediato el nombre que fue mencionado con insistencia días atrás.

Eran la pareja que el señor Blake ansiaba. Quería que su hijo cerrara el trato para llevar todos sus asuntos financieros. Eran dos peces gordos con muchísimo dinero y unas conexiones increíbles.

Y por eso Nathan y yo los acompañaríamos el fin de semana para lograr el contrato que los vincularía a nosotros.

Todavía no sabía dónde viajaríamos, aunque sí que el destino incluía un lugar lo suficientemente alejado como para que tuviéramos que coger un avión.

El hombre, que se presentó como Lucas Vílchez, me tomó la mano con seguridad y besó mis nudillos con una sonrisa encantadora. Sus ojos eran oscuros, profundos, y tenían algo que no terminaba de gustarme, aunque no sabía exactamente qué.

—Es un placer conocerla, señorita Star —dijo con voz aterciopelada y un acento gutural—. De saber que el señor Blake contaba con una socia tan bella e interesante habría insistido en que fuera usted quien nos llevara las cuentas y las inversiones. Quizá debería plantearme un cambio de abogado.

Miró de reojo a Nathan, quien esbozó una sonrisa forzada.

Su mujer, que se presentó como Anne Vílchez, rio suavemente, colocando una mano en el brazo de su esposo.

—No le haga caso a mi marido, es un seductor nato que cree que toda mujer caerá rendida a sus encantos —dijo con un tono afable.

—Lamento decirle, señor, que mi especialidad no es derecho económico, sino penal.

—Entonces ya sé a quién debo llamar si decido aniquilar a alguien...

Todos esbozamos una risa neutral.

—Pues como su futura abogada le aconsejo que lo mejor es que no lo intente.

—Buen consejo —prosiguió Anne—. Por eso siempre dicen que las mujeres somos más inteligentes.

Algo en ellos no terminaba de encajarme. Había una corriente extraña en el ambiente, una tensión que no podía identificar del todo, pero que me ponía en alerta.

Lucas inclinó ligeramente la cabeza, observándome con atención.

—Su cara me suena —dijo, entrecerrando los ojos como si intentara recordar—. ¿Nos hemos visto antes? Esos ojos son difíciles de olvidar.

Negué con una sonrisa educada.

—No lo creo. Soy buena con las caras. Les recordaría.

Lucas sonrió. Aquellos dos pozos negros que tenía como ojos me hicieron sentir pequeña.

—¿Segura? Quizá frecuentemos algún lugar común… ¿Va a algún club en la ciudad, señorita Star?

La sugerencia me tensó, y antes de que pudiera responder, Nathan intervino.

—Candice no tiene otra actividad que sea trabajar, trabajar y trabajar —dijo con un humor seco que no le llegó a los ojos—. Ni golf, ni ajedrez, ni club de la lucha.

Todos rieron, pero yo me sentía cada vez más incómoda. Anne me miró con una sonrisa amable.

—Nathan nos ha comentado que será su acompañante. Me alegro muchísimo, me parece una mujer de lo más interesante, no es americana, ¿verdad?

—Española.

—Eso me había parecido, aunque tiene un acento realmente bueno, la felicito, yo soy de Centroamérica, de un pueblo que pocos ponen en el mapa. Por cierto, espero que disfrute mucho de este fin de semana. Hemos preparado muchas actividades divertidas. No todo será hablar de negocios. Nuestra pequeña isla de las Bahamas es un rinconcito de paraíso que se debe disfrutar.

«¿Acaba de decir que tienen una isla privada?».

«Sí, lo ha dicho, no me extraña que al padre de Nate se le haga la boca agua».

Sonreí intentando mantener las formas.

—Seguro que sí.

Lucas seguía con la mirada puesta en mí, como si me evaluara.

—Tiene aspecto de saber disfrutar —dijo con un tono casi sugerente—. Me da la sensación de que su colega no la conoce tan bien como cree, además del trabajo, siempre hay que dejar espacio para el placer. Si no, la vida sería muy aburrida, ¿me equivoco?

«¿Por qué parece que ese hombre sabe más de mí de lo que debería?». Tenía una energía oscura y un aura dominante que me quedó clara desde que me besó la mano.

Los dedos de los pies se encogieron en mis zapatos.

Nathan intercedió antes de que pudiera responder.

—Candice sabe pasarlo muy bien, de eso no tengo duda, solo hacía referencia antes a que no era socia de ningún club —dijo, su tono cargado de un humor que no logró ocultar su incomodidad.

—Entonces es de las mías, de las que saben conjugarlo todo a la perfección —intervino Anne.

—Mi mujer dirige una asociación que ayuda a chicas jóvenes con embarazos no deseados. Además, hemos sido padres no hace demasiado, y debe soportar todas mis atenciones, es una mujer admirable con muchísimo arrojo.

—A ti no te soporto, me encanta cada cosa que me haces… —bromeó ella de forma íntima.

—Si Candice se parece un poco a mi Anne, Nathan es un hombre afortunado. Las mujeres hermosas, profesionales y que se saben divertir escasean. No la pierda.

—No tengo intención de hacerlo, llevamos muchos años el uno al lado del otro y no sabría qué hacer sin ella, lo cierto es que funcionamos muy bien juntos —recalcó—. Me costaría encontrar otro socio que tratara a los clientes con una profesionalidad y entrega tan grande como la suya —puntualizó—. Ayer mismo no dudó en llevarse el trabajo de su último cliente a su casa.

Noté cómo el calor subía por mi cuello hasta mis mejillas. La tensión en el ambiente se había vuelto casi insoportable. Esa afirmación podía interpretarse de dos maneras distintas, y aunque los señores Vílchez no tenían por qué saber leer entre líneas, yo sí lo hacía.

—Me va a dar un subidón de azúcar con tanto cumplido. Si me disculpan, tengo que seguir trabajando y merecer todos esos halagos —dije, disimulando la irritación que me devoraba—. Encantada de conocerlos.

—Igualmente, hasta el fin de semana… —murmuró Lucas.

Hice una leve inclinación de cabeza antes de girarme y alejarme con rapidez. Sentía sus miradas clavadas en mi espalda mientras me marchaba, pero no me detuve. Necesitaba un respiro, un momento para recomponerme antes de que todo eso me sobrepasara.

Nate no tardó ni cinco minutos en cruzar la puerta de mi despacho, su expresión lo decía todo, al igual que mi cara.

—¿Por qué llevas la misma ropa de anoche? Dime que es porque tras la reunión, que duró hasta el alba, no tuviste tiempo de regresar al ático y no porque te tiraras al asesino amante de los juegos raros.

No respondí de inmediato. Nunca le había mentido a Nate y no tenía la intención de empezar a hacerlo ahora. Él hizo de la callada su respuesta.

—¡No me jodas! ¡¿Qué cojones te pasa, Candice?! ¡No te reconozco! ¿Es lo que buscas?, ¿que te sodomicen y te den con un látigo? ¡¿Por eso te has aburrido de mí?! ¿Buscas emociones fuertes?

—No vayas por ahí, Nate.

—¿Y por dónde quieres que vaya? ¡No te entiendo!

—Pensé que ya lo habíamos hablado, que con quien yo me acueste no es motivo de debate entre nosotros.

—Una cosa es que no sea motivo de debate y otra que te tires a un asesino, que encima es cliente del bufete, ¿dónde queda tu profesionalidad? ¿Dónde está la Candice de siempre? ¡Es que te miro y no te reconozco!

—Todavía no está acusado, es inocente, y lo de ayer… —No tenía por qué darle ningún tipo de explicación, sin embargo, Nate tenía razón en algo, jamás me había acostado con un cliente y no era algo positivo mezclar sentimientos, sexo y profesión—. No se volverá a repetir, se me fue de las manos. No te doy esta explicación porque crea que deba dártela, pero la cosa fue así.

—Ya… —dijo con pesar—. Si lo hiciste para que me olvide de una vez por todas de ti, para darme en la cara con toda la mano abierta y demostrarme que tú eres capaz de pasar página, mientras yo me hundo en la mierda machacándome por verte aparecer con la ropa de ayer, yo… Joder, Candice, ¡a mí sí que se me ha ido de las manos y estoy enamorado de ti, ya lo he dicho!

Sé que no debería, pero sentí lástima. Nathan no era un mal tío, solo tenía sentimientos no correspondidos, ¿cómo podía no haberme dado cuenta y pensado que podríamos ser solo follamigos?

Me levanté de la mesa y me acerqué. Seguir trabajando con aquella tensión era imposible. Si no solucionábamos nuestros

problemas de una maldita vez, el bufete se iría a la mierda.

—Nate —bajé el tono a uno mucho más suave.

Su cara estaba más demacrada y tenía las arruguitas que bordeaban sus ojos algo más marcadas. No tenía buen aspecto, y era por mi culpa.

—Soy un imbécil.

—No lo eres. Pensé que estábamos en el mismo punto, que deseábamos algo divertido, que nos desestresara, sin apego emocional. Me equivoqué, no tuve en cuenta que tus sentimientos eran otros, tal vez no quise verlo.

Sus hombros se hundieron un poco más.

—Yo tampoco te lo dije. Si te soy franco, me tocaba los huevos que yo llevara loco por ti desde la universidad y, sin embargo, tú… —pinzó el puente de su nariz—. Soy un memo, de verdad que pensé que si te cuidaba, te complacía y currábamos bien juntos, te darías cuenta de que siempre he sido lo que necesitabas en tu vida. Cuando aquella noche cruzamos la línea y nos acostamos, me sentí el hombre más afortunado del universo y desde entonces he intentado demostrártelo por todos los medios, darte tu tiempo, tu espacio… Al final, nada ha servido para que me consideraras digno de ti.

—No digas eso…

—Es cierto, ¿alguna vez te lo has planteado siquiera? ¿Un futuro a mi lado?

Me encogí de hombros.

—Si te dijera que no, mentiría, pero cuando me hacía la pregunta, siempre encontraba la misma respuesta. Estábamos bien así, y yo no quería el pack completo. Lo siento, Nate. —Él negó—. ¿Lo de este bufete es porque creíste que podría inclinar la balanza a tu favor?

—En parte. Nueva York era tu sueño, y a mí me daba igual el lugar en el que instalarme mientras fuera contigo. Si compartíamos bufete, edificio e intimidad, tal vez tú por fin… —calló—. Soy un puto patético.

—No lo eres —lo abracé y, por una vez en las últimas semanas, noté que él me abrazaba como el Nate de siempre.

—Lo siento, Candice.

—Yo también lamento no poder corresponderte como deseas. Habría sido muy fácil, eres un tío cojonudo, nos llevamos de miedo, pero…

—No me quieres.

—No de la manera que a ti te gustaría, y si eso es un impedimento para que trabajemos juntos, yo…

—No lo digas…

Permanecimos abrazados un rato, hasta que se serenó.

Se apartó y me miró a los ojos.

—Más allá de mi incapacidad para asumir un no como respuesta, está mi capacidad como socio del bufete para saber lo que me interesa. No deseo perderte y te lo digo de corazón. Pondré todo de mi parte para que no me afecte tu vida privada, no voy a garantizarte que sea de inmediato, ten un poco de paciencia y dame algo de tiempo. Te quiero demasiado como para que no me importe con quién te acuestas, y si lo haces con ese hombre…, voy a estar preocupado.

—Ya te he dicho que…

Nate me acarició el rostro.

—Sé lo que me has dicho, lo cual no quiere decir que no me preocupe. Mi padre ya te dijo que no teníamos que coger el caso.

—Es inocente. —Nate exhaló con fuerza y me tomó de los hombros.

—Voy a seguir trabajando.

—Yo también, tengo mucho que hacer…

—¿Te apetece que comamos juntos y nos pongamos al día? Solo como socio-amigos.

Tenía que destensar la cuerda, así que…

—Me encantaría.

En cuanto Nate salió del despacho, Shauna llamó a la puerta con suavidad.

—Disculpe, señorita Star, es urgente, tenemos un problema.

CAP Í TULO 42



Sepúlveda

El pasillo del laboratorio forense estaba en silencio, roto solo por el murmullo de la conversación que mantenía con Martínez.

Había recibido la llamada apenas quince minutos antes, y la urgencia en el tono de la técnica forense no me había dejado otra opción que salir corriendo de comisaría.

«Una coincidencia extraña», había dicho. Una coincidencia que nos iba a gustar.

Tener buenas noticias últimamente era como descubrir una aguja en un pajar, así que no estábamos para perder el tiempo.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto va a complicarnos la vida? —gruñó Martínez, ajustándose la chaqueta mientras subíamos al ascensor.

—Porque siempre se complica —respondí sin mirarlo, centrada en el número del piso que parpadeaba sobre las puertas de acero.

Algo en mis tripas aullaba que esa «coincidencia» iba a cambiar el rumbo de la investigación.

Al llegar al laboratorio, encontramos a Laura, la técnica forense, esperando junto a una pantalla. Sus ojos, habitualmente serenos, mostraban una mezcla de incredulidad y excitación.

—Gracias por venir tan rápido —dijo, ajustando sus gafas mientras se giraba hacia el monitor—. Pero es que teníais que ser los primeros en saberlo, no os lo vais a creer.

—Me encantan las sorpresas, sobre todo, si vienen de pelirrojas inteligentes como tú —murmuró Martínez, apoyándose en el borde de la mesa.

Laura se inclinó sobre el teclado y le dedicó una sonrisilla cómplice. Escribió rápidamente y, tras unos segundos, una imagen apareció en la pantalla. Era el perfil de un hombre joven, guapo, con un historial asociado.

—Espero que tu llamada urgente no fuera para pedirnos opinión sobre tu nuevo ligue de Tinder.

—Este no sale en Tinder, o si sale, nadie lo va a poder contactar, ¿sabéis quién es? —No nos dejó responder—. Se trata del propietario de ese pelo desconocido encontrado en la escena del crimen de David Goldstein, el que Clara Goldstein dijo no saber a quién pertenecía y que tal vez era de alguno de los amigos de su marido o de un repartidor a domicilio —empezó Laura, señalando los datos en pantalla—. Pues bien, hace escasas horas ha obtenido una coincidencia reciente en nuestra base de datos y… Pertenece a Damien West.

El nombre me golpeó como un martillo. Me quedé en silencio, procesando lo que acabábamos de escuchar. Fue él quien rompió el silencio.

—¿Debería sonarme el nombre? ¿Es algún cantante o actor de moda? Con ese físico, tiene pinta de actor de Hollywood de medio pelo.

Laura bufó.

—¡Damien West es el tipo que acaba de aparecer muerto hace dos días! —Martínez arrugó el ceño.

—¿Te refieres al hombre de negro amante del látex?

Laura asintió, ajustándose las gafas nuevamente.

—Exacto. Y como ya han filtrado los medios, West era un bailarín exótico en un club de estriptis que no se limitaba solamente a bailar, también vendía su cuerpo a mujeres por dinero… Por lo que,

llamadme loca, pero no creo que fuera amigo del señor Goldstein ni un repartidor…

—Quizá le llevara su perrito caliente a Clara —añadió César.

—Una relación extramatrimonial con Clara Goldstein explicaría esas lagunas que presentaba la supuesta víctima de malos tratos —musité, cruzándome de brazos. El nombre de Clara era como un fantasma que no nos dejaba en paz—. ¿Qué sabemos de él?

Laura pulsó otra tecla, y la información de Damien se desplegó en la pantalla.

—Modelo, bailarín del SKS. Sin antecedentes penales graves, pero estuvo involucrado en un altercado en un club hace unos años. No lo suficiente como para mantener un registro permanente. El ADN en nuestra base viene del informe forense de su muerte.

Martínez se frotó la barbilla, pensativo.

—Si el ADN de West estaba en la escena del crimen, cobraría sentido tu teoría de que Clara tenía ayuda desde el principio, jefa.

—Y que él fuera quien ejecutó el asesinato —sugerí, frunciendo el ceño—. Clara podría haberlo manipulado. Podría haberlo convencido de que matara a su marido…

Antes de que Laura pudiera responder, la puerta del laboratorio se abrió de golpe. Vargas entró, acompañado de su compañero habitual, Carrey. La tensión en el ambiente se disparó al instante.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Vargas, clavando su mirada en mí —. Esto es asunto de nuestra unidad.

—¡Vaya, Vargas! Siempre apareciendo en el momento justo para arruinar la fiesta —respondí con sarcasmo, girándome hacia él—. El ADN de Damien West conecta directamente con el caso de Clara Goldstein, que sigue siendo nuestro.

—Conecta con un asesinato que también es nuestro —intervino Carrey, con un tono seco.

—Damien West es nuestra víctima. Y si hay conexiones, las investigaremos nosotros —insistió Vargas.

Martínez levantó las manos en gesto de calma.

—¡¿Peleando por un cadáver?! A las hienas siempre les ha ido la carroña. Esto es un descubrimiento preliminar, y en nuestro caso

podría esclarecer la autoría de un asesinato, además, Clara Goldstein va antes.

Vargas avanzó un paso hacia mi compañero.

—¿Vas de listo, Martínez?

—Aquí nadie va de nada, solo tú, que pareces un matón de medio pelo —intervine.

—Estáis cruzando la línea.

Lo miré fijamente, sin retroceder ni un centímetro.

—Estamos investigando un caso de homicidio. Si Damien West aparece en nuestra escena del crimen, es asunto nuestro.

—Esto no es una competición, Sepúlveda —replicó Vargas con los dientes apretados, su mirada fija como una cuchillada. Su postura era tensa, con los puños ligeramente cerrados, como si estuviera conteniendo algo más que palabras—. Pero si sigues metiéndote en nuestro camino, haré que te saquen del caso.

—Inténtalo —respondí, dando un paso al frente—. Me muero de ganas por ver cómo lo haces. Te aseguro que tus dotes intimidatorias no van conmigo, me la sudan los matones con placa y no voy a dejar que me digas cómo hacer mi trabajo.

La tensión era palpable. Carrey intentó intervenir, pero Laura alzó la voz antes de que la situación pudiera escalar.

—¡Basta! ¡Los cuatro! Esto no va a ninguna parte. La evidencia es clara: Damien West estaba en la escena del crimen de David Goldstein. Si eso lo conecta con ambos casos, entonces más vale que trabajéis juntos.

—¿Y tú quién te crees que eres?, ¿el comisario? —bufó Vargas, mirándola.

—Soy la que puede enviarlo todo a la mierda con un solo clic, así que no me hinches los ovarios y sacad vuestras rencillas personales fuera de este laboratorio.

Nadie habló por unos segundos. El laboratorio quedó en un silencio cargado, donde solo se escuchaba el zumbido de los equipos y la respiración contenida de todos los presentes. Finalmente, Vargas soltó un gruñido, relajó sus puños tensos y dio un paso atrás, aunque su mirada seguía ardiendo con furia contenida.

—Esto no ha terminado, Sepúlveda —advirtió antes de girarse y salir con Carrey siguiéndolo de cerca.

Martínez suspiró y se giró hacia mí.

—¿Sabes? A veces me pregunto si debería haberme dedicado a otra cosa. Exterminador de plagas, por ejemplo.

—No nos iría mal, hay demasiadas cucarachas sueltas en el departamento —gruñí, volviéndome hacia Laura—. Necesito todos los detalles que tengas sobre Damien West. Ahora.

El caso acababa de dar un giro, y algo me decía que tenía que darme prisa antes de que mi peor pesadilla se me echara encima.

CAP Í TULO 43



Jordan

El aire fresco de la mañana se colaba por mis pulmones acompañando cada golpe de mis zapatillas contra el pavimento.

Salí a correr para aclarar la mente, pero lo único que había conseguido era que mi cabeza se llenara de pensamientos que no dejaban de dar vueltas. Candela, Shadow, Mistress Selene… Todo se amontonaba en mi pecho, como un peso que me aplastaba sin piedad.

No sabía en qué momento había empezado a perder el control, pero desde que mi dominatriz me confió a Shadow, todo había comenzado a tambalearse.

La idea de que alguien dependiera de mí para algo tan íntimo me había puesto al borde del colapso y me maldecía por haber aceptado la proposición.

No solo porque Damien resultara ser mi trabajador, sino por las consecuencias funestas que nos habían arrastrado a ambos, a él a la muerte, y a mí… A mí hacia un lugar del que no me veía capaz de salir por mucha mierda que hubiera tragado en la vida.

Lo único que tenía sentido en mi mente era que el tipo que le dio la paliza no se hubiera conformado con eso, que nos hubiera esperado y seguido, escondido en alguna parte… Que diera con el piso de Damien y por puta mala suerte lo matase justo antes de que yo llegara, cargándome con toda la culpa.

Quizá por eso Shadow no había podido cumplir con las órdenes, porque estaba jodido, y yo lo presioné tanto que terminó vistiéndose y…

Solté una exhalación fuerte.

Todo tendría sentido de no ser por la canción, la sonata volvió a resonar en mi mente.

«¿Por qué?. ¡No puede ser una casualidad!».

El semáforo se puso en rojo, y tuve que esperar moviendo los pies para no bajar el ritmo.

«Si lo hubiera sido, no me habría llamado un número desconocido mientras estaba con Candela para hacerla sonar. Alguien sabía que yo iría, alguien que sabía lo suficiente sobre mi pasado como para ponerla… Pero ¿quién?».

El cambio de luz me indicó que ya podía cruzar, recuperé el trote dinámico para no bajar las pulsaciones en exceso.

La sonata me llevó a Candela.

«¡Ella y sus métodos para que la sintiera de otra manera!».

Ya no era una cría, eso estaba claro.

La nueva Candela había conseguido abrirse paso por las grietas de mi muro de contención, justo cuando yo creía que era impenetrable.

El momento exacto en que descubrí quién era en realidad la abogada del bufete que había tomado mi caso fue como si la violencia del agua hiciera saltar por los aires todo el cemento armado.

Era la misma chica que se había obsesionado conmigo cuando apenas era una adolescente. Fue un golpe inesperado, sobre todo, al darme cuenta de que logró aquello que no pudo en el pasado, someterme a una doma.

Los pulmones volvieron a arderme al recordar su manera de enfrentarme, directa, incisiva y sin rodeos.

¡Me había desarmado!

«Soy la mejor para sacarte de esta mierda. Ningún abogado va a querer tu caso, nadie querrá salvarte, solo cobrar su minuta», me dijo. Y lo peor es que la creí.

Candela tenía esa forma de mirar, como si siempre estuviera a punto de descubrir un secreto que tú mismo no sabías que guardabas.

Aceleré el paso, intentando dejar atrás esa sensación que me taladraba.

¿Cómo compliqué tanto las cosas?

No debí aceptar llevarla a mi piso ni tocar aquella maldita canción… Eso había sido lo que me desmoronó por completo.

Ella, tan segura de sí misma, había conseguido que la enfrentara, que tocara las notas que tanto había intentado enterrar para darme una nueva versión a la que aferrarme entre sus piernas, entre sus jadeos…

«¿No es otro modo de ejercer control?».

El roce de su piel contra la mía, el sonido de su risa apagada, el temblor de su aliento… Me perdí en ella creyendo poder encontrarme.

Había sido la primera vez en mucho tiempo que no me sentía un trozo roto, un pedazo defectuoso. Pero, como siempre, todo terminó cuando amaneció y la luz del día trajo consigo la cruda realidad.

Candela estaba saliendo con su socio. Nathan.

Tampoco es que me pillara por sorpresa, lo deduje en el encontronazo que tuvimos en el bufete, por la mirada que él me lanzó, cargada de resentimiento y celos cuando Candela dijo que nos íbamos juntos.

No fue sincera con eso, había intentado ocultarlo. ¡Claro que lo había hecho! Y el motivo quedó prístino al escuchar la conversación con Esme.

Reconozco que estaba lo suficientemente amodorrado por no echar cuentas a que oyera la voz de Candela en el baño.

Creí que estaba dejando un mensaje de voz o llamando a la oficina, dadas las horas… No me imaginaba que estuviera en videollamada con ella.

Vi el temblor de su cuerpo cuando pasé por detrás. Cuando me percaté de la pantalla, decidí seguir hacia delante en lugar de abrazarla y besarla como habría querido tras la noche compartida.

Escuchar la voz de Esme hizo que el pulso se me acelerara. Aunque me relajó un poco que no me reconociera.

Habían pasado muchos años. Mi cuerpo ya no era el mismo y estaba cubierto por la tinta, además, no me vio la cara.

Como creía que no entendía el español, le habló a Candela de Nathan, de los planes truncados de boda de Mr. Star… Y entonces se hizo la luz…

«¡Era un idiota de manual! ¿En qué momento me creí suficiente como para no ser solo el tío al que follarse? ¿Con el que echar una canita al aire? Por el amor de Dios, ¡que solo había sido una doma y una noche! ¿Qué esperaba?».

Sentí náuseas mientras hacía pis, pero me contuve.

A ver, tampoco es que pudiera exigirle nada. Por mucha química que se desatara cada vez que estaba con ella, era solo eso, química.

Candela nunca querría que su familia la relacionara con alguien como yo.

«¿Podía culparla?».

«No».

«¿En qué demonios pensaba?».

«¿En que después de follar como animales ella me diría un por qué no nos conocemos despacio y vemos a dónde nos lleva esto?».

No estaba enamorado, era solo que, no sé… Por una vez, creí que yo también podría conocer a alguien que viera más allá de mis escombros, y que quizá, solo quizá, pudiera tener una oportunidad distinta.

Me estaba autoengañando, un hombre marcado por un pasado como el mío y un presente plagado de acusaciones nunca había sido suficiente para nadie, y mucho menos para una mujer tan brillante como Candela.

«¿Qué puedo ofrecerle? ¿Problemas con su familia?», pensé mientras reducía el ritmo. Nathan era el tipo de hombre con quien cualquier mujer querría construir un futuro. Intachable, exitoso, alguien a quien Andrés Estrella admiraría.

Por mucho que Candela me dijera que no había nada entre ellos, era evidente que sí lo había.

Me detuve en seco, con las manos en las caderas y el pecho subiendo y bajando rápidamente.

«Solo fue sexo, supéralo».

Lo mejor era alejarla, buscar otro abogado, aunque no confiara en ninguno. Aunque no quisiera a nadie más a mi lado en ese proceso porque, de alguna manera que no lograba comprender, sentía que ella era la persona adecuada, que siempre lo fue.

Por eso discutí con ella, por eso se marchó y no la detuve.

«Definitivamente, me estaba volviendo senil. O quizá era el simple hecho de que había olvidado cómo era tener a alguien que se preocupara de verdad por mí».

«¡Mierda!», gruñí mientras me pasaba la mano por el pelo. Tenía que sacarme a esa mujer de la cabeza y decirle a Hall que me buscara a otro abogado, no todos tenían por qué ser lo puto peor, ¿no?

Siguiente parada, la esquina de la próxima calle.

En cuanto cruzara el umbral del gimnasio, golpearía el saco hasta que mis nudillos sangraran.

Cuando lo alcancé y entré por la puerta, Raven y Ray ya estaban allí. Ambos apoyados contra el mostrador vacío de la diminuta recepción, luciendo sus características sonrisas burlonas. Me chocó que Corey también estuviera sentado en un banco.

—¿Sois el puto comité de bienvenida? ¿Qué narices pasa?

—¿Qué va a pasar? —preguntó Ray—. Que, cada día que pasa, tu ritmo se parece más al de una tortuga que al de una liebre —masculló entre dientes.

—Ya sabes que, al final, la tortuga ganó la carrera. Ahora en serio… —Los miré a los tres con suspicacia—. ¿Qué ocurre?

Corey se levantó del banco.

—*Boss*, tenemos que hablar.

—Al gimnasio se viene a pelear, y yo necesito una buena descarga, así que la conversación tendrá que esperar a que suelte los puños.

—Os lo dije —masculló Raven, lanzándome unos guantes—. Ya lo habéis oído. Primero, nos partimos la cara, y después, si nos quedan dientes, hablamos. ¿Te parece, *boss*?

Asentí, aliviado de no tener que enfrentar una charla de inmediato.

Imaginaba lo que había traído aquí a los chicos y, con mi cabeza hecha un cóctel Molotov, lo que menos me apetecía era discurrir.

Necesitaba el alivio socorrido que me proporcionaría cada golpe lanzado o cada impacto recibido. Entre unos y otros liberaría algo de la presión acumulada, aunque no fuera suficiente.

Tras cuarenta minutos intensos, Ray dio una palmada y me hizo señas para que me quitara los guantes.

—Ahora sí, jefe, debo parar el combate porque algunos curramos, y si no, no nos dará tiempo de contarte lo que hemos descubierto. Hay algo que necesitas saber.

—¿Algo que necesito saber?

—Primero ducha y luego te lo contamos —masculló Raven, escupiendo el protector bucal mientras Corey nos seguía con la mirada.

Tomé una toalla y me limpié el sudor.

—Muy bien, una ronda de agua, jabón y sauna.

A esas horas, pocos había que quisieran someterse al calor infernal de aquel diminuto cubículo de madera instalado en un lateral del vestuario.

Además, que tampoco es que hubiese mucho espacio, el justo para que cupiéramos los cuatro ocupando los estrechos bancos sobre una toalla blanca.

—¿Y bien? —pregunté con los codos apoyados en las rodillas y las altas temperaturas haciéndome sudar de lo lindo.

—No vamos a irnos con rodeos, Jordan —arrancó Corey—, el otro día nos reunimos todos en el club porque queremos ayudarte.

—¿Todos?, ¿qué todos?

—¿En serio creías que te dejaríamos en la estacada cuando has hecho tanto por nosotros? —preguntó Raven.

—Todos es todos, los pecados 3.0 y los antiguos —admitió Ray—. No hemos parado de visionar los vídeos de seguridad hasta dar con

algo que pudiera ayudarte en el follón que te han metido.

Pese a que me emocionó que los chicos se hubieran volcado y que por sus palabras me consideraran inocente, no comprendía lo que pretendían decirme.

Lo miré fijamente, esperando.

—¿Recuerdas que dijiste que Damien se fue con una mujer la última noche que estuvo en el SKS y que su marido le dio una paliza? ¿Que por eso te llamó? —preguntó Corey.

—Sí, lo recuerdo…

—Bueno, pues resulta que la mujer con la que estuvo hablando y que nuestro queridísimo portero reconoció como la que lo estaba esperando fuera para irse con él ha resultado ser una persona de lo más mediática.

—¿Una famosa? —pregunté, mirando a mi segundo de abordo.

—Podría decirse que sí, nos costó un huevo dar con ella. Por el ángulo de las cámaras, no se veía bien, pero logramos captar su cara en un momento.

—¿Te suena el nombre de Clara Goldstein? —intercedió Ray. Arrugué el ceño.

—Em, sí, claro, ¿a quién no? Es la mujer que mató a su marido hace unas semanas en defensa propia.

«La misma que Candela representa y que me dijo anoche, entre polvo y polvo, que había delegado su caso para poder dedicarle tiempo al mío».

—Exacto —comentó Ray.

—Por lo que es un tanto extraño que el marido muerto le pegara una paliza a Damien, ¿no crees?

—Esto no tiene sentido —murmuré, sintiendo que la angustia volvía a apoderarse de mí.

El rubio colocó una mano en mi hombro.

—No, no lo tiene, por eso estamos aquí. Necesitamos averiguar qué papel jugó ella en todo esto. La cosa no pinta bien, Jordan, y tú no puedes hacerlo solo.

Me masajeé las sienes.

—¡Joder!

Raven chasqueó los dedos frente a mí.

—Tranquilo, *boss*. Esto no es solo tu carga, es la de todos, estamos contigo. Pero necesitamos más información, que nos digas todo lo que recuerdas de esa noche. Cada detalle cuenta para que podamos tirar del hilo y entender por qué Damien te mintió. David Goldstein no pudo darle de hostias porque, que sepamos, los zombis solo existen en la ficción.

Asentí lentamente, sintiendo el peso de sus palabras.

Raven tenía razón.

No podía cargar con todo yo solo, miré a Corey de soslayo y este asintió.

Si algo me había enseñado el doctor Blackwood era que, a veces, abrirse a los demás era el único camino para salir adelante.

CAP Í TULO 44



Candice

¡Menudos dos días que llevaba!

El sonido de los teclados en el bufete, mezclado con el zumbido del aire acondicionado, era el telón de fondo perfecto para mi agobio. Aún no había terminado de digerir todo lo ocurrido en los últimos dos días, y la mañana no hacía más que alimentar mi estrés.

Había tenido que lidiar con demasiadas cosas: desde la discusión con Jordan hasta el enfrentamiento con esa periodista impertinente que irrumpió en el bufete cuando Shauna entró desencajada en mi despacho anunciando problemas.

Era una mujer de mediana edad con una seguridad aplastante y mirada incisiva. Se presentó sin previo aviso, exigiendo hablar conmigo y con el equipo de apoyo cámara en mano.

Su tono era tan cortante que Shauna tuvo que advertirme antes de que saliera que la cosa no pintaba bien y me calmara, que a ella había conseguido sacarla de quicio en un santiamén.

La periodista, cuyo nombre aún resonaba en mi cabeza como un eco molesto, Ángela Ruiz, no se molestó en disimular su intención de

arrancarme la verdad que pensaba que escondía con su lengua afilada de cirujana de la noticia.

—Señorita Star, mi nombre es Ángela Ruiz, de la CNN News*.*

—¿Puede apagar la cámara, por favor? Le recuerdo que esto es propiedad privada, y no hemos dado autorización en este bufete para que se emitan imágenes del interior.

La mujer cabeceó indicándole a su cámara que la bajara.

—Disculpe, no pensé que le molestara, dado que hace poco que se han instalado en la ciudad e imaginé que le gustaría algo de publicidad.

—Imaginó mal, para nosotros es importante la privacidad y que nuestros clientes se sientan cómodos. No pueden irrumpir aquí como si nada y, menos todavía, sin cita previa.

—Pensé que le gustaría dar alguna declaración antes de que se filtre en todos los medios, tras dar nosotros la exclusiva, sobre que su clienta, Clara Goldstein, mantenía una relación extramatrimonial con Damien West, el bailarín exótico recientemente fallecido. ¿Le parece ahora que hablemos para darnos su versión de los hechos antes de que crucifiquen a su clienta? —fue su primera pregunta, directa como un puñal.

Su voz resonó en la sala de espera al igual que si estuviera en una rueda de prensa.

La sangre se me heló. No solo por lo que había dicho, de lo cual no tenía ni idea, sino por el tono cargado de certeza que me decía que no se trataba de ninguna mentira. Ella sabía algo. Algo que yo, la abogada de la viuda Goldstein, desconocía.

«¡Maldita Clara!».

—No voy a responder a ningún tipo de especulación sin fundamento —respondí, manteniendo la calma de la forma más profesional que pude.

La periodista sonrió con suficiencia, como si mi respuesta confirmara sus sospechas.

—Ah, pero ¡no lo niega! Entonces, ¿cree usted que Damien West pudo estar involucrado en el asesinato de David Goldstein? ¿Que en

lugar de ser por defensa propia fue un crimen pasional para quedarse con el dinero de su marido y disfrutarlo con su amante?

—Señora Ruiz —interrumpí, con un tono que cortó el aire—, le agradecería que dirigiera esas preguntas al departamento de policía. Como abogada, no voy a especular ni a contribuir a rumores sin una base sólida que pueda dañar la reputación de mi clienta.

—¿Sin una base sólida? —replicó, inclinándose hacia mí. Sus ojos brillaban con una mezcla de excitación y malicia—. Tengo fuentes que dicen lo contrario.

¡Fuentes! Por supuesto que las tenía. Era evidente que alguien estaba filtrando información. Probablemente, alguien de la policía. O, peor aún, alguien del entorno de Clara.

—Si no se marcha, deberé hacer una llamada para que les saquen de aquí.

—No se moleste, la noticia saldrá en el telediario de mediodía. Si quiere hacer alguna aportación, aquí le dejo mi tarjeta, estaré deseosa de escucharla, y sin cita previa.

Tras la tensión inicial, logré despedirla sin ceder un solo dato y, en cuanto cruzó la puerta, le pedí a Shauna que llamara a Clara Goldstein de inmediato.

—Sí, señorita Star.

Ángela Ruiz me había desarmado más rápido de lo que me gustaba admitir, y Clara no estaba ayudando. Ese caso era un caos absoluto, y yo era el maldito hilo que intentaba sostenerlo todo. Pero ¿hasta cuándo podría mantener esa fachada de control?

Shauna irrumpió en mi despacho, sacándome de mis pensamientos.

—Señorita Star, Clara Goldstein está aquí. Está... muy alterada. Dice que necesita hablar con usted de inmediato.

«¡Por fin!».

El día anterior fuimos incapaces de dar con ella, no respondía a las llamadas, ni siquiera abrió la puerta cuando me presenté en su hotel y la aporreé amenazándola.

Sí, a veces soy capaz de perder los papeles cuando me tocan los ovarios de manera profunda como ella.

Suspiré, dejando caer el bolígrafo con el que había estado jugueteando.

Claro que estaba alterada. Todo ese caso era un puñetero nido de avispas dispuestas a picarte a la menor oportunidad. Intentar delegar el caso de Clara había sido un error y ahora estaba cosechando las consecuencias.

—Llévala a la sala de reuniones. Dame dos minutos.

Shauna asintió y cerró la puerta tras de sí. Hice algunas respiraciones antes de incorporarme. Necesitaba aire fresco, pero no tenía tiempo ni para eso.

Cuando entré en la sala, no estaba sentada como siempre. Clara paseaba de un lado a otro, con el rostro desencajado y los ojos vidriosos. Vestía de forma impecable, como de costumbre, pero su nerviosismo era evidente.

—¡Dichosos los ojos! —exclamé con cierto cinismo y mucha firmeza, tratando de cortar su espiral de ansiedad—. De no ser porque soy su abogada, creería que está huyendo de mí.

Se volvió hacia mí, con una mezcla indeterminada en los ojos.

—Siento no haber venido antes, necesitaba alejarme. Esto... Esto es demasiado.

—¿Alejarse? Le recuerdo que tiene prohibido salir de Nueva York.

—Estuve en la ciudad, aunque no en el hotel, y no me apetecía responder a las llamadas.

—Algo muy inteligente teniendo en cuenta que ahora todo el mundo se ha puesto en su contra porque saben que tenía un amante. Me parece que se olvidó mencionarlo.

—Damien y yo no éramos amantes.

—Claro que no. Por eso un pelo suyo apareció en la escena del crimen. ¿Sabe las especulaciones que se están levantando sobre usted teniendo en cuenta que se encuentra en el depósito de cadáveres?

Clara dio un paso atrás, sujetando su bolso con fuerza mientras parpadeaba rápidamente.

—¡Yo no lo maté!

—¿He dicho que lo hiciera?

—Lo ha sugerido…

—Lo único que le he dicho es que se está especulando…

Era necesario sacarla de su zona de confort para ver hacia dónde iba. Sacar a los clientes de los nervios solía funcionar.

—Eso no debería haber ocurrido.

—¿El qué? ¿Lo del pelo, o que muriese? ¡¿Puede ser sincera conmigo de una jodida vez?! —Parecía una maldita gata enjaulada —. ¡Clara! ¡Se está jugando la cadena perpetua! Escúcheme bien. Si se demuestra que fue usted quien mató a su marido con premeditación, se enfrenta a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional. Si, en cambio, se prueba que su amante, Damien West, la ayudó o siguió sus instrucciones, entonces podría considerarse coautora del asesinato. Y si usted y él conspiraron juntos para cometer este crimen, la condena sería igual de grave. Cada palabra que oculte, cada detalle que omita, juega en su contra.

Clara se sentó finalmente, pero no dejaba de retorcer las manos. Parecía debatirse en su interior entre hablar o no.

—¡¿Por qué no me habló del señor West?! ¡¿Por qué no mencionó nada sobre él cuando le pregunté si alguien más estuvo involucrado?!

—¡Porque no lo estaba! No tuvo nada que ver con lo ocurrido! Reconozco que Damien y yo nos conocíamos —comenzó, su voz temblando. Sus ojos esquivaban los míos como si no pudiera soportar mi mirada—. Pero él estaba al margen de todo lo que respecta a la muerte de mi marido. ¡Se lo juro!

Me crucé de brazos, mirándola fijamente.

—Continúe.

—Nos reencontramos por casualidad hace unos meses. Estaba... comprando en una tienda de lujo en la Quinta Avenida y lo vi. Damien y yo habíamos tenido algo en el pasado, mucho antes de que yo conociera a David. Nos separamos porque..., bueno, porque yo nunca superé el fallecimiento de mi hermana, y esa herida hizo que no pudiera entregarme a él completamente. Nuestros caminos se separaron.

»Me pidió que tomáramos un café, que nos pusiéramos al día. No vi nada malo en ello. Me contó que se sentía solo, que las cosas no le iban como él habría imaginado. Yo quería decirle que no, pero...

no pude. Estaba en un momento complicado con David, nuestra relación era un desastre, y Damien supuso una especie de refugio.

—¿Refugio? ¿Se da cuenta de cómo suena eso, Clara? —respondí, frustrada.

—No es lo que imagina, aunque nuestro lugar de encuentro pudiera dar paso a malas interpretaciones. Era lo suficientemente discreto y sin cámaras como para que mi marido no diera con nosotros. Como comprenderá, teniendo en cuenta el carácter violento de mi marido, lo que menos me apetecía era que David me viera reuniéndome a escondidas con otro hombre.

—¿Dónde quedaban?

—En el Savage —se mordió el labio—, los días que mi marido estaba fuera, nos encontrábamos allí, era el sitio en el que él…, bueno…, se encontraba con mujeres para intimar por dinero.

«¡De puta madre!».

—Ideal para un juicio.

«Si buscaban un lugar sin cámaras, podría haber quedado en una iglesia, que era un sitio mucho más adecuado para desahogarse, y contaba con confesionarios, nos habríamos ahorrado este desastre».

Clara se estremeció, pero continuó.

—En aquel entonces, no pensé que las cosas fueran a complicarse así. Solo nos veíamos de vez en cuando, ya se lo he dicho, cuando mi marido…

—Sí, cuando estaba fuera por negocios —terminé por ella.

—Le juro que solo hablábamos.

—¿Y si solo hablaban? —repliqué con una ceja alzada—. ¿Cómo justifica el pelo de Damien en la escena del crimen?

—Tuvo que ser del día en que ya no pude más, antes de que David muriera. Damien y yo quedamos porque él estaba nostálgico y yo... Porque no creía poder soportar una paliza más. Le dije que no era feliz, que todo estaba siendo un desastre…

—Y él se ofreció a ayudarla…

—¡No! Bueno, me dijo que lo dejase, eso sí, y… tuve un momento de debilidad… Nos besamos. Fue solo un beso, Candice. No pasó nada más.

—Un beso —repetí, sarcástica.

—Sí, en su coche. Cuando me despedí. Tal vez... Tal vez uno de sus cabellos se quedase en mi ropa atrapado o enganchado en un botón y cayó en el apartamento cuando llegué. Es la única explicación que le puedo dar. No pensaba que fuera de él, por eso dije que sería de algún repartidor o amigo de mi marido. Le juro que Damien jamás puso un pie en nuestro piso.

No dije nada. Las palabras de Clara eran coherentes, pero esa explicación solo enredaba más las cosas, y en un tribunal, sería nefasto.

Lo apunté todo en mi bloc de notas.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

Ella desvió la mirada recordando.

—La noche antes de que lo encontraran muerto en su apartamento. Yo estaba agobiada, necesitaba desconectar, así que decidí pasarme por el club en el que trabajaba.

—¿El SKS?

—¿Lo conoce?

—De oídas.

No iba a darle explicaciones sobre mi vida.

—Me dijo que lo esperara a que terminara, que podríamos ir al Savage, pero a mí me daba miedo que se nos fuera la nostalgia de las manos. No estaba preparada para retomar nada con Damien, así que, cuando íbamos de camino, le dije que prefería no entrar. Aparcamos cerca del establecimiento, en un descampado que queda en la parte de atrás. Estaba exultante, me dijo que estaba emocionado porque le había salido un trabajo del cual todavía no podía hablarme, algo grande, que le iba a dar muchísimo dinero, que si todo salía bien, volvería a las pasarelas por todo lo alto, y si me apetecía, yo podría volver con él y que todo fuera como antes.

—¿Qué tipo de trabajo?

—No lo sé, no quiso decírmelo por si se gafaba. Charlamos, lo abracé, y..., bueno, lo uno llevó a lo otro y me volvió a besar. Nos... Nos magreamos un poco, pero lo detuve a tiempo, como le he dicho, no quería complicar más las cosas. Me despedí y tomé un taxi de regreso al hotel.

—¿Por qué no la acompañó?

—Porque yo no quería que algún periodista al acecho nos fotografiara juntos y se dijera justamente lo que se está especulando ahora, que yo tenía una aventura y por eso maté a David.

Fruncí el ceño. Algo en su relato no cuadraba del todo, pero no tenía pruebas para desmentirla. Clara me miraba como si esperara que yo pudiera arreglar todo con un chasquido de dedos.

—¿Me cree? —preguntó, con un hilo de voz.

Inspiré profundamente, evaluando sus palabras. Era difícil saber si estaba mintiendo o no, pero mi intuición me decía que había más de lo que estaba confesando.

—Voy a ser sincera, Clara. No lo sé. Esto no arroja luz sobre el caso; al contrario, lo complica aún más. Pero haré mi trabajo. Y, por favor, no me oculte nada más, ¿entendido?

Ella asintió, pero su expresión seguía siendo la de una mujer acorazada, y eso me seguía escamando.

Cuando Clara salió de la sala de reuniones, regresé a mi despacho, me dejé caer en el asiento, cansada y llena de dudas.

¿Estaba siendo manipulada por mi propia clienta?

¿O estaba siendo sincera y alguien más movía los hilos detrás de todo eso?

Damien West parecía ser la clave, pero cuanto más sabía sobre él, más se complicaba el caso.

Necesitaba saber más sobre él y sabía exactamente quién podía darme esa información.

CAP Í TULO 45



Candice

Jordan aceptó reunirse conmigo, pero no había necesidad de ser un genio para adivinar que no estaba precisamente entusiasmado.

Quedamos en terreno neutral, me comentó que no tenía tiempo de ir al bufete, que estaba muy ocupado y que apenas podía dedicarme diez minutos.

La cosa pintaba genial.

Me desplacé hasta una cafetería del SoHo, un lugar bonito alejado de miradas curiosas.

Llegué antes que él, lo que me permitió observarlo cuando entró.

Jordan era de esos hombres que, aunque no lo pretendiera, perturbaba la mente de cualquiera que lo mirara. Exudaba una imagen muy masculina, elegante y protectora, pero si ahondabas en él, si llegabas a alcanzar aquella parte que subyacía bajo la corteza, te topabas con lo que muchos han tildado de masculinidad frágil, que solo pueden ostentar aquellos hombres realmente fuertes que no tienen miedo a abrazar su propia vulnerabilidad, a mostrar sus fisuras para que las acaricies, las beses y las folles en cuerpo y mente.

Llevaba un suéter de punto fino *beige* de Tommy que contrastaba con los tatuajes oscuros ascendentes que trepaban por su cuello para morir antes de alcanzar su rostro esculpido.

Lo acompañaba con unos pantalones tipo chino y unos zapatos informales.

Su expresión era seria, los labios tensos, y aquellos ojos que me habían desarmado ofreciéndome su alma, sin importar su color, se habían vuelto impenetrables.

No había saludo ni sonrisa, solo un asentimiento breve antes de sentarse frente a mí.

—Gracias por venir —dije, rompiendo el hielo.

—¿Tenía otra opción? —respondió él, con un tono neutro, pero que cargaba el peso de un reproche silencioso.

Respiré hondo, tratando de mantener la calma. La tensión entre nosotros era palpable, como si ambos estuviéramos al borde de un precipicio y ninguno quisiera dar el primer paso.

—¿Quieres algo? —pregunté, intentando limar asperezas.

—Terminar cuanto antes, dispara.

Así no se podía, era imposible mantener una conversación con alguien que daba la impresión de ir a la guerra.

—Jordan, no entiendo qué ha pasado, pero si hice algo que pudiera ofenderte en el ático, lo lamento, no sabía que Esme iba a hacer una videollamada y, mucho menos, que tú entrarías al baño sin avisar.

—Es lo que suelo hacer en mi casa. Y no, no me has ofendido, simplemente creo que ayer cruzaste ciertos límites en los que no me apetece recrearme. No voy a decir que fue un error, pero sí que lo que ocurrió no va a volver a repetirse.

«Esas tenemos, ¿eh?».

Estaba totalmente a la defensiva. Podía pasar, en el curso de Mistress Selene hablábamos sobre las conexiones profundas que se desarrollan tras una doma, pero también sobre los portales que se abren cuando conectas con alguien a través del sexo. Cuando tu energía abraza la de la otra persona, puede dar episodios de rechazo por parte de uno de los implicados al sentirse emocionalmente

expuesto. Con Jordan había sido una entrega absoluta, y cuando eso sucede, puede dar vértigo.

Intenté ser la parte racional de los dos, aunque no me apeteciera demasiado.

—Escúchame, estoy intentando ayudarte desde el primer momento y tengo la sensación de que, cada vez que me acerco, levantas otra muralla. ¿Qué ocurre?

Él se acomodó en el respaldo de la silla, cruzó los brazos y me miró con una mezcla de frialdad y desconfianza.

—Lo que ocurre es que me he dado cuenta de que no es tan buena idea que sigas siendo mi abogada. De hecho, me he ocupado de buscar otra persona que se haga cargo de mi caso si es que hubiera uno y lo necesitara.

Las palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua fría. Sentí un nudo en la garganta, pero me obligué a no mostrar debilidad.

—¿Por qué? —pregunté, más dolida de lo que quería admitir.

—Mira, Candela, me pillaste con la guardia baja, me hiciste creer cosas sobre el resto de profesionales de tu sector que no creo que se corresponda con la realidad y, pensándolo fríamente, he decidido que prefiero no tener ningún tipo de vínculo con mi abogado, ya sea sexual o por un pasado anterior. Además, a estas alturas, todo parece indicar que no necesitaré un abogado, nadie ha venido a detenerme y, en el caso de que así fuera, tengo un amigo que me ha recomendado a alguien. Ya no es necesario que el señor Blake le devuelva el favor a Hall. Dile que su deuda está saldada.

—Todavía.

—¿Cómo dices?

—Que nadie ha venido a detenerte todavía.

—Parece que sea eso lo que desees —apretó los puños.

—No, lo que ocurre es que llevo bastante tiempo en esto y sé cómo funciona la policía. Si no han venido todavía a por ti es porque no tienen todas las piezas del puzle, cuando las reúnan, empieza a preocuparte.

Vi cómo su expresión cambiaba. No era solo frialdad; había algo más oscuro, algo que no había visto en él antes.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —cuestionó desafiante.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué me has llamado, Candela? Parecía urgente, y no creo que te apeteciera tomar conmigo un té con pastas. —Cabeceó hacia la taza humeante que tenía frente a mí.

No había pedido café porque estaba de los nervios, llevaba encima una sobredosis de cafeína, por lo que opté por pedir una tisana de hierbas a la que no había podido dar un solo trago de lo caliente que estaba.

—Imagino que has visto la televisión o la prensa.

Su sonrisa se ladeó.

—Eso es exactamente de lo que hablo —dijo, inclinándose hacia adelante, apoyando los codos en la mesa. Mis ojos se deslizaron por la tinta que reptaba por el reverso de sus manos—. No sé si esto va de ayudarme o sobre tu propio interés. ¿Me equivoco si sugiero que este encuentro precipitado es por Damien? Pero no por mi caso, sino por el de Clara Goldstein.

No tenía ni un pelo de tonto.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Nada. Todo. No lo sé. Cuéntamelo tú. Era tu clienta, ¿o sigue siéndolo? ¿No me dijiste que la relegabas a un segundo plano por mí? ¿O eso ha cambiado? Quizá lo que pasa es que no esperabas que el mundo averiguara que Clara y Damien estaban liados, y que posiblemente no fuera el único amante de tu viuda negra. Quizá tratabas de averiguar si yo sabía quién era esa tercera persona, o incluso si era yo. Vete a saber lo que te pasó por la cabeza. Por eso te ofreciste a cubrir mi caso, como estrategia para descubrir la verdad, solo he sido un peón para su defensa.

Sentí un golpe en el estómago. Su acusación no solo era injusta, era hiriente.

Mi primera reacción fue defenderme, pero algo en su mirada, esa mezcla de traición y amargura, me detuvo por un instante.

—Pero ¡¿de qué demonios estás hablando?! ¿De verdad piensas que sería capaz de algo así? ¿Crees que soy una abogada sin escrúpulos, alguien que usaría a un cliente en beneficio de otro?

Él no respondió de inmediato. Su silencio fue peor que cualquier palabra que pudiera haber dicho. Tomé aire, obligándome a

mantener la calma, iba a hablar cuando respondió.

—No lo sé. Dímelo tú. No tengo idea de la mujer que tengo delante, porque esta Candela ya no es la adolescente de catorce años que me creía su amor platónico. Ahora eres Candice Star, la prestigiosa abogada especializada en homicidios, la chica mala capaz de correrse entre mis dedos en un escenario rodeada de gente. El ama de BDSM a la que no le tiembla el pulso. La mujer capaz de que le reveles tus peores demonios y bailar con ellos en lo alto de un piano para que ardas en su infierno mientras te folla el alma y, a la mañana siguiente, regresa al despacho para volver a cerrar el círculo que ha creado a su alrededor. Dime, ¿cuál de ellas eres?

Que lo resumiera así me ofendió, porque Jordan sabía tan bien como yo que no había sido solo eso, y que todas esas mujeres eran solo facetas de mi persona. El problema era el tono que empleó para describirme, como si las despreciara a todas.

Hay personas con las que puedes pasarte la vida durmiendo en el mismo colchón y no sentir esa conexión que tuvimos nosotros.

¿Se había visto superado? ¿Qué le ocurría?

—Una síntesis de lo más gráfica —mascullé herida—, si quieres verme así, allá tú.

—¿Y de qué modo lo ves tú? —Si pensaba que iba a rebajarme de nuevo mostrándole mis emociones, iba listo.

Si te subías a mi barco, era para remar a mi lado, no para sentarte a un lado y dejarte arrastrar.

Podía ceder una vez, dos, pero no iba a ser la pringada que hiciera todo el esfuerzo por muy jodido que Jordan estuviera, él también debía poner de su parte.

—Soy todo lo que has dicho y mucho más. Una mujer íntegra que no rechaza ninguna de sus naturalezas, una que ha cometido errores —continué—, pero jamás uso o me aprovecho de los demás. Como bien sabes, porque yo te lo dije, cedí el caso de Clara Goldstein a otros abogados del bufete. Me equivoqué, han pinchado, todavía no están preparados para lidiar con algo así sin supervisión y he tenido que volver a tomar las riendas. Eres empresario, teniendo un negocio, imagino que sabes lo que es eso de delegar y necesitar tomar el control porque las cosas no salen como tú quieres. —Él

seguía analizándome—. Me importan ambos casos, y sí, también me importas tú, aunque lo pongas en tela de juicio y a veces incluso yo me plantee si tantas molestias por alguien que ha dejado patente que no me quiere a su lado es lo oportuno. No soy de las que se dejan pisotear, ayer te di los motivos correctos por los cuales deberías elegirme, pero, si me crees tan poco profesional de no saber diferenciar entre una noche de sexo y un caso legal, es que no me conoces y quizá ni te apetezca hacerlo.

—En eso estamos de acuerdo, no te conozco y no tengo tiempo para estas tonterías.

Segunda navaja voladora.

Respiré hondo.

Jordan apretó la mandíbula, desviando la mirada hacia la ventana, aunque no se levantó. Juraría que estaba sufriendo un debate interno y yo otro. ¿Le arrojaba mi taza humeante a la cara para que espabilara, o no?

—Nunca debí aceptar que me representaras —dijo finalmente, con un tono bajo pero firme—. Fue un error. No deberíamos haber mezclado las cosas y es mejor que lo dejemos aquí.

Sentí un ardor en el pecho. Una mezcla de cabreo y tristeza que amenazaba con desbordarme. Tenía ganas de escupírselo en la cara, lo bobo que estaba siendo y, sin embargo, esa vez, opté por morderme la lengua. No hay mayor ciego que el que no quiere ver…

Dicen que tendemos a repetir patrones afectivos con nuestras parejas que vemos en nuestros padres.

Me estaba viendo tan representada con mi padre y Esme que me asustaba.

Había escuchado su historia cientos de veces, no lo tuvieron fácil. Él tenía heridas provocadas por mi madre que le hicieron desconfiar de ella desde el principio, hasta que le dio con toda la mano abierta demostrándole que se equivocaba.

Quizá Jordan necesitara lo mismo.

El pensamiento me pilló por sorpresa.

«¿Desde cuándo me planteo tildar lo que tenemos de relación?».

Con Nate no me había pasado nunca, y eso que llevaba años a mi lado.

Fijo que estaba ovulando.

—Muy bien, si eso es lo que quieres, da por zanjada nuestra relación laboral —terminé accediendo.

—Dime qué te debo de estos días, entiendo que debo pagarte por tu trabajo.

Me ofendió igual que si me hubiera dado una bofetada.

—A esta ronda invita la casa.

—No me gusta deber favores.

—A mí no me debes nada.

Su mirada se incrustó en la mía, parecía sorprendido por mi tono.

—¿Eres una ONG? ¿O es que lo haces gratis siempre?

—Solo cobro cuando voy a juicio.

—¿No cobras por las consultas? —Me encogí de hombros. Sí, lo hacía.

—Muy bien, ya que estás tan deseoso de pagarme con algo, quiero que me cuentes lo que sepas de Damien West y a qué te referías antes con lo de que mi cliente podría mantener relaciones con otro hombre además de él.

Jordan se removió inquieto, aun así me respondió.

—No sé más de lo que ya te dije sobre Damien. Una de mis premisas es no hurgar en el pasado de los chicos y que cuenten lo que ellos quieran, a su ritmo. Respecto a lo del tercer hombre, sabes que fui a llevarle la cena porque estaba mal, y con mal me refiero a que sufrió una paliza la noche anterior a su muerte, en un descampado próximo al motel en el que mantenía relaciones sexuales con sus clientas. —Mi corazón empezó a latir rápido al corroborar lo que Clara me contó—. Me dijo que un marido celoso siguió a su mujer y lo puso a caldo cuando aparcaron allí. —Un momento, Clara no me dijo nada de una paliza y otra persona implicada—. Dadas las circunstancias y que dudo que el señor Goldstein viniera del más allá a ponerle las pilas a Damien, imaginé que, en lugar de su marido, quizá fuera otro amante. La última persona con la que West abandonó el SKS fue tu clienta, aunque eso ya lo sabes, ¿verdad? —Al ver que mi expresión no mutó, las comisuras de sus labios se alzaron—. Lo sabías…

—Lo he sabido esta mañana, aunque eso es lo de menos, no puedo hablar de mis otros casos con…

Iba a decir otros clientes. Me callé porque me había despedido.

—Ya… Eres una profesional intachable, ya me lo has dicho, por eso estamos aquí, hablando de Damien y tu defendida. ¿He saldado ya mi deuda, o necesitas algún otro servicio más?

El tono que empleó me ofendió y me dio ganas de lanzarle a la cara el contenido de mi taza por segunda vez.

—No necesito nada más de ti, gracias. Por cierto, y para que te quede claro antes de irme; si te llamé fue porque me desvivo por cada uno de mis clientes, porque me tomo cada caso muy a pecho, aunque no lo creas, y porque soy de la opinión de que todo el mundo tiene derecho a una defensa justa. Sea culpable o inocente. Lamento que pienses que contigo no ha sido así y que soy incapaz de mantener la mente despejada porque no sé desincrustar tu polla de mi cabeza.

Me levanté, agarré el bolso, solté un billete sobre la mesa y lo miré una última vez.

—¿Sabes una cosa, Jordan? Si crees que soy tan ruin como para usar lo que pasó entre nosotros para manipularte, o en el beneficio de otros, entonces has hecho bien en cambiar de letrada, porque no tienes ni puta idea de a la que has rechazado. Buena suerte con tu nueva elección. La vas a necesitar.

Me giré y salí de la cafetería antes de que pudiera decir algo más.

Cada paso que daba sentía como si dejara un pedazo de mí en aquella cafetería, pero no me detuve. No podía permitirme derrumbarme, no ahí, no enfrente de él.

—Candela, espera… —Oí su voz al salir, pero no me giré.

El nudo en mi garganta se hacía más grande con cada paso. Quería volverme, gritarle, pero sabía que no servía de nada. Jordan había escogido, y no, no era a mí. Había cosas que era mejor dejar atrás, y el señor Stein era una de ellas.

CAP Í TULO 46





Magaly


Elliot!
O debo recordarte lo buena que estás...
¡¿Qué haces?! ¡Te dije que no se la enseñaras a nadie!
Elliot!
No lo he hecho, esta es solo para mí. Protagonizas todos mis sueños
¿Ves como eres muy tonto?
Elliot!
Y tu debes serlo para haberme dicho que sí, a lo de salir conmigo. Soy un afortunado.


Elliot! ❤️
Esa fotógrafa fijo que pensó que eres una estrella y que estás hecha para deslumbrar 🌟
No creo, pero... gracias. 😊
Elliot! ❤️
Oye, deberíamos celebrarlo. Yo llevo las bebidas y tú pones la sonrisa.
Jajaja, tú no tienes remedio. 🤣
Elliot! ❤️
Ya en serio, ¿a qué hora llega? ⌚
Debería estar aquí en unos minutos. Ya te contaré luego, ¿vale?
Elliot! ❤️
Manda audio cuando sepas algo. Estoy deseando saber si salgo con una TOP MODEL.


Sales con la misma Magaly que ayer. Te aviso después. Ha llegado.
Elliot!
Suerte, guapa.
Gracias.

Guardé el móvil justo a tiempo, antes de que la señora Vílchez entrara por la puerta con ese aire suyo que siempre intimidaba un poco. Su vestido ajustado de color burdeos costaba un pico, y esos tacones de Louboutin mataría por tenerlos. La hacían parecer mucho más alta de lo que ya era. Todo en ella estaba perfecto: el pelo recogido, los labios haciendo juego con el vestido. Parecía una actriz de cine, y yo ahí, con mis vaqueros y mi camiseta, sintiéndome que nos separaba un océano repleto de billetes y posibilidades, aunque por lo que me contó ella, no nació rica, así que quedaba esperanza.

Me levanté de golpe, sintiendo un nudo en el estómago.

¿Por qué me ponía tan nerviosa? Quizá porque Anita tenía esa forma de mirarte como si pudiera leer todo lo que estabas pensando.

—¡Hola, Magaly! ¿Cómo estás? —saludó con una sonrisa enorme.

—Bien, gracias, señora Vílchez —respondí, bajando un poco la mirada. Siempre sentía que no sabía bien cómo actuar con ella.

Ella se rio bajito y movió la cabeza.

—Ya hay confianza suficiente para que me tutees, por favor, ¿no crees?

—Perdón… Es la costumbre —respondí, más nerviosa aún.

—Pues rompe la costumbre —dijo, guiñándome un ojo—. Hoy tengo algo importante que comentarte.

Me volví a sentar, intentando no parecer tan inquieta. ¿Qué sería? ¿Tendría razón Elliot, y sería algo referente a las fotos?

Todavía me sonrojaba al pensar en ellas cuando se las enseñé. Se le abrieron los ojos como platos y me pidió que le mandase solo una, su favorita.

Apenas llevábamos una semana juntos, pero no pude resistirme. Elliot era tan guapo. El capitán del equipo de atletismo.

—Mi marido me ha animado a que organicemos un evento para recaudar fondos y celebrar los logros de nuestra asociación. En esta ocasión, vamos a hacer algo diferente: una fiesta solidaria de presentación del calendario y una pequeña subasta para que el ganador de cada mes de la puja pase unos minutos charlando con la persona que aparece en la imagen y se lo pueda llevar firmado por ella. Será un evento increíble, con famosos, cantantes

internacionales y mucha gente importante. Espera, que te voy a enseñar el listado confirmado de la gente que igual puedes llegar a conocer.

Abrí los ojos de par en par al reconocer los actores de mis series y pelis favoritas. También había algunos de los componentes de los grupos musicales que escuchaba y mi cantante predilecto. Estaba alucinando, era un maldito sueño, como si alguien hubiese puesto a todos aquellos a los que quería conocer en el mismo evento. Nunca en mi vida había estado en algo así. Mi pulso se aceleró sin remedio.

—¿De verdad? —pregunté, incrédula.

—Por supuesto. Y lo que venía a decirte es… ¡Que estás invitada!

Sentí que el corazón me daba un vuelco. ¡Invitada! ¿Yo? No podía ni creérmelo.

—¡Guau! No sé qué decir…

—No digas nada, solo acepta. Y si no quieres venir sola, puedes traer a tu padre, lo que prefieras.

Ahí mi emoción se apagó un poco. Mi padre. Si se enteraba de lo del calendario o la invitación a la fiesta, todo se iría al traste.

—Es muy amable, pero… —intenté buscar una excusa rápida— papá es bombero y tiene unos horarios complicados, y sola… no sé si podré…

—Bueno, si él te deja, es tan sencillo como que me digas dónde te envío a mi chófer para que te recoja. Para que tu padre no te ponga impedimento alguno, y se quede tranquilo, yo podría llamarlo, explicarle que en todo momento estarás supervisada, nada de alcohol y esas cosas —me sonrió.

—No hará falta, mi-mi padre confía en mí y por supuesto que en usted.

—Me alegra escuchar eso. Será dentro de tres semanas, solo necesitas algo bonito para ponerte, y si no tienes nada a la altura de la gala, tal vez podamos ir de compras juntas una de estas tardes, imagino que debe resultar difícil no contar con el apoyo de una madre para determinadas cosas.

—Em, sí, bueno…, es que…

Sentí cómo se me subieron los colores. Comprar ropa con ella sonaba a algo sacado de una película, pero no podía costearlo,

supuse que ella compraba en la Quinta Avenida o en París.

—Supongo que alguna de mis amigas podría dejarme algo.

Ella arrugó el ceño.

—Mmm, no estoy segura de que puedan tener algo adecuado, lo mejor será que nos tomemos una de tus tardes y vayamos a una de mis *boutiques* favoritas. Yo invito.

—¡No podría aceptar eso! ¡No puedo dejar que me pague la ropa!

Anita sonrió como si ya supiera que iba a decir eso.

—¿Y por qué no? Tú haces muchísimo por mí y por todas estas chicas… Es solo un agradecimiento por estar siempre dispuesta a todo y, por supuesto, por ser la estrella del calendario, no te haces a la idea del furor que han causado las imágenes a quienes las han visto… Has ayudado mucho a la asociación, y a mí no me cuesta nada prepararte para una noche de ensueño. Muchas marcas y estilistas me regalan cosas. No le des más importancia de la que tiene.

Me mordí el labio, dudando. Por dentro quería decir sí, porque no tenía nada que pudiera estar a la altura, pero me daba apuro aceptar. Y cómo iba a negarme con toda esa gente que me moría por conocer.

—Bueno…, de acuerdo. Muchas gracias, de verdad.

—Eso es, buena chica. Tengo que irme, hoy estoy bastante ocupada organizándolo todo. Me alegra saber que cuento contigo. Si necesitas algo, no dudes en decirme, y la semana que viene, nos vamos de compras, yo te aviso.

»Te auguro que serás la sensación de la fiesta, muchos querrán pujar para estar contigo, no tengo duda de ello.

Asentí, forzando una sonrisa.

La acompañé a la puerta y se despidió de mí con amabilidad.

Al entrar, mi mente ya soñaba con los detalles de la fiesta. Empezaba a fraguarse la idea de cómo iba a hacer para ir sin que mi padre se enterara.

Si se opuso a lo del calendario, lo de la fiesta sería un no rotundo, me lo prohibiría. No podía perderme algo así.

¡Jamás había estado en un evento con famosos ni cantantes internacionales! ¿Y si Jimy Joyce pujaba por mi firma del calendario

y estar un rato conmigo?

Janice alucinaría, era mi mejor amiga y no le iba a quedar otra que cubrirme, me costaría algunos autógrafos, fotos y, posiblemente, un vídeo dedicado, pero merecía la pena.

Saqué el móvil y lo primero que hice, incluso antes de escribirle a Elliot, fue llamar a mi mejor amiga. Era primordial su coartada y, sobre todo, no dejar pruebas. Lo primero que aprendías en las charlas de acoso escolar era que, si no querías que algo se supiera, mejor no dejar registro de ello.

—¡Magaly! Estaba esperando tu llamada. ¿Qué te ha dicho tu jefa? No me digas que es algo malo, por favor.

—¡No te lo vas a creer! ¡No es malo! Te aseguro que lo vas a flipar, pero necesito tu ayuda.

CAP Í TULO 47



Jordan

Algunos hombres cargaban con fantasmas en la mente, otros en la piel y los últimos en el corazón. En mi caso, tenía el lote completo.

Desde la última reunión que mantuve con Candela, no había conseguido un momento de paz.

Me pasé la noche dando vueltas en la cama, revisando cada palabra, cada gesto, como si entre las rendijas de la conversación se escondiera alguna pista que me ayudara a decidir si había obrado bien o no. Y si lo había hecho, ¿por qué narices seguía aspirando su aroma en mi almohada y recreándome en los momentos compartidos para sentirme como el culo poco después?

Cuando se trataba de ella, nunca había respuestas fáciles ni claridad absoluta. Solo esa sensación de desasosiego que se me agarraba al pecho como un perro rabioso.

Si la vida me había enseñado algo era que quedarse de brazos cruzados nunca era un buen plan. Cuando la paranoia comenzaba a crecer, lo peor que podías hacer era alimentar su silencio y, por suerte, me gustara o no, tenía un grupo de pecados cojonudos que me habían demostrado su lealtad más allá de la sangre.

Quizá no tuve unos buenos padres, pero sí que me sentía en familia cuando estaba con ellos.

Si Candela estaba en lo cierto, podía estar surfeando la calma que precedía la tormenta, así que era mejor anticiparme, llenar la despensa y aguardar a que todo estallara con los deberes hechos.

Llamé a Ray y le pedí que nos encontráramos en el bar que quedaba al lado de las oficinas del HSI. Necesitaba su opinión, su cabeza fría, aunque eso significara aguantar sus bromas sobre lo mal que manejaba mi vida y lo mucho que me convenía un buen látigo. Casi podía escucharlo.

Nos encontramos en la puerta. Me miró a través de sus gafas de sol alzando la mano. Siempre parecía relajado, daba la impresión de que nada podía alterarlo, y supongo que debía ser así para poder sobrellevar un trabajo tan duro como el suyo.

Me palmeó la espalda, vestido con su eterna chaqueta de cuero, privilegio de que en su trabajo no debieran llevar uniforme. Me dedicó una de esas sonrisas que mezclaban ironía y burla.

—¿Qué va a ser, *boss*? ¿Fusta o mordaza? —dijo, dejándose caer en la silla frente a mí.

Rodé los ojos, pero no respondí al comentario. No tenía energía para jugar su juego.

—Gracias por venir —murmuré, inclinándome hacia adelante.

Ray señaló al camarero para pedir un par de cervezas antes de volver su atención hacia mí.

—Para que luego digan que las apariencias no engañan… Yo soy el que viste de cuero, y tú…

—¡Cállate, Ray-Ban!

—Eh, le diré a Raven que le has robado mi apelativo.

—Esto es serio. Necesito al agente, no al amigo.

—Vale, suelta. ¿Qué te tiene tan jodido?

—¿Aparte de que quieran endosarme un muerto que no es mío?

Él rio ronco.

—Eso ha tenido su gracia.

Inspiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

—Perdona, vamos, desembucha, ¿qué pasa?

—Es sobre el día que encontré a Damien, hay algo más que me da vueltas en la cabeza…

—¿Una pista?

—Podría ser.

—Te escucho.

La camarera nos sirvió las dos cervezas, dedicándonos una mirada larga que los dos pasamos por alto.

—Sonaba una canción que tenía que ver con mi pasado. Una melodía que las únicas personas que me la podrían haber puesto están en el otro barrio.

—A ver si tu caso al final va a ser más para los de la brigada de muertos vivientes…

—Tómatelo en serio, joder —gruñí.

—Vale, vale, ¿y qué pasa con esa canción? ¿Aparece cada vez que arrancas el coche o sintonizas tu lista de reproducción? Igual es que la tienes puesta en bucle en Spotify…

—Te juro que si sigues así…

—Ya paro, perdona, es que llevo un día bastante tenso y necesito reír como cagar. Ya está, bebo y escucho.

—Mejor… —bufé—. Resulta que alguien llamó el otro día a mi teléfono, por la noche, era un número desconocido, y solo me puso esa canción.

Su mirada se estrechó.

—¿Sin más?

Asentí.

—Pues diría que alguien sabe más de ti de lo que piensas y te la está jugando.

—A esa conclusión también he llegado yo, tío listo, aunque sigo sin dar con la persona que podría estar haciéndolo. Necesito saber si hay alguna forma de rastrear ese número. Alguien me está mandando un mensaje, y no puedo ignorarlo.

Ray frunció el ceño, pensando.

—Podría intentarlo, pero no te prometo milagros. Si el número está encriptado o es desechable, va a ser complicado.

Asentí. Sabía que no era fácil, pero también sabía que si alguien podía conseguirlo era Ray, tenía muchos contactos.

—Tengo una sensación extraña en el cuerpo y soy incapaz de quitármela, como si…

—¿Como si alguien hubiera planeado todo para que cayeras en una trampa? —completó Ray, acariciando el cuello de la botella.

Asentí en silencio. Era un pensamiento que no dejaba de hacer eco en el interior de mi pecho, y era jodidamente aterrador.

Ray se pasó la mano por el pelo corto, exhalando un suspiro profundo que dejaba entrever un día agotador.

—Vale, esto es lo que pienso. Estoy contigo, hay demasiadas coincidencias aquí y, si algo he aprendido en mi trabajo, es que las coincidencias rara vez lo son. Además, que cuando el pasado asoma, siempre hay detrás algún cabrón. —Sabía exactamente por qué lo decía. Por lo que le ocurrió a Leo, cuando el cabrón de Julio César apareció en su vida para arrastrarlo con él hacia la oscuridad de la SM-666—. ¿Quieres un consejo?

Dio un trago largo al botellín helado.

—Por favor.

—Si quieres llegar al fondo de esto, necesitas ayuda profesional.

Lo miré, confundido.

—¿A qué te refieres? ¿Un investigador? Me lo había planteado, pero…

Negó.

—Me refiero a que necesitas a un puto *bulldog*, a un grano en el culo de los que nunca cesan hasta dar con la raíz y arrancarla de cuajo. Alguien íntegro y que pelee por la verdad por encima de todo.

No sé por qué el nombre de Candela rebotó en mi mente.

—¿Quién es tu nominado? —pregunté—. Porque tienes uno.

—Una, y la conocemos ambos. —Las pelotas me subieron hasta las amígdalas. ¿De qué la conocía?

—Te refieres a…

—Exacto, la inspectora de Homicidios Sepúlveda.

El nombre me hizo tensarme incluso más que el de la señorita Estrella.

Recordé a la inspectora en la escena del crimen: su mirada dura, su actitud desconfiada.

—¿Sabes que estuvo aquella noche en el piso?

—¿Es la que lleva tu caso? —Negué.

—Creo que se pasó por algo… No estoy seguro, pero la impresión que me dio fue que me consideraba culpable.

Ray se encogió de hombros.

—Eso es porque ella siempre asume lo peor de todos, e imagino que no ayudaba que estuvieras cubierto de sangre. Pero también es la mejor en lo que hace, y si no la tienen pillada por los ovarios…, ella podría echarte una mano para atar cabos.

—Veo difícil que esa mujer quiera pisar a sus compañeros. No me debe nada.

—Bueno, no perdemos nada por preguntar, cosas más complicadas se han visto. Además, recuerda que estuvo liada con una asesina en serie…

—Y la mató.

—Íntegra, ya te lo he dicho, yo creo que me habría ido al lado oscuro, al final, esa tal Kali solo se cargaba a cerdos violadores de niños. La justicia es algo muy relativo.

—Gracias por tu ayuda.

—No me las des todavía, tengo que dar con el melómano de la llamada.

—Confío en que lo harás. ¿Cómo están las niñas?

Ray soltó un bufido.

—¿Tan jodido es ser padre? Pensaba que te encantaban los niños.

—Y me encantan, es solo que… A veces no sé cómo lidiar con la faceta sobreprotectora de Leo, sobre todo, con Magaly. Entiendo que quiera meterla dentro de un chaleco antibalas y una cámara acorazada después de todo lo que pasó, pero es muy inflexible, y hay que tener en cuenta que es una adolescente. Necesita algo de libertad. Me preocupa que, si sigue asfixiándola, termine alejándola, y por otro lado, me da miedo entrometerme de nuevo y que suceda algo por mi culpa. Ojalá diéramos con Anita de una maldita vez y se terminara esta pesadilla.

Asentí, entendiendo su preocupación.

—Su padre la adora, y entiendo que no quieras meterte en ese jardín que puede ser un foco de disputas. Tal vez necesitaríais a alguien más neutral que le haga ver que no puede controlarlo todo.

Ray sonrió levemente.

—Si conoces a ese alguien, avísame. Yo paso de dormir en el sofá.

Nos reímos suavemente, y durante un momento, la tensión se disolvió.

Disfruté de la charla hasta que me tocó volver al local, pronto se abrirían las puertas del SKS y necesitaba tener la mente ocupada.

Cuando llegué, Corey ya estaba cuadrando los horarios mientras Janelle le daba algunos consejos para mejorar la rotación. Ambos levantaron la vista cuando entré.

—Dichosos los ojos, *boss.* ¿Te apetece que desempolve alguno de tus trajes otra vez? —bromeó Janelle, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Me necesitáis?

—Nah, la Duendecilla solo bromeaba, lo tenemos todo controlado.

—Menuda cara, ¿estás bien?

Me apoyé en la barra mientras los dos paseaban sus ojos sobre mí.

—Vengo de hablar con Ray.

—Ya era hora de que te abrieras con él —suspiró Corey.

—Mira que te gusta ponernos las cosas difíciles… Cuéntanos, ¿qué te ha dicho el de las gafas de sol perpetuas?

Los puse al día de lo sucedido, sabía que ninguno de ellos me juzgaba, solo había apoyo, y estaba ahí, donde ni me planteé que lo encontraría.

Les conté lo de la música, el número desconocido y la propuesta de hablar voluntariamente con Sepúlveda para pedirle ayuda.

Corey asintió lentamente mientras Janelle apretaba los labios.

—¿A ti no te parece bien?

—Bueno, Marlon y Kiara te dirían que cuanto más lejos esté esa mujer, mejor. Tienen sus motivos.

«Comprensible».

—¿Y tú?

—Yo tengo una idea mejor.

La miré con escepticismo.

—Si incluye a tu familia materno-paterna, creo que es mejor no liar más la cosa involucrándolos.

—No me refería a ellos, sino a otra persona que nos puede ayudar, deja que le haga una llamada, hace tiempo que no nos vemos, aunque no dudo en que me echará una mano.

Sacó el móvil y marcó.

En su cara se dibujó una sonrisa pícara.

—Hola —saludó con voz seductora—, sí, cuanto tiempo… ¿Cómo os va? —Corey y yo nos miramos sin tener ni pajolera idea de quién había al otro lado de la línea—. ¿En serio? Me encantaría. ¡Sí! ¡Por supuesto! ¿Te parece buena idea que me pase mañana y nos ponemos al día? Ajá… No te haces una idea, me muero de ganas. Vale, sí. ¡Claro que sé a qué piso llamar! No, no vendré con un repartidor de *pizza*. —Una sonrisilla pícara se formuló en sus labios —. Sí, y yo… Hasta mañana.

Colgó y me guiñó un ojo.

—Déjalo en mis manos, *boss*. Entre todos, vamos a averiguar la verdad y daremos con el asesino de Damien y tu acosador.

—Así se habla, Duendecilla, aunque por tu bien espero que esa persona que estaba al otro lado de la línea no ponga celoso a mi socio, Marcus…

—Podré lidiar con ello, dios del Trueno. Ya sabéis que logro todo lo que me propongo. —De eso no tenía duda—. Voy a revisar el vestuario de los chicos antes de que lleguen.

Mientras se alejaba contoneando las caderas y canturreando una canción que solo estaba en su mente, pensé que ojalá tuviera razón y ella pudiera proporcionarme una pequeña luz al final del túnel.

CAP Í TULO 48



Clara

El aroma a madera y licor impregnaba el aire, mezclándose con el tenue murmullo de la música de *jazz* que flotaba en el ambiente. La luz tenue proyectaba sombras elegantes sobre la mesa en la que jugueteaba con la base de mi copa, conteniendo el impulso de apretar demasiado el cristal entre los dedos.

No estaba muy segura de que hubiera sido inteligente quedar aquí. Por muy discreto que fuera el club, la mesa que habíamos escogido y el tocado que cubría mi rostro con una redecilla negra dándome un aspecto como el de las *pin-up* de los años cincuenta, me temblaba el pulso.

—Todo se está complicando —murmuré en voz baja, sin apartar la vista de mi bebida.

—Siempre lo hace antes de resolverse —respondió la voz masculina frente a mí, con una calma inquietante.

Levanté la mirada. Las sombras mantenían a mi interlocutor en un anonimato parcial, igual que el mío. Solo su silueta elegante apenas quedaba esbozada por la luz de la lamparita tipo Tiffany's que

decoraba la mesita, revelando su presencia. Era imposible descifrar lo que le rondaba por la cabeza, siempre era así con él.

Una palabra bastaba para entender que no había margen para los titubeos.

—Creo que mi abogada sospecha —confesé, haciendo tamborilear mis uñas lacadas en rojo—. Es buena, mucho, y últimamente me está haciendo demasiadas preguntas, no me cree. No sé cuánto más podré aguantar sin que dé con algo que la haga saltar por los aires.

Él giró su copa con una lentitud calculada, observando cómo el líquido se deslizaba por el cristal.

—Todo está bajo control —afirmó, sereno—. Sé paciente, la escogí precisamente porque es la mejor y no quería que tu trasero terminara en la cárcel. Todo es por algo, incluso la señorita Estrella.

Exhalé con frustración, clavando las uñas en mi propia palma.

—Dices eso con demasiada facilidad. Pero yo soy la que está en el punto de mira. Me dijiste que esto sería más rápido.

Él esbozó una sonrisa apenas perceptible en la penumbra.

—A veces las cosas se complican… No te sofoques, Claire, ambos sabemos que, si no supieras que voy a hacer lo necesario para que las cosas salgan bien, no estarías aquí.

Su comentario me tensó. Miré su rostro atractivo. Odiaba que tuviera razón.

—Damien no tendría que haber muerto… —dije más para mí que para él.

—No podrías haberlo evitado, ni aunque te lo hubieses follado en ese descampado…

Sabía que nos había estado mirando, siempre lo hacía… No me tiré a Damien por eso, él era alguien de mi pasado que pretendía mantener al margen, no deseaba complicarle las cosas…

Su mano se alargó y paseó el índice de manera descuidada por mi mano. Podía parecer un gesto nimio, nada lo era con él, todo tenía un cómo y un porqué. Levanté la mirada.

—¿Y si todo se viene abajo? —pregunté, aflojando el volumen de mi voz.

Apartó el contacto, dio un trago a su copa y la dejó sobre la mesa con un leve clink. Su mirada oscura se clavó sobre la mía.

—No lo hará. Hemos llegado demasiado lejos para permitirlo.

Asentí lentamente, intentando calmar la tormenta que rugía en mi interior. Pero la sensación de que el tiempo se agotaba no me abandonaba.

—Confía en mí —repitió él, con voz firme. Se desplazó por el banco hasta quedar prácticamente pegado a mí. Su mano buscó mi cara para girarla en una posición cómoda. Contuve el aliento al percibir el sonido de unos pasos acercándose.

—Nos están observando —susurré.

Se inclinó apenas hacia mí, su proximidad cargada de una tensión difícil de definir.

—Entonces, será mejor que te cubra.

Su boca descendió, y separé los labios dejándolo tomar el control.

CAP Í TULO 49



Candice

—No puedo creer que hayas conseguido convencerme de esto —gruñí, lanzándole una mirada de advertencia mientras avanzaba con los brazos cruzados, sintiendo cómo la risa de Soph se burlaba de mi malhumor—. Debería estar terminando la maleta y, en su lugar, estoy aquí, a punto de calzarme las orejitas de gata.

Mi mejor amiga soltó una carcajada, sujetándose a mi brazo como si fuera incapaz de caminar de la risa.

—Oh, por favor, Candice, para lo que tienes que meter en la maleta… Cuatro tangas de encaje, y ya estás lista. Que son las Bahamas y estamos a mayo, es solo un fin de semana. ¡No exageres!

Resoplando, negué con la cabeza, aunque una parte de mí reconocía que tenía razón. Cuando se había presentado en mi casa, solo faltaba que metiera la ropa interior.

Como muchas veces hacía, apareció sin avisar, con esa energía avasallante que no admitía un no por respuesta. Era su manera de contraatacar después de la conversación que mantuvimos esa misma tarde en la que le dije estar colapsada y con demasiado trabajo

como para hacer otra cosa que no fuera agobiarme con los casos, y que encima me tocaba finde con Nathan, es decir, más trabajo…

Supo detectar la tensión en mi voz y vino en mi busca para ofrecerme la solución.

—Tanto empeñarte en mantener el control —había dicho— está consiguiendo que lo pierdas. Necesitas ceder, así que no voy a aceptar un no como respuesta. Hoy te vistes de sub y te vienes conmigo a recibir unos cuantos azotes.

Y ahí estaba yo, en la barra del club, con la certeza de que mi mejor amiga había ganado la batalla.

Me acomodé en el taburete y giré la copa con mi bebida de cereza entre los dedos, observando la forma en que las luces del local se reflejaban en el líquido carmesí. Ni siquiera me interesé por la gente que estaba congregada deseosa de liberar tensión.

—Bueno, cuéntame —dijo Soph, apoyando el codo sobre la superficie acerada. Sus pestañas largas se entrecerraban observándome con expectación—. Hablemos de algo divertido. ¿Qué tal te va con tu nuevo amante? —Agitó las cejas.

Estaba tan ocupada que no le había dicho nada.

Sabía perfectamente a quién se refería, y el brillo travieso en sus ojos solo aumentaba mi sensación de incomodidad. Bufé, girando los ojos.

—Mal.

—¿Mal? Pero si el otro día te dejó las piernas temblando, ¿no? ¿Qué ha ocurrido con nuestro pecado capital?

—Las cosas se han complicado.

Soph chascó la lengua y sacudió la cabeza con fingida seriedad.

—¡No fastidies! Ahora entiendo por qué estás tan tensa… Curro complicado, sexo complicado, toma de decisiones complejas… ¡Necesitas una doma con urgencia! Menos mal que te he convencido para que esta noche vengas de KittyCandy. Vas a agradecerme esto, ya verás.

Me reí con cierto cinismo, elevando la copa hasta mis labios.

—Tu optimismo es insoportable.

—Y tu necesidad de tenerlo todo dominado también, así que estamos empatadas.

—No dirías lo mismo si tu clienta resultara ser una promiscua que no te quiere contar la verdad. —Soph soltó una risotada.

—¿Promiscua? ¿Acabas de poner las palabras clienta y promiscuidad en una misma frase? Ahora sí que sí, reconóceme que estás fatal y que necesitabas que viniera a por ti.

Soph me conocía demasiado. Nunca me metía con la vida sexual de nadie y mucho menos de otras mujeres. Tampoco hablaba de mis casos, así que… Sí, necesitaba su rescate.

—No te flageles —murmuró—, aquí lo hará otro por ti.

Por fin pude soltar una sonrisa genuina, y ella se unió.

Llevaba un *body* corsé de cuero que acababa bajo mi pecho expuesto. Mis pezones estaban cubiertos por un par de pegatinas negras, en una se leía *Fuck Me* y en la otra *Lick Me.*

Mientras hablábamos, el sonido de la música envolvía el local, acompañado del murmullo de conversaciones y risas dispersas. Aquel lugar tenía una atmósfera propia, como si existiera al margen del mundo real, ofreciendo un refugio donde las normas cotidianas se desvanecían, liberando nuestras almas perversas.

—Por cierto —continuó Soph, con un brillo cómplice en los ojos—, creo que no te he contado quién es mi nuevo amo.

La miré con curiosidad, enarcando una ceja.

—¿Te refieres a su nombre?

—Me refiero a que es el mismísimo dueño del club.

Mi sorpresa fue evidente, y Soph se rio, disfrutando de mi reacción.

—¡No me jodas! —exclamé. No lo conocía, en todo el tiempo que llevaba viniendo no había coincidido ni una sola vez. Aunque Mistress Selene me dijo que era un hombre encantador y elegante, con mucha clase. Me alegraba por mi amiga. Quizá él pudiera hacer que contactara con mi mentora y…

«¡Mierda! Ya no llevas ese caso, supéralo».

Me aclaré la garganta.

—Quién lo iba a decir.

—Pues ya ves. Jamás había estado con un hombre así. Es… diferente. Intenso. Me hace sentir cosas que no creía posibles, y ya te he dicho que estoy dispuesta a compartir… Seguro que te alivia su dominio del *spanking*.

Iba a responder cuando un cambio en el ambiente me hizo callar. Un tirón invisible en mi estómago me obligó a girar la cabeza instintivamente hacia la entrada del bar.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, como si una corriente me arrastrara sin mi consentimiento. No necesité verlo de frente para saber quién era.

Jordan Stein acababa de entrar en la zona del bar, en la misma en la que Soph y yo estábamos, con una impoluta camisa negra, americana y pantalón de pinzas. Destilaba dominación por los cuatro costados, lo que hizo que mi piel se erizara.

Mis dedos se crisparon alrededor de la copa. Soph siguió mi mirada y silbó en voz baja.

—Oh… Esto se pone interesante, parece que nuestro pecado favorito ha venido con ganas de dar Candela… ¿Lo pillas?

En la universidad, le enseñé aquella expresión en español que tenía que ver con mi nombre de verdad y a veces la usaba. La muy cabrona estaba sembrada.

No podía responder. No podía respirar.

Solo podía observarlo y sentir cómo mi mundo se inclinaba peligrosamente hacia él, como si una fuerza mayor nos empujara inevitablemente el uno contra el otro hacia un naufragio insalvable.

El ambiente cambió en cuestión de segundos. La energía del club se arremolinó alrededor de su figura, y las miradas de aquellos que buscaban ser sometidos lo oteaban con codicia. Su sola presencia bastaba para alterar mi atmósfera.

—Parece que la noche se pone mejor de lo que supuse —murmuró Soph, dándome un leve codazo.

Me obligué a apartar la mirada y centrarme en la copa, aunque mis sentidos siguieran en alerta. Podía sentirlo incluso sin verlo. Podía notar la intensidad de su mirada recorriéndome desde que entró.

Su mirada parecía un foco y no disimulaba un ápice. La tenía puesta en mí. ¿A qué demonios jugaba? ¿No había dicho que no quería verme, que me alejara, que no confiaba en mí?

—¿Quieres ir a saludarlo? —preguntó Soph con tono juguetón.

—Ni loca.

—¿Estás segura? Porque él parece haberse topado con su mascota favorita.

—Es alérgico a las gatas…

Ella rio.

—Pues se habrá hinchado a antihistamínicos porque viene directo hacia aquí.

Casi me atraganté con la maldita cereza de Marrasquino.

«¡Maldita mala suerte!».

El pecho se me contrajo. Algo dentro de mí ardió de manera peligrosa.

Jordan se acercó lentamente, con la calma de alguien que no tiene prisa, pero que sabe con exactitud lo que quiere. Seguro que podía percibir el efecto que provocaba en mí.

Mi piel y mi sexo se estremecieron como si fuera el comité de bienvenida.

«Traidores».

—KittyCandy —susurró Soph a mi oído—, si alguna vez he visto la definición de presa y depredador en vivo y en directo, es esta. Me da a mí que a la gatita le ha salido un león.

Jordan llegó hasta la barra y se inclinó un poco, apoyándose a escasos centímetros de mí.

—Hola —me saludó en un tono que no lograba descifrar—. ¿Qué haces aquí?

Cada fibra de mi cuerpo reaccionó a su voz. Me mojé los labios con la lengua, sintiendo la electricidad chispear entre nosotros.

—Si te soy franca, pensaba que sería el único sitio donde no tendría que encontrarme contigo, además, aquí no les ofende mi vestuario —repliqué con sarcasmo mientras sus ojos se deslizaban por mi cuerpo descarados. Necesitaba mantenerme alejada y encontré la frase perfecta—. Creía que se te habrían quitado las ganas de jugar por una buena temporada.

Él sonrió de lado. Un músculo se crispó en su mejilla. Era el tipo de sonrisa que decía mucho sin necesidad de palabras.

—Pues te has equivocado.

Clavé la mirada en él. La tensión en el aire era tan espesa que mi abuela podría haber hecho unas croquetas con ella.

—¿Dónde está tu amo, Gata?

—Con un poco de suerte, esta noche seré el afortunado —interrumpió una voz gutural que se cernía sobre Soph.

Ambos miramos al recién llegado que, para mi sorpresa, pese a su máscara tipo veneciana que le cubría medio rostro, sabía con exactitud quién era.

CAP Í TULO 50



Jordan

No había ido al club a jugar, sino en busca de respuestas.

Recibí una notificación a través de la *app* del L&W que tocaba noche de juegos. Lo que significaba que habría mucha gente, y quizá alguien tuviera noticias de Selene.

Desde su marcha, apenas hablamos y, tras la muerte de Damien, fui incapaz de localizarla.

Quién me iba a decir que, al cruzar el umbral de la zona del bar, lo primero que hiciera fuera verla. No necesité buscarla. La sentí, como si mi cuerpo reconociera su presencia antes de que mi mente lo procesara, una atracción primitiva que me empujaba a reclamarla.

Candela estaba sentada en la barra, con una copa en la mano, las luces del local reflejándose en el líquido carmesí.

Y ella…

«¡Mierda!». Ella era una visión, una de las que te hacen llevarte la mano a la entrepierna y terminar con un montón de pañuelos limpiándote la…

Sacudí mi cabeza, la que todavía tenía encima de los hombros, pero que estaba a punto de perder.

Las orejitas de gata salían de la máscara elevándose sobre su cabello oscuro. Las medias de red se sujetaban de manera prohibitiva sobre sus muslos, coronadas por los clips de los ligueros de cuero, dibujando un camino hipnótico que se perdía bajo el corsé. Y aquellos zapatos rojos… Los mismos que había lamido y recordaba demasiado bien. Eran el toque de color perfecto a juego con sus labios. Esa maldita boca que se sentía tan bien contra mi...

No podía evitarlo. Mi cuerpo se movió antes de que el cerebro pudiera detenerme, los pies se confabularon con él para llevarme directo hacia ella.

Sin embargo, la tensión que me recorrió la espalda no tuvo nada que ver con Candela, sino con el hombre que se aproximó en cuanto acabábamos de arrancar la conversación.

Lo recordaba vagamente.

Nos presentaron en una gala benéfica a la que acudí hacía algunos meses, aunque su nombre no me venía a la mente, no nos sentaron en la misma mesa.

Tuve la misma sensación espesa que cuando lo conocí, y no era buena. A veces pasaba entre amos. No había una razón específica, solo rechazo como cuando intentas juntar dos imanes que se repelen.

En su caso, seguramente era por el timbre de su voz, me recordaba demasiado a...

Apreté los puños cuando lo oí pronunciar sus siguientes palabras.

—Esta noche voy a pasarlo muy bien con las hembras más hermosas y complacientes del club.

Mi sangre se volvió fuego.

«Por encima de mi cadáver le iba a rozar la piel de Candela».

El hombre, de porte imponente, extendió la mano y tomó la suya con una sonrisa casi calculada, besando los nudillos con un gesto elegante.

Por su aspecto, era más mayor que yo, aunque tampoco demasiado, debía tener los cuarenta y largos o cincuenta muy bien llevados…

Los mismos que Petrov tenía cuando…

«Joder, Jordan, ¡céntrate! ¡De eso hace veinte años y ese malnacido está muerto!»

—Soy el amo Karali —se presentó con suavidad sin dejar de mirar a Candela.

«Ese acento…».

Tenía que serenarme.

Luego, se giró hacia mí, inclinando la cabeza en un saludo que me resultó forzado.

—Nos conocemos, ¿no es cierto? Su cara me suena —preguntó.

Ella permaneció en silencio, y yo respondí tenso.

—Así es, creo que coincidimos en una gala benéfica de la clínica del doctor Blackwood.

—El doctor Blackwood, por supuesto, discúlpeme, soy bastante malo con los nombres, pero las caras no se me olvidan nunca.

El hombre ladeó una sonrisa.

Hizo una pausa y desvió su atención de vuelta a Candela, algo en sus ojos me crispó.

—¿Y a ti? —preguntó con un tono que me revolvió el estómago—. También te conozco, ¿no es cierto?

Candela tensó los hombros. Noté su incomodidad al instante, aunque no era comparable a la mía.

—Puede que la hayas visto en alguna doma, amo, KittyCandy es la amiga de la que te hablé por mensaje antes de que viniéramos —comentó la amiga de Candela mirándolo con adoración.

—A veces dominatriz, a veces sumisa… Interesante combinación, las *switch* siempre me han parecido de lo más fascinantes, esa capacidad de pasear por la fina línea que separa los dos mundos —canturreó Karali con indulgencia.

Mi paciencia se evaporaba.

—Me encanta ver rostros nuevos en las noches de juegos, sangre fresca que domar, ¿a usted no le pasa lo mismo, amo…? —hizo una pausa, esperando mi presentación.

—Dom Sin —respondí con un tono bajo y firme.

Candela giró el rostro hacia mí, con los labios entreabiertos, pero no dijo nada. Nunca le había dicho mi nombre de dómine, me pareció que Pecado era de lo más adecuado.

Fuera quien fuese, me llamara como me llamase, cuando más me gustaba mi identidad era cuando sus ojos la gritaban en el silencio más perturbador.

Su espalda estaba tensa como un arco y se estiró más todavía cuando el hombre recorrió sus labios con el pulgar mirándole los pechos.

«Quería estrangularlo, o mejor lo dejaba ciego».

No podía hacer ninguna de las dos cosas, en primer lugar, porque KittyCandy no llevaba ningún collar de propiedad, y en segundo, porque no sería correcto.

Pensé en el que tenía nuevo a estrenar en la taquilla. Tenía uno en particular, con un símbolo, que jamás había entregado a nadie y era muy personal, por si alguna vez conocía a la adecuada. Me ardían los dedos de poder colocárselo.

—Subs, dadme vuestras manos y vayamos a jugar.

¿Era yo, o la energía que desprendía Candela era de incomodidad?

Su amiga le extendió los dedos a Karali para bajar de la banqueta, mientras que Candela jugueteaba algo nerviosa con el borde de la media.

Necesitaba un salvavidas. Y yo estaba dispuesto a lanzarle una colección antes de que ese tío le pusiera una mano encima y no hubiera marcha atrás.

Di un paso al frente, colocándome entre el codiciado trofeo del amo Karali y ella. Él desplazó su mirada oscura sobre mí.

—Siento importunarlo, no he querido decir nada porque no soy de los que les gusta ni la confrontación ni interrumpir, pero esta gata ya ha elegido dueño y, antes de que llegara, me ha escogido a mí.

Pude sentir los cuchillos verdes de Candela incrustándose en mi espalda. El amo Karali alzó las cejas y preguntó un…

—¿Es eso cierto, KittyCandy? —No me quedó más remedio que apartarme para que ella misma le diera la respuesta y crucé los dedos para no haberme equivocado y que me dejara en evidencia.

Un segundo después, que me pareció interminable, su voz rompió la tensión del momento.

—Perdón, amo Karali, el dom Sin tiene razón, sé lo mucho que su sumisa disfruta de su compañía y no quería interrumpir.

—No habrías supuesto ninguna interrupción, KittyCandy, tengo suficiente para las dos. En otra ocasión…

«¡Y una mierda!». Karali y su sumisa se alejaron. En ese instante, Candela alzó la cabeza para volver a acuchillarme, esta vez de frente y sin reservas.

—¿Podríamos hablar en un lugar más discreto sobre nuestro supuesto acuerdo, dom Sin? Debo tener la mente dispersa y no recuerdo muy bien en qué momento me preguntó —espetó en un tono poco neutro con los ojos relampagueando.

Las sub no podían pasar por delante de sus amos a no ser que estos se lo ordenaran, y yo no tenía intención alguna de que así fuera. Le ofrecí el brazo, y ella no dudó en hundir sus garras afiladas en mi bíceps para hacerme notar su disgusto.

Era comprensible, no la había puesto en una tesitura fácil y, dado nuestro último encuentro, la cosa no pintaba bien.

Busqué un rincón más discreto ajeno a oídos extraños.

Candela se cruzó de brazos en cuanto nos detuvimos en un cuarto de almacenaje.

—¡¿Cómo se te ocurre?! —espetó. Su voz estaba cargada de incredulidad.

Me dio un empujón en el pecho sin ningún tipo de miramiento. No era con la intención de dañarme, más bien pretendía marcar las distancias, ¿quién podía culparla?

—Fuiste tú quien decidió apartarse —prosiguió con los reproches —. Tú quien dejó claro que no confiabas en mí. Y, ahora, ¿apareces erigiéndote como mi dueño? Pero ¡¿a ti qué demonios te pasa?!

Apreté la mandíbula. Sabía que no era buen momento de mirarle las tetas por mucho que se movieran y me pidieran a gritos que les arrancara esas tiras y siguiera sus mensajes al pie de la letra.

«Lamer y follar, ¿quién podría resistirse a eso?».

Normalmente, no me costaba controlarme, pero con ella todo era distinto.

Intenté escucharla. Sabía que tenía razón y que debería arrepentirme de lo que acababa de hacer.

No lo hacía.

—¿De verdad querías que ese tipo te pusiera las manos encima? —cuestioné cruzándome de brazos—. Porque tu lenguaje corporal decía lo contrario.

—Ah, que ahora te dedicas a leerme el cuerpo en lugar de los periódicos… Pues léeme estos labios en lugar de los de abajo. Todo esto —señaló su cuerpo— es de quien yo decida —bufó.

—¿Te he malinterpretado?

—¿Y eso qué más da? ¿Qué te crees, mi salvador, San Jordan de Calcuta? Pues ya te digo yo que no. No eres nadie para tomar decisiones por mí. Ambos sabemos que aquí nadie obliga a nadie, que si no hubiera querido irme con él bastaba con decirlo. Tengo muy claro lo que quiero y con quién lo quiero, a diferencia de ti. Eres tú el que cambias de idea dependiendo de cómo sople el viento —me acusó, empujando el dedo contra mi esternón.

—No parecías muy cómoda cuando te tocó.

Clavé mis ojos en los suyos en busca de la verdad.

Candela abrió la boca, pero la cerró de inmediato. Sus mejillas enrojecieron, ya fuera por rabia o por otra cosa. No me importaba, estaba dispuesto a batallar porque lo que sí me importaba era la forma en que sus pechos subían y bajaban con cada respiración contenida y mis ganas impropias de llevármelos a la boca.

—Eso es porque lo conozco de fuera. —Eso sí que no lo esperaba, ¿sería un cliente del bufete? ¿Algún tío que le había tirado la caña en una noche de fiesta?—. Lo último que creía era que me lo encontraría aquí, de esta guisa. Tampoco tenía idea de que fuera el amo de Soph y, mucho menos, que quisiera domarme a mí.

—A ti querría domarte cualquier tío sobre la faz de la Tierra, sea dominante o no, ¿es que no te ves?

Ella parpadeó, contemplándome incrédula.

—No hablo de tu físico, porque es más que evidente que, además de guapa, estás muy buena. Me refiero a esa maldita energía que exudas, capaz de invertir el campo magnético de los polos. Das ganas de metértela hasta el fondo hasta que no puedas más.

Su lengua asomó perversa y se lamió la puta boca.

—¿Hasta que yo no pueda más? Creo que te cansarías tú antes, dom Sin.

«Un momento, polla llamando a cerebro, ¿acaba de usar mi nombre de dominante?».

—No tienes idea de hasta dónde soy capaz de llegar como amo.

La energía cambió de manera radical.

Las pupilas se le dilataron y juraría que se le habían endurecido los pezones debajo de esas jodidas pegatinas.

—¿Quieres follarme? Porque yo sí sé separar. Y tú, ¿eres capaz de no quererme en tu vida, de no confiar en mí como abogada, y, sin embargo, querer domarme? —Tragué con fuerza, ella caminó hacia mí, se puso de puntillas, rozándome el torso con sus tetas, y murmuró en mi oído—. Sabes cómo va esto. Aquí no somos nosotros mismos, no en las mazmorras. Aquí no hay pasado, solo el presente. Cuero, sexo, órdenes y fluidos. ¿Te ves capaz?

Un escalofrío trepó por toda mi columna.

—Puedo.

Ella se apartó, no mucho, se quedó a escasos milímetros de mí.

—¿Y quieres jugar?

—Quiero domarte, Gata. —Ella alzó aquellos iris que me volvían loco y emitió un ronroneo retador.

Después me sorteó para echar mano a la manija y salir.

«¿Eso era un sí, o un puto no? ¡¿Quién cojones hablaba el lenguaje felino?».

Me di la vuelta para clavar las pupilas en su culo y la abertura que había en él.

«¡Llevaba un *plug* de rabo gatuno, joder!».

—Si piensas lanzarme un ovillo, sería conveniente que fueras a por el collar, dom —musitó sin girarse del todo—. Te aviso, esta gata no es de las que obedecen con facilidad y suele gustarle clavar las uñas a la menor oportunidad.

—No lo pongo en duda.

Eso me hizo hervir la sangre hasta límites insospechados.

Había sumisas que disfrutaban desafiando la autoridad de sus amos, les divertía y lo hacían para ver si estos eran merecedores de ser sus compañeros de doma. Por eso Candela había escogido un nombre con referencia felina, era bien sabido que los gatos no se

caracterizaban por obedecer a la primera, más bien, por hacer lo que les daba la real gana… Sería divertido.

—Muy bien —susurró, atravesando la puerta—. ¿Quieres jugar? Juguemos.

CAP Í TULO 51



Candice

La Gran Mazmorra era un espectáculo en sí misma.

El espacio se expandía como una catedral del placer, y los dom eran los obispos.

Las cadenas colgaban del techo abovedado, cruces de San Andrés se alineaban contra las paredes de piedra mientras bancos de azotes, potros, sillas y columpios eróticos esperaban ser ocupados.

Los murmullos y gemidos se mezclaban con el golpeteo rítmico del cuero contra la piel desnuda.

Cada dómine traía sus propios juguetes para compartir con su sub, las normas de salud e higiene debían seguirse a rajatabla. Había un equipo que se dedicaba a la desinfección de las zonas comunes y otro de las herramientas que empleaba cada dom.

Además, el club disponía de una zona de *boutique* en la que poder surtirse en cualquier momento, por si surgía la chispa con alguien nuevo o que no le gustara compartir elementos.

Jordan me hizo acompañarlo y aguardar fuera, no quería que viera lo que tenía pensado para mí, y eso incrementaba la emoción. ¿A qué gata no le gustan los juguetitos sorpresa?

Salió con una bolsa opaca que no revelaba nada y, tras preguntarme si estaba nerviosa, y yo mirarlo airada, nuestra siguiente parada fue el vestuario. No porque fuera a cambiarse, sino para recoger mi collar.

Tenía ganas de verlo, de sentirlo contra la piel y...

«Le estoy poniendo las cosas demasiado fáciles…», resoplé para mis adentros y decidí poner rumbo a la Catedral sin él.

En mi mundo, había muchos roles que se podían adoptar. Yo, cuando era sumisa, era una *brat*.

Si había una palabra que pudiera definirlas era: Desafío.

Ser una sumisa no significaba inclinar la cabeza y aceptar órdenes sin cuestionarlas. No para una de nosotras y, mucho menos, para mí.

Nunca había sido el tipo de mujer que se arrodillaba sin motivo. No seguía instrucciones porque a un dom le diera la gana. No obedecía a ciegas.

Me gustaba jugar. Me gustaba retar. Me gustaba empujar los límites, probar la paciencia de mi amo y sentir el momento exacto en el que él decidía que ya era suficiente para ponerme en mi sitio. No porque yo no pudiera controlarme, sino porque quería que él me controlara.

Ser una *brat* no significaba ser desobediente. No se trataba de rebelarse sin sentido. No se trataba de resistirse porque sí. Era una danza. Un tira y afloja. Era provocar, empujar al límite, medir la autoridad de quien se suponía que debía dominarte.

Necesitaba un dómine que no solo entendiera eso, sino que supiera cómo manejarlo. Alguien que no se quebrara con mi resistencia, que no confundiera mis provocaciones como un desafío real, sino como una invitación.

Alguien que, a fin de cuentas, me hiciera rendirme de verdad.

Y por eso estaba ahí, de pie, sin collar, sin dueño y sola.

Lo cual podría interpretarse como un: Sumisa busca dómine.

Algunos me miraron con curiosidad mientras yo aspiraba el dulce aroma del sexo, la cera, el fuego de las antorchas y el cuero.

Luces tenues, sombras alargadas, tintineo de collares y espacio cortado por las colas de los látigos contra la carne expuesta. El

ambiente estaba impregnado de algo más que lujuria, control, cesión y morbo.

Era deseo denso y expectación.

La de ellos y la mía. La de que Jordan me domara.

Tal vez me estaba equivocando con mi decisión. Quizá debí mantenerme al margen, pero en cuanto el señor Vílchez entró en mi horizonte, como amo de Soph, anunciando que iba a tenerme…, algo dentro de mí rugió «no».

Era un hombre atractivo, pero era mi cliente, y dirás: Jordan también, y no tuviste ningún problema con saltarte la ética profesional y tirártelo unas cuantas veces. Y razón no te faltaría. El problema era que con él todo era diferente, y ese hombre… Hundí las uñas en mis palmas al localizarlo.

Estaba sentado en una enorme butaca, mientras Soph, totalmente desnuda, con *clamps* en los pezones y un hombre tomándola por detrás, engullía su erección en una garganta profunda que él dominaba, reteniéndola a través de dos gruesas cadenas que estiraba o acortaba según su necesidad.

Ese hombre tenía algo que me invitaba a huir sin mirar atrás.

Aparté la mirada porque él la tenía puesta en mí, con una clara invitación velada que no pensaba aceptar.

Ya comprendía por qué decía que yo le sonaba y su pregunta el otro día sobre si pertenecía a algún club…

Me reconoció. Tampoco es que fuera muy difícil, el mundo del BDSM estaba bastante acotado, y además era el dueño, tenía acceso a todas las membresías de los socios y, probablemente, me habría visto en alguna doma.

Pensar que tenía que pasar el fin de semana en una isla con él me erizaba la piel.

¿Su mujer sabría que era un miembro activo de la comunidad *bedesemera*? No me había parecido reconocerla, y tampoco era extraño encontrar parejas que dejaban esa parte fuera de la relación.

Escuché unos pasos fuertes detrás de mí y supe quién hacía temblar el suelo porque acababa de dar con la gata que quería cazar.

Sonreí al recordar la chispa de la posesión que vi brillar en sus ojos eclipsando el fondo azul al enfrentarse al amo Karali.

No era de las que huía de las confrontaciones, y que Jordan se hubiera ofrecido a ser mi dom, con el poco crédito que me había concedido como su abogada y lo mal que terminó nuestra discusión, solo podía significar dos cosas.

Que se había saltado todas sus ridículas objeciones porque no soportaba la idea de que otro hombre me tocara y era incapaz de mantenerse alejado, o que se había saltado todas sus ridículas objeciones porque no soportaba la idea de que otro me tocara y era incapaz de mantenerse alejado.

Mi interior se sacudió de la risa al recordar cómo lo había acorralado en el almacén, logrando exponer sus deseos de verdad, los que intentaba ocultar tras aquella capa de indiferencia que conmigo no le servía para nada.

Sus defensas habían caído por todo lo alto, y yo había logrado que admitiera las ganas que me tenía.

Otra hubiera preferido unas disculpas. A mí me bastaba su erección de caballo y su confesión en voz alta de que me quería domar. Eso sí, no pensaba facilitarle las cosas.

Si quería arder, debería adentrarse en mi fuego.

—Voy a tener que atarte en corto, KittyCandy.

Las palabras me alcanzaron antes que su mano en mi cintura, la cual me empujó levemente para que me girara.

Mi cuerpo ardía de anticipación cuando vi la bolsa de juguetes y el collar en su otra mano. Estaba colgando de una cadena de plata, una pieza fina de bonito cuero negro, metales preciosos y una piedra que llamó poderosamente mi atención.

Esa pieza no era un collar de sub habitual, no se trataba de uno cualquiera.

La luz verdosa del jade tallado en forma de manzana relucía con un brillo hipnótico que me hizo torcer el cuello.

Jade verde… Como mis ojos. Conocía su significado porque era una de mis piedras favoritas. En aquel collar, no solo había un símbolo de sumisión o de tentación, por la forma de la gema. Era amor. Suerte. Compromiso.

¿Por qué tenía un collar así? ¿Para quién había sido?

El pensamiento me golpeó con una intensidad inesperada, pero no tuve tiempo de profundizar en ello. Jordan se plantó frente a mí, con la misma calma imponente que había mostrado en varias ocasiones, agitando la cadena entre los dedos.

—Arrodíllate.

Mi pulso se disparó.

—No voy a ponerme la joya de otra —alcé la barbilla intransigente.

—Nunca usaría contigo una pieza que hubiese llevado otra persona. Los juguetes son nuevos, y el collar también.

—No lo entiendo.

—No hace falta que lo hagas, simplemente lo tenía guardado en la taquilla aguardando la indicada para lucirlo.

Su confesión me estremeció por dentro.

—¿Y esa soy yo?

—¿Tú que crees?

Podía sentir todas las miradas sobre nosotros, algunas curiosas, otras expectantes. Pero ninguna me importaba más que la suya.

Jordan no apartaba sus ojos de mí.

—¿Sabes lo que significa este collar, Gata?

Tragué saliva y asentí lentamente.

—Que me entrego a ti.

—Entonces, ¿qué dices?

Podría haberme resistido, jugar con sus expectativas, desafiarlo. Pero en ese momento, con la adrenalina recorriendo mis venas, el deseo palpitante en mi vientre de notar el cuero rodeando la fragilidad de mi piel y la electricidad que chisporroteaba entre nosotros, no quería resistirme.

Me arrodillé.

Jordan tomó aire. Sus pupilas se oscurecieron.

Dejó la bolsa en el suelo.

Rodeó mi cuello con cuidado, ajustó la correa dejando que el jade reposara justo en el centro. Su mano se deslizó por mi mandíbula, inclinándome el rostro para que lo mirara.

—Buena Gata.

El elogio me recorrió como una descarga, quería que pasara la palma de su mano por mi cuerpo y ronronear.

No había vuelta atrás.

—Ponte en pie —ordenó con la voz más grave que jamás le había escuchado.

Obedecí sin dudar. Otro habría aprovechado mi condición para ponerme a cuatro y hacerme gatear. Él no. Se limitó a coger la bolsa, y sujetar con firmeza la cadena mientras se colocó a mi lado, ni siquiera me pidió que me quedara detrás.

—Vamos.

No lo habría seguido por voluntad propia hacía unos minutos, pero en ese momento, con el collar rodeando mi cuello, la decisión ya no me pertenecía.

Las reglas de la gran mazmorra eran claras.

Cada sumiso debía obedecer a su dom, cada juego tenía su tiempo y su espacio. Podía haber intercambio de parejas si el dominante lo deseaba y el sumiso accedía, tríos, *gangbang*, los límites estaban consensuados de antes. Jordan apenas me había preguntado los míos, y eso solo podía significar algo… Que no tenía intención de compartir.

Me llevó hasta una cruz de San Andrés.

Sentí la madera fría contra mi piel desnuda, mis muñecas y tobillos asegurados con cuero alargándose para formar una X perfecta.

Jordan se movió con precisión, asegurando cada hebilla, comprobando cada atadura. Sus dedos rozaron la parte interior de mis muslos cuando ajustó la última correa y contuve el aliento.

Sus labios se acercaron a mi oído.

—Voy a divertirme mucho contigo esta noche, KittyCandy.

Su aliento caliente me hizo estremecer.

—¿Tienes algo que decirme antes de empezar?

Apreté los dientes, sabiendo que mi respuesta marcaría el tono de la doma.

—Ni se te ocurra mearte en mi cara. Odio la lluvia dorada.

Él rio ronco.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Algo más?

—Te entrego mi cuerpo, pero no mi alma.

—Eso ya lo veremos…

Sacó la lengua y dio un lametazo al cubre pezón que pedía un lametón, pillándome por sorpresa.

Habría querido apretar las piernas, las cadenas me lo impidieron.

Retrocedió un paso y deslizó los dedos por la cremallera de mi entrepierna. Se puso de cuclillas y sopló con una mirada canalla que me hizo tener ganas de patearle las pelotas.

—No, todavía no. —Volvió a cerrarla llenándome de frustración.

—¡¿Qué haces?!

Chasqueó la lengua con un sonido de negación.

—Así no se dirige a su dueño una buena gata que quiere que le llenen la garganta de leche.

Su mano se coló por el espacio que quedaba en la parte de mi espalda y descendió por el borde de la braga que exponía la mitad de mis nalgas hasta llegar a mi cola y tirar de ella con la fuerza suficiente para que temiera perder mi *plug*.

Jadeé, y él lo empujó con contundencia arrancándome otro sonido bronco.

—Esta noche —dijo, con un tono pausado y firme—, aprenderás lo que significa realmente pertenecerme, y si tengo que castigarte para que aprendas, no lo dudaré.

Mi cuerpo se tensó de anticipación cuando la palma de su mano golpeó mi cachete derecho y el calor se expandió como un géiser, arrasando cada terminación nerviosa a su paso.

—Si quieres que me arrepienta de mis actos o de mis palabras, tendrás que esforzarte más, dom Sin.

El desafío prendió su mirada, y yo supe que estaba perdida y no me importaba perder la batalla.

CAP Í TULO 52



Candice

I Feel Like I'm Drowning, de Two Feet, sonaba como telón de fondo mientras Jordan se tomaba su tiempo para doblar los puños de sus mangas en un gesto de pura obscenidad. Esos antebrazos cubiertos de tinta, que había tenido hundidos en la almohada, enmarcando mi cara, me hicieron salivar.

No quería mirar a nadie que no fuera él, sobre todo, teniendo en cuenta que eso me podría sacar completamente de mi entrega.

Que jodieran a Vílchez, al fin y al cabo, yo no era su abogada, sino Nate, nunca me había sentido incómoda por mi sexualidad y no iba a empezar ahora.

Puede que compartiéramos mazmorra, pero no compartiríamos nada más.

Jordan se agachó y tomó algo de la bolsa, que guardó de inmediato en uno de los bolsillos del pantalón. Lo siguiente que sacó lo reconocí de inmediato. Era una especie de mariposa, parecida a la que usaban los fisios para la recuperación muscular. Se adhería a cualquier superficie porque las alas se pegaban, además de un

flogger lleno de tiras trenzadas que harían hormiguear mi cuerpo tras cada impacto.

Tragué con fuerza al verlo regresar al punto en el que yo estaba inmovilizada. Verlo andar con la camisa ligeramente desabrochada era como contemplar una obra de arte en movimiento, especialmente con aquella promesa velada, oculta en una sonrisa socarrona que no auguraba nada bueno.

Estaba tan cerca que mi pulso hizo lo que no podían mis manos o mis piernas, se desató.

Exudaba un poder animal, sereno y dominante, que me hacía encoger los dedos de los pies en el interior de los zapatos.

Como si tuviera una habilidad oculta que le permitiera calcular sin mirar todas las distancias de mi cuerpo, dio un pequeño manotazo entre mis muslos para adherir en el punto exacto aquel juguetito alado en mi entrepierna, en el lugar que mi clítoris agitado aguardaba anhelante.

Aproximó su boca a mi oído, embriagándome con su aroma masculino y caliente.

—Voy a hacerte volar, KittyCandy, —murmuró ronco, apretando la mariposa contra mi sexo—, aunque solo podrás correrte si lo considero oportuno. No voy a tolerar que lo hagas antes de tiempo. Contención, Gata, no me hagas enfadar.

Se apartó y, antes de que pudiera responder, un leve zumbido comenzó a palpitar en una frecuencia baja. No había dolor, solo estimulación.

No lo había vuelto a tocar. ¿Cómo lo había hecho?

Entonces me di cuenta de que tenía la mano en el bolsillo. Mordí el interior de mi carrillo al comprenderlo, lo que ocultó era un control remoto para pilotar el juguetito.

—Respira… Y haz una cuenta regresiva en voz alta desde el seis. —Solo esperaba que no se me fueran los números—. ¿Preparada?

—Sí, dom.

El zumbido era demasiado agradable como para pasarlo por alto, y Jordan estaba tremendamente bueno en su rol de amo.

—Bien.

Aseguró la cinta de sujeción del *flogger* alrededor de su muñeca y se puso a trazar el símbolo del infinito en el aire, con una maestría de la que pocos hacían gala. Hizo girar las trenzas llenando mi boca de deseo líquido. Se notaba a la legua que no era el típico sádico y que bien seguro sabía golpear para excitar.

El movimiento era hipnótico.

Cabeceó ligeramente para darme la señal y, en cuanto separé los labios, antes de poder pronunciar la primera sílaba, llegó el impacto, seco, tirante, prometedor, contra el pezón que pedía ser lamido.

—Seis… —alargué la ese sibilante y, antes de que pudiera prepararme para el siguiente número, llegó la picazón—. Cinco… —Más intensa, más especiada—. Cuatro… —musité al ver la leve señal, pero el impacto no llegó, llenándome de frustración.

—No te he oído… Más fuerte. —Resoplé.

—He dicho cu… —Plas, plas… Dos impactos muy seguidos e intensos me hicieron aullar—. Atro —culminé.

—Cuidado con el tono en que te diriges a mí, Gata… Empieza de nuevo y no me ofendas.

«¿Que no lo ofendiera?».

Abrí mucho los ojos, sin embargo, la corrección me puso más caliente de lo que ya estaba. Él metió de nuevo la mano en el bolsillo y cambió la frecuencia del electroestimulador. Una sacudida aguda que me dejó sin aire, seguida de una parada de tres segundos y una vibración lenta de cinco.

—¡Ah!

—¡¿Cómo dices?! —Alzó las cejas, y yo me agarré con fuerza a las cadenas que me sujetaban a la cruz.

—He dicho, gracias —farfullé entre dientes—, dom Sin.

—Eso me parecía. Volvamos a empezar, y esta vez cuenta con respeto.

«Le iba a dar yo respeto cuando se giraran las tornas de nuevo».

—Seis…

Plas.

—Cinco…

Plas.

—Cu-cuatro…

Plas.

Mi pecho subía y bajaba agitado. La piel se calentaba, el pezón pujaba contra el adhesivo y mi sexo ardía dolorido y anegado en la humedad que ese hombre me provocaba.

—Tres… —jadeé entrecortada al ver el brillo de su mirada.

Me relamí los labios resecos justo antes de llegar al:

—Dos…

—Mejoras con cada número. Dime, Gata, ¿qué quiere este pezón? —Le dio la vuelta al *flogger* y torturó al susodicho paseando el extremo rígido del mango por él.

—Su boca, dom.

—Eso me parecía.

Volvió a cambiar el ritmo de la mariposa por unas pulsiones sordas, de vibración intensa, nada incómoda, al contrario, eran de lo más estimulantes.

Tuve que concentrarme para no irme bajo el peso de su mirada.

—¿Te gusta el juguete?

«Dios, ¡hazme decir de una puta vez el uno!».

No podía rebelarme porque, de hacerlo, ya me había dejado claro que volvería a empezar.

—Mucho, dom.

—Lo suponía por cómo te tiemblan las rodillas y se te eriza la piel. Sé una dulce gatita y tu deseo se te concederá.

—Sí, dom.

Volvió a agarrar bien su herramienta de placer doliente y tomó distancia.

—Dilo.

—Uno.

El impacto fue más contundente que los anteriores, cerré los ojos y dejé que un alarido liberador brotara de mi garganta cuando alargó el brazo y tiró de la improvisada pezonera. Fue todo muy rápido, como cuando la enfermera te quita un trozo de esparadrapo, salvo que, en lugar de una friega, me esperaba una succión intensa de su boca.

Tenía ganas de agarrarle el pelo, de morder su cuello, de envolver su cintura con mis piernas y que llenara ese vacío palpitante que

rogaba ser copado por su carne.

Todo era demasiado intenso con Jordan.

Si había tenido una mínima duda de que era todo lo que necesitaba, acababa de evaporarse.

Trazó pequeños círculos con la lengua que alentaban el pico de placer que me atravesaba y tenía línea directa con mi sexo.

Estaba hiperventilando cuando apartó los labios.

—Delicioso…

Tiré de las sujeciones de las muñecas, y él torció el cuello para admirar los restos de su impronta en mí.

Tenía el pezón arrugado, mojado, y mi piel se rebelaba alzándose en marcas rojizas.

—¿Te ha gustado el número seis?

—Me habría gustado más si no lo hubieras convertido en diez.

—Entonces, deberé ser más cuidadoso e intentar convencerte de que el diez es perfecto para ti.

No hacía falta preguntar para encontrar la respuesta al enigma. Estaba en su forma de mirar mi otro pecho y la promesa escrita en ella.

Apreté los labios a falta de poder hacer lo mismo con los muslos.

Tomé aire y lo solté.

—¿Sabes lo que tu dom espera que digas, KittyCandy?

—Follam-Diez.

Una sonrisa cargada de expectación empujó las comisuras de su boca.

No me corrigió, se encargó de hacerlo a través de la mariposa cuya frecuencia cambió a una de lo más perturbadora.

Vibración laaarga y tres pulsiones intensas, cortas, que podrían haberme hecho estallar en un orgasmo de no haber desviado mi mirada hacia Soph.

Necesitaba pensar en otra cosa.

Estaba siendo tomada por dos hombres. Uno de ellos era Vílchez, quien no dejaba de contemplarme sentado en su trono mientras ella estaba encajada analmente en él. El sumiso con el que jugaban le sostenía las piernas en lo alto a mi amiga y la embestía con fuerza por delante.

Sophie tenía los brazos en cruz y masturbaba a otros dos hombres al mismo tiempo.

Aparté la vista cuando Vílchez tiró de su pelo, susurró una orden en su oído y ofreció su boca a una dominatriz que le metió un par de dedos en ella.

Ni siquiera había notado el encuentro del *flogger* contra mi pecho.

Volví a centrarme cuando vi que Jordan tensaba la mandíbula al seguir la dirección de mi mirada.

—¿Quieres unirte a ellos, KittyCandy? ¿No te basta con lo que te doy?

—No, dom… —Temblé, y él alzó las cejas—. Solo quería… Necesitaba…

—Yo decido lo que necesitas.

«Era cierto».

—Lo siento, dom Sin.

—Vuelve a hacerlo y te ofreceré a otro amo sin miramientos.

Sentí pavor a perderlo. No quería eso.

—Lo haré bien esta vez, lo prometo.

—No me gustan ciertos juegos y mucho menos que mi sumisa no esté al cien por cien.

—No volverá a repetirse, solo quería… —Vi que no estaba receptivo a explicaciones—. Voy a centrarme.

—Te ayudaré. —Sacó el mando del bolsillo y presionó.

«Dios, Dios, Dios, ¡nooo!».

Me puse a jadear como una perra y eso que se suponía que era una gata.

Esa maldita frecuencia era la del orgasmo infinito, y por su mirada castigadora lo sabía tan bien como yo.

Tuve ganas de gritarle «cabrón» y correrme al mismo tiempo.

El ejercicio de contención que estaba haciendo era brutal y empeoraría cuando se dispusiera a manejar el *flogger*.

Quería gritar, gemir, correrme, insultarlo y que se hundiera en mí mientras ponía los ojos en blanco.

—¿La mariposa te ha comido la lengua, Gata? —preguntó socarrón.

—¡Diez! —proclamé con más ímpetu del que debería, y el golpe fue acorde a la violencia de mi voz—. ¡Nueve! —rugí.

Necesitaba que picara, que el dolor tomara el control y me separara de aquel placer atronador.

Plas.

—¡Ocho!

Mi volumen subía. Mi respiración se desordenaba y perdía la noción de lo que ocurría con el mundo.

Plas.

Del siete al tres me sentí al borde del colapso. Cada terminación nerviosa estaba al rojo vivo, y mi coño suplicaba que lo liberara de una vez.

Sudaba. Me llenaba de escalofríos. Hervía y pensaba que no sería capaz de cumplir.

—Solo te quedan dos, Gata… —farfulló Jordan.

Lo veía bajo una densa bruma que lo envolvía en un anhelo insoportable.

—No puedo…

—Sí puedes… Respira… Puedes porque sabes que te doy justo lo que necesitas. Puedes porque eres…

Sus ojos gritaban lo que él no decía: «Porque eres mía».

—Dos.

El número salió implorado, y la caricia del cuero me privó del aire que me faltaba.

—Danos el último número.

La palabra se me atascaba, la tenía anudada en mis cuerdas vocales.

—¡Hazlo! Hazme sentir orgulloso de ti, de tu cesión, de tu entrega.

La orden me atravesó librando el número atrapado en ellas.

—¡Uno!

Golpe. Tirón. Mariposa volando. Cremallera bajada. Clítoris agitándose sin remedio mientras mis piernas quedaban liberadas con un clic.

—Abre los ojos.

¿Los había cerrado?

Todo me daba vueltas. El oxígeno no me llegaba, y sabía que un simple roce podría hacerme pedazos.

—Mírame.

Con un esfuerzo titánico, lo hice.

Él estaba de pie, estoico, orgulloso y desnudo de cintura para abajo con un condón enfundando su evidente erección.

Tiró de la pezonera y, ante mi grito, me subió a sus caderas para encajarse sin un permiso que no necesitaba.

—No puedes correrte, KittyCandy. No hasta que yo te lo ordene.

Lo sabía, entendía que debía cumplir, sin embargo, no me ponía las cosas fáciles porque, en lugar de aguardar, había empezado a bombear.

—Eres como un jodido guante relleno de mermelada caliente y hecho a medida.

Los jadeos entrecortados acariciaban el cielo de mi boca, acompasando las estocadas profundas, duras, que rebotaban en cada maldita terminación nerviosa, elevándome sin remedio.

—Dios, Jordan…

—Shhh —murmuró en mi oído—. Lo sé, cariño, lo siento, te siento...

Por su puesto que lo sentía, era necesidad en estado puro.

—Aguanta un poco más, solo un poco más —gruñó, presionando el *plug* contra mi trasero.

Las siete mil terminaciones nerviosas que había en él se pusieron a aullar.

Nuestros sonidos inconexos reverberaban perdidos en el aroma a cuero, sexo y piel.

—Candela, joder, no hagas eso…

No sabía qué era lo que no podía hacer porque estaba en otro plano, uno en el que escalaba sin control, en el que la única parte que nos conectaba nos llevaba mucho más allá del plano físico o sexual.

—¡Mierda! —blasfemó, buscando mi boca para poseerla salvaje y empujarme hacia el límite de lo imposible.

No veía, no escuchaba, no era capaz de hacer otra cosa que no fuera percibirnos, constreñirlo porque no quería que fuera a otro

lugar que no fuera mi interior. Lo necesitaba dentro, bajo mi piel, en cada latido.

—¡Dios! —rugió—. ¡Córrete! ¡Me cago en la puta! ¡Córrete!

Y ya no hubo marcha atrás.

Me destruí, arrasándonos en un bramido que hizo temblar los cimientos de la teoría del universo.

Jordan y yo acabábamos de dar vida a uno propio y, por mucho que quisiera apartarse, nunca más podríamos orbitar el uno sin el otro.

CAP Í TULO 53



Jordan

Acababa de terminar la doma. El eco de los gemidos de KittyCandy aún vibraba en mis oídos, acompañado por el ritmo pausado de mi respiración intentando recuperar la calma.

Sus mejillas estaban enrojecidas, sus labios entreabiertos y esa chispa indomable aún brillaba en aquellos ojos entregados, que me desafiaban incluso en la sumisión. Su fuego era tan intenso que ni la doma más inclemente podía apagar.

Salí despacio de su interior, con pereza de abandonar la intimidad compartida.

Bajé sus piernas al suelo con suavidad y le pregunté si estaba bien antes de quitarme el condón, hacerle un nudo y guardármela.

—Todo lo bien que se puede estar después de haber intimado contigo —comentó resollante.

Le sonreí. Arrojé el preservativo a una papelera camuflada en la pared, al lado de la cruz, y me dispuse a encargarme de ella.

Saqué de la bolsa una toallita de aseo y recogí la mariposa y el *flogger* del suelo.

Me puse de cuclillas para limpiarla antes de cerrar la cremallera, ponerme en pie y desatar sus manos, que todavía estaban suspendidas en una postura poco cómoda.

Las masajeé, al igual que los brazos, era importante hacerlo tras mantener los músculos tensos en aquella posición forzada.

Sentía su mirada puesta en la mía, en un silencio íntimo que solo era roto por la música de fondo y los jadeos de los otros *bedesemeros*.

Sus pechos desnudos y enrojecidos daban fe de lo compartido, y en ese instante me hubiera gustado llevarla a un rincón alejado para hacerle el amor con suavidad y hacerle ver lo mucho que me había complacido.

No era lo que habitualmente hacía, pero sí lo que me apetecía con ella.

Una sombra alargada se proyectó en la pared que quedaba detrás de Candela.

No hacía falta que me girara para saber que la persona que acababa de acercarse no tenía una energía compatible con la mía, que me rozaba de forma incómoda, como una corriente eléctrica mal dirigida.

—Un bonito espectáculo, dom Sin —comentó la voz de acento marcado que tanto me repelía por recordarme a mi pasado.

Candela alzó la barbilla para enfrentarlo, y yo me vi en la necesidad de dar la vuelta para protegerla de su mirada.

Tenía una sonrisa que no llegaba a sus ojos y aquella voz aterciopelada poseía ese tono condescendiente que se clavaba como una astilla bajo la piel.

—Algo suave para mi gusto... Pero hermoso, al fin y al cabo.

Mi mandíbula se tensó de forma instintiva. No respondí de inmediato, dejando que el silencio hablara por mí mientras terminaba de acomodar a KittyCandy.

Sophie permanecía a su lado, con la cabeza gacha e innumerables marcas rojizas en la piel. También podía verse que no la había aseado, y sobre ella descansaban algunas corridas

No me gustaba ese modo de proceder. No obstante, a algunos dominantes y sumisos sí, por lo que no me iba a meter.

—Tal vez les apetezca tomar algo conmigo y mi esclava —continuó, su mirada deslizándose entre nosotros para detenerse sobre los pechos desprovistos de las pezoneras de Candela—. Quizá les gustaría replantearse una doma un poco más intensa... ¿Quién sabe? A veces, explorar límites desconocidos es donde se encuentra el verdadero crecimiento y el placer más genuino.

Su comentario rozó una fibra sensible. No porque dudara de mi capacidad como dom, sino porque tenía esa forma de sembrar la duda con elegancia, como si dejara la puerta entreabierta solo para ver si caías en la trampa.

No hizo falta que respondiera. KittyCandy lo hizo por mí. Su voz cargada de la seguridad que, en ese momento, necesitaba más que cualquier otra cosa.

—Dom Sin ha sabido llevarme donde ningún otro ha sido capaz. Su energía es perfecta para mí, y no deseo explorar otros límites que no sean los que él me impone.

Sentí un orgullo cálido y feroz expandirse en mi pecho. No solo por sus palabras, sino por la forma en que las dijo: firme, segura, sin un atisbo de duda.

Karali ladeó la cabeza, sus ojos centelleando con una curiosidad que no me gustó ni un pelo.

—Si todo lo defiende con la misma pasión, haría una buena carrera como letrada —comentó, dejando caer la frase con una intención que me llevó a pensar en las palabras de Candela cuando me dijo que se conocían de fuera.

Quizá era un abogado rival y se habían enfrentado en algún juicio.

El intercambio de miradas entre ellos era demasiado intenso. La sospecha empezó a instalarse en la parte trasera de mi mente, aunque no era el momento para preguntas.

Ella desvió la mirada, claramente incómoda.

—Estoy agotada —dijo de repente, rompiendo la tensión del momento. Se giró hacia su amiga, que observaba la escena con los ojos apenas alzados—. ¿Has terminado, o te quedas?

Karali chasqueó la lengua suavemente.

—Mi sumisa acaba de empezar, la noche es joven, larga, y ella quiere más…

KittyCandy le dedicó una sonrisa educada pero tensa.

—Pues yo no. Debo coger un avión a primera hora de la mañana y tengo que seguir haciendo la maleta.

Karali inclinó ligeramente la cabeza, su sonrisa transformándose en algo más afilado.

—¿Planes divertidos para el fin de semana?

—Trabajo —zanjó ella sin más explicaciones.

—Bueno, a veces el trabajo también puede ser de lo más placentero, espero que disfrute mucho de su escapada.

Había algo en su tono que no me gustó. Algo que se arrastró por mi columna como un aviso silencioso. Apreté la mandíbula y me dirigí a él.

—Si nos disculpan, como ha dicho mi sumisa, debemos irnos. Que disfruten de la noche.

—Igualmente, espero verles pronto… —murmuró, desviando rápidamente la vista sobre Candela.

La tomé de la mano en lugar de cogerla por la cadena y agarré la bolsa que quedaba en el suelo con mis utensilios de doma.

Nos alejamos sin mirar atrás, con la presencia de Karali pesando en el aire mientras nos dirigíamos a la zona de vestuarios.

Al llegar, miré a Candela, que seguía con la incomodidad moldeando sus facciones.

—¿Qué ocurre?

—Necesito una ducha y no me gusta ese hombre.

La tomé de la barbilla e hice que alzara su rostro para profundizar en sus ojos, buscando en ellos una verdad, aquello que silenciaba.

—¿De qué lo conoces?

—¿Importa?

«¿Lo hacía?».

—Imagino que no. —Ella asintió.

—De verdad que tengo que volver a mi piso.

Sabía que tenía ese fin de semana con su socio, ese con el que su padre quería que se casara… Pensé malhumorado.

—¿Has venido en tu moto?

—Con el chófer de Soph, ahora pediré un taxi.

—No hace falta, yo me ocupo y te dejo en casa.

—¿Por qué?

«Porque no me apetece separarme de ti».

—Quiero asegurarme de que llegues bien.

—Lo haré, voy en taxi, no haciendo dedo.

—Nunca se sabe, el mundo está lleno de tarados.

—Dijo el tío del látigo que me ha dejado las tetas rojas… —Resoplé—. Jordan, dejemos las cosas claras, tu responsabilidad ha terminado con la doma. Ya está, no tienes por qué velar por mi seguridad más allá de la mazmorra.

«¿Y qué pasa si quiero seguir ocupándome de ella fuera de aquí?».

Yo había provocado eso, no podía culparla por su respuesta, el incoherente era yo.

—Candela…

—No me gustan los juegos más allá del L&W. Sé que no confías en mí, no de la manera que a mí me gustaría, y no pasa nada, puedo no compartirlo y no entenderlo, sin embargo, lo respeto. Esta noche ha estado bien, pero… Ya está, gracias por la doma y por librarme de Karali, necesitaba ambas cosas. —Se puso de puntillas y besó mi mejilla—. Buenas noches, Jordan.

Desapareció tras la puerta del vestuario, dejándome hecho un manojo de dudas y planteamientos que no sabía si estaba dispuesto a afrontar.

«¡Mierda!».

Apoyé la frente contra la pared, como si su frescor pudiera enfriar el amotinamiento de ideas contradictorias que me sacudían por dentro.

No sabía en qué momento exacto había empezado a perder el control. Tal vez nunca lo tuve con respecto a ella, a su manera de sacarme de mi zona de confort.

Desde que había aparecido en mi horizonte, el caos se había adueñado de la coherencia.

Fingir que lo tenía todo atado era sencillo, sin embargo, el deseo y la rabia caminaban de la mano, amenazándome con empujarme al vacío. Un paso en falso, y me encontraría cayendo sin una red de seguridad que frenara la hostia.

Le dije que no quería que fuera mi abogada. Que no confiaba en ella. Que su cercanía con Clara y Damien contaminaba cualquier intento de objetividad.

Palabras y más palabras, precisas, frías, diseñadas para mantenerla a raya.

«¿A ella o a ti?».

Ya no estaba seguro, porque sin comerlo ni beberlo me encontraba atrapado en una espiral de pensamientos que me arrastraban de vuelta a ella, una y otra vez.

Acababa de irse, y debía hacer un esfuerzo titánico para que aquel hilo invisible no moviera mis pies como un autómata.

Su mera existencia, al otro lado de aquella pared, me impedía alejarme del todo.

Si era franco, no quería hacerlo, y eso era lo que me jodía más.

Pensar en tomar distancia me resultaba tan insoportable como admitir que lo que en realidad deseaba era sentirme como el agua, resbalando por su piel, tomando sus labios entreabiertos y su cuerpo brillante bajo el vapor.

«Es sexo».

«No lo es».

«Tiene que serlo».

«¿Por qué?».

«Porque no puedo aspirar a otra cosa. Porque nunca seré digno. Porque…».

Golpeé el yeso con ira mientras mi respiración se volvía pesada.

Mi mente era un puto campo de batalla.

Por un lado, la lógica: marcharme, mantenerme apartado, ser coherente con mis propias decisiones, entender que no estaba hecho para más de lo que podía ofrecer.

Por otro, ese impulso visceral que me empujaba hacia ella, que me susurraba que la coherencia no tenía cabida cuando su nombre latía bajo mi piel. No podía fiarme de ella. No debía. Y sin embargo, la idea de no tenerla cerca me resultaba más insoportable que cualquier traición posible. Además, estaban sus actos, aquellos que me llenaban el alma de unas posibilidades que me prohibí hacía años.

Quería cruzar esa puerta. Quería empujarla contra la pared, sentir su piel húmeda bajo mis manos, borrar con besos las palabras que pronuncié para apartarla, para que no doliera cuando cayera la venda de sus ojos y se diera cuenta de lo que era, de lo que jamás podría ser.

Era una mujer fantástica y merecía más de lo que podía entregarle, por mucho que deseara darme una oportunidad para sentir lo que jamás me había permitido. Lo anhelaba más de lo que debía desear, y eso me asustaba.

El problema no era ella, era yo. Mi incapacidad para controlar lo incontrolable, para frenar el cúmulo de emociones que me devoraban las entrañas.

Mi cabeza decía una cosa, mi cuerpo gritaba otra, y el corazón… Ese cabrón se reía de mí desde algún rincón oscuro.

Así que aquí estaba, atrapado en ese limbo entre lo que decía y lo que quería, entre la coherencia y la pasión más absoluta, preguntándome cuándo, exactamente, dejé de ser el hombre que creía tenerlo todo dominado.

Había venido para averiguar si alguien conocía el paradero de Selene y no había cruzado con nadie una maldita palabra sobre ella.

Todo había dejado de importar desde que mis ojos se posaron en Candela.

—¿Sigues aquí?

La voz me sacó de mis pensamientos.

Allí estaba el origen de mis desvelos, olía a recién duchada, y su aspecto poco tenía que ver con el de la sumisa que me había dejado allí fuera.

Debía ser de las pocas mujeres capaces de lavarse y vestirse a una velocidad supersónica.

—Te llevo a casa y no acepto un no como respuesta.

Gruñí antes de darme la vuelta, con el estómago hecho un nudo y a sabiendas de que yo solito estaba complicando las cosas.

CAP Í TULO 54



Candice

—¿Quieres subir? Quizá necesite que corrobores que no me está esperando un asesino a sueldo en el salón.

Sonreí por dentro. Qué ironía. La indiferencia calculada, el tratarlo como si lo único que hubiera querido de él fuera lo que ya había obtenido, surtió el efecto deseado.

Lo había alejado para que él solito, sin saberlo, se acercara más.

Los humanos éramos así de contradictorios. Nos obsesionábamos con lo que se nos negaba; lo que parece fuera de nuestro alcance se convertía en un anzuelo irresistible, y Jordan era mi codiciada presa, el hombre que deseaba conocer en todos los aspectos de su vida, más allá del sexo, aunque eso fuera terriblemente placentero con él.

—Será lo mejor, nunca se sabe —respondió él, con aquel tono neutro que no lograba disimular la tensión en su mandíbula.

El clic del cinturón de seguridad al desabrocharse disimuló mi risita.

Subimos en silencio, uno de esos que no necesitan palabras para llenarse. Me gustaba que fuera así, cómodo, expectante, lleno de enigmas por descubrir.

Las luces del ascensor parpadearon con una cadencia irregular, debían estar a punto de fundirse, igual que el ritmo de nuestro pulso compartido.

Sentía su presencia detrás de mí, tangible, como una sombra con vida propia mientras presionaba el botón y mi estómago se encogía. No por el ascenso, más bien por la perspectiva de una promesa no dicha que se colaba entre nosotros.

Me giré ligeramente, fingiendo ajustar el tirante de mi bolso, y nuestros ojos se encontraron. Sus pupilas dilatadas, la respiración apenas perceptible pero irregular. Éramos un campo minado de deseos contenidos. Me divertía ese juego invisible: inclinarme lo justo, dejar que el perfume de mi cuello flotara entre nosotros, fingir descuido en cada gesto calculado para que fuera consciente de que no llevaba sujetador bajo la blusa porque me gustaba el roce de la gasa sobre sus marcas.

Vi cómo apretaba los puños, los nudillos blancos por la tensión al verlas asomar, contrastando con el blanco del botón desabrochado de manera estratégica.

Antes de que el ascensor se detuviera, abrió la boca para decir algo, pero me escurrí, salvada por el ding y las puertas entreabiertas. Mis labios sonreían, y mis caderas le dedicaron un contoneo a sus ojos que no pasaría desapercibido. O eso esperaba.

El pasillo hasta mi apartamento se sintió más corto de lo habitual. Sus pasos detrás de los míos eran un recordatorio constante de su proximidad, como un eco grave que resonaba en mi columna vertebral. Cuando saqué la llave para abrir la puerta, su mano apareció junto a la mía, cerrando la distancia en un segundo. Me atrapó entre sus brazos, presionando con su figura sin llegar a tocarme del todo. Su aliento rozó mi oído.

—No tienes idea de lo que estás provocando.

Una carcajada silenciosa vibró en mi pecho. Giré la cabeza lo justo para que nuestras bocas casi se rozaran debido a su inclinación.

—¿Estás seguro? —susurré, dejando que mi voz derritiera los polos.

La puerta se abrió, y no dudé en avanzar, dejándolo atrás para que la cerrara. Echó un vistazo rápido, escaneando el espacio como

si buscara algo. O tal vez intentando no mirarme directamente. Fui derecha a la cocina, saqué un par de copas y puse música, una melodía con el volumen de un susurro que llenó el apartamento sin esfuerzo, además de dejar claro un mensaje que esperaba se clavara en él: me gustaba jugar con fuego y no tenía miedo a arder.

Sam Tinnesz entonaba la estrofa de *Play With Fire* cuando Jordan rompió el silencio.

—Tu apartamento es bonito y parece libre de asesinos.

—¿Eso quiere decir que te quieres ir?

Pregunté, buscando una botella de *whisky* y otra de licor de cereza.

—Podría ayudarte con la maleta. Solo para facilitarte las cosas —comentó desde el umbral del salón. Su voz era más ronca de lo habitual.

—Lo único que me falta por meter son las bragas —respondí con una sonrisa lacónica, dejando que la frase flotara en el aire.

Él carraspeó, ese tipo de sonido que se enredaba con facilidad en la piel.

—Eso es fácil, se me da bien, tanto sacarlas como guardarlas. Te buscaré unas apropiadas para el fin de semana. ¿Esa es tu habitación?

Dudaba que encontrara unas acordes a lo que él esperaba para que me fuera con Nate.

El pensamiento me hizo sonreír por dentro.

—Adelante —le indiqué, señalando la puerta mientras el licor caía sobre el hielo.

Escuché cómo se abría el cajón. Un par de segundos después, sus farfulleos llegaron hasta mí, acompañados de alguna que otra palabrota.

Me apoyé en la encimera, sonriendo para mí misma, disfrutando del juego que había empezado mucho antes de que él se diera cuenta. El sonido de la madera al cerrarse me indicó que había terminado su búsqueda. Sentí su presencia antes de verlo, la forma en que el ambiente parecía cambiar sutilmente cuando estaba cerca, como si la habitación inhalara con él.

Cuando regresó, traía en la mano una prenda de encaje negro. La sostenía entre dos dedos con una expresión que mezclaba diversión y una frustración apenas contenida.

—¿Esto cuenta como «apropiado»? —preguntó, alzando una ceja. La ristra de perlas, donde debería estar la tela de la entrepierna, hizo que me encogiera de hombros.

—Depende de para qué.

Me acerqué a él, tomando la copa que le había servido, y dejé que mis dedos rozaran los suyos al pasarle el vaso.

—A mi clítoris le encantan —susurré, tomando un sorbo de la bebida mientras mantenía su mirada atrapada en la mía.

El silencio que siguió fue diferente. No era incómodo, más bien cargado, como si cada segundo estirara la tensión que nos unía hasta el límite.

Se acercó un paso más, acortando la distancia hasta que casi podía sentir el calor de su cuerpo.

No dijo nada, yo tampoco. No hacía falta. La conversación se desarrollaba en las miradas, en los gestos mínimos, en la forma en que nuestros cuerpos se inclinaban el uno hacia el otro sin tocarse.

Cuando al fin rompió el contacto visual, fue solo para dar un trago y dejarla junto a la mía, en la mesa de cristal de la cocina, con un golpe sordo.

Supe que estaba perdiendo la batalla interna que llevaba fraguándose desde el club.

—¿Te importa si me pongo cómoda? —pregunté, llamando su atención.

No esperé a que respondiera para meter las manos debajo de la falda y deslizar el diminuto tanga.

Lo llevé a mi nariz y aspiré cerrando los ojos.

Casi podía oír cómo se le secaba la boca ante la provocación.

—Diría que están casi limpias, aunque no sé… ¿Qué opinas? —Se las arrojé y las capturó al vuelo.

El duelo de miradas ardió en cuanto aceptó el guante, o mejor dicho, mis bragas e imitó el gesto.

Esa vez a la que se le secó la boca fue a mí.

—Que estas tampoco son apropiadas y que están húmedas en el centro.

—¿En serio? No lo había notado…

Me giré para inclinarme un poco, provocarlo con las vistas y llevar mi copa a los labios.

Dejé que mi espalda hablara por mí, acentuando cada movimiento con una elegancia estudiada al contonear las caderas al ritmo de la canción.

Sabía que su mirada estaba clavada en el dobladillo de mi falda, como una caricia invisible que ardía más que cualquier contacto físico.

—Me encanta este tema, ¿a ti no?

Gruñó. Avanzó, y no me di la vuelta ni siquiera cuando llegó a mi espalda, abarcó mi tripa con la mano y me apretó contra su entrepierna dura.

—Deberías irte —susurré sin girarme. Mi voz era casi un suspiro—. No has sido de gran ayuda con la ropa interior, así que… Te despido como *personal shopper*.

No se movió. Y esa fue su respuesta, además de la mano libre alzando la prenda corta y golpearme la nalga con la palma caliente.

—No tienes ni unas apropiadas. ¿Dónde están las decentes? —preguntó, acariciando la zona afectada.

—Odio la decencia y las bragas con las que poder fabricar una tienda de campaña.

—Pues a mí me acabas de levantar una —admitió ronco.

—Esa ya lleva rato ahí plantada.

Su mano vagó por mi trasero, topándose con algo inesperado…

—¡Me cago en la puta! ¡¿Qué haces con esto puesto?!

«¡Sorpresa!». Me mordí la sonrisa.

Había dado con el *plug* joya que había reemplazado en el L&W, observé que el de gata le gustó, así que quise darle una sorpresa al llegar a casa... Porque sí, estaba segura de que vendría conmigo.

—¿A ti qué te parece? —Me incorporé para llevar las manos detrás de su nuca y que tuviera unas bonitas vistas.

—Sabías que te esperaría y que querría acompañarte… —murmuró derrotado.

—Sé muchas cosas que tú ignoras, como que eres un poco idiota cuando se trata de mí. También por no fiarte y negarnos esto.

Bajé las manos para desabrochar un par de botones más y permitir que mi blusa se escurriera por los hombros con facilidad, hasta morir en la cinturilla de la falda.

Noté cómo contenía el aliento y aproveché para coger su mano y llevarla a mi sexo.

Quería que sintiera lo que producía en mí.

No lo dudó y metió los dedos, resbalando con facilidad.

—Candela…

—Shhh, hay veces que hablar está sobrevalorado.

Murmuré, gozando con su contacto. Su forma de tocarme era una veneración, al igual que su manera de besarme el cuello.

Froté el culo contra su polla, y rugió.

—Me vuelves loco.

—Menos mal que ya somos dos —admití entrecortada, disfrutando del contacto.

Seguimos masturbándonos.

Logré desabrocharle el pantalón, aunque no fuera sencillo, y él hundió sus dedos en mí a la par que torturaba mi inflamado clítoris con la base de la mano.

—Tus tetas están preciosas con mis marcas…

Jadeé, sacándole la polla para masajearla entre mis manos.

Estaba tan rígida, tan caliente, y yo solo podía imaginarla en…

—Estoy muy lubricada —susurré.

—Lo noto.

—No me refería ahí.

—Candela… —Su voz estaba cargada de advertencia y la mía de un deseo incendiario que me llevó a apoyar los pechos contra el cristal helado. El frío contrajo mis pezones todavía más.

—¿Quieres comprobarlo? Quería estar lista para esto —comenté, torciendo el cuello para mirarlo.

Mi falda estaba completamente subida, tenía las piernas separadas y el cristal verde brillaba incitante.

Jordan descendió para llenarme el trasero de mordiscos y lametones mientras movía el acero en mi trasero.

Quería todo lo que pudiera darme, incluso aquellas palmadas picantes que rompían la cadencia de su lengua.

—¿Quieres que te folle? —cuestionó, tirando del *plug* hasta casi sacarlo al completo para volver a encajarlo.

—Siempre quiero que me folles.

—Tócate.

Llevé una de mis manos a la cima de nudos. Por el sonido, supe que se estaba desnudando.

—Ahora mismo tengo envidia de tus dedos y de ese puñetero juguete, eres mi mayor pecado capital.

—Pues yo no pienso bailar en el SKS. —Rio ronco—. Ven aquí, quítamelo y métete —lo invité sin dejar de acariciarme.

Un envoltorio cayó al suelo.

A los pocos segundos, sus dedos se hundieron en mis caderas y se meció entre mis pliegues con su erección.

Volvió a hacer estallar su mano contra mi carne.

Una, dos, tres veces.

A cada temblor, yo me encendía más.

Cuatro, cinco, seis…

Notaba mi piel arder.

Ocho, nueve, di…

—¡Ah!

De un empellón, se metió en mi vagina antes de que llegara mentalmente al diez y siguió jugando a la provocación con el maldito tapón.

Apenas podía respirar.

—Jo-Jordan… —dije su nombre entrecortada.

—No dejes de frotar.

La mesa amenazaba con partirse.

Entraba en mí como si tuviera todo el tiempo del mundo. Yo no lo creía así. Mi útero se contraía. Los músculos vaginales no dejaban de aprisionarlo, quería que cumpliera cadena perpetua en mi interior.

—Me encanta cuando haces eso —reconoció, ganándose otra constricción de mi parte.

«Y a mí me encantas tú».

Era cierto, no podía explicarlo de otra manera.

Volvió a jugar con mi puerta trasera, torturándome, llevándome al límite, haciéndome suplicar que quitara de una maldita vez el tapón, hasta que una de las veces tiró hasta el final y lo extrajo.

Cayó al suelo, y lo vi rodar bajo el cristal.

—¡Joder! Estás más que lista.

—Ya te lo advertí, llevaba uno de los grandes.

Aun así, sus dedos me tantearon.

Precipitó algo de saliva y esta se mezcló con el lubricante antes de que me metiera los dedos y los hiciera girar.

Había sido bastante generosa y seguía quedando en mi interior.

—Por-fa-vor… —murmuré al límite de la excitación.

Su polla abandonó mi vagina, ahora los movimientos circulares los trazaba con el glande, presionaba sin entrar del todo.

Quería gritar.

—¡Jordan! —espeté impaciente y finalmente entró sin dificultad.

Copándome al completo.

Los dos jadeamos al unísono.

Estaba teniendo mucho cuidado para no dañarme, lo que no quería decir que sus estocadas fueran poco profundas. Estaba demasiado excitada como para que doliera y que siguiera masturbándome me estaba dejando sin oxígeno.

—Más duro, más rápido, quiero, quiero…

Plas, plas, plas, plas.

«Eso, justo eso».

Iba al límite. Cada sensación se había multiplicado por mil. Mi cuerpo se tensaba como un arco implorando la liberación.

El cristal se había empañado fruto de mi aliento entrecortado, y ya no aguantaba.

—Me-me-me…

—Hazlo.

Aumenté la fricción de mis dedos y estallé con tanta violencia que tuve que agarrarme al borde de la mesa mientras mis gritos llenaban el salón al compás de sus palmadas.

—Esto es demasiado bueno —gruñó, arremetiendo contra mí.

Los últimos coletazos del orgasmo me abandonaron, y él salió.

—De rodillas —me pidió autoritario.

La falda plisada cubrió mis muslos al dejarme caer.

Se quitó el condón y se puso a subir y bajar piel frente a mi cara.

Abrí la boca y saqué la lengua.

—No es necesario que… —murmuró.

—Quiero saborearte, déjame que te pruebe.

Mi pecho subía y bajaba alterado.

Me miró con una intensidad feroz. Yo había adoptado la posición de sumisión, y en lo único que podía pensar era en recibirlo.

Su mano ganó vigor, la punta brillaba y pasé la lengua con descaro para notar el *precum* sobre las papilas.

—¡Dios! —espetó.

—Dámelo, Jordan, regálamelo.

Su abdomen se contrajo, y el primer chorro me cruzó la cara, el segundo lo dirigió mejor, alcanzando el interior de la boca, impactando contra mi garganta.

Me agarró la cara para hundirse en mí, dejándose llevar por mis succiones, se vino por completo hasta que ya no le quedó nada por entregar.

Sacó su miembro semierecto y me alzó hasta que estuve sobre mis zapatos de tacón. Me contempló como si me viera por primera vez, pasando los pulgares por los restos de mi mejilla.

Le sonreí.

Me sonrió.

Y nuestras bocas se encontraron en un lenguaje mudo que solo precisaba nuestro sabor.

Me cargó en brazos para llevarme a la cama.

«¡A la mierda la maleta y las bragas!».

CAP Í TULO 55



Candice

El aroma del café recién hecho flotaba en el aire cuando me apoyé en la encimera, la taza entre las manos, con una sonrisa que se dibujó sin esfuerzo. No había dormido demasiado, pero tampoco lo necesitaba. La noche había valido cada minuto que había necesitado para camuflar mis ojeras.

Jordan se había ido tras una ducha compartida con la promesa de que, a mi vuelta, seguiríamos averiguando hacia dónde nos llevaba esto. Sin etiquetas, sin pretensiones, despacio, zanjando la promesa con un beso lento en el rellano.

Sus palabras flotaban en mi mente, con su aliento cálido rozando mi piel.

Habían sido sinceras, sin evasivas ni excusas. Quizá por eso habían calado tanto en mí. Por primera vez, había dejado abierta una puerta que durante años me había empeñado en cerrar.

El sexo no era solo eso entre nosotros. Era un canal de comunicación en el que nos abríamos, nos entregábamos, formábamos un todo dispuesto a crecer, a expandirse, a ser.

Terminamos rendidos, nuestros cuerpos entrelazados en una maraña de sábanas desordenadas.

Mi cabeza descansaba sobre su pecho, sintiendo el ritmo pausado de su respiración, el calor de su piel bajo mis dedos mientras dibujaba líneas invisibles sobre los tatuajes que cubrían su torso.

Él no apartó mi mano, no rehuyó nuestra cercanía, solo observaba el techo con la mirada perdida, como si aún estuviera procesando lo que acababa de suceder.

—Ha estado bien… —murmuré, mordiéndome la sonrisa.

—¿Bien?

—Eso he dicho.

—Ha estado mucho mejor que bien —sentenció, provocando que me riera mientras me daba la vuelta para tumbarse sobre mí. Con los ojos brillantes y el pelo disparándose hacia todas partes.

Estaba tan guapo que dolía.

—Vale, te doy un notable.

—No merezco menos que un diez —gruñó, buscando mi boca. Separé de inmediato los muslos para hacerle hueco, aunque mi entrepierna ardía y la suya no estaba para nada rígida. Estábamos exhaustos.

—Vaaale —arrastré cuando raspó mi cuello con su barba de dos días y volvió a recolocarnos como estábamos antes.

—No sé qué has hecho conmigo —confesó—, por mucho que intento distanciarme…

—¿Y quién te lo ha pedido? —murmuré, pasando las uñas por su pecho.

—Imagino que no estoy acostumbrado a que me pasen cosas así.

—¿Así?

—Como tú.

—Si necesitas elaborar una lista de pros y contras, para evaluar si merezco el esfuerzo, lo entenderé.

Su pecho vibró con una leve risa, pero no tardó en negar con la cabeza.

—¿Y qué pondría en esa lista? —preguntó, girando el rostro hacia mí.

—En los pros..., indudablemente, lo increíble que soy en la cama —enumeré, juguetona, mientras mi dedo recorría el borde de uno de

sus tatuajes—. También hago un café espectacular, que no tiene nada que ver con el americano, y que puedo conseguir que admitas cosas que te cuestan, que las tienes enterradas aquí —pasé la yema sobre su corazón— y que yo soy capaz de asumir.

—Ah, ¿sí? —Su mirada chispeó con algo parecido a un desafío—. ¿Y en los contras?

—Pues que soy increíble en la cama —respondí con fingida seriedad—. Y tu polla no volverá a ponerse dura nunca si me dejas escapar.

Jordan soltó una carcajada genuina y pasó una mano por mi espalda, sus dedos rozándome como si estuviera memorizando mi forma.

—Creo que ahora mismo tampoco podría endurecerse aunque quisiera.

—Dale un poco de tiempo y espacio en mi boca —respondí socarrona—. Mi saliva es maravillosa.

—Toda tú lo eres —murmuró.

Su tono había cambiado.

—Quizá no sepa cómo hacer que esto funcione, Candela. No estaba preparado para algo así, para alguien como tú, que me hace pensar en cosas que jamás creí merecer.

Su sinceridad me desarmó un segundo. Había una vulnerabilidad en sus palabras que rara vez dejaba entrever. Aparté la mirada de sus tatuajes para buscar sus ojos en la penumbra de la habitación.

—Mereces todo lo bueno que te pase y, si consideras que yo lo soy, no me cierres la puerta. Tampoco es que sepa cómo hacer esto o me hubiera preparado para ello —admití—, sin embargo, no quiero dejar de intentarlo porque mereces mucho la pena, y quien te haya hecho sentir lo contrario es un gilipollas. Yo tampoco me había sentido así con nadie, por si te sirve.

El silencio se acomodó entre nosotros, pero fue un silencio distinto. Uno que no pesaba, sino que dejaba espacio para respirar.

Jordan asintió con lentitud, deslizando los dedos por mi brazo hasta entrelazarlos con los míos. No había promesas grandilocuentes, pero sí un entendimiento mutuo. Y eso, por el momento, era suficiente.

—Deberás tener paciencia conmigo —musitó.

—Y tú no salir huyendo a las primeras de cambios. Soy consciente de que todavía no lo haces, pero quiero que confíes en mí. Te demostraré que no voy a traicionarte y que merezco que apuestes por mí.

Acaricié su rostro, y él me miró con el deseo del que anhela creer en algo con todas sus fuerzas.

—Intentémoslo —musitó justo antes de bajar hacia mi boca para volver a besarme.

Un golpe en la puerta interrumpió el hilo de mis pensamientos. Dejé la taza en la encimera y alisé mi americana antes de abrir.

Nate estaba al otro lado, con su chaqueta al hombro, la maleta de viaje en la otra y una expresión amable, aunque levemente tirante.

—¿Lista para que nos vayamos al aeropuerto? —preguntó con una media sonrisa.

—Sí. Pasa, estaba tomando café. ¿Quieres uno?

Dudó un instante, pero finalmente asintió.

—Sí, gracias. No estará mal un café para despejarme.

Entró en el apartamento, echando un vistazo rápido antes de dirigirse hacia la mesa. Mientras preparaba su taza, su voz llenó el espacio con naturalidad.

Me preguntó si tenía mis documentos y la maleta lista, me habló sobre sus dudas con el acuerdo con Vílchez y las expectativas que le generaba el fin de semana. Yo asentía de vez en cuando, respondiendo con monosílabos mientras presionaba el botón de mi cafetera italiana automática y mi mente derivaba en otras cuestiones.

Tragué con fuerza al pensar en mi encuentro con Vílchez en el club, temía que influyera en algo, aunque decidí no mencionarlo. Aquel no era el momento, y no quería que Nathan entrara en aquella parcela de mi vida.

No parecía sospechar nada, y ahora que había un sutil cambio en su actitud, no quería estropearlo.

—¿Estás escuchándome? —preguntó, arqueando una ceja.

—Sí, claro —respondí automáticamente, extrayendo la taza de la cafetera.

Nathan se movió para apoyarse en la mesa y, sin querer, golpeó algo con el pie. Un leve tintineo resonó en el suelo. Bajó la mirada y frunció el ceño antes de agacharse.

—¿Qué es esto? —murmuró, recogiendo el objeto entre los dedos.

La taza osciló entre los míos al reconocer el objeto y el último lugar en el que había estado.

Un instante de absoluto silencio se instaló entre nosotros cuando su mano alargó el *plug* de acero con el cristal verde en el extremo. Lo sostuvo en el aire con una expresión que oscilaba entre la confusión y la incredulidad.

Yo simplemente busqué una excusa, con la esperanza de que esa mirada de extrañeza significara que no había tenido el gusto de encontrarse con otro igual en su vida.

Le di la taza y tiré del objeto para arrebatárselo.

—Es un tapón joya para la licorera, me lo regaló Soph ayer, se me debió caer.

—¿De dónde? ¿Del culo?

Abrí y cerré la boca como un pez y vi su expresión llena de condescendencia.

—Sé lo que es, Candice, no nací ayer. Lo que sí ignoraba es que te gustaran estas cosas.

—Mejor lávate las manos antes de tomarte el café. —Nate alzó las cejas.

—¿Noche movida? —preguntó, encaminándose a la encimera para echarse un chorro de jabón y hacer espuma entre ellas.

—No creo que estemos preparados para esta conversación todavía.

Se limitó a asentir, y yo devolví el objeto a un lugar seguro, lejos de miradas indiscretas en mi habitación, ya lo asearía bien cuando volviera.

Cuando regresé al salón, Nate ya tenía las manos secas, su taza estaba vacía y reposaba limpia en la cocina.

—¿Nos vamos?

—Sí.

Cogí el bolso, el maletín y me acerqué a la maleta mientras Nathan se adelantaba para abrirme la puerta.

—Candice.

—¿Sí? —pregunté, mirando en su dirección.

—Te dije muy en serio lo del otro día. Quiero que volvamos a tener la relación que se jodió cuando compliqué las cosas…

—Yo también, Nate. Poco a poco.

—Poco a poco.

CAP Í TULO 56



Sepúlveda

No había dormido mucho. Ni siquiera bien. Me pasé la noche revisando los informes, tratando de encontrar esa maldita conexión que sabía que existía, pero que se escapaba por los márgenes.

El caso de Clara se estaba enredando demasiado, como si cada nueva pieza añadida solo sirviera para ocultar otra, en lugar de darme una visión completa.

Encendí el ordenador y abrí el informe del almacén.

La nota encontrada allí seguía sin descifrarse, como un maldito jeroglífico que se burlaba de mí. A cada minuto que pasaba, la impaciencia iba ganando terreno, por que no solo estaba el caso Goldstein, también necesitaba quitarme la sensación de que mi investigación primigenia iba por buen camino, no como Vargas pretendía hacerme creer.

Martínez entró sin llamar, como siempre. Llevaba dos cafés en la mano y la misma expresión de cabrón satisfecho con la que se paseaba por la comisaría desde que era padre.

—Traigo combustible —anunció, dejando uno de los vasos sobre mi escritorio antes de acomodarse en la silla frente a mí—. Y una pregunta que no te va a gustar.

Le lancé una mirada cansada antes de dar un sorbo a mi café.

—¿Desde cuándo filtras lo que me gusta o no?

—Desde que descubrí que la mala leche puede ser contagiosa —se burló—. ¿Has pensado que tal vez Jordan Stein no sea el tipo al que Vargas debería estar persiguiendo?

El café casi se me atragantó.

—¿Perdón?

Martínez se encogió de hombros, con esa media sonrisa que solía poner cuando estaba a punto de soltar algo que sabía que no me gustaría.

—Janelle me llamó el otro día y me pidió que le echara un cable. Dice que estamos yendo a por el hombre equivocado. Y la verdad, cuando hablé con ella y revisé las pruebas contra Stein, no sé…, me pareció que las cosas no terminaban de encajar.

Suspiré y dejé el café sobre la mesa.

—¿Que no terminan de encajar? Pero si está a punto de ser detenido. No puede haber más pruebas en su contra, y todo apunta en su dirección.

—A eso me refiero, es como si se hubiera hecho encaje de bolillo, todo cuadra demasiado bien, como si nada se hubiese dejado al azar.

—Déjame adivinar. ¿Esto tiene más que ver con lo que Janelle le hizo a tu polla en el pasado que con la investigación en sí?

Él chasqueó la lengua.

—Vamos, jefa, no seas desconfiada. Yo siempre investigo con el máximo rigor… y si además me ayuda a saldar deudas personales, pues qué le vamos a hacer —dijo con un guiño antes de ponerse serio—. Escucha, solo te pido que lo mires desde otra perspectiva. ¿De verdad Stein sería capaz de matar a uno de sus chicos? Las veces que lo hemos visto no parecía tener instintos asesinos.

—Sabes tan bien como yo que no se puede juzgar un libro por su portada.

—Ya, pero insisto, es todo demasiado perfecto, demasiado bien colocado. A mí me da la impresión de que alguien trata de incriminarlo.

—¿Quién?

—No lo sé, por eso Janelle quiere que la ayudemos.

—Por el amor de Dios, ¡soy inspectora de Homicidios, no Sherlock Holmes! —Fruncí el ceño—. Stein no es a quien perseguimos, es el caso de Vargas.

—Sabes tan bien como yo que ese gilipollas te la tiene jurada.

¡Claro que lo sabía! Y ese cabrón había sido claro cuando me pidió que me mantuviera al margen.

—¿Y si su caso tiene relación con el de Clara?

—¿Porque un pelo de West ha aparecido en la escena del crimen de Goldstein?

—Quizá se acostaba con los dos, eso no lo sé, pero, según la declaración de Stein y lo que me dijo Janelle, Clara estuvo en el SKS la noche antes del asesinato de Damien. Se fueron juntos. Ella piensa que eran amantes, mientras que Stein jura y perjura que no tenía idea de que el sumiso al que domaba virtualmente era uno de sus chicos, que lo hizo como favor a su dominatriz, que está en un curso en París. Janelle me comentó que hay un contrato, pero Stein no lo tiene y nadie ha sido capaz de contactar con esa mujer desde que se fue.

Solo me faltaba Martínez para que Jordan adquiriera el papel de pieza mal colocada dentro del mismo puzle.

Mientras mi compañero seguía con su incesante parloteo, me fijé en que había llegado el mail que solicité sobre las empresas de Goldstein.

¡Por fin!

Hacía días que los estaba esperando. Me puse a leer desconectando de la teoría de la conspiración que sufría la bragueta de mi compañero.

Janelle, Nancy y él habían estado jugando a los triángulos durante un buen tiempo, y eso podía nublar su perspectiva.

Algo en uno de los documentos llamó mi atención.

Era un contrato firmado algunos meses antes de la muerte de su marido.

Nada sospechoso a simple vista, pero el nombre de la empresa me resultó alarmantemente familiar.

—Mierda…

Martínez dejó su café y se inclinó sobre la mesa.

—¿Qué? ¿Me estabas escuchando?

—No.

Él bufó mientras yo ampliaba el documento señalando la firma.

—Fíjate en este nombre. Aquí está la firma de Clara Goldstein, es un contrato de alquiler, y fíjate en la dirección...

—¡Es la del maldito almacén!

—Joder, joder, joder… ¿La mujer de Goldstein era la propietaria del lugar en el que Simon Rush creaba la sustancia que nos comentó Ramírez?

—Piensas que ella podría estar conectada a… —Martínez soltó un silbido bajo.

—Nuestras embarazadas —concluí.

La cabeza me iba a mil. Clara podría ser un gancho. Era guapa, adinerada, exmodelo… ¿Y si tenía un negocio al margen de su marido, este lo descubrió y, al amenazarla, ella y su amante decidieron cargárselo?

Nos quedamos en silencio un segundo. El caso acababa de volverse aún más complicado, pero al menos, ahora teníamos algo sólido. Algo que podía cambiar por completo la dirección de la investigación.

Quizá Clara Goldstein tuviera más capas de lo que parecía.

Necesitaba citarla, ponerla contra las cuerdas y atornillarla cuanto antes.

—Vamos, Martínez, necesitamos hacer una visita matutina…

—¿Y el café?

—Pillaremos uno mejor de camino.

Salí precipitada y choqué con Vargas sin pretenderlo.

—A ver si miras por donde vas… —me apartó.

—Y tú aprendes a no cruzarte en mi camino —lo desafié. Él se cruzó de brazos y arrugó la nariz.

—¿Te has cambiado de ropa en el último mes? Apestas, aunque quizá sea esa cara de mierda que llevas.

—Tranquilo, Vargas, no todos tenemos el lujo de pasarnos el día sentados en la oficina calentando la silla mientras nos echamos perfume de hipocresía —repliqué al mismo tiempo que Martínez se tragaba una risilla.

—¿Trabajo real? —se burló—. ¿Es eso lo que llamas meterte en mi caso como una sabuesa sin correa? —Miré de reojo a César—. ¿Qué? ¿Pensabais que no me enteraría que habíais estado hurgando en mis asuntos?

—¿Tus asuntos? —resoplé—. ¿Esos que se desmoronan porque crees que todo es tan sencillo como meter a Stein entre rejas y largarte a casa a celebrar?

Vargas chasqueó la lengua y se inclinó hacia mí con esa actitud de sobrado que siempre me había tocado los ovarios.

—Sabes lo que pasa cuando te metes donde no te llaman, ¿verdad?

—Sí, que termino encontrando lo que tú pasaste por alto —le solté con una sonrisa sardónica.

Martínez carraspeó para llamar nuestra atención, pero su sonrisa divertida delataba que estaba disfrutando del espectáculo.

—Jefa, creo que le estás dando dolor de cabeza al pobre Vargas. Quizá necesite un *hostiaprofeno* o un *mecagoentuputamol*.

El aludido le dedicó una mirada asesina.

—Preocúpate de hacer tu trabajo y no de hacerle de perrito faldero a Sepúlveda, das pena —gruñó Vargas.

—Si fuera su perrito faldero, ya me habría meado en la farola de tu pierna, aunque si todo esto es para que te enseñe el rabo, puedo acompañarte al baño y hacer realidad tu fantasía de que te den por el culo de una vez por todas —anotó Martínez, con su característico tono burlón.

Vargas bufó y estaba a punto de soltar otra de sus amenazas veladas cuando su compañero apareció por el pasillo con Jordan Stein esposado.

El cabello despeinado, la mandíbula apretada y la mirada endurecida. Pero incluso con las esposas rodeándole las muñecas, Stein no parecía ni un poco derrotado. Si acaso, su actitud irradiaba una calma peligrosa.

Vargas sonrió de lado y miró a su compañero con aire satisfecho.

—La conversación ha sido entretenida, salvo que algunos trabajamos y tenemos que dar la bienvenida a los nuevos inquilinos del calabozo. —Nos miró a uno y al otro—. Manteneos alejados.

Le di una última mirada a Stein y tuve la sensación de que Martínez igual no estuviera tan equivocado después de todo. Lamentablemente, ni era mi caso ni yo tenía tiempo que perder.

CAP Í TULO 57



Jordan

El sonido de mis propios pasos en el pasillo de la comisaría se mezclaba con el murmullo de voces, teléfonos sonando y el tecleo incesante de los ordenadores. Esposado, con el agarre firme de Carrey guiándome, me daba la impresión que cada metro era más largo que el anterior.

Vi a Sepúlveda junto a su inseparable compañero antes de que me hicieran torcer hacia la derecha.

Me contemplaba ceñuda, como si tratara de decidir si era correcto que entrara de aquella guisa en su territorio.

No era la primera vez que me llevaban detenido, pero sí la primera en la que no tenía claro cómo iba a salir de esta.

El eco de la última noche con Candela aún vibraba en mi cabeza.

Su piel, su olor, la sensación de haber cedido a algo que llevaba tiempo evitando por miedo a no ser suficiente...

Y, menos de siete horas después de haber dejado su apartamento, estaba ahí, caminando hacia una celda mientras ella ni siquiera sabía lo que estaba pasando.

Como era lógico, pedí que llamaran a mi abogado para que intentara librarme de esta. No era otro que Hall, en serio que no había tenido tiempo de encontrar a otro por mucho que le hubiera dicho a Candela que ya tenía uno nuevo.

Sabía lo que me diría Simon en cuanto me viera: «Te lo advertí».

—Quiero mi llamada —solté en cuanto me metieron en la sala de espera de detención. Vargas, quien se había sumado pocos instantes después de que entrara, me empujó contra el asiento.

—Sabes cómo funciona esto, Stein. Tu abogado ya ha sido notificado.

Me tensé en la silla mientras observaba la actividad a mi alrededor.

Todo aquel ajetreo, las miradas de algunos agentes que reconocían mi cara por lo que se había dicho de mí en los medios, la sensación de estar atrapado sin control.

No importaba lo acostumbrado que estuviera a moverme entre la gente, a que cuchichearan a mi alrededor, eso era diferente. No podía resolverlo ni con dinero ni con carisma. Y lo que más me jodía era que no tenía a nadie a quién recurrir, salvo a Hall, porque encima Candela estaba fuera de fin de semana con el abogado que quería sus bragas.

A los veinte minutos, un agente se acercó para informarme de que mi abogado había llegado, esa vez me había negado a declarar si él no estaba presente.

Hall entró con su habitual expresión tranquila y controlada. En cuanto lo vi, supe que aquello no iba a ser una conversación agradable.

—Déjennos un momento —pidió con su tono profesional.

El policía lo miró con fastidio, pero terminó haciéndole un gesto al oficial para que nos dejara unos instantes.

—Voy a avisar al inspector al mando de que ya está aquí —comentó antes de cerrar la puerta.

Hall se sentó frente a mí y entrelazó los dedos sobre la mesa antes de hablar.

—¿Qué demonios has hecho, Jordan? ¿Por qué estoy aquí?

Apoyé los codos sobre la mesa y solté el aire despacio antes de responder.

—Despedí a la señorita Star.

—¡¿Que hiciste qué?! —Su expresión dejaba claro que lo veía una muy mala idea.

—¡No me fiaba de ella! ¿Sabías que era la abogada de Clara Goldstein y que la viuda se acostaba con Damien? —pasó la mano por el cuello de la camisa como si se ahogara—. Creí conveniente contratar a otro abogado que no estuviera contaminado o que pudiera tener intereses...

Hall apretó la mandíbula y negó con la cabeza.

—¿Intereses? No puedo creer que hicieras eso, Jordan.

Hasta a Simon le parecía ridículo.

—Gracias —espeté con ironía.

—No, en serio. La echaste por algo que cualquier abogado penalista ha visto mil veces. Esto no es personal, son casos complicados, con conexiones inesperadas. Pero si había alguien que podía sacarte de esta, era Star. ¡Que yo no me dedico al derecho penal, ya te lo dije! —Su mirada era de pura frustración.

—Lo sé, es que no tuve tiempo de encontrar a otro.

—¿Y ahora qué hacemos? No es mi especialidad, así que estamos hasta el cuello.

—¿Puedes sacarme, o no? —pregunté con impaciencia.

Hall suspiró y se frotó la cara.

—Voy a intentarlo, pero no va a ser fácil. Necesito saber qué es lo que tienen, por qué te han detenido, si han aparecido nuevas pruebas y si el juez ha puesto fianza, aunque siendo fin de semana, la cosa puede alargarse. Además de que tendré que buscar a alguien que te convenza más que la señorita Star.

—Reconozco que eso fue una metedura de pata por mi parte, no quiero a otro, llámala. Sé que está fuera el fin de semana, pero regresa el domingo. Dile de mi parte que soy un gilipollas, que le suplico que se ocupe de mi caso y que lamento haber sido tan capullo y no separar las cosas.

—Me alegra tu decisión. Haré lo que pueda mientras regresa.

Me pasé las manos por el pelo, exasperado. Era de los que, si se equivocaban, sabía recular y pedir disculpas. Estaba atrapado. No tenía elección y la maldita Selene no aparecía.

—Voy a hacer mi trabajo, Jordan. Solo espero que la situación no empeore.

—No lo hará. Si no puedes sacarme, me adaptaré hasta que ella vuelva.

La puerta se abrió de golpe para dar paso a Carrey y a Vargas.

Odiaba esa sonrisa de satisfacción del inspector que le hacía parecer un tiburón oliendo sangre. Mi abogado me hizo un gesto sutil para que guardara silencio, pero no pensaba hacerlo.

—Tranquilo, Simon, no tengo nada que ocultar —solté antes de que el inspector hablara.

Vargas sonrió con desgana y hojeó el expediente.

—Bueno, bueno, bueno... Se lo advertí, Stein, le dije que, si no nos contaba toda la verdad, la averiguaríamos por nuestros propios medios y que después sería peor. Y ahora…

—Es peor —añadió Carrey como buena sombra que era.

Alcé las cejas como si la conversación no fuera conmigo.

—¿Qué hizo la noche del asesinato de Damien West?

Inspiré hondo. Sabían exactamente lo que había hecho, porque se lo conté cuando me trajeron a comisaría la primera vez. Era consciente de que lo único que intentaban era dar con algo a lo que agarrarse y que pudiera volverse en mi contra.

—Ya se lo dije, Damien estaba mal y fui a llevarle la cena.

—Un gran jefe, señor Stein… No veo a mi comisario trayéndome un tazón de sopa caliente y, mucho menos, una cena de un restaurante caro porque no me encuentre bien.

—Tal vez deba merecerse ese trato.

—¿Como West? —inquirió incisivo—. ¿Qué hizo para merecerlo? ¿Por qué se lo llevó? Deje que lo adivine… ¿Puede que fuera por las innumerables contusiones que reveló la autopsia y que no fueron proferidas la noche de autos?

—No hace falta que respondas a eso —farfulló Hall, ganándose una mirada depredadora de Vargas.

—Damien West fue atacado la noche anterior —aclaré.

—¿No me diga? —cuestionó Vargas.

—Imagino que, si tienen a mi cliente retenido en esta sala, será porque tienen pruebas concluyentes en lugar de teorías de la conspiración, porque de no ser así…

—Le aseguro, señor Hall, que el señor Stein no va a salir de aquí y, si dependiera de mí, la perpetua se le quedaría corta. ¿Sabía que su cliente llevó al señor West a una clínica para gente sin recursos cuando podría haberlo llevado al hospital? ¿Y sabe por qué? Porque ese lugar le pertenece a uno de los hombres que trabajan para él, así se garantizaba el silencio de las lesiones que presentaba Damien West.

—¡Eso no es cierto!

—¿El qué? ¿Que lo llevó a la clínica? ¿Que es de uno de sus trabajadores? ¿O que pidió discreción al socio de Corey Blackwood?

Apreté los labios.

—Ya veo… Resulta que el juez nos dio permiso para reclamar los informes y han revelado cosas de lo más interesantes, quizá le gustaría decir algo al respecto.

Bufé.

—Damien me llamó porque, según él, había sido atacado por el marido celoso de una de las clientas y este lo había golpeado.

—¿Qué clienta? —se interesó Vargas.

Los ojos de Hall me decían que no siguiera, aun así…

—Clara Goldstein.

Carrey soltó una risotada, y Vargas una palmada en la mesa.

—Por supuesto, un marido celoso… —repitió, fingiendo tomar nota —. Y muy muerto, porque ¿entiendo que se refería al fallecido David Goldstein? A no ser que su viuda se casara en la última semana.

Por mucho que sonara a contradicción, no me amilané.

—Eso fue lo que él me dijo. No habló de los señores Goldstein en concreto. Sé que estaba con ella porque revisé los vídeos de seguridad del club tras su muerte para ver si podía averiguar algo y hablé con mi hombre de seguridad. Él me confirmó que se fue con ella, la reconoció porque su cara sale en todos los medios.

—¿Y el marido vino en formato espíritu?

—A esa pregunta no puedo darle respuesta, eso fue lo que me dijo Damien. Quizá no se trataba de su marido…

—¿Insinúa que Clara Goldstein tenía un amante?

—Yo no insinúo nada, ya le he dicho lo que sé.

—Ajá, y entonces lo llevó a la clínica, porque le pidió auxilio. ¿Tardó mucho en llegar?

—No.

—¿A qué hora fue? Lo digo porque hemos revisado el registro de llamadas del señor West, y si fue de inmediato… —chasqueó la lengua—, no coincide con lo que cuenta, me refiero a que pasó mucho tiempo desde que hablaron hasta que abrieron su expediente médico en la clínica.

—No lo llevé de inmediato —carraspeé incómodo.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no? ¿Decidieron echar una partida a las cartas? —Si hubiera podido, le habría plantado un puñetazo en su absurda cara—. ¿Dónde recogió a Damien West?

—En un motel.

—Qué conveniente, ¿en cuál?

—El Savage. —Vargas ladeó la cabeza con burla.

—El Savage no es un motel, es un picadero, un lupanar, un local al que acuden trabajadores sexuales… El lugar perfecto para darle una paliza discreta a un sumiso amante del látex.

—No fui a tener una sesión con Shadow, ni siquiera sabía que él y Damien eran la misma persona. Nuestras sesiones no incluían contacto físico, eran virtuales.

—¿Y qué hacía, según usted, su trabajador allí?

—Tenía una habitación alquilada. Yo no me meto en lo que los chicos hacen fuera del club. Me dijo que, como el descampado donde aparcó su vehículo estaba cerca y no se veía con fuerzas para conducir, decidió ir al Savage y tumbarse allí para esperarme. Al principio, no quería ir al hospital, me costó convencerlo —respondí, manteniendo la compostura.

—No quería ir, pero lo llevó a la clínica privada del doctor Blackwood, qué oportuno, ¿no le parece?

Me tensé. Vargas estaba disfrutando de esto.

—Jordan… —intervino Simon.

—Tranquilo —lo serené—. No tengo nada que esconder. —Centré mi atención en Vargas de nuevo—. Intenté convencerlo de que fuera a urgencias, pero me dijo que no tenía seguro, seguí insistiendo y, al final, accedió a que lo llevara a la clínica del doctor Blackwood.

—No fue la única concesión de esa noche —murmuró Vargas, hojeando unos papeles, y sacó un informe que deslizó sobre la mesa para que lo viera—. Según el examen forense, el chico tenía algo más que una buena paliza. Mostraba signos de desgarros anales recientes. Y no voluntarios.

Un frío helado me recorrió la espalda. Porque aquella información removió fantasmas de mi pasado.

—¿Tiene idea de quién le dio por el culo en contra de su voluntad?

—Inspector, lo que está sugiriendo… —intervino Hall.

—Yo no sugiero nada, el informe médico dice que Damien West podría haber sido agredido sexualmente, además de golpeado duramente. —Vargas me sostuvo la mirada—. Su móvil y el del señor West estuvieron juntos el suficiente tiempo como para que usted fuera el artífice tanto de la pelea como del desgarro. Triangulamos las señales, y estuvo un buen rato en esa habitación con West.

—¡Yo no lo agredí! —grité.

—Seguro que el juez le creerá después de que le mostremos el vídeo en el que lo forzaba a meterse consoladores de gran tamaño por el ojal y que fuera la última persona en verlo con vida la noche en que fue asesinado.

El mundo pareció cerrarse sobre mí. Una náusea se enroscó en mis tripas.

—Yo nunca tendría sexo en contra de la voluntad de nadie. —Miré a mi abogado, que estaba desencajado—. ¡Simon!

—Su abogado no puede hacer nada con sus desviaciones sexuales... Por eso tenemos una orden de arresto. Y créame que esto no ha hecho más que empezar.

El aire en la sala de interrogatorios se volvió más denso, cargado de una tensión sofocante.

Carrey permanecía apoyado en la pared, en un segundo plano, observándome con los brazos cruzados, como si ya tuviera la certeza

de que era culpable.

Mi abogado carraspeó, intentando intervenir, pero Vargas levantó una mano, disfrutando demasiado de su espectáculo.

—Tenemos a un chico guapo, joven, sumiso, golpeado y violado, que acabó muerto poco después de estar con usted. Y por lo que hemos averiguado… Usted se vendía en España, participó en una operación policial en la que retenían a menores contra su voluntad y…

—¡Basta! —espetó Hall mientras a mí me faltaba el aire—. Que yo sepa, no se está juzgando a mi cliente por su pasado.

—Puede que no, no obstante, quizá sus antecedentes le generaron algún tipo de trauma. ¿Va o ha ido al psicólogo, señor Stein? —Vargas dejó el informe sobre la mesa con un golpe seco.

—Yo. No. He. Hecho. Nada —mordí cada palabra.

—Puede seguir jugando a ser el inocente, aunque entre usted y yo, ambos sabemos que no lo es. ¿Por qué no lo suelta de una maldita vez y se libra de ese peso que debe estar carcomiéndolo?

Respiré hondo, manteniéndome firme. No iba a caer en su juego.

—Se lo repito. No he hecho nada de lo que me está acusando. No tengo ni puta idea de quién pudo hacerle eso antes de que llegara. Lo único que hice fue cuidarlo y preocuparme por él.

—Qué considerado —ironizó Vargas—. Una clínica privada, un club de sexo… pero nada de un hospital. Cero registros oficiales de su estado, salvo este informe. Sus respuestas no son nada condenatorias —ironizó. Se inclinó sobre la mesa con una sonrisa torcida—. ¿Quiere apostar cuánto tardará en entrar en la cárcel? Porque le aseguro que ningún abogado va a encontrar una salida a toda esta mierda.

Mi mente trabajaba a toda velocidad.

—Ya les he dicho que no fui el único que estuvo con él esa noche, yo no le pegué y, mucho menos, intimé con él —solté casi en un gruñido.

Vargas alzó las cejas, satisfecho.

—¿Si no fue usted, quién fue?

No tenía la respuesta. Lo peor de todo era que ellos tampoco la tenían, y yo era su mejor apuesta.

—Averiguarlo es su trabajo, no el mío.

Vargas se inclinó más, disfrutando cada segundo de mi incomodidad.

—Se lo pondré fácil. Deme un nombre que no sea el de un marido muerto, y quizá lo investigue.

Me recosté en la silla, negándome a darles la satisfacción de un gesto de derrota.

—Si quieren respuestas, busquen al cabrón que lo dejó así antes de que yo lo recogiera. Ya les he dicho que no puedo darles una identidad que desconozco.

Vargas soltó una risa corta y miró a Carrey.

—Creo que vamos a tener que dejar que haga memoria en nuestra celda con vistas al muro, a ver si eso se la refresca o decide confesar.

Su compañero se enderezó y asintió con desgana.

—Fijo que es de su agrado, hay un montón de hombres que disfrutan de los espacios cerrados y los ojetes apretados, igual encuentra alguno que sea de su agrado —me espoleó Carrey.

No respondí. No les daría ese placer.

El agente se acercó a la puerta del interrogatorio para abrirla.

—Arriba, Stein —murmuró Vargas—, es momento de acompañarle a su nueva habitación, y será mejor que se vaya acostumbrando.

Me puse en pie y miré a Hall.

—Tranquilo, Jordan, haré todo lo que pueda.

—Llama a Star —él asintió.

«¡Puta mierda!».

CAP Í TULO 58



Candice

La llegada a la isla había sido toda una experiencia. Pude cerrar los ojos durante la hora y cincuenta y siete minutos que duró el vuelo desde Nueva York hasta el Aeropuerto Internacional L.F. Wade en Bermudas. Una vez allí, nos dirigimos a un pequeño aeródromo privado, donde abordamos un helicóptero que nos llevaría a nuestra siguiente parada: Perdition Island.

Durante el trayecto, Nate me explicó que la isla había pertenecido a un magnate británico que la adquirió en los años setenta, buscando un refugio alejado del mundo. Sin embargo, tras su fallecimiento y un largo proceso de litigios familiares, la isla quedó deshabitada hasta que el señor Vílchez hizo una oferta imposible de rechazar.

Con una extensión de poco más de cien hectáreas, Perdition Island se mantenía como un paraíso virgen con playas de arena rosada, acantilados que caían abruptamente al océano y un denso bosque tropical en su interior. Desde el aire, la propiedad principal se distinguía en la costa este: una mansión colonial de piedra blanca con enormes ventanales y terrazas que ofrecían vistas panorámicas

al Atlántico. También había un embarcadero privado y varias construcciones menores, probablemente destinadas a los empleados y huéspedes.

El vuelo de aproximadamente veinte minutos nos ofreció vistas espectaculares del archipiélago de Bermudas hasta que finalmente aterrizamos en una pista oculta entre la vegetación. Un grupo de empleados uniformados nos recibió y nos condujo en un coche eléctrico por senderos empedrados hasta la entrada principal de la finca.

Las puertas de hierro forjado se abrieron con un leve chirrido, y el coche se deslizó por un camino rodeado de vegetación exuberante.

La mansión de los Vílchez era aún más impresionante de cerca: una construcción elegante, de arquitectura colonial, con columnas blancas y una escalinata de mármol que conducía a la entrada principal.

Los trabajadores, vestidos con uniformes blancos impolutos, nos recibieron con sonrisas ensayadas, pero lo que más me llamó la atención fue el control de seguridad antes de acceder al vestíbulo.

—Bienvenidos —dijo una de las empleadas, una mujer de cabello recogido en un moño impecable—. Antes de asignarles sus habitaciones, debemos pedirles que depositen sus teléfonos en la guardería de dispositivos electrónicos. Es una norma de la casa.

Fruncí el ceño y sostuve el móvil con fuerza.

—Lo siento, pero no puedo permitirme estar desconectada. Tengo un caso importante en curso y necesito poder atender cualquier emergencia.

—Candice… —intervino Nate con un tono de advertencia—. Lo dijimos en el despacho, si hay algo urgente, llamarán al fijo de la propiedad. No queremos hacer un desaire a nuestros anfitriones, ¿verdad?

Odiaba la idea de dejar mi teléfono. Algo dentro de mí me decía que hacerlo era un error, pero no tenía elección sin quedar como una paranoica. Así que suspiré y lo coloqué en la bandeja que nos ofrecían. Nos aseguraron que estaría en una caja fuerte y que nos lo devolverían al final de nuestra estancia.

Una vez dentro, nos asignaron nuestras habitaciones. Nate y yo compartiríamos una, aunque con camas individuales. La estancia era amplia y lujosa con una terraza privada que daba al mar, muebles de madera oscura y cortinas de lino blanco que ondeaban suavemente con la brisa.

—¿No podemos tener habitaciones separadas? —preguntó Nate, dirigiéndose a la mujer.

La empleada, sin perder la compostura, respondió con amabilidad:

—Lo lamento, señor Blake, pero no tenemos más habitaciones disponibles. Son muchos invitados y, pese a que la propiedad cuenta con varias estancias, no hay suficientes para todos. Entendimos que al ser socios no les importaría compartirla, como verán, tienen una cama para cada uno.

—Ya, pero es que mi compañera igual no se siente cómoda —insistió.

—No importa —intervine, restándole importancia—. Al fin y al cabo, como ha comentado la señora Rogers, hay dos camas, no hay problema.

—Aun así, si no quieres, puedo buscar un sofá —ofreció Nate.

Le sonreí con indulgencia.

—Deja de comportarte como si importara tanto. No será la primera vez que compartimos espacio.

La mujer inclinó la cabeza, y nos informó de que disponíamos de aproximadamente una hora antes del cóctel de bienvenida. Algunos de los invitados no habían llegado todavía.

Nate pareció relajarse en cuanto esta cerró la puerta y dejó la maleta a un lado. Yo me puse a explorar un poco la habitación.

—Parecía sacada de una película de terror, ¿no te parece?

—No estamos en uno de esos fines de semana en los que alguien muere o desaparece —bromeé. Nate rio y se dispuso a deshacer el equipaje.

—Elije cama. —Me quedé con la más próxima a la puerta doble que daba salida al exterior. Quizá porque necesitaba saber que podía huir en cualquier momento si las cosas se complicaban, aunque… ¿Dónde iría teniendo en cuenta que estaba rodeada por agua?

Me preocupaba cómo sería mi encuentro con Vílchez.

La señora Rogers nos dijo que el señor no llegaría hasta la cena, tenía margen para relajarme un poco, aun así, estaba nerviosa.

Hacía calor, y la humedad se me pegaba a la ropa.

Nate se cambió, se puso una camisa de lino fresca y unas bermudas color *beige*. Lo imité, buscando en mi maleta un vestido vaporoso que no me hiciera sudar como un pollo.

A la hora indicada, salimos al jardín. El resto de los invitados estaban paseando por las inmediaciones, admirando el paisaje y sujetando cócteles de lo más apetecibles.

Anne hizo acto de presencia como anfitriona, presentándonos a todos y deseándonos una feliz estancia en la isla.

Estaba preciosa con un vestido de tirantes rojo y una flor en el pelo.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó, acercándose a nosotros.

—Muy bien, gracias —le sonreí.

—Espero que la habitación sea de su agrado.

—Es preciosa, como toda la propiedad —intervino Nate.

—Sí, mi marido tiene muy buen gusto, disculpen su ausencia, tenía varios asuntos que atender, así que yo me vine antes de ayer para que todo estuviera listo.

«Así que por eso se había ido a jugar al L&W, porque no estaba su mujer…».

—No hay nada que disculpar, su marido es un hombre muy ocupado —siguió mi compañero con amabilidad.

—Sí, lo es. Señorita Star, espero que después podamos compartir algún rato juntas, me encantaría saber más sobre usted. Ahora debo seguir con mi cometido y hacer que los demás se sientan cómodos.

—Por supuesto —murmuré—, será un placer. —Ella me sonrió y se alejó.

—Gracias por hacerme las cosas fáciles y haber aceptado acompañarme, sé que últimamente no he sido la mejor compañía.

—No pasa nada, Nate, todos cometemos errores.

—Aun así, quiero que sepas que te aprecio mucho.

—Yo también. Venga, mezclémonos, a ver si conseguimos más clientes para el bufete.

Entrechocamos las copas, bebimos y acepté su brazo cuando me lo tendió para relacionarnos con los demás.

Los asistentes eran una mezcla de hombres y mujeres poderosos, desde magnates empresariales hasta figuras del mundo político y artístico. Todos parecían conocer las reglas implícitas de ese tipo de reuniones: mostrarse encantadores e intentar establecer relaciones de provecho para un futuro próximo.

No pude evitar analizar cada interacción, preguntándome qué negocios podrían estar entrelazándose en cada sonrisa calculada.

Nate, por su parte, parecía disfrutar, estaba más relajado, más cercano al hombre con el que solía trabajar codo a codo en el bufete. Se notaba que este viaje significaba mucho para él, y no solo a nivel profesional.

El cóctel dio paso a la comida, y tras esta, un paseo en *jeep* para recorrer la isla.

Cuando el sol comenzó a descender, algunos nos quedamos a ver el atardecer en la playa y después regresamos a la habitación para prepararnos para la cena.

Me di una ducha rápida y me puse un vestido negro de satén con un escote elegante y una abertura lateral que dejaba entrever mi pierna al caminar. La espalda quedaba al aire con unas tiras muy finas entrecruzadas, al igual que mis sandalias.

Era lo suficientemente sofisticado para la cena. Me recogí el cabello en un moño alto con algunos mechones sueltos y me maquillé con sutileza, resaltando mis ojos.

Al salir del baño, Nate ya estaba listo con un traje azul medianoche que le sentaba como un guante. Me observó con una sonrisa apreciativa.

—Estás preciosa —dijo con naturalidad.

Me giré hacia el espejo y lo miré a través de él. Por un instante, pensé en lo bien que se nos veía juntos, no era de extrañar que mis amigas o mis padres hubieran pensado que algún día Nathan y yo daríamos un paso más.

Si las circunstancias fueran otras, si mis sentimientos hubieran sido otros, podríamos haber sido la pareja perfecta. Pero lo cierto era que, por muy guapo, exitoso y encantador que fuera, no

despertaba en mí ni una fracción de lo que Jordan conseguía con solo una mirada.

No eran emociones lo suficientemente intensas, más bien tibias, cómodas. No eran de las que me hacían estremecer, desear, perder el aliento y sentir que el mundo se quedaba pequeño ante la inmensidad de lo que ocurría cuando estábamos juntos.

Era difícil de explicar.

Me obligué a sonreír y giré sobre mis talones.

—Gracias. ¿Nos vamos?

Nate me ofreció el brazo con una media sonrisa.

—Vamos a ver qué tal se presenta esta noche, ojalá podamos cerrar hoy el acuerdo.

—Ojalá, has luchado mucho por él, lo mereces.

Juntos bajamos hacia el comedor, sin saber que aquella cena marcaría el inicio de algo inesperado.

CAP Í TULO 59



Candice

La cena transcurría en un ambiente de lujo meticulosamente calculado. La música flotaba en el aire, una mezcla envolvente de *jazz* y ritmos latinos suaves, interpretada por un cantante de voz aterciopelada que se balanceaba junto a un piano de cola.

La luz cálida de los candelabros colgantes y las velas sobre la mesa conferían un halo dorado a cada rostro, creando matices resplandecientes en la piel de los presentes.

Todo era opulento, como si estuviéramos en una escena extraída de la élite de los años dorados de Hollywood.

Los Vílchez hicieron su entrada en el momento exacto en el que la atención comenzaba a dispersarse entre los invitados. Lucas Vílchez era la imagen del refinamiento, vestido con un esmoquin negro de los que olían a varios ceros y hacían pensar en una abultada cuenta corriente.

A su lado, Anne brillaba con luz propia. Su vestido lleno de encaje en varios puntos estratégicos se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. El escote profundo y la estructura sirena eran el equilibrio perfecto entre sensualidad y sofisticación. Se había

ondulado la melena para que cayera en cascada sobre un hombro. Sus labios pintados de rojo sonrieron al vernos.

—Damas y caballeros —anunció Vílchez con voz grave, levantando su copa de cóctel de bienvenida—, si no se han hecho con una de estas, es el momento. No quiero a nadie con las manos vacías. —Algunos rieron, y los camareros se ocuparon de que así fuera para que pudiéramos brindar todos juntos—. Es un placer estar rodeado de las personas más influyentes de Norteamérica, tenerlos en nuestra casa esta noche es un privilegio que pocos pueden ostentar. Espero que disfruten de la velada, la compañía, puedan cerrar grandes alianzas y que todo lo que hemos preparado sea de su agrado. Bienvenidos a Perdition Island, donde hacer negocios se convierte en placer.

Su mirada buscó la mía, deslizándola por mi cuerpo con un brillo oscuro que me hizo vaciar la copa en la garganta sin pensarlo.

—No has brindado conmigo —murmuró Nate.

—Perdón, tenía mucha sed…

Un camarero pasó con otra bandeja. Deposité en ella la vacía y me hice con otra llena para chocarla con él.

Nathan sonrió, y volví a beber.

Los Vílchez comenzaron a caminar y detenerse para charlar con algunos de los invitados. Nosotros también nos añadimos a un grupo de empresarios al que Nate les tenía echado el ojo.

Uno se dedicaba al sector de la comunicación, y otro, al negocio armamentístico.

La conversación fluyó con facilidad entre carcajadas bajas y miradas entrelazadas. Sin embargo, no podía quitarme de encima la tensión sutil que emanaba de la figura de Vílchez, parecía que trazara círculos a nuestro alrededor, acechándonos en silencio, era imposible de ignorar.

Sabía moverse entre los invitados con la seguridad de un depredador bien alimentado, y cuando sus ojos encontraron los míos, su sonrisa se curvó apenas un milímetro más, divirtiéndose con mi incomodidad cuando por fin nos encontramos.

—Señorita Star —pronunció mi apellido con una familiaridad que no me gustó nada, y mucho menos que tomara mi mano, como

siempre, para besarla, igual que cuando nos presentaron. Sentí una náusea y apuré mi copa de nuevo para tragar el disgusto—. Una delicia que haya podido venir y que coincidamos de nuevo en un ambiente tan… distendido, espero que se esté divirtiendo —culminó.

Yo estiré los labios en una sonrisa falsa.

—Mucho —respondí escueta, sosteniéndole la mirada.

—Espero que Anne les haya atendido bien en mi ausencia, a veces las cosas se complican, como ayer, que estuve muy ocupado… —Arrastró la última letra—. ¿Usted también lo estuvo? —El matiz en su voz hizo que algo en mi interior se tensara.

Su mujer y Nate mantenían una conversación al margen de la nuestra, ajenos a sus insinuaciones veladas.

—Imagino que tanto como usted.

Él hizo un gesto de asentimiento.

Era un juego, uno peligroso, donde cada palabra tenía un propósito oculto.

—Espero que me reserve un baile.

—No se me da muy bien, suelo clavar los tacones en lugar de moverlos al ritmo de la música.

—El dolor es soportable si se trata de usted…

—Que no le mienta, Candice es una bailarina excelente —añadió Nate con condescendencia.

—Entonces, podremos hacer un intercambio de parejas —rio Anne complacida—. Lucas es un pelín dominante, pero un bailarín excelso, aunque primero toca llenar la barriga, no todo va a ser beber.

Los asistentes habían comenzado a sentarse, invitados por algunos de los camareros.

Agradecí que Nate me llevara a la mesa y que los Vílchez quedaran a un par de asientos de nosotros.

Los platos comenzaron a copar toda la superficie de la mesa.

Cocina de autor, sabores refinados, una mezcla de especias exóticas que encajaban a la perfección entre la comida tradicional de las Bermudas y ese toque innovador.

Los camareros se movían con precisión, rellenando las copas para que nunca estuvieran vacías, ofreciendo cócteles de colores vibrantes que chisporroteaban en los labios. Necesitaba un poco más

de alcohol para borrar la sensación de disgusto y alerta que se me enroscaba en las tripas.

Tomé un sorbo de mi tercer cóctel, un líquido afrutado con un deje amaderado, delicioso. No parecía que tuviese una graduación excesiva, aun así, comenzaba a notar que mis músculos se destensaban y un ligero calor tomaba el control para sumirme en un estado más relajado.

A los pocos minutos, me sentía diferente, con capacidad para disfrutar del ambiente.

Las luces parecían más difusas, los sonidos más envolventes.

¿Era yo, o los platos cada vez sabían mejor?

La pareja que teníamos enfrente se besó sin disimulo, y no pude apartar la mirada de sus lenguas. Mis pezones se pusieron duros y aumentó mi calor.

«Jordan…».

Su nombre se formuló sin esfuerzo en mi mente. «Ojalá estuviese aquí», pensé, presionando mis muslos, que todavía hormigueaban al recordar la noche anterior.

El domingo, en cuanto llegara a Nueva York, pensaba presentarme en su ático, le gustara la idea o no.

Sonreí para mis adentros al imaginar su sorpresa cuando me abriese la puerta y no llevase nada debajo del abrigo, salvo mis ganas.

Se llevaron los platos principales y llegaron los postres, un surtido de pasteles, frutas y fuentes de chocolate.

Nate se hizo con una brocheta que sumergió en líquido caliente y me la aproximó sin soltarla.

—¿Quieres?

Era una combinación de fresa, cereza, mango y algo que no logré discernir qué era.

Sonreí y separé los labios dejando que la acercara sin oponer reservas y la explosión de sabores quedaran envueltos por mi lengua.

—Mmm —suspiré extasiada.

Nate tenía las pupilas dilatadas. Me relamí los labios y, tras quedarse unos segundos suspendido en el gesto de mi boca, pidió

perdón y apartó la mirada de ella.

Cerré los ojos un instante y suspiré.

Necesitaba comer algo más porque me estaba amodorrando.

Cayeron algunas tartaletas y, para acompañar, un vaso con licor de cereza en el que flotaban algunos hielos.

Esa noche dormiría como una bebé.

Algunas parejas salieron a la pista, yo tenía la sensación de poder salir flotando cuando Nate extendió su mano y me invitó a salir con él. Acepté, necesitaba aligerar un poco la carga de alcohol, y él se estaba portando muy bien, como siempre.

Las baladas me hicieron pegarme a su cuerpo mientras me suspendía en su nuca, y él posaba las manos en la piel desnuda de mi cintura. Se movía bien, olía bien y no dejaba de susurrarme bromas en el oído.

Reí ante sus comentarios y volví a sentirme segura entre sus brazos, era tan agradable volver a ser los de siempre.

—Señorita Star, ¿me concedería este baile?

La voz de Vílchez llegó con la suavidad de una caricia venenosa.

Me tomó un segundo procesar la petición. La mirada de Nathan se cruzó con la mía. Fue un instante fugaz en el que no supe si veía duda o simple cortesía.

—Si mi acompañante no tiene objeción… —respondí, esperando que Nate lo rechazara.

Pero él, en su afán de quedar bien, simplemente sonrió y me cedió, buscando en nuestro anfitrión su señal de aprobación.

—Toda suya.

Maldito fuera.

Vílchez me ofreció su mano, y la tomé con la misma cautela con la que se tocaría el filo de un cuchillo.

Me aproximó a su cuerpo, conduciéndome al centro de la pista. El cantante comenzó a interpretar un bolero que cargaba de sensualidad el ambiente.

—Le sienta bien este vestido —murmuró Vílchez, sus manos me guiaban con movimientos suaves—. Las marcas son apenas imperceptibles.

Sabía a lo que se refería, tenía solo algunas pequeñas rojeces que cubrí con maquillaje.

—No suelo planear mis elecciones en función de que le pueda gustar a la gente, me basta con gustarme a mí misma —repliqué, con la vista fija en su pecho.

—Eso me gusta. La independencia es una cualidad poco común. Pero dígame, Candice, ¿se ha preguntado qué clase de invitación ha aceptado realmente?

Levanté la mirada bruscamente. Sus ojos eran pozos oscuros de conocimiento que parecían estudiar cada microexpresión de mi rostro.

—Sé muy bien a dónde he venido y que mi papel es el de acompañar al señor Blake. No voy a ir más allá de eso. Para mí, esto es trabajo —respondí con firmeza.

—¿Seguro? —Su voz fue un susurro, apenas audible, mientras su boca se inclinaba cerca de mi oído—. Porque, a veces, lo que creemos entender no es más que una ilusión. Y hay ilusiones que dan paso a una realidad muy distinta...

El aire se espesó entre nosotros. Su aliento cálido rozó mi piel y, por un instante, una sensación de vértigo me hizo apretar los dedos sobre su hombro.

—Necesito tomar el aire.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó sin soltarme. Su tono denotaba que conocía la respuesta antes que yo.

—Creo que he bebido demasiado.

Me estaba mareando, y el calor se adueñaba de mi cuerpo. Todas las terminaciones nerviosas de mi piel ardían, me faltaba oxígeno.

—Tranquila, yo la llevaré.

Abrí la boca para responder, pero las palabras no salieron.

Calor. Fuego lento expandiéndose en mi interior. La bruma en mi mente se hizo más densa.

La música, los murmullos, las risas… Todo se mezcló en una espiral borrosa.

«¿Quién me llevaba?». «¿Era Vílchez?». «¿Nate?». «Esa risa…». «¿Anne?». «¿Eso había sido un beso?». «¿De quién?». «Un destello de placer». «Un susurro al oído». «Saliva, jadeos…».

El mundo se inclinó y se deformó, y en algún punto de la oscuridad que me tragaba, pensé que debía salir de allí. Que debía resistirme.

Pero mi cuerpo ya no respondía, no me pertenecía.

Placer.

Oscuridad.

CAP Í TULO 60



Candice

El sol se filtraba a través de los ventanales cuando desperté, aunque el calor en mi piel y la punzada en mis sienes me hicieron saber que llevaba más tiempo dormida del que imaginaba. La boca seca, la cabeza embotada, una sensación de pesadez en los músculos...

Me incorporé con lentitud, aún desorientada, y el peso de una inquietud desconocida se instaló en mi pecho.

Algo no estaba bien.

Me esforcé para entender qué era antes de abrir los ojos.

La última imagen que tenía en la cabeza era la pista de baile, la voz grave de Lucas Vílchez deslizándose en mi oído como una caricia peligrosa…, y después, bruma. Sombras y destellos inconexos que se superponían sin sentido.

Hice un esfuerzo titánico para separar los ojos.

Al bajar la vista, noté que llevaba puesta una bata de seda que no recordaba haberme puesto. Debajo, nada. Mis bragas no estaban. Un escalofrío me recorrió la columna. Miré alrededor de la habitación con el corazón latiéndome en las sienes. Mi vestido descansaba en

una silla, mis tacones estaban perfectamente alineados junto a la cama. ¿Quién me había cambiado? ¿Cómo había llegado hasta ahí?

Una puerta se abrió, y me sobresalté. Nate apareció con una taza en la mano y una expresión que oscilaba entre la preocupación y la reserva.

—Buenos días. —Su voz era suave, pero había algo en su tono que me puso en guardia.

—¿Qué pasó anoche? —pregunté directamente, sin rodeos.

Nathan dejó la taza sobre la mesita y se sentó en el borde de la cama, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Te mareaste, el señor Vílchez vino a buscarme contigo apenas manteniéndote en pie, y te traje aquí. No parabas de decir que querías que te llevara a la habitación.

Fruncí el ceño.

—¿Solo eso? ¡Estoy desnuda! Y no recuerdo…

Nathan vaciló un segundo antes de responder, y el gesto me hizo sentir un leve vértigo.

—Sé cuánto odias meterte en la cama con la ropa de noche puesta y no es que tu cuerpo me sea ajeno, te he visto sin nada cientos de veces, así que…

Su sonrisa intentaba ser tranquilizadora, pero algo en su mirada me hizo estremecerme.

Bajé la vista hacia mis piernas y decidí que su respuesta debería bastarme.

—Gracias.

Él se tensó.

—No-no hay de qué. —Negó con la cabeza—. Te pasaste un poco con los cócteles —se rascó la cabeza—. Tú me ayudaste con lo de la menor, así que… Te la debía. Anda, tómate el café y la pastilla, te sentirás mejor.

Hice caso, la llevé a mi garganta y di un trago a la taza.

El nudo de mi garganta no se disolvió. Mi cuerpo se sentía extraño, sensible de una manera que me encogía por dentro.

Nathan pareció notar mi incomodidad y se levantó de inmediato.

—Escucha, los Vílchez han organizado una excursión en su yate. Quieren cerrar el acuerdo con calma, entre copas y buena compañía.

Puedes descansar, quedarte aquí si quieres, no hace falta que vengas, les diré que no te sientes bien.

Descansar. La idea me resultaba tentadora. Me habría quedado encerrada en la habitación hasta el día siguiente si fuera posible, pero si lo hacía, sería una cobarde. Y yo podía ser muchas cosas, pero me gustaba dar la cara.

—No, iré. Dame unos minutos, que pueda darme una ducha y ganar algo de decencia.

Nathan asintió satisfecho.

—Eres la mejor, les diré entonces que te den unos minutos de margen, te espero fuera —murmuró y salió de la habitación.

Me levanté con un peso plomizo en los músculos y caminé hasta el baño. Cuando me quité la bata para darme una ducha, al pasar mi mano enjabonada por el cuerpo, tuve la sensación de estar todavía más sensible que el día anterior, solo que eso ocurría con las agujetas, no con el sexo, ¿verdad?

Me enjuagué deprisa, escurrí el exceso de agua de mi cuerpo y me puse el bikini con aquella sensación de malestar incómodo.

Me sentía extrañamente expuesta, como si mi propia piel no me perteneciera.

Sacudí la cabeza y me forcé a terminar de arreglarme y decirme que todo era fruto del alcohol. No volvería a beber hasta que me fuera.

Salí al jardín, el resto de invitados ya estaban listos. Nate me sonrió cuando fui hasta él. Besó mi mejilla y halagó lo bien que me sentaba el pareo y el gorro tipo pamela que había elegido para cubrirme del sol.

A Nathan le sentaba bien el polo de Ralph Lauren y el bañador de palmeras azul marino, junto con las gafas de sol.

Caminamos juntos hacia el embarcadero, él llevaba una carpeta con los documentos.

El yate era enorme, una extensión del lujo que impregnaba cada rincón de Perdition Island.

La embarcación cortaba el agua turquesa con una suavidad hipnótica mientras el sol bañaba las cubiertas de madera pulida.

La tripulación nos dio la bienvenida. Camareros vestidos de blanco servían cócteles en bandejas de plata y, cuando uno se acercó a mí, le dije que solo quería agua.

La embarcación zarpó, y me asomé a uno de los laterales mientras Nathan iba directo a por su objetivo.

—Deséame suerte.

—No la necesitas.

Él asintió y se alejó, yo seguí apostada en la barandilla, con la brisa azotándome el pelo y el aroma a mar dándome un poco de paz.

Anne Vílchez se deslizó a mi lado con la gracia de una pantera satisfecha.

—¿Le ha pasado factura la resaca?

—Un poco —admití, ganándome una sonrisa cómplice. Llevaba un bañador *animal print* que realzaba sus pechos grandes. Di un trago al botellín de agua que acababa de alzar en su dirección.

—Te ves mucho mejor que anoche, Candice. —Su sonrisa era encantadora, pero sus ojos eran otra historia—. ¿Puedo tutearte?

—Por favor… —musité.

—Esos cócteles los carga el diablo —comentó, agitando un Martini entre los dedos—, pero a mi marido le encantan.

—Ya… Creo que se me acumularon varias cosas; estaba cansada, apenas dormí la noche anterior, el *jet lag*, la bebida, se me juntó todo, le pido disculpas por ello.

—No es necesario… Y si yo puedo tutearte, tú también debes hacerlo. —Anne bebió de su copa, entretenida—. Lucas estaba preocupado por ti. Me pidió que te cuidara. Le caíste muy bien el día que nos presentaron. Tiene buen ojo para el talento, las personas, además de ser un hedonista de cuidado.

Tragué saliva.

—Qué atento —murmuré sin querer ser descortés.

—Lo es. Y protector. Sobre todo, con quienes le interesan, como es el caso. —Su dedo trazó el borde de su copa antes de clavar sus ojos en los míos—. Tú le interesas… —Se mojó los labios.

Me tensé.

—Mi esposo solo quiere lo mejor y, según él, tú lo eres.

La reflexión hizo que me diera un escalofrío.

—¿Te divertiste anoche? —preguntó.

—No recuerdo mucho, salvo que la comida estaba deliciosa, para ser honesta.

Anne ladeó la cabeza y su sonrisa se ensanchó.

—Eso suele pasar, creo que es la energía magnética del triángulo de las Bermudas. Este lugar desata su magia y te engulle.

Sentí una presencia a mi lado que hacía justamente eso, engullirlo todo: Lucas Vílchez.

—¿Mi mujer se porta bien con usted, Candice? —preguntó con su tono aterciopelado.

Me giré para mirarlo y encontré sus ojos oscuros brillando con una intensidad calculada. Su proximidad me resultó sofocante. Se puso al lado de Anne, y esta lo besó en los labios agarrándose a su cintura.

—Claro que me porto bien, ¿por quién me tomas?

Pese a su respuesta, buscó la mía con la mirada.

—Mucho. —Forcé una sonrisa.

Lucas asintió, satisfecho.

—Me alegra oírlo. Anoche me preocupó, parecía… inquieta.

Mi estómago se revolvió.

—Culpa de tus cócteles —intervino Anne.

—Hoy no pasará —murmuré, mostrándole el botellín de agua.

—Claro… —Lucas dejó su vaso en una de las mesas cercanas.

—Disculpadme, debo seguir saludando al resto de invitados.

Anne se marchó, dejándome a solas con su marido. ¿No se suponía que Nate estaba con él? ¿Dónde se había metido?

El señor Vílchez se inclinó levemente hacia mí.

—Anoche…

—Prefiero no pensar mucho en eso. Disculpe si no fui una buena compañía.

—Al contrario, fue deliciosa…

—Me parece que no.

—Se lo aseguro. A veces hay cosas que no recordamos…, que nuestro cerebro tiende a enmascarar o maquillar, dándonos una realidad alternativa porque no queremos pensar en lo que hicimos, y nos da otra vía.

Su aliento rozó mi piel, y el mareo me golpeó con fuerza. Tragué saliva y me aparté un paso.

—¿Sabe dónde está Nate? Creo que quería reunirse con usted.

—Sí, lo he dejado preparando los papeles, ¿desea acompañarnos?

—No. Disculpe, necesito ir al baño.

Me alejé antes de que pudiera insistir. Sentía náuseas, y el mundo giraba un poco más de lo normal, ese hombre me trastocaba y me daba ganas de huir.

Bajé por la escalera que llevaba a los camarotes y abrí la primera puerta que se suponía era un servicio, pero estaba ocupado. Maldije entre dientes y probé con otra.

—Disculpe, ¿un baño? —pregunté a una de las chicas de la tripulación.

—Por allí hay varios camarotes que disponen de uno.

La bilis trepó por mi garganta.

Intenté abrir algunas puertas, pero todas parecían cerradas.

Solo la última se abrió con facilidad y entré sin mirar, directa a la que estaba entreabierta y mostraba un váter.

Entré, cerré de golpe, respirando hondo, me dejé caer de rodillas justo a tiempo para vaciar mi estómago en él. Estuve varios minutos allí hasta que las arcadas dejaron de atravesarme.

Cuando pude ponerme en pie, las piernas me temblaban.

Coloqué las manos sobre el lavabo, cerrando los ojos para estabilizarme.

Abrí el grifo, ni siquiera me había quitado el gorro. Lo hice para mojarme la cara, la nuca y hacer algunas gárgaras.

No podía quedarme eternamente allí dentro, tenía muchas ganas de que el fin de semana terminara y poder refugiarme en los brazos de Jordan de nuevo.

¿Estaría bien? Tampoco me gustaba que me hubiesen quitado el móvil y estar desconectada al cien por cien.

Respiré una vez más. Me recoloqué el sombrero y me dije que tampoco quedaba tanto para marcharme, que lo importante era lograr el contrato a por el que vinimos, y ya está.

Llevé la mano a la manija y, al accionarla, escuché un sonido al otro lado, era un gemido sordo, una respiración entrecortada, un

murmullo.

Me asomé brevemente para darme cuenta de que el lugar en el que estaba era un camarote enorme, elegante, de madera oscura, probablemente el de los Vílchez.

Estiré el cuello, y vi un par de siluetas. Fue un segundo. Un instante que quedó grabado a fuego en mi cerebro.

Al principio, me costó creer lo que estaba viendo, pero después…

Lucas Vílchez estaba de pie con una mano en el cabello de un hombre arrodillado.

El sonido húmedo de algo prohibido. Y los gruñidos masculinos alegando que así se cerraba un trato.

Mis pulmones olvidaron cómo respirar cuando, tras un gemido gutural de liberación, el arrodillado levantó la cabeza y vi su rostro.

Jamás pensé que él, que pudiera, que…

Alcé la barbilla y me di cuenta de que Lucas Vílchez me miraba a través del reflejo de un espejo enorme, sin decir nada, sin revelar que los estaba mirando, con los ojos cargados de suficiencia y algo más.

Cerré la puerta, rogando para que no se les ocurriera pasar al baño, rezando para que se fueran y no tener que enfrentarme a aquella realidad alternativa en la que mi socio era capaz de hacerle una mamada a su futuro cliente para cerrar el trato e impresionar a su padre.

Nate nunca había mostrado preferencias por su mismo sexo. Alguna vez habíamos hablado sobre ello, y siempre dijo que respetaba, pero no compartía, así que en lo único que podía pensar era en que aquel pervertido le pidió que se arrodillara o no firmaría.

Lo veía capaz de eso y de mucho más, quizá incluso sabía que yo estaba en aquel baño.

Me quedé muy quieta, aguardando, con el pulso acelerado.

En ese momento sí que deseaba volver a Nueva York más que nunca, dejar atrás al señor Vílchez y sus juegos perversos de dominación sexual.

Tenía que salir de allí. Ya.

CAP Í TULO 61



Candice

El viaje de regreso fue una maldita tortura. Cada minuto era un recordatorio de lo que no sabía y de lo que podía haber cambiado en mi ausencia.

Cada segundo en el coche que me llevaba desde el aeropuerto hasta la comisaría solo servía para alimentar la ansiedad que me oprimía el pecho. Mi mente no dejaba de dar vueltas, reconstruyendo lo que había ocurrido en la isla: los susurros de Lucas filtrándose a través de la puerta cerrada, la imagen de Nathan de rodillas, la sensación de mi propio pulso acelerado mientras fingía que nada de eso me importaba. Y luego, el mensaje de Hall, brutal en su simpleza: «Stein ha sido detenido». Me ardía la piel al recordarlo, como si la culpa y la rabia se hubieran incrustado en mis huesos. ¿Por qué demonios nadie había intentado contactarme antes?

Hall sabía perfectamente que me encontraba fuera del país, porque así lo comentó en el mensaje, pero, aun así, debería haber buscado la manera de avisarme, contactar con el despacho y que ellos hubieran hecho sonar el teléfono rojo. En cambio, tuve que

enterarme justo antes de despegar, porque mi móvil se había quedado encendido y no tenía batería, aunque juraría que lo había apagado.

Se me llevaron los demonios cuando pude cargar un poco y vi el tropel de mensajes y llamadas perdidas.

Puñeteros Vílchez y puñetera guardería de móviles.

Le pedí a Nate que me dejara su teléfono para llamar a Hall, me daba miedo que se me cortara.

Su voz sonó grave, controlada, pero con ese matiz de preocupación que hizo que el vuelo se me hiciera eterno.

—Stein ha sido detenido.

Esas cuatro palabras bastaron para que el mundo se cerrara sobre mí.

—¿Por qué? —pregunté, sintiendo un nudo atenazándome la garganta.

—La fiscalía ha presentado pruebas lo suficientemente contundentes como para que el juez aprobara la orden de detención. Me avisó en cuanto ocurrió y quiso que la llamara, que le dijera que lo sentía mucho, que era un capullo y que, por favor, fuera su abogada.

—Mierda.

—Jordan era consciente de que estaba fuera, intenté, por todos los medios, dar con usted, pero me fue imposible.

—En el lugar que estábamos no teníamos cobertura.

No iba a darle explicaciones innecesarias.

—¿Dónde lo llevaron? —proseguí.

—A comisaría, ha estado retenido allí…

Por los altavoces, nos llamaron a embarque y tuve que dejar a Hall con la palabra en la boca si no quería perder el vuelo.

Aquella situación me hizo mantener la boca cerrada todo el trayecto, Nate se puso con el portátil para avanzar el trabajo que los Vílchez le solicitaron.

Mejor, no tenía ganas de hablar con él porque, en parte, lo culpaba por haber hecho que lo acompañara.

En cuanto el avión tomó tierra y logré salir con mi equipaje de mano a cuestas, aceleré el paso hacia la salida del aeropuerto, arrancando algunas protestas por parte de Nathan.

—¿Puedes llevar un paso que no me haga ir sacando la lengua?

«Pues bien que la sacaste para comerle el rabo a nuestro anfitrión».

No había hablado con él sobre lo que vi, no quería que malinterpretara mis palabras y se las llevara a un terreno que poco tenía que ver sobre lo que yo pudiera pensar de lo que había hecho.

Nathan era mayorcito para tomar sus propias decisiones y, si decidió hincar rodillas para cerrar trato, allá él con las consecuencias.

Cuando salí del baño del camarote, ellos ya no estaban, lo cual agradecí y me pasé el resto del día evitando a Lucas, aunque sus ojos me perseguían por todas partes y sentía su presencia, igual que un nubarrón de tormenta.

Esa mañana no estaba cuando nos fuimos, y fue Anne la encargada de pedir disculpas en su nombre comentando que tuvo que irse para ocuparse de unos asuntos.

—Lo siento, Nathan, ya te he dicho que tengo prisa, que han detenido a Stein mientras hemos estado fuera.

—Creí que ya no llevabas su caso, que no quería que fueras su abogada.

—Eso fue antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que se diera cuenta que la había fastidiado —bufé, temiendo que uno de mis tacones se partiera.

Nathan insistió en llevarme en lugar de que cogiera un taxi. No estaba de humor para discutir, así que acepté con un gruñido y me dejé caer en el asiento, sin molestarme en disimular mi impaciencia.

Durante el trayecto, no dejó de avasallarme.

—No hace falta que te pongas así, Candice. Mi padre ya te dijo que ese caso no era importante.

—Lo es para mí.

—¿Por qué? ¿Porque te lo tiraste?

Sus palabras cayeron como un látigo sobre mi paciencia. Giré el rostro lentamente, fijando la mirada en él con una frialdad que habría congelado el mismísimo infierno.

—Porque Jordan no es un asesino.

No iba a entrar en detalles sobre mi relación. No con él.

Nate apretó la mandíbula y soltó una risa sarcástica.

—Claro. Seguro que es un angelito. Por eso lo han detenido, ¿no?

Mis dedos se crisparon sobre el bolso. Me obligué a respirar, a mantener el control. No era el momento de lanzarme a su garganta, aunque ganas no me faltaban.

—De verdad que no entiendo qué te pasa con ese hombre —insistió—. Pareces incapaz de separar lo personal de lo profesional, y eso es peligroso.

Me dieron ganas de gritarle: «¡Claro que es personal! Y no estás como para darme lecciones de moral después de lo que te vi hacer».

Me mordí la lengua y me dije que no merecía una explicación. Y mucho menos, una justificación.

—Lo que me pase o deje de pasarme con el señor Stein no es asunto tuyo —espeté, sin mirarlo.

—Si afecta a tu criterio profesional, sí lo es. Además, te recuerdo que eres mi socia en el bufete, deberíamos debatir este tipo de cosas y decidir juntos qué aceptamos y qué no.

—¿Mi criterio profesional? —solté una risa incrédula—. Eso es gracioso viniendo de alguien que cerró un trato de rodillas. No te vi debatir conmigo si tenías que hacerle una mamada a Lucas Vílchez o no.

Lo vi tensarse. Sus nudillos se pusieron blancos sobre el volante.

—No sabes de lo que hablas.

—No necesito saberlo —ataqué con voz firme—. Solo sé lo que vi y no pensaba echártelo en cara, te lo aseguro, pero no pienso quedarme callada cuando está claro que tú sigues tu propio criterio.

Silencio. Un silencio pesado, incómodo.

Nate tragó saliva, fingiendo que el comentario no le había afectado. Pero su postura lo delataba.

—Pensé que éramos un equipo —dijo al cabo de un momento, con tono contenido.

Me reí sin humor.

—Un equipo implica confianza y, al parecer, esta se ha evaporado entre nosotros en los últimos tiempos.

Lo vi apretar los dientes. No dijo nada más.

Cuando el coche se detuvo frente a la comisaría, abrí la puerta sin perder un segundo.

—Gracias por traerme, después me paso a por la maleta.

Su mirada me quemó la nuca mientras salía del coche, pero no me giré. No le daría la satisfacción de ver que, en el fondo, sí me había dolido.

No me gustaba discutir con él y, mucho menos, las confrontaciones. No eran algo positivo, sin embargo, no me había dejado opción empujándome al precipicio.

Ahora las cartas estaban sobre la mesa, ya hablaríamos más tarde de ello.

Entré con paso firme, con la expresión endurecida y la mandíbula apretada. Lo primero que vi fue al secuaz de Sepúlveda.

¿Cómo se llamaba el guaperas de los hoyuelos?

Ah, sí, César Martínez. Estaba apoyado contra la pared con los brazos cruzados charlando con otro oficial.

Al verme, arqueó las cejas a modo de saludo.

No estaba como para perder el tiempo.

Fui hasta el mostrador oficial y pedí ver a mi cliente, Jordan Stein.

El policía me miró como si acabara de cruzar un unicornio por el mostrador. A muchos agentes no les gustaban los abogados, y ese parecía ser uno de ellos.

—¿Me ha oído? Le he dicho que quiero ver a…

—Señorita Star… —murmuró Martínez acercándose—. ¿A quién busca?

—A Jordan Stein.

Él tensó la mandíbula.

—Debo reunirme con mi cliente —exigí.

Antes de que pudiera responderme, Vargas apareció en escena con esa sonrisa autosuficiente que me daban ganas de arrancarle de un puñetazo.

—Vaya, vaya… La letrada ojos verdes ha vuelto…

Me giré hacia él, sin intención de entretenerme con sus jueguecitos.

—¿Dónde tiene a Stein?

—Aquí desde luego que no —giró sobre sí mismo—, y si viene buscando un vis a vis, me temo que ha llegado tarde —respondió con una mueca falsamente apenada.

Algo en su tono hizo que mi estómago se revolviera.

—¿Qué quiere decir?

Vargas inclinó la cabeza, disfrutando del momento.

—Han pasado más de veinticuatro horas desde que lo detuvimos, Star. Ya sabe lo que eso significa, no está aquí.

El pulso me martilleó en los oídos.

—¿Lo han soltado?

Vargas soltó una risotada, dio un paso hacia mí, bajando la voz con esa maldita satisfacción de quien sabe que ha ganado una partida.

—Nah… Ha sido trasladado a Rikers Island, por orden del juez.

El golpe de la noticia me vació el pecho. Me tomó un segundo darme cuenta de que estaba conteniendo el aliento.

Rikers.

La cárcel más peligrosa de Nueva York.

—No... —susurré sin darme cuenta—. No puede ser.

—Ya lo creo que sí —se burló Vargas—. Créame, abogada, si por mí fuera, ya tendría la sentencia firmada de cadena perpetua. Pero, bueno, el sistema es el sistema, y todavía faltan algunos días para que eso ocurra, seguro que al señor Stein le encanta el trato que le dispensarán otros presos en la ducha, dadas sus inclinaciones perturbadas. Ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que hacer.

Se giró y se alejó con total indiferencia.

Yo, en cambio, me quedé clavada en el sitio, con las manos cerradas en puños.

Martínez suspiró.

—Lo siento, señorita Star, ya sabe cómo funcionan las cosas.

¡Claro que lo sabía, y que hubieran trasladado a Jordan no era nada bueno!

«¡Mierda!».

Inspiré hondo, tratando de contener la ira.

No podía permitir eso.

—Voy a sacarlo de ahí.

Martínez me miró con seriedad.

—No lo va a tener fácil.

—Me da igual lo que piense usted y todos los demás, Stein es inocente.

Él me observó con un brillo calculado.

—No es la única que lo piensa.

Eso sí que me sorprendió.

—¿A qué se refiere?

Se encogió de hombros.

—Llámelo corazonada. Stein tiene amigos que lo defienden muy bien.

—Pues ahora va a tener una abogada que también lo va a hacer, si me disculpa.

No esperé su respuesta.

Salí de la comisaría y marqué el número de Hall. Respondió al segundo tono.

—¡¿Cómo no me dijo que han trasladado a Jordan a Rikers Island?! —solté sin preámbulos.

—No me dio tiempo, señorita Star. Le juro que no he dejado de hacer trámites este fin de semana para impedirlo. El problema ha sido que no tenía pruebas suficientes para refutar lo que la fiscalía ha presentado, el juez aprobó su ingreso preventivo.

—Voy a hacerme cargo del caso de nuevo.

Se produjo un breve silencio.

—¿Está segura?

—Sí. Tengo que revertir esto. El único camino es demostrar que las pruebas que han presentado son circunstanciales. Si logramos obtener algo sólido, podremos solicitar una audiencia para fijar una fianza.

—¿Y piensa que podrá lograrlo?

—Estoy convencida. Jordan no es un asesino, solo hay que demostrarlo.

—No será fácil.

—Nada en este caso lo es, Hall. Pero no pienso dejarlo ahí.

Colgué la llamada, inhalando profundamente para recuperar el control.

Mi teléfono vibró de nuevo en mi mano.

Esa vez, era un mensaje de un número desconocido.

+1 (917) 555-3827

Necesito verla cuanto antes, es sobre el caso de Jordan Stein, hay algo que debe saber.

¿Quién es?

+1 (917) 555-3827

Un amigo. Le mando la ubicación.

No estaba segura de si debía confiar en un anónimo.

Todo se estaba enredando demasiado rápido. ¿Y si era una trampa? Pero ¿de quién?

Necesitaba toda la ayuda posible para sacarlo de ese agujero, quizá Jordan le había facilitado mi número a alguien de su confianza desde la cárcel.

Me fijé en que el lugar no era ningún almacén abandonado, más bien una cafetería en una zona concurrida, por lo que podía estar tranquila.

Muy bien, acudiría a la cita, a ver qué descubría y después movería ficha para poder ver cuanto antes a Jordan. Necesitaba asegurarme de que estuviera fuerte y no se rompiera antes de que todo terminara.

No iba a dejar que el sistema lo aplastara. No mientras yo pudiera hacer algo para evitarlo.

CAP Í TULO 62



Jordan

El frío se metía en los huesos. ¿Cómo una celda podía ser tan jodidamente helada cuando afuera, en la ciudad, la temperatura rondaba los 25º?

Quizá porque la prisión no solo encerraba el cuerpo, sino que te drenaba el alma. La desesperanza calaba como una llovizna incesante, empapándolo todo a su paso.

Las paredes de hormigón parecían absorber el poco calor que quedaba en el aire, todo se sentía húmedo, opresivo.

Ese lugar no solo era un sitio que te imposibilitaba la libertad, era una condena tanto física como mental que te drenaba poco a poco.

Cuatro días.

Había pasado cuatro días en ese agujero sin una sola noticia. Nada de Candela, nada de Hall, nada de los chicos.

¿Dónde estaban? ¿Me habían dejado pudrirme ahí?

Por mucho que preguntara, nadie parecía tener respuestas. Y lo peor era que mi mente ya empezaba a darme las suyas.

¿Y si Candela había decidido no aceptar mi caso? ¿Y si había visto las pruebas en mi contra y pensaba que era culpable? ¿Y si... había

decidido que no valía la pena?

El pensamiento me quemó más que cualquier puñetazo que pudiera recibir en esa cárcel de mierda.

Lo aparté de inmediato, dolía demasiado imaginar el rostro de Candela anegado en decepción.

Desde que me metieron en Rikers, no había dormido más de dos horas seguidas. Cada vez que cerraba los ojos, algo dentro de mí se activaba, manteniéndome alerta, esperando el momento en que alguien intentara joderme.

Sabía cómo funcionaban los sitios como ese. Había conocido a demasiados cabrones en mi vida como para no entender la mecánica del miedo. Y lo peor era que no importaba lo que hicieran. El simple hecho de estar allí ya te convertía en presa.

La rutina era sencilla: despertarse con el ruido de las rejas abriéndose, tragarse un desayuno que sabía a cartón mojado, esperar en fila para que te revisaran como si fueras poco más que ganado, sobrevivir el tiempo en el patio y, con algo de suerte, regresar a la celda sin que nadie te hubiese dejado un recado en forma de cuchillada.

Mi compañero de celda no era hablador. Un tipo enorme con tatuajes que le cubrían hasta la garganta. No intentaba intimidarme, pero tampoco me hacía la vida fácil. Se limitaba a observar, a medir, como si estuviera esperando a ver si valía la pena dirigirme la palabra o si era mejor dejarme a mi suerte. No le culpaba.

El primer día me bastó para entender cómo funcionaban las cosas en la ducha para asimilar que Rikers Island no era solo una cárcel. Era un jodido circo de supervivencia, y yo estaba caminando por la cuerda floja sin red de seguridad.

Los guardias no ayudaban. Ni se molestaban en ocultar el desprecio con el que miraban a los internos, y si alguien se metía en problemas, la solución era dejar que se apañara solo.

Nadie iba a salvarme ahí dentro. Lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que Vargas dejó caer aquella maldita frase cuando vino a buscarme al calabozo:

—Seguro que su experiencia en sumisión hará que se adapte rápido a su nueva jaula. A los internos les encantan los novatos con pasado entretenido para demostrarles quién ostenta el título de amo.

Hijo de puta.

Y, aun así, lo peor de todo era que tenía razón.

Me faltaban ojos en la espalda. Mi cara y mi físico no ayudaban.

Odiaba la falta de privacidad y la tensión constante que se respiraba en cada pasillo, por no hablar de lo lento que pasaba el tiempo.

La cantidad absurda de minutos vacíos que solo me servían para pensar y hundirme en la mierda todavía más.

Estaba harto de repasar mi vida, mis decisiones, mis cagadas.

Harto de reflexionar sobre cuál fue ese punto exacto en el que me jodí para siempre. Había tocado fondo muchas veces, aprendí a base de hostias que siempre estuvo en mi mano resurgir, el problema era que ahora ya no dependía de mí, me habían arrebatado incluso eso, el poder de elegir. No importaba cuánto luchara por salir del agujero porque, si nadie iba a luchar por mí, me pudriría en él para siempre.

Petrov debía estar riéndose desde el fondo del infierno.

Me lo advirtió cuando me partió las rodillas y me arrebató mi carrera futbolística con un claro mensaje:

—Tú no has sido capaz de aprovechar la vida que te di, así que ahora es mía para hacer lo que quiera con ella, y lo que quiero es que sientas cómo te pudres en un maldito agujero y te des cuenta de lo inútil que eres.

Hacía mucho que no pensaba en aquel día. Intenté apartarlo de mi mente porque no me aportaba nada positivo, era mejor volver al club, a los chicos, a cómo estarían manejando el desastre. Pero, sobre todo, a ella**.**

Candela.

Joder, no quería pensar en ella, pero ahí estaba. Con su mirada de desafío clavada en mi cabeza, con esa forma de provocarme, de

empujarme a los límites sin siquiera darse cuenta. Y, lo peor de todo, con la certeza de que, si alguien podía hacer algo por mí, era ella.

Si es que quería hacerlo.

Me pasé una mano por la cara, notando la piel tirante por la hinchazón de un golpe que me habían dado un día antes. Un roce al pasar por el patio que se había convertido en un puñetazo en la mandíbula. No era nada grave, pero fue un aviso.

Los agentes me lo habían advertido. Si me veía envuelto en reyertas, podrían terminar por aislarme, y eso era lo que menos me convenía para mi paz mental.

El problema era que sabía que no tardarían en ir a por más, en venir a por mí.

Lo sentía en sus miradas hostiles, en los murmullos, en los corrillos poco disimulados que se formaban cuando intentaba sortearlos.

Procuraba no molestar a nadie, pasar desapercibido; sin embargo, algunos no tenían intención de que lo consiguiera.

Cuando salí al patio, a que me diera un poco el sol de la tarde, supe que algo iba mal incluso antes de que ocurriera.

Lo noté por la forma en que los otros internos clavaban sus ojos en mí. En el silencio tenso que se formó al pasar junto a un grupo de cinco tipos que estaban apostados junto a la valla.

Uno de ellos se separó y me bloqueó el camino. Sonrió.

—Oye, chico bonito, hemos oído cosas interesantes sobre ti.

No respondí. Mantuve la expresión neutra, sin demostrar debilidad.

Los reclusos veían la televisión a ciertas horas, y mi cara había salido en los medios, sabía lo que se estaba diciendo.

—Comentan que te va el rollo duro, las palizas. —El tipo ladeó la cabeza—. Y que eres un jodido sumiso con un ojete del tamaño de Kansas.

Risas ahogadas. Más miradas que se clavaban en mí como cuchillas.

—No busco problemas —dije, midiendo el tono de mi voz. No era un ruego. No era sumisión. Era un simple hecho.

El hombre me palmeó la mejilla, en un gesto que pretendía parecer amistoso, pero que destilaba amenaza.

—Pues los problemas te han encontrado, amigo, y me apetece un culo rubio.

—Ni se te ocurra…

Di un paso atrás y, antes de que pudiera reaccionar, el primer puñetazo me alcanzó en el estómago. Perdí el aire. Me doblé ligeramente, pero no caí. Error. Porque eso les hizo pensar que podían seguir.

No iba a dejar que me atizaran sin más. Lo peor que podía hacer uno en la cárcel era demostrar terror. El problema era que también fue una inconsciencia confrontar un grupo estando solo.

Arrojé un gancho certero y sentí el crujido de su labio partiéndose contra mis nudillos.

El silencio que siguió fue breve. El suficiente para que supiera que acababa de firmar mi sentencia.

—Vaya, el chico bonito también muerde... —gruñó el tipo, escupiendo sangre al suelo antes de levantar la vista con una sonrisa que me heló la espalda—. La vas a pagar, rubito.

Me vi rodeado y sujetado en pocos segundos.

Peleé con uñas y dientes para liberarme, lancé patadas rogando que algún guardia interviniera antes de que fuese demasiado tarde.

Un golpe en la cara. Otro en las costillas.

Caí de rodillas. Escuché las risas. Intenté levantarme, pero una patada en el pecho me lanzó de espaldas. El sabor metálico de la sangre me llenó la boca.

El del labio partido se agachó junto a mí y me miró a los ojos. O mejor dicho al ojo, porque, con el izquierdo, ya no veía nada.

—Tengo un mensaje para ti de parte de un amigo en común. El pasado siempre vuelve. Y tu lugar siempre ha estado de rodillas, por mucho que ahora quieras demostrar lo contrario.

—Vete a la mierda... —logré escupir, con sangre entre los dientes. No tenía idea de qué amigo estaba hablando.

Él se rio y me agarró del pelo de nuevo, acercando su boca a mi oído.

—Naciste para ser un mierda, un esclavo. Y yo me ocuparé de recordártelo a diario hasta que te quiebres.

No tuve tiempo de reflexionar sobre lo que me había dicho porque, al acabar la frase, estrelló mi cabeza contra el asfalto, en un dolor sordo.

El mundo se volvió negro.

CAP Í TULO 63



Candice

No tenía permitido verlo.

Habían pasado seis días y, a pesar de mis intentos, seguía sin poder visitar a Jordan. Al principio, la restricción de setenta y dos horas se justificó como parte del protocolo de ingreso en Rikers. Después, los problemas burocráticos y la figura de Hall como abogado designado retrasaron aún más la autorización. Y, lo peor de todo, me comunicaron que había recibido una paliza, lo que extendió la incomunicación bajo el pretexto de su recuperación.

Me estaba volviendo loca.

Cada día sin noticias aumentaba mi ansiedad.

Presioné a todos los contactos que tenía en la fiscalía, argumentando que mi cliente tenía derecho a asistencia legal y a visitas, pero siempre encontraba la misma muralla de excusas: la lentitud del sistema, la falta de personal, las revisiones pendientes.

Parecía que hubiera una mano negra que lo estuviese reteniendo a propósito, que alguien se asegurara de que Jordan estuviera completamente aislado, sin posibilidad de contacto con el exterior, ni siquiera conmigo.

Aun así, no iba a rendirme.

Tenía una opción, una posibilidad que apareció de la nada, o mejor dicho, de un mensaje anónimo que me llevó a una cita poco ortodoxa con Ray Wright.

Confieso que no las tenía todas conmigo cuando me presenté en aquella cafetería y, mucho menos, al ver al tipo rubio con gafas de aviador que me dio la bienvenida.

—Es usted la abogada del boss*, ¿verdad?*

—Depende de cómo se mire, si tenemos en cuenta que me despidió y me volvió a contratar mientras estaba fuera a través de su otro abogado. ¿Y usted es?

—Ray Wright, por favor, siéntese y se lo explicaré todo mejor.

Miré con desconfianza la mesa, a él pareció hacerle gracia.

—Le prometo que no hay ningún explosivo bajo la silla que haga volar a toda la cafetería si se levanta.

—Muy tranquilizador —farfullé. Él sonrió y decidió enseñarme su acreditación al ver mi reticencia—. ¿Un miembro del HSI?

—Sí, aunque solo se lo he enseñado para tranquilizarla, no porque tenga que ver con Jordan. Digamos que somos amigos y que he trabajado para él.

Eso me cuadraba más, aquel tipo era digno de ser un pecado capital, uno de sus chicos perdidos.

Me senté.

—Usted dirá, señor Wright.

—Ray, por favor —musitó sin quitarse las gafas.

—Como desee.

—Los chicos y yo hemos estado haciendo averiguaciones por nuestra cuenta para sacar al boss *del lío en el que lo han metido —dijo, con un tono relajado, pero con la mirada alerta.*

—¿Qué han averiguado? —pregunté, escéptica.

Él miró a un lado y a otro, como si alguien pudiera fijarse en lo que hacíamos, sacó su teléfono y le dio la vuelta a la pantalla, era un vídeo.

—Fíjese, por favor.

La grabación era de noche. En ella, Damien West entraba en un edificio que reconocí. No porque fuera un lugar emblemático, sino porque lo busqué con Google maps después de mi última conversación con Jordan.

Era el Savage, y lo más importante de todo es que no estaba solo, no entraba con Clara, mi clienta y supuesta amante, sino con otro hombre que tampoco era Jordan.

¿Sería el tipo que le propinó la paliza?

El rostro del desconocido estaba oculto por un sombrero de ala ancha, pero su complexión no coincidía con la de Jordan, era visiblemente más delgado.

Miré la hora que aparecía en la grabación, lo que me resultó más curioso fue que Damien no parecía entrar renqueante, como si alguien lo hubiera atacado.

¿Le mintió a Jordan y la paliza fuera nunca existió?

Según me dijo, había ido al Savage a recuperarse y esas imágenes dejaban claro que no.

Aguardé, el vídeo transcurrió a cámara rápida hasta que el hombre volvió a salir, escasos minutos antes de que Jordan llegara.

Alcé la mirada dándole vueltas.

—Esto no demuestra nada.

—Puede, pero fíjese en el siguiente vídeo. —Ray deslizó el dedo —. Es del día en que Damien fue asesinado. Otra cámara lo captó cerca del apartamento de Damien —añadió—. Sobre la misma hora en la que Jordan estaba de camino. He estado pateando la zona, y justo ahí hay un callejón, un punto ciego… Ese tipo podría no haber huido por la escalera de incendio, pudo subir a la azotea, cambiar por ahí de edificio, por lo que nadie lo vio entrar por la entrada principal.

Fruncí el ceño, procesando la información.

—¿Sugiere que ese tipo puede ser el asesino?

—Estoy convencido.

Respiré hondo. Eso era justo lo que necesitaba; un hilo del que tirar, una opción plausible de que pudo ser otra persona en lugar de Jordan.

Miré a Ray con más seriedad.

—¿Por qué no tiene esto la policía? —pregunté, con los brazos cruzados.

Ray se reclinó en su asiento y esbozó una sonrisa cínica.

—Porque nadie sabe que el Savage tiene cámaras. Es un motel que ofrece suma discreción a sus clientes. Supuestamente, no graban. Pero lo hacen. Solo que nunca comparten las imágenes…, a menos que alguien sepa cómo presionar al dueño.

Arqueé una ceja.

—¿Y tú supiste?

—Digamos que tenía información comprometedora. —Ray se encogió de hombros—. Le dejé claro al jefe que, si no me daba la grabación, haría saltar por los aires el hecho de que no siempre revisan si sus clientes son mayores de edad. No tardó mucho en cooperar, aunque sabe que esto puede hacerle perder su negocio.

—No si no llega a juicio y demostramos que Jordan no es el asesino que la policía busca.

—Eso fue lo que le dije.

Respiré hondo. Miré a Ray con más seriedad.

—Gracias. Esto puede marcar la diferencia.

—Solo haz lo que tengas que hacer, ninguno de los trabajadores y amigos de Jordan estamos dispuestos a dejar que lo hundan.

—Yo tampoco estoy dispuesta.

—Es bueno saberlo.

—Debo irme y ponerme a trabajar.

—Si necesitas cualquier cosa…

—Te llamaré, Wright.

Me puse en pie y me fui.

Desde entonces, cada noche repasaba el caso, cada pieza, cada testimonio.

No hablé con Clara porque no quería marear más la perdiz, no fuera a ser que Nate me diera por saco al mezclar casos.

Mi relación con él estaba bastante tirante y apenas hablábamos, tampoco es que me importara, ya lo arreglaría, si es que tenía solución.

Busqué fisuras en el relato de la fiscalía, detalles que pudieran desacreditar la acusación. Apenas dormía. Apenas comía.

La impotencia me consumía, pero necesitaba presentarle algo muy sólido al juez. Llamé a todos los contactos que tenía en la fiscalía, en los tribunales y hasta en la prensa. Era difícil que alguien escuchara cuando ya tenían al supuesto culpable.

Parecía que el caso de Jordan ya estaba sentenciado sin siquiera haber llegado a juicio. Me frustraba la pasividad del sistema, la manera en que podían enterrar a un hombre sin pruebas contundentes, solo porque alguien había movido los hilos para hacerlo caer, y estaba segura de que ese alguien era el tipo del sombrero u otra persona que había pagado a ese hombre, pero ¿quién? Y lo más importante, ¿por qué?

Quizá fuera un marido cabreado porque lo dejó su mujer y con suficientes conexiones para averiguar más de lo que Jordan estaba dispuesto a revelar.

Fui cada día a Rikers, pese a recibir siempre la misma noticia.

«No está autorizado a recibir visitas». «No está claro que sea su letrada». «Tiene las visitas restringidas por su propia seguridad...».

Me sentía atrapada en un ciclo interminable de negativas. No podía hablar con él. No podía verlo. No podía hacer nada salvo seguir peleando.

Por suerte, había conseguido plantear una duda razonable tras mucho investigar.

Con las pruebas reunidas, volví a la carga.

Presenté una nueva apelación trabajadísima. Hablé con periodistas, filtré la posibilidad de que el caso no era tan sólido como la fiscalía decía. Intenté hacer ruido suficiente para que se generaran dudas en el sistema y desoí a Hall, Nate e incluso al señor Blake, quienes me advirtieron que no tenía muchas probabilidades, que el juez no era fácil de convencer.

La mirada ceñuda de mi jefe me indicaba que no le gustaba un pelo mi decisión de seguir adelante, tampoco es que pudiera evitarlo, había aceptado el caso y ahora era socia del bufete.

Las horas en la oficina se multiplicaban. Mis amigas apenas me veían el pelo y obviaba las llamadas de Esme, mi hermano o mi

padre.

Se podría decir que vivía y respiraba para demostrar la inocencia de Jordan. Llamadas, reuniones, cartas formales y documentos que tuve que revisar mil veces para sortear los obstáculos impuestos, las demoras, me hicieron llegar a sentir que la justicia americana estaba diseñada para aplastarnos bajo su peso, no para protegernos.

Llamé al juez tres veces hasta que, al final, accedió a concederme una audiencia privada.

Le entregué las grabaciones, expliqué las incongruencias en la acusación y argumenté que mantener a Jordan en Rikers sin pruebas definitivas era una injusticia. La respuesta fue ambigua: «Lo consideraré».

No era un sí. Pero tampoco un no.

Finalmente, después de tanto tiempo, después de días interminables, de súplicas y de haber agotado cada recurso legal posible, obtuve un pequeño respiro: la autorización para verlo. No era mucho, aunque era mejor que nada.

El camino hasta la cárcel fue insoportablemente largo. Sentía el pulso en las sienes, una presión en el pecho que me impedía respirar con normalidad. Tenía miedo. No de él, sino de lo que podría encontrar.

Pasé por el detector de metales, y los guardias parecían sufrir de un mal tránsito intestinal por la manera en que me miraban.

La sala de visitas no era mucho mejor. Un espacio frío, sin alma, que te encogía por dentro.

Me obligué a mantener la compostura mientras esperaba, aunque mis piernas temblaban de impaciencia.

No debía mostrar debilidad, aquellos tipos se merendaban a diario a los picapleitos y podían convertirse en la peor pesadilla de los presos, incluso más que los otros reclusos, convenía no cabrearlos.

La ansiedad era un monstruo que llevaba seis días devorándome desde dentro.

Los minutos se estiraron, pesados, agónicos.

La tensión en mi espalda era insoportable. Cada vez que la puerta de seguridad se abría con un chirrido sólido, mi cuerpo se tensaba, esperando verlo.

Entonces, finalmente, un guardia apareció al otro lado de la sala. Y lo vi.

Jordan entró con paso pesado, engrilletado de manos y pies, vestido con el mono kaki de la penitenciaría.

Su rostro estaba marcado por los golpes, el labio partido, una sombra de moretón extendiéndose por su pómulo. El ojo hinchado.

Pese a que su postura era casi la de siempre, sus ojos no eran los mismos. Eran los de un hombre que había ganado un viaje al infierno sin billete de vuelta.

Me dio igual sentir que algo dentro de mí se rompía, porque pensaba ser ese billete para él.

CAP Í TULO 64



Jordan

El silencio de la sala de visitas se extendía entre nosotros como un muro invisible. Seis días no eran nada. A menos que en ese tiempo tu vida diera un giro de 180º y te escupiera al otro lado de la balanza.

Me daba la impresión de que había pasado una eternidad desde la última vez que nos vimos y ni remotamente esperaba hacerlo engrilletado, arrastrando los pies y atrapado en aquella pesadilla que era Rikers.

Sentí que estaba alucinando, había perdido la esperanza de que viniera y, cuando fueron a buscarme alegando que tenía visita de mi abogado, creía que sería Simon, no Candela.

Estaba preciosa, vestida con un traje chaqueta que le daba un aire de lo más profesional. No podía ser ella, mejor dicho, tenía que serlo, por mi bien, su presencia era lo único que me aliviaba dentro de esa condena.

El agente hizo que me sentara en la silla. Trastabillé un poco, pues no lo hizo con delicadeza alguna.

Sus ojos verdes parecían amenazadores al otro lado, con el rostro endurecido, la mandíbula tensa y sin apartar la mirada del guardia, que negó con indiferencia.

—Tienen unos minutos.

Cuando salió por fin, desvió su atención hacia mí reflejando algo que antes no estaba: preocupación.

Mi corazón, maltratado y cubierto de cicatrices, tambaleó ante esa mirada. No quería que me viera así. No quería que fuera capaz de atravesarme y captar cuán destrozado estaba, con la moral por los suelos y mis convicciones a punto de extinguirse. Y el silencio volvía a cernirse entre nosotros, permitiéndole hurgar en mi alma como nadie era capaz de hacer. Tuve que desviar los ojos porque temía que fuera a romperme en pedazos.

Mi vulnerabilidad florecía cuando se trataba de ella y, aunque Candela me hacía sentir que eso no era malo, que en la fragilidad había fortaleza, no me apetecía nadar en mis mierdas.

Intenté tragar el nudo que se me formó en la garganta y casi me ahogué en el intento.

—Has tardado, ¿se retrasó el vuelo? —murmuré, más para mí que para ella, intentando darle un toque de humor que no sentía.

Candela exhaló con lentitud, apoyando los dedos sobre la mesa como si intentara sostenerse en algo tangible.

—Lo siento muchísimo, he tenido que saltar muchos obstáculos para por fin estar aquí, te juro que lo he intentado desde que puse un pie en comisaría y me comentaron que te trasladaron aquí por orden del juez, llevo todos estos días moviendo más hilos que en un telar, que si tenías que pasar unos días aclimatándote, que si no era tu abogada oficial, que si estabas aislado por tu propia seguridad… Aunque no he tirado la toalla ni un minuto, y el esfuerzo ha merecido la pena, por fin estoy aquí y vuelvo a ser tu abogada oficial.

Aquellas palabras me aplastaron. Deberían haberme aliviado; sin embargo, causaron en mí el efecto contrario.

Ahora que me fijaba mejor, me di cuenta de que había algo de maquillaje bajo sus ojos, ese que pretendía camuflar algunas noches sin dormir.

«¡Mierda!».

Y yo dudando de ella, creyendo que no quería verme, que había renunciado a dar la cara por mí justo cuando estaba haciendo lo contrario. No la merecía.

Me fustigué mentalmente al entender que no me había abandonado, que hizo todo lo posible por llegar hasta aquí.

Era el puto sistema quien la había mantenido alejada, la burocracia la había ahogado, la maldita justicia le había puesto cada traba existente para evitar que me viera y, aun así, ahí estaba, al otro lado de la mampara de seguridad.

—Joder, ¿qué te han hecho?

Me encogí de hombros.

—¿Me creerías si te dijera que he intentado mantenerme alejado de los problemas?

—Solo espero que quien te atizó esté peor.

Su comentario me hizo sonreír.

—Lo estaría si no hubiesen sido cinco contra mí.

—¿Y los guardias?

—Imagino que sigo respirando gracias a ellos.

—Esto no puede ser, voy a interponer una queja.

Mi risa fue un sonido áspero y vacío.

—No te molestes, aquí impera la ley del más fuerte, y muchos de esos están untados para mirar hacia otro lado, suficiente es que no terminara acuchillado.

Hice una mueca de dolor.

—Tú no eres un preso común, estás en prisión preventiva a la espera de juicio, no deberían mezclarte con esos matones.

—Para ellos, somos todos iguales y merecemos ser castigados, así es el sistema.

Me removí en la silla y apreté los dientes.

—¿Te duele? ¿Te han dado analgésicos?

—Me dieron uno el primer día, dicen que van escasos de lidocaína porque no quieren que nos hagamos adictos o intentemos robarla para trapichear.

—Pero ¡¿qué demonios le pasa a esta gente?!

—Esto no es un hospital.

Ella apretó los labios. Su mirada recorrió mi rostro, los moretones en mi mandíbula, la hinchazón en mi ojo izquierdo, la manera en que mis muñecas quedaban atrapadas entre las esposas.

—Voy a sacarte de aquí —dijo con una determinación feroz.

Negué con la cabeza.

—No puedes prometer eso.

—Sí puedo. Y lo haré. —Candela se inclinó hacia adelante, con los ojos encendidos de furia—. Jordan, escucha con atención porque esto cambia las cosas. Hay pruebas de que no fuiste el único que estuvo con Damien en el Savage esa noche. Hay un hombre que estuvo con él antes que tú, alguien que nadie había mencionado hasta ahora. Ese hombre podría ser el verdadero asesino. Y lo peor de todo..., ese hombre sigue libre. Nadie lo está buscando porque todos están demasiado ocupados culpándote a ti.

—¿Qué hombre? —pregunté sin dar crédito y con el corazón aleteando.

—Estoy en ello para descubrirlo, pero escúchame, Damien te mintió. Cuando llegó al Savage, no parecía haber recibido paliza alguna. Tu amigo Ray Wright logró hacerse con un vídeo de las cámaras de seguridad que nadie sabe que tiene el motel. Alguien más estuvo con él antes de que llegaras, por lo que no pueden mantenerte aquí sin pruebas sólidas, es más, el mismo tipo fue grabado en las inmediaciones del edificio de West la noche que fue asesinado. El juez ya tiene mi apelación y solo falta que confirme que puedes volver a casa pagando una fianza.

Mi cabeza me gritaba que no cayera en la trampa de la fe, que Rikers estaba diseñado para arrancártela de cuajo. Pero Candela no era una ilusión. Candela era real. Y si ella decía que había una salida, entonces tenía que aferrarme a eso con uñas y dientes y no dejar que Rikers me lo arrebatara todo.

—Eh, mírame, no voy de farol, solo tienes que aguantar y mantenerte alejado de aquellos que te dañaron. Te lo juro, es cuestión de días que el juez apruebe mi petición. —Su voz tembló un poco al final.

Estaba suspendido en su mirada, agarrado a aquellas palabras que me negaba a soltar.

«Ten fe en ella».

Cerré los ojos. Respiré todo lo profundo que pude teniendo en cuenta mis magulladuras y por fin logré hablar.

—Gracias...

Ella negó.

—No tienes por qué darlas, es mi trabajo, soy tu abogada y… me importas, aunque seas un cabezota que se resiste a verlo.

—Tú también me importas, aunque sea un imbécil que te haga dudarlo y, cuando se trata de ti, sea incapaz de demostrarlo.

Ella asintió, y una expresión tierna surcó sus rasgos.

—¿Sabes? No era así como imaginé nuestro encuentro tras la vuelta.

Arqueé una ceja y algo de buen humor se coló en mi pecho. No sabía cuánto lo necesitaba hasta que ella había sido capaz de hacérmelo llegar.

—Ah, ¿no? ¿Y en qué habías pensado?

—Lo reservo para tu regreso al ático. —Los ojos le brillaron de manera pícara. Su promesa me alivió un poco más.

—¿Qué he hecho para que alguien como tú crea en mí y quiera protegerme? Debería ser a la inversa…

—¿Por qué? ¿Porque lo dice un sistema heteropatriarcal? Las mujeres somos protectoras por naturaleza y, por lo que he podido comprobar, tú te has estado preocupando de un montón de gente que ahora se quiere dejar la piel por ti. Todos tus chicos me hicieron reunirme con ellos para cantarme tus bondades y preguntarme cómo podían ayudar. No estás solo, Jordan, hay muchísima gente que te quiere, te respeta y va a hacer todo lo que esté en sus manos para verte cuanto antes fuera, no solo yo.

Su declaración me removió por dentro.

La puerta se entreabrió, y el guardia se asomó para devolverme a la celda.

La angustia volvió a adueñarse de mí. No le había dicho algo importante a Candela y no podía permitir que se fuera sin hacerlo.

—Escucha. No sé quién me está haciendo esto —dije con la voz rasposa—, pero los que me pegaron… me dieron un mensaje.

Candela ella me miró con intensidad.

—¿Qué mensaje?

Tragué saliva. Decirlo en voz alta lo hacía más tangible. Más aterrador.

—Me dijeron que el pasado siempre vuelve. Que mi lugar siempre ha estado de rodillas. —Inspiré hondo, sintiendo que las palabras se adherían a mi piel como una maldición—. Y he estado dándole muchas vueltas, Candela. Sé que suena a una locura, pero mi cabeza no deja de pensar en Luka Petrov.

La mención de ese nombre pareció absorber todo el aire de la habitación.

Ella frunció el ceño.

—Petrov está muerto, tú mismo me lo dijiste.

—Lo sé —respondí rápido—. Pero lo que me dijeron suena como algo que él diría.

Candela respiró hondo, procesando mis palabras mientras los pasos del guardia se acercaban.

—Por favor, denos solo dos minutos. —Alzó la cabeza mirando al agente—. Es importante.

—Su tiempo ha terminado, señorita.

—Solo dos minutos y le consigo un par de entradas para ver a los Knicks en primera fila.

—¿Para el partido del sábado? —preguntó. Ella asintió.

—Dos minutos, y las quiero aquí mañana.

—Hecho.

El tipo se alejó.

—¿Cómo vas a conseguir eso?

—Soy una mujer de recursos. Apuremos el tiempo que tenemos. ¿Sabes si Petrov tuvo hijos?

El golpe de esa pregunta fue como una descarga eléctrica. Algo en mi memoria se removió.

—Quince… —susurré.

Candela ladeó la cabeza.

—¿Quince?

—¿No te acuerdas? Fue una de las esclavas sexuales de Petrov, la mujer que mató al supuesto padre de Esmeralda y que lo engañó alegando que esperaba un hijo suyo. Ese bebé era de Luka. El día de

la piscina, Esmeralda estaba en su casa porque Petrov le pidió que le echara una mano con el bebé.

—¡Es verdad! ¡Lo había olvidado! Pe-pero ¿qué fue de ese niño?

Cerré los ojos con fuerza. El recuerdo estaba allí, difuso, fragmentado.

—Hasta donde yo sé, lo vendió a un jeque árabe con gusto por los niños, ahora debería tener unos veinte años, aunque no sé… ¿Piensas que ese bebé sigue vivo y pudo desarrollar algún tipo de sed de venganza? No me cuadra mucho, ¿por qué yo debería entrar en sus planes?

El silencio que siguió fue aplastante.

Candela exhaló lentamente.

—No lo sé —susurró—. Intentaré averiguar lo que pueda.

El miedo se apoderó de mí de inmediato. ¿Y si por remover la mierda se hundía en ella?

—Candela, no, tengo un pálpito, no creo que sea positivo que hurgues en mi pasado.

Ella alzó la vista.

—Tengo que hacerlo.

—No. Escúchame. Si alguien me está jodiendo y descubre que tú me importas, irán a por ti. Y no puedo… —Me pasé una mano por el cabello, sintiendo la desesperación atenazarme el pecho—. No puedo dejar que te pase nada.

Ella sonrió con tristeza.

—Yo puedo cuidar de mí misma, Jordan. Por una vez en tu vida, deja que alguien se ocupe de ti.

—Candela, prométeme que, si esto se vuelve peligroso, te apartarás. No quiero que corras riesgos por mí. No me importa lo que pase conmigo, pero si alguien descubre cuánto me importas... —Mi voz se quebró un instante, suficiente para que ella captara todo lo que no me atrevía a decir en voz alta—. No puedo perderte también.

Ella sostuvo mi mirada por unos segundos eternos.

—Lo estaré e iré con cuidado, seguro que tus pecados capitales me echan una mano.

La puerta volvió a abrirse para indicarle que su tiempo había terminado. Sentí que el nudo en mi pecho se apretaba de nuevo.

Ella llevó una mano al cristal y buscó mis ojos en nuestro pequeño ritual, aunque no pudiera durar cuatro minutos. La puerta se abría para mí para demostrarme que ella seguía allí como una roca a la que poder afianzarme.

Me perdí en la sensación que apenas duró unos segundos, hasta que mi custodio tiró de mí para alzarme.

—Eh, trátelo con cuidado y asegúrese de que no vuelvan a golpearlo hasta que lo saque, y le garantizo un pase con los mejores asientos para toda la temporada.

—Soy guardia, no un escolta privado. Como comprenderá, no estoy aquí 24/7.

—Seguro que encuentra algún compañero con el que dividirse la tarea que sea tan fan como usted de los Knicks. Subo la apuesta a dos pases.

Él la miró sorprendido. Yo no podía estar más agradecido de que esa mujer se negara a dejarme tirado.

—Veré lo que puedo hacer. Vamos, Stein.

Miré por última vez su rostro, perdido en su voz y la promesa que leí en sus labios.

«Confía, te sacaré».

Ella era lo único que me mantenía a flote en esa maldita tormenta. No estaba seguro de merecerlo, aun así, iba a pelear y, mientras la veía alejarse, supe que si la tocaban…, si le hacían daño…, no habría muro, celda o ley capaz de detenerme.

CAP Í TULO 65



Sepúlveda

Las cervezas estaban frías, la mesa llena de papeles desordenados, y nuestra paciencia pendía de un hilo.

Llevábamos semanas intentando desenredar aquel entuerto, pero cuanto más investigábamos sobre Clara Goldstein, más inconsistencias aparecían, lo que nos llevaba a pensar que esa mujer era una loba con piel de cordero.

Cuando fuimos a buscar a la viuda Goldstein, no la encontramos en su apartamento, o no nos quiso abrir. Así que le pedí a Martínez que siguiera indagando. Necesitábamos encontrar una conexión entre ella, las embarazadas, el local y el motivo por el que querría a su marido muerto, más allá de un simple crimen pasional por una infidelidad. Y, sobre todo, ¿qué papel jugaba Damien West en todo eso? ¿Por qué había terminado muerto? No creía en las coincidencias. Algo nos estábamos perdiendo, pero ¿qué?

—Recapitulemos… —dije, mirando a César, repasando todo lo que habíamos conseguido hasta ahora.

Martínez se aclaró la voz y emprendió un soliloquio con los datos que pudo recabar.

El apellido de soltera de Clara Goldstein era Blackburn, un apellido común en Gran Bretaña, al igual que su nombre, si no fuera porque

la entonces señorita Blackburn había sido modelo en su juventud. Martínez rastreó su historial con facilidad en redes sociales y se topó con algo que nos llamó poderosamente la atención: una noticia antigua en la que una joven Clara aparecía con una expresión tensa junto a sus padres. La razón: la desaparición de su hermana menor, Eleanor Blackburn, cuando esta estaba estudiando en los Estados Unidos.

El reportaje, publicado por uno de esos medios de comunicación amarillistas que hurgan en las heridas, detallaba la tragedia familiar de los Blackburn. En la imagen, Clara, por aquel entonces de veintitrés años, posaba con sus progenitores mientras estos pedían cooperación para hallar a su hija menor. Sus padres tenían la mirada perdida y los ojos hinchados de tanto llorar. Pero lo llamativo era Clara. Su expresión no era de angustia ni desesperación, sino de contención, de rigidez. Como si estuviera cumpliendo un papel.

En el artículo se mencionaba que Eleanor era estudiante de intercambio y que su desaparición nunca se resolvió. Clara estaba de visita cuando su hermana le ofreció acudir a una fiesta con ella. La modelo se negó, alegando que al día siguiente tenía un *casting* importante, que era el motivo por el que viajó a Nueva York, además de visitar a Eleanor.

La compañera de habitación de su hermana menor estaba de vacaciones con su familia, así que la universidad hizo la vista gorda y le permitió a Clara quedarse en la residencia. Solo serían tres noches durante un fin de semana. El viernes se celebraba una fiesta en una casa fuera del campus. Clara contó que no sabía demasiado de aquella fiesta, solo lo que le dijo su hermana Eleanor: que sería muy divertida. Pero ella apenas le prestó atención porque tenía una fuerte migraña fruto del *jet lag*. No quiso acompañarla; no se encontraba bien, y además, al día siguiente era el *casting* y no podía presentarse sin dormir.

Eleanor salió de su dormitorio, llamándola aburrida, y nunca se la volvió a ver. Sin testigos, sin pistas, más allá de las palabras de Clara. La policía investigó el caso, pero no hubo pruebas concluyentes que implicaran a su hermana mayor.

En el mismo reportaje, una chica de la agencia de modelos donde trabajaba Clara declaró que nunca creyó su testimonio. Aseguraba que Clara y Eleanor nunca se llevaron bien, que la mayor había despotricado varias veces sobre cómo su hermana menor era el ojito derecho de los Blackburn, mientras que ella nunca había recibido la misma atención, por bien que le estuviera yendo en la pasarela. A diferencia de Eleanor, Clara solo tenía su belleza. No había sido buena estudiante y tenía un pasado plagado de fiestas, novios poco recomendables y algún que otro altercado con la justicia por meterse en peleas.

—Una joyita nuestra afectada señora Goldstein… —ironizó Martínez—. ¿Piensas que se deshizo de su hermana?

—No hay registros de que investigara su desaparición —comenté, cruzándome de brazos—. Ni en foros de desaparecidos, ni en archivos policiales desclasificados. Nada. Un año después de que su hermana se esfumara, Clara también dejó las pasarelas.

»Hay doce meses en los que se le pierde la pista. No publica nada en redes, no aparecen trabajos o desfiles… Y tras ese paréntesis, regresa por todo lo alto, apareciendo en una campaña fotográfica para Vogue que copa vallas publicitarias, revistas, etc. En una fiesta de la revista, conoce a David Goldstein y surge el flechazo.

Fruncí el ceño. Eso era raro de cojones. La mayoría de familiares de desaparecidos nunca dejan de buscar respuestas.

—¿Por qué Clara, quien ahora parece tan metida en este embrollo, no movió cielo y tierra por saber qué le pasó a su hermana? —murmuré—. ¿Y si no es la víctima que nos ha hecho creer?

—Esto apesta —sentenció Martínez, dando un trago a su cerveza.

Martínez pasó un dedo por el borde de su vaso antes de soltar una carcajada seca.

—Su actitud y ese salto en el tiempo no cuadran. Días enteros en los que nadie sabe dónde estuvo. Lugares en los que debería haber dejado rastro y no lo hay.

Me pasé la mano por la cara, agotada.

—Todo parecía apuntar a que mató a su marido por un crimen pasional, pero esto es otra cosa. —Señalé uno de los informes abiertos en la mesa—. Su nombre en el almacén con rastros de la

droga usada en las embarazadas… ¿Y si su hermana fue su primera víctima? ¿Y si era un gancho y trabajaba para alguien que sigue en la sombra?

Martínez dio un golpe suave sobre la mesa.

—Desde luego que es más lista de lo que le ha hecho creer a todo el mundo.

—Yo nunca la he subestimado, aunque no pensaba en esto —admití con desgana—. Ese papel de esposa perfecta, de mujer que solo quería sobrevivir a un marido controlador y maltratador. El problema es la coherencia. Ni un solo parte por lesiones ni un vecino o testigo que hubiera presenciado u oído nada.

—Sí, era de lo más raro. —Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa—. ¿Y si Damien West y Clara Goldstein estaban en el ajo juntos? ¿Y si estaban usando a Goldstein, pero este lo descubrió y por eso lo mataron?

Lo miré, calibrando su propuesta.

—No es una mala teoría. Goldstein era un tiburón en el mundo de las finanzas, pero su vida personal era más opaca. No había denuncias de malos tratos de sus exparejas que apuntaran a que fuera un cabrón de puertas para adentro. Y, sin embargo, fue apuñalado con una precisión quirúrgica…

Martínez chasqueó la lengua.

—Por eso digo que algo no cuadra.

El silencio se alargó unos segundos. Luego, una voz firme nos interrumpió.

—Inspectores, los estaba buscando. Tenemos que hablar.

Levantamos la vista al mismo tiempo. Y allí estaba ella. Clara Goldstein.

Parada frente a nuestra mesa con una expresión desafiante en el rostro, como si supiera exactamente de qué habíamos estado hablando hacía unos segundos.

Martínez alzó una ceja y luego sonrió de lado.

—Bueno, esto sí que es una coincidencia interesante.

Clara ignoró el comentario y nos miró con frialdad.

—Dejemos las indirectas y vayamos al grano. Dejen las cosas como están.

—¿Perdón? —pregunté incrédula.

—Ya me ha escuchado.

—Pero ¿quién se cree que es? ¿De verdad piensa que puede presentarse ante nosotros y hacer una petición así?

—No es una petición.

«Lo que me faltaba por ver y por oír, ¿de qué cojones iba?».

Martínez y yo nos miramos rápidamente, y entonces Clara hizo algo inesperado. Le dio la vuelta a la silla libre y se sentó a horcajadas en ella.

Algo en su mirada me dijo que la conversación no había terminado y que lo que fuera a decirnos cambiaría el rumbo del caso.

CAP Í TULO 66



Petrov

El juez DeWitt llegó a la hora acordada. Puntual, como siempre. Era un hombre meticuloso, temeroso de los riesgos, de esos que calculaban cada paso con la misma minuciosidad con la que otros controlaban sus inversiones.

La chica del servicio lo invitó a pasar con la cortesía que mi posición exigía, aunque mi paciencia se hallaba al límite después de que me exigiera quedar cuanto antes porque habían surgido problemas inesperados.

«¿Inesperados?».

Yo no hacía nada inesperado, todo estaba calculado con una rigurosidad absoluta, y que hubiera empleado aquel término me ponía de los nervios.

Nos sentamos en mi despacho, entre los dos discurría la mesa de roble macizo que encargué a un maestro artesano en uno de mis viajes a Sudamérica.

Solo nos separaba la botella de *whisky* añejo que decantaba sobre su vaso.

Sus cejas pobladas se contraían en su rostro rubicundo.

—¿Qué ocurre, DeWitt? —Teníamos la suficiente confianza para tutearnos, el juez recibió un trasplante de hígado en mi clínica, esa que no tenía interminables listas de espera ni le importaba que necesitaras otro al año siguiente porque te gustaba demasiado empinar el codo, siempre que pudieras pagarlo.

—He hecho todo lo posible —empezó, con un suspiro tenso—. Mantener a Stein incomunicado, alargar que pudiera cambiar de abogado no ha sido fácil, pero esa mujer es una pesadilla, y han surgido complicaciones.

Elevé la barbilla, dejando la botella para dar un trago largo al licor, ocultando mi molestia tras una expresión de moderado interés.

—¿Qué complicaciones? —pregunté, dándole la oportunidad de detallarlas.

El juez pasó una mano por su rostro y se inclinó hacia adelante.

—Al parecer, había cámaras ocultas en el Savage, le he traído las imágenes que la señorita Star me ha hecho llegar junto a la petición de que libere a su cliente. Las grabaciones comprometen la versión de la fiscalía y muestran a un hombre entrando a la zaga de West. Se les ve dirigirse al mismo cuarto y entrar juntos. Stein no era el único en la escena, ni siquiera el primero. Encima, el tipo del sombrero es visto por las cámaras de seguridad de un cajero de los alrededores del piso de West la noche del crimen. Con esta prueba en el expediente, se crea una duda razonable sobre la autoría del crimen, retenerlo se vuelve insostenible. Si se descubre que he declinado la apelación con evidencia tan clara, mi credibilidad quedará en entredicho, y eso no nos conviene si queremos que siga siendo el juez del caso.

¿Cómo era posible que no supiera lo de las malditas cámaras? ¡No podía delegar! ¡Se suponía que Vargas se ocupaba de eso y la había cagado a lo grande, además de salir en las malditas imágenes!

No se le reconocía por el sombrero, pero estaba ahí. Tanto en el Savage como en la escena del crimen a unas calles, como decía DeWitt, y en eso tenía razón, la duda razonable estaba sembrada.

¡Maldito incompetente de las narices!

Inspiré hondo y solté el aire lentamente, como si aquello me frustrara, aunque en realidad mi mente ya trabajaba en la siguiente

jugada. No podía permitirme perder la compostura. Podía sacrificar un alfil, pero jamás perderme a mí mismo.

—Entiendo. —Bebí un sorbo de *whisky*—. ¿Cuánto tiempo tenemos antes de que esto se convierta en un problema público?

—Días, tal vez menos. No puedo seguir bloqueándolo.

Le sostuve la mirada, calculando. Había esperado que Stein se hundiera en Rikers, que el día de su juicio fuera una sombra, que la desesperación lo hiciera cometer errores. No contaba con que la hija de Andrés me pusiera las cosas difíciles y, mucho menos, que lograra meter mano en la apelación.

El juez me observaba, inquieto, consciente de que, en cuanto se levantara de esa mesa, su futuro dependería de cuánto valorara yo su lealtad.

—¿Has considerado otras medidas? —inquirí con calma.

—No puedo manipular más el proceso sin que salten las alarmas —confesó, con las manos crispadas sobre sus rodillas—. Ya he hecho demasiado.

—¿Demasiado? —sonreí recostándome en la silla—. Si crees que demasiado es llegar hasta aquí, entonces temo por tu temple, DeWitt. No me hagas reconsiderar mis asociaciones.

El juez tragó saliva. Sabía lo que significaban mis palabras.

Las piezas en el tablero estaban bien colocadas. Quizá la cadena perpetua que tenía planeada para Jordan se postergara, lo que no significaba que hubiera terminado la partida.

Necesitaba relajarme, pensar y establecer una nueva estrategia.

Pensé en el fin de semana y sonreí para mis adentros… Había muchas maneras de hacer sufrir a una persona, y quizá la señorita Estrella fuera la más efectiva.

Blake me la había servido en bandeja de plata, como se lo pedí.

Para mí era importante mantener una visión periférica, controlar desde fuera todo y a todos. Debilidades, fortalezas, flaquezas y oportunidades.

Un trabajo exhaustivo para golpear sin ser visto, para reptar entre las sombras e ir dando golpes de gracia.

La ley de la atracción no era más que una buena planificación, y yo de eso sabía muchísimo.

A veces, la suerte se alineaba con la estrategia y te abría puertas que ni siquiera te habías planteado, como cuando Nathan Blake se atrevió a cruzar las puertas del L&W en busca de respuestas y se encontró que la mujer de la que se había enamorado era una amante del cuero y los azotes.

Siempre había sido bueno encontrando los puntos débiles de los hombres. DeWitt tenía miedo de perder su carrera. Nathan, en cambio, tenía miedo de perderla a ella. Y los hombres asustados eran los más fáciles de manipular.

Sonreí al recordar la noche en que Blake entró voluntariamente en su propia jaula.

Había seguido a Candela, la había visto entrar y, en su mente infantil, creía que tenía derecho a descubrir qué hacía allí porque él se había apropiado de ella, aunque la señorita Estrella no lo supiera todavía.

Quizá, si no hubiera dado su nombre, no le habría dejado acceder a mi mundo.

Mi hombre me preguntó por el pinganillo si lo dejaba pasar o no.

Nathan había perdido la templanza que lo caracterizaba, alegando que su pareja acababa de entrar hacía un minuto y que necesitaba ir con ella.

Candice Star…

—Deja que pase —le dije a mi hombre de seguridad.

Salí del despacho para ir a su encuentro, me presenté como dueño del club y le pregunté a qué era debido su estado de desasosiego.

Lo dejé parlotear mientras lo acompañaba por las instalaciones y él miraba de hito en hito aquello que no comprendía.

—¿Qué es este sitio?

—Un lugar donde liberar dopamina y librarnos del cortisol.

El abogado no comprendía nada, estaba confundido.

—Líbrese de sus prejuicios, señor…

—Blake, Nathan Blake.

—Este es un santuario de placer, todo el mundo se entrega de manera voluntaria a la dominación y a la sumisión.

—¿C-cómo dice?

Le sonreí.

—Déjeme que le muestre…

—Lo hice pasar a la mazmorra acristalada. En ella, el ama Candy, enfundada en su traje de dominatriz, bajo la discreción de su antifaz, terminaba de atar a su sumiso en el potro, vertía una cantidad ingente de lubricante tras quitarle el tapón anal y lo sodomizaba con un cinturón de penetración.

Nathan abrió los ojos como platos al reconocerla y, sin poder controlarse, vomitó en sus propios zapatos.

Lo llevé a mi despacho pidiéndole calma, le serví una copa y pedí a uno de mis empleados que fuera a limpiar.

—No puede ser, no-no lo entiendo, ella no, ella nunca… —tartamudeaba.

Blake parecía haber dejado de respirar. Sus ojos, abiertos de par en par, apenas parpadeaban. Su mente intentaba desesperadamente aferrarse a una imagen de Candela que ya no existía, que nunca había existido. El sudor perlaba su frente, pero no parecía notarlo. Su mundo se había roto en mil pedazos, y él aún intentaba recogerlos con las manos desnudas… Ah, la fragilidad masculina.

Parecía un cachorro perdido, sus extremidades temblaban.

—Beba, señor Blake.

Lo hizo.

—Le cuesta aceptarlo, ¿verdad? —pregunté, disfrutando cada segundo de su miseria.

—No lo entiendo… —volvió a repetir, con la vista clavada en la madera oscura de mi escritorio.

—Eso es porque ha vivido con la ilusión de que las mujeres son lo que usted espera que sean, y su pareja tiene una faceta que le ha ocultado porque intuía que se lo tomaría de este modo. No se decepcione porque ella no sea lo que creía, todos tenemos derecho a mostrar lo que nos apetece de nosotros mismos. Lamento que ella no sea la muñeca de porcelana que creía poder moldear.

Sus ojos se nublaron de rabia contenida, confusión y dolor. Ahí estaba el punto exacto de quiebre.

—Nunca lo ha sido.

—Es bueno que se dé cuenta de ello.

—Pero… si ella es así… —Su voz se quebró. Se aferró al borde del escritorio como si temiera que el suelo se desmoronara bajo sus pies —. ¿Qué se supone que haga yo? ¿Cómo… Cómo se supone que...? —su voz sonaba desesperada, justo como a mí me gustaba, listo para la manipulación.

No quería escucharme, no obstante, ya lo estaba haciendo.

—Nada de lo que creía sobre ella era real, Nathan —susurré con indulgencia, inclinándome ligeramente hacia él—. Ella es otra, aunque eso no significa que tenga que perderla. No si está dispuesto a aprender.

Me incliné hacia él y bajé el tono, como si le estuviera confiando un secreto.

—Si la quiere, si es un hombre honesto que se preocupa por las necesidades de su compañera de vida, aprenderá. Sabrá darle lo que necesita, porque una mujer como la suya no ha nacido para dejarse controlar. El amor es un acto de generosidad y, si está dispuesto, yo puedo guiarlo hasta convertirlo en lo que ella más desea y necesita.

»Si la ama, la sigue. Si no lo hace, la pierde. Así de simple. Respóndame a una pregunta, ¿tiene el valor suficiente para renunciar a ella?

—No… —susurró, con la voz rota.

—Entonces, bienvenido al inicio de su transformación.

Blake tragó saliva, sus pupilas vibraban con un temor latente, pero también con fascinación.

—¿Cómo…? —Su voz apenas era un hilo de aire.

Coloqué la copa de licor frente a él. Sin pensar, la tomó y bebió un trago largo. Su cuerpo ya respondía antes de que su mente tomara la decisión.

Sonreí con indulgencia, como un profesor que observa a su alumno más prometedor dar su primer paso hacia el abismo.

—Con mi ayuda. Con la tutela de alguien que entienda este mundo. Con una entrenadora que le enseñe a ser lo que ella ansía. No tiene por qué perderla, Nathan, puede ser suyo para siempre si se atreve.

El silencio se alargó. En su mente, los engranajes se movían, casi podía escucharlos. La idea de perderla lo aterraba más que ser dominado. Y, entonces, mordió el anzuelo.

—¿Y si no me gusta?

—Aquí no se obliga a nadie. Usted decide.

Él asintió.

Abrió la boca para decir algo. Algo que no llegó a pronunciar.

Podía verlo en su rostro: la sombra de una negativa, el vestigio de una resistencia.

—Dígamelo, señor Blake.

Silencio.

—Dígamelo en voz alta.

Cerró los ojos con fuerza, su garganta se movió en seco.

—¿Qué tengo que hacer? —susurró finalmente, con la voz de un hombre que acaba de vender su alma.

—Dejar que lo adiestremos. Aprender desde cero. Convertirse en el sumiso que su ama codicie y disfrutar de ello, hay muchísimo placer cuando se sueltan las riendas y alguien las maneja por ti, resulta liberador.

—No quiero que ella lo sepa.

—No se preocupe, le garantizaré el anonimato. Una vez atraviese esas puertas, no quedará nada de Nathan Blake, se desprenderá de lo que es y abrazará a su alter ego: Shadow. Le aseguro que jamás sabrán que se trata de usted, déjelo en mis manos.

Extendí mi mano.

Él la miró por un instante. Luego la suya se movió, lenta, temblorosa. Cuando la estrechó, supe que ya no era suya.

Un tic de satisfacción vibró en la comisura de mis labios.

Había sellado su destino.

Y yo, como siempre, sostenía las riendas de su futuro.

—¿Vílchez? —preguntó el juez, trayéndome de nuevo al presente.

Me serví otro trago con parsimonia, dejando que DeWitt se revolviera en su asiento con impaciencia.

—Intenta que Stein disfrute unos días más de la amabilidad de Rikers y sus nuevos amigos.

—Haré lo que pueda para que el proceso se alargue, pero no puedo garantizarte mucho más —insistió.

Le dediqué una sonrisa medida, una que no llegó a mis ojos.

—Confío en que harás lo correcto, como siempre. —Mi tono fue suave, pero la amenaza subyacía en cada palabra.

Él tragó saliva. Sabía lo que implicaba defraudarme. Sabía lo que pasaba con aquellos que me fallaban.

Nos despedimos sin más ceremonia. Le escolté hasta la puerta con la seguridad de que no dormiría bien esa noche. Tampoco lo necesitaba. Tenía mucho en qué pensar, yo nunca dejaba cabos sueltos, y en ese momento me apetecía planificar.

CAP Í TULO 67



Jordan

El bullicio del exterior contrastaba con el vacío que sentía en el pecho mientras Candela conducía en silencio y yo era arropado por *Hold my Hand*, de Lady Gaga.

La libertad debería haber sido un alivio absoluto, el problema era que las casi dos semanas de prisión habían dejado en mí una huella más profunda de lo que quería admitir.

Pese a la protección de los guardias que habían mediado, la mayoría de reyertas no pudieron evitarlas, y algunas me hicieron temer por romperme del todo; sobre todo, cuando intentaron… No les dejé.

Esa gente parecía conocer al dedillo mi pasado, lo que me dejaba con una sensación de caída libre y sin paracaídas de lo más desagradable.

Abrí la ventanilla. Dejé que el aire cálido de junio se filtrara a través de ella, necesitaba dejar de sentirme atrapado y sin oxígeno.

Candela me aguardaba apoyada en mi coche, seguramente alguno de los chicos le habría facilitado las llaves. El nombre de Corey se formuló en mi mente. Llevaba puesta una gabardina suave

color cámel que le sentaba a las mil maravillas. Estaba preciosa, se la veía tan fuerte, tan capaz, que mi corazón golpeó con fuerza en cuanto me dirigió una sonrisa y abrió los brazos para acogerme en ellos.

Podría haber muerto feliz en aquel abrazo, en su aroma, en su calor.

—Bienvenido —murmuró en mi oído. Después me cogió de la cara con cuidado y me dio un beso tan dulce y cálido que me hizo desear que no terminara nunca.

Entramos en el coche unos minutos después, y me dejó a solas conmigo mismo, sin alterar la paz que necesitaba encontrar.

Admiré su perfil. Su mirada puesta en la carretera, la tensión en sus manos sobre el volante, esa forma de respirar, controlada, todo hablaba por ella. No quería presionarme, estaba dándome mi espacio en su compañía. Si quería romper el silencio, que alguien dijera algo, debería ser yo. Estaba seguro de que estaba aguardando a que le permitiera entrar en ese desastre que era mi mente.

No lo hice. No aún.

Era un capullo, ni siquiera le había dado las gracias por el esfuerzo, todavía.

Cuando llegamos a su edificio, supe que había tomado una decisión sin consultarme. En lugar de llevarme a mi ático, donde pensaba hundirme un rato en soledad, había hecho justo lo contrario.

—¿Le ha pasado algo a mi piso? —Ella sonrió con suficiencia.

—Digamos que la prensa lleva algunos días apostada fuera, e imaginé que no te apetecería una lluvia de *flashes*.

Metió mi coche al aparcamiento, tenía una plaza doble donde descansaba su moto.

—Gracias —dije por fin.

—No hay de qué. —Me guiñó uno de esos impresionantes ojos que me robaban el aliento.

No discutí su decisión. No es que no tuviera fuerzas para hacerlo, es que en el fondo no me apetecía nada su ausencia.

Subimos en el ascensor en un silencio espeso.

Candela me lanzó una mirada de reojo, como si intentara calcular cuánto podía cargar sobre mis hombros.

Yo solo miraba mis propias manos, las marcas de las esposas aún visibles en la piel. Marcas que desaparecerían en días, pero que en mi interior permanecerían mucho más tiempo.

Cuando la puerta del apartamento se cerró detrás de nosotros, mi mente hizo clic.

No estaba en Rikers, la violencia se había evaporado, la constante lucha por mantenerme entero, estar pendiente de cada maldito salido por si venían a por mí. No quería imaginar qué habría sucedido sin su intervención.

Candela avanzó hacia la cocina. Mi respiración se volvió irregular mientras acompañaba su esbelta figura y me perdía en la curvatura de su espalda.

Necesitaba sentarme, mis piernas amenazaban con dejar de sostenerme porque la tensión le pasaba factura a mi cuerpo.

Terminé sentado en el borde del sofá, con la cabeza entre las manos, intentando retomar el control.

La escuché acercarse, vi cómo se arrodillaba frente a mí, apoyando su frente en mi rodilla de manera silenciosa, dejándome saber que estaba ahí. No para salvarme. No para arreglarme. Solo para ofrecerme la posibilidad de tomar prestada su fuerza, su perseverancia, su manera implacable de afrontar los problemas, de darles solución, por muy difíciles que fueran.

Había puesto música, no se trataba de una canción al azar, la había elegido para mí, podía sentirlo en cada una de las frases en que Pink y Chris Stapleton cantaban al amor incondicional en los momentos más oscuros.

Eso era *Love Me Anyway,* su manera de decirme sin palabras lo que gritaba su silencio. La emoción que me aterraba y que yo no había querido ver.

Me llevó unos segundos. Levanté la mano y le pasé los dedos por el pelo, hurgando en su mirada brillante, inconfundible, sintiendo su calidez, su suavidad.

Algo en mi interior crujió, algo que había estado tensándose demasiado tiempo mientras las voces melódicas llenaban la estancia

de preguntas sin respuestas.

¿Podrías?
¿Podrías todavía amarme?
¿Podrías?
¿Recoger los pedazos de mí?
¿Podrías?
¿Podrías todavía amarme?
¿Podrías amarme de todos modos?

Ella deshizo el nudo de su gabardina, sin romper el contacto visual, dejándola caer para mostrarse totalmente desnuda.

No había llevado nada de ropa y acababa de darme cuenta de ello.

Acarició mi labio inferior con el pulgar y con el resto de dedos mi mejilla.

—No tienes que hacer esto —murmuré con voz ronca, pero ella negó suavemente contra mi pierna. En posición de sumisión.

—Sí, sí tengo que hacerlo —susurró—. Porque te quiero, Jordan, y quiero demostrarte mi entrega, porque quiero desnudarme ante ti en todos los sentidos, piel, alma y corazón, sin corazas, sin reservas. Esta soy yo y te ofrezco lo que soy.

La confesión me golpeó más fuerte que cualquier golpe sufrido en la penitenciaría. Ella me observaba con una intensidad feroz, como si se negara a dejarme huir de sus palabras.

Quise responder, pero mi garganta se cerró.

¿Cómo podía decirle que yo también la quería cuando todo lo que tocaba se destruía?

¿Cómo podía prometerle algo cuando mi vida estaba hecha pedazos y en el fondo sentía que no la merecía?

Candela pareció leer mi conflicto en mis ojos. No insistió. En cambio, se irguió y me besó. Dejó al margen la urgencia, la pasión desbordada y dio paso a algo mucho más aterrador: la ternura, el amor.

Y yo, que me consideraba un superviviente, que había enfrentado monstruos, que había sido herido y quebrado de mil maneras

distintas, me descubrí temblando ante un roce de labios que no tenía nada de simple.

Me aferré a ella, hundiendo los dedos en su cuero cabelludo, sintiendo su cuerpo cálido y vivo contra el mío. Y en ese momento, supe que, pasara lo que pasase, no podía perderla.

—Te necesito —susurré contra su boca, apenas consciente de que estaba pronunciando la única verdad que importaba en ese instante.

Candela sonrió, sus dedos enredados en el pelo que descansaba sobre mi nuca.

—Eso ya lo sabía.

No sé cuánto tiempo pasamos así, respirando juntos, compartiendo el mismo aire, la misma lengua, la misma apasionada respuesta. Pero cuando ella se apartó, supe que lo hacía para volver a darme espacio, para que pudiera plantearme lo que iba a suceder.

Se puso en pie. La recorrí con avidez, los pechos del tamaño perfecto, los pezones duros, su vientre plano y el pubis desprovisto de vello.

Levanté la barbilla para sentirme arropado por las comisuras de sus labios.

Candela extendió la mano en una clara invitación. Subida a sus tacones de infarto.

—Vamos.

No era una pregunta, y yo no pensaba negarme.

Agarré sus dedos y dejé que me guiara a su habitación.

Le permití que me desnudara con esa delicadeza con la que alguien toca una herida aún abierta. Cuando quedé con el torso desnudo, sus dedos rozaron las marcas en mis costillas. No las tocó del todo, solo las recorrió como si quisiera memorizar cada una de ellas, dejando su impronta, cubriéndolas de besos y saliva.

Cada músculo agotado, cada pensamiento fragmentado, se cargó de una energía nueva, la que solo ella podía encender en mí.

Mi reflejo en el espejo de la cómoda me sorprendió.

Ojeras profundas, piel demacrada, la sombra de un hombre que no se reconocía a sí mismo, pero que latía desbordado bajo sus atenciones.

—Cada vez que te hagan daño, Jordan, yo lo sentiré también —murmuró—. Lo que te pasa a ti me sucede a mí, así que a partir de ahora vas a cuidarte mejor y, si no sabes, yo te enseñaré.

No pude responderle. No había palabras que pudieran contener lo que sentía en ese instante.

Me dejé llevar. Cerré los ojos cuando descendió hasta mi pelvis, cogió mi miembro semierecto y lo acunó con pleitesía, entre sus dedos, enterrándolo en la gruta cálida de su boca.

No había prisa ni descontrol. No era un acto de pasión cruda, quería que sintiera su entrega, el cariño con que me trataba mientras me hundía en ella para hacerme resurgir.

Llevé las manos a su cabeza, atesorando cada succión, cada gemido que emergía de sus cuerdas vocales.

Candela era el puto paraíso, el lugar al que volver, el que te sostenía y te empujaba a flotar, a sentirte libre, capaz.

Mi excitación aumentaba a medida que ella me daba más y más cabida.

Todo daba vueltas, mi pecho subía y bajaba con dificultad.

Me aparté, no quería terminar así.

—Ven aquí —murmuré, alzándola.

Volvimos a besarnos, a fundir nuestras pieles mientras la arrastraba en un baile imaginario, depositándola con suavidad sobre el colchón.

Puede que no se lo hubiera dicho, pero quería demostrarle todo lo que despertaba en mí.

Se movió con naturalidad hasta el centro de la cama, yo la seguí.

Me tumbé sobre su cuerpo, y ella separó los muslos, dándome cabida.

Nunca me había dejado fuera, ni antes ni ahora, me ofrecía espacio en su vida, en su cama, sin reservas, incapaz de pedirme nada a cambio que no fuera que velara por mí mismo.

Me moví contra ella, sin penetrarla, envuelto en sus pliegues, bañado en sus iris color esperanza. Acompasé sus jadeos con los míos mientras sus piernas envolvían mi cintura en un vaivén devastador.

La luz que se filtraba de la calle iluminaba nuestras pieles perladas en sudor.

—Eres lo más bonito que me ha pasado nunca —murmuré.

Ella sonrió, y yo caí en picado sobre su boca para sofocar mi sed.

Sus uñas se clavaron en mi espalda cuando aumenté el ritmo del roce.

Me alimenté de los sonidos que escapaban de su garganta y se colaban en la mía, de la manera en que su cuerpo se alzaba en busca de una cobertura total, de una fricción mayor.

Estaba empapada, y yo demasiado ávido de su carne como para descartar la invitación.

Su mano se coló entre nuestros cuerpos para guiarme en su interior.

Jadeamos con fuerza en cuanto toqué fondo.

Me quedé muy quieto al darme cuenta de que no llevaba protección y estaba entrando a pelo.

—Candela, el condón…

—No pasa nada, tomo la anticonceptiva por precaución. Quiero esto, Jordan, así, sin nada entre nosotros, lo necesito.

Yo también lo quería, y no solo eso, lo quería todo, siempre que fuera con ella, y le daría el mundo si me lo pidiera.

Empecé a moverme, a dejar a un lado la mesura, las formas, el control.

Quería ofrecerle mi entrega, mi rendición, igual que hizo ella, y era imposible si no bajaba las barreras.

—Te quiero —admití ronco, notando cómo resplandecía al oírlo—. Te quiero, joder, te quiero, y haré lo que sea por ti.

—Entonces, hazlo, quiéreme.

—No podría dejar de hacerlo.

Seguimos moviéndonos en sintonía, ya no había prejuicios, muros o medias verdades, solo la entrega total y absoluta de dos almas nacidas para amarse de manera incondicional.

Cuando las paredes de su vagina se contrajeron, anunciando el estallido del orgasmo, dejé de oponerme al mío y la acompañé en su ascenso.

Candela Estrella me hacía darle gracias al universo por ser y por estar.

CAP Í TULO 68



Candice

El mundo era un lugar perfecto en ese momento.

Hasta que el infierno se desató.

Me desperté con la calidez de un cuerpo pegado al mío, con el peso de un brazo protector alrededor de mi cintura y la respiración pausada de Jordan rozando mi nuca. Su presencia me anclaba a la realidad de lo que había sucedido la noche anterior, una explosión de emociones y pasión que me había dejado completamente rendida.

Por una vez, nos habíamos amado sin prisas ni reservas, con la intensidad de quienes saben que cada instante podría ser el último.

Había sido intenso, liberador… y terriblemente necesario.

Suspiré con una sonrisa satisfecha, negándome a abrir los ojos, acurrucándome de nuevo contra el primer hombre al que le había declarado mi amor y, si por mí fuera, sería el último. Además, por fin había salido de su caparazón y admitido que era recíproco, no pensaba abandonarlo en la vida.

Era sábado, no tenía que ir al despacho y planeaba seguir así todo el día.

Envuelta en el calor de Jordan, enredada en sus piernas, con su piel contra la mía y sin más ruido que nuestros latidos acompasados.

Pero una cosa es lo que uno desea y otra lo que sucede. Porque mi vejiga protestó. O salía de la cama, o despertaba a mi compañero de colchón con una lluvia dorada, y creía recordar que me dijo que no le gustaban.

Así que me escurrí y me metí a toda prisa, sin hacer ruido, al baño. Un pis y volvería de inmediato, ajusté un pelín la puerta para que Jordan no se espabilara a causa de mis aguas menores.

¿Podía ser más feliz?

Imposible.

Estaba demasiado abstraída con el murmullo del ácido úrico impactando contra el agua que en mi imaginación era una preciosa cascada en la que Jordan y yo nos bañábamos, que no escuché el inconfundible sonido de una llave girando en la cerradura, tampoco los pasos apresurados que cruzaron el pasillo y no se encontraron obstáculo alguno para acceder a mi habitación, puesto que no había cerrado porque vivía sola y no era necesario.

Me levanté de la taza sin tirar de la cadena, ya lo haría luego. Alcancé el vano sin tiempo para reaccionar, no pude impedir que algo, o mejor dicho, alguien, saltara sobre la cama en un intento de abalanzarse sobre mí, que estaba de pie y como Dios me trajo al mundo.

—¡Despierta, dormilonaaa…!

Era imposible.

¿Seguía durmiendo?

¿Por qué mi hermano Andy aparecía en el sueño saltando sobre Jordan mientras mi padre y Nate aparecían en el marco de la puerta?

Mi hermano soltó un grito aterrorizado cuando se dio cuenta de que un tío enorme y muy tatuado reaccionaba por instinto inmovilizándolo con una rapidez pasmosa. En cuestión de segundos, Andy estaba de cara al colchón con los brazos doblados a la espalda y el peso de mi chico asegurando que no pudiera moverse.

—¡Suéltame, maldito gorila! —gritó Andy, pataleando sin éxito—. ¡¿Qué has hecho con mi hermana?! ¡Candelaaa!

—¡Suelta a mi hijo! —bramó una voz grave desde la puerta.

«¡Despierta, Candela, despierta!», me supliqué antes de ver a mi padre abalanzándose sobre la espalda musculosa de Jordan.

«¡Oh, no, no, no, no!»

El horror me recorrió el cuerpo cuando giré la mirada y vi a Nate, parado en el umbral de la habitación, con el rostro desencajado, con los ojos abiertos de par en par y una expresión de absoluto desconcierto. Supe que no era una maldita pesadilla de esa en la que apareces en pelotas en mitad de una multitud; la multitud estaba y era de lo más real.

La escena debía de ser digna, como habría dicho mi abuela, del camarote de los hermanos Marx, siempre lo decía cuando se juntaban todos los Estrella en su pequeño salón.

Corrí hacia ellos para agarrar el cobertor que estaba en el suelo y poder taparme un poco, como si fuera un capullo de seda; Jordan, igualmente desnudo, sobre mi hermano, con su trasero perfectamente expuesto a la vista de todos era atacado por mi padre, que ni se lo pensaba.

—¡Papá! ¡Espera! ¡No es lo que parece! —intenté explicar, pero ya era demasiado tarde.

—¡¿Cómo que no es lo que parece?! —rugió Andrés, señalando a Jordan—. ¡Un tío desnudo, que no es Nate, está atacando a tu hermano!

—Vale, puede que sea lo que parece, pero puedo explicarlo. Jordan, suelta a Andrew.

Dicho y hecho, sus manos soltaron a mi adolescente hormonado favorito y se dio la vuelta casi tan desencajado como Nate.

Y, entonces, el mundo se abrió bajo nuestros pies porque el Krakatoa, es decir, mi padre, entró en erupción nada más verle la cara.

—¡¿Qué. Cojones. Haces. Tú. Con. Mi. Hija?!

«¿Eso era humo y lava?».

—Papá, cálmate, no tienes por qué ponerte así… Te va a dar un infarto y llevar a un muerto de vuelta a España implica demasiada burocracia.

Giró su rostro hacia mí rojo chipotle. Parecía el puñetero muñeco de Inside Out.

—Candela Estrella, ¿qué narices hace Jordan Stein en tu cama? ¿Sin ropa? ¿Y contigo desnuda?

—Creo que lo que le cuelga a ese tío entre las piernas no es una aguja y no hacían macramé —rio Andy, que por fin había podido girarse.

Jordan, con una calma escalofriante, cogió la sábana para envolverla en su cintura, miró sobre su hombro y resopló, apartándose lo justo para rodar fuera de la cama, jadeando como si hubiera escapado de un depredador.

—Para que conste en acta, Mr. Star —dijo Jordan con voz tranquila—, él saltó encima de mí primero y, como dice su hijo, no se me da bien tricotar.

—¡Yo te mato, hijo de…! —Mi padre avanzó con la intención de golpearlo, pero Jordan lo esquivó, dejando claro que no tenía intención de dejarse apalear sin más.

Yo, mientras tanto, intentaba recolocarme la colcha a la desesperada, sintiendo cómo el calor subía a mis mejillas.

—Papá, ¡para ya! ¡Jordan no tiene la culpa de nada!

—¡Claro que la tiene! ¡Atacó a tu hermano! Y te ha… —calló incapaz de pronunciar la palabra.

—¡Yo lo ataqué primero! —rio Andy divertido—. Oye, *bro*, ¿te importa volver a tumbarte y hacer eso? Molaría un huevo para mi canal de TikTok, pero ponte calzoncillos, que si no me lo capan.

—¡Cállate, Andy! —rugimos mi padre y yo con la misma expresión ceñuda.

—Solo era una idea…

Mi padre volvió a clavar sus ojos café sobre Jordan.

—¡No voy a permitirte que arrastres a mi hija a tus mierdas! ¡Fuera de este piso y no vuelvas en tu puta vida!

«Pero ¡qué demonios…!»

Jordan alzó una ceja, cruzándose de brazos con tranquilidad.

—Candela es mayorcita para decidir con quién se acuesta —soltó sin ningún pudor.

—Candela siempre ha perdido las bragas y el cerebro cuando se ha tratado de ti.

—¡Papá, por favor!

—¡Ni por favor ni por favor! —explotó al borde de un colapso.

En ese momento, Nate, que había estado en silencio hasta entonces, decidió intervenir y no precisamente para calmar las aguas.

—Escucha a tu padre, Candice, ya que te pasaste mis advertencias por el forro cuando te dije que no era buena idea acostarse con un tío acusado de asesinato —espetó, cruzado de brazos y con una mueca de desprecio.

La tensión en la habitación se volvió asfixiante en un segundo.

—¡Que alguien me pase un puto bol de palomitas! —espetó mi hermano.

Jordan miró fijamente a Nate, sin pestañear, sin inmutarse. Yo sentí una punzada de rabia al ver cómo mi socio se aprovechaba de la situación para arremeter contra él.

—No soy un asesino —replicó Jordan, con una calma peligrosa.

—Eso díselo a Damien West, que no ha vuelto a respirar desde que lo golpeaste, sodomizaste y le rebanaste el pescuezo —contraatacó Nate.

Jordan dio un paso al frente con los puños apretados.

—Me tienes hasta los cojones, Blake.

Estaba segura de que iba a atizarle, pero mi padre se adelantó e intentó propinarle otro puñetazo a Jordan, y este lo arrojó a la cama sin miramientos contra Andy.

—Te dije que no volvería a dejar que me atizaras, Estrella.

—¡Te has tirado a mi hija!

—Es mayor de edad, y sabe lo que hace.

—Claramente no lo sabe.

Mi chico inspiró hondo y negó con la cabeza, como si se negara a darle el gusto de seguir hurgando en la herida. Luego me miró, y supe lo que iba a decir antes de que lo hiciera.

—Voy a irme —dijo en voz baja con una frialdad que no encajaba con el calor de su mirada. Sentí cómo algo dentro de mí se desgarraba.

—¿Qué? No, espera…

—No, Candela. —Me miró con esa expresión oscura y resignada—. Necesitas espacio con tu familia, y yo no pinto nada aquí. Esto no es una guerra en la que quiera pelear.

—¡¿Ves?! ¡Hasta él sabe que no encaja aquí! —soltó Nate.

Jordan lo ignoró. Caminó hasta donde estaban su ropa y su móvil, los cogió y, justo cuando estaba a su altura, pronunció un buh que hizo trastabillar a Nathan y que se cayera de culo.

—No puedes demandarme por esto, abogado, tengo testigos de que no te he tocado. Sin dirigir la mirada a nadie más, se giró hacia mí antes de alejarse.

—Ya hablaremos cuando las cosas se calmen. Te quiero —dijo antes de salir del dormitorio.

—Y yo.

Me sentí orgullosa de que lo pronunciara en voz alta.

—¡Yo lo mato! —rugió mi padre, enredándose con la sábana y las piernas de mi hermano.

Miré a mi padre, a Andy y a Nate, y el dolor que me cruzó el pecho se convirtió en rabia.

—Sois unos idiotas —dije con los dientes apretados—. ¡Los tres!

—¿Y yo qué he hecho? —cuestionó mi hermano—. A mí me mola el proscrito tatuado.

Bufé.

Busqué a Nate con la mirada y solté todo el odio que sentía en ese momento.

—Deja mis llaves en el mueble de la entrada. A partir de ahora, tienes prohibida la entrada a mi piso a no ser que yo te dé permiso, y ya hablaremos de lo que has dicho y lo que ha pasado.

—Perfecto —murmuró, poniéndose en pie—. Cuando aparezcas descuartizada en una cuneta, no seré yo quien consuele a tu familia. Te tenía por una mujer más lista que no se dejaba engañar por el primer malote de manual que arrasara su cama. Señor Estrella, Andrew. —Lanzó las llaves sobre el colchón y se marchó a grandes zancadas.

El portazo tronó en toda la casa.

Me di la vuelta hacia los, hasta ahora, dos hombres de mi vida.

—Que sepáis que esto no va a quedar así. Voy a darme una ducha y a ponerme algo de ropa encima. ¡Salid de mi cuarto ahora mismo! ¡Los dos!

—Qué carácter —rezongó Andy.

Me metí de nuevo en el baño con el corazón en un puño y la certeza de que, si no hacía algo para solucionar las cosas, podía perder a Jordan para siempre.

CAP Í TULO 69



Petrov

Nathan Blake irrumpió en mi casa sin anunciarse, con el rostro desencajado y los nudillos blancos de apretar los puños. Era un hombre al borde del colapso, un peón que creía estar jugando la partida cuando, en realidad, nunca había sido más que una pieza movida a mi antojo.

Lo dejé un instante en el salón, observándolo desde arriba, como si fuera un perro desobediente que no había aprendido su lugar.

Odiaba cuando alguien se creía con el derecho de poder irrumpir en mi vida sin previo aviso, como si le debiera algo.

Se pasaba las manos por el pelo nervioso.

Nunca me gustaron los perdedores, y ese hombre… hedía a derrota.

Bajé las escaleras despacio, y él alzó los ojos ante el primer sonido de mi suela contra el mármol.

No había llegado ni a la mitad cuando él avanzó hasta el último peldaño.

—La estoy perdiendo —soltó, sin siquiera esperar a que le concediera la palabra.

«¡Qué molesto!».

Seguí avanzando.

—Buenos días para ti también, Nathan.

—No lo son, aunque gracias.

Sus pisadas, mucho menos sólidas y agitadas, siguieron a las mías.

Apoyé un codo en el reposabrazos del sillón, dedicándole una mirada impasible.

—Siéntate —ordené con calma.

No lo hizo.

—¡Te digo que la estoy perdiendo! Andrés Estrella ha llegado esta mañana a Nueva York con su hijo, los llevé a su apartamento mientras Jordan Stein estaba en su cama, en su vida.

—¿Cómo dices? —Eso sí que no lo esperaba.

—Ya me has oído. Han venido de visita, y por lo que vi, odia a Jordan porque ocurrió algo entre ellos en el pasado y sigue sin soportarlo. —«Interesante»—. ¡¿Puedes creer que estuviera en su maldita cama?! Todo lo que hemos hecho para separarlos no ha servido de nada. Y encima me ha desafiado, dejándome en ridículo. ¡El puto Stein le ha dicho que la quiere delante de todos, y ella ha respondido que también lo quería a él! ¡A él! ¡Es de locos!

Ah, la desesperación. Esa que borraba toda lógica, que convertía a los hombres en marionetas sin control. Lo observé con asco, disfrutando del hundimiento y del placer de saber que Andrés y su vástago andaban cerca.

Nathan siempre había tenido espíritu de títere, aunque él creyera que estaba hecho para mover cuerdas. El único Blake nacido para ello era su padre, y ninguno de los dos eran comparables con el poder que yo ostentaba.

—Te he dicho que te sientes —respondí afilado.

Él me observó, tragó con fuerza y finalmente obedeció.

—No lo entiendo, ¿cómo puede gustarle un asesino?

«Lo que no le gusta es un débil como tú». Candela tenía una energía dual un tanto especial y era difícil que alguien como el señorito Blake pudiera encajar con él.

—Estás exagerando, Nathan.

—¡No! —negó con furia, pasando una mano por su cabello—. No entiendes. Él está ahí, con ella, y todo el mundo lo ha visto. Su padre, su hermano…, incluso yo. Se ha burlado de mí, de todo lo que hemos trabajado, de todo lo que he hecho para poder gustarle, incluso diciéndole delante de todos que era un asesino.

Ahí estaba el verdadero problema. La humillación. No era la pérdida de su muñequita lo que lo carcomía, sino la herida en su ego, el golpe certero a su orgullo.

—Déjame adivinar —dije en tono medido, inclinándome en el sillón—. Lo que te dolió es que se posicionara al lado del perdedor…

—¡Lo eligió!

Nathan cerró la boca con fuerza. La vena en su sien palpitó.

—Me pidió que le devolviera las llaves del apartamento que paga mi padre después de lo que pasó. ¡Con todo lo que he hecho para concederle sus caprichos y…!

Qué frágiles eran los hombres cuando su mundo se derrumbaba.

Me serví un trago sin prisa, permitiéndole ahogarse un poco más en su propio pánico.

—Dijiste que tenías un plan —insistió—. Algo que haría que Stein la alejara de su vida; sin embargo, lo único que veo es que cada día que pasa este se le aproxima.

Jugueteé con el vaso entre los dedos.

—Cuidado, Nathan, a mí no me hables en ese tono. Por supuesto que lo tengo.

Su respiración se aceleró.

—¿Y a qué esperas para usarlo?

Llevé el *whisky* a mis labios y saboreé el momento.

—Todo a su tiempo…

Nathan bufó con exasperación.

—¡No lo hay! ¡No entiendes, Vílchez! Cada segundo que pasa la tengo más lejos. Vi el odio en su mirada, me ha prohibido entrar en su casa, está… —se interrumpió, tragando saliva—. ¡Dice que lo ama!

Ahí estaba la verdadera razón de su desesperación. Candela no solo se había alejado, lo había desterrado. «¡Puto inútil!».

Lo dejé unos segundos en silencio. Sabía que la incertidumbre lo estaba consumiendo y lo necesitaba así, roto, desesperado, ansioso por una solución. Solo entonces incliné el rostro y le dediqué una sonrisa calculada.

—No te preocupes por esa zorrita de Candice —le dije con suavidad venenosa—. Déjamela a mí.

Su pecho subía y bajaba de forma irregular. No me apartó la mirada, esperando que añadiera algo más.

No lo hice.

En su lugar, me acerqué a su oído.

—No me ha gustado nada el tono que has empleado conmigo, estás fuera de control y tu alma implora disciplina. Ve a la habitación de castigo. —Me aparté un poco para fijarme en sus pupilas dilatadas—. Ahora.

El efecto fue inmediato. Su cuerpo reaccionó antes que su mente, enderezándose como si hubiera recordado cuál era su lugar.

—Sí, amo. Lo-lo siento, amo.

—Más lo sentirás cuando te castigue.

Se puso en pie en cuanto me aparté.

—No. Irás a la jaula a cuatro patas, por animal.

Su cuerpo bajó al suelo de inmediato con los hombros temblando de contención.

—Sí, amo, gracias, amo.

Mis ojos lo siguieron viéndolo desaparecer. Fue el momento elegido por mi mujer para entrar en el salón.

Llevaba a Lucas en brazos, contra su pecho, seguro que le había dado de mamar hacía unos instantes. El pequeño parecía seguir saboreando la leche que tanto le gustaba.

Los ojos de Anita oscilaron entre mi expresión serena y la dirección en la que Nathan acababa de desaparecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja.

Me puse en pie y alisé el puño de la camisa con calma.

—Nada de lo que debas preocuparte, Tigritsa. Solo adiestro a mi mascota. Necesita una buena ración de mano dura, hoy está desbordado.

—¿Y eso por qué?

—Ya sabes… La abogada se le resiste y, en el fondo, es un inseguro de manual.

Sus labios se curvaron en una línea tensa. No preguntó más.

Observé su expresión con interés. Antes, Anita habría cerrado los ojos y se habría inclinado hacia mi toque. Esa vez, solo se quedó quieta.

Interesante.

Le sujeté la barbilla con suavidad, deslizando el pulgar por su labio inferior.

—¿Te pasa algo?

—Solo estoy cansada y dolorida. Este niño es un maldito animal, tengo los pezones llenos de heridas.

—Después te los curo con mi lengua. —Un escalofrío erizó la piel de sus brazos—. Ve a preparar todo para la noche del viernes. Será memorable.

No esperé respuesta.

Me alejé mientras sacaba el móvil del bolsillo. Busqué en la galería hasta encontrar el vídeo que grabamos el fin de semana.

Ahí estaba ella. Candela Estrella, en el centro de la orgía, con su piel bañada en sudor y drogas, gimiendo bajo el cuerpo de Nathan, suplicando más mientras él hablaba, y yo aparecía justo detrás de ella con la fusta en la mano para que a Jordan le quedara claro que el amo Karali había domado a su hembra.

No importaría cuánto se esforzara en negarlo. No importaría cuántas veces dijera que no recordaba nada. El vídeo lo demostraría todo, y Jordan no podría poner en duda la veracidad de lo que reflejaba.

Ese mierda había dicho frente al mierda de Andrés que la amaba.

Ahora veríamos cuánto duraba su amor tras el paso de Candela por Perdition Island.

Las cosas no podían haber salido mejor.

¿Quién me iba a decir que papaíto Estrella y su nuevo retoño vendrían de visita?

La bendita buena suerte que me trabajaba cada día acababa de bendecirme.

Quizá fuera una señal.

Podría acabar con él y sus dos vástagos dejando a mi hija sola en mitad del tablero.

¿Y qué iba a hacer Esme si perdía a lo que más amaba?

Podía recuperarla. Ahora lo sentía. Si eliminaba a su familia de la ecuación, volvería a sentirse vulnerable, y un abogado *sexy*, joven, de buen ver y perfectamente adiestrado podría devolverle la felicidad. Al fin y al cabo, ella era sangre de mi sangre, seguiría educando a Lucas, sin embargo, la corona sería suya, como siempre debió ser, podría llegar a perdonarla si asumía su papel.

Ajusté los gemelos de la camisa y me guardé el teléfono.

Descendí hasta la habitación del sótano para entrar en la jaula de castigo.

El aire era denso, impregnado del hedor de la rendición.

Nathan me esperaba de rodillas, la máscara de Shadow cubriendo su rostro y el mono de látex apretando su piel.

No levantó la cabeza cuando caminé hacia él.

—¿Qué eres? —pregunté con voz severa. Descorriendo la cremallera que cubría su boca.

—Su esclavo, amo —susurró.

—¿Y qué mereces?

—Lo que usted decida.

Atrapé su barbilla con la mano, obligándolo a alzarla sin verme, ya que la máscara se lo impedía.

—Entonces es hora de recordarte por qué me perteneces y que hay que lavar esa boca sucia.

Lo obligué a abrir los labios mientras me desabrochaba el pantalón, me bajaba los calzoncillos y metía mi miembro carente de erección en el espacio húmedo.

—Despacio —ordené, con una sonrisa helada—. Vas a saborear cada maldito segundo de esto y a aprender que un mierda como tú no sirve para otra cosa que no sea recibir mis órdenes.

Cerré los ojos mientras Nate mamaba mi polla con devoción.

CAP Í TULO 70



Andrés

El sonido del agua corriendo tras la puerta cerrada del baño llenaba el apartamento, pero mi mente estaba demasiado nublada para encontrar en ello algún tipo de calma.

Me pasé las manos por el rostro, tratando de procesar lo que acababa de ver. Lo que acababa de descubrir.

Jordan Stein. El maldito Jordan Stein.

Ese cabrón no solo había sido la sombra que casi arranca a Esmeralda de mi vida antes de que fuera mi mujer. No solo había sido la herramienta de Petrov para manipularla y alejarla de mí… Ahora tenía la desfachatez de haber dado con mi hija e ir a por ella.

«¡Mi hija está con él!».

Con el mismo tipo que en su día casi nos destruyó. El que había estado enredado con los asuntos más turbios de Luka Petrov, el que estuvo a punto de… Pincé el puente de mi nariz al recordar cómo lo encontré, en el pasado, con mi hija, atado a una cama mientras ella… Y ahora… Y ahí estaba. Como si se hubiera abierto una compuerta interdimensional, me lo encontraba en pelotas en su colchón. Sin inmutarse, sin parecer incómodo cuando lo pillamos, plantándome cara.

El pensamiento hizo que la bilis me quemara la garganta.

¿Qué demonios había hecho mal? ¿En qué punto se torció todo tanto para que Candela, mi Candela, acabara enredada con un tipo como él?

La imagen del pobre Nate apareció en mi cabeza. ¿Cómo no podía ver que él era el bueno? El hombre que siempre estuvo a su lado. El que parecía que terminaría llevándola al altar y poniéndole un anillo en el dedo. Ofreciéndole una vida estable, tranquila y segura.

Pero, claro, eso no debía ser lo suficientemente emocionante y decidió enredar su destino liándose con un puto criminal. Que había matado a alguien dijo Nate.

Exhalé con frustración, dejándome caer en el sofá, agobiado.

—Papá, no te fustigues tanto.

La voz relajada de mi otro hijo me hizo dirigir la atención hacia él. Estaba tumbado en el sofá de enfrente, con las piernas colgando sobre el reposabrazos, móvil en mano, como si lo que acababa de suceder no fuera la peor catástrofe del siglo.

Le lancé una mirada cabreada.

—No te haces una idea de lo que acaba de pasar.

Andy se encogió de hombros sin apartar la vista de la pantalla.

—El tío que se acaba de zumbar a mi hermana me ha placado en bolas, y tranquilo, que sé que no era porque fuera una fiesta de pijamas nudista.

—¡Andy!

—¿Qué? —alzó la vista con expresión inocente—. No es para tanto, el sexo es algo natural. No sé por qué te escandalizas, Candela no es una niña, y, sinceramente…, ya me lo veía venir, ¿en serio veías a mi hermana con el sin sangre de Nathan Blake?

Me llevé una mano a la sien, sintiendo cómo la presión me latía en las sienes.

—No tienes ni idea de nada, Andrew.

—Papá, sé más de lo que piensas —canturreó, dejando el móvil a un lado—. Hace tiempo que consumo los Durex Ultra Sensitive, y que las cajas de doce me duran…

Le dirigí una mirada severa, pero él solo rio.

—¡Oh, venga ya! Déjalo estar, esto te está afectando más de la cuenta. ¿Qué esperabas? ¿Que mi hermana llegara virgen al matrimonio? Ella es mayor, y hemos entrado sin avisar.

Me llevé una mano a la cara, frotándome la barba con irritación.

—No es eso, no es el hecho de que… —me interrumpí, incapaz de formularlo—. No es con quién, es con él.

—Oye, que el tío está cuadrado y es atractivo, lo de la personalidad ya es otro tema, según Nathan, le gustan los cuchillos, pero yo no veo a mi hermana descuartizada ni que sea tan tonta como para liarse con un asesino, seguro que lo dijo por celos.

—Ese hombre tiene un pasado muy complejo, nos conocimos hace más de veinte años, y ha hecho cosas terribles que lo perseguirán hasta el fin de sus días. No es buena idea que Candela lo incluya en su vida.

—Ya conoces a Candy, siempre le han gustado los retos, igual lo ha reformado.

Me levanté, incapaz de seguir escuchándolo.

—Ese tío no es un piso, es un cabrón sin fronteras, y tú eres imposible.

Andy soltó una carcajada.

—Gracias, intento superarme cada día.

Antes de que pudiera responderle, la puerta del baño se abrió, y mi hija apareció en el pasillo, ya vestida y con el pelo húmedo. Su expresión lo decía todo.

—Muy bien —anunció, cruzándose de brazos—. Ahora que todos estamos un poco más calmados, ¿podéis explicarme qué hacéis aquí? Y más importante… ¿Cómo se os ocurre entrar sin llamar a la puerta?

Su tono dejaba claro que la paciencia estaba al límite, siempre tuvo un carácter explosivo, en eso se parecía a Lola más de lo que me gustaría.

La miré con el ceño fruncido, cruzándome de brazos del mismo modo que ella.

—No esperaba encontrarte así. Según mis noticias, el tipo con el que salías nos abrió la puerta, así que creí que una sorpresa sería bienvenida. Veo que no. —Ella negó, y yo proseguí—. Esme te llamó

hace unos días para avisarte, todos te hemos estado llamando sin recibir una respuesta por tu parte, aunque ahora entiendo por qué, estabas demasiado ocupada con el impresentable de Stein, ¿no?

—¡Papá! —bufó con frustración.

—¿Qué? ¡No lo entiendo! Podrías haber elegido a cualquiera, a todos menos a él.

—No estamos en el siglo pasado, los padres ya no eligen con quién salen sus hijas, puedo decidir por mí misma.

—¿Sí? Pues menuda decisión de mierda has tomado, con lo lista que eres.

—¡Oh, venga ya!

—En serio, Candela. ¿Ese es al hombre al que le entregas tu confianza?

—Tú no tienes ni idea de lo que dices, ni de quién es.

—Sé perfectamente lo que digo —espeté con dureza—. Sé quién es ese hombre, sabes tan bien como yo que se cruzó en nuestro camino hace años, lo que sufrimos, y no quiero que te haga daño. Siento si me preocupa que pueda acabar contigo.

Andy soltó un silbido desde el sofá.

—Dramático.

Candela giró sobre sus talones con furia.

—¡Cállate, Andy!

—Vale, vale, sigo con mi móvil y os dejo con la telenovela, avisad cuando lleguéis al último capítulo, solo me interesa el desenlace.

Ella volvió a mirarme con los ojos ardiendo.

—No pienso discutir contigo sobre mis relaciones personales, así que será mejor que cambiemos de tema antes de que esto termine con mi padre y mi hermano en un hotel. ¿Por qué habéis venido y cuánto tiempo planeáis quedaros en la ciudad?

Solté un suspiro, pasándome una mano por el cuello. En una cosa tenía que darle la razón a Candela, si seguíamos hablando sobre Jordan, íbamos a terminar muy mal.

—Además de venir porque ya sabes que tu hermano quería ver Nueva York y a ti, Andy tiene una entrevista.

—¿Qué?

Miré a mi hermano, que sonrió de medio lado.

—La universidad de Nueva York se ha interesado en mí por mi talento de comunicación y como creador de contenido, así que quieren verme para una posible beca completa.

La expresión de Candela se suavizó un poco.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico!

—Sí, parece que mis chorradas en internet han llamado la atención de alguien importante, y bueno, en fin… Nunca se sabe.

—Andy, eso es impresionante.

Su hermano sonrió con satisfacción, y mi hija se acercó a él para abrazarlo.

—Gracias, Candy.

Los miré con todo el amor que me despertaban, ellos y Esme eran lo más importante de mi vida.

En ese instante, un estómago rugió con fuerza, interrumpiendo el gesto. Andy alzó una ceja, divertido.

—Creo que a alguien le ha pasado factura tanto ejercicio y se está muriendo de hambre.

Candela se llevó una mano al abdomen.

—Lo siento, anoche se me olvidó cenar.

—No sé por qué sería… —jugueteó mi hijo, ganándose un codazo por parte de ella que le hizo soltar todo el aire.

—¿Vamos a almorzar? —propuse en son de paz. No quería enzarzarme de nuevo en una discusión.

—A ser posible, un sitio chulo, *instagrameable* y del que poder hacer difusión. Si no es conocido, sería la leche.

Candela lanzó un suspiro antes de rendirse.

—Te voy a llevar a un garito nuevo que le flipa a mis amigas, pequeño monstruo de las hamburguesas.

—¿Alguna está buena?

—Son demasiado mayores para ti.

—Me refería a las hamburguesas —agitó las cejas canalla—, aunque bueno, no le haría ascos a una madurita buenorra.

—¿Madurita? Mis amigas no son…

—Andrés Estrella Martínez —rezongué.

—Vale, vale, no hablemos de las amigas de Candela, lo capto.

Se puso en pie y guardó el móvil en el bolsillo trasero de su vaquero.

—Cojo el bolso y nos vamos, podemos ir andando, la hamburguesería queda cerca.

Me aclaré la garganta.

—Candela…

Ella me miró de reojo al pasar por mi lado.

—Esto no ha terminado, papá —dijo con firmeza—, ya seguiremos hablando.

No tuve más remedio que asentir, desde luego que no había terminado. Jordan Stein no volvería a poner un pie en esa casa me costara lo que me costase.

CAP Í TULO 71



Jordan

Me fui sin mirar atrás.

Controlando mis ganas de descargar los puños contra el saco de desperdicios que era Nathan Blake.

Sabía que, si lo tocaba, siendo abogado y ante la presencia de Andrés, solo añadiría más carga a mis espaldas, y eso no me convenía.

No era estúpido, pese a lo que pudieran creer.

Quedarme hubiera supuesto empeorar las cosas y no me apetecía nada.

Me subí al coche y conduje sin rumbo durante un buen rato, con la mente revuelta y el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

No me apetecía ir a casa todavía, estar encerrado conmigo mismo no era un plan apetecible, así que decidí llamar a Corey.

Candela me dijo que los chicos habían estado preocupados y luchando por mi inocencia, así que ver al hombre que había sacado mi negocio a flote mientras había estado preso me parecía lo correcto.

Cuando conseguí que respondiera, me dijo que estaba en la clínica y que, dada la hora, me invitaba a comer en el comedor social que dirigía su mujer.

Al llegar, el olor a comida caliente y especias me golpeó de inmediato. Era una sensación reconfortante, un contraste absoluto con el caos de mi cabeza.

Mary Kate, con las mejillas sonrojadas, el pelo recogido en una coleta y la diligencia de alguien acostumbrado a alimentar muchas bocas, estaba sirviendo platos ayudada por los voluntarios, con una sonrisa de oreja a oreja dirigida a la gente sin recursos que acudía a llenar su estómago vacío.

Su energía era contagiosa.

—¡Mira quién ha venido a vernos! —exclamó cuando me vio. Kate había trabajado un tiempo cosiendo en el SKS y me tenía mucho cariño—. ¡Corey me dijo que venías hace tres minutos! Si lo llego a saber, te preparo algo especial.

—Lo que has hecho huele de maravilla y no hay nada más especial que lo que está hecho con amor —le respondí, ella me sonrió, iluminándolo todo.

—¿Por qué no te tomas un descanso y comes con nosotros, Ángel? —le preguntó mi amigo, alcanzándome por detrás.

—He comido antes, pero ahora que esto está en orden, me siento con vosotros un rato.

Kate se puso a llenar los platos que nos tendió a Corey y a mí.

—Esto huele a séptimo cielo.

—Seguro que es mucho mejor que esa bazofia que debes haber comido en estos días.

Que hiciera referencia a la cárcel me hizo apretar el gesto, aunque intenté que no se notara. Kate, que había enfocado sus ojos azules sobre mí, lo riñó con la mirada.

—Y, ahora, ¿qué he hecho?

—Nada —murmuré—. Gracias, me encantan estos guisos caseros.

—Pues espero que hayas traído hambre —rio ella, soltando el cucharón en la olla rebosante de carne estofada con arroz y verduras.

Fuimos a sentarnos en una mesa vacía mientras ella daba algunas indicaciones y después se reunía con nosotros.

Di un bocado y cerré los ojos de placer.

—Dios, Kate, esto está de escándalo.

Ella sonrió con orgullo.

—Si alguna vez decides dejar ese club de pecadores, aquí siempre tendrás un plato de comida y mucho trabajo.

Corey soltó una carcajada.

—Ya lo has escuchado, Stein. Nunca está de más tener un plan B, y mi mujer te acaba de ofrecer trabajo.

—Tomo nota.

Por un momento, me permití relajarme. Mientras comía, vi a Kate desviar la mirada hacia la parte trasera del comedor, donde su abuela sostenía a Sunrise, su hija. La anciana le estaba cantando una nana, arrullándola para que se durmiera, ajena a todo lo que pasaba a su alrededor.

—Tu abuela es una niñera excepcional —comenté.

Ella suspiró aliviada.

—No sé qué haría sin ella. Me ha salvado la vida con Sunrise. Ser madre y trabajar no es fácil; sin embargo, si alguien te ayuda, lo cambia todo.

—Kate es excepcional, como madre, como mujer y no puedo sentirme más orgulloso de que decidiera darme una oportunidad después de lo zoquete que fui.

Corey agarró su mano y besó los nudillos de su mujer sin soltarla. Se notaba que se adoraban.

Mi pecho se encogió al verlos.

¿Cómo sería tener un futuro así?, ¿al lado de alguien que te quiere y te respeta?

Nunca había pensado en eso, en querer algo parecido para mí. Las cosas podían cambiar como Candela me había demostrado, y empezaba a anhelar lo que ellos compartían.

Corey debió notar mi expresión porque arqueó una ceja.

—Vale, suelta lo que sea que esté rondando tu cabeza.

Dejé la cuchara en el plato y acaricié la servilleta de papel.

—Ayer vino a buscarme a Rikers, me llevó a su apartamento y pasé la noche con ella.

—Lo imagino, no quiso que la comitiva del SKS fuera a buscarte con pompones y pancartas.

Sonreí ante la imagen.

—Bueno, ¿y qué ha pasado? ¿Te has acojonado y has huido de su cama?

—Peor, su padre y su hermano aparecieron esta mañana en plan sorpresa y sin avisar. Desperté con alguien saltando en la cama y lo único que pude hacer fue un placaje.

Corey silbó.

—¡No me jodas! Dime que la que saltó fue Candela.

—No, ella estaba en el baño. Fue su hermano, y les ofrecí un primer plano de mi culo y mis pelotas a su padre y el abogaducho del piso de al lado.

Las mejillas de Kate se encendieron, y Corey soltó una carcajada.

—Vestido para impresionar al suegro, ¿eh? Hiciste bien con enseñar el rabo, las comparaciones son odiosas y seguro que frustraste al abogado.

—¡Corey! —lo riñó Kate.

—Estoy de broma, Ángel, el *boss* ya me conoce.

—Pues digamos que el suegro sí se impresionó, sí, pero para mal. Se volvió loco, me reconoció de inmediato como el tío que se tiró e intentó quitarle a su mujer.

—¿Te tiraste a la madre de Candela? —preguntó Kate con ojos exorbitados.

—No, a su madrastra, pero en mi defensa diré que no la conocía a ella y que tenía catorce años, además, yo no estaba en mi mejor momento. Después la besé, ella intentó tener relaciones conmigo siendo menor y estando yo atado… En fin… Andrés Estrella no me ve como un buen candidato.

—No me extraña con lo que has contado.

—Todos cambiamos y podemos redimirnos.

—En eso estoy de acuerdo —asumió Corey, posicionándose a mi favor—. ¿Y el abogado?

—Casi le parto la cara, no perdió la oportunidad para meter mierda, aunque pude controlarme.

—Bien hecho. —Corey se limpió la boca con la servilleta—. Mira el lado positivo, cuando Candice y tú tengáis hijos, tendréis una anécdota divertidísima para contarles cuando os pregunten cómo fueron las cosas. Nada de la conocí en Tinder o la atropellé con el carrito de la compra.

Corey siguió con su discurso.

—Los padres siempre son un problema. Mira el mío, que se casó con la mujer que iba a ser mi prometida. Aunque debo darle las gracias, la vida puede ser muy perra y, cuando menos lo esperas, te planta un ángel en el camino que arregla al idiota en el que te has convertido. —Ellos dos volvieron a unir sus miradas.

—Lo importante es que no tomes decisiones pensando en los demás. Tienes que hacer lo que dicta tu corazón —intervino Kate, que era experta en eso tras ser expulsada de su congregación.

Los miré en silencio.

—Candela ha hecho lo imposible por ti. No lo jodas ahora dejándote amedrentar por un padre sobreprotector. Es solo un tío al que no le gusta verte con su hija porque piensa que eres lo peor, y no puede estar más equivocado. ¿Qué dijo ella?

—Que me quiere.

—Pues, entonces, que se joda.

Suspiré. Corey tenía razón.

Terminamos de comer con la conversación zumbándome en la cabeza y en el corazón. Regresé al ático.

Candela tenía razón sobre la prensa. Los *paparazzi* estaban apostados en la entrada del edificio, esperando pillarme por sorpresa. Al ver mi coche, comenzaron a disparar los *flashes*. No me detuve, ignoré las preguntas punzantes que se filtraban por los cristales y, antes de entrar en el aparcamiento, abrí un poco la ventanilla solo para hacerme oír con fuerza.

—Soy inocente. Si se dejan llevar por las apariencias, no es mi problema que estén desinformando en lugar de informando. Buenas tardes.

Y con eso, entré al edificio hasta dejar mi coche en el *parking*.

Ya en mi piso, me di una ducha larga. Dejé que el agua caliente me relajara los músculos.

Decían que las grandes ideas siempre eran fruto de un instante de aburrimiento, de no hacer, que si estabas atacado de los nervios sometiendo a tu cerebro a un estado constante de alerta, nada podía salir bien.

Me obligué a respirar, a dejar la mente en blanco y después, ya más calmado, en pensar cómo podría darle la vuelta a la situación. No quería alejar a Candela de su familia, por lo que solo tenía una opción: tenía que demostrarle a Andrés que no era el mismo Jordan que conoció.

Salí con un propósito y la toalla anudada a mi cintura. Me senté en el salón y el móvil vibró en la mesa. Pensé que era un mensaje suyo y deslicé el dedo por la pantalla sin mirar.

¿Me mandaba un vídeo?

Presioné sin fijarme en nada más.

Lo que vi me dejó sin aire.

La imagen era borrosa al principio. Luego nítida, aunque lo que me hizo empezar a temblar era la melodía que sonaba de fondo, envolviendo a toda aquella maraña de cuerpos jadeantes y desnudos.

Fui incapaz de tragar ni de apartar las pupilas de lo que estaba viendo porque, en mitad de todo aquel conglomerado humano, estaba ella, desnuda, expuesta y retorciéndose de placer. Su cuerpo se arqueaba en una orgía descontrolada. Alguien grababa, moviendo la cámara sobre ella mientras Nate la empujaba entre sus muslos y el amo Karali movía la fusta desde atrás, golpeándole los pezones.

Mis puños se cerraron.

¿De eso conocía a Karali? ¿De una orgía?

El pensamiento murió cuando escuché la voz de Nathan.

—Seguro que a Stein no se lo están follando así de bien en la cárcel. ¿Qué crees que le gustará más?, ¿la paliza o que le peten el culo? Igual los dos. Seguro que disfruta con el dolor.

—Sí, sí… —La voz de Candela me dejó sin aire. La sangre me hervía.

—Lo tenemos donde queremos. Finge un poco más que te importa… Todo está saliendo a pedir de boca. Vamos a ofrecerle la vía de escape a Clara Goldstein, y él se pudrirá en Rikers como merece.

Nathan salió de su interior sin haberse corrido. Ella no dejaba de gemir y la fusta de Karali volaba de sus pechos a su clítoris. Sabía cómo terminaría el vídeo, pero era incapaz de dejar de mirar.

—Más, más… —suplicaba ella, buscando una liberación que llegó a golpe de fusta mientras Nate se derramaba sobre su cuerpo, el mismo que yo adoré anoche.

¡No pertenecía a su pasado, sino a su presente!

¡Me había mentido y sabía lo que me estaba pasando en esa maldita prisión!

El teléfono voló de mis manos y se estrelló contra la pared. No podía respirar.

¡Era una puta traidora!

¡Todo era un complot!

El rugido que salió de mi pecho fue inhumano. Mi puño impactó contra la mesa de cristal, haciéndola estallar en mil pedazos.

Agarré la lámpara de la mesilla y la estampé contra el suelo con todas mis fuerzas. Mentirosa. El crujido del vidrio al romperse no fue suficiente. No llenaba el hueco vacío que se abría en mi pecho. Necesitaba más. Necesitaba hacerlo desaparecer todo, arrancando su imagen de mi mente.

Cogí la silla y la lancé contra el piano. ¡Boom!

El sonido fue brutal, pero no más que la sensación de algo desgarrándose dentro de mí. Todo lo que había creído, todo en lo que había querido confiar, era una mentira.

¡La mujer que lo había arriesgado todo por mí, que me había salvado de la cárcel, que me había hecho creer que yo podía ser amado, mentía!

Ahí estaba, en ese maldito vídeo, gimiendo bajo otro hombre, riéndose de mí en un complot que me hundía en la miseria.

Grité. Grité con todo el dolor que llevaba dentro, con toda la furia contenida en cada músculo de mi cuerpo. Todo volaba por los aires, cogí los cristales entre las manos y los apreté, no los sentí. No sentí

nada. Porque lo único que dolía de verdad estaba dentro de mí muerto.

Las estanterías, los cuadros, el jodido sofá. Nada importaba, todo acabó en el suelo, destruido, arrasado, igual que mi interior.

«Finge un poco más que te importa...».

Los golpes retumbaban en mi cabeza. Mis puños contra la cristalera, la sangre de mis manos tiñendo Nueva York de rojo. El dolor no bastaba. Nada bastaba. ¡¿Por qué no bastaba?!

No podía parar. Los pulmones no me respondían. La rabia se mezclaba con una desesperación sucia y pegajosa que me ahogaba. Me sentía atrapado, acorralado por el peso de algo que no podía soportar.

«Vamos a ofrecerle la vía de escape a Clara Goldstein...».

Mi estómago se retorció con náuseas. No era solo la traición, era la conspiración, la burla, la certeza de que ella nunca estuvo realmente de mi lado. Que mientras yo me desangraba en prisión, ella estaba planeando mi caída, incluso se lo estaría tirando.

Todo lo que habíamos compartido era una farsa.

Caminé por encima de los muebles rotos, con el pecho subiendo y bajando de manera irregular, lo veía todo borroso.

Tropecé con los restos de la mesa y caí de rodillas. Las esquirlas de vidrio me perforaron la piel, pero estaba insensibilizado. No importaba. Nada importaba ya.

Mi pecho se sacudía con respiraciones entrecortadas. Mis manos temblaban sobre mis muslos. El sudor frío me cubría la piel, pegando mechones de pelo a mi frente. Todo mi mundo se había derrumbado. Ya no quedaba más por romper, ni un solo objeto que estrellar. Solo entonces, el grito salió de mi garganta como un aullido de animal herido llenando el ático, cada rincón de mi cuerpo, con algo crudo, doloroso y real.

Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas.

Ahora sabía de verdad lo que era morir por dentro, y solo ella podría haberme dado este final.

CAP Í TULO 72



Candice

El día había sido una mezcla de calma tensa y silencios incómodos.

Durante la comida, mi padre apenas habló.

El peso de la conversación la habíamos llevado Andy y yo mientras él nos observaba con la mandíbula apretada, como si estuviera conteniéndose para no soltar lo que realmente pensaba.

Siempre había sido bastante contenido, hasta que le daba por estallar y todo saltaba por los aires, como esa mañana, cuando descubrió a Jordan en mi cama.

Intenté no darle demasiada importancia, centrándome en mi hermano, que estaba eufórico con lo de su entrevista en la universidad. Me pasé la mayor parte del almuerzo preguntándole cómo lo habían contactado, qué esperaba de la entrevista y si realmente se veía viviendo en Nueva York.

Él, por supuesto, respondió con la tranquilidad descarada que lo caracterizaba.

—No lo sé, Candy, solo soy un jeta atractivo que hace vídeos de mierda en internet y que, por algún motivo, la gente quiere ver —

dijo, encogiéndose de hombros mientras mordía una patata frita—. No me hago ilusiones, pero si cuela, cuela.

—Eres un idiota —resoplé, negando con la cabeza—. Pero un idiota con talento y, por supuesto, guapísimo.

La genética de mi padre y Esme había dado lo mejor de sí confluyendo en Andy, al que era imposible no mirar.

Después de comer, se moría de ganas por ver Central Park y la Quinta Avenida. Quería aprovechar para seguir grabando contenido e impresionar a los de la Universidad con los *likes* y visualizaciones que era capaz de lograr con un solo vídeo. Así que pasamos la tarde paseando por la ciudad hasta que se hizo la hora de la cena.

Había sido él quien, con una planificación sorprendentemente decente, logró reservar mesa en un famoso *rooftop* al que acudía toda la gente guapa que anhelaba dejarse ver, con vistas al *skyline* de Nueva York.

La ciudad se extendía a nuestros pies, iluminada por las primeras luces del atardecer. Era un cuadro perfecto, una de esas escenas que la gente se esfuerza en capturar con el móvil, pero que nunca se ven igual que en la realidad.

Los platos llegaron, y la comida no podría catalogarse con otro adjetivo que no fuera espectacular, aunque yo apenas tenía apetito.

El nudo en mi estómago no tenía nada que ver con el hambre, sino con lo que estaba a punto de hacer.

Estaba preocupada por Jordan, no me había llamado ni mandado ningún mensaje, aunque conociéndolo, me estaría dando espacio para que solucionara los problemas con mi padre, lo cual pensaba hacer.

Andy pareció notarlo, cuando miré de refilón a mi padre mientras movía incesantemente la comida del plato con los dientes del tenedor.

—Candy…, ¿vas a hacer lo que creo que vas a hacer?

—Es necesario —le respondí en voz baja.

—Vale, pues si se pone feo, me avisas y te rescato con un: «esto es un secuestro, necesito una ambulancia y un mojito» —dijo en voz alta.

—Todavía no tienes los dieciocho —murmuró nuestro padre.

—Sin alcohol, papá.

Mi padre hizo rodar los ojos, y yo no pude evitar sonreír.

Desde luego que su carácter era más parecido a Esme y a mi tío Damián que a él.

—Gracias por tu apoyo incondicional —le guiñé un ojo.

Andy se reclinó en su silla, observándonos con una media sonrisa.

—Recuérdalo cuando te pida mudarme a tu piso después de que me den la beca y haga una fiestecita con algunos amigos llena de chicas borrachas. —Sabía que bromeaba, en lo de mudarse no, en lo de las chicas, solo lo hacía para picar a mi padre, que lo observaba ceñudo—. Si no os importa, voy a hacer uno de mis directos para no ser testigo de la carnicería que está por ocurrir.

Mi padre asintió, mirándolo de reojo.

—Me parece una idea excelente. Haz lo que sea que hagas… y deja que tu hermana y yo hablemos a solas.

Andrew levantó las manos en señal de paz, agarró su bebida y el postre y se acomodó en uno de los sofás de la terraza, montando su trípode portátil con una rapidez envidiable.

La tregua había terminado.

Miré a mi padre, tomé aire y fui directa al grano.

—Papá, tienes que dejar de comportarte como si esto fuera un juicio y tú el fiscal con pruebas irrefutables. Estás prejuzgando a Jordan sin saber la verdad.

Andrés Estrella levantó una ceja, cruzándose de brazos.

—¿La verdad? Ilumíname, porque hasta donde yo sé, no hay mucho que interpretar.

—Lo que hay es mucho que no quieres ver —respondí, mirándolo fijamente—. Jordan ha pasado por cosas que ni te imaginas. Ha luchado para salir adelante, para ser alguien mejor. Ha tocado fondo y se ha reconstruido a sí mismo. No es el mismo hombre que conociste hace veinte años.

Mi padre apoyó los codos sobre la mesa y dejó escapar un suspiro forzado.

—Déjame adivinar. ¿Te ha contado su versión de los hechos?

—Bueno, ya sabes, para interpretar la verdad no basta con escuchar a una de las partes, y la vuestra la he escuchado cientos

de veces. Ahora sé cómo fue su vida, todo lo que le hicieron sin tener culpa, y vale, puede que algunas decisiones fueran suyas, pero se arrepiente muchísimo de no haber pedido ayuda. Suele ser bastante difícil cuando quien te jode es tu propio padre. —Él resopló —. Va en serio, hay cosas que tú desconoces. No me enamoré de él porque sí, porque fuera mi amor platónico de la adolescencia, a ese me lo habría tirado sin más. Si lo quiero es porque sé quién es ahora.

Los ojos de mi padre se oscurecieron.

—¿Sabes quién es? —Su tono se volvió más frío—. Candela, ese hombre fue entrenado por Petrov para manipular mujeres. No solo a Esme, sino también a ti. Te recuerdo que hace años, tú...

—Lo sé —lo corté antes de que pronunciara algo que los dos lamentaríamos. Mi voz no tembló—. Era una cría, papá, mis hormonas me la jugaron.

—¿Y ahora no?

—No.

El silencio que se formó entre nosotros fue denso, pesado.

—Te voy a decir algo que va muy en serio. Entiendo que pueda no gustarte Jordan; sin embargo, es la persona que yo he elegido, él es la persona con la que quiero estar y, si no lo aceptas, entonces significará que tampoco me aceptas a mí.

Andrés apretó la mandíbula sin apartar la mirada de la mía.

—Está acusado de asesinar a un hombre, Candela, he visto las noticias mientras tu hermano y tú entrabais en las tiendas.

—Alguien le ha tendido una trampa, y te recuerdo que Esme también estaba acusada de parricidio cuando te pillaste.

—¿De verdad crees que esto es lo mismo que lo mío con Esmeralda?

—Sí —afirmé sin dudar—. Tú elegiste a una mujer injustamente condenada. Yo estoy eligiendo a un hombre que ha tenido que luchar contra todo para redimirse y que alguien está queriendo joder de verdad. En eso nos parecemos, ambos hemos ido contra lo que el mundo nos decía que debíamos hacer y los dos sabemos que para descubrir la verdad no basta con creer lo que nos dicen.

Mi padre resopló, desviando la mirada hacia el horizonte.

—Eres tan cabezota como tu madre.

—Y tú eres tan testarudo como el viejo Andrés Estrella que luchó por el amor de su vida sin importarle nada más.

Nos miramos en silencio.

No esperaba que cediera en ese momento.

Él era bastante implacable, un hombre de principios. Necesitaba pruebas, evidencias, hechos. Pero, al menos, tal vez, había sembrado una duda razonable en su cabeza dura.

—No te pido que creas en él ciegamente ni que lo aceptes de buenas a primeras por lo que yo te digo. Lo que sí te pido es que abras la mente, que intentes conocerlo, dejando al margen lo que fue cuando vuestros caminos se cruzaron.

Andrés pasó una mano por su cabello, visiblemente agotado.

—Candela…

—Piensa en lo que te he dicho. Solo eso.

No quería pelear más. No esa noche, por el momento había sido suficiente.

Mi hermano apareció al rescate en el instante justo.

—Bueno, bueno, bueno… ¿Qué os parece si dejáis de lado vuestras diferencias y disfrutáis un poquito del postre? Está claro que vuestro páncreas pide a gritos segregar insulina, y eso está de muerte —señaló nuestros platos intactos.

Sonreí, aliviada de que Andy cortara la tensión.

—Me parece una idea excelente.

Mi padre no respondió, pero tampoco negó.

Y, en ese momento, supe que aún quedaba esperanza.

CAP Í TULO 73



Andrés

—Mmmh… ¿Andrés? —La voz de Esmeralda llegó al otro lado de la línea, arrastrada por el sueño—. ¿Sabes qué hora es?

—Son las 8:30.

—En Barcelona —corrigió con un bostezo—. En Nueva York deben ser…

—Las 2:30 de la madrugada —admití.

Esme parpadeó con esfuerzo, y cuando por fin enfocó la pantalla del móvil, entrecerró los ojos.

—Un momento…, ¿estás metido en una bañera?

Resoplé, echando la cabeza hacia atrás contra el borde.

—Necesitaba privacidad. Y que no me oyera.

—¿Que no te oyera quién? —preguntó, incorporándose un poco en la cama.

—Candela.

El interés se reflejó en su rostro, aún adormilado.

—¿Por qué necesitas que tu hija no te escuche?

Solté un suspiro largo y me pasé una mano por el rostro.

—Porque está con alguien con quien no debería estar.

Esme frunció el ceño.

—Define alguien con quien no debería estar.

Mantuve silencio un instante, dándole vueltas a cómo decirlo, pero ella se me adelantó.

—Oh…, espera… No me digas que has conocido al tatuado del otro día.

Mi cuerpo entero se tensó.

—¡¿Cómo que el tatuado del otro día?! —pregunté, incorporándome de golpe—. ¿Tú lo sabías?

Esme parpadeó, sorprendida por mi reacción.

—A ver, no. Solo le vi la espalda y la entrepierna, pero…

—¡¿La entrepierna?! —exploté, echando espuma por la boca. Me obligué a aflojar el tono si no quería despertar a toda la casa—. ¿Es que ese tío tiene que mostrar su desnudez a toda la familia?

—¿A toda? —respondió ella, divertida.

—Los pillamos en la cama cuando llegamos esta mañana. Bueno… Mejor dicho, lo pillamos a él.

—Ay Dios… Andrés, dime que no le has pegado.

—No lo he hecho —mascullé—. Solo lo intenté.

Esme cerró los ojos un segundo, como si estuviera contando hasta diez.

—Madre mía…

—¡¿Qué querías que hiciera?!

—No sé… Preguntar antes y atizar después, tu hija ya es mayorcita.

—Lo hice, y no sirvió de nada. Candela no puede estar con él.

—¿Y eso por qué?

—¿Cómo que por qué? —gruñí, removiéndome en el agua con frustración—. Porque es él.

—¡¿Él?! ¿Y cuál es el problema?

—No me lo puedo creer. ¿Apruebas que esté con Jordan Stein?

—¡¿Cómo que con Jordan Stein?

—El tatuado es Jordan.

El rostro de mi mujer pasó por varios estados, consternación, sorpresa y después algo mucho más tibio que no me gustó ni uno de sus pelos de alambre.

—Confieso que no esperaba escuchar ese nombre; sin embargo, diré que tu hija es bastante coherente. Tiene un criterio más que decente, heredado de un padre muy concienzudo y analítico que le ha enseñado más que bien a calar a las personas. Tienes que dejar que viva su vida de una vez, Mr. Star.

Me estremecí de disgusto. Era cierto que Candela solía tener buen ojo, pero estaba claro que no ocurría cuando se trataba de Stein.

—No me llames así. ¿Puedes creer que el innombrable lo ha usado?

Ella soltó una carcajada.

—¿El innombrable? ¿De verdad lo llamas así?

—¡Te folló!

—Follamos —me corrigió con tranquilidad—. Y, si mal no recuerdo, tú y yo no teníamos nada en ese momento. Además, iba drogada hasta las cejas, tampoco fue ni tan grave ni tan memorable, ni siquiera lo recuerdo.

Estaba bastante desesperado.

—Dios… ¿Es que soy el único al que le parece una puta locura?

—Mira, cariño, lo que pasó entre Jordan y yo no tiene nada que ver con esto. Y dudo que sea algo que a él le apetezca rememorar. ¿Estás celoso? ¿Es eso?

—No. —Apreté los dientes—. Estoy preocupado.

—Pues si te preocupa, quizá deberías intentar entender qué ha visto tu hija en él.

—Otra… —resoplé, frotándome la sien.

—¿Te ha dicho lo mismo Candela? —Su sonrisa no podía ocupar más trozo de la pantalla.

—Si fuera tu hija biológica, no se te podría parecer más.

—Sabes que eso es un halago, ¿verdad?

Me quedé en silencio. Sabía que Esme lo decía con orgullo, pero eso no hacía que me sintiera mejor.

—Jordan está acusado de asesinato —dije con firmeza—. A-se-si-na-to. He estado leyendo sobre el caso, y pinta feo. Podrían condenarlo a cadena perpetua. No quiero que Candela pierda la vida intentando demostrar la inocencia de un hombre que podría no volver a ver la luz del día.

—¿Y ella qué dice?

—Que es inocente. Que hay un complot. Pero ¿qué va a decir si lo único en lo que piensa es en ese Caballo de Troya?

Esme alzó una ceja, divertida.

—¿Lo dices por el tamaño de su miembro?

—Lo digo por lo que esconde dentro. Y te prohíbo terminantemente que pienses en su polla.

Se rio al otro lado de la pantalla.

—Ay, cariño…, en mi vida solo hay espacio para la tuya.

Rodé los ojos.

—No puedo con esto.

—Mira, tengo una idea. ¿Por qué no le ofreces a tu hija trabajar en el caso codo con codo?

La miré como si acabara de decir la mayor estupidez del mundo.

—¿Te has vuelto loca?

—No. Piensa en esto: si colaboras con ella en el caso mientras estéis en Nueva York, una de dos…; o asumes que Jordan no merece tu inquina, o Candela descubre que es el hombre que tú quieres hacerle ver. Estaría muy bien que ella sintiera tu apoyo en un momento tan delicado como este.

Me froté la mandíbula. No era tan mala idea.

—¿Y si pasa lo primero?

—Entonces habrás aprendido a mirar más allá de tus prejuicios. Y si pasa lo segundo, le habrás dado a tu hija la oportunidad de abrir los ojos sin tener que enfrentarte a ella. Lo mires por donde lo mires, los dos salís ganando.

El silencio se estiró entre nosotros.

—No lo veo una mala idea.

Esme sonrió con autosuficiencia.

—Porque no lo es. Involucrarte hará que tu hija te vea como su padre, no como su enemigo. Y, además, tú siempre dices que lo importante es la verdad.

—La verdad hay que demostrarla —murmuré.

—Exacto, y la inocencia también.

Solté el aire con fuerza, hundiéndome un poco más en la bañera.

—¿Sabes que te quiero?

—Yo a ti más. Y ahora vuelve a la cama, que tu espalda no está como para dormir sobre porcelana por bonita que sea.

Le lancé un beso y me despedí de mi mujer con un te echo de menos.

Cerré los ojos y sonreí al pensar en nuestra conversación. Era la primera vez que lo hacía en toda la noche, nada como hablar con la persona de mi vida para dar con una solución: Iba a demostrarle a Candela que yo tenía razón.

CAP Í TULO 74



Anita

El lado derecho de la cama estaba frío.

Fruncí el ceño en la oscuridad, palpando las sábanas vacías. Luka no estaba. Abrí los ojos, desconcertada. No solía levantarse en mitad de la noche, y mucho menos, sin avisarme, porque casi siempre era por su necesidad de mis atenciones.

Me incorporé, entrecerrando los ojos para adaptarme a la penumbra de la habitación. No había rastro de él. Me mordí el labio, debatiéndome entre ignorarlo o ir en su busca. Sabía que algo lo había estado inquietando esos últimos días, pero no tenía idea de qué era.

Deslicé los pies descalzos por la alfombra y salí de la habitación con paso sigiloso. Bajé las escaleras y lo encontré en la sala de estar, sentado en su sillón de pensar, con un vaso de licor en la mano y la mirada clavada en las llamas de la chimenea.

Fuego en junio, muy él.

—No te encontré en la cama —dije en voz baja.

Luka no apartó los ojos del fuego. Dio un sorbo lento a su copa antes de responder.

—No podía dormir.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué?

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza, Tigritsa.

Me acerqué, y me senté en el reposabrazos de su sillón, estudiando su perfil. Había una sombra que opacaba el brillo de sus ojos astutos, algo que no solía estar allí.

—Has estado distinto —señalé, deslizándome hasta ponerme a horcajadas sobre sus muslos, me encantaba cómo le sentaba ese pijama de raso negro.

Luka esbozó una media sonrisa, ladeando la copa en su mano mientras yo pasaba las manos por su pecho.

—Siempre me dices eso cuando estoy concentrado.

—No es lo mismo. Esta vez es diferente. —Besé su cuello y aspiré.

No respondió de inmediato. Exhaló con calma y finalmente apartó la mirada del fuego para posar sus ojos en los míos.

—Vargas.

—¿Qué pasa con él?

—Aparece en los vídeos. Si la policía sigue tirando del hilo, podrían llegar a mí, no me fío al cien por cien de él, y Candela Estrella no va a soltar ese hueso con facilidad. No lo voy a permitir.

Incliné la cabeza, absorbiendo sus palabras.

—¿Sabe que tienes ese vídeo?

—Lo sabrá en breve, teniendo en cuenta que Jordan está en la calle.

—Entonces, hazlo caer —dije con naturalidad, pasando la lengua por el latido de la vena que palpitaba bajo mi lengua.

Luka arqueó una ceja.

—¿Qué sugieres, Tigritsa?

Sonreí con picardía, me gustaba que me incluyera en sus planes.

—Haz lo mismo que hiciste con Damien West.

El brillo en sus ojos me indicó que lo había captado de inmediato.

—Golpearlo. —Besé—. Atarlo. —Mordí—. Sodomizarlo. —Lamí—. Crear un patrón —enumeré, frotándome contra él—. Si das a entender que Stein y Vargas tenían una relación de DS, podrías incriminarlo y desviar la atención. Quién dice que Stein tuviera que hacerlo solo, pudo tener un cómplice, solo hace falta crear esa

relación o la ilusión de que la hubiera. Como con West, solo hay que darle la cuerda suficiente para que él mismo se ahorque. Vargas no es tan imbécil como Damien, pero tampoco es lo bastante astuto como para ver la trampa que se avecina.

Luka dejó escapar una carcajada oscura, recostándose en su asiento.

—Eres brillante. ¿Cómo no se me había ocurrido?

—Porque a veces me necesitas.

—Te necesito siempre —murmuró, llenándome de placer mientras yo seguía friccionándome contra su entrepierna.

—¿Recuerdas lo que hiciste con West? —pregunté.

Los ojos de mi marido se oscurecieron, como si reviviera el momento.

—Los idiotas nunca terminan bien —murmuró.

Luka me contó que Damien era un modelo enganchado a la droga que lo llevó a meterse en un negocio de *scorts* de lujo. Reclutaba universitarias para fiestas privadas, se acostaba con políticos y traficantes por dinero.

Mi vientre se tensó con una mezcla de placer y admiración.

—Y por eso tú lo reclutaste, le ofreciste algo mejor.

—Le di un propósito —corrigió Luka con una sonrisa—. Se convirtió en mi gancho. Que fuera joven y guapo era un aliciente para esas universitarias estúpidas, ávidas de sexo. Nadie lo conocía, por lo que era difícil que lo asociaran a nuestras víctimas, no iba a por ellas, sino que se liaba con cualquier otra lo suficientemente borracha para no recordarlo. Después se acercaba al objetivo. Un poco de droga vertida en su copa, seguirla cuando esta se sentía incómoda y se alejaba de la casa. Preocuparse una vez estaba fuera de la vista de todo el mundo para acompañarla a un punto apartado donde el equipo de traslado se encargaba del resto. Fácil, limpio y bien remunerado.

—Y, después, lo metiste en el SKS.

Luka asintió.

—Necesitaba a alguien dentro, controlar a Jordan, que me pasara información. Era la mejor forma de conseguirlo, sabía cómo hacer para que lo viera como uno de sus chicos perdidos.

Me mordí el labio y sonreí cuando él metió la mano bajo mi camisón y comenzó a tocarme.

—Me gustó cuando le hiciste creer a West que si aceptaba una relación con un cliente duro, y luego llamaba a su jefe para que lo «cuidara», le darías la libertad que te pedía para marcharse y empezar una relación con la mujer de la que se había enamorado… —gemí—. ¿No te parece increíble que fuera Clara Goldstein?

Luka negó.

—La vida me ha enseñado que todo sucede por algo y el universo se alineó para facilitarnos las cosas.

—Mmm… Esa zorra se cargó a su marido y se tiraba a West.

Reí entre dientes.

—Nos salió una mosquita muerta asesina. —Luka me miró con una expresión calculadora y hundió sus dedos en mí—. Quizá podrías hacerte su amiga. Es guapa, joven y parece que no le tiembla el pulso. No descarto que pueda ocupar el puesto de Goldstein.

—Me juego el cuello a que él lo sabía, y por eso quiso cambiar el testamento.

—De poco le sirvió. Ella va a heredarlo todo, la estaba utilizando para que fuera su mujer de paja y ha resultado ser de hierro. Odio a los hombres que subestiman a sus mujeres, vuestra mezquindad no conoce límites, y hay que saber aprovecharla.

Sacó los dedos y me los dio a lamer. Mientras me saboreaba, pregunté:

—¿Quieres que la invite a la fiesta del viernes?

Fruncí los labios con ligera desconfianza.

—Podrías.

Le miré de reojo con cierta suspicacia.

—¿Quieres follártela?

Luka enarcó una ceja y se inclinó hacia mí.

—¿Y tú?

La pregunta me desconcertó por un segundo, pero me recuperé con rapidez.

—No me gustan las mujeres.

—No se trata de sexo, sino de dominación —explicó—. Quizá deberías probar, puede ser muy placentero.

—A mí me gustas tú y no necesito más.

Luka sonrió con suficiencia, terminó su copa e hizo que nos pusiéramos en pie.

—Ven. Volvamos a la cama y celebremos mi siguiente paso.

—¿Cuál será?

—Un mensaje a Vargas, necesitamos imágenes, y me da que esta noche Jordan no debe estar pasándolo muy bien. Le diré que se dé una vuelta, lo localice y… ya me entiendes… Lo siguiente será acabar con él.

Un escalofrío placentero recorrió mi piel.

—Me encanta cómo piensas.

—A mí lo que haces con esa boca.

Luka volvió a besarme y me tomó en brazos para subir las escaleras.

Me gustaba sentir que algo grande se estaba gestando en la mente de mi marido. Cuando Luka Petrov tenía un plan, el mundo entero temblaba.

La fiesta del viernes sería inolvidable.

CAP Í TULO 75



Vargas

El maldito teléfono vibró sobre la mesita de noche, sacándome de un sueño profundo. Extendí la mano a tientas, maldiciendo en voz baja. 03:17 AM.

—¿Qué pasa? —gruñí al contestar.

Al otro lado de la línea, la voz de Vílchez sonó dura y sin rastro de sueño.

—Necesito que vayas al ático de Stein a hacerle una visita.

—¿Ahora?

—¿Piensas que si no hubiera sido ahora te estaría llamando? —Bufé.

—¿Quién es? —preguntó mi mujer al otro lado de la cama mientras me ponía en pie.

—Una emergencia de comisaría —mentí con facilidad—. Nada de qué preocuparse, vuelve a dormir.

Ella suspiró, dio media vuelta y hundió el rostro en la almohada. Yo me pasé una mano por la cara, intentando despejarme.

«Mierda de vida».

Me levanté con pesadez, sacando del armario un atuendo lo suficientemente discreto para lo que Vílchez tenía en mente. Me metí en el baño para que mi mujer no me oyera.

—¿Qué necesitas? —Al soltarlo, noté cómo el nudo por el que estaba atrapado me constreñía el pecho.

—Una visita a lo Damien West…

—Te dije que no iba a volver a matar —farfullé, mirándome las manos. Seguía sintiendo el hedor de la sangre, aunque me hubiera puesto guantes.

—No me refería a eso, quiero que le hagas lo mismo que a West en el Savage. ¿Te quedan Viagras?

Tuve que tomarme una para ser capaz de hacer lo que me pedía.

—No me gustan los culos de hombre.

—Me importan una mierda tus preferencias. —Lo sabía—. Debes cumplir, como si te digo que te folles a un puercoespín. ¿Quieres ser comisario? ¿Quieres que hunda la carrera de Sepúlveda? Pues cumple con nuestro pacto, o voy a joderte más duro que tú a Stein. Ah, y lleva el sombrero puesto, sé discreto, no va a costarte hacerte con él, lo conozco lo suficiente como para saber que mi regalo le habrá pasado factura, seguro que está inconsciente de tanto beber. Hazlo bien, y te compensaré.

El que iba a necesitar beber era yo.

La llamada se cortó antes de que pudiera responder.

Antes de salir, fui a la cocina, me serví un trago de licor para conjugarlo con las pastillas. Fui hasta el armario de la entrada y cogí el sombrero, el mismo que él había sugerido para calármelo hasta los ojos, antes de salir al rellano e ir a por el coche.

A esas alturas, no estaba seguro de si fue una buena idea cerrar aquel trato con él, no había día que no me arrepintiera.

Le conocí en un bar, el mismo día que condecoraron a la comecoños de Mary Sepúlveda por el caso Kali.

Parecía broma… Se follaba a la asesina, la mataba y le concedían todos los honores, es más, cada día tenía el puesto de comisaria más cerca mientras yo… Mejor no pensarlo.

Esa noche me había puesto hasta el culo de *whisky* barato, el único que podía permitirme, tenía mil demonios al escuchar al

comisario, decir frente a mis narices, que todas sus esperanzas estaban puestas en ella.

Esa zorra con actitud de reina intocable, con su aire de justiciera. Después de todo lo que yo había hecho por la jodida comisaría, de todos los años que le había dedicado, de las horas extra que nadie reconocía…

Las mujeres estaban para la cocina, ponerte las zapatillas y comerte el rabo después de un día duro, no para llevar placa y pistola. Habían nacido para ser protegidas, no para proteger. No la soportaba, y mucho menos, el aire de suficiencia con el que me miraba. Ojalá le diera una bala perdida.

Había alguien sentado a mi lado en la barra, pero no le presté atención hasta que habló.

—Tiene cara de que quiere matar a alguien, aunque si sigue bebiendo ese matarratas, el que acabará muerto será usted, o necesitando un trasplante de riñón.

Le lancé una mirada de reojo. Un tipo con traje impoluto con la clase de presencia que hacía que todo el mundo girara la cabeza sin saber por qué.

Alto, seguro, con esa sonrisita que me daba ganas de partirle la cara.

—No hago mamadas por dinero —mascullé con desdén—. Soy poli, no he caído tan bajo.

El tipo sonrió, como si le hiciera gracia mi respuesta. No se ofendió, no se inmutó. En cambio, tomó un sorbo de su copa como si estuviéramos manteniendo una conversación agradable.

—No he preguntado cuánto cobra. Solo si puedo ayudarlo. —Chasqueó los dedos, y el camarero me puso un par de dedos de lo mismo que él estaba tomando. No había color, eso sí que era un buen caldo.

Reí sin humor.

—¿Quiere ayudarme? Pues cargue su propia copa y lárguese antes de que le detenga —dije, saboreando el contenido de la mía.

No se movió. En su lugar, giró la cabeza con calma y me estudió como si fuera un experimento curioso.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dispare, aunque igual no obtiene respuesta.

—¿Qué le llevaría a vender su alma al diablo?

Eso sí llamó mi atención. Fruncí el ceño, mirándolo con desconfianza.

—¿Y qué diablos significa eso?

—Un trato. Usted quiere algo. Yo tengo el poder para conseguirlo.

—Ah, ¿sí? —Apoyé el codo en la barra, intrigado a pesar de mí mismo—. ¿Y qué me ofrece?

—Antes diga lo que quiere, y veré si puedo conseguirlo.

Reí. No perdía nada por decirlo en voz alta, aquel tío ni siquiera me conocía, había miles de policías. ¿Qué iba a hacer?, ¿denunciarme por expresar mis deseos en voz alta?

—Quiero un cheque, de los gordos, mensual, de esos que me permitan darle una mejor vida a mi mujer y llevarla de vacaciones al Caribe. También reconocimiento por mi trabajo. El puesto de comisario no estaría mal, el mío va a jubilarse. Y por último, que alguien le dé mucho por el culo a Mary Sepúlveda y le haga tragar todo el barro que merece.

El odio que bullía en mi pecho se encendió como gasolina sobre una chispa.

Él habló, pero no lo escuché.

—¿Qué dice…?

—Digo que puedo hacerlo.

Alzó la mano con tranquilidad y la extendió frente a mí. No sonaba como un hombre que suplicara, sino como alguien que sabía que su oferta era demasiado buena para ser rechazada.

—Trato hecho.

Lo miré a los ojos. A esas alturas, no me importaba si era una jodida broma o si estaba hablando en serio. Le estreché la mano con fuerza.

—¿Debo llamarle Lucifer?

Sonrió de lado.

—Con señor Vílchez, me conformo.

Y, entonces, sin despegar la vista de la mía, soltó mi mano para extraer una chequera del bolsillo interior de su americana, la abrió

con parsimonia, garabateó un número y arrancó la hoja.

Me tendió el cheque. Lo cogí y, al ver la cifra, la mandíbula se me aflojó. Más de lo que mi sueldo me daba en varios meses. Mucho más y encima al portador.

—¿Lo considera suficiente?

—¿Se trata de un cheque sin fondos? —pregunté, desconfiado.

—Compruébelo mañana. Y cuando lo haya hecho… —dijo al tiempo que sacaba del bolsillo una tarjeta y la deslizó sobre la barra —, llámeme.

Apreté el volante mientras conducía por la ciudad.

«¿Qué habría pasado si hubiera roto ese cheque en lugar de personarme en el banco al día siguiente y que el tipo de la ventanilla me preguntara si lo quería en efectivo o un ingreso en cuenta?». «¿Y si después de ingresarlo no lo hubiera llamado?». Podría haberlo zanjado ahí, ¿a quién le habría reclamado?

Pero no lo hice, deseaba demasiado todo lo que me había prometido, así que accedí y firmé mi sentencia.

Estaba atado a él y a su voluntad.

Al principio, fue fácil. Trámites, desvío de pruebas, información. Solo lo suficiente para asegurarme de que los casos que a él le interesaban quedaran en la sombra.

Nada grave. Nada que me ensuciara demasiado, porque aquel cabrón tenía untada a mucha gente que me facilitaba las cosas.

Hasta que todo se complicó.

Hasta que empezó a pedirme más.

Y ahora… ahora estaba metido hasta el cuello.

Encendí un cigarro antes de bajarme del coche y me lo llevé a los labios. La brasa brilló en la oscuridad. Miré el edificio frente a mí.

El ático de Jordan Stein. Di caladas hasta consumir toda la nicotina. Empezaba a notar el efecto del estimulante.

Me subí el cuello del abrigo y tiré el pitillo al suelo antes de pisarlo con la punta del zapato.

Ya estaba ahí. Ahora solo quedaba cumplir con la parte difícil.

CAP Í TULO 76



Ray. *1* h. antes.

El timbre de mi teléfono sonó justo cuando estábamos en mitad de la quinta partida de bolos del campeonato 24h que habían organizado en la bolera a la que Leo acudía con los chicos de la brigada de extinción de incendios.

Él participaba con sus amigos y, en un pique tonto sobre si un grupo de tíos que tenían más brazos que práctica podían ganar, decidí reclutar a un equipo tan malo como yo que representara mi falta de cordura.

Raven, Elon, Ares —todavía no sé cómo el millonetis aceptó—, Marlon y un servidor.

Contesté al ver el nombre de Janelle en la pantalla.

—Todavía tenemos espacio para una si te animas a tocar unas cuantas pelotas —respondí jocoso.

—Ray, no estoy para bromas, es Jordan… —dijo, sin rodeos.

Su tono me preocupó de inmediato, y mi espina dorsal se tensó tanto como mi voz.

—¿Qué le ha pasado al *boss*? —Todos los chicos giraron sus rostros hacia mí, aguzando los oídos.

—Corey y yo estamos en su ático. No abre la puerta y hay luz dentro. Corey ha ido a buscar la llave de emergencia, pero tengo un mal presentimiento.

Al fondo, escuché la voz del susodicho maldiciendo en voz baja.

—Voy para allá.

Leo, Raven, Elon y Ares parecían una panda de dóberman listos para la acción.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo, que estaba en la pista de al lado.

—Tengo que irme, cariño. Janelle acaba de llamar, ella y Corey están preocupados por Jordan.

—Nosotros también vamos —se sumó Raven, poniendo en su boca las palabras de todos los demás.

—Chicos, me largo —anunció Leo a los suyos.

—No es necesario, puedes quedarte.

Sabía cuánto le gustaba jugar, y ya que mi madre estaba como canguro y podía disfrutar…

—Lo sé, pero quiero ir con vosotros, Jordan me ayudó cuando más lo necesitaba, y no pienso dejarlo en la estacada, además, no me necesitan, van sobrados. —Asentí.

Veinte minutos más tarde, llegamos al ático. Llamé y la puerta se abrió seguida de un improperio.

La Duendecilla nos abrió, y el interior del apartamento… ¡Joder! Parecía una maldita zona de guerra.

Vidrios rotos, muebles destrozados, botellas vacías y un hedor a alcohol y sangre seca que echaba para atrás.

—¡Santa mierda…! —murmuró Raven—. ¿Quién ha hecho esto? ¿Dónde está el *boss*?

—Al parecer, ha sido él mismo, al principio creímos que lo habían atacado, pero no. Corey se lo llevó al baño para atender las heridas, asearlo y despejarle parte de la cogorza que llevaba. —Janelle se cruzó de brazos y nos miró con una expresión seria—. ¿Os importa echar una mano con la limpieza?

—Yo me ocupo de la cocina y le preparo algo para comer en cuanto la tenga despejada —se ofreció Elon, arremangándose. Era la parte menos afectada.

—Las cosas brillantes se me dan bien, así que voy a por los cristales. —Ese era Ares.

—Pero ¿qué demonios le ha pasado, hermanita? —Elon la miraba incrédulo.

—No estoy muy segura, farfullaba cosas sin sentido cuando logramos entrar, espero que la ducha lo espabile, pero os garantizo

que parecía más roto que todo esto.

Nos pusimos manos a la obra.

Leo y yo enderezamos los muebles caídos, Raven se ocupó de deshacerse de la sangre y mi pelirroja favorita hizo equipo con su hermano.

Corey salió a los quince minutos con Jordan, envuelto en un albornoz. Parecía una versión zombificada de sí mismo. Aún tambaleante, con los hombros caídos y los ojos hinchados. Tenía parte de las manos vendadas, aunque los dedos estaban libres.

—¡Estás hecho un puto asco! —soltó Janelle sin rodeos.

Elon ya estaba cocinando para llenarle el estómago y olía a las mil maravillas.

—Siéntalo, el sofá ya está limpio y sin esquirlas —comentó Ares.

Corey lo acercó y dejó que su cuerpo tocara la superficie de piel.

—¿Qué ha pasado, *boss*? —le preguntó Marlon acercándose.

Todos estábamos muy preocupados.

Jordan soltó una risa amarga.

—¿Importa?

—Mucho —repliqué, cruzándome de brazos.

No parecía estar por la labor de colaborar.

Elon acercó el plato humeante y lo plantó sobre sus muslos con un tenedor.

—Es una tortilla con verduras, especias, jamón y queso, te hará bien comer algo sólido para rebajar lo bebido.

—No quiero nada.

—Nos da igual si lo quieres o no. Si eres capaz de abrir esa bocaza para engullir una destilería, también lo eres para comer los huevos de Elon —protestó Janelle.

—Eso ha sonado bastante mal —rio Raven.

—Todos me habéis entendido. O te los comes tú solo, o te hago el avión.

Finalmente, Jordan tomó el tenedor.

—Buen chico —lo felicitó la pelirroja.

—Entonces, ¿qué?, en lugar de descargar los puños en el gimnasio, ¿te dio por ensañarte con el salón? —insistí.

Tras el primer bocado, soltó el cubierto y me miró sin responder.

—¿Es por el padre de Candice? —Corey se había dejado caer al lado del *boss*. Janelle ocupó la otra plaza.

Los demás cogieron algunas sillas que pasaron el control de seguridad, y yo preferí quedarme de pie, junto a Leo, frente a él.

—No.

—¿Entonces? —insistió.

—Me mandaron un vídeo…

—¿Tan malo era? —inquirió Marlon, ganándose una respuesta reprobatoria de su hermana.

—Sería uno tuyo, de cuando te daba por tirarte a ancianas.

—No te pases…

—Salía gente follando —escupió Jordan.

—Bueno, si no te gusta el porno casero, tampoco tenías porqué destrozar el mobiliario —insistí, buscando que me ofreciera la respuesta que necesitaba.

—No opinarías lo mismo si el protagonista fuera Leo y estuviera en mitad de una orgía marera. —Eso hizo que mirara a mi hombre de soslayo—. Os lo enseñaría, pero creo que no va a poder ser, mi móvil pasó a mejor vida.

—¿Estás intentando decirnos que Candice…? —prosiguió Corey.

—¿Tú qué crees? No solo follaba, todo estaba planificado, me refiero a mí, a mi entrada en la cárcel, ella lo sabía...

—Tiene que tratarse de un error.

Nuestro doctor no daba crédito.

—Podríais verlo si esa mierda hubiese sobrevivido.

Ares se acercó hasta el móvil hecho añicos.

—Yo me ocupo.

Sacó la SIM, quitó la de su propio teléfono e insertó la de Jordan. Le ofreció el teléfono y nuestro *boss* accedió a WhatsApp, pero el vídeo había sido eliminado.

—Puedo recuperarlo —anuncié—. Si me dejas un portátil y el cable de transmisión de datos, yo me ocupo.

—En mi habitación —farfulló.

Echó la cabeza hacia atrás, y yo fui a buscarlos. Entré en mi nube del HSI, tenía un programa genial de recuperación. No era la primera vez que me enfrentaba a algo así.

Un par de clics, y el software empezó a trabajar.

—¡Lo tengo! —anuncié, poniendo el portátil sobre el asiento de una de las sillas

Minutos después, la imagen apareció en pantalla, provocando el silencio más absoluto mientras el *boss* era incapaz de mirar.

Candice estaba en el centro de una orgía. Había un tío empujando entre sus muslos y otro detrás con una fusta, ese me sonaba… Joder, ¡era el jefe del padre de Corey! ¡El señor Vílchez! El muy cabrón golpeaba su piel con una fusta.

Aunque lo peor vino después.

—Seguro que a Stein no se lo están follando así de bien en la cárcel —la voz del moreno escupía veneno.

—Sí, sí… —Candela jadeaba.

—Lo tenemos donde queremos. Finge un poco más que te importa… Todo está saliendo a pedir de boca. Vamos a ofrecerle la vía de escape a Clara Goldstein…

Jordan se llevó las manos a las sienes como si no lo soportara.

—¿Veis? Os lo dije. Me jodió, me traicionó… Es del fin de semana. Mientras yo estaba en la cárcel, ella se tiraba a su socio y vete a saber a cuantos más, encima con esa puta canción.

—Para —lo frené e hice *zoom*—. Mirad esto.

Jordan se enfocó por primera vez en la imagen.

Esta se amplió. Las pupilas de Candela estaban completamente dilatadas**.**

—Diría que alguien se ha puesto hasta el culo —comentó Raven con seriedad—. Lo sé por experiencia.

—Apoyo la moción, a mí se me ponían igual cuando me obligaba a consumir para follar con la señora Fox.

—Mira que llamar señora a esa Dolly Parton trasnochada que era lo puto peor... —bufó Janelle.

—Candela no toma drogas…

Jordan tenía el ceño fruncido.

Raven levantó una ceja.

—Entonces, alguien se las dio. No sería la primera vez que a alguien le dan para que consuma y pierda la noción de lo que hace, hay muchas drogas para eso.

—Si os fijáis, no parece que le esté respondiendo al tío, más bien son sonidos que podría emitir cualquiera mientras… Bueno, ya me entendéis —farfulló Elon.

El aire en la habitación se volvió más pesado. Todos procesamos la posibilidad de que la abogada hubiera sido drogada contra su voluntad**.**

Leo, que había estado callado, levantó una mano.

—Silencio, callad.

Nos quedamos en vilo.

—He oído algo en la puerta.

Me levanté de inmediato. Caminé hacia la entrada y miré por la mirilla. Estaba oscuro.

—¿Quién hay? —pregunté con el pulso alerta.

Una sombra se movió. Luego, pasos apresurados bajando por la escalera.

—¡Mierda!

Abrí la puerta y salí tras la persona que había estado agazapada manipulando la cerradura. Bajé las escaleras de dos en dos, pero cuando llegué a la calle, no había nadie.

Miré de hito en hito, no se veía un alma.

¡Joder!

Volví al ático con el corazón latiéndome en los oídos.

—No me gusta nada. Quien estuviera ahí fuera se largó.

Jordan resopló.

—Seguro que era Andrés, que vino a volarme la cabeza o las pelotas, quizá las dos.

Nadie rio.

—¿Quién es Andrés? —cuestionó Ares.

—El padre de Candela, Candice o la estrella de la película, como demonios queráis llamarla.

—Pues o ese Andrés es el Correcaminos, o no era él. Esto no me gusta, *boss*, y menos después del vídeo del tío del sombrero. No puedes quedarte aquí, creo que estás en peligro.

—Yo puedo llevármelo —se ofreció Corey.

—No es necesario —dijo él.

—Sí lo es —replicamos todos al unísono.

Leo se acercó a Jordan.

—De Envidia a Envidia, no te fíes de las apariencias en ese tipo de cosas. Si alguien está tratando de joderte, va a saber donde más duele, y estoy seguro de que acierto si digo que es ella. —Señaló el monitor—. ¿O me equivoco? —Negué—. Ya me parecía. Para entender un incendio hay que ir al origen y me da que esos tíos tan entregados pueden tener algo que ver...

Sonreí y asentí, por una vez estaba de acuerdo completamente con él.

—Arriba, grandullón, vamos a vestirte y hacerle una visita a Kate.

Jordan no dijo nada ni protestó. El doctor Blackwood pasaba su brazo bajo su cuerpo para ayudarlo.

Eso ya no era solo una traición o una pelea de pareja, eso olía realmente mal.

—Averigua quién hay detrás —masculló Ares sin apartar la mirada de mí.

—Lo haré.

CAP Í TULO 77



Clara

Esperaba en la mesa del rincón, con el café ya frío entre mis manos. Observaba la puerta del pequeño local, sintiendo el peso de la espera.

Había insistido en una reunión de emergencia, él no solía hacerme esperar.

Si lo estaba haciendo, significaba que algo no iba bien, lo que incrementaba mi nerviosismo.

Inspiré hondo y cerré los ojos por un instante. Mi mente viajó hacia atrás, a los pasos que me llevaron hasta ahí. ¿Cómo se habían podido torcer tanto las cosas?

Mi hermana nunca tuvo que desaparecer, aquella noche yo estaba allí, en su cuarto durmiendo, porque a la mañana siguiente tenía un puto *casting* y decidí que era más importante que salir con ella.

Ojalá aquella decisión no me pesara tanto, nunca me perdoné por ello; sobre todo, cuando apareció sin vida meses después, con señales de haber dado a luz un bebé. Su muerte me rompió en mil pedazos, me llenó de rabia, incertidumbre y un montón de preguntas sin respuesta.

¿Quién era el padre? ¿Estaba embarazada cuando fui a verla y había tanta distancia entre nosotras que no me lo confesó?

Dudas, dudas y más dudas, me aparté de todo y de todos, estaba obsesionada con averiguar lo que le ocurrió. Mis padres estaban destrozados, y sabía que en el fondo me culpaban.

El sistema era una broma cruel, por eso, cuando el servicio de inteligencia se fijó en mí, por mi insistencia en dar con la verdad y emplearme a fondo en ello, no dudé en aceptar.

Buscaban una chica de edad similar a las desaparecidas, yo siempre había tenido un rostro angelical. Según las agencias de moda, aparentaba mucho menos de la edad que tenía, por lo que podía ser un buen gancho, además, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para quitarme aquella angustia de encima.

Un año de entrenamiento, preparación y desaparición de mi antigua vida para volver a la pasarela, en Estados Unidos, con una misión: encontrar la verdad.

El hilo de la agencia para la que trabajaba les había llevado hasta un hombre, David Goldstein, quien tenía una preferencia abrumadora por actrices, modelos y chicas especialmente hermosas.

No lo buscaban a él directamente, sino a alguien de su círculo privado, alguien que nadie conocía, y Goldstein parecía guardar sus secretos con celo.

Me habían preparado para reencarnar todo lo que a ese hombre le gustaba, y no dudé en fingir un tropiezo tras una de las fiestas a la que fui invitada como imagen, ni hacerme de rogar fingiendo que me atraía, pero que buscaba algo serio.

Cuando finalmente nos acostamos, lo hice con un pedrusco en el dedo y dos meses después era su mujer. Me daba igual cuánto me repugnara, mi sed de dar con aquellos que destruyeron a Eleanor y a mí misma era más fuerte.

David viajaba constantemente, eso me daba cierto alivio en mis deberes conyugales. Creímos que daría con algo importante mientras estaba fuera. No fue así, él lo guardaba todo en ese maldito ordenador que llevaba consigo a todas partes. En casa lo tenía bajo llave, y cuando se iba, jamás lo dejaba. Si le preguntaba cosas de su trabajo, me decía que una cabecita como la mía no

estaba hecha para preocuparse ni para pensar, solo para llevarla a la peluquería.

La agencia seguía investigando por su parte, no solo a David, había otras piezas clave que los podían acercar a la persona detrás de toda aquella trama, en concreto: Damien West.

Nuestro encuentro no fue casualidad.

Recibimos un chivatazo de que las chicas desaparecidas presentaban signos de embriaguez y desorientación, se las vio salir de las fiestas tambaleantes y un par de cámaras captaron a alguien echando algo en sus bebidas.

No le dijimos nada a la policía, sus familias querían respuestas y no se creían a los de Homicidios de Nueva York. Había una mano negra moviendo hilos, desviando la atención, gente poderosa con contactos en las altas esferas.

Cuando mi jefe mostró la foto de Damien, puse cara de sorpresa, él se interesó. Le expliqué que salimos juntos en el pasado, antes de que la vida nos llevara por caminos distintos. Por lo que a él se le ocurrió la idea de reencontrarnos y que tal vez pudiera avivar la chispa en él, y que eso nos llevara al que habían bautizado como el Invisible.

No esperaba enamorarme como me enamoré.

Damien estaba metido hasta el cuello en algo demasiado turbio, sabía que había drogado a esas chicas y, sin embargo..., caí como una estúpida, al igual que él.

Intenté indagar a medida que mis emociones crecían, pero en ese sentido, Damien era bastante hermético, al igual que yo. No podía contarle la verdad ni él a mí.

Todo se volvió un juego peligroso del que no tenía idea de cómo salir.

Si él no hablaba y mi marido no dejaba ni a sol ni a sombra el ordenador, estaba jodida.

Mi jefe se estaba desesperando, me pasó un pendrive con un programa remoto que les permitiría entrar a los archivos de mi marido. Solo tenía que levantarme de noche, mientras dormía, forzar la puerta del despacho, porque la llave la llevaba siempre colgada al cuello y sacársela era muy peligroso, y entrar.

Sabía forzar una cerradura, por lo que no debería haber sido muy difícil.

El problema era que David tenía un sueño bastante ligero y casi me pilló.

Estaba hurgando en la cerradura cuando escuché su voz

—¿Qué cojones haces? —Me di la vuelta con el corazón a mil.

—Fu-fui a beber agua, escuché un ruido y creí que te habías dejado la cafetera encendida —mentí, fingiendo nerviosismo—. Me asusté, no quiero que ocurra otro incendio como el de la casa de los vecinos.

Él me miró fijamente.

—Sabes que esa puerta está cerrada y que la llave solo la tengo yo.

—Lo-lo siento, no quería molestarte por si era una falsa alarma.

—Vuelve a la cama, Clara, ahí no hay nada de lo que te debas preocupar.

—Lo-lo siento.

Me disculpé y casi tropecé con mis propios pies. No dijo nada a la mañana siguiente sobre el encontronazo, pero desde ese día, su actitud cambió. Sus miradas duraban más, me daba la impresión de que me estaba evaluando. Fue entonces cuando decidió reunirse con su abogado para cambiar el testamento. A mí me daba lo mismo, porque no esperaba obtener nada de ese hombre, lo que quería era el divorcio en cuanto termináramos con todos ellos.

Cada día que pasaba estaba más nerviosa. David dijo que se iba de viaje el fin de semana, y yo llevaba dos sin ver a Damien. Era la oportunidad perfecta para vernos.

Llevaba un mes diciéndome que quería que abandonara a mi marido, que en breve podíamos empezar de nuevo porque iban a pagarle una suma importante por un trabajo. No me dijo de qué trabajo se trataba, y a mí me daba miedo preguntar, aunque lo hice y obtuve la misma respuesta de siempre… «Eso no te debe preocupar».

Cuando vi que David se marchaba atropellado, sin su portátil, porque perdía el avión, supe que no tendría otra ocasión mejor para

por fin acceder al despacho y meter el pen.

Esperé media hora, por si volvía, hecha un manojo de nervios, y entré a su despacho. Lo conecté al ordenador con las instrucciones que me dio mi jefe.

El timbre sonó.

Casi grito. Un escalofrío me recorrió la espalda, era imposible que fuera David, él tenía llaves.

Me acerqué a la mirilla. Damien.

—Abre la puerta. Sé que estás ahí. Te he visto el ojo.

No era un buen momento, sin embargo, abrí.

Su boca devoró la mía. Me reí, incapaz de ocultar la felicidad de verlo. Sus manos firmes me levantaron para encajarme en su cintura y cerrar con el pie. Caminó conmigo a cuestas hasta la encimera de la cocina.

—Es una temeridad —jadeé.

—Tu marido está fuera. No puedo más, llevo muchos días sin esto. Te necesito.

Sus labios recorrieron mi cuello. Me bajó la ropa interior y la dejó caer al suelo, se dejó caer entre mis muslos y se puso a hacerme sexo oral mientras yo me apretaba contra su boca.

Escuché un ruido de llaves en la puerta.

«¡Mierda!»

Me tensé.

—¡Para! Creo que mi marido ha vuelto a por su ordenador… ¡Escóndete!

Damien se apartó, cogió mis bragas, se las llevó al bolsillo y corrió.

¡No iba a poder llegar al despacho, iba a pillar el pen!

David entró directo y, en cuanto alcancé la puerta de la cocina, lo vi avanzar hacia a mí, con una expresión que nunca había visto en su rostro.

—D-David, ¿qué haces aquí? ¿Y el avión?

—¡¿Quién cojones eres?!

Llevaba un arma que no había visto. No dudó en apuntarme.

Me quedé helada.

—No entiendo…

—El ordenador detectó un intento de acceso. Caíste en la trampa, no tengo ningún viaje. ¿Para quién trabajas?

—Te-te equivocas, yo no…

—¡¿Me tomas por gilipollas?!

Le supliqué, inventé excusas, cualquier cosa para calmarlo. No sabía cómo salir de esa, y Damien complicó las cosas. En lugar de irse, estaba detrás de él.

—Confiesa, o te mato por zorra —espetó David.

Damien se abalanzó, temí que David disparara. Sin pensar, tomé lo que tenía a mano, un cuchillo, y clavé la hoja con precisión quirúrgica en un punto vital, tal y como me enseñaron. La sangre brotó caliente sobre mis manos.

«¡¿Qué acababa de hacer?!».

El pánico se adueñó de mí, el arma cayó, Damien hablaba, pero yo solo podía mirar cómo mi marido estaba desparramado en el suelo.

Mi amante sacó el cuchillo cuando David ya no se movía, se puso a limpiar las huellas en el fregadero y fue entonces cuando recuperé la cordura.

—No hagas eso. Vete. Yo me ocupo.

—¿Qué dices? No puedo dejarte sola.

—Debes hacerlo. Si te quedas, será peor, llévate el arma y guárdala, por favor, o mejor deshazte de ella.

Me miró con desesperación.

—¿Clara? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué decía eso tu marido?

—E-es un paranoico, yo… Creo que me engañaba, solo buscaba pruebas que facilitaran la demanda de divorcio… —me inventé sobre la marcha—. No es momento para hablar. Por favor, vete, no quiero implicarte en esto, por favor, es lo mejor…

Finalmente, lo hizo y se fue.

Eliminé cualquier rastro de él, llamé a mi jefe, le expliqué lo ocurrido. Me indicó qué decir. Pensé que todo estaría controlado.

Nada había salido bien. La policía no me creía, tampoco mi abogada. No pude contactar con Damien por miedo a que lo asociaran conmigo hasta bastante tiempo después, y es que no

podía más, necesitaba verlo, asegurarme de que todo estaba bien entre nosotros.

Esperé a que las aguas se calmaran y fui al SKS.

El ambiente era denso, cargado de música y luces bajas. Lo vi en el escenario, con la camisa entreabierta y esa forma suya de moverse que encendía a cualquiera. Pero cuando nuestros ojos se encontraron, su expresión cambió. La sorpresa se mezcló con el alivio y la inquietud. Bajó del escenario lo más rápido que pudo y se acercó a mí, pero sin tocarme.

—Me moría de ganas de verte.—Su voz apenas era un murmullo, pero la intensidad en sus ojos hablaba por sí sola.

—Yo también —respondí, intentando mantenerme en un segundo plano.

Miré a mi alrededor. Nadie parecía prestar atención, pero no podíamos correr riesgos.

—Necesito que hablemos, aunque no aquí, en algún lugar discreto.

—Espérame en el coche, está abierto, el de la puerta me lo vigila —dijo con urgencia—. Te veo cuando termine.

Asentí y salí sin mirar atrás.

El coche estaba aparcado en la esquina. Esperaba a Damien, con las manos aferradas al volante, intentando controlar la ansiedad que me oprimía el pecho. No debía haber venido, era un riesgo enorme, pero tenía que verlo. Necesitaba hablar con él.

Cuando apareció, sentí un nudo en el estómago. Su expresión de alivio al verme me desarmó. Se acercó, abrió la puerta y se inclinó hacia mí.

—Dime que estás bien —susurró con los ojos clavados en los míos para besarme.

—Estoy bien —mentí.

No podíamos quedarnos allí. Él condujo y sugirió llevarme al motel que quedaba cerca del SKS. Yo le dije que prefería un sitio menos concurrido, y aparcó en un descampado que quedaba detrás.

Detuvo el motor, nos quitamos los cinturones y volvimos a besarnos enardecidos.

—No sabes lo que me ha costado no verte todo este tiempo —dijo con una mezcla de rabia y desesperación.

No respondí. Le sujeté la nuca y lo besé. Tenía tanta hambre de él que lo demás no importaba. Mis labios le dijeron lo que no podía expresar con palabras: que estaba aterrada, que lo necesitaba, que lo amaba. Sus manos recorrieron mi espalda, bajaron hasta mi cintura, me atrajeron contra él. Entre jadeos y urgencia, terminamos enredados en el asiento delantero. Yo subida a horcajadas sobre su miembro hasta estallar en un orgasmo rápido.

—Dime que no te perderé —pidió con la respiración entrecortada —. Que esa abogada va a salvarte.

—Lo hará —susurré con el corazón acelerado—. Y cuando todo esto termine, me iré contigo donde tú quieras, lejos de todo y de todos, empezaremos de cero.

Lo dije en serio. Estaba harta. De la agencia. De sentirme utilizada. De haber matado a un hombre. Lo único que quería era estar con Damien, había encontrado algo que pesaba más que mi culpa o la venganza y quería vivir el amor.

Él me miró como si intentara grabarse cada rasgo de mi rostro.

—He cerrado un trato —confesó—. Cuando todo acabe, nos largamos. Te haré feliz, lo prometo.

Lo creí. Quise creerlo con todo mi ser.

Pero a la noche siguiente… Él estaba muerto.

Los medios decían que su asesinato había sido orquestado por su jefe, Jordan Stein, y eso no me encajaba para nada. La agencia había investigado a Stein ante la posibilidad de que pudiera ser el Invisible, y Damien no practicaba BDSM ni con él ni con nadie, parecía una puesta en escena… Quizá del mismísimo Invisible.

Su muerte me dejó en un estado de tristeza y agobio que no podía con ella. Mi jefe me llamó la atención porque debíamos seguir el rastro que encontraron en el ordenador de David. Pese a que había eliminado todo aquello que pudiera incriminarlo, nadie borra del todo un secreto. Y encontramos el hilo que podía desenmarañar las cosas. Obtuvimos un nombre que se repetía: Lucas Vílchez. Un

empresario con contactos en las altas esferas. Un hombre con demasiadas influencias para ser un simple inversor.

Lo más importante era que el verdadero Lucas Vílchez llevaba años muerto. Y su mujer también.

Por tanto, ¿quiénes eran esos dos?

La inspectora de Homicidios Sepúlveda no me dejaba en paz. Mi jefe no quería involucrar a Homicidios porque sospechábamos que había un topo, no obstante, yo no creía que fuera la inspectora, tenía una corazonada, la misma que me llevó al bar en el que ella y su ayudante estaban reunidos para pedirle su colaboración. Algo en ella me decía que buscaba la verdad tanto como yo, había llevado el caso de las embarazadas y, por lo que pude descubrir, fue relegada. Cuando esas cosas pasaban, solía ser porque uno se acercaba demasiado a la verdad y a alguien no le interesaba. Conseguí que aceptara colaborar conmigo, al margen de la agencia, y que prometiera guardar mi secreto.

Hacía apenas un par de horas que Anne Vílchez me llamó. Su tono era cordial, casi demasiado. Mencionó que su marido había trabajado con David y que quería conocerme, que quizá me interesara colaborar con ellos. Como quien no quiere la cosa, deslizó la invitación a una fiesta a la que no esperaba que dijera que no.

Por supuesto que acepté, ese mismo viernes nos veríamos y por eso le pedí una reunión de emergencia a mi jefe, el mismo que seguía sin aparecer.

Quizá, en esa fiesta, encontrara todas las respuestas.

O, quizá, firmara mi sentencia de muerte.

CAP Í TULO 78



Candice

Llevaba toda la mañana llamando a Jordan sin obtener respuesta. La desesperación crecía con cada tono que iba directo al buzón de voz. Había evitado a Nathan como si fuera la peste, no estaba lista para enfrentarme a él. Mi cabeza latía con preguntas y un pánico que se aferraba a mi pecho como una garra invisible.

¿Tanto se había agobiado Jordan ante la presencia de mi padre?

Era incapaz de concentrarme.

Shauna asomó la cabeza por la puerta del despacho, tras llamar, con expresión incómoda.

—Hay alguien que insiste en verla con urgencia. Dice que es importante.

Fruncí el ceño. No esperaba visitas. Dudé, pero asentí. Quizá una visita me despejara. Si alguien había insistido en verme con tanta urgencia, debía ser por algo importante.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, un hombre rubio con gafas de aviador entró con la seguridad de quien controla cada espacio que pisa. Su expresión era seria, aunque no hostil.

—Ray Wright, agente del HSI y amigo de Jordan Stein, ¿se acuerda de mí? —se anunció mientras cerraba la puerta tras de sí. Alcé las cejas—. Tenemos que hablar —dijo sin preámbulos.

Me obligué a adoptar una postura firme, aunque por dentro me sentía a la deriva.

—Adelante. ¿De qué se trata?

Ray no perdió el tiempo. Sacó el móvil del bolsillo, lo desbloqueó con un gesto imperturbable, con las gafas todavía puestas y extendió la pantalla sin decir nada.

Bajé la vista y, al ver lo que se estaba reproduciendo, sentí que mi estómago se desmoronaba.

Las imágenes me golpearon como un tren en marcha. Yo estaba ahí. En una orgía. Había un hombre entre mis piernas, otro a mi espalda, y mi propia voz jadeaba en respuesta a palabras que helaron mi sangre.

Aparté la vista bruscamente. Mis piernas temblaban bajo el escritorio.

—¿Qué mierda es esto? —Mi voz sonó más débil de lo que habría querido.

Ray me observó con atención, midiendo mi reacción.

—No lo sé, dígamelo usted, Jordan lo vio anoche —dijo sin acusaciones, solo con hechos—. Puede imaginar su reacción, así que no hará falta que le diga cómo le afectó y los daños que pudo sufrir su ático.

Sentí un nudo en la garganta. ¡Dios! ¿Lo había visto? Mi mente se llenó de imágenes de Jordan. Su rostro desencajado. El golpe brutal que aquello debía haber sido para él. Y entonces lo entendí: seguro que había reconocido a Nate. Y a Vílchez.

—Yo… —logré decir. Mi voz sonaba lejana. Inútil—. ¿Me creería si le digo que aunque pinte muy mal no recuerdo nada de esto? Que no... no lo entiendo.

Ray exhaló y se apoyó en el escritorio, cruzándose de brazos. Su tono fue más contenido, aunque no menos serio.

—Algunos pensamos que la drogaron. —¿Algunos? ¿Quién más había visto el vídeo?—. Si realmente no recuerda nada, necesita averiguar quién le hizo esto. No es solo un problema para Jordan, si

se deshicieron de su voluntad para acostarse con usted en contra de ella, y encima le mandaron el vídeo a alguien que me importa muchísimo, debería plantearse quién sale beneficiado y está detrás de todo esto.

La pantalla del móvil aún parpadeaba. La bilis subió a mi garganta. En el vídeo, Nate empujaba entre mis muslos mientras Vílchez, en su papel de Karali, me hacía estallar en un orgasmo. Todo era demasiado.

—¿Quién grabó esto? —pregunté con la boca seca.

Ray guardó el móvil.

—Esa es una pregunta para la que solo usted tiene respuesta. Y más vale que la encuentre antes de que sea demasiado tarde.

El mundo se desmoronaba a mi alrededor. Alguien me estaba hundiendo. Y lo peor de todo... era que lo estaba consiguiendo. Solo podía pensar en una persona y la tenía al otro lado del pasillo.

—¿Dónde está Jordan? Llevo toda la mañana llamándolo.

—Con Corey, se lo llevó a su casa, aunque no sé si es buena idea que lo visite.

—Gracias por la información.

—Alguien le está tocando mucho los huevos al *boss*, y no pensamos dejar que nadie lo destruya.

—Me alegra escuchar algo así. Y ahora, si me disculpa, tengo una reunión muy urgente a la que acudir.

Salí del despacho sin esperar a que él lo abandonara.

Mis pasos resonaban con un ritmo descontrolado contra el suelo mientras intentaba encontrar una explicación lógica a lo que acababa de ver. No podía ser real. ¡No recordaba nada! ¿Y esa música? ¡Joder! No me extrañaba que Jordan no quisiera contestar a mis llamadas.

Las imágenes seguían reproduciéndose en mi cabeza. Mi cuerpo desnudo, la fusta golpeando mi piel, la voz grave del hombre a mis espaldas y los sonidos de placer que escapaban de mis propios labios. Y lo peor..., las palabras.

«Lo tenemos donde queremos. Finge un poco más que te importa».

«Hijo de puta, ¡¿cómo sabía Nate que estaba en la cárcel?!».

Un grito ahogado se formó en mi garganta, pero lo reprimí con todas mis fuerzas. No podía quebrarme ahí, en mitad del bufete. No podía dar el espectáculo. Necesitaba respuestas.

Mi corazón latía desbocado cuando giré en dirección a su despacho. Abrí la puerta sin llamar.

—¡Candice! —exclamó sorprendido, levantándose de su silla como si alguien hubiera activado un resorte. Había un hombre sentado frente a él, un cliente. Pero me daba igual. No podía esperar—. Señor Walsh, permítame que le presente a mi socia, la señorita…

—Lárguese —espeté sin mirar al hombre, ignorando su expresión confundida.

—Señor Walsh, disculpe a mi socia, creo que es mejor que dejemos esto para otro día, debe tratarse de un asunto urgente —argumentó con una sonrisa forzada llena de disgusto.

El cliente se levantó con un murmullo de disculpa y salió sin discutir, cerrando la puerta. Apenas estuvo fuera, solté la bomba.

—¡Fuiste tú, maldito cabrón, hijo de puta! —solté, sintiendo la rabia explotar en mi pecho. Él parpadeó, la confusión en su rostro fue fugaz, sustituida rápidamente por una máscara de cautela.

—¿De qué estás hablando?

—¡No te hagas el imbécil! —bufé, con un temblor incontrolable en la voz—. Me drogasteis, tú y tus amigos de la isla, me follaste en contra de mi voluntad, ¿sabes cómo se llama eso, Nathan? V.I.O.L.A.C.I.Ó.N. ¡Me violaste!

—No, yo no… Tú no…

—¡No te atrevas a negarlo! —golpeé el escritorio con ambas manos, inclinándome hacia él—. Acabo de ver el vídeo. Sé lo que pasó. Y sé que fuiste parte de ello, ¡escuché lo que me decías, maldito impostor!

Los músculos de su mandíbula se tensaron. Sus manos, apoyadas sobre el escritorio, se cerraron en puños.

—Lo hice por ti —dijo finalmente con voz ronca—, y no te violé, tú querías, estabas muy cachonda, te pregunté…

Solté una carcajada amarga.

—¿Me preguntaste? Me drogaron y me metieron en una orgía. ¿Pretendes hacerme creer que lo hacías por mí? ¿Es eso lo que

intentas decirme?

—Yo… ¡No iba a hacerte daño! Solo quería darte lo que necesitabas —balbuceó con la voz entrecortada—. Quería que entendieras que había otra manera. Que podíamos tener algo real. Si dejabas a Jordan…, si lo apartábamos de una vez por todas…, estaba dispuesto a cubrir todas esas mierdas que te van… ¡Me ejercité por ti!

Mi estómago se revolvió de asco.

—No tienes ni puta idea de lo que has hecho. No sabes lo que esto supone entre nosotros. Has vulnerado mi intimidad, mi voluntad, ya no confío en ti.

Nate me miró con desesperación.

—Solo quería que fueras feliz. ¡Él nunca va a darte lo que necesitas! ¡Lo ha destruido todo!

Me reí, aunque era un sonido hueco, cargado de rabia.

—No, el que lo ha destruido todo eres tú, que te quede claro que voy a denunciarte —le dije, dándole el golpe final—. No voy a dejar que esto quede impune. Me quitaste mi derecho a decidir y me cediste a terceros, eres la peor escoria del universo.

Sus ojos se abrieron con horror.

—No, Candela, no lo veas así. No fue... Él no… Yo solo quería…

—No intentes justificar lo que tú y tus amigos me hicisteis. No quiero oír una sola palabra más del tema, desde hoy ya no soy socia de este bufete, y puedes decirle a tu padre de mi parte que te vaya buscando un buen abogado, porque lo necesitarás.

Me giré y salí con los oídos zumbando. Escuché a Nathan moverse detrás de mí, pero no le di oportunidad. Crucé la puerta y la cerré de un portazo.

Tenía que hablar con Jordan. No podía esperar más.

CAP Í TULO 79



Jordan

Corey me dejó solo en la sala, con las manos entrelazadas y el eco de mi propia respiración retumbando en mi cabeza. No había dormido. Las imágenes seguían grabadas a fuego en mi mente. Candela, su piel desnuda, el sonido de la fusta golpeando su cuerpo, sus jadeos, su voz diciendo esas malditas palabras… «Finge un poco más que te importa».

Cada repetición era un golpe seco contra mi pecho, una punzada que desgarraba lo poco que quedaba en pie. Sabía que, si volvía a escucharlas, algo dentro de mí terminaría por romperse. No tenía fuerzas para eso. Ni siquiera sentía el dolor de las heridas que mi amigo me había curado, el daño de lo que había visto era mucho más profundo que cualquier cristal punzante contra mi piel.

El timbre sonó. No me moví. No tenía fuerzas para ello.

Corey apareció en la puerta con una expresión difícil de leer.

—Es Candela —dijo, sosteniéndome la mirada.

El aire se hizo espeso. Se quedó de pie, esperando mi reacción, pero yo solo podía sentir el latido sordo en mis sienes.

—No quiero verla —conseguí decir.

—Se lo he dicho, pero ha amenazado con atravesar la ventana si le cierro la puerta y te aseguro que la veo capaz. Nunca he visto tanta determinación en la mirada de una mujer, bueno, quizá sí, en Janelle, y ya sabes cómo se las gasta. No me gustaría que a la abogada le diera por hacer de mujer bala y tener que curar más cortes que ayer. Además, la sangre sale fatal de la moqueta, y Kate…

—Vale, vale… Deja de perforarme la cabeza…

—No tiene buen aspecto, creo que harías bien en escucharla, necesitáis hablar.

No respondí. Si la veía, si la escuchaba, todo se volvería un caos. Pero a Corey no parecía importarle. Según él, era lo que debía hacer, y yo no tenía capacidad en ese momento de discernir sobre lo que era mejor para mí y lo que no. Confiaría en su criterio.

Solté el aire que estaba conteniendo y cerré los ojos mientras mi amigo iba a por ella. Cuando su aroma llegó a mis fosas nasales y mi corazón se puso a martillear como un loco, supe que había entrado en el salón.

Separé los párpados para enfrentar su imagen.

Tenía la piel pálida, sus ojos brillaban más que nunca y no de felicidad, más bien de lágrimas contenidas. No la había visto llorar desde hacía años y hacerlo ahora amenazaba las pocas barreras que había alzado en su contra tras lo que había visto.

Candela no era una mujer que se rompiera con facilidad ni se hundiera en la desesperanza.

Estaba furiosa, herida, pero con una determinación que le ardía en la mirada.

—No me voy a ir —declaró con firmeza, avanzando un paso antes de que yo pudiera decir algo.

No reaccioné. No podía hacerlo. Me sentía congelado en el tiempo, incapaz de moverme hacia ella, de ofrecerle algo que no estuviera destruido y cubierto de escombros.

—Jordan… —Su voz se quebró por la emoción, pero no se tambaleó—. Sé lo que viste porque Ray vino al despacho esta mañana y me lo enseñó, pero te juro por mi vida, por mi familia y por ti, que aunque ahora mismo no lo creas, sois lo más valioso que

tengo, que aunque yo estuviera ahí en cuerpo, no lo estaba en alma, ni era consciente de lo que me estaban haciendo ni de lo que ocurría a mi alrededor. No voy a permitir que pienses que fui parte de eso. Yo… nunca… nunca te haría algo así, te dije que te amaba, que te quería, y lo mantengo, aunque entiendo que estés dolido, herido y mi defensa penda de un hilo.

Mis puños se cerraron. La respiración me pesaba.

—Eras tú —murmuré con la voz ronca, rota. Cada palabra era una sentencia—. Y Nathan y el puto cabrón del amo Karali... No me dijiste que ibas a pasar con él el fin de semana…

Ella cerró los ojos con pesar y dos lágrimas gruesas se desprendieron por sus mejillas.

—Lo lamento muchísimo, no quería que te preocuparas, te dije que lo conocía de fuera y que no quería que él me dominara, te cedí las riendas a ti, aunque estábamos enfadados, porque jamás, y escúchame bien, jamás, se las habría dado voluntariamente a él.

Candela se plantó frente a mí. Le temblaba el labio inferior, y yo me debatía entre las ganas de creerla, de abrazarla y el dolor…

—Estuve en esa isla por trabajo. —Las lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Y te juro por lo más sagrado que no fue mi decisión. Me sentí mal después de la primera cena, recuerdo estar mareada, pedir que me llevaran a descansar, y lo único que viene a mi mente es que desperté en la habitación que compartía con Nate en camas separadas. Pregunté por lo que ocurrió, y nadie me dijo que hubiera pasado eso. Ni siquiera sé cómo llegué allí, ni lo que sucedió, he visto lo mismo que tú.

Apretó los labios con fuerza, como si pudiera detener el temblor de su voz. Vi su pecho subir y bajar descontrolado, la irritación brillando en sus ojos tanto como la tristeza.

—Si alguna vez confiaste en mí…, por favor, créeme. Y si no puedes creerme, te lo voy a demostrar. Porque no pienso rendirme. No voy a permitir que quien quiera separarnos gane. He ido a enfrentarme a Nate, le he dicho que dejo el despacho y que pienso acusarlo de violación. No voy a quedarme de brazos cruzados, no cuando lo que han hecho tanto conmigo como contigo es una injusticia. Y te juro que voy a luchar lo indecible para que recuperes

tu fe en mí. Por mucho que me cueste, no voy a perderte, Jordan Stein, me niego a hacerlo.

Su furia se mezcló con la necesidad de creerla. Algo se agitó en mi interior, algo que no podía identificar y que estaba ahí, deseoso de hacerle un espacio.

—¿Tienes idea de lo que sentí cuando vi ese vídeo? —Mi propia voz me sorprendió, rasposa y herida. Levanté la cabeza para mirarla a los ojos—. ¿Sabes lo que fue para mí verte… así? Y no hablo solo por el sexo, sino por lo que Blake estaba diciendo.

Candela sollozó, incapaz de sostenerme la mirada.

—Sí —susurró—. Porque lo mismo sentí yo cuando lo vi. Y te juro por lo más sagrado que voy a hacerles pagar a todos.

Todo se detuvo. Un silencio pesado se instaló entre nosotros. Su confesión hizo tambalear los cimientos de mi rabia.

—No recuerdo nada, Jordan —insistió—. ¿Sabes lo que eso significa? Que alguien tomó mi cuerpo, mi voluntad, y la convirtió en una maldita marioneta. Lo usaron para destruirme, para destruirnos. No les des ese poder. No me dejes sola en esto.

Su voz tembló en la última frase, pero su postura seguía firme. No pedía piedad. No imploraba. Exigía justicia. Y yo la amaba. Con todo el odio que sentía, con toda la rabia, con cada puto fragmento roto que me quedaba dentro.

Ella avanzó un paso, pero sus piernas fallaron y cayó de rodillas. Antes de que pudiera pensar, sus manos se aferraron a las mías, envueltas por las vendas.

—No dejes que aniquilen esto —susurró con la voz entrecortada —. Voy a dejarme la piel, el alma y el corazón para demostrarte la verdad, que me importas más que nadie en este mundo y que te quiero en mi vida, ahora y siempre.

—Dios… —Mi voz salió rota, áspera. Apoyé las manos en las rodillas e incliné la cabeza, intentando contener lo que amenazaba con salirse de mi pecho. No podía. No resistí más.

Me incliné, la rodeé con mis brazos y la sostuve con fuerza, como si al aferrarla pudiera contener todo lo que nos habían arrebatado. Sentí sus uñas clavarse en mi espalda, su cuerpo estremeciéndose

contra el mío. El contacto físico dolía en mis heridas, pero más me dolía no tenerlo.

Apoyé la frente en su cabello, sintiendo su respiración.

—Lo siento, lo siento tanto —hipó rota. Y su dolor se hizo el mío, atravesándome por completo.

Porque si alguien podía comprenderla, justificarla y compartir el daño que le hicieron, ese era yo, que había pasado por lo mismo.

Besé su pelo, su cara, sus lágrimas.

—Perdóname, no debí desconfiar de ti. Estoy aquí —murmuré—. No te voy a dejar sola en esto.

Candela se aferró con más fuerza, llorando en mi cuello, empapándome la piel y el alma.

Nos habían querido destruir. Habían intentado arrancarnos la confianza, sembrar la duda, destrozar lo que habíamos construido. Pero ella estaba ahí, reivindicando nuestra relación, sin dejarse destruir por completo, pidiéndome mi soporte, mi fe en ella, en lo nuestro, y yo iba a dárselo todo.

No íbamos a dejar que ganaran.

Me separé lo suficiente para sostener su rostro entre mis manos. Sus ojos, llenos de lágrimas, se clavaron en los míos con una súplica muda. Su boca tembló cuando intentó hablar, pero no la dejé. No necesitaba más palabras. La besé.

No fue un beso suave. No fue un beso de consuelo. Fue un choque desesperado de labios y promesas, de respiraciones rotas, de un anhelo feroz por encontrar en el otro algo que nos devolviera lo que intentaron arrebatarnos.

Ella se aferró a mi camisa con fuerza, como si temiera que la soltara. Como si soltarla fuera una opción.

—Voy a ir a por todos los que nos han hecho esto y voy a destruirles —susurré contra su boca—. No pienso dejarte ir.

—No lo hagas —susurró—. No me sueltes, Jordan. No quiero estar sin ti.

—No sé cuánto me va a costar dar con esos cabrones, pero juro que nadie va a salir impune.

La besé de nuevo, sintiendo la sal de sus lágrimas en mi lengua. Me apoyé en su frente, tratando de recuperar el aliento, de contener

la avalancha de emociones que nos envolvía.

Nos habían intentado romper. Habían querido convertirnos en cenizas, pero acababan de despertar algo que ni siquiera ellos iban a poder controlar, y tenía claro mi primer objetivo.

No iba a parar hasta que todos agonizaran.

CAP Í TULO 80



Nathan

Las manos me temblaban. El sudor frío empapaba mi camisa, pegándola a mi espalda. Respiraba con dificultad, sintiendo cómo el pánico trepaba por mi garganta como una serpiente enroscándose para asfixiarme.

El teléfono se resbaló entre mis dedos. Lo recogí con torpeza, con las manos húmedas, y marqué el número. Tenía que contestar. Tenía que ayudarme.

El pitido seco sonó una, dos, tres veces. Cada segundo era un latigazo en mi pecho. Cuando finalmente la voz de Lucas Vílchez rompió el silencio, una oleada de alivio recorrió mi cuerpo…, hasta que habló.

—Buenos días, Nathan. ¿Me llamas para darme buenas noticias sobre Candice? ¿O se trata de algo menos interesante? —Su tono

era afilado, indiferente, como si lo que estaba a punto de decirle no tuviera la menor relevancia para él.

Mi respiración se aceleró. Tragando saliva, traté de mantener la voz firme, pero la desesperación me quebró antes de empezar.

—No las tengo… —El nudo en mi garganta apenas me dejó hablar —. Candice lo sabe. No sé cómo, pero ha obtenido el vídeo que Anne grabó. Me ha acusado de violación. Quiere denunciarme… ¡Tiene el puto vídeo! ¡Todo se ha ido a la mierda! Ha dejado el bufete, ¿sabes lo que me dirá mi padre si ella cumple con su promesa?

Silencio. Un vacío denso, sofocante, como si hubiera dejado de respirar al otro lado de la línea. El pánico me recorrió la espina dorsal.

—¿Me estás diciendo —habló al fin, con una calma que helaba la sangre— que, con todos los recursos que te di, con todas las oportunidades, has fracasado en lo único que tenías que hacer, que era demostrarle que eras capaz de ser el hombre que ella deseaba?

Abrí la boca para responder, pero no encontré las palabras. La opresión en mi pecho se intensificó. Me costaba tragar aire.

—Yo… Yo lo hice todo por ella. Pensé que si lograba que se alejara de Jordan, si lograba que viera que él no era la respuesta… ¡¿Cómo no ha podido ver el placer que le di?! Estoy perdido, toda esta mierda se ha vuelto contra mí. ¡No puedo perderlo todo! ¡Me prometiste que si aprendía, que si era un buen esclavo, ella…! —Las palabras me salían atropelladas, mi voz sonaba a una súplica apenas contenida.

—Eres un necio. No puedes perder porque, sencillamente, está claro que la habías perdido incluso antes de empezar a comerme la polla. —El tono de Vílchez se endureció, tan tajante que me hizo estremecerme—. Si no fuiste capaz de retenerla después de todo lo que te ayudé, de todo lo que te enseñé, no mereces que pierda mi tiempo contigo.

—No… No puedes hacerme esto. —El miedo me ahogaba. Mis piernas temblaban. Me pasé la mano por la cara, sintiendo la piel fría, el sudor resbalando por mis sienes—. He estado a tu lado todo

este tiempo. Hice lo que me pediste, te di lo que querías… Incluso hice cosas que yo…, que…

—¿Que tú qué? No te mientas a ti mismo, gozaste con cada una de mis embestidas, te corrías como una fuente cada vez que te dejaba. Tengo varios vídeos que demuestran tu verdadera naturaleza, esa a la que te resistías. ¿Y qué he recibido a cambio? —Me interrumpió, su tono helado como una hoja afilada—. Un incompetente que ha dejado escapar la única ventaja que tenías sobre ella. Déjame ser claro, Nathan. No vuelvas a llamarme. No vuelvas a mencionarme. Para mí, ya no existes, ni eres mi abogado ni mi esclavo, hemos terminado.

—¡No, espera! —exclamé, sintiendo cómo el pánico se instalaba en mi pecho—. ¡Puedo arreglarlo! ¡Por favor! No puedo hacerlo solo, necesito tu ayuda, debes hacer que ella entienda que…

Pero la línea ya había muerto. El sonido de la desconexión fue un disparo seco en mi oído. Me quedé con el teléfono pegado a la cara, incapaz de moverme, incapaz de procesar que todo lo que había construido, todo lo que había sacrificado, se desmoronaba como un castillo de naipes.

La habitación empezó a cerrarse sobre mí. La garganta se me cerró, el aire se me hizo insuficiente. Mi carrera estaba acabada. Mi vida, arruinada. Y todo por culpa de ese imbécil de Jordan Stein.

Mi cuerpo entero temblaba. Me llevé una mano al pecho, intentando calmar la presión que amenazaba con aplastarme. La desesperación me invadió, un rugido mudo ahogándose en mi interior.

No podía dejar que esto terminara así.

No iba a dejar que esto terminara así.

Aire, aire, necesitaba el puto aire…

Salí del despacho tambaleante.

—Señor Blake, ¿se encuentra bien? —me preguntó Shauna mientras me aflojaba la corbata desesperado.

—Voy a la azotea un rato, necesito pensar… —murmuré, dirigiéndome al ascensor. Necesitaba concentrarme y poder centrarme. Una solución encontraría para recuperarla y destruir a Stein, solo debía respirar.

CAP Í TULO 81



Jordan

El ascensor ascendía en silencio. Solo se escuchaba la respiración contenida de Candela y la mía, una mezcla de rabia y tensión que se palpaba en el aire. Mi mandíbula estaba tan apretada que sentía el crujido de los dientes al rechinar. Cada segundo que pasaba encerrado en ese espacio me acercaba más a la explosión.

Ella me miró de reojo.

—Déjame a mí —dijo en voz baja, su tono firme, decidido—. No necesito que lo destroces a golpes. Quiero verlo pudrirse en la cárcel.

Me reí sin humor.

—Me parece perfecto. No lo voy a matar..., aunque debería. Sé lo que es la cárcel y lo que le harán cuando descubran lo que hizo, pero no puedes pedirme que lo deje intacto. Te aseguro que estaré encantado de pagar las multas que me supongan llenarlo de hostias por tocar lo que nadie le ha permitido. Hay algunos hombres que solo aprenden a base de golpes, y este es un puto niño malcriado al que nadie ha puesto en su sitio.

Las puertas se abrieron con un pitido metálico. Salimos al vestíbulo del bufete. Shauna levantó la cabeza y nos miró con los ojos muy abiertos.

—¿Dónde está Blake? —pregunté sin necesidad de disimular mi estado.

La secretaria tragó saliva.

—Subió a la azotea hace unos minutos. Parecía… alterado.

«Perfecto, seguro que, cuando se quedara sin dientes, estaría más sereno».

Mis pasos retumbaron en el suelo al dirigirme a las escaleras de emergencia que llevaban al lugar indicado. Candela no intentó detenerme, pero su mirada era una advertencia.

«No lo mates. No nos des una razón para perder esta batalla».

No lo haría, pero solo porque quería vivir el resto de mis días a su lado, en lugar de en una celda de dos por dos con un tío muy tatuado.

Empujé la barra y subí los peldaños de dos en dos hasta que el cielo se abrió ante mis ojos.

El sol calentó mi rostro, aunque no lo necesitara, estaba hirviendo por dentro.

Nathan estaba de espaldas, con la mirada perdida en la ciudad, el viento despeinando su cabello. Cuando escuchó la puerta, se giró y su expresión pasó de la confusión al pánico.

No le di tiempo a reaccionar.

Corrí hacia él. Lo embestí con toda la rabia acumulada. Mi puño impactó contra su mandíbula con un chasquido brutal. Cayó de espaldas y lo arrastré del cuello de su camisa antes de que pudiera levantarse.

—¡¿Creías que iba a dejarte marchar como si nada?! ¡Después de lo que nos hiciste, cabrón de mierda! —gruñí, encajando otro puñetazo en su rostro.

Nate gimió y trató de protegerse. Nada importaba.

Sentí la piel de mis nudillos abrirse, el dolor punzante que me indicaba que estaba golpeando con más fuerza de la que debía. No iba a detenerme. No después de lo que había hecho.

Los impactos se sucedieron con una violencia extrema, quería molerle todos los huesos, quería demostrarle lo mierda que era.

—Eres un jodido cobarde. ¡Un violador!

Lo alcé por la ropa y lo lancé como si fuera un fardo, aunque no tenía suficiente y no sabía si llegaría a tenerlo.

Le pateé las pelotas, él se dobló en dos con un quejido animal.

—¡Jordan, basta! —Candela se interpuso, agarrándome el brazo—. Tienes las manos destrozadas y recuerda lo que hablamos…

Su voz no suplicaba por él, sino por mí.

Mi pecho subía y bajaba con violencia. La sangre resbalaba entre mis dedos, pero me daba igual. Miré a Nate, sintiendo un desprecio visceral por su existencia. Estaba en el suelo, escupiendo sangre.

—¿Esto es lo que te gusta, Candice? ¿Los animales que golpean así?

—No te debo ninguna explicación, ya no, Nate.

—¿Sabes por qué hice esto? —preguntó con la voz rota—. ¡Porque eras mía! ¡Yo siempre te he amado! ¡Desde hace años! ¡Antes de que este energúmeno apareciera! —Se apoyó en los codos, mirándome con una mezcla de odio y desesperación—. Construí tu carrera, tus sueños —voceó y después giró su atención hacia mí—. ¡¿Qué has hecho tú por ella?! ¡¿Golpearla con un látigo?! Yo... Yo me dejé follar por un tío. Me dejé adiestrar. Fui contra mi propia naturaleza, ¡me arrodillé ante Vílchez! Todo... Todo para ser lo que ella quería. Y, aun así, ¡te eligió a ti! ¡Tú ni siquiera sabes lo que Candice necesita de verdad!

Un silencio denso cayó entre nosotros.

—Creo que ella no opina lo mismo…

—Yo nunca te pedí que hicieras nada por mí —intervino Candela.

Nate soltó una carcajada desquiciada con los labios manchados de sangre.

—Ya, pero bien que ibas a ese club de pervertidos amantes del cuero y los azotes después de haber follado conmigo… ¡¿Es que no lo entiendes?! ¡Yo solo quería ser todo lo que necesitabas para ser feliz! ¡Odio el puto látex! ¡Odio el dolor! ¡No me gusta que me pisen los huevos o me revienten con un cinturón de penetración!

—¿Y quién te lo ha pedido? —siguió ella—. Siempre te lo dije, lo nuestro era una amistad y puede que me confundiera al dar un paso más, pero yo nunca hablé de amor.

—¿Y con él sí? ¿Cómo puedes haberte enamorado de este tío? —espetó, mirando a Candela con furia—. ¿Sabes que en España se prostituyó? ¿Sabes que antes de venir a Estados Unidos comía rabos por un puñado de euros y era capaz de hacer cosas que le harían vomitar al más pintado? —Me tensé—. ¡Me obligó a lamer las baldosas del piso y a que me metiera dilatadores enormes por el culo! ¡¿Eso es lo que te pone?!

Mi cuerpo se quedó rígido ante esa última confesión.

—¿Cómo? —pregunté, sintiendo mi estómago retorcerse.

Nate sonrió de forma cínica y volvió a escupir sangre mientras reptaba.

—Te lo advertí, perro… —susurró con burla.

La realidad me golpeó como una maza. Mi cerebro comenzó a unir las piezas. Negué con la cabeza.

—No… No puede ser… —murmuré, sintiendo que el suelo se desmoronaba bajo mis pies—. Es imposible que supieras eso, a no ser que…

—Exacto, lumbreras. —Nathan sonrió con los dientes ensangrentados y una mueca torcida—. Yo soy tu salvación, el único que conoce la verdad, el mismo tío al que sometías bajo un dominio virtual, pero ¿sabes qué? —Se levantó lentamente, tambaleante—. ¡Que te den! ¡Que os den a los dos! Yo ya no tengo esperanza después de esto, pero tú, tú vas a pudrirte en la cárcel por algo que no hiciste.

Candela palideció al comprender tan bien como yo lo que estaba diciendo.

—¡Nate, cálmate! —gritó, dando un paso adelante—. Hablemos…

En sus ojos podía leerse que él ya había decidido.

Retrocedió un paso. Luego otro. Una sonrisa temblorosa se extendió en su rostro.

—Siempre fuiste una zorra difícil de complacer, Candice Star. Hice todo por ti. ¡Todo! Y, aun así, lo único que quieres es a este jodido imbécil que te va a llenar el cuerpo de cardenales.

—No lo hagas —dije, sintiendo el vértigo en mi estómago. Yo también avancé.

«Ese tipo era mi puta salvación, ¡joder!».

—Demasiado tarde. —Nathan ladeó la cabeza con una mueca torcida—. Nos vemos en el infierno —dijo, haciéndonos una peineta.

Salté al mismo tiempo que él, intentando detenerlo. El vértigo atravesó mi estómago. Estiré los brazos para agarrarle los tobillos, las yemas de mis dedos rozaron el tejido de su pantalón, pero cuando cerré las manos para apresarlo, solo había aire.

Mi cuerpo impactó contra el suelo, y el suyo… se despeñó al vacío.

Candela corrió hacia el borde justo para ver su cuerpo desparramarse contra el asfalto varios pisos más abajo. Un sonido seco. Un grito lejano de alguien en la calle.

Ella se quedó muy quieta a mi lado con la respiración agitada, sin decir nada.

El viento azotó nuestras ropas cuando logré ponerme de pie.

No lo había empujado. No lo había matado.

Pero habíamos sido testigos de su caída. De su final como Nate y como Shadow.

Esa revelación acababa de cambiarlo todo, salvo que solo lo sabíamos nosotros dos.

CAP Í TULO 82



Janelle

Faltaba una hora para que La Perla de Asia abriera sus puertas, y como Elon ya estaba liado, nos emplazó allí cuando le dije que necesitaba una reunión de emergencia con todos. Estaba a punto de soltar una bomba, y lo sabía.

Suerte que Raven curraba con Ray, y este era el jefe del departamento, mi hermano les pidió disculpas a las chicas para escapar del ensayo en el estudio. Leo y Corey estaban de descanso, y Ares nunca tenía horarios, lo que facilitó las cosas.

Respiré hondo y solté la noticia sin rodeos.

—César Martínez me ha llamado hace una hora —dije, con la mirada repasando sus rostros—. Otro muerto en la lista Stein.

Sentí el peso de cada uno de ellos clavado en mí.

—¡¿Cómo?! —espetó Elon, quien se había ocupado de ponernos unos platos para picar algo y que no nos fuéramos de vacío.

—¡No jodas! —Ese era mi hermano—. A ver si ahora el *boss* va a resultar ser peor que Kali.

—No me lo digas… ¿Nathan Blake?

La hipótesis la lanzó Ray quien, por una vez, no llevaba las gafas puestas.

Asentí, y se oyeron sonidos de angustia procedentes de todos los reunidos.

—¡Mierda! —Corey se pasó una mano por el pelo nervioso, supongo que porque minutos antes nos había dicho que Candice había pasado por su casa para solucionar las cosas con Jordan, y ambos se habían ido juntos.

—Parece que hubo una pelea en la azotea del bufete donde trabaja la novia del *boss*, y adivinad… Blake salió volando sin capa —continué, manteniendo la voz estable.

—¿Quién puede culpar a Jordan por no dejar que el cabrón que se zumbó a su chica usara el ascensor? —Cada vez que Ares hablaba, subía el pan.

—A ver, no es tan grave como parece, si tenemos en cuenta que las cámaras de seguridad muestran a Jordan intentando salvar al tipo antes de que se tirara. Candela y él declararon lo mismo, que a Blake se le fue la olla y que, al ver que terminaría en la cárcel, se desquició.

—Bueno, entonces podemos respirar —murmuró Raven.

—Sí, si os he reunido es porque César me ha hecho el favor de contarme que, antes de saltar, Nathan confesó que él era Shadow, no Damien.

—¡¿Cómo?! —Ray apoyó las manos sobre la mesa y se levantó.

Imaginaba una reacción así por su parte.

—Tranqui, Ray-Ban —lo sosegó nuestro cuervo.

Leo entreabrió la boca, como si no terminara de procesarlo. Elon apoyó los codos en la mesa y apretó la boca en una línea dura. Ares golpeó la madera con los nudillos, y Corey simplemente cerró los ojos un segundo. Sabía que estaba hilando cada pieza de lo que había sucedido en las últimas semanas.

—Espera, espera… —intervino mi hermano, frunciendo el ceño—. ¿Me estás diciendo que Nathan Blake, el abogado hijo de papi, era el mismo sumiso que Selene dejó a cargo de Jordan?

A esas alturas, todos estábamos muy puestos en la historia.

—Sí. Se lo confesó antes de saltar —afirmé.

—Joder… —Ray dejó escapar un silbido bajo—. Eso cambia muchas cosas y huele jodidamente mal.

—Además, es el mismo tío del vídeo, el que le daba con la fusta a Candice. Nate confesó que él lo adiestraba para ser el hombre perfecto para ella y que le hizo hacer cosas repugnantes.

—¿El jefe de mi padre? —cuestionó Corey alterado.

—Sí, y encima es el dueño del L&W.

—Esto apesta. —Ares se inclinó sobre la mesa, el brillo astuto en su mirada me hizo ver que su mente ya estaba analizando cada detalle—. Lo conocí en la gala benéfica de la clínica de Corey y Marcus. Ese tío no es trigo limpio y tiene una mirada de las que ostentan los cabrones que te llevan ventaja, de los que no piden permiso, más bien lo dan.

Leo, que había estado en silencio hasta entonces, soltó un resoplido.

—Un hombre como ese debe tener contactos. Si Nathan era Shadow, significa que pudo hablar y no lo hizo, que está al corriente de lo que sucede y encima era el capo de la orgía... Definitivamente, no me gusta.

—Exacto —afirmó Ray—. Si no habló cuando saltó la noticia de la muerte de Damien es por algo...

Ray intercambió una mirada significativa con Raven.

—En el HSI hemos rastreado tipos así. *Groomers* de alto nivel, cabrones que controlan a sus víctimas hasta hacerlas dudar de su propia voluntad.

Corey golpeó la mesa suavemente con los nudillos, llamando la atención de todos.

—No puedo creer que mi padre trabaje para un cabrón como ese.

El aire pareció cambiar en la sala.

—Si Vílchez está metido en esto —empezó Ares, su tono calculador— y no ha hablado, significa que es mucho más que un simple pez gordo. Ese cabrón sabe cosas, probablemente, hasta tenga pruebas que exculpen a Jordan.

—O tenga un interés en hundirlo más —murmuró Elon, frotándose la barbilla—. Perdonad, pero es que mi padre también fue encarcelado injustamente por un delito que no cometió, y mi mente

tiende a ver más allá. Si Nathan estaba tan desquiciado como para creer que Candela le pertenecía, alguien tuvo que reforzarle esa idea…

—Y ese alguien es Vílchez —susurró Marlon—. Manipular es un puto arte, os lo digo yo…

Me removí en mi asiento, sintiendo la adrenalina fluir por mis venas.

—Jordan me dijo que tenía la sensación de que lo estaba jodiendo alguien de su pasado, ¿y si ese tal Vílchez está relacionado con alguien que conocía al *boss*? —intervino Leo.

—¿Que lo esté puteando en su nombre? —preguntó Ray—. No es una mala teoría, estos peces gordos trabajan por redes de favores.

—Quizá nuestro padre también pueda ayudar —dije, con la voz más seria de lo que pensaba.

Marlon asintió. Pertenecer a la mafia te abría la puerta a contactos que incluso la policía no podía rastrear.

—Necesitamos descubrir cuál es el verdadero interés de Vílchez en todo esto —dijo Corey, levantando la vista hacia todos nosotros—. Quizá yo pueda averiguar quién es Vílchez a través de mi padre, aunque nuestra relación no sea la mejor.

—Esperad, Martínez me dijo que no podíamos mover ficha con Vílchez, que a nadie se le ocurriera ir a por él o amenazarlo, porque inteligencia internacional le va detrás —bajé el tono de voz—. Esto no puede salir de aquí —sabía que podía confiar en todos ellos…—. Lucas Vílchez no existe, tampoco su esposa Anne, usan nombres falsos, y tanto César como Sepúlveda piensan que puede estar detrás del caso de las universitarias que aparecían muertas. No sabe el motivo por el que Jordan pudiera ser su objetivo, él apunta más a que le estaba haciendo un favor a Nate por ser su abogado, pero de igual forma me ha pedido que nadie haga nada para no joder la operación. Él se mantendrá alerta y me ha prometido que ayudará al *boss* en lo que pueda.

—La cosa empeora cada vez que abres la boca —dijo Ares, con una media sonrisa—. Yo creo que podemos encontrar una grieta en su estructura sin necesidad de hacer saltar la liebre.

—Hagámoslo entonces —Ray nos miró a todos con determinación —. Averigüemos qué interés puede tener ese cabrón en Jordan. Y jodámoslo antes de que nos joda a nosotros.

—¿Algún voluntario para recibir unos azotes? —bromeó jocoso mi hermano—. ¿Qué dices, Cuervo? A ti siempre te ha ido el negro.

Raven le hizo una peineta.

—Súbete aquí y baila.

—Leo y Ray son los que tienen más experiencia, si a ese tío le va el rollo anal —contraatacó Marlon, solo que los susodichos no lo escuchaban y estaban diciéndose algo al oído.

—Sea como sea —los interrumpí—, debemos ser cautos, Martínez se ha jugado el cuello contándome esto, así que no quiero que nadie se lo pise. ¿Estamos?

Todos asintieron.

—Me ofrezco para hacer una visita a la clínica, con cualquier excusa, quizá sea el momento que mi padre ha estado esperando toda la vida, que me interese por un puesto en ella, le pediré reunirme con él y su jefe, a ver si consigo alguna huella.

La sala entera asintió, pero sabía que no era solo un asentimiento casual. Se había tomado una decisión.

Era el momento de moverse. Lucas Vílchez era nuestro objetivo en la misión de salvar a Jordan.

CAP Í TULO 83



Candice

La sala de reuniones del bufete estaba en silencio. Un silencio cargado de tensión, de incertidumbre, de una verdad que aún nos escocía en la piel. La mesa de madera pulida estaba llena de documentos, café frío y miradas cansadas. A un lado, César Martínez revisaba las imágenes del vídeo de seguridad en su portátil. Al otro, Sepúlveda anotaba algo en su libreta con una expresión impasible.

Me pasé la lengua por los labios resecos y entrelacé los dedos sobre mi regazo. Aún podía escuchar el eco de mis propios latidos cuando Nathan saltó. Aún podía ver la sangre en las manos de Jordan, el modo en que su cuerpo quedó inmóvil después de intentar atraparlo.

Los oficiales de la NYPD llegaron apenas unos minutos después. Las sirenas inundaron el aire, y los protocolos se activaron con precisión mecánica: acordonaron la zona con cintas de precaución, tomaron declaraciones a los testigos y aseguraron la escena.

Conocía el procedimiento.

Los forenses llegaron poco después junto a los detectives de Homicidios —Sepúlveda y Martínez—, y pronto el cuerpo de Nathan

se convertiría en un caso más en la estadística de muertes de la ciudad.

La científica sacaría fotos y recogería pruebas antes de que movieran el cadáver. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Demasiado real.

Apenas fui consciente cuando me sometieron a un primer interrogatorio en la escena. Solo recuerdo haber escuchado a Sepúlveda instruir a su compañero:

—Martínez, ve a por los vídeos de seguridad del edificio antes de que alguien pueda «contaminar» las pruebas.

Esperaba que no lo dijera por mí. Con la ojeriza que me tenía, no me habría sorprendido.

Después bajamos a la sala de reuniones del bufete, para seguir con las preguntas.

Cuando el agente volvió con un *pendrive* y lo insertó en el portátil de la sala de reuniones, me forcé a mirar la pantalla.

¡Benditas cámaras! Por una vez, me alegré de que estuvieran ahí y reflejaran justo lo que pasó.

—Su versión coincide con la de Stein —confirmó Sepúlveda, con un tono neutro—. Y las imágenes muestran que no han mentido.

No había rastros de duda en su voz. Por primera vez, vi que nos creía.

—Él intentó salvarlo, ya se lo dije.

La secuencia se había desplegado frente a los cuatro pares de ojos. Nathan tambaleándose, fuera de sí. Jordan yendo hacia él. Ambos saltando al mismo tiempo, uno para morir, el otro para salvarle la vida y, finalmente, la nada.

Sepúlveda suspiró y se frotó la frente.

—No fue un homicidio. No podemos considerar a Stein responsable de su muerte —confirmó—. Aun así, tendréis que declarar formalmente en comisaría.

Asentí. Lo último que quería era revivirlo otra vez, pero era lo correcto.

Martínez cerró el portátil y miró a la inspectora.

—Voy a llevarme el vídeo para registrarlo antes de que se pueda «perder la evidencia».

Otra vez esa insinuación que me erizaba el vello de la nuca.

—Hazlo —ordenó Sepúlveda. Luego, giró la vista hacia Jordan—. ¿Cómo está, Stein?

Él no respondió. Apenas había pronunciado palabra desde lo ocurrido.

—Creo que se encuentra en *shock*. Debería verlo un médico.

La inspectora levantó las cejas —quizá porque la palabra «*shock*» le recordó a Clara Goldstein—, pero no dijo nada.

—Los sanitarios están abajo. Que le echen un vistazo —decidió al final, dando un golpe a la mesa con la palma de la mano. Después se levantó para dirigirse a la puerta—. En una o dos horas os quiero en comisaría para el interrogatorio oficial.

—Gracias, inspectora.

Sepúlveda asintió y salió de la sala. En cuanto lo hizo, me volví hacia Jordan.

—Eh… —Lo acaricié suavemente en el antebrazo.

—Tranquila —murmuró—. Estoy bien. Solo que… no esperaba que saltara.

—Lo sé, yo tampoco. Pero no ha sido culpa tuya, lo sabes, ¿verdad?

Él me miró a los ojos, y lo que vi en ellos me partió el alma. Estaban más huecos que nunca.

—Vamos —susurré—. Tienen que mirarte las heridas.

Anduvimos hacia el ascensor y bajamos en silencio. Al llegar al *hall* del edificio, las puertas se abrieron, y me di de bruces con Andrew y mi padre.

A papá se le cambió la cara. Ignoró a Jordan y me cogió por los hombros.

—Candela, hija, ¿estás bien?, ¿qué ha pasado? Nos han dicho que un hombre ha caído de la azotea…

—Ha sido Nate.

No añadí más, pero bastó. El color se le fue del rostro.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué? —Entonces mi padre desvió los ojos hacia Jordan y miró la sangre seca apelmazada en las vendas. Mi hermano estaba perplejo, sin su actitud despreocupada de siempre.

—¿Qué hiciste ahora, Stein?

Su tono fue como una puñalada en mi espalda. Jordan ni siquiera reaccionó.

Yo sí.

—Cállate, papá. No tienes ni idea de lo que ha pasado.

—Pero él ha tenido algo que ver, ¿no? Cada vez que este tipo aparece, algo malo ocurre —insistió con la voz tensa—. Mírate. Míralo.

—¿Sabes qué? Ya te enterarás por las noticias. Métete tus prejuicios donde te quepan.

Mi padre frunció el ceño, pero no pudo responder. En ese momento, los paramédicos entraron con su equipo de primeros auxilios.

—¿Stein, Jordan?

Él levantó la vista con expresión ausente.

—Aquí —respondí por él.

Los sanitarios se lo llevaron a la ambulancia. Antes de seguirlos, me giré hacia Andy.

—Espero que la entrevista te haya ido bien. No sé cuándo volveré, así que no contéis conmigo para vuestros planes. Jordan me necesita y no le pienso fallar.

Mi hermano asintió.

—Candela…

Ignoré la voz de mi padre por completo y caminé hacia la ambulancia.

Aguardé pacientemente a que atendieran a mi chico y decidí apagar el móvil después de que las llamadas entraran en procesión, sobre todo, las del señor Blake.

¿Qué iba a decirle?

«Hola, resulta que su hijo era un puto violador obsesionado conmigo, que fue capaz de hacer cosas horribles y ha terminado saltando de un edificio…».

No me parecía bien, ni justo…

No obstante, sabía que tarde o temprano tendría que dar la cara. Él no tenía la culpa de las acciones de Nathan y siempre se portó bien conmigo.

No sería ese día, estaba demasiado atribulada, afectada y de un humor pésimo.

Tenía el estómago revuelto, ni Jordan ni yo quisimos comer, por lo que en cuanto estuvo listo, pusimos rumbo a comisaría.

El despacho de interrogatorios seguía siendo frío y estéril.

Sepúlveda se sentó frente a nosotros con una libreta y una grabadora.

Nos dio las gracias por venir.

—Esto es solo un trámite —nos aseguró—. Deben contarme lo mismo que en el bufete, y luego podrán irse, sé que no debe ser fácil.

Jordan asintió sin hablar.

—Se lo agradezco, inspectora.

Después, empecé a narrar los hechos con voz firme.

Todo iba bien hasta que la puerta se abrió de repente.

Un hombre uniformado con aire de superioridad nos repasó a Jordan y a mí.

—Bien, bien…, ¿qué tenemos aquí? —dijo con fingida cordialidad —. ¿Volviendo a las andadas, Stein? Ahora, además de afinidad por los cuchillos, resulta que también te van los empujones al vacío… Un amante de las emociones fuertes, ¿eh? Rikers está deseando abrirte las puertas otra vez.

Sepúlveda no le dio ni tiempo a continuar.

—Largo. Este es mi caso, no el tuyo.

—Stein es mi detenido.

—No en este caso. Harías bien en informarte antes de lanzar acusaciones por las que el señor Stein te puede acusar de difamación. Para que lo sepas, no está en calidad de detenido, sino de testigo, al igual que la señorita Star.

El rostro de Vargas se tensó.

—Te repito que es mi detenido.

—Lo fue, ya no.

Él apretó la mandíbula y se giró para salir, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria.

Sepúlveda nos miró con calma.

—Podemos continuar.

Jordan y yo compartimos una mirada muda, y seguimos con el interrogatorio. Se notaba que no se soportaban, lo cual era buena señal, o eso me pareció.

Cuando por fin llegamos al ático, estaba agotada.

El espacio amplio y elegante se veía más desangelado que nunca.

Jordan soltó las llaves sobre la repisa de la chimenea y se dejó caer en el sofá.

—Ven aquí —murmuró.

No me hice de rogar, aunque intenté no hacerle daño con mi proximidad.

—Una nueva decoración no te vendría mal.

—Cuando te apetezca, lo hacemos juntos. —Su voz era apenas un susurro.

Apoyé la cabeza en su hombro y suspiré.

—¿Quieres hablar?

Él negó y deslizó una mano hasta mi cintura, atrayéndome más.

—Solo quiero que estés aquí.

Eso era justo lo que yo quería, sentirlo, saber que estábamos el uno para el otro.

Me acurruqué, notando su respiración acompasarse con la mía. Su calor me envolvía, su presencia me calmaba.

Jordan besó mi sien con suavidad.

—Lo siento. Sé que, en el fondo, Nate era importante para ti.

Era cierto, aunque lo que hizo fue terrible, hacía apenas unos meses era mi mejor amigo y eso era jodido. Quizá nunca lo conocí de verdad.

—Yo también.

Cerré los ojos y lo abracé con más fuerza, aunque sin causarle dolor.

No necesitábamos hablar más, nuestra forma de sostenernos era suficiente.

Nos quedamos así, enredados en el sofá, en silencio. Aferrándonos el uno al otro.

Aferrándonos a lo único que no podían quitarnos.

CAP Í TULO 84



Candice

El agua caliente resbalaba por mi espalda, arrastrando con ella el peso de los últimos dos días.

Desde el lunes, todo había sido un torbellino de interrogatorios, declaraciones y preguntas sin respuesta. Y ahora, por primera vez en más de cuarenta y ocho horas, estaba sola.

Me apoyé en la pared de la ducha y cerré los ojos, dejando que el vapor envolviera mis pensamientos.

El martes había pasado en una bruma de reuniones con abogados y llamadas que no quería contestar.

La familia de Nathan había reaccionado como era de esperar, con ira y negación.

Su padre me llamó, y aunque intenté explicarle de la mejor manera posible lo sucedido, no quería escucharme.

Al final, fue Jordan quien recibió la peor parte.

La noticia de la muerte de Nate corrió como la pólvora en los medios, y no faltaban las teorías sobre lo ocurrido en la azotea y, teniendo en cuenta sus antecedentes, el linchamiento estaba garantizado, incluso el SKS notó la bajada y casi no había afluencia.

Jordan decidió que cerraran una semana, hasta que las aguas se calmaran.

La peor teoría que había escuchado era la que afirmaba que teníamos un triángulo amoroso secreto y que todo había sido un crimen pasional.

Lo que no sabían era que, en cierto modo, Nathan sí tenía una obsesión con nosotros.

Me froté las sienes, intentando sacar de mi cabeza el eco de su voz en la azotea.

No podía pensar en eso ahora.

Jordan se había ido temprano. Me dijo que necesitaba reunirse con los chicos y me pareció estupendo. Después de todo, ambos necesitábamos un respiro de todo el caos. Le dije que igual me pasaba por el apartamento a ver a Andy y a mi padre, que no paró de llamar por teléfono y era hora de hablar con ellos, además, volvían a Barcelona el domingo y apenas estuvimos juntos. Tenía que arreglar las cosas.

Terminé la ducha y salí envuelta en una toalla, secándome el pelo con los dedos mientras caminaba hacia la habitación.

Me compré un par de conjuntos para pasar esos días y necesitaba con urgencia, si no era ver a mi padre, ir a por bragas.

Fue entonces cuando sonó el teléfono.

Fruncí el ceño. No reconocía el número, pero contesté de todas formas.

—¿Sí?

—¿Candy?

Me quedé en silencio un instante, procesando esa voz. No podía ser…

—¡Por fin! —exclamé, sintiendo el alivio recorrerme—. Estaba muy preocupada. ¿Dónde te habías metido?

La risa de Mistress Selene me llegó al otro lado de la línea.

—Lo siento. Me robaron el móvil en París. Prácticamente me quedé incomunicada. He tenido que hacer varias gestiones en cuanto he aterrizado para recuperarlo todo.

—¿Estás bien?

—Sí, agotada, pero bien. ¿Cómo han ido las cosas por aquí?

Me mordí el labio. ¿Por dónde empezar? Por su tono, dudaba que estuviera al corriente de lo ocurrido.

—Necesito hablar contigo. Con urgencia y no por el móvil.

Hubo un breve silencio.

—¿Ha pasado algo con Jordan?

—Sí… Y también con Shadow.

—¿Shadow? —Su tono cambió, como si no terminara de entender a dónde quería llegar.

Apreté la mandíbula.

—Selene, por casualidad…, ¿tienes el contrato entre Jordan y Shadow?

El silencio fue más largo esa vez.

—¿Cómo dices? —Se notaba que no esperaba esa respuesta por mi parte.

—Es largo de contar, en serio. Pero necesito ese contrato. Ahora soy la abogada de Jordan, y han pasado muchas cosas…

Ella dejó escapar un leve resoplido.

—Espero que nada grave… Dios, ¡debería haber recuperado mi número antes!

Pude imaginarla frunciendo el ceño al otro lado del teléfono.

—¿Cuándo podemos vernos?

—Pues si te va bien, podemos encontrarnos en el L&W ahora, me he pasado para solucionar algunas cosas, estoy sola.

Pensar en el club de Vílchez me retorció las tripas, aun así, acababa de decirme que no había nadie e iba a ser una visita corta. Cogería el contrato, le explicaría lo ocurrido y no volvería nunca.

—Perfecto. Voy hacia allí.

—Te espero.

Colgué y respiré hondo. Era mi oportunidad.

Miré alrededor y me apresuré a vestirme con lo único que tenía: un pantalón ajustado negro y una blusa blanca holgada. Me até el cabello en una coleta alta y busqué mi bolso.

Antes de salir, tomé un bolígrafo y un trozo de papel.



Quería sorprenderlo con el contrato, me apetecía dárselo como regalo y decirle un: «¡Lo tenemos!».

Ya iría después a ver a mi padre y a mi hermano.

Salí del ático con el corazón acelerado y, cuando vi la llamada de Esme, le respondí con uno de esos mensajes preasignados de: «Después te llamo».

Necesitaba llegar al L&W cuanto antes.

CAP Í TULO 85



Jordan

Tenía un plato de huevos revueltos con beicon sobre la mesa y, aunque sabía que comer era una necesidad básica, llevaba un par de días sin poder hacerlo bien. Si no supiera que estaba sano como una manzana, habría creído que se trataba de un virus estomacal, aunque lo que me ocurría era el cúmulo de desgracias de los últimos tiempos, que no terminaban de despejarse, igual que un cielo muy cubierto.

—¿Cómo estás? —preguntó Corey, sentado frente a mí, con los codos apoyados en la mesa.

Ray y Raven estaban a su lado, mirándome con expectación. Sabía que querían respuestas, pero también que estaban ahí por mí.

Suspiré, pasándome una mano por la cara.

—Las heridas están curando bien —señalé los vendajes.

—Sabes que no preguntaba por eso…

—He estado mejor. —Me incliné hacia atrás en la silla, mirando el zumo de naranja sin tocarlo—. No se me quita de la cabeza lo que pasó con el abogado. Intenté detenerlo. De verdad que lo intenté.

Ray asintió con gravedad.

—Hiciste todo lo que pudiste, lo sabemos, pero algunos cabrones están demasiado jodidos como para salvarse, y con lo que le hubiera sucedido si hubiese ido a juicio, quizá haya sido mejor así.

Me quedé en silencio. No lo dije en voz alta, pero una parte de mí sentía que podría haber hecho más, como ocurrió conmigo cuando quise acabar con mi vida y Corey me salvó.

—No te comas el coco, lo importante es que tienes a Candela —intervino Raven—. ¿Cómo está ella?

Un poco de tensión abandonó mis hombros al pensar en la única persona que me daba paz.

—Está siendo un puto pilar —admití—. No sé cómo lo hace, pero sigue firme, incluso después de todo lo que ha pasado. Es la única razón por la que aún no me he desmoronado. He tenido que salir de casa con gorra y gafas de sol porque hay gente que piensa que de verdad soy un puto asesino.

Corey sonrió levemente.

—Eso es porque no te conocen, que les den.

—En unos días, cuando la policía decida levantar el sumario e informar a los medios de comunicación de lo que sucedió de verdad, las aguas volverán a su lugar, siempre es así —asumió Ray—. Lo importante ahora es que tú y Candela os cuidéis.

Me froté el puente de la nariz.

—Cuenta con ello.

El ambiente se tornó más serio cuando Raven se inclinó hacia adelante.

—Escucha, el lunes quedamos todos en la Perla de Asia. Janelle creó un comité de emergencia con los antiguos, ya me entiendes… —dijo—. Nos puso al corriente de lo ocurrido y de lo que le contó Martínez, secreto de sumario.

Levanté la vista.

—¿A qué te refieres?

—Hay una investigación paralela que vincula lo ocurrido con el caso de las universitarias desaparecidas y halladas muertas. Bueno, más bien una persona que parece el puto perejil de todas las salsas…

Sentí un escalofrío en la espalda.

—Todo apunta hacia un nombre —siguió Ray. El aire en la sala se volvió más denso—. Lucas Vílchez.

—El puto amo Karali —espeté.

—Y el jefe de mi padre —admitió Corey—. Según la poli, tienen una identidad falsa tanto él como su mujer, así que nos propusimos averiguar quién es. Ayer fui a la clínica, me reuní con mi padre y con Vílchez, fingiendo el interés que siempre quiso que tuviera por trabajar con él. Alegué que estaba cansado de trabajar y obtener poco beneficio, que ahora con Sunrise mis gastos se han multiplicado, que quiero dejar el SKS, etc.

—Me hago una idea —respondí.

—Y llegué a firmar un contrato con Vílchez, solo para quedarme el bolígrafo y poder cotejar sus huellas.

Parpadeé, procesando la información.

—¿En serio?

—Hice un garabato, mi padre estaba tan contento que ni miró. Ray lo ha mandado a analizar.

—¿Y tienes algo? —pregunté, mirando a Ray.

—Todavía no —respondió—, pero las están cotejando. Averiguaremos quién es, aunque no podamos hacer demasiado por el momento.

—¿A qué te refieres?

—Janelle le dio su palabra a Martínez de que no lo haríamos, porque podíamos entorpecer su investigación, pero en cuanto averigüe quién es, yo mismo le llevaré la identidad de ese cabrón y su mujer en bandeja. ¿Sabes que ella era la propietaria del centro en el que Magaly estaba de prácticas?

—El mismo en el que trabajaba Tessa y orientaban a universitarias que se quedaban embarazadas —dijo Corey apretando los labios.

—¡Joder!

—Leo está de los putos nervios, le ha prohibido a Magaly que vuelva, alegando que ha bajado el rendimiento en las clases. Por ahora, no podemos contarle nada más porque es una adolescente y se podría ir de la lengua.

—¿Y cómo se lo ha tomado ella?

—Puedes imaginarlo… La adolescencia es lo puto peor…

—Mejor cabreada que cerca de esa gentuza —espetó Raven.

Asentí, tratando de calmar el latido acelerado de mi corazón con todas aquellas revelaciones.

—Al final, Manhattan no deja de ser una puta isla y todo parece estar más conectado de lo que parece. —Corey dio un trago a su café.

—Ahora lo importante es saber cómo mierda encajas tú en todo esto —añadió Raven—. Vílchez te ha estado jodiendo desde las sombras, pero tiene que haber una razón más allá de Nate.

Iba a responder cuando Ray se aclaró la garganta.

—Hablando de mierda rara… —dijo, mirándome con seriedad—. El lunes, cuando creíste que el padre de Candela había ido a tu apartamento con ganas de cortarte las pelotas…, no era él.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—No puedes volver a tu piso. Hasta que no sepamos quién coño es el tipo del sombrero.

—¿Volvió a aparecer?

Ray asintió.

—Le pedí a Corey el vídeo de seguridad de las cámaras del SKS porque no me quitaba el run-run. Lo captaron otra vez. He pedido a un contacto, en tráfico, que revise las grabaciones para ver si podemos seguirle la pista.

—Candela… —susurré, poniéndome de pie de golpe—. La he dejado sola en el ático.

—Jordan, espera. —Corey me miró serio—. Mientras todo esto se aclare, deberíais estar en otro sitio, mi casa, el piso de Candice o un hotel… Pero no vuelvas a tu edificio, no es seguro. Mi casa está abierta para ti, lo sabes.

—No voy a ponerte un puto objetivo en la espalda, piensa en Kate y en tu bebé.

Apreté la mandíbula.

—Pues, entonces, el piso de Candela o un hotel —insistió Ray.

—Lo tendré en cuenta.

Me pasé una mano por el pelo y les miré a los tres.

—Gracias por todo. Avisadme en cuanto sepáis algo más.

—Cuenta con ello —murmuró Raven.

Suerte que solo estaba a tres manzanas de mi edificio. Cuando entré en casa, lo hice con el pulso acelerado y respiré un poco más tranquilo al ver la nota encima de la mesa escrita de su puño y letra.

Candela me había advertido que tenía que solucionar las cosas con su padre, por lo que ya estaría con él. No me importaba que tardara mientras estuviera fuera de peligro, y quizá fuera mejor así.

Si el tío del sombrero quería venir a por mí, estaría preparado.

Marqué el número de Janelle.

—¡Hola, *boss*! ¡Qué alegría que me llames y oír tu voz!

—Necesito un favor.

—Claro, dime.

—¿Conoces a alguien que pueda conseguirme un arma?

Uno, dos, tres, cuatro…

—¡Papá…!

CAP Í TULO 86



Candice

Antes, cruzar esas puertas me llenaba de una emoción vibrante, de un cosquilleo en la piel, de una sensación de control absoluto sobre mi mundo. Ahora, solo sentía un vacío helado en el estómago.

El aire olía igual: a cuero, cera caliente y perfume caro. Pero algo estaba mal.

Demasiado silencio.

Empujé la puerta de la entrada. Estaba abierta.

Un escalofrío me recorrió la columna. No era normal. A esa hora, aunque el club no estuviera en funcionamiento, debería haber algún murmullo, alguien limpiando, el eco de pasos en los pasillos. Pero no.

Solo el golpeteo de mis tacones contra el suelo resonaba como un metrónomo macabro en aquel vacío.

Algo iba mal.

Mis piernas se movieron sin que yo se lo pidiera, avanzando por el pasillo principal. No quería estar allí, pero tampoco podía largarme sin hablar con Selene.

Cuando llegué a su despacho, un sonido rompió la quietud.

Música.

Notas suaves, envolventes, pero con un matiz inquietante que me erizó la piel.

Mi pulso se aceleró.

Golpeé la puerta con los nudillos.

—Selene… Soy yo, Candy.

Silencio.

Tragué saliva y giré la manija.

La puerta cedió con un chirrido leve.

Mi cuerpo se congeló en cuanto puse un pie dentro.

No. No. No. No.

Esa no era Selene.

El corazón se me desplomó en el pecho.

Mi peor pesadilla me observaba desde la silla de piel negra con una sonrisa torcida y fría.

Vílchez.

Sus ojos negros e imperturbables estaban puestos en mí. Pulsó un botón.

La música se apagó de golpe.

En su lugar, emergió una voz que conocía demasiado bien.

—Hola, Candice. Lamento mucho haber faltado a nuestra reunión, lo cierto es que estoy muy cómoda bajo las aguas del Sena, así que discúlpame y disfruta de la compañía. Te dejo en las mejores manos… tu viejo amigo, el de tus padres… y el de Jordan: Luka Petrov.

Un escalofrío me heló la sangre.

No podía ser…

Vílchez sonrió con cinismo.

—Es imposible. ¡Petrov está muerto!

La risa baja y gutural que me respondió me heló hasta los huesos.

—No lo estoy, solo conseguí una cara y una identidad nueva. Bienvenida al infierno, Candela Estrella, es hora de la jugada final.

«¡Mierda! ¡Jordan! ¡Tengo que salir de aquí!».

Me di la vuelta para echar a correr.

No llegué lejos.

Un golpe seco en la sien me llenó de oscuridad.

CAP Í TULO 87



Jordan

Sin noticias de Candela había llegado al viernes. Bueno, sin noticias exactamente no, que me había enviado un mensaje de texto el jueves diciéndome que estaba solucionando las cosas con su padre y que nos veríamos hoy. Pero la echaba demasiado de menos. La había llamado para preguntarle si quería que comiéramos juntos en alguna parte, pero me saltaba el buzón de voz.

Me repetí que seguramente estaba ocupada, que necesitaba su espacio después de todo lo que habíamos pasado, sin embargo, no podía quitarme esa sensación de malestar, de inquietud y de que, si quería solucionar las cosas, yo también debía dar un paso al frente en la dirección correcta, bajarme del burro y presentarme ante Andrés Estrella para tener una conversación de hombre a hombre, porque lo más importante para mí era la felicidad de su hija.

Por eso estaba plantado frente a la puerta de su apartamento.

Cuando toqué el timbre, no tardaron en abrirme.

El que apareció fue Andy, con el pelo revuelto y una camiseta ancha que evidenciaba que acababa de despertar, aunque ya fuera la hora de comer.

Se rascó la nuca, bostezó y se me quedó mirando con un interrogante en los ojos.

—¿Tú?

—Buenos días a ti también…

—Me dieron las tantas con el *live*, el cambio de hora me mata y tengo que alimentar a mis seguidores.

—¿Dónde está tu hermana? —fue lo primero que pregunté.

Él alzó una ceja.

—i¿Candela?!

—¿Tienes más?

Habría respondido si no hubiese aparecido Andrés.

Su mirada pasó de su hijo a mí. Por lo menos, no me echó y se puso a dar voces.

Había algo diferente en la intensidad con la que me recorrió. No había rabia ni desprecio, solo algo difícil de identificar.

—Pasa, por favor —dijo al cabo de unos segundos—. Necesito que hablemos.

No supe qué pensar. ¿Me estaba tendiendo una trampa? ¿Era una provocación más? Pero si Candela estaba dentro, no iba a quedarme en la puerta, quizá se estuviese duchando o hubiera bajado a por el *The New York Times*.

Entré.

El apartamento estaba en absoluto orden.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Andrés mientras se dirigía a la cocina.

—No necesito nada, gracias —respondí sin rodeos.

Se giró hacia mí con una media sonrisa, la clase de sonrisa amarga que suele aparecer en la gente cuando está a punto de decir algo difícil.

—Pues, entonces, siéntate.

Ocupé una de las sillas, Andrew se desparramó en el sofá y agarró el móvil. Andrés se sentó justo en la que quedaba frente a mí y entrecruzó los dedos.

—Casi nunca me faltan los argumentos, pero creo que contigo me fallan todos.

Me tensé. No me esperaba eso. Quizá la visita de Candela sí que hubiera causado efecto después de todo.

Entonces me fijé en el grueso dosier que había sobre la mesa y llevaba mi nombre. Arqueé las cejas esperando una explicación que no dudó en darme.

—Sí. Te he estado investigando —confesó—. Tenía que hacerlo. Si alguna vez tienes hijos y ves que pueden estar en peligro, lo entenderás. He trabajado con la justicia el tiempo suficiente como para saber que no siempre se hace lo correcto. Y mi instinto me decía que los ojos del amor no eran un buen filtro para mirarte, así que tiré de contactos para averiguar la verdad sobre ti.

Era consciente de la mierda que podía haber ahí dentro. No me sentía orgulloso de todo lo que había llegado a hacer e imaginaba que no era el yerno que cualquier padre habría querido para su hija.

Él soltó un suspiro pesado.

—No eres el príncipe azul, pero tampoco todo lo malo que quería creer.

Le sostuve la mirada, incapaz de decir nada. Todavía no estaba seguro de si eso era bueno o malo, así que lo dejé seguir.

—Le pedí a un amigo que me ayudara —explicó—. Un viejo conocido de la CIA me consiguió todo lo que necesitaba saber del hombre en el que te habías convertido. Conozco las acusaciones que pesan sobre ti, la verdad que hay detrás de ellas. Y lo que Nathan Blake le hizo a mi hija. —Un silencio cargado de electricidad lo envolvió todo—. He leído vuestra declaración. Sé lo que ese cabrón...

La rabia contenida en su tono de voz era tan intensa que podría haber incendiado la habitación.

—¿Y el veredicto es?

Andrés suspiró, dejando caer el peso de su propio prejuicio con un solo gesto.

—Me equivoqué contigo. Si yo hubiera estado en esa azotea, o cualquiera de mis hermanos, lo habríamos empujado nosotros mismos.

Por un momento, el silencio se alargó entre nosotros.

—No lo empujé. De hecho, intenté salvarlo. —dije en voz baja—. Pese a todo. Aunque se llevó una buena paliza por tocar lo que no se le había ofrecido.

—Eso dice mucho de ti.

Por primera vez en su vida, Andrés Estrella parecía estar de mi lado**.**

—Lo lamento profundamente. Juzgué mal. Candela intentó por todos los medios hacerme ver que eras importante para ella, y no quise verlo. Reconozco que mi mujer me pidió que te diera una oportunidad y no lo supe hacer.

Se oyó una risita de fondo y un leve carraspeo que pertenecían a Andy.

—Lo siento, es que papá no suele disculparse y se le da fatal.

Andrés lo estaba intentando, y no iba a ser yo quien le pusiera palos en las ruedas.

—Comprendo tu resquemor hacia mí, no hice las cosas bien, podría decir muchas cosas en mi defensa, pero como le dije a tu hija, tampoco es que me sienta orgulloso de mis decisiones. No fue fácil superar aquella época, y Candela ha sido un eslabón imprescindible para poder perdonarme y reconciliarme conmigo mismo. No lo he logrado del todo, aun así, cada día trabajo para conseguirlo, para que deje de doler y cada vez lo hace menos. —Andrés me estaba analizando con su mirada escrutadora—. Nunca quise a tu mujer, pero sí que estoy profundamente enamorado de tu hija, y eso no va a cambiar jamás. Si su felicidad dependiera de que me alejara de ella, lo haría en ese mismo instante, sin embargo, sé que, de hacerlo, ella saldría corriendo a buscarme.

—Yo también lo creo. —Extendió la mano sobre la mesa y la miré perplejo—. ¿Tregua? —Sonreí y tomé su mano entre la mía, cubierta de vendajes—. Eso sí, hazle daño y me ocuparé de que el paseo por las nubes de Blake no sea comparable con lo que te pienso hacer.

—Si alguna vez lo hago, tienes mi permiso para destrozarme.

—Colorín colorado, esta guerra se ha acabado. —Andy nos miró desde el sofá, enfocándonos con el móvil—. Por fin, Candy y mamá podrán respirar tranquilas. Antes de que preguntéis…, sí, os he grabado, para que vean con sus propios ojos lo que acaba de ocurrir.

Andrés bufó, y dejamos de estrecharnos la mano.

—Por cierto…, ¿dónde está? —pregunté.

La expresión de Andy cambió de inmediato y un interrogante frunció su ceño.

—Eso deberías decírnoslo tú, ¿no crees?

—¿Yo? Se suponía que estaba aquí. Salió de mi ático el miércoles para reunirse con vosotros y me envió un mensaje el jueves para que no me preocupara, que estaría aquí hasta hoy.

El silencio en la habitación se hizo sepulcral.

Ellos se miraron el uno al otro.

Y Andy soltó la frase que me hizo sentir que el suelo se abría bajo mis pies.

—No hemos visto a mi hermana desde el lunes.

CAP Í TULO 88



Magaly

—¡Estoy indignada!

Janice me miró a través del espejo interior del vehículo, con las manos puestas en el volante y una sonrisita divertida.

—¿Otra vez tus padres?

—¡Por supuesto que mis padres! —bufé mientras me cruzaba de brazos en el asiento trasero, tratando de cambiarme rápido de ropa sin golpearme o estropear el vestido. No había sido fácil meterlo en la bolsa sin arrugarlo—. Me han prohibido volver a la asociación. Y no quise liarla mucho porque, si me castigaban, me quedaba sin la fiesta.

—A ver, a ver, espera... —Janice giró el volante para tomar una salida de la autopista y me echó otra mirada fugaz por el retrovisor —. ¿Por qué te han prohibido ir a la asociación?

Mi mejor amiga había estado mala la última semana y apenas habíamos hablado.

—Se han inventado una excusa pésima. ¡Que había bajado las notas!

Janice soltó una carcajada.

—¿Tú?

—A ver, no es mentira, pero solo en una asignatura. Y porque el profesor me tiene manía. Pasé de sobresaliente alto a sobresaliente bajo. Ni que fuera el fin de los tiempos.

Janice chasqueó la lengua con una expresión burlona.

—Si yo saco un sobresaliente bajo, mis padres me compran un coche nuevo.

—¡Tú y tu maldita suerte! —refunfuñé mientras me deshacía de mi blusa y sacaba el vestido que Anne había escogido para mí, intentando que ningún vehículo vecino me viera los pechos.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—Llamé a Anne para decirle que no podría volver, que como se acercaban los finales, necesitaba estudiar.

—¿Y aceptó?

—Sí. —Tiré la camisa en la parte delantera y me subí el escote—. Había hecho más horas de las que me correspondían, así que me dijo que no me preocupara, que lo entendía.

—Vaya, qué maja... —comentó Janice con tono despreocupado mientras seguía conduciendo.

—Eso sí, me preguntó si iría a la fiesta.

—Y tú le dijiste que sí, obvio.

—Obvio —reí—. ¡No iba a perdérmela por culpa del psicótico de mi padre!

Janice tomó otra curva y suspiró dramáticamente.

—Eres una rebelde sin causa, Mag.

Terminado de abrocharme el vestido, me miré en el pequeño espejo retrovisor y sentí un cosquilleo de emoción. El diseño era perfecto. Blanco, ajustado, con pedrería y la espalda completamente descubierta. Anne había insistido en que me quedaba de maravilla, pero ahora, al ver cómo se ajustaba a mi piel, me entraban las dudas.

—¿No crees que es demasiado atrevido? —pregunté, alisándolo con las manos.

—¡Qué va! Es lo que se lleva. Estás impresionante, además, mataría por tener la ocasión de poder lucir uno de firma.

—Eso mismo dijo Anne, que es lo que está de moda.

Janice soltó una risita.

—Si Elliot te viera así, te follaría aquí mismo.

—¡Calla! —reí, sintiendo que mis mejillas ardían—. El último día casi traspasamos la línea.

Janice abrió los ojos como platos.

—¡No me digas! ¡Cuenta, cuenta!

—Está deseando pasar a la siguiente fase.

—¿Y tú no?

—Sí —confesé.

—¿Entonces? Es majo y está bueno.

—Quizá el próximo día...

—O después del baile de graduación. Un clásico.

Me mordí el labio. Podía esperar, tampoco faltaba tanto.

El coche se detuvo, habíamos llegado al punto que indicaba el GPS, la clínica Vílchez. La construcción era impresionante, con luces que resaltaban la arquitectura clásica y el camino iluminado por farolas elegantes.

Mi corazón latía con fuerza.

—*Wow* —susurró Janice al mirarme una última vez—. Tremenda. ¿Necesitas que te acompañe hasta la puerta o te venga a buscar?

Me humedecí los labios y negué con la cabeza.

—Sería raro, y el chófer de Anne me llevará de vuelta, solo recuerda dejar la llave debajo de la alfombra para que pueda entrar y deséame suerte.

—Suerte, guapa —sonrió.

Tomé aire y bajé del coche con determinación.

No sabía por qué, pero algo en mi interior me decía que esa noche iba a ser mágica.

CAP Í TULO 89



Jordan

Mis nudillos estaban blancos sobre el volante, los músculos de los brazos agarrotados por la fuerza con la que sujetaba la dirección.

La ciudad pasaba ante mis ojos en un borrón de luces y sombras, pero lo único que me importaba era encontrarla.

En cuanto su familia y yo nos dimos cuenta de lo que ocurría, nos dividimos.

Andrés y Andy habían acudido a la comisaría para denunciar su desaparición, aunque sabíamos que la policía no haría una mierda en las primeras 48 horas.

Intenté localizar a Sophie, porque sabía dónde trabajaba. Me dijo que hacía días, desde lo de Nate, que Candela no le devolvía las llamadas. Sus otras dos amigas tampoco sabían nada.

Yo no tenía tiempo para protocolos burocráticos. Me daba igual si tenía que remover cielo y tierra o arrancarle la verdad a algún cabrón con mis propias manos.

Candela estaba en peligro, lo sentía en cada fibra de mi cuerpo.

Estaba pidiéndole al asistente del teléfono que marcara el número de Ray cuando este vibró con una llamada entrante.

Número desconocido.

Mi estómago se encogió.

Descolgué.

Y, entonces, la música.

¡La puta música que tanto odiaba! La que me provocaba náuseas con solo escuchar los primeros acordes. La que Candela intentó convertir en algo bonito, pero que, en mi mente, seguía siendo una jodida banda sonora del infierno.

Y, después, la voz.

La misma que me destruyó.

—Hola, Jordan. ¿Sabes quién soy?

El coche derrapó unos centímetros en la carretera, y tuve que agarrarme al volante para no perder el control. Esa voz. Algo en mi subconsciente me dijo que lo había sabido desde el principio. Un presentimiento que había tratado de ignorar porque era imposible.

Los muertos no reviven. No rejuvenecen. Eso solo pasa en las películas.

¿O sí?

Dije su nombre con el temor de convertirlo en realidad.

—Petrov.

La risa al otro lado de la línea me erizó la piel. Era una carcajada lenta, descompuesta, de las que disfrutan del momento, de las que saben que te tienen exactamente donde quieren.

—Muy bien, te ha costado, y eso que me has tenido al lado…, viéndote domar a tu putita Estrella.

Tuve que hacerme a un lado en el arcén y poner las luces de emergencia. Mi respiración se volvió volátil.

—No te haces una idea de lo que mis amigos y yo gozamos con ella mientras a ti te apaleaban en la cárcel, lubrica tan bien… Y cómo gime bajo el cuero... Su coño se aprieta como un guante.

La sangre me golpeó las sienes. Ceguera. Náuseas.

—¡Cállate! ¡Voy a matarte con mis propias manos, hijo de puta!

—Ambos sabemos que nunca has sido lo suficientemente listo ni hombre para mancharte las manos de sangre. ¿Recuerdas cómo te abrías para mí…? ¿Cómo suplicabas? ¿Cómo llorabas?

Cerré los ojos un segundo. No. No. No.

—Seguro que sí —prosiguió, su tono bajo, pegajoso, como un veneno que se filtraba en mi piel—. Siempre seré tu amo. Y tú, un sumiso de mierda. La vergüenza de tu padre.

No podía dejar que me quebrara.

—Por cierto… —Hizo una pausa—. Sabes a quién tengo conmigo, ¿verdad?

Un grito.

El grito de Candela.

Mi mundo se partió.

Crac.

Lo noté en cada hueso.

—¡No le toques un pelo, cabrón! ¡Suéltala!

—¿Y qué me darás a cambio?

El asco y la ira me consumieron.

«Lo que fuera. Lo que fuera».

—¿Qué quieres?

—Ahora nos entendemos…

Respiré hondo, intentando mantener la compostura.

—A las 19:00, aparcarás tu coche en el callejón que da a la puerta de emergencias del L&W, estará abierta para ti.

Silencio.

Mi cabeza iba al mismo ritmo frenético que mi pulso.

—Nada de trucos, o tu chica estará muerta. Tranquiliza al rebaño. Diles que la has encontrado, invéntate lo que te dé la gana para que nadie sospeche…

Se me encogió el pecho.

—No me has respondido, ¿qué quieres? —pregunté, masticando las palabras.

—Te advertí que, si no cumplías, acabaría contigo para siempre. Te he dado un tiempo de gracia, pero ya ha llegado tu hora. Así que… su vida por la tuya. ¿Qué me dices?

Mis manos temblaban. No había opción.

Cumpliría la promesa que le hice a Andrés.

—Asegúrame que la dejarás libre.

—Sabes que soy un hombre de palabra y que la liberaré.

—Hay trato.

—Buena elección. Hasta pronto, Jordan.

Cuando colgué, la adrenalina seguía perforándome las venas.

Pensé en el pacto y en mi sentencia. No podía hacer otra cosa que cumplir, aunque no se lo iba a poner fácil. Abrí la guantera y miré la pistola que Janelle me consiguió.

Tenía que tranquilizar al padre y al hermano de Candela. No podía hacer que nadie la buscara, o su vida peligraría.

Respiré hondo y tejí la mentira. Candela estaba preparando algo especial para mí, una sorpresa romántica, por eso no había contestado, por eso la nota, la mentira… Quería sorprenderme con una noche juntos.

Llamé a Andrés en cuanto pude tranquilizarme un rato y se lo solté a bocajarro. Le comenté que, aunque le había dicho a Candela que él y yo habíamos hecho las paces, ella seguía molesta, que la ablandaría esta noche, que le devolvería a la mañana siguiente a su hija sana y salva. Pensaba cumplir.

El tiempo que transcurrió hasta las 18:59 se me hizo eterno, intenté encontrar una explicación lógica a lo ocurrido, pero fui incapaz.

Aparqué en el callejón, tal y como Luka indicó en su llamada.

Era un uno contra uno, no podía llamar a nadie.

Había sujetado la pistola de manera estratégica en mi tobillo.

Tragué saliva y bajé del coche. Una rata cruzó chillando, haciendo que me sobresaltara. El sonido de la ciudad quedaba a mis espaldas, acompañando el retumbar errático de mi corazón.

«Serénate y acaba con él».

Empujé la puerta de emergencia.

Se abrió con un gruñido.

Cada fibra de mi cuerpo gritaba que huyera, que no pintaba bien.

No podía hacerlo, no podía abandonarla a manos de él.

«Candela…, aguanta, joder».

Avancé con cautela, sintiendo mi propia respiración rebotar contra las paredes.

El sonido de un seguro deslizándose me heló la sangre.

Me giré.

Demasiado tarde.

La presión fría de un arma contra mi nuca.

—Te advertí que eras mi caso, Stein, y ahora ya no tienes a la zorra de Sepúlveda o a tus pecados capitales para que te cubran.

—¡Vargas!

—El mismo que viste y calza, me jodiste bien la otra noche, cuando te rodeaste de tus amiguitos y no pude cumplir con mi trabajito…

—¡Eres el tipo del sombrero! ¡El que le dio la paliza a Damien! ¡El que lo mató!

—Bravo, tío listo, aunque esa información no te servirá de nada, un pajarito me ha dicho que no vas a volver a ver la luz del sol. —El cañón del arma se hundió más contra mi piel—. Muévete. Nos vamos.

CAP Í TULO 90



Sepúlveda

El aire de la noche se pegaba a mi piel como un presagio.

Martínez y yo estábamos camuflados cerca de la clínica de los Vílchez, ocultos en la oscuridad, mientras el equipo de Clara se desplegaba en los alrededores, en un operativo internacional sin precedentes.

Ella había insistido en que no interviniera, que mi departamento estaba fuera porque sospechaban que había un topo y no querían alertarlo.

«Confiad en mí, te lo voy a servir en bandeja», nos dijo en nuestra última reunión.

No me fiaba una mierda, la vida se había encargado de demostrarme que podía contar con los dedos de una mano las personas en las que confiar ciegamente, por eso estábamos ahí. Esa mujer tenía más capas que una cebolla, y si algo me enseñó mi trabajo es que las jugadas perfectas no existían, que incluso las operaciones más milimétricas podían salir mal.

Por eso estaba ahí, lista para saltar en cuanto todo se fuera a la mierda.

Un coche se aproximó a la entrada, pero no hizo como todos y se internó, lo que llamó mi atención, la vista no me alcanzaba lo suficiente como para fijarme en los ocupantes, aunque no se trataba de un vehículo demasiado elegante, como el resto.

Estuvo ahí varios segundos y después una de las puertas traseras se abrió, de él salió un destello blanco.

Mis ojos lo siguieron, era pequeño y esbelto. Una chica. Focalicé la vista esforzándome al máximo y entonces me di cuenta, esa cara sonriente me sonaba.

Movió la mano nerviosa para despedirse y correteó por el sendero de piedra que llevaba a la entrada de la clínica. Rápida. Como si el mismísimo diablo le pisara los talones.

—Vamos, no me jodas…

Martínez giró la cabeza con presteza.

—¿Qué pasa, jefa?

Señalé con el mentón hacia la figura que se deslizaba entre las sombras, con el vestido blanco salpicado de pedrería brillando con cada farola que pasaba.

—¿La conoces?

—¿Te suena Lionel Torres y Ray Wright? Juraría que es su hija mayor, aunque el término mayor debería ser cambiado por demasiado pequeña para estar aquí…

Sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Mierda! ¡¿Qué hace aquí esa cría a estas horas y sola?!

Mi mandíbula se tensó.

—Te aseguro que nada bueno y dudo que sus padres sepan que lo está.

—Esto no me gusta.

«Ya somos dos».

Me até la chaqueta con un solo movimiento y miré a mi compañero de reojo.

—Cambio de planes, colega. Nos movemos.

CAP Í TULO 91



Leo

La música suave del John's apenas lograba relajarme. Algo no estaba bien.

Ray y yo habíamos salido a cenar juntos. Por fin, una noche sin interrupciones, sin niños, sin responsabilidades, a nuestro restaurante favorito... pero la inquietud me carcomía desde dentro.

Él, por supuesto, notó mi tensión enseguida.

—¿Qué te pasa, guapo? —preguntó mientras me besaba el cuello con descaro—. ¿No te gusta la cena, o es que prefieres que pasemos al postre? Para una noche que tenemos solos y juntos, estás muy desconectado.

Su sonrisa era juguetona, su tono seductor, pero yo no podía sacudirme de encima la sensación de que algo estaba mal.

Respiré hondo y apoyé los codos en la mesa.

—No estoy seguro…

Ray me estudió con el ceño levemente fruncido.

—¿De si quieres pasar al postre? —hice rodar los ojos—. No me lo digas —dijo, reclinándose en la silla—. Sigues dándole vueltas a lo de Maggie.

Solté un suspiro.

—Sé que hice lo correcto prohibiéndole volver a la asociación, pero… la noto rara desde hace un tiempo.

Ray ladeó la cabeza y se encogió de hombros.

—Es una adolescente, todos somos raros en esa época. Además, que tenga novio ayuda.

Me congelé.

—¿Novio?

Ray se rio al ver mi cara de incredulidad.

—Sí, me lo dijo nuestra Papita. —Se refería a nuestra hija mediana, así era como yo la llamaba—. Los vio el otro día, me contó que es un chico muy guapo y que la estaba llenando de babas.

—¡Joder! —exclamé, ya con la mano en el bolsillo sacando el móvil.

Ray se partía el pecho.

—¿Qué haces?

—¡¿Tú qué crees?! Ahora no me fío de que esté con Janice…

—Pero ¡si se fueron juntas!

—Ya, pero pudo llevarla a casa de ese rompebragas —murmuré, desbloqueando la pantalla.

Ray soltó una carcajada.

—Por el amor del cielo, no es estúpida, sabe perfectamente lo que es un condón…

Me importaba un pimiento lo que dijera, sabía que tarde o temprano llegaría el momento, pero es que no podía quitarme esa desazón del pecho.

Magaly llevaba una pulsera de su madre con un localizador que ella ignoraba. Se lo instalé por precaución, desde que supe que Anita estaba cerca, y porque sabía que ella nunca se la quitaba.

Algo dentro de mí me decía que mi hija no estaba donde decía estar.

Ray bufó, pero no dijo nada mientras yo entraba en el programa de rastreo. Hizo tamborilear los dedos sobre el mantel de cuadros rojos y blancos.

Tardaba en cargar.

Mi estómago se encogió.

—¿Qué pasa? —preguntó más serio.

—No carga…

—Igual es por la cobertura…

—Espera… Parece que está haciéndolo ahora…

El icono de Magaly parpadeó y su ubicación cambió de nuestra casa a...

Mi respiración se cortó. ¿Dónde coño estaba?!

Amplié la imagen, mi corazón se disparó.

—¡Nos largamos!

—Mierda… Leo, ese chico no tiene la culpa, son las hormonas…

Entonces giré el teléfono para que viera el lugar que aparecía en la pantalla.

Ray se levantó de inmediato y me tomó la delantera profiriendo un montón de improperios. Le dije a Ángelo que al día siguiente me pasaba a pagar y él, que conocía nuestras profesiones, cabeceó en dirección a la puerta sin dudar.

CAP Í TULO 92



Anita

La fiesta estaba en su punto álgido. Las luces doradas y la música suave creaban una atmósfera perfecta para lo que estaba por venir, pero yo no disfrutaba.

Luka se comportaba raro.

En los últimos días, su actitud había cambiado. Al principio, pensé que simplemente estaba ocupado con la maldita abogada, con su obsesión enfermiza por romper a ese tipo, Stein. Pero había algo más, la prueba era que ya no estaba tan encima del crío que me hizo parir, y eso sí que me escamaba, era como si hubiera algo que no me contaba y, por mucho que me gustara, no iba a dejar que otro hombre me la jugara.

Julio César ya lo hizo, y no me volvería a pasar. Aprendí la lección. Aprendí que siempre hay señales, y yo las pasé por alto. Esta vez, no.

Bebí un sorbo de mi champán y recorrí la sala con la mirada.

Mierda de traje ajustado. A Luka le gustaba que fuera provocativa, que los demás me miraran sabiendo que nadie podía tocarme sin su

permiso. A mí también me gustaba lucir hermosa, salvo que esa noche no estaba del todo cómoda.

Tenía que centrarme y dejar de pensar en él, era mi noche, la de mi venganza, ya me preocuparía por Luka después.

La puerta se abrió, y mi pequeña distracción personificada entró en escena.

Magaly Torres. Iba a disfrutar de lo que iba a sucederle a lo grande.

Sonreí, mi mirada se deslizó por ella con satisfacción.

Era perfecta. Un corderito bien vestido, adornado y listo para ser sacrificado por los lobos.

Caminé hacia ella contoneando mis caderas, y su expresión se llenó de alivio al verme… No tenía ni idea.

—Qué preciosa estás —dije, acercándome con pasos elegantes.

La niña me miró con una mezcla de emoción y nerviosismo.

—Gracias, señora Vílchez —respondió con esa dulzura juvenil que hacía a los hombres salivar.

—Anne.

—Anne —se corrigió con una sonrisa nerviosa.

Pobrecita. No tenía ni idea de dónde se estaba metiendo.

Tomé una copa de champán de la bandeja de un camarero y se la ofrecí con una sonrisa.

—Bebe. Esta noche es especial y mereces disfrutarla, al fin y al cabo, eres la estrella de nuestro calendario, ¿has visto cómo te observan?

Sentía las miradas de esos babosos puestas en ella.

Magaly dudó.

—No sé si debería… todavía no he cumplido la mayoría de edad.

Reí suavemente y le acaricié el brazo con un gesto maternal.

—Una copa no te hará daño, querida. Además… estoy segura de que te dará la confianza suficiente para cuando te presente a tu «ídolo» —remarqué la palabra, sabía que ese era el señuelo, lo que la hizo aceptar.

Los ojos de Magaly brillaron con emoción y ansiedad.

La trampa estaba tendida.

—¿Ha llegado?

—Todavía no. Ya sabes, las estrellas siempre se hacen de rogar.

Ella tomó la copa y dio un sorbo.

—Eso es, cariño —murmuré, satisfecha. Ella sonrió.

Mi droga favorita haría su trabajo en cuestión de minutos. Calor, ganas, hambre por ser poseída, pérdida del control…

Pero aún había tiempo.

—Mientras él llega, deja que te presente a algunos de nuestros mejores benefactores, se mueren de ganas por conocerte, les he hablado maravillas de ti, y ya sabes, en la vida, la fortuna de cualquiera depende de a quién conoce, sé amable.

Deslicé mi brazo por el suyo con suavidad y la guie hacia el grupo de buitres con hambre de virgen.

La carne fresca siempre era bien recibida por los amantes de las jóvenes.

La subasta de esa noche sería épica.

La solté en mitad de la jauría y me di la vuelta cuando uno de los camareros susurró en mi oído que Clara Goldstein acababa de asomarse por la puerta.

¡Por fin!

Susurré un… «Si me disculpan, cuídenla en mi ausencia», y me di la vuelta.

CAP Í TULO 93



Candice

La cabeza me daba vueltas.

Parpadeé varias veces, intentando enfocar la vista, pero todo a mi alrededor seguía pareciendo un maldito espejismo. Un delirio borroso enmarcado en luces parpadeantes y sombras en las paredes.

El aire era espeso, sofocante, con un dulzor tan empalagoso que me revolvía el estómago.

El aroma de flores frescas se mezclaba con el inconfundible olor a cuero, cera caliente e incienso. Un mareo me sacudió, y tragué saliva con dificultad.

«¿Dónde cojones estoy?».

Tiré de mis brazos, pero algo metálico se tensó sobre mis muñecas.

Jadeé.

Unos segundos después, el pánico me invadió al notar la presión en mis tobillos. Estaba atada. Atada en una cruz de San Andrés.

El corsé de cuero que apretaba mis costillas no era mío. La ropa interior tampoco.

«Joder, joder, joder».

Respiré profundo, obligándome a no hiperventilar mientras intentaba analizar el lugar.

La iluminación era tenue, proyectada por candelabros repletos de velas negras que parpadeaban con una calidez engañosa.

Frente a mí, un altar cubierto con una sábana blanca impoluta. Enmarcado por lirios blancos, rosas y azucenas.

El incienso flotaba en el aire, dándole al ambiente un aire de ritual macabro.

Pero lo que más me heló la sangre fueron los espejos.

Al girar apenas la cabeza, vi algo más. Pequeñas luces rojas parpadeaban en los rincones oscuros.

«¿Cámaras?».

Estaba convencida. El corazón me martilleó las costillas.

Me obligué a tragar el pánico mientras dirigía la mirada hacia mi izquierda. Un potro de tortura dominaba el espacio, rodeado de varios accesorios BDSM: látigos de cuero, fustas, dildos de distintos tamaños y mordazas.

La náusea me golpeó con más fuerza.

Petrov.

Él lo había planeado todo.

El recuerdo de su voz hablando con Jordan a través del teléfono me golpeó como una maza.

No quería que Jordan viniera a por mí. Joder, ¡no quería que lo hiciera porque me temía lo peor! Había caído yo solita en la trampa. El muy cabrón había replicado la voz de Selene con inteligencia artificial, su maldad no tenía límites, y ahora sabía que mi ama estaba muerta y que todo formaba parte de su desquiciado plan.

Cuando Petrov hizo la llamada, intenté mantenerme en silencio, contener la respiración, pero el muy cabrón se aseguró de que mi grito llegara hasta el otro lado.

Me perforaron los pezones sin anestesia.

Un espasmo me recorrió el cuerpo solo de recordarlo.

La punzada ardiente en mis pechos hizo que me retorciera ante el recuerdo. Miré hacia abajo.

Dos pequeños *piercings* compuestos por una barra central y bolitas metálicas me atravesaban la piel, mostrándose sin pudor por encima del corsé.

La bilis me subió a la garganta.

Un sonido sordo.

La puerta se abrió, y una corriente de aire frío me arrasó sin previo aviso.

Los candelabros temblaron. Las sombras se estiraron en una inclinación tétrica.

Y entonces, lo vi.

El mal encarnado, de pie en el umbral, con una sonrisa retorcida en los labios enfundado en un esmoquin caro.

Petrov.

Se ajustó los guantes de cuero mientras avanzaba. Sus ojos oscuros me recorrieron con calma, con un deleite repugnante.

—Ya te estás espabilando —dijo con satisfacción—. Me alegro. Te quiero bien despierta para dar la bienvenida a nuestro querido pecador.

Las cadenas tintinearon cuando intenté zafarme con furia.

—¡Me das asco!

—Qué suerte. Porque tú también me lo das a mí.

Se detuvo justo delante de mí, inclinándose un poco, susurrando cerca de mis labios.

—Tú y toda tu familia. Aunque ya me ocuparé de ellos más tarde.

El terror me cortó la respiración.

—¡Ni se te ocurra tocarles un pelo, hijo de puta!

Petrov sonrió con burla, como si mi amenaza fuera el vuelo de un ridículo mosquito.

—¿O qué? —se burló, su aliento cálido acariciando mi piel.

Le escupí sin dudarlo.

No lo pensé. Actué.

Pronuncié una maldición gitana de las que mi madre se sentiría orgullosa. Petrov rio.

Con un movimiento lento y calculado, limpió la saliva con el dedo y me sujetó la barbilla con una fuerza insoportable.

—Tan rebelde… —murmuró, empujando su dedo dentro de mi boca sin previo aviso.

Lo hundió hasta mi campanilla.

El asco me hizo retorcerme, las arcadas me golpearon con violencia.

Cuando intenté morderlo, lo sacó con rapidez.

Pero no se detuvo ahí.

Antes de que pudiera reaccionar, su otra mano se cerró sobre mi pecho y apretó el *piercing* con fuerza.

El dolor fue como un relámpago.

Mi grito desgarró la habitación.

—Ten cuidado, zorrita Estrella, o no tendré piedad.

Me susurró al oído con una voz aterciopelada, disfrutando de mi sufrimiento.

El pánico se convirtió en hielo puro.

Mi respiración era errática.

El sudor frío bajó por mi espalda.

Lo miré directamente a los ojos con todo el odio que podía reunir en ese instante.

La puerta se quejó, y él sonrió.

—Parece que nuestro invitado acaba de llegar… Vamos a darle el recibimiento que merece.

—Jordan, ¡vete! —grité antes de que la puerta se abriera, y un brillo plateado me helara la sangre.

El amor de mi vida entraba encañonado por…

«¡Mierda!».

CAP Í TULO 94



Clara

Mi respiración era controlada, cada paso medido con la precisión de quien lleva años esperando este momento.

Por fin.

Después de años de luchar contra sombras, de perseguir fantasmas y de vivir con el peso de una venganza que casi me destruye, esa noche iba a poner fin a todo, aunque mi corazón estuviera roto por la pérdida de Damien.

Atraparía a los responsables de la muerte de mi hermana y también de la suya. Recibí un vídeo anónimo, junto con una carta, apuntando a un inspector de Homicidios como posible responsable de su muerte.

El operativo estaba en marcha. Estaba deseando que acabara para encargarme de él.

El equipo estaba desplegado, habíamos logrado infiltrar a un par de agentes de inteligencia internacional entre el servicio para que me dieran soporte. Los demás aguardaban la señal para intervenir y desenmascarar a los hijos de puta que llevaban años comerciando con mujeres como si fueran ganado.

Inspiré despacio. No podía fallar.

No íbamos a fallar.

Un movimiento en mi periferia me alertó. Anne Vílchez avanzaba con gracia entre los invitados, enfundada en un vestido de seda azul que la llenaba de voluptuosidad. Su sonrisa era impecable, de anfitriona generosa y segura.

—Clara… —me saludó con una calidez artificial—. Me alegro de que aceptara la invitación. Las mujeres debemos apoyarnos las unas a las otras, y por eso estoy encantada de que esta noche esté aquí.

Forcé una sonrisa que salió más tensa de lo que me habría gustado.

—Gracias por contar conmigo.

—¿Una copa? —ofreció, levantando su mano para llamar la atención de uno de los camareros. No era de los nuestros.

Negué con suavidad.

—Lo siento. Estoy tomando una medicación que es contraproducente con el alcohol, ya sabe, los nervios…

Sus oscuros ojos me escrutaron por un instante.

—Oh, lo entiendo. —Su tono adquirió una cadencia comprensiva —. Hay situaciones que nos sobrepasan… aunque espero que pronto pueda estar mejor.

—¿De qué le apetecía que habláramos?

Anne sonrió.

—Mejor disfrutemos un poco de la fiesta antes de que los negocios nos envuelvan. Mi mandíbula se tensó un poco. Quería una confesión, la necesitaba, por eso mis pendientes llevaban cámara.

—¿Dónde está su marido?

—Ocupándose de la animación.

Mis dedos se crisparon en un gesto imperceptible.

—Venga conmigo, quiero que conozca a unos amigos… —añadió, cogiéndome suavemente del brazo.

Me guio entre los invitados, alejándome de la zona principal.

Justo cuando estábamos llegando a una de las mesas con canapés, mis ojos captaron un detalle que me dejó helada.

Una chica.

Demasiado joven para estar aquí, parecía arrinconada por un grupo de siete tipos nada afines a su edad. Ella reía incómoda ante

las atenciones masculinas.

El aire me quemó los pulmones al pensar en Eleanor, ¿habrían sido así con ella?

El perfil de su rostro, lo forzada que se la veía, el modo en que desviaba la mirada…

Algo dentro de mí se resquebrajó.

Era como mi hermana. Como todas las que nunca pudieron escapar.

Me detuve en seco.

—¿Y por qué no vamos con ellos? —pregunté, girándome hacia Anne con una expresión lo más neutra posible.

Ella alzó una ceja oscura.

—Em, sí, son unos hombres de lo más interesantes. —Su sonrisa era un poco más afilada esa vez—. Aunque los conocerás más adelante. Como ves, están ocupados.

Mi piel se erizó.

Cada fibra de mi cuerpo me gritó que esa noche iba a ser más jodida de lo que pensaba.

CAP Í TULO 95



Jordan

La puerta se cerró detrás de mí con un eco sordo.

El aire estaba cargado de un aura enfermiza, la suya, la imagen de mi peor pesadilla:

Luka Petrov.

Mi verdugo.

El hijo de puta que me jodió la vida y que tenía a Candela encadenada frente a un altar.

Mi estómago se contrajo ante su figura.

El corsé de cuero apenas cubría su cuerpo. Le habían perforado los pezones, y, aunque intentaba mantenerse estoica, había horror en sus pupilas. Intenté sosegarla con las mías.

Quería arrancarle la carne a ese cabrón con mis propias manos.

—Déjala ir. —Mi voz salió grave, ronca. Veneno destilado.

Él esbozó una sonrisa relajada, cruzando las manos enguantadas como si nada en el mundo pudiera afectarle. ¿Cómo no pude darme cuenta? La verdad estaba ahí, en mis narices, esperando ser descubierta.

—No seas tan impaciente y saluda a tu amo como merece.

No tenía ganas de arrodillarme frente a él. Sin embargo, Vargas decidió por mí haciéndome caer.

—¡Obedece, perro! —espetó detrás de mí.

Sentí la carne de mis rodillas resintiéndose ante el impacto, aunque nada podía dolerme más que ver a Candela así.

—¡Suéltalo! ¡Me cambio por él! ¡No le hagas nada! ¡¿Me oyes?! ¡No. Le. Hagas. Nada!

—Debes follártela muy bien —murmuró Petrov mientras yo enfocaba los ojos sopesando la posibilidad de desenfundar el arma.

Todavía no podía. No con Vargas con una pistola en la mano y Candela encadenada.

Su mano tiró de mi pelo, y me topé con aquel gesto airado.

—¿Quieres que me la quede?

—¡No!

—¡Sí! —gritó ella.

—Parece muy impaciente, me parece que la orgía le gustó.

—¡Cállate, sucia rata de alcantarilla!

—No le iría mal algo de disciplina a esa boca sucia.

Sentí pavor.

—Yo la asumiré por ella. Hicimos un trato, cúmplelo, por favor.

—Mmm, por favor, así me gusta…

Su cabeza hizo un gesto suave hacia el potro de tortura.

El aire se volvió hielo.

Todos los demonios despertaron de golpe.

La sangre se acumuló en mis sienes, mi pecho, mis pulmones.

«No».

«No otra vez».

Náuseas. Cuero. Metal. Dolor. El sonido de su risa, de nuestra carne.

—¡No! Jordan, ¡no! —La voz de Candela me atravesó como una cuchilla.

Tiró de sus cadenas, desesperada, sus muñecas se enrojecían con cada tirón. Sus ojos imploraban que me alejara del sacrificio requerido.

Petrov sonrió.

—Mírala, tan dramática. Tan trágica. ¿Qué va a ser, esclavo?

Solo tenía una opción.

—Acepto —escupí las palabras sin ningún tipo de emoción, asépticas—. Pero sin ataduras.

Candela gritó otra vez.

Petrov ladeó la cabeza, evaluándome. Midiéndome como si siguiera siendo su jodida propiedad.

—¿Piensas que estás en posición de negociar? —preguntó con una falsa dulzura.

El odio me incendió las entrañas.

—No necesito ataduras, ya no. —Apreté los dientes—. Haré lo que se me pida si la liberas.

Petrov me sostuvo la mirada durante varios segundos que parecieron eternos. Y luego, sonrió.

—Interesante.

Candela seguía gritando. Rota. Desesperada. La voz le temblaba y su congoja perforaba mi carne.

Yo ya había tomado una decisión, ya no podía salvarme, pero sí a ella.

Petrov chasqueó los dedos.

—Vargas, lleva a nuestro amigo al potro y ya sabes lo que quiero que hagas.

El susodicho gruñó.

—¿Algún problema?

—No tengo Viagra.

—Pues te las apañas, puedes mirarla a ella, supongo que te servirá de inspiración.

—Levanta —Me pateó con fuerza. Rabioso por lo que le estaban pidiendo que hiciera. Al parecer, no era de su agrado y del mío tampoco.

—Quítale la camisa y bájale los pantalones.

Sabía que estaba disfrutando. Miré a Candela, que seguía suplicándome que no lo hiciera, que observaba cómo la ropa caía y mi torso entraba en contacto con el elemento de tortura con lágrimas en los ojos. Tuve ganas de secarle las mejillas, de susurrarle que no lo hiciera, que no merecía la pena, que por ella haría arder el mundo o me dejaría consumir en la hoguera.

CAP Í TULO 96



Candice

No podía soportarlo.

No podía soportar la mirada de Jordan sobre mí.

Ni la estoica resistencia que mantenía mientras el puto cerdo de Vargas intentaba «calentarse», enfocando su atención en mis pechos, tocándose con descaro.

Mis muñecas ardían. Mi piel era un nido de escalofríos.

Nada podía tapar la perversión que flotaba en el aire.

Petrov tamborileó los dedos contra el brazo de su silla, imperturbable, pero con un brillo de impaciencia en la mirada.

—¿Tanto problema tienes para empalmarte, inspector? —ironizó con una mueca de decepción.

Vargas resopló.

—Ya te dije que no me ponen los tíos.

Levantó la barbilla con arrogancia, como si el problema no fuera suyo. Como si Jordan tuviera la culpa de no ser lo que su enferma mente necesitaba para excitarse.

Asco. Asco infinito. Asco hasta lo más profundo de mis entrañas.

El muy cabrón suspiró y se frotó con más vigor, como si pudiera forzar a su cuerpo a reaccionar.

—Quizá lo que necesito es otro tipo de estímulo. —Hizo una pausa, lamiéndose los labios con asqueroso deleite—. Que la zorrita me la chupe. Seguro que nunca ha tenido en su boca una como esta.

Mi sangre se heló.

Jordan se tensó como un animal listo para atacar.

—No. —Su voz fue un disparo seco en la habitación.

Petrov sonrió, saboreando la escena como un espectador satisfecho.

Mi estómago se contrajo con repulsión, pero entonces mi mente analítica hizo lo suyo.

Había una opción. Un resquicio. Una oportunidad que no tendría si seguía amarrada.

—¡Espera! —grité antes de que Petrov pudiera abrir la boca—. Si me sueltas, ¡lo haré!

Vargas sonrió de inmediato.

Petrov entrecerró los ojos, evaluándome.

Y Jordan…

Jordan me miró como si acabara de clavarle un cuchillo en el pecho.

—No lo vas a hacer…

—¡Tú no decides, tío mierda!

Un segundo de silencio absoluto. Dos. Tres.

—Luka —masculló Jordan—, el trato no era este.

—¿Y por qué estarías dispuesta? —preguntó Petrov, ignorándolo por completo.

Y entonces lo vi claro.

—Mi boca a cambio de mi familia.

Petrov soltó una carcajada reverberante, llena de diversión oscura.

Jordan se estremeció como si el sonido hubiera sido un latigazo.

—Vaya… Así que es eso… Interesante… Aunque insuficiente… —susurró con malicia—. Pero me gustan las mujeres que saben negociar. Así que… podemos pactar. Digamos… Tu hermano a cambio de una garganta profunda.

—¡No puedes hacer eso! —masculló Jordan, su voz una mezcla de incredulidad y furia.

Mi pecho ardió, pero mis ojos brillaron con determinación.

—Está bien.

—Desde luego que los tienes bien puestos, Candy… —Petrov sonrió con suficiencia—. Desátala.

Vargas se subió los pantalones momentáneamente mientras Jordan parecía que quisiera atarme él mismo para impedir lo que iba a hacer.

Ya le daría las explicaciones pertinentes después.

Petrov le pasó la llave con despreocupación al inspector.

Odié la expresión de suficiencia que contraía los músculos de la cara de Vargas mientras me liberaba.

Estaba desatada. Tenía un plan.

La pistola.

El señor Blake era miembro de la asociación del rifle y una vez nos llevó a su hijo y a mí a una galería de tiro para disparar.

Vargas la había metido en la funda de su pantalón. Cuando se la estuviera chupando, podría…

—Te confesaré una cosa… —Vargas chasqueó la lengua, regodeándose—. Siempre te he tenido ganas, desde que entraste a comisaría con tu aire de estirada. Ahora sabrás lo que es tener la polla de un hombre de verdad en la boca, no la de un maricón de mierda.

Sonreí. Cínica. Calculadora.

—Si piensas que maricón es un insulto, no me extraña que seas incapaz de que se te ponga dura. Das pena, Vargas. Tú y tu insignificante polla más.

Petrov soltó una carcajada oscura.

Vargas, en cambio, se encendió como una cerilla. Me agarró del pelo y me tiró al suelo con violencia.

—Sucia puta, ¡te vas a enterar! ¡De rodillas!

Jordan rugió como un animal enjaulado. Tenía ganas de decirle que confiara en mí. No podía hacerlo, cualquier gesto de complicidad sería funesto.

El arma. Solo tenía que esperar el momento. Tragué con fuerza, dejé mi mente en blanco. Esperé.

Cuando Vargas estuviera completamente absorto, cuando tuviera toda la sangre donde la necesitaba, le daría un cabezazo y me lanzaría a por el arma.

Otro tirón de pelo me sacó de mis pensamientos. Lo usó para erguirme.

—Abre la boca.

Petrov se acercó hacia nosotros.

—Espera, moveos un poco más. Quiero que os vea bien.

«Mierda, mierda, mierda».

Se colocó justo detrás del poli corrupto.

El rostro de Jordan estaba a solo dos palmos del mío.

—Candela… —murmuró con una súplica silenciosa.

Mi pecho se agitó. Sabía lo que me estaba pidiendo. Sabía que no quería que hiciera esto. Pero era un mal menor, haría lo necesario para los dos y nos libraría de esa.

Respiré hondo, esperando que entendiera.

Abrí la boca. Extendí la lengua. Vargas se inclinó. Y justo cuando iba a metérmela…

¡Boom!

Un estallido ensordecedor.

CAP Í TULO 97



Magaly

—Tengo mucho calor… —balbuceé, tambaleándome un poco—. Me siento mareada…

No me reconocía. Mi voz sonaba pastosa, pesada. Mi piel ardía. Era una sensación extraña, contradictoria, como si mi cuerpo estuviera reaccionando de una forma que no entendía. ¿Sería el champán?

Alguien rozó mi brazo. Otro mi cintura. Mi instinto me decía que debía apartarme, que debía sentir repulsión… pero no lo hice.

Un hormigueo cálido se extendió por mi piel. ¿Qué me pasaba?

Las voces me llegaban como un eco lejano. Palabras sueltas, desconectadas.

—Hermosa…

—Sublime…

—Su piel…

—Mía…

—Embarazada…

Parpadeé, intentando enfocar. Las luces eran demasiado brillantes, los rostros borrosos.

Algo estaba mal. Lo sabía. Pero mi cuerpo no respondía, quería irme.

Sentí un escalofrío cuando un aliento caliente rozó mi cuello. Las manos se movían a mi alrededor. Algunas apenas me tocaban. Otras eran más descaradas.

—N-no… —jadeé.

Mi pulso se aceleró. Una náusea trepó por mi garganta al notar a alguien pegado a mi espalda y una mano en mi tripa.

—Po-por favor… —No me soltaban.

Y, entonces, un aroma familiar. Perfume caro. Especiado. Elegante. Anne.

Me aferré a su presencia como un náufrago a un bote salvavidas.

—Dejen un poco de espacio, señores, ¿no ven que le ha dado un vahído?

Su voz sonó cálida, casi maternal. Una risa suave.

—Vamos, dejen tranquila a la chica del calendario. —Hizo una pausa, como si saboreara cada palabra—. Necesita unos minutos para ser preparada para la puja.

«La puja, era cierto…».

Mis pestañas temblaron, la neblina en mi mente no me dejaba pensar con claridad.

—Suerte a todos.

Sentí que me alejaban. El aire a mi alrededor cambió. Menos denso, menos espeso.

Anne me sujetó con firmeza, llevándome lejos de los murmullos y las sombras.

—¿A dónde vamos…? —pregunté con voz ahogada.

—Jimmy Joyce ha llegado —anunció.

«¡Por fin!».

Un chispazo de lucidez. Mi cantante favorito, estaba ahí por él.

La emoción me golpeó, mezclándose con la confusión.

«¿Por qué me costaba tanto pensar?».

—Vas a cambiarte de vestido. —Su voz era suave, hipnótica—. Quiero asegurarme de que lo impresionas y me he permitido comprarte otro más especial y adecuado. Ya verás… Será incapaz de dejarte escapar. —Anne me acarició el brazo con un gesto tranquilizador—. Serás un sueño hecho realidad. Déjame a mí. Yo me ocupo.

Con el corazón latiendo con fuerza, dejé que me arrastrara a donde quiso y me desnudara.

CAP Í TULO 98



Ray

—¡Esto es una locura, joder! —Leo despotricó, golpeando el salpicadero con la palma—. Si le pasa algo, ¡no me lo voy a perdonar en la puta vida! ¡Pisa más a fondo, ¿quieres?!

«Yo tampoco».

Había conducido como un lunático con el corazón en un puño y el pánico mordiendo mi garganta, aunque no parecía suficiente.

¿Y si le pasaba algo antes de que llegara?

Apreté los dientes, intentando contener la ola de furia y miedo que me recorría el cuerpo.

—Tenemos que mantener la calma, ¿vale? —intenté razonar, aunque mi voz sonó más tensa de lo que pretendía—. Si entramos a lo loco, podemos joderlo todo, recuerda lo de la operación para atrapar a…

Leo soltó un gruñido.

—¡A la mierda! ¡Es mi hija! ¡Está ahí dentro! ¡Me importa un cojón si peligra lo que sea! ¡Esto no tendría que estar pasando! Si le hubiéramos dicho la verdad, ¡ahora no estaría en la boca del lobo!

Era cierto, y no teníamos tiempo para discutir.

Pisé el freno cuando la enorme verja de hierro de la propiedad se alzó frente a nosotros. Cerrada.

Leo apretó los puños contra sus muslos.

—¡Mierda!

Bajé del coche de un portazo, me acerqué e intenté manipularla. Sin las herramientas adecuadas era imposible. Nada. Leo llegó a mi

lado, inquieto.

—¿Qué coño hacemos?

Saqué el móvil para que me marcara su ubicación exacta.

—Voy a entrar a buscarla. Quédate aquí.

—¡Ni hablar! —bramó Leo—. Es mi hija, Ray. ¡Voy contigo!

—Joder, Leo. Al menos, uno de nosotros tiene que estar fuera en caso de que algo salga mal, y te recuerdo que yo soy el agente especial, tú el bombero.

No hubo tiempo para más discusión.

De repente, todo se volvió silencio.

Un punto rojo apareció sobre el entrecejo de Leo.

El tiempo se ralentizó. Mi sangre se heló.

Un jodido láser. Mi instinto me gritó que actuara. Pero ya era tarde.

CAP Í TULO 99



Sepúlveda

—Este uniforme no está hecho para un culo como el mío.

«Ni para mis tetas. Ni para mi dignidad».

Martínez apenas podía contener la risa.

—Pues yo creo que te queda espectacular.

Le lancé una mirada que, en cualquier otro momento, le habría garantizado un derechazo.

—Como vuelvas a mirarme el culo, te vas a tragar la bandeja.

—Me sacrificaría gustoso.

Resoplé.

Nos había costado más de lo que pensábamos colarnos en la fiesta, pero lo conseguimos. Los dos camareros que habíamos interceptado estaban bien guardaditos en un cuartito de limpieza, maniatados y silenciados con un trapo. No podíamos estar seguros de que no nos delataran.

Recorrí con la mirada cada rincón del salón principal, estaba buscando a Magaly. Nada.

«Mierda».

No me gustaba. Algo estaba pasando. Algo muy jodido. En mi siguiente barrido, mientras una mujer me preguntaba si mi canapé

llevaba apio y yo le aseguraba que no, sin tener ni puta idea, me topé con la mirada asesina de Clara.

Juraría que no le hizo puta gracia que estuviéramos ahí.

Caminó directamente hacia nosotros con el ceño fruncido y una expresión de furia contenida mientras fingía que se interesaba por lo que ofrecíamos.

—¡¿Qué cojones hacéis aquí?! ¡Os dije que no os quería cerca! —Bajé la voz, fingiendo ajustar la bandeja en mi brazo.

—Cambio de última hora. Hemos visto entrar a una menor.

Clara apretó la mandíbula.

—Lo sé, llevo controlándola todo el rato. Os dije que no os metiereis en la operación. ¡Vais a hacer que me descubran y que todo se vaya al carajo!

—¿Y dónde está? —cuestionó Martínez.

—A las seis y diez.

—Pues o se te ha acabado la pila, o ahí no hay nadie.

Se giró disimuladamente, sus ojos buscando en la multitud.

—Hace un minuto estaba ahí. Con ese grupo.

Martínez y yo seguimos la dirección de su mirada. Se trataba de unos cuantos hombres de traje que conversaban animadamente.

—¿Y ahora? —insistí con los dientes apretados.

Clara tragó saliva.

—Igual ha ido al baño…

La furia me recorrió la espina dorsal.

—¡¿No decías que la tenías controlada?! —Tuve ganas de sacudirla.

—Tenéis que iros. Todavía no tengo la confesión que buscaba, yo me ocupo de dar con ella y que no le pase nada.

—Pues te jodes, porque no vamos a irnos, lo siento, pero no es negociable —mascullé.

Entonces, todo el salón empezó a moverse, como si hubieran anunciado que estaban de rebajas en el Wallmart.

Todos iban hacia una puerta al final de la sala con un murmullo creciente de emoción contenida.

Clara entrecerró los ojos.

Yo también.

—Y, ahora, ¿qué cojones pasa? —murmuré.

Un silencio momentáneo se extendió en la sala cuando una voz se alzó en el aire.

—Señoras y señores…

Las puertas dobles se abrieron con un chirrido.

—Llegó la hora de la subasta.

¿Serían joyas u obras de arte? Aunque algo dentro de mí me decía que no.

Clara fue hacia el lugar, clavándonos una mirada de advertencia.

Nosotros intentamos seguirla, pero un tipo con pinta de gorila nos cerró las puertas en las narices sin que pudiéramos ver nada.

—Vosotros dos, a recoger —murmuró.

Tenía un mal presentimiento.

Intercambié una mirada con Martínez y nos alejamos. Debíamos dar con otra manera de entrar y dar con la hija de Torres.

CAP Í TULO 100



Jordan

El sonido me ensordeció.

No fue solo el disparo. Sino la explosión de carne, hueso y sesos desparramándose por la habitación, cubriéndolo todo en un baño grotesco de sangre caliente. El peso muerto de Vargas desplomándose de rodillas. Su negra alma arrancada de cuajo.

Su sangre salpicó mi rostro. La de él. La de Candela. Y en su boca abierta en un grito mudo de sorpresa y horror.

El cadáver del inspector cayó hacia un lado con un sonido húmedo, la cabeza destrozada como un jodido melón aplastado contra el suelo.

La risa de Petrov, densa y satisfecha, llenó el silencio. Ni siquiera me había dado tiempo a moverme, a ir a por mi arma para impedir lo que iba a suceder, él fue más rápido apropiándose de la pistola de Vargas, sin que este lo notara.

—Lo siento, Candy —dijo con falsa amabilidad—, pero este inútil no merecía morir sintiendo placer.

La miró, evaluándola, como si fuera un lienzo en blanco en el que plasmar su siguiente obra macabra. Mi corazón latía desenfrenado.

—Cuando me fallas una vez, te doy otra oportunidad. Cuando lo haces dos, empiezo a dudar. —Se giró lentamente hacia mí, y en sus ojos oscuros había una calma espeluznante—. Pero cuando lo haces una tercera vez…, las consecuencias son funestas.

Vargas era la prueba viviente. O, más bien, la prueba muerta.

Petrov avanzó con pasos tranquilos, con la pistola aún humeante en su mano. Se paró frente a Candela, inclinando la cabeza con una sonrisa encantadora y cruel.

—Levántate.

Le tendió la mano como si fuera un caballero sacándola a bailar, ella no la tomó.

Hundió sus manos en el charco caliente de sangre que rodeaba el cuerpo de Vargas como si no le importara lo más mínimo hacerlo, desafiante, imperturbable.

El líquido resbaló entre sus dedos.

Petrov seguía con su evaluación. Lo conocía demasiado bien como para saber que Candela lo impresionaba, al fin y al cabo, era como a él le gustaban, hermosas, inteligentes, arrogantes, estoicas, y eso me aterraba.

—Dime, ¿todavía quieres salvar a tu familia?

—Por supuesto que todavía quiero.

Él sonrió con aprobación, con sus ojos afilándose sobre ella como cuchillas.

«No aceptes ningún trato», gritaba cada célula de mi cuerpo.

—Me alegra oírlo. En ese caso… —Se giró hacia una mesa de metal y tomó algo entre sus manos, sin soltar la pistola—. Ponte esto.

La luz reflejó el cuero oscuro de un cinturón de penetración. Un arnés con un dildo de silicona negra enorme, tan realista que parecía latir por sí solo.

Candela lo miró. Su mandíbula se tensó.

—¿Qué cojones…?

Petrov cabeceó hacia mí, sin perder su sonrisa.

—Exactamente… Los cojones que le faltaron al poco hombre de Vargas los pondrás tú.

Mi estómago se contrajo.

—No.

Candela giró lentamente la cabeza hacia mí. Sus ojos eran un caos de emociones: horror, incredulidad…, pero, sobre todo, duda.

Él la miró con fingida ternura.

—Vamos, ama Candy. No creo que te cueste tanto. Seguro que ya lo has hecho más de una vez. Con lo que te gusta dominar… Te he visto hacérselo a otros sub en la mazmorra del L&W, no es una novedad.

El sudor me resbalaba por la espalda, pegándome mi cuerpo al potro. Ella respiró entrecortadamente.

«Mierda».

«Mierda, mierda, mierda».

Me obligué a mantener la expresión impasible, a mostrar una máscara de falsa indiferencia.

—Si cumples con mi petición, no solo podrás irte en cuanto logres que se corra a través de la penetración. —Petrov sabía que eso no era algo fácil, porque el sexo anal activaba mis peores recuerdos y conseguir algo así, frente a él, era lo más denigrante que me podría ocurrir, sería casi como darle la razón—. Tú quedarás libre y también los tuyos.

Yo nada más podía pensar en que quería que se fuera. Solo si salía de este lugar ella y las personas que le importaban a Candela, tendrían una oportunidad. Tenía que concentrarme y sacrificarme, solo así podría acabar con Petrov y asegurarme de que no les haría daño.

—Hazlo y vete, por favor.

Ella me miró con los labios entreabiertos. No podía leerme, no podía saber si lo decía en serio o si estaba intentando protegerla.

—Si no lo haces tú…, lo haré yo, y seguramente no sea tan amable.

La voz de mi verdugo nos ahogaba a los dos.

El cuerpo de Candela se estremeció. Tragó saliva.

Y asintió.

—Está bien. —Cada músculo de mi cuerpo protestó anticipándose a la penetración.

Petrov sonrió con una satisfacción absoluta, como si acabara de domesticar a su perra favorita.

—Buena chica.

Candela tomó el arnés con manos temblorosas. El cuero crujió cuando lo ajustó a sus caderas, cada hebilla asegurada con dedos rígidos.

—¿Sabes, abogada? Esto me servirá para crear una nueva versión de los hechos… Vargas, Damien y Stein tenían un triángulo amoroso, tal y como certifican las tomas de las cámaras. Por eso hoy, tras quedar en el L&W, vinieron hasta aquí con el coche de Jordan para jugar en la mazmorra… —hizo una pausa, dando una vuelta sobre sí mismo, disfrutando de su propia narración—, pero al perro de Stein no le gustó el jueguecito. Le dolió. Y cuando no pudo más… tomó una mala decisión. —Chasqueó la lengua—. Le quitó el arma a su amante y acabó con él. Una lástima.

La sangre en mi piel estaba helada.

Petrov se giró con parsimonia y tomó a Candela por la muñeca. Ella seguía callada, los ojos clavados en el suelo.

—Ven aquí, ama Candy.

La colocó justo delante de mí. La mano enguantada paseó aquella monstruosidad negra por mi cara.

—Chupa un poco. Es el único lubricante que conseguirás.

El glande de silicona presionó contra mis labios. El asco me revolvió las tripas.

Petrov suspiró con dramatismo, como si eso fuera una obra de arte que solo él podía entender.

Se alejó con paso lento y relajado hasta la pared.

Abrió una pequeña caja de interruptores. Giró una perilla.

—Soy un romántico, qué se le va a hacer… Dejad que os ponga vuestra canción.

La música llenó la sala: *Claro de Luna*.

Candela jadeó.

Yo no hice ningún sonido. La miré a los ojos.

Intenté tranquilizarla, buscar nuestra conexión silenciosa para decirle que la amaba, que todo saldría bien.

Petrov cerró los ojos un instante, disfrutando de la melodía como si estuviera dirigiendo la puta Filarmónica de Nueva York.

Cuando volvió a abrirlos, tenía una sonrisa extática. Extendió los brazos para indicarle a Candela que se moviera y se posicionara detrás de mí.

La pistola marcó el ritmo como una batuta en la sinfonía del infierno.

—Hazlo. Ahora quiero ver lo que eres capaz de hacerle. Recuerda, tu familia, tu libertad, a cambio de él.

Cerré los ojos y me preparé para lo que vendría.

CAP Í TULO 101



Clara

El murmullo expectante en la sala me erizaba la piel.

No podía moverme. No podía hacer nada. Y me estaba matando. La voz de mi jefe resonaba en mi oído a través del pinganillo casi invisible que llevaba oculto.

—Si la operación sale mal por culpa de «tus amigos» —dijo, refiriéndose a la irrupción sorpresa de Sepúlveda y Martínez—, las consecuencias serán graves.

Era consciente de que había complicado demasiado las cosas y que no podía cometer otro error.

Así que hice lo único que me quedaba. Esperar y grabar.

Avancé con lentitud, bordeando la parte delantera del salón, posicionándome de manera estratégica.

Desde ahí, podía captar los rostros de los hombres que pujaban, sus gestos, sus reacciones… Necesitaba pruebas.

Todavía no había visto a Vílchez por ninguna parte, y Anne parecía molesta ante su ausencia.

Estaba en el centro del escenario, sosteniendo el micrófono con una sonrisa forzada.

—Esta noche es muy especial para todos nosotros —anunció con voz vibrante, amplificada por los altavoces—. Porque nuestra comunidad está de enhorabuena. No solo tendrán la oportunidad de pujar por una nueva madre que dará a luz a uno de sus hijos… —El aire se volvió más espeso—…, sino que, por primera vez, gracias a los avances del doctor Rush —señaló con la mano a la eminencia—. ¡Cinco afortunados podrán tomar a la virgen y ser padres de un bebé cada uno con la carga genética del padre!

El entusiasmo explotó en la sala, y el susodicho cabeceó en varias direcciones por la ovación.

—Eso sí. ¡Solo uno, el que puje más alto, tendrá el honor de desflorarla! Aunque podrán estar presentes.

Mi estómago se revolvió.

—Los avances científicos de nuestra eminencia médica han logrado lo impensable… Cinco hombres. Cinco bebés. ¿No es glorioso?

Las palmas chocaron con fuerza. Aplausos, vítores.

—Hemos perfeccionado una fórmula, con la cual no les quiero aburrir, para que una joven pueda llevar un embarazo múltiple de distintos padres a término.

Todos aplaudían con entusiasmo, hombres y mujeres.

«¿Qué tipo de tarados tenía delante?».

Los observé con el asco pegado a mi garganta. Unos putos enfermos, eso es lo que eran.

—Y, ahora, demos la bienvenida a nuestra elegida. Nuestra preciosa futura madre de quintillizos que ofrecerá su útero para la inseminación múltiple.

Se metió entre las cortinas.

Cuando volvió a salir, sacó a la chica que antes llevaba un vestido de pedrería, totalmente desorientada, enfundada en un *babydoll* vaporoso, lleno de transparencias. Sobre sus hombros, un kimono que Anne le quitó en cuanto estuvo en el centro del escenario.

Los focos iluminaron su piel tostada.

Su mirada estaba perdida. Su cuerpo se balanceaba como si flotara.

—Oh, Dios…

—¡Cálmate, Clara! —ladró mi jefe.

Anne le susurró algo al oído, una orden sutil, mientras la apretaba contra su propio cuerpo.

La obligó a contonearse.

Las reacciones del público fueron inmediatas. Los sonidos de deseo y aprobación inundaron la sala.

Mi pecho subía y bajaba con violencia. Mi mandíbula estaba tensa.

—Tenemos que actuar —farfullé. No podía permitir que la tocaran.

Mi jefe no dudó en responder.

—Todavía no. Debes dejar que termine la puja. —«Hijo de puta»—. Que se la lleven.

—¡¿Qué?!

—Que se la lleven, y sigue a los ganadores. —Todo mi cuerpo gritaba que debía sacarla de ahí—. Con un poco de suerte, el Invisible estará presente, y ahí es cuando intervendremos.

El Invisible. El verdadero cabrón detrás de todo. Mi jefe dejó caer la última frase en un murmullo tenso.

—Piensa en tu hermana, Clara. A esa chica no le va a pasar nada. Todo está controlado.

—¡Que empiece la puja!

Mis uñas se clavaron en mis propias palmas.

Los números empezaron a gritarse. Y yo tuve que enfrentarme a ver cómo la vendían al mejor postor.

CAP Í TULO 102



Leo

El puto cañón del rifle seguía apuntando directo a mi entrecejo.

Sabía que no iba a disparar. No aún.

El tipo que nos tenía retenidos esperaba órdenes. Nos habían trasladado a una garita exterior que quedaba a un lado de la propiedad.

Sus dedos jugaban con el gatillo como si estuviera ansioso por apretar.

Formaban parte del equipo de seguridad de la clínica.

Si esperaba una excusa para hacerlo, no iba a dársela. Al parecer, estaban esperando a ver qué quería hacer su jefe con nosotros.

A mi lado, Ray mantenía una expresión neutra. Sabía que estaba evaluando la situación, esperando el momento adecuado para atacar.

Pero yo no podía esperar. Mi hija estaba ahí dentro, y no quería imaginar lo que podían estar haciéndole.

Solo pensarlo era suficiente para encender una furia que me incendiaba por dentro. Si le tocaban un puto pelo, los haría arder con mis propias manos.

El tipo que nos tenía retenidos echó un vistazo al *walkie* en su cinturón, distrayéndose por un breve segundo. Ray aprovechó el

instante y se inclinó hacia adelante con un quejido.

—Joder… —Se llevó una mano al abdomen, fingiendo que algo no iba bien—. Creo que… mi puto dolor de tripa es una perforación de apéndice, necesito un puñetero médico.

El gorila frunció el ceño, desconcertado.

—¿Qué dices?

No le dio tiempo a reaccionar.

Ray se impulsó con fuerza y le lanzó una patada en el estómago, haciéndolo tambalearse. Al mismo tiempo, yo me lancé contra el otro cabrón que estaba apoyado contra una de las paredes, agarrándole la muñeca con la que sujetaba el rifle y girándola con toda la fuerza que me permitieron mis brazos. Como Ray me enseñó con el entrenamiento al que me sometieron cuando tuve que volver al Salvador. Todavía recordaba algunos trucos.

El crujido de hueso fue música para mis oídos.

El guardia aulló, pero no le di respiro. Conecté un puñetazo directo a su mandíbula, después otro, hasta que lo sentí flojear. Un golpe certero en la tráquea lo dejó en el suelo, retorciéndose y luchando por aire.

Ray ya tenía su pistola en la mano, mientras que yo me hice con el rifle del otro.

—Cógelo todo —murmuró, revisando al hombre que acababa de tumbar—. ¿Qué tenemos aquí?

Ambos estaban inconscientes, y no había tiempo que perder.

—Explosivos —dije al ver los pequeños paquetes sujetos al chaleco del gorila.

Ray soltó un silbido bajo.

—Bueno…, si nos querían muertos, ahora nosotros tenemos la sartén por el mango.

No dudé. Arranqué el chaleco y se lo pasé, él era el experto, al fin y al cabo. Se lo puso sobre los hombros.

Ray me miró, pero no dijo nada. Sabía que iba a acompañarlo aunque se negara.

Mi hija estaba dentro de esa clínica. Iba a hacer volar ese puto lugar antes de dejar que alguien le pusiera un dedo encima.

Trepamos y cruzamos la verja con sigilo, nos deslizamos por la maleza hasta la pared trasera.

Nada iba a impedir que rescatáramos a Magaly.

CAP Í TULO 103



Candice

El eco de *Claro de Luna* flotaba en la sala, envolviéndolo todo en una melodía irónica y macabra.

Jordan estaba delante de mí expuesto e inmóvil. Yo tenía el cinturón de penetración ajustado a mi cuerpo, aunque era incapaz de usarlo. No podía. Si lo hacía, si seguía adelante, lo rompería. No solo físicamente, su mente se desmoronaría, nunca se recuperaría de algo así, y yo era incapaz de causarle un daño irreversible. Solo había obedecido buscando la fórmula para liberarnos. Que Petrov se hubiera hecho con la pistola que yo quería fue un golpe inesperado.

Aquel cabronazo ladeó la cabeza con impaciencia, como si estuviera disfrutando de cada segundo de mi agonía.

—Vamos, ama Candy —musitó con una sonrisa perezosa—. No querrás hacerme perder la paciencia y que tengamos que negociar de nuevo.

Mi cabeza trabajaba a mil por hora. Tenía que arriesgar.

«¡Piensa, Candela, piensa!».

Para distraerlo, pasee la punta roma del cinturón entre las nalgas de Jordan.

—No quiero jueguecitos de calentamiento, penétralo.

Se estaba impacientando.

Algo crujió. Cayó una rejilla de ventilación desde lo alto de la pared, muy cerca de Petrov.

«La distracción que necesitaba».

Jordan se movió antes de que pudiera procesarlo.

Con un gruñido desgarrador, me apartó con brusquedad, tirando de mí con fuerza, utilizando su cuerpo a modo de pantalla para cubrirme.

Y entonces lo vi. Se sacó un arma del tobillo.

Mis ojos se abrieron con horror cuando Petrov también alzó la suya para apuntarnos.

Las luces parpadearon. El mundo pareció reducirse a un instante suspendido en el tiempo.

Dos detonaciones se escucharon al mismo tiempo.

Y fuera…, una tercera explosión hizo temblar el suelo.

CAP Í TULO 104



Sepúlveda

El metal frío del conducto de ventilación me quemaba la piel de los antebrazos.

Había logrado reptar hasta una sala que parecía un jodido cuento de hadas: una cama enorme de dosel, cortinas de encaje, flores frescas esparcidas por todas partes… y cámaras. Muchas cámaras.

La opulencia de la habitación no me engañaba. No era para un jodido cuento de hadas. Era un altar de sacrificio.

Mis manos sudaban sobre el cañón de la pistola. «¿Dónde coño estaban Clara y su equipo?». Martínez y yo nos habíamos separado para dar con la cría, ese lugar era enorme y sin los planos era complicado acertar, aunque mi intuición me decía que estaba en el lugar adecuado.

La puerta se abrió.

Un hombre corpulento, vestido con traje, entró cargando a Magaly.

«Mierda».

Su cabeza se bamboleaba, su cuerpo inerte. No cabía duda de que estaba drogada.

Anne Vílchez entró detrás, flanqueada por cuatro hombres y cinco mujeres.

El tipo la depositó sobre la cama como si fuera un jodido maniquí.

—No la toquéis aún —dijo Anne con frialdad—. Mi marido está por llegar. No podemos empezar sin él.

Los hombres gruñeron, molestos. No parecían muy pacientes.

—Ya hemos hecho el pago.

—Lo sé, pero el protocolo de seguridad marca que Lucas debe estar presente, solo serán dos minutos, lo prometo.

Anne les lanzó una mirada de advertencia antes de salir, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio duró tres segundos. Sonrisas cómplices y todos desabrochándose los cinturones mientras las mujeres aplaudían.

—Yo primero —dijo el mismo que la había traído, avanzando hacia la cama.

«¡Tengo que actuar! ¡A la mierda Clara!».

Intenté quitar la rejilla de ventilación sin demasiado éxito. Los tornillos estaban oxidados.

«¡No, joder!».

El hombre se subió a la cama, le subió el camisón de encaje y le separó las piernas.

«No pensaba dejar que lo hiciera». Saqué mi arma y apunté con el poco margen que me daban los espacios entre las placas metálicas.

Antes de que pudiera apretar el gatillo…

La puerta se abrió de golpe.

Clara apareció en el umbral, encañonándolos.

«¡Por fin, menos mal!».

—¡Al suelo, hijos de puta!

Una explosión sacudió la clínica. Gritos.

El calor abrasador de las llamas iluminó la habitación.

Clara cayendo al suelo fruto de la deflagración.

El infierno había comenzado.

CAP Í TULO 105



Jordan

Un dolor ardiente me perforó el hombro. El aire se espesó con el olor a pólvora y a sangre. Mis pulsaciones rebotaban en los tímpanos fruto de la adrenalina, y solo podía pensar en que Candela estuviera sana y salva.

—¡Cuidado, Martínez! —gritó ella cuando el agente se precipitó a través del agujero en un salto imposible en dirección a mi atacante.

Su mujer irrumpió en la sala. Su expresión era un puto poema.

Mi arma había caído al suelo, y Candela reptaba para alcanzarla cuando Luka volvió a disparar atravesando al agente en pleno vuelo.

—¡¿Qué coño estás haciendo, Luka?! ¡Nos largamos ya!

Petrov no era estúpido.

Martínez cayó al suelo con el estómago perforado y, cuando Candela alcanzó mi arma, esas sabandijas ya habían huido.

Los vi desaparecer por la puerta de emergencia.

«Esta vez no pienso dejar que se larguen». Me subí el pantalón.

—¿Dónde están? —preguntó Candela atribulada, apuntando sin ver el objetivo.

—¿Estás bien? —cuestioné temeroso de su respuesta. No estaba seguro de si la bala que me había atravesado le dio a ella.

—Estoy bien… Mierda, Jordan, no quería que esto pasara, intenté una maniobra de distracción que no salió bien… ¡Te han disparado!

—No te preocupes por eso ahora, dame el arma y ocúpate de Martínez.

Su cuerpo se agitaba como una hoja.

—Por favor, quédate conmigo.

Su voz se quebró.

—Debo acabar con esto, o volverá, no puedo permitirlo, tengo que asegurarme de que esta vez deja de respirar, o no parará nunca. Lo sabes tan bien como yo.

Negó con la cabeza. Pánico en su mirada.

—Va a matarte.

—No lo va a hacer.

—Jordan, por favor…

Le sostuve el rostro entre mis manos.

—Confía en mí, ve con Martínez, ayúdalo. Si no acabo con Petrov ahora, nunca podremos vivir en paz.

Ella cerró los ojos con fuerza, tragándose el dolor. Comprendiendo lo inevitable.

—Ten cuidado —susurró—. Quiero una vida a tu lado.

—Descuida, te la voy a dar.

La besé. Un beso corto y apasionado que sellaba mi promesa.

Los gritos de dolor de Martínez resonaban en la sala mientras Candela se quitaba el cinturón y le ayudaba.

No podía quedarme más tiempo.

Seguí el rastro de sangre. Me alegró que Petrov estuviera herido.

Me aferré a eso mientras salía por el mismo sitio que ellos, un pasillo estrecho que daba a una puerta de emergencia que estaba abierta.

La oscuridad de la noche me golpeó de lleno. Tras de mí, llamas anaranjadas que lo iluminaban todo.

Corrí con la pistola bien sujeta. Cada latido me enviaba una puñalada al hombro.

No podía detenerme. ¿Dónde diablos estaban?

Vi una luz a unos cuantos metros, tenía pinta de ser un aparcamiento, seguro que había ido en busca de un coche para huir.

Estaba seguro de que lo tenía.

Me acerqué con cautela y me asomé un poco, lo justo para verlos.

Petrov se apoyaba contra la pared, jadeando mientras su mujer removía en una pared con llaves colgadas y le voceaba.

—¡Todo esto es por tu estúpido juguete de mierda!

—Cállate, no tienes ni idea de nada, ¡iba a recuperar a mi hija!

—¡¿Tu hija?! ¡¿De eso se trataba?! ¿Por eso me dejaste sola frente a la subasta? ¡Me hiciste parir, Luka! —gritó ella—. Tener al hijo de ese maldito *pipián* de Julio César.

«¿Julio César? Ese nombre… No, no, no, no podía ser ella…, ¿o sí?».

—Tengo derecho a cambiar de opinión… —Ella estaba histérica—. ¡Me debes tu vida y todo lo que tienes! Aprende a comportarte como mi mujer y no una hija de la mara. —Algo en la mirada oscura de la mujer me hizo ver la peligrosidad latente en ella.

Era Anita Valdés, la mujer de Julio César, que estaba en busca y captura. Al igual que Petrov, tenía un nuevo rostro, por eso nadie dio con ella.

—Abre el maldito coche y larguémonos.

Ella le dio al cierre centralizado. No podía dejar que se fueran. Aunque para mi sorpresa, en cuanto entró, se escuchó cómo cerraba de nuevo y arrancaba. Sin esperar a Luka, que empezaba a despegarse de la pared.

—¡¿Qué cojones haces?!

Le ofreció una peineta y pisó el acelerador. Me hice a un lado para que no me atropellara.

Por fin iba a verme cara a cara con él.

CAP Í TULO 106



Sepúlveda

El humo lo cubría todo. Una nube espesa y asfixiante se filtraba por el conducto de ventilación, arañando mi garganta como si fuera papel de lija. Tosí, ahogada, sintiendo cómo mis pulmones se llenaban de cenizas.

Tenía que salir. Pateé con todas mis fuerzas la placa metálica que me tenía atrapada, Me importaba una mierda si los de abajo se enteraban.

Crack. Crack. Crack.

Nada.

La piel me ardía. El calor era insoportable, apreté los dientes y volví a patear con todas mis fuerzas.

Clara estaba tirada en el suelo, aturdida.

Su arma…

No estaba en su mano.

El pánico me golpeó con más fuerza que el aire en llamas.

Uno de los cabrones la tenía.

—¡Largo de aquí, joder! —gritó el tipo hacia el resto, provocando que salieran en estampida.

—¡Clara! —grité, queriendo despertarla.

«¡Puto óxido de los cojones! ¡Me negaba a morir asfixiada!».

El humo era cada vez más denso. Las llamas crujían como si el mismo infierno estuviera engullendo el edificio.

No tenía tiempo.

—¡Clara! —insistí, sintiendo el ardor en mi garganta.

No respondió.

«¡Hijos de puta!».

¿Dónde demonios estaría César? «Por favor, que no le pase nada, no puede dejar viuda a Nancy con el bebé».

Magaly, sobre la cama, con los labios entreabiertos, la piel perlada de sudor.

Tosí, con el codo en la boca. La hija de Torres seguía perdida en su bruma de drogas.

—¡Mierda, mierda, mierda! —voceé, moviéndome a trompicones, con el aire cada vez más espeso—. Clara, ¡que te despiertes!

Notaba cómo las fuerzas se me agotaban por la falta de aire.

Gritos. Caos. El fuego devorándolo todo.

Mis piernas flaquearon.

—Vamos… —jadeé, sintiendo mi visión oscurecerse.

Entonces, una voz.

—¡Por aquí!

Otra.

—¡Está aquí!

Parpadeé, tratando de enfocar.

A través del infierno, vi una silueta entrar, juraría que era Ray Wright, corriendo en dirección a Magaly.

Sonreí.

Por fin… Por fin había cumplido con algo. Parecía que últimamente nada me salía bien desde lo de Margaret y, sin embargo, ahora…

Me juré que no dejaría que a esa niña le pasara nada y no le había pasado.

—Tenemos que sacarla de aquí —dijo la segunda voz—, yo cargo con… Joder, ¡¿esta no es Clara Goldstein?!

—Da igual quién sea, tenemos que sacarlas antes de que sea demasiado tarde…

Intenté golpear de nuevo.

No pude, ni siquiera entraba oxígeno en mis pulmones.

Cerré los ojos y respiré por última vez, dejándome vencer por la pesadumbre.

—Voy a por ti, Margaret… —susurré antes de que la oscuridad me reclamara.

CAP Í TULO 107



Candice

Las llamas lo devoraban todo.

Martínez se apoyaba pesadamente en mí. Cada paso que daba era una maldita batalla.

La chaqueta de camarero que me había prestado para cubrirme se pegaba a mi piel con el sudor, con el humo, con la desesperación.

—Aguanta, por favor… —le susurré, sintiendo cómo su peso se hacía cada vez más insoportable.

El fuego rugía a nuestro alrededor. Podía escuchar los crujidos del techo cediendo, el estallido de cristales al reventar por el calor.

La sangre de Martínez empapaba mi costado cubierto por su chaqueta.

La palidez de su rostro me confirmó lo que temía. Cada paso que dábamos le costaba la vida.

—Le voy a decir a mi jefa… —farfulló con una sonrisa dolorida— que, si salgo de esta…, quiero un puto aumento.

—Si sales de esta, yo misma te regalo un cheque gigante —murmuré, apretando más mi agarre. Gracias a él, seguía con vida y esperaba que Jordan también.

Mis ojos se movieron frenéticos entre la multitud que huía.

¿Dónde estaría Jordan? Tenía que encontrarlo.

«Dios, por favor, ¡que esté bien!».

El mundo seguía derrumbándose a nuestro alrededor… Por fin estaba llegando a la entrada. El humo lo espesaba todo.

Entonces, una figura familiar apareció entre el caos.

—¡Ray! —grité con el pulso desbocado—. Reconociendo a uno de los amigos de Jordan.

Estaba ayudando a...

—¡¿Clara?!

«¿Qué demonios hace aquí mi clienta?».

Por un segundo, la adrenalina me nubló el juicio y no entendía nada.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Habéis visto a Jordan? —pregunté con la voz temblorosa.

Sus expresiones me lo dijeron antes de que abrieran la boca.

—No —negó el moreno que cargaba a una chica en brazos con la frente perlada de sudor—. ¿Está aquí?

—Salió detrás de Petrov, Vílchez —me corregí, pensando en que igual no asociaban el nombre— y de su mujer —jadeé—. ¡Ese hijo de puta era el hombre que jodió a Jordan en España!

Ray maldijo en voz baja.

—¿Martínez? —preguntó Leo, notando su estado crítico.

El agente levantó la vista con dificultad, como si le costara siquiera mantenerse despierto.

—Aguanto… Sepúlveda… —tosió, hablando con mucho esfuerzo—. Nos metimos en los conductos de ventilación para buscar a Magaly. Nos dividimos en un punto… y no la he vuelto a ver, no quería irse sin sacarla de aquí intacta.

Mi clienta, que acababa de recuperar el conocimiento, parpadeó como si estuviera procesando lo que decía.

—Creo que… Creo que oí a alguien decir mi nombre justo después de la explosión en la sala que encontré a vuestra hija.

El tiempo se detuvo.

Leo le pasó a Ray a su hija con un gesto de puro instinto.

—A la mierda.

—¡¿Dónde crees que vas?! ¡Leo! ¡Leo!

Sin pensarlo dos veces, giró sobre sus talones y corrió de vuelta hacia el infierno.

Su silueta se perdió entre el fuego y el humo negro que lo tragaba todo.

Un crujido se propagó por los cimientos de la estructura y una enorme viga cayó en el pasillo que Leo acababa de atravesar.

—¡Leooo! —volvió a gritar Ray con desesperación.

Las llamas rugieron como bestias hambrientas. Y no hubo respuesta.

CAP Í TULO 108



Jordan

El aire estaba cargado de cenizas y humo. La noche había sido devorada por el resplandor anaranjado del fuego que crecía con cada segundo.

El viento había cambiado, y algunas llamas amenazaban con cruzar el espacio que quedaba entre los dos edificios y prender fuego al garaje.

El mismo lugar del que Anita había escapado y donde Petrov aguardaba a su verdugo.

Mis pies avanzaron con el arma en alto, listo para entrar y acabar con él, no iba a darle la oportunidad de escapar.

Mis pasos eran pesados, mi hombro latía con cada bombeo de mi corazón, pero lo importante era que seguía de pie y Candela estaba a salvo.

Me asomé y lo vi.

Estaba apoyado contra la pared, con su camisa empapada de sangre y el rostro pálido por su pérdida.

En su mirada no había miedo, pero por primera vez vi algo más. Algo mínimo, casi imperceptible, pero estaba ahí: frustración.

Cuando sus ojos me encontraron, sonrió.

—Vaya, vaya... El perro viene buscando a su dueño…

—Tú nunca has sido mi dueño —murmuré, encañonándolo, él hacía lo mismo.

—Hay cosas que, por mucho que las cubras, se tatúan sin tinta. Como yo bajo tu piel.

—Te das más importancia de la que tienes, Luka...

—Nunca has podido pasar página.

—Puede, aunque ahora pienso arrancarla.

Levanté el arma.

—Sabes que siempre volveré, que soy tu condena, que nunca vas a poder arrancarme de ti.

—Voy a matarte.

—Inténtalo, no eres capaz…

El fuego había alcanzado el tejado y comenzaba a crepitar sobre nuestras cabezas. Petrov no tenía miedo, no era una emoción que se hubiera permitido jamás, o por lo menos, desde que yo lo conocía.

Y no lo tenía en ese momento, con mi arma apuntándole directo al corazón.

Y entonces lo entendí.

No tenía miedo porque nunca tuvo nada real que perder.

Luka intentaba amasar fortuna, poder y sumisión porque no era capaz de que alguien lo eligiera por ser él. La verdad me alcanzó como un fogonazo.

—¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Que me das pena.

Él rio.

—Pena porque en el fondo lo que te pasa conmigo es que sientes envidia.

—¿Envidia? La falta de sangre te está afectando a la cabeza.

—No, no lo está haciendo. Es solo que por fin lo comprendo. Lo que te ocurre es que lo único que puedes obtener de las personas es que se dobleguen ante ti, ante tus órdenes, tu fusta o tus chantajes. Jamás ha habido alguien que te eligiera por encima de los demás.

No lo conseguiste conmigo, ni con tu hija, ni siquiera con tu nueva mujer, que no ha dudado en abandonarte a la menor oportunidad.

Un tic cruzó su mandíbula.

—Estás hueco, como un cascarón vacío. Has querido arrodillar al mundo en lugar de abrazarlo y eso te ha pasado factura. Naciste solo y morirás solo. Habrás pasado sin pena ni gloria por este mundo, y nadie va a malgastar su tiempo queriendo recordarte.

Sus labios se tensaron.

—Me das lástima porque no has conseguido lo más importante que hay en esta vida: amar y ser correspondido. Y por eso te perdono.

Sus pupilas se dilataron un segundo.

—¿Que me perdonas?

—Sí, te perdono, porque ni siquiera te mereces mi rencor. No vas a vivir en mi mente, no vas a estar presente en la vida que pienso vivir al lado de Candela.

Una expresión nerviosa cruzó su rostro.

—¿Sabes qué, Jordan? —Ladeó la cabeza con una sonrisa, burlón.

—¿Qué?

—Que siempre te han faltado huevos.

Apreté los dientes, mi dedo en el gatillo, listo para volarle la cabeza de una vez por todas.

—¿Lo ves? Incluso para matarme necesitas mi orden. Vamos, perrito, aprieta el gatillo si te atreves.

El cabrón me estaba retando, disfrutándolo.

—¿No quieres hacerlo? —susurró, su tono suave, venenoso—. ¿O es que eres consciente de que, si lo haces, vas a dejar de recibir mis órdenes? No vas a superarme nunca, ¿me oyes? Nunca.

El asco me recorrió como un escalofrío.

—Adiós, Luka.

Él esbozó una sonrisa y, entonces…, disparó primero.

El fogonazo iluminó su rostro. El impacto fue seco, violento. Mi arma voló de mis manos, el dolor me recorrió el brazo con una vibración punzante.

«¡Maldito cabrón!».

—Si quieres matarme, tendrás que mancharte las manos —dijo antes de abalanzarse contra mí.

Su peso provocó que me desestabilizara y me tiró al suelo.

Mi espalda impactó contra el asfalto con un crujido sordo, el aire escapó de mis pulmones.

No me dio tiempo a recuperarme. Sus puños golpearon mi rostro con una fuerza brutal.

Uno.

Dos.

Tres.

—¡Sigues siendo mi puto perro sumiso! —gruñó entre dientes, su aliento apestaba a sangre y muerte.

Mi visión se nubló. El fuego rugía a nuestro alrededor, el calor era insoportable.

No pensaba rendirme. No esta vez. Con un último esfuerzo, levanté la rodilla y la clavé en su costado herido.

Soltó un jadeo desgarrador. Me liberé y rodé sobre él.

—Este es tu infierno, cabrón.

Mi puño descendió con toda la rabia, la desesperación y el dolor acumulados durante años.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Su nariz se partió con un chasquido húmedo, su ceja reventó y su boca se llenó de sangre, aun así, seguía riendo. ¡Él estaba riendo!

—¿Eso es todo lo que tienes? —escupió, con un diente manchado de rojo cayendo sobre su mejilla—. ¿Así piensas matarme?

Mis nudillos ardían. Mi hombro dolía como el infierno.

Él aprovechó mi vacilación.

Su brazo izquierdo se deslizó hasta su tobillo, sacó una daga que no esperaba y la hundió en mi costado.

Un dolor lacerante me atravesó. Solté un gruñido gutural, pero no me aparté mientras la hundía con saña. No. Me. Aparté. Donde antes habría habido miedo, ya solo veía oportunidad.

Le agarré la muñeca con todas mis fuerzas. Con el filo todavía dentro de mí y el humo abatiendo mis pulmones. Con una fuerza que ni siquiera sabía que tenía, logré retorcérsela hasta escuchar otro chasquido de hueso roto.

Él gritó y reptó fuera de mi alcance.

Yo arranqué la daga de mi piel y corrí tras él.

El jardín trasero estaba envuelto en llamas.

Quizá no saliera de esa, sin embargo, él tampoco lo haría, y me aseguraría de que todos los que había mancillado, manipulado o doblegado, pudieran sentir la paz que él les había arrebatado.

Corrí hacia él con la poca fuerza que me quedaba, con el calor abrasándome la piel y el corazón libre.

Petrov frenó en seco, buscando una huida imposible y, entonces, ataqué, sin pensar, sin contemplaciones.

Lo empujé con todas mis fuerzas contra las llamas ávidas de carne, ávidas de él.

Su cuerpo cayó sin remedio, se vio envuelto al instante, y su grito, el primero que escuchaba de verdad, fue el pistoletazo de salida hacia mi liberación y hacia la de todos los que había torturado como a mí.

Me quedé ahí, mirando, viendo cómo su piel se contraía, su rostro se deformaba y alargaba las manos para que lo salvara.

Podría haberlo apartado, intentar apagar las llamas, podría haberlo salvado de ser pasto del fuego, pero jamás podría haberlo hecho de sí mismo.

Intentó levantarse, sus manos arañaron el suelo. El hedor a carne quemada lo impregnó todo.

Su boca se abrió, pero ya no salió ningún sonido.

Petrov se había consumido en su propio infierno.

Me tambaleé hacia atrás. Caí de rodillas, tosiendo. Mis manos estaban manchadas de sangre, la suya, la mía, la de todas sus víctimas.

Cerré los ojos y alcé la barbilla al cielo, consciente de que no saldría de ahí con vida, pero que por lo menos había conseguido uno de mis objetivos: Candela y su familia estaban a salvo, y yo habría

cumplido mi promesa con Andrés, su hija estaba bien, aunque no fuera yo quien se la entregara, esperaba que por fin me perdonara.

Todo había terminado. La adrenalina que me sostuvo se desvaneció, el aire era irrespirable. Solo me quedaba aguardar a mi propio final y lo haría en paz, agradecido y bendecido por todo lo bueno que me había pasado… Por Candela, por los chicos, por haber conocido el amor de verdad.

La humedad empapó mis mejillas, el frescor de mis propias lágrimas envolviéndome en una lluvia refrescante que hacía desaparecer el ardor.

—Jordan.

La voz me alcanzó entre los latidos de mi corazón y el agua…

Agua, joder, ¡era agua!

Mis labios se curvaron en una sonrisa mojada.

Separé los párpados en dirección a las gotas que formaban un paraguas a mi alrededor, y después hacia la voz, esa que creí que no volvería a oír…

Allí estaba ella, corriendo en dirección hacia mí, manchada de sangre y hollín, más preciosa que nunca.

Se dejó caer frente a mí, me agarró la cara con sus preciosos ojos brillando como gemas, buscando en nuestro silencio todo el amor que sentíamos el uno por el otro.

Temblé. Por el frío. Por todo lo que acababa de pasar. Por todo a lo que sobreviví.

Su mirada me sostuvo. Sonreímos, y me besó, nos besamos, sin importar el dolor de mis heridas o la sangre que había perdido en la reyerta, porque Candela Estrella me insuflaba vida, esperanza y luz, donde antes solo había habido oscuridad.

—No es por joder el reencuentro, pero creo que necesitas que alguien le eche un ojo a tus heridas, *boss,* y que salgamos de este puto infierno.

Candela y yo nos separamos para mirar a Ray, que torcía una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Después te lo contamos… —murmuró Candela, desviando la mirada hacia el cuerpo carbonizado de Petrov.

—A ese ya no hay quien lo resucite —comentó Ray, chasqueando la lengua.

Intenté levantarme por mi propio pie, pero me fallaron las fuerzas.

—Deja que te echemos una mano, fiera. —Ray pasó sus hombros bajo mi brazo.

—¿Y Leo? —preguntó Candela con temor. Él sonrió.

—No me preguntes cómo, pero ha logrado salir y, lo más importante para Martínez, con Sepúlveda, los está atendiendo la ambulancia, igual que a Maggie. Mi hombre está forjado en el fuego. Si había alguien capaz de salir ileso de eso —señaló la monstruosidad que ardía a nuestras espaldas—, era él.

—¿Magaly estaba aquí? —pregunté horrorizado.

—Sep, su padre no va a dejarla salir más hasta la jubilación, eso tenlo por seguro —bufó—. La fiesta ha sido muy entretenida, pero creo que es hora de irnos.

—Larguémonos —aseveré, sintiéndome cada vez más débil, pero cargado de amor.

Avanzamos despacio, con el agua cayendo sobre nosotros, limpiando la sangre, la ceniza, el dolor.

El fuego quedaba atrás.

Y con él, las sombras de lo que fuimos, de lo que perdimos, de lo que sobrevivimos.

No éramos los mismos, habíamos ardido y renacido. El pasado se consumió, y ahora, simplemente, nos tocaba vivir.

CAP Í TULO 109



Anita

El motor rugía mientras pisaba el acelerador a fondo. La clínica ardía a mi espalda, iluminando la noche con su resplandor infernal.

«Hijo de la gran puta, Luka, por tu culpa, todo se ha ido a la mierda».

El velocímetro subía a 90 mph en aquella carretera secundaria. Si lograba llegar al siguiente desvío, podría desaparecer.

Ya tenía un plan.

Iría a México, cruzaría la frontera. Luka tenía un piso franco con suficiente dinero en metálico y pasaportes con una nueva identidad.

Con eso y el dinero que teníamos en paraísos fiscales, podría rehacer mi vida, dudaba que él lograra escapar de la clínica. ¡Que se jodiera!

Todos los hombres eran iguales. Si sobreviví a Julio César, podía hacerlo otra vez.

Pisé de nuevo a fondo, saboreando el triunfo cuando sentí que algo iba mal. Un estallido, y el coche sin posibilidad de avanzar.

«¡Qué cojones!».

Un estruendo seco sacudió el coche cuando pasé sobre algo metálico. Los neumáticos explotaron al instante.

«¡Púas!».

El vehículo derrapó, giró sobre sí mismo y se detuvo de golpe, con las llantas destruidas y el motor humeando.

«¡No, no, no, no!».

Las luces azules y rojas de la policía lo cubrían todo.

Bajé el cristal de la ventanilla, levantando las manos. No tenía armas, debía ser rápida y astuta.

«Piensa, Anita, piensa».

Sonreí con desesperación. Mejor la víctima que la culpable.

—¡Señores agentes! ¡Por fin! No tienen ni idea de lo que ha pasado ahí atrás… ¡Deben acudir al rescate! ¡Yo estaba huyendo, no tengo nada que ver con esto!

Uno de ellos, alto, de porte firme, con un chaleco antibalas, avanzó con calma, el arma en posición de seguridad.

—Bájese del vehículo con las manos a la vista, por favor.

Tragué saliva.

—No entienden… No formaba parte de esto. No llevo armas. ¡Tengo un bebé que alimentar en mi casa! ¡Les juro que no sabía nada! ¡Por favor!

Silencio.

Otro agente, rostro de piedra, se adelantó.

—Si no ha hecho nada, no tiene de qué preocuparse. Y si lo ha hecho…, resérvelo para el juez.

El frío me recorrió la espalda.

—¡¿No me han oído?! ¡Tengo un bebé! ¡Mi hijo está en casa! ¡Por favor! ¡Tengo que volver con él!

Ninguno se inmutó.

El primer agente sacó las esposas.

—Identifíquese.

Tragué saliva.

—E-eh…, yo…

Uno de ellos abrió la puerta con brusquedad y me sacó del coche con fuerza.

Me aplastaron contra el capó con un golpe seco.

—Usted lo ha querido, señora Vílchez —remarcó el apellido. «Joder, ¡saben quién soy!»—. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a la asistencia de un abogado durante su interrogatorio. Si no puede pagarlo, se le asignará uno de oficio…

El resto de la frase se convirtió en ruido blanco mientras los grilletes se cerraban sobre mi piel, alrededor de mis muñecas.

—¡No! ¡No! Escúchenme, ¡se trata de un error!

No importaba.

Me empujaron hacia una de las camionetas negras.

La puerta se cerró con un golpe metálico.

Y, entonces, lo supe.

No era el final.

No mientras siguiera respirando.

No mientras Leo Torres y sus hijas siguieran con vida.

Me hundí en el asiento con la mirada en el vacío, sintiendo cómo la rabia hervía en mi interior.

—Voy a salir de esta…

Y cuando lo hiciera, me aseguraría de que sufrieran.

No importaba cuánto tiempo me llevara.

CAP Í TULO 110



Jordan

Y tras lo que parecía el fin, el mundo fue volviendo poco a poco a la realidad.

Primero, un dolor sordo en el hombro, como si un camión me hubiera pasado por encima y hubiera dado marcha atrás solo para asegurarse de que seguía jodido. Después, el sonido de un monitor marcando mis latidos con un pitido constante. Y, finalmente, una presión cálida en mi mano.

Abrí los ojos con esfuerzo y la vi. Candela.

Su melena desordenada caía sobre sus hombros, su rostro estaba cansado, pero en cuanto notó mi mirada, sus labios dibujaron una sonrisa que me hizo olvidar el dolor.

—Por fin despiertas, princesa. —Su pulgar acarició el dorso de mi mano.

El término me hizo gracia, porque si de algo estaba seguro que no parecía era una princesa… Intenté hablar, pero la garganta me ardía.

—Agua…

Ella reaccionó al instante, inclinándose para coger un vaso con pajita de la mesita de noche.

—Despacio, ¿vale? Que no quiero que te atragantes —me susurró mientras me ayudaba a beber.

El líquido refrescó mi garganta y, cuando por fin pude articular palabra, lo primero que dije fue:

—¿Y tu padre?

Candela soltó una carcajada, aunque su risa sonó quebrada por la emoción.

—¿En serio que por quien primero preguntas es por mi padre?

Sentí cierto calor en el rostro.

—Le prometí que… tú, que…

—Calla, que ya lo sé… Lo primero que hice cuando salimos de aquel infierno fue llamarlo y me dijo lo que le prometiste. ¿Y sabes qué?, que lo lograste, que ganaste —dijo con orgullo.

Apreté su mano con la mía, ignorando el dolor que eso me provocaba. Sus ojos se llenaron de agua.

—No llores, Estrella… Me gusta verte brillar.

Ella mordió su labio y me besó en la frente.

—Tú me haces brillar. Creí que te perdía…

—Tienes que aprender a confiar más en mí. Casi todo lo aprendí perdiendo, pero por fin ha llegado el día de ganar, y tú eres el mejor premio.

Se inclinó y me besó con dulzura, su aliento tembló contra el mío.

Un golpe en la puerta nos interrumpió.

La doctora Blackwood, la madre de Corey, entró en la habitación.

Su bata blanca estaba impecable y su expresión era profesional, aunque había algo en su mirada que me decía que estaba acostumbrada a tratar con idiotas tan tercos como yo.

—Veo que está despierto, señor Stein.

—Puede llamarme Jordan, después de todo lo que su hijo ha hecho por mí.

Ella sonrió afable sin perder su rictus profesional.

—Muy bien, Jordan. Voy a explicarte tu estado: tienes una fractura de clavícula provocada por el impacto del disparo en el hombro. La bala no atravesó ningún órgano vital, pero afectó tendones y ligamentos. La recuperación será lenta, vas a necesitar fisioterapia para recuperar el rango de movimiento.

«Genial».

—La herida por arma blanca en tu costado no alcanzó órganos, pero perdiste mucha sangre. La buena noticia es que no hubo infección, y ya hemos controlado la hemorragia.

—¿Jodido pero no muerto?

—Sería un buen resumen. —La doctora sonrió—. Y, dado que no puedes recibir malas noticias, fuera tienes un ejército de personas deseando verte.

Candela se inclinó, susurrándome con cariño:

—¿Ves cuánta gente te quiere y se preocupa por ti?

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Una avalancha humana entró en la habitación.

—¡*Boss*!

Parecía una competición por quién llegaba primero hasta mi cama. Un torbellino de caras conocidas se abalanzó sobre mí.

Ray, Corey, Leo, Raven, Elon, Ares, Marlon y Janelle iban en cabeza, seguidos de sus parejas, todos cargados de flores, globos y bolsas con comida.

—Madre mía, ¡esto parece una floristería! —espetó la doctora—. ¡Lo vais a dejar sin oxígeno!

—Tranquila, mamá, yo me ocupo de sacar todo esto fuera —murmuró Corey, besándola en la mejilla.

—Aquí dentro no puede haber tanta gente, así que tenéis diez minutos.

—También me ocupo de eso, no sufras. —Ella asintió.

El primero en hablar fue Elon, con su sonrisa encantadora mientras sostenía una caja con pastelitos.

—¡Hemos traído provisiones! Nada de comida de hospital para ti.

—Dios bendiga al repostero… —mascullé.

Leo, con los brazos cruzados, negó con la cabeza con una sonrisa. Tenía los antebrazos envueltos en vendas, seguramente fruto del rescate de Sepúlveda.

—Un pajarito me dijo anoche que no pudiste quedarte quieto y te convertiste en un puto héroe.

—Eso se lo preguntas a mi hija cuando la veas, creo que me llama el carcelero.

—¡No exageres! —murmuró Ray—. Que se disculpó muchísimas veces, y creo que fue la primera vez que la oigo darte las gracias por ir a buscarla a una fiesta y sacarla en brazos.

Todos rieron.

—Lo lamento, jefe, pero, por ahora, nada de sólidos —aclaró Corey.

—Entonces, ¿para qué me molesto? —cuestionó Elon.

—Para nosotros… —Raven le arrebató la bandeja y fue pasando pastelitos para todos.

—Eso, así todos lo disfrutamos mientras Jordan se muere de envidia. ¿Lo pilláis? —Ese era Marlon, cuya intervención hizo rodar los ojos a su hermana.

Ares se apoyó en la pared, sonriendo con lo más parecido a la ternura que le había visto en la cara.

—Nos alegra que sigas con nosotros, cabrón.

—Gracias… —Mi voz era más ronca de lo que pretendía—. Aunque, por favor, solo muestras de afecto a distancia, un abrazo y muero de verdad.

—¡Ni se te ocurra abrazarlo, Marlon! —exclamó Janelle, deteniéndolo justo cuando iba a lanzarse sobre mí.

Él levantó las manos, ofendido.

—¡¿Qué?! Yo solo iba a darle una palmada en el hombro…

Todos lo miraron con incredulidad.

Y, entonces…

—¡Achís!

Ray, el encargado de sujetar un enorme ramo de flores en las manos, soltó un estornudo atronador.

Todos se giraron hacia él.

—¡¿Qué coño te pasa?! —preguntó Ares, divertido, mientras nuestro chico de oro sorbía con desesperación.

—Estas putas flores me dan alergia.

—¿Y por qué traes flores si te dan alergia? —intervino Janelle, con Marcus a su lado, claramente reprimiendo una risa.

—¡Porque no quería llegar con las manos vacías, y era lo único que había ahí abajo!

Elon le quitó el ramo y lo puso en la mesita con una sonrisa burlona.

—Pues gracias por el sacrificio —mascullé.

Las risas llenaron la habitación.

Candela tenía razón, nunca me había dado cuenta de la suerte que tenía, de cuántas personas me apreciaban y estaban dispuestas a darlo todo por mí.

Justo cuando pensaba que la visita no podía ser más caótica ni más feliz, la puerta se abrió de golpe otra vez.

Y, esa vez, los que entraron fueron Andrés, Andy y… ¿Esmeralda?

La sala se quedó en silencio por un momento.

—Muy bien, ya han pasado los diez minutos, y hemos entretenido al herido lo suficiente —anunció Corey con su voz de mando—. Ahora es el turno de la familia, así que id desfilando.

Marlon, con toda su actitud de *rockero* descarado, se giró hacia los nuevos integrantes del SKS que esperaban fuera desesperanzados y sonrió.

—Neófitos, la familia va primero. Y como vosotros fuisteis los últimos en llegar, os jodéis. —Levantó una mano y señaló la puerta —. A la cola, que estos tienen para rato.

Mis pobres chicos gruñeron, pero obedecieron.

Y, entonces, Andrés se acercó… No sabía qué esperar.

La puerta se cerró con un clic tras la estampida de los pecados capitales.

El silencio que dejó fue ensordecedor.

Frente a mí, Andrés Estrella, con el ceño fruncido y los ojos oscuros clavados en los míos, me hizo temer por mi vida más que Petrov.

Dio un paso al frente, su silueta bloqueaba parte de la luz.

Su expresión era dura. Demasiado dura.

Me miró de arriba abajo, deteniéndose en mi hombro vendado, en la vía del suero en mi brazo, en los moretones que decoraban mi piel.

Respiró hondo.

Y, entonces, en un tono firme, con esa autoridad que parecía natural en él, soltó:

—¿Se puede saber en qué puta cabeza cabe lo que hiciste? Si esa es tu idea de una noche romántica, no quiero saber cómo será la de Halloween.

Andy soltó una carcajada, Candela resopló y yo pestañeé.

—Me dijiste que me traerías a mi hija sana y salva —continuó Andrés, cruzando los brazos—. Tú. Y en lugar de eso, te enfrentas a ese puto tarado solo y casi consigues que te mate.

—¿Y eso no te habría gustado? —repliqué, más por reflejo que por otra cosa.

Andrés frunció más el ceño.

—¡No! ¡¿Por quién me tomas?!

Por un segundo, no supe si sentir alivio o si de verdad estaba a punto de asesinarme en mi propia cama de hospital.

—Andrés Estrella, ¡haz el favor de comportarte con tu futuro yerno! —intervino, de repente, Esmeralda, con una expresión indignada—. Te ha hecho el mayor regalo de tu vida, y te comportas como si quisieras ahogarlo.

Antes de que pudiera procesar lo que acababa de decir, ella se acercó y me estampó dos besos en las mejillas.

—¡Hola, Jordan! ¡Cuánto tiempo! ¡Y qué guapo estás!

Andy resopló, como si intentara aguantar la risa.

Esmeralda alzó una ceja, divertida.

Candela soltó un suspiro, su mano aferrando la mía.

—No sabía que e-estabas aquí… Yo… Yo también te veo muy bien —murmuré, a riesgo de firmar mi sentencia de muerte.

Esmeralda parpadeó, coqueta.

—Bueno, me imaginé que tú y mi chica necesitaríais refuerzos, así que decidí hacer una escapada sorpresa.

—Me alegro.

—Tú —profirió Andrés, con los ojos entrecerrados—. No coquetees con mi mujer.

Candela puso los ojos en blanco.

—Papá…

Andrés cambió el foco de atención en un microsegundo.

—Y tú, jovencita…, ¿cómo se te ocurre no decirle a nadie adónde ibas con las cosas como estaban? ¿Sabes lo que nos has hecho

pasar a todos?

—Lo siento…

—Lo sientes, ¿eh? ¡Pues que sea la última vez!

Entonces volvió a mirarme.

Tragué saliva.

«Vale. Aquí viene. Me va a echar de su vida para siempre».

Pero en lugar de eso, exhaló pesadamente y se dejó caer en la silla junto a mi cama.

Y su mano cayó con fuerza en mi hombro bueno.

—Gracias, Jordan.

El impacto de sus palabras fue más fuerte que cualquier puñetazo.

Me quedé en silencio.

Él mantuvo su mano ahí, con firmeza, con gratitud.

—Me prometiste que la protegerías, y lo hiciste. Con tu vida.

La emoción en su voz era real.

—Podrías haber huido, pero te enfrentaste a él y lo has erradicado de nuestras vidas.

Un nudo se me formó en la garganta. No supe qué decir.

Candela sonrió emocionada, apretando mi mano.

—No solo salvaste a mi hija, también a mi familia. Nos diste una segunda oportunidad a todos, y, aunque yo ya había decidido que te la quería dar, ahora quiero pedirte que formes parte de ella de manera oficial.

Mi garganta se cerró. No supe qué decir. No sabía cómo aceptar algo así.

—Lo que mi padre quiere decir es… —intervino Andy—. Jordan Stein, ¿quieres tomar a esta familia como propia? ¿En la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, hasta que alguna salida de tiesto por parte de papá nos separe? —Chasqueó la lengua con teatralidad, focalizando la atención sobre él. Andrés frunció el ceño y miró a su hijo con falsa dureza—. Vale, vale, me callo, es que tanta emotividad me ha hecho pensar que ibas a sacarle un anillo.

Esme rio, Candela también y, joder, yo no pude evitarlo.

Andrés resopló.

—Tú —se giró hacia Andy—, deja de interrumpirme con gilipolleces.

—Es que a mí me cayó de puta madre desde el placaje y me putoflipan sus tatuajes. —Se encogió de hombros—. ¿Crees que yo…?

—Ni se te ocurra —zanjó su padre.

Él puso cara de niño regañado.

—Vale, vale, ya lo pillo.

Andrés volvió a fijar su atención en mí.

—No te acostumbres a esto, ¿eh? No significa que dejes de ser un cabrón insoportable, pero ahora eres nuestro cabrón insoportable y, sobre todo, no mires a mi mujer.

Solté una risa, aunque me dolió todo el cuerpo.

—Te juro que no lo haré, solo tengo ojos para tu hija.

Candela rio y me besó en los labios con suavidad.

Esmeralda dio un paso adelante.

—Bienvenido a la familia, Jordan.

Mi corazón latió extrañamente fuerte mientras me sentía abrazado por todo lo que una vez pensé que no merecía tener y que ahora Candela me había regalado con creces.

Respiré hondo.

Por primera vez, en mucho mucho tiempo, me sentí en casa.

Mi Jordan del pasado sintió envidia del Jordan del presente. Cerré los ojos por un segundo y dejé que ambos se reconciliaran para siempre.

Ep í logo 1



Candice

—¡Arriba esa birra, comisaria!

Martínez alzó su vaso y todos los presentes en la mesa lo imitamos, chocando copas y jarras con entusiasmo. La emoción de la noche era palpable: la última gran fiesta del SKS, el último espectáculo, el cierre de una era, justo un mes después de la peor noche de mi vida.

El club vibraba con una energía imposible de ignorar. El 4 de julio siempre había sido una fecha especial en Estados Unidos, pero esa noche tenía un significado aún más profundo. Había algo en el aire, una sensación de renovación, el eco de una despedida que no traía tristeza, sino alivio. Las calles estallaban con los fuegos artificiales, el rojo, blanco y azul ondeaban en cada esquina, y dentro del SKS, la celebración iba más allá de la independencia del país. Celebrábamos nuestra propia libertad: la victoria sobre la oscuridad y el hecho de que, contra todo pronóstico, habíamos llegado hasta aquí sanos y salvos.

Desde nuestra mesa, la mejor del lugar, teníamos una vista privilegiada del escenario, donde los pecados veteranos se

preparaban para su gran despedida. Los nuevos miembros servían las mesas con soltura, mientras el público, eufórico, aguardaba el inicio del espectáculo. La atmósfera era una mezcla embriagadora de nostalgia, emoción y pura adrenalina.

Respiré hondo, dejando que la música y las risas me envolvieran. Todo lo que habíamos vivido hasta ese momento parecía al mismo tiempo lejano y demasiado reciente.

Gracias al testimonio de Clara y a las pruebas reunidas por la ahora comisaria Sepúlveda, la verdad salió a la luz: Clara nunca fue una víctima de malos tratos, sino una agente encubierta infiltrada para hacer justicia por su hermana y desmantelar una red criminal que llevaba operando en las sombras durante años. Su valentía, combinada con el esfuerzo de la unidad de Sepúlveda y el apoyo de los chicos del SKS, permitió exponer lo que nadie había imaginado. Vargas, el hombre en quien tantos confiaban, resultó ser la pieza clave de la corrupción dentro del departamento de Homicidios, manipulando pruebas para proteger los intereses de Petrov y su red. Pero no estaba solo. Los tentáculos de Luka alcanzaban jueces, políticos, empresarios y figuras influyentes del sistema americano, todos ellos derribados en una operación internacional sin precedentes.

La red de trata de estudiantes fue desmantelada. Simon Rush, el responsable del medicamento experimental que potenciaba el embarazo, cayó con ella. Y, cómo no, el doctor Blackwood, padre de Corey, fue acusado de realizar la mayoría de las cirugías de trasplante ilegal.

Quizá, si la relación entre Corey y su padre no se hubiera roto hacía tanto tiempo, la noticia le habría afectado más. Aunque el golpe para su familia fue duro, él lo sobrellevaba con dignidad.

Anita Valdés tuvo un juicio rápido y fue condenada a cadena perpetua. Su hijo, Lucas, quedó bajo custodia de los Servicios Sociales después de que ella dejara claro que no quería hacerse cargo del bebé. Solo esperaba que ese niño, inocente de todo, encontrara una familia que lo alejara del legado oscuro de sus padres.

Nuestra mesa, ocupada por las parejas y amigos de los pecados, rebosaba animación. Kiara, Ranya, Trayi y Dakota hablaban divertidas sobre música, sin prestar demasiada atención a Sepúlveda, que conversaba con Martínez sobre su primer gran caso como comisaria. Autumn y sus amigas escuchaban fascinadas a Zuhara y su socia hablar de las excentricidades del negocio de los diamantes. Sophie, Rache y Emily se habían enfrascado en una conversación con Kate y Marcus, el socio de Corey en la clínica, sobre su nuevo programa de voluntariado y cómo podían colaborar. Mientras tanto, Soph y yo girábamos entre nuestros dedos una galleta de la fortuna sin abrir, el regalo de Elon para todos nosotros, preparado a petición de su chica.

Menos mal que Petrov no le hizo nada a mi mejor amiga que tuviéramos que lamentar. Sepúlveda creyó que quizá ella fue solo un peón más que quiso utilizar para acercarse a mí y que, al no salirle bien, la dejó en paz.

Sentí una presencia a mis espaldas y sonreí antes de girarme. Sabía que era él antes de que el aliento de sus labios rozara mi oreja.

—¿Pensando en lo que vamos a dejar atrás? —murmuró Jordan.

Negué, con una sonrisa nostálgica, apoyando la mano sobre la suya.

—Pensando en lo que vendrá después —respondí—. ¿Listo para volver a España?

—Si es contigo, no hay lugar al que no quiera ir.

Tomamos algunas decisiones vitales después de lo ocurrido.

En mi caso, me di cuenta de que quizá había llegado el momento de dejar de huir de mi familia para trabajar codo con codo con ella. Mi aventura americana había llegado a su fin y me apetecía trabajar con el cascarrabias Estrella.

Cuando se lo dije a Jordan, lejos de intentar que desistiera, le pareció una gran idea. Estaba cansado de dirigir el club y bailar encima del escenario siempre que alguien se ponía malo, así que… decidió ponerlo a la venta, cerrando el capítulo de su vida que lo había llevado a ayudar a un montón de hombres que habían estado tan perdidos como él y que ya tenían su lugar.

—¿Por qué no la abres? —preguntó con una ceja en alto—. ¿Te da miedo que tu fortuna te diga que has tomado una mala decisión?

Hice crujir la galleta entre mis dedos.

—Al contrario —dije, girando el cuello para mirarlo a los ojos—. Sé que tú eres la correcta.

—Anda, lee.

Desenvolví el diminuto papel, y los dos soltamos una carcajada al leer la frase:

Vuestro futuro es brillante…, pero antes tendréis que sobrevivir a una noche más con esta panda de locos. Suerte, la vais a necesitar.

—Muy adecuada, ¿no te parece? —Jordan sonrió divertido.

—Totalmente —respondí, aceptando el roce cálido de sus labios.

Un estruendo de música marcó el inicio del espectáculo.

Corey subió al escenario con su eterna sonrisa y tomó el micrófono.

—¡Damas y caballeros! ¡Bienvenidos a la última gran noche del SKS! —Su voz resonó como un trueno, y el público rugió con aplausos y vítores—. ¡Hoy nos despedimos con un espectáculo épico, uno que quedará en vuestras retinas para siempre! ¡Recibid con un caluroso aplauso a los originales, inigualables y crepitantes pecadores del SKS!

Las luces se encendieron, y los chicos hicieron su entrada triunfal. Elon, Ares, Raven, Leo, Ray…, incluso Janelle, lo que provocó que Marcus pusiera los ojos en blanco, mientras Corey se sumaba a ellos vestido como el auténtico dios del trueno.

Cada uno en su papel, moviéndose con la destreza y el magnetismo que los había convertido en leyendas del club. El público enloqueció al escuchar los primeros acordes de *Ready For It*, de Taylor Swift.

Las mujeres gritaban y aplaudían llenas de entusiasmo mientras los bailarines se deslizaban por la tarima con confianza y carisma.

—Ehhh, ¿qué hace esa rubia? —Kiara se inclinó hacia adelante con los ojos entrecerrados, viendo cómo una mujer deslizaba un billete en el pantalón de Marlon.

—Relájate, no pasa nada, solo es un baile —dijo Dakota entre risas, dándole un empujón en el brazo.

—Oh, claro —resopló Kiara—. Y con ese billete que le acaban de meter en el paquete a Raven, seguro que se saca un peluche de Dumbo, o por lo menos, la trompa.

La cara de Dakota se puso roja en un instante.

—¡Te he dicho que no dejes que te los metan en la entrepierna! —gritó, cruzándose de brazos—. ¡Esta noche te desplumo, Cuervo!

Las carcajadas en la mesa fueron instantáneas. La energía, la música, las bromas… Era el cierre perfecto.

La coreografía llegó a su clímax y, sin previo aviso, los chicos rompieron la formación para dirigirse a nuestra mesa.

Corey le tendió un colgante con una manzana verde a Jordan que él no dudó en colocarme alrededor del cuello.

—El de sumisa lo dejamos para el cuarto de juegos que instalaré en nuestra nueva casa en España, KittyCandy, este es el que te declara como mi pareja, para hoy y para el resto de nuestros días —susurró, llenándome de calor por dentro.

Antes de que pudiera reaccionar, Jordan fue arrastrado por Corey y Ares mientras Ray, Elon y los demás se encargaban de subirnos a todos al escenario.

Los gritos y las risas estallaron cuando nos vimos envueltos en la locura del último espectáculo.

—Vamos, *boss*, ¡una última vez! —exclamó Corey mientras Jordan se pasaba una mano por el rostro, entre resignado y divertido.

—¡Yo no pienso desnudarme, soy comisaria, qué dirían mis agentes! —protestó Sepúlveda con los brazos cruzados.

—Alegría, jefa, ¡que esto son dos días, y no sabemos cuánto tiempo más te aguantarán tiesas las tetas! —espetó Martínez, lanzando su camiseta, que una jauría de mujeres despedazó al instante.

Yo rodeé el cuello de Jordan y le sonreí antes de pegar mi cuerpo al suyo.

Él me sujetó por la cintura y me besó con una intensidad que hizo que la sala entera explotara en aplausos y silbidos.

El club vibró con la ovación. El cierre perfecto.

La constancia de que, aunque nuestro viaje nos llevara lejos, en el camino podías encontrar personas que se quedarán para siempre en tu corazón.

El SKS había sido un refugio, un escenario de deseos, amistad y secretos, que se despedían con un hasta siempre en su última gran noche.

Supe con absoluta certeza que lo mejor estaba por venir y que el ritmo de nuestras vidas siempre tendría nombre de pecado.

¡Hasta siempre, pecadorxs!

Nota de la Autora:

Espera, espera, espera…

Sí, sé que eres incapaz de que me vaya y no saber qué pasará con Anita en la cárcel, de si seguirá destilando maldad y aparecerá en próximas historias, así que…

En exclusiva, para ti, un epílogo extra.

Epilogo 2



Anita

Las jaulas solo encierran cuerpos, nunca espíritus.

Aquí dentro, todo se regía por una sola ley: o te pones viva, o te doblan.

Desde el primer día, las bichas del Barrio-18 me miraron con ganas de darme una paliza. No las culpo. Si la situación fuera al revés, yo hubiera hecho lo mismo.

Pero yo no era una *peseta*[7], aunque algunas me lo llamaran, ni una mujer que se ahuevara con facilidad. Aprendí a base de palos lo que era ser marera antes de que algunas de estas estúpidas aprendieran a limpiarse la cuca, y eso se notaba.

No pasó ni una semana cuando tuve que partirle los dientes a una para que entendieran quién mandaba. Desde entonces, las miradas cambiaron. Unas con respeto, otras con miedo. Algunas, con odio, de ese que se cocina a fuego lento.

No me importaba.

Aquí todo se compraba. Respeto, silencio, favores, hasta la propia libertad, igual que en el Salvador, y yo ya tenía el dinero listo para salir.

Había hablado con los agentes correctos, esos que solo necesitan una buena suma para olvidarse de qué lado están. Se huelen en la distancia corta, y no sería la primera ni la última vez que los enamoraba con la boca y los rendía con un futuro que no llegaría jamás. Todo estaba preparado. En una semana, estaría fuera.

Cerré los ojos bajo la ducha caliente, dejando que el agua me quitara la tensión del día. Sentí el vapor envolverme, relajándome por completo mientras llenaba de espuma mi melena espesa.

De pronto, el chorro se cortó.

Fruncí el ceño.

«¡No pueden cortarme el agua ahora, no he gastado mi tiempo de baño! Estoy segura».

—Eh, *hijueputas*, ¡que alguien le dé al agua! —grité, frotándome los ojos llenos de jabón.

Pasar tanto tiempo rodeada de compatriotas hacía que las malas palabras volvieran con facilidad a mi vocabulario.

Nada.

Mi mano tanteó en busca de la toalla. No estaba.

En su lugar, alguien me puso algo en los dedos.

Era cálido.

Firme.

Una mano.

Y antes de reaccionar, sentí la primera puñalada atravesándome las tripas.

El filo del cuchillo entró una segunda vez, bajo mis costillas, directo, sin titubeos.

El aire me salió de los pulmones en un jadeo sordo.

Grité.

Intenté ver, aferrarme a algo. Los ojos me ardían, la piel me resbalaba, la vida se me iba.

El segundo corte fue más alto, directo al estómago.

Otro más, perforándome el pecho.

Alguien pegó los labios a mi oído.

—La Santa Muerte no olvida… —susurró, hundiendo la hoja hasta el fondo, retorciéndola al final para que la sintiera con saña.

Reconocí su voz, era la *hijuaputa* a la que le di la paliza. Se estaba cobrando su vuelto y traído.

—Y tampoco Lionel Torres —prosiguió, dejándome sin aire—. Quiere que te desee de su parte un feliz viaje al infierno, y que saludes a JC de su parte. La mara ni olvida ni perdona.

Me dio una última estocada y me pateó contra el suelo sin que pudiera hacer nada.

El agua se tiñó de rojo, arrastrando mi sangre en remolinos.

Caí de rodillas, las baldosas frías contra mi piel. Mi visión se nublaba, viendo su sombra alejarse, sin apuro.

«No me jodas».

«No así».

«¡Estaba a punto de ser libre!».

Traté de respirar, pero solo sentí el calor espeso de la sangre llenándome la garganta.

La boca me sabía a hierro, no tenía fuerzas ni para gritar.

Parpadeé.

Las luces de la prisión parecían bailar, desdibujarse, reírse en mi cara.

«No iba a morir».

«No podía hacerlo».

«No aquí».

«No hoy».

Pero el frío ya me había atrapado y veía su rostro al final de la oscuridad. Él venía a por mí, y esta vez no podría escapar.

La Autora

Rose Gate es el pseudónimo tras el cual se encuentra Rosa Gallardo Tenas.
Nació en Barcelona en noviembre de 1978 bajo el signo de escorpio, el más apasionado de todo el horóscopo.
A los catorce años descubrió la novela romántica gracias a una amiga de clase. *Ojos verdes*, de Karen Robards, y *Shanna*, de Kathleen Woodiwiss, fueron las dos primeras novelas que leyó y que la convirtieron en una devoradora compulsiva de este género.
Rose Gate decidió estudiar Turismo para viajar y un día escribir sobre todo aquello que veía, pero, finalmente, dejó aparcada su gran vocación.
Casada y con dos hijos, en la actualidad se dedica a su gran pasión: escribir montañas rusas con las que emocionar a sus lectores, animada por su familia y amigos.
Si quieres conocer las demás novelas de la autora, así como sus nuevas obras, no dejes de seguirla en las principales redes sociales. Está deseando leer tus comentarios.

https://www.facebook.com/ROSEGATEBOOKS
https://www.instagram.com/rosegatebooks

¿Dónde puedo comprar los libros?
Todos los libros están a la venta en Amazon, tanto en papel como en digital.

Bibliografía

SERIE STEEL

1. Trece fantasías vol. 1
2. Trece fantasías vol. 2
3. Trece maneras de conquistar
4. La conquista de Laura
5. Devórame
6. Ran
7. Yo soy Libélula azul
8. Breogán, amando a una libélula
9. Ojos de Dragón
10. Koi, entre el amor y el honor

SERIE KARMA

1. El Karma del Highlander
2. La magia del Highlander
3. Los Dioses del Karma

SERIE SPEED

1.

Xánder
2.
Xánder 2
3.
Storm
4.
Thunder
5.
Mr. Star
6.
La Vane

COMEDIAS ROMÁNTICO-ERÓTICAS:

Lo que pasa en Elixyr, se queda en Elixyr

Si caigo en la tentación, que parezca un accidente.

No voy a caer en la tentación, ni a empujones

Hawk, tú siempre serás mi letra perfecta

¡Sí, quiero! Pero contigo no.

Todo Incluido

THRILLERS-ERÓTICOS:

Mantis, perderás la cabeza

Luxus, entre el lujo y la lujuria

ROMÁNTICA BASADA EN HECHOS REALES:

Viviré para siempre en tu sonrisa

SERIE HERMANOS MILLER

1. Hermano de Hielo
2. Hermano de Fuego

3. Hermano de arena
4. Hermano de viento

Spin off

En tu cuerpo o en el mío

SERIE GUARDIANES:

1. Los Guardianes del Baptisterio
2. La Elección de la Única
3. La Gran Colonización

SERIE ENTRE MAFIAS:

1. Koroleva.
2. Capuleto
3. Vitale
4. Kovalev

SERIE KAPITAL SIN

1. Ira
2. Pereza
3. Gula
4. Avaricia
5. Soberbia
6. Lujuria
7. Envidia

SERIE SAINT VALENTINE FALLS

1. Jodido Cupido
2. Déjate de rodeos
3. Échale el lazo
4. Estúpido cupido

[1] Pipianes: palabra salvadoreña de las maras para referirse a los homosexuales de forma despectiva.

[2] Cerotes: tontos, estúpidos en salvadoreño.

[3] *Tronera*: prostituta.

[4] *Homeboys*: integrantes de una mara.

[5] Cerote: estúpido.

[6] Pipián: manera despectiva de llamar a alguien homosexual.

[7] *Peseta*: traidora en el idioma de la mara